



Manuel Rivas

Los libros arden mal



La pesadilla que vive la ciudad no es una ficción. Sí, es verdad. Están quemando las bibliotecas de los ateneos, del centro de estudios Germinal, del señor Casares... El humo no levanta el vuelo. Es pegajoso. Huele a carne humana.

En esta novela, las vidas de los libros, las personas y el lenguaje se cruzan y entrelazan en un intenso relato de suspense que transcurre desde el siglo XIX hasta nuestros días, entre la atrocidad autoritaria y la indomable libertad.

La lavandera que ve películas en el fluir del río, el boxeador anarquista, el balón del *Diligent*, el cantante de tangos, la cabeza de la mujer negra, la Rosa Taquigráfica, la *coccinella septempunctata*, el coleccionista compulsivo de biblias... *Los libros arden mal* es un universo poblado de voces insólitas, de memorias que retumban o murmuran de forma inolvidable, verdadera literatura donde todo está en vilo.



Manuel Rivas

Los libros arden mal

ePub r1.1
Titivillus 29.03.2015

Título original: *Os libros arden mal*

Manuel Rivas, 2006

Traducción: Dolores Vilavedra

Editor digital: Titivillus

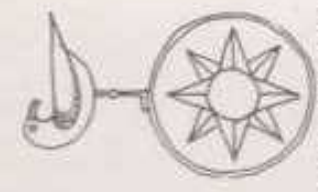
ePub base r1.2



*A Antón Patiño Regueira,
librero y naturalista.
In memórium.*



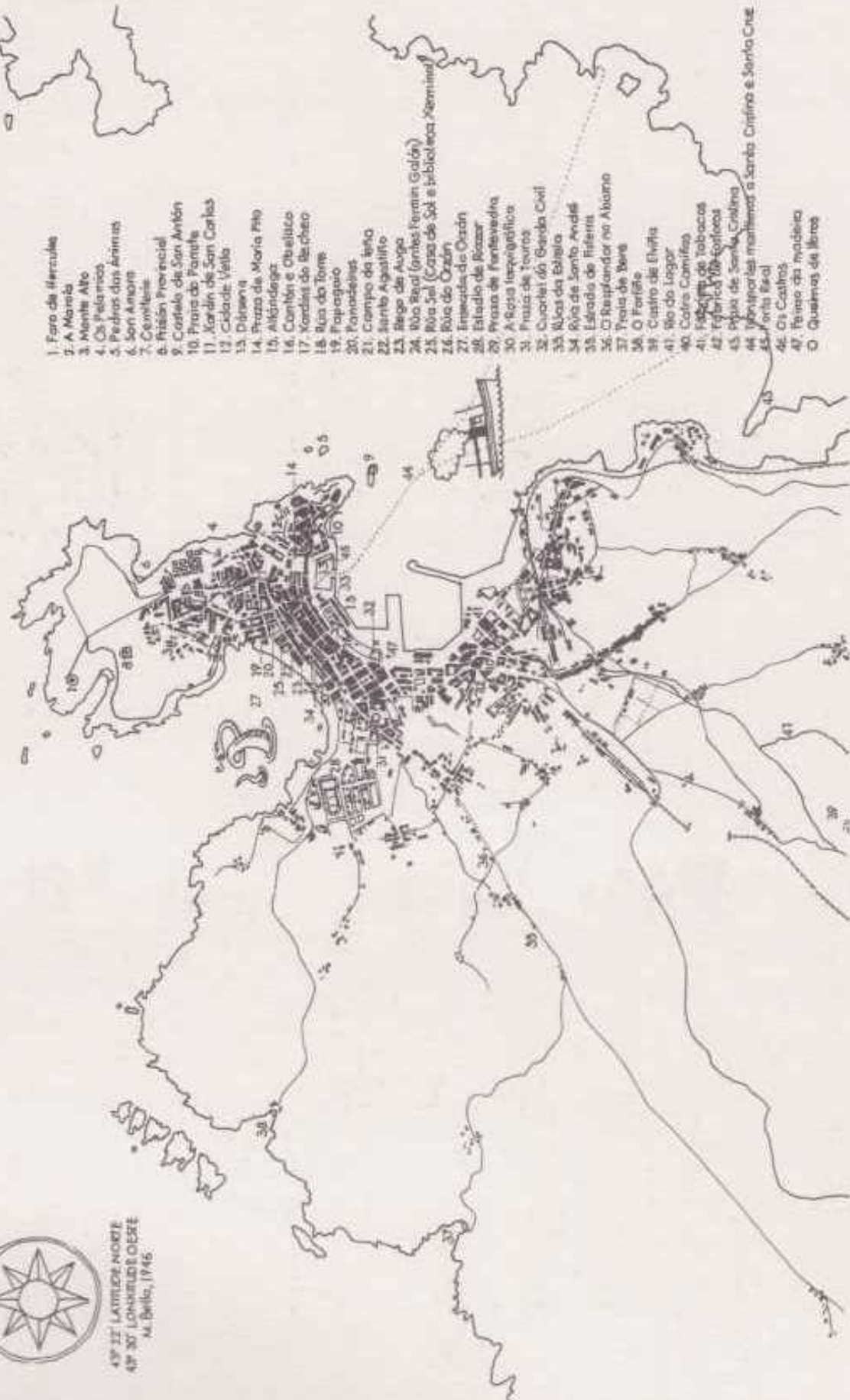
Quema de libros tras el golpe fascista del 18 de julio.
Dársena de A Coruña, agosto de 1936.

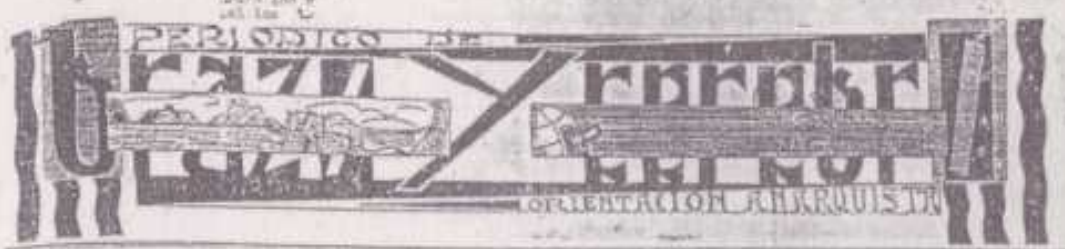


43° 11' LATITUDE NORTE
 43° 37' LONGITUDE OESTE
 M. Bello, 1946.

OCEANUS

1. Faro de Hercules
2. A Mareia
3. Monte Alto
4. Os Pelourcos
5. Pedras das Armas
6. San Amaro
7. Cemitério
8. Prisão Provincial
9. Castelo de San Antón
10. Praça do Fianche
11. Jardim de San Carlos
12. Cidade Velha
13. Diámana
14. Praça de Maria Pih
15. Alameda
16. Camín e Obelisco
17. Jardim do Bispo
18. Rua do Torre
19. Praza
20. Fontanellas
21. Campo da água
22. Santo Agostinho
23. Lago da Auga
24. Rua Real (antes Fernán Galón)
25. Rua 5a (Casa do Sol e biblioteca Marimón)
26. Rua do Ozón
27. Encruada de Ozón
28. Estadio de Roca
29. Praça de Fátima
30. A-Rosa Investigadora
31. Praça de Teuros
32. Cuartel da Guarda Civil
33. Alcaz da Estrela
34. Rua de Santo André
35. Estadio de Fiferis
36. O Espalrador no Alamo
37. Praia de Bore
38. O Fortife
39. Castro de Elvija
40. Ilha do Lagar
41. Casas de Tabacos
42. Fábrica de Tabacos
43. Fábrica de Cerveja
44. Monumentos nomeados a Santa Cristina e Santa Cruz
45. Ponta Real
46. Os Castros
47. Forno da madeira
48. Queimada de lãras





Special QUINCE céntimos LA CORUÑA, 18 DE JULIO DE 1934 Número 20 - Año II

El fascismo conspira continuamente contra la libertad del pueblo. Los revolucionarios debemos estar alerta.

EL GOBIERNO

¿Somos, por un momento, nosotros, los revolucionarios, los que...

¿No podemos ya, por lo tanto, decirnos que estamos en libertad...

¿No podemos ya, por lo tanto, decirnos que estamos en libertad...

¿No podemos ya, por lo tanto, decirnos que estamos en libertad...

¿No podemos ya, por lo tanto, decirnos que estamos en libertad...

¿No podemos ya, por lo tanto, decirnos que estamos en libertad...

¿No podemos ya, por lo tanto, decirnos que estamos en libertad...

¿No podemos ya, por lo tanto, decirnos que estamos en libertad...

Las voluntades oscuras del terror de la persecución, los...

EL ZANGANEO

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

¿Qué papel desempeña el zanganero en la actualidad...

DEL SENTIDO DE LA VIDA

FARSA Y FARSANTES

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

En el momento de la vida humana, cada persona de las que...

EXTRAORDINARIA EXCURSION A LOS CANEIROS-BETANZOS EN TREN ESPECIAL

Los centros culturales de Betanzos y La Coruña han organizado...

El tren partirá a las once de la mañana de la estación y el...

El tren partirá a las once de la mañana de la estación y el...

El tren partirá a las once de la mañana de la estación y el...

El tren partirá a las once de la mañana de la estación y el...

El tren partirá a las once de la mañana de la estación y el...

El tren partirá a las once de la mañana de la estación y el...

Incierto es, en verdad, lo porvenir. ¿Quién sabe lo que va a pasar?
Pero incierto es también lo pretérito, ¿quién sabe lo que ha pasado?

ANTONIO MACHADO

Juan de Mairena

Las marcas del agua

Al principio me molesta. Es joven. No lo conozco. A veces, ocurre. Se meten en medio. Yo estaba atenta al chico de los tangos. Al que salió a cantar en el palco invitado por Pucho Boedo, el de la Orquesta Oriente. Con traje blanco y un pañuelo rojo al cuello. Con todos vosotros, un amigo que tiene la voz del mar, acunada por la luz del faro: Luis Terranova. Qué guapo. Y aún más guapo cuando se puso a cantar. Se le fue de la cara todo lo que tenía de infantil. Dibujado, de repente, por los huesos. Era *Chessman*, el tango de un condenado a muerte. Nunca había oído cantar así un tango. Parecía que lo acababa de componer él, que le estaba saliendo en ese instante. *Ya son las diez, suena el reloj, un paso doy, voy a mi Dios*. Mira tú por dónde, la hora coincidía. Eso fue en el baile de San Pedro de Nós. Ahora no lo recuerdo, pero pienso que incluso los músicos dejaron de tocar. Aquel verano, con Ana y Amalia, recorrí las verbenas con la ilusión de oírlo otra vez, pero no se volvió a saber de él. Yo cantaba el tango en el río, *Los libros son mis pasos, calvario del Señor, la silla mi descanso, que el mundo deparó*, y así, insistiendo, con sentimiento, fui componiendo su figura en el agua. Ya sé que es trampa. Pero yo también tengo derecho a imaginarme las figuras. No estar sólo a la espera de las que vengan.

Como ésta. Ésta vino por su cuenta.

Es un soldado. Al principio me sorprende. Me pareció un poco monstruoso. Tan joven y uniformado. Barbilampiño. Muy crío, excepto en los labios, que son carnosos y más atrevidos que el resto de los rasgos. Quizá es que al estar en el agua, contracorriente, la boca se entreabre ansiosa. Me mira con mucha curiosidad. Con una sonrisa melancólica. Tiene la cara algo redonda. A la manera de nuestra familia. Es rubio. Hay algo de dorado en el agua, no es el centelleo del sol, quizá un fruto de su ser rubicundo. A mí me gusta la compañía de las figuras, pero me molesta que me miren fijamente. Con disimulo, dejo caer la pieza que lavo en esa dirección, muy despacio, para no hacer añicos la imagen sino para que se hunda con calma, a ocultarse en una hendidura, entre guijarros y hierbas, o para que le dé tiempo a esconderse entre los juncos.

Esta vez, no. Esta vez la dejo estar.

Un soldado con cara de crío y mirada de hombre. Un soldado barbilampiño. Una guerrera de botones grandes y cuello duro. Enmarcado en un círculo de agua. Tiene los brazos cruzados y en la manga del izquierdo se ve un distintivo. La mirada de hombre, sí. No me mira soberbio, pero tampoco compasivo. Es lo que tienen las figuras del agua, que vienen a ver, que miran cuando las miras.

Le pregunté a mamá.

Le pregunté por un soldado jovencito.

Ella hace que no oye.

¡Zas, zas! La ropa en la piedra.

Creo que mamá no quiere saber nada de mis figuras. Quizá ya le llega con las

suyas. Noto que tiene cuidado de no sacudir la ropa en el río cuando yo me quedo con la mirada absorta en el agua. Pienso que también se mueven, que algunas van de mirada en mirada por el río, porque son figuras muy inquietas. Cuando una lleva tiempo sin aparecer a lo mejor es porque anda por los círculos que están en la parte de mamá. Eso me pasó con el boxeador. El boxeador anduvo un tiempo por aquí, por esta parte del río, y luego se fue. Me parece que se fue hacia donde lava ella, porque Polca me contó que el boxeador era muy amigo de las cerilleras y de las cigarreras.

Pero ella hace como que no ve las mías, y yo, las tuyas.

¿Qué dices?

Un soldado. Un soldado con cara de crío.

Hubo varios soldados, dijo. ¡Zas, zas!

Ya. Yo hablo de un soldado rubio y lampiño que parece un crío. Un soldado sonriente. Medio sonriente.

Ése debía de ser Domingo, dice ella por fin. El que murió en Annual. En 1921. El de los tubos de la risa.

La figura sonreía. Sí, era él. El de los tubos de la risa.

Era muy sonriente, dijo Olinda. Listo como un ajo, pero de cuerpo débil. Enfermizo. Nuestra madre, tu abuela Dansa, lo acompañó a la caja de recluta.

Este chaval no sirve para la guerra, dijo.

Y uno de los que estaban allí, en la oficina de reclutamiento, le respondió: Todo el mundo sirve para la guerra. Si no sirve para matar, sirve para morir.

Un día escribió una carta diciendo que andaba con los tubos de la risa. Parece ser que así llamaban a los postes de los radiotelegrafistas. Él iba con una mula, llevando las emisoras. Y le enseñaron. Decía que ahora ya entendía el lenguaje de los pájaros. Todas sus cartas eran una broma. No parecía que viniesen de una guerra, sino de una comedia. Eran tan de risa que la abuela lloraba cuando se las leíamos. Al acabar siempre escribía: B. L. M. ¿Y eso qué quiere decir? Beso La Mano de usted, madre. Y la abuela aún lloraba más: Mira tú lo que ha ido a aprender en la guerra.

Y entonces Olinda se desahogó. Me habló de una de esas cosas de las que nunca quería hablar, de la historia de los soldados de la familia y del vecindario. Filipinas. Cuba. Marruecos. Creced y multiplicaos en carne de cañón. Un imperio de huesos, acrecentado año tras año. Y después los muertos en la guerra de España. Lo que perdieron fuera, los militares vinieron a conquistarlo dentro. Eso era lo que decía Olinda. ¡Zas, zas! El golpeteo de la ropa mojada en la piedra parecía en ella, de tan pocas palabras, una manera de seguir contando. Palabras con una costra de sudor polvoriento, de yodo y sangre, de repente empapadas, retorcidas, golpeadas, enjabonadas, más retorcidas, escurridas. Expuestas al sol. Limpias. Una camisa blanca a secar. Unos pantalones. El viento que llena la ropa vacía. En el lavadero, en una hendidura del muro que abriga del nordés, hay siempre un petirrojo. Cuando las mujeres callan, el petirrojo canta. El tubo de la risa. Los viejos enterrando a los jóvenes, dice Olinda. Eso es la guerra.

Pero a mí me pasa una cosa. Y yo no sé muy bien si eso es normal o no. Yo no me veo en el agua. A Olinda, sí. Miro de reajo, y veo a mi madre en el agua y fuera del agua. Está de rodillas, con el cuerpo ensamblado en la piedra del lavadero. Un cuerpo de mujer angular. La forma de la piedra resulta tan ajustada que parece que ha sido tallada poco a poco por el roce de los vientres. Ese eje que pasa por nuestros vientres y la forma de la piedra es lo que une el cielo, la tierra y el mar. Mientras ella enjabona, yo miro de reajo, primero hacia su imagen en el agua, y luego hacia ella. Está a contraluz, lleva el pelo recogido en un pañuelo atado en la nuca y ahora vuelve a mostrar el rictus de la dureza. Es dura hacia dentro. Sus ojos guardan. Eso se ve mejor en el agua.

La noche de las falenas

Oulton Cottage, noche del 11 de julio de 1881

Le pregunté si había alguna esperanza.

Ninguno de nosotros verá el día de mañana, respondió el timonel.

Era la segunda noche en que el viejo Borrow volvía a relatar aquella tormenta en el cabo Finisterre. Henrietta MacOubrey, su hijastra, decidió que esta vez sólo lo escucharía durante el tiempo que tarda una mariposa blanca en chocar con la lámpara. Dos, si la primera llegaba muy pronto. Le pareció una medida justa. Él era un buen narrador. Cuando contaba, todo su cuerpo era una caligrafía en movimiento. Desde el gesticular de los dedos a la dilatación de las pupilas. Como propagandista bíblico que había sido, conocía las reglas del suspense. Y precisamente por eso avanzaba en peldaños verbales, con sutileza, sin escalones que chirriasen, porque amaba la invención, pero lo irritaba hasta el desprecio lo que era inverosímil, tanto como la verdad fanática. Así que, para él, no es que la estuviese contando por segunda vez, sino que se acercaba un poco más, con una exactitud encarnizada, a aquella tempestad, con viento huracanado, de la noche del 11 de noviembre de 1836, a la altura del cabo Finisterre, en la costa más abrupta del mundo.

Llevaba una temporada excitado. La primavera había llegado con retraso, así que el verano se presentó en Oulton Cottage como un agitador con prisas. Rodeaba en festón la vivienda la modestia exuberante de las fucsias, a las que él llamaba flores gitanas, acechando por las ventanas como poderosos lepidópteros. Una atmósfera ardorosa de polen y zumbidos aprovechaba cada hendidura y penetraba combativa y dispuesta a entregar su mensaje. En el interior, todas las cosas parecían pendientes de su recuperado magnetismo, aliviadas y al acecho tras el episodio invernal de un Borrow postrado y gruñón, poseído por una corriente repulsiva que a él mismo le resultaba desconocida. Ahora era otra cosa. Apenas tenía visitas, con la festejada excepción de algún viejo amigo calé que no medía el tiempo, virtud que tanto incomodaba a Henrietta. Pero el anciano se comportaba como si Borrow, el incansable viajero, el políglota, el muchacho que era capaz de recorrer ciento veinte millas a pie en un día con el único sustento de una pinta de cerveza y dos manzanas, viniese de nuevo a ocuparse de él. *Lavengro* era su nombre para los gitanos, la clave del hombre de los caminos. Lavengro, el animoso, siempre volvía.

Lavengro, murmuró.

Henrietta observó con atención la ventana, por si algo se movía más allá de las fucsias.

No viene nadie.

El invierno ha sido ruin, dijo él. Disculpa mi ternura de erizo.

Nada cansa tanto, pensó Henrietta, como la excitación de un anciano. Cansa más

que el propio cansancio. Borrow resistía con valentía la tentación del lecho, y se pasaba la mayor parte del tiempo amarrado al escritorio, como un piloto, decía, a la rueda del timón. Leía las Escrituras con el gesto severo de quien está enhebrando la aguja de la eternidad, o se ponía a escribir enfebrecido. Pero de vez en cuando, y de ahí los sobresaltos de la hijastra, que padecía lo que alguien denominó el síndrome de la cuidadora, Borrow se ponía en pie con el vigor de un delirio y se echaba al camino llamando a sus amigos gitanos, a los que les ofrecía la huerta como campamento, o recitaba bajo la lluvia, como plegarias de la naturaleza, los cantos de Iolo Goch o Dafydd ab Gwilym, que él mismo había traducido del galés.

Por segunda noche volvía a Finisterre. Henrietta, a pesar de su cansancio, un largo día de fatigas, tenía no obstante interés en escuchar al anciano, a quien la noche daba ánimos y una voz bíblica. No le pareció irreverente calificarla así, algo se le pegaría, tantos años con la palabra de Dios auestas por los caminos. Aunque Borrow seguía ironizando sobre sí mismo cuando le parecía caer en un exceso de tono misional. ¡Cielo santo, si parezco un echacuervos!

Henrietta podía ver ahora la tempestad de Finisterre en la cámara oscura de los ojos de Borrow, gracias a la luz y la sombra de su voz. Se vio a sí misma como una paulilla hechizada por el resplandor y el trueno del relato. La primera falena.

George Borrow tenía la certeza de que la descripción de la tempestad en Finisterre, incluida en su libro de viajes *La Biblia en España*, era una de sus mejores páginas literarias. Recordaba el acto de su escritura como una segunda tempestad. Escribía en rachas de viento, en oleadas de mar. Mojaba la pluma en el pandemónium del tintero para después avanzar de tal manera que se oyese el rasgar de las palabras, con la convicción de que el empuje gráfico favorecería un estilo encarnizado. Pero ahora eran los escritos, el murmullo de los versos juveniles, los que hacían regurgitar los despojos de la memoria.

*The wild Death-raven, perch'd upon the mast,
Scream'd 'mid the tumult, and awoke the blast.*

Sí, el Cuervo de la Muerte en lo alto del mástil se posó y al graznar en el tumulto a la tempestad despertó.

El achacoso vapor había salido de Londres, del Támesis, hizo escala en Falmouth y finalmente partió atestado de un pasaje de enfermos de tuberculosis que huían del frío y húmedo invierno inglés a la búsqueda ilusionada del sol del sur. Así que ahora añadió al relato algo que Henrietta no le había escuchado antes, un apunte irónico que aludía al estado de la máquina de vapor: el barco también estaba tísico. Se le notó la enfermedad a la primera embestida. Conocía los detalles, el relato se repetía, pero a Henrietta le gustaba cuando Borrow utilizaba la imagen de las catedrales de espuma para representar la fuerza de la marea. El barco apropiado en el lugar y el momento oportunos, dijo Borrow con ironía. Añadió: Y el timonel perfecto. El día anterior

había dedicado algunos comentarios al capitán, un temerario incorporado a última hora que acercó demasiado el barco a la costa, a quien sin embargo le reconocía valor y habilidad, como al resto de la tripulación. Pero la única voz que habla por sí misma en el relato es la del timonel. Dentro de una hora, dice, chocaremos con Finisterre, donde hasta el barco de guerra más grande del mundo se haría trizas.

Había escrito, iba a decir ahora: El océano vomitaba sus heces más profundas.

Dijo: Benditos sean los relámpagos. Combinan muy bien con los juramentos.

Fue un resplandor, la visión del promontorio de Finisterre, lo que le empujó a jurar que volvería con un ejemplar de las Sagradas Escrituras en acción de gracias. Si la oscuridad fuese continua, maciza, apenas habría actos, momentos de animación, resistencia. Sin la intermitencia del relámpago, destrozada la máquina, arrastrada finalmente la nave como una brizna, tal vez los tripulantes no habrían acometido la absurda hazaña de izar las velas que estaban allí, delirantes, cuando el vendaval roló de repente, ante la inminencia del desastre.

Volví. Volví para cumplir con Dios. Y me encontré con Antonio de la Trava. Él fue el depositario del Nuevo Testamento. A él fue al único al que se lo dediqué.

Una primera mariposa chocó con la redoma de la lámpara. Tenía la cabeza albina, peluda, y esas facciones tan humanas de algunas mariposas nocturnas. Fue un choque brutal, insistente, suicida, directo contra la luz, que hizo estremecer a Henrietta. No pasaría de la segunda.

Digan lo que digan, España no es fanática, pero allí la vida puede pender de una palabra.

Henrietta se olvidó de la mariposa y sonrió. Le divertía muchísimo aquel episodio en el que Borrow, confundido con el mismísimo jefe de los fanáticos españoles, don Carlos, y a punto de ser ejecutado por los liberales del confín atlántico, a los que llamaban *negros*, era salvado en un interrogatorio *in extremis* en el que la prueba de inocencia fue pronunciar la palabra *knife*. ¿*Knife*? ¿Ha dicho *knife*? Este tipo es inocente, afirma Antonio de la Trava, el Valiente de Finisterre, cuchillo en ristre. A medida que Borrow entra en detalles, Henrietta ríe cada vez más hasta que tiene que refregarse los ojos.

Imprimimos en Madrid cinco mil ejemplares del Nuevo Testamento. Al poco de llegar, en mayo de 1837. Una buena parte los repartí yo por España, de mano en mano. De lo contrario, se pudrirían en algún calabozo, como así sucedió en parte cuando un año después me detuvieron y se prohibió la venta y la circulación del Nuevo Testamento. ¡Los papistas no querían que el pueblo leyese el Evangelio! El Vaticano le asignó a España el papel de verdugo. Siempre alejaron a la gente de la palabra de Dios. Era algo escandaloso, pero de lo que no se hablaba. En el país más católico del orbe, la gente tenía miedo de comprar las Sagradas Escrituras. Podías ver cómo se les estremecían las fosas nasales cuando yo les ponía un libro en las manos. Estaban olfateando el fuego de la Inquisición.

Hay algo que no he entendido, ni ayer ni hoy, dijo Henrietta. ¿Usted firmó las

Sagradas Escrituras?

Firmar no es la palabra correcta. Suscribí una acción de gracias. Un atrevimiento único, que nunca más se repitió. Puse una dedicatoria. *A Antonio de la Trava, el Valiente de Finisterre*. Y después mi firma. Aquel hombre me salvó la vida. Y es cierto que quien salva una vida, salva a la humanidad. Uno le da mucha razón al Talmud, sobre todo cuando el salvado eres tú mismo. Le entregué el libro una noche como ésta. Me había acompañado como escolta a un pueblo llamado Corcubión, donde se asentaba el alcalde mayor. Un presuntuoso que se rió de que yo anduviese por allí con el Nuevo Testamento. En cambio, Antonio estaba emocionado. Me dijo que leería la palabra de Dios cuando el nordés no les permitiese hacerse al mar. Yo pienso que estaba un poco alegre. Había estado bebiendo aguardiente mientras yo despachaba con el alcalde. Me trató de capitán y me dijo que si volvía, que fuese en un barco inglés, cargado de contrabando. Ahí se le veía que era un verdadero liberal.

Una segunda mariposa tropezó con la lámpara. Un gran satúrnido de pelo blanco. Las pequeñas falenas acechaban tras el cristal de la ventana y después encontraban el camino de la brisa por donde también venía el aroma a lavanda.

Me voy a acostar, dijo Henrietta. Y usted también debería dormir.

Era el mes de julio de 1881. El verano había penetrado con agitación en su cuerpo de anciano. Ahora, tras el relato de la tempestad de Finisterre, parecía más tranquilo. Se encaminó tambaleándose un poco hacia el escritorio. Quería traducir unos poemas armenios.

Buenas noches, se despidió Henrietta.

¡*Knife!*, dijo él.

La vendedora de periódicos

16 de junio de 1904

Suyo. Él pensaba que ya era suyo. Igual que cuando un nuevo enjambre deja la colmena y alza el vuelo con la reina es de quien lo atrapa. Lo que él había capturado era un periódico del 16 de junio de 1904. Fresco, del día. Iba por la Dársena, camino del extremo del muelle de Hierro, porque ya le tardaba el día de embarcar. Le pasó volando por delante. Ese vuelo torpe de los periódicos que aún no han sido leídos, seguido por los chillidos irónicos de las gaviotas. Él no era capaz de dejar ir un papel escrito por el aire. Ya desde niño. Tenía compañeros que andaban tras los nidos de pájaros y tras los murciélagos. Él, Antonio Vidal, andaba tras los papeles impresos. Cualquiera le servía, con tal de que llevase algo escrito. Incluso aquel que llamaban papel de excusado, pedazos cortados sin respetar el orden de las columnas, de tal forma que desde niño no sólo aprendió a leer, sino a integrar los pedazos perdidos. Y eso le fue de utilidad para ver el mundo. Ver lo que faltaba.

Antonio Vidal cazó el periódico pisándole las alas. Después se agachó y lo dobló. Lo tranquilizó. El periódico ya no estaba solo. Ya tenía a alguien que lo iba a leer. Traía noticias de sucesos importantes. Un carguero griego se había hundido en las islas Lobeiras, en la ría de Corcubión: había tanta niebla que los tripulantes no se veían unos a otros en cubierta. Después, denuncias sobre adulteración de los vinos, sobre la pesca con dinamita... Pero los ojos se le fueron hacia la sección de Telegramas. Tenía ese instinto. El de la última noticia.

MADRID 15 (23 h) Hoy el Congreso ha estado desanimadísimo. La mayoría de los diputados se fueron a la corrida de toros.

¿Qué? ¿Te dedicas a recoger cuentos por el suelo?

Desde abajo, con una aureola solar, le pareció una repentina aparición. Una mujer que llevaba aves encima de la cabeza. Pero lo que ella llevaba en realidad en el cesto eran periódicos, que agitaban sus hojas con la brisa marina. La muchacha tenía el brazo estirado y reclamaba lo suyo, con aquel gesto de los dedos magnéticos. ¿Quién le iba a decir que no, que no era suyo, si ella soportaba el peso de las noticias? Le devolvió el periódico cazado y se iba a marchar sin más, pero ella posó el cesto y desplegó las distintas cabeceras con la gracia de un inmenso abanico. Y mientras ella pregonaba las noticias, él permanecía allí. Había oído pregonar muchas cosas, animales y fruta en las ferias. Había oído el cantar de un ciego. Pero nunca a una moza pregonar noticias frescas.

¿Qué? ¿Te los vas a llevar todos?

Y a él le dio un brinco el cuerpo entero. No estaba preparado para el trato con una vendedora de noticias. Era casi una niña, ya se veía, doce o trece años como mucho,

pero hablaba como una mujer hecha y derecha. Era una manera de hablar que le protegía el cuerpo con una vestidura muy parecida a la de las pescantinas que andaban alrededor. Quizá en algún momento también vendería pescado. Quizá, si no lo hubiese sorprendido tan pronto, Antonio Vidal podría llegar a ver peces en aquel cesto. Un cesto que podía llevar fresas y cerezas, erizos de mar y sardinas, según la temporada. Pero ahora pregonaba noticias. Era un hablar cantado que convertía a la pequeña vendedora en el centro de la ciudad. Si ella se moviese, también se desplazaría el centro.

¿Se te ha quedado la mano atrapada? ¡No das ni la hora!

A partir de esta frase, Antonio Vidal tuvo que recomponer la realidad. En lo alto, sobre sus cabezas, un cielo burlón, los chillidos irónicos de las gaviotas. Echó cuentas con las yemas de los dedos en los bolsillos. Se había gastado un dineral para llevarle a su tío el Tónico Asiático del Doctor Ayala y el Milagroso Céfiro, los inventos aquellos contra la calvicie. Le pareció que era el espectro de su madre quien lo guiaba, con generosa venganza, pues también compró una pócima para las canas y para recuperar el color natural del cabello, el agua milagrosa de La Carmela, en Sucesores de Villar. Su madre insistía: Ya de joven tenía entradas en el pelo. Añadió: Y en la conciencia también tenía entradas. Ahí acababa la denuncia. Nunca quiso profundizar en esas calvas de la conciencia que por lo visto tenía el tío Ernesto. Era de los que se reunieron en La Habana para hacer una Escuela Moderna en el Cruceiro de Airas, y desde los púlpitos se había hecho correr la voz de que los emigrantes se habían vuelto «masones, ateos y protestantes» y trataban de corromper a los niños. No se puede ser todo a un tiempo, observó Antonio Vidal. ¿El qué? Masón, ateo y protestante; no se puede ser las tres cosas a la vez. Tú calla, qué sabrás tú, le dijo Matilde, su madre. A Ernesto salúdalo, que es tu tío. Después dedícate a trabajar, si no quieres tener entradas en la conciencia. Y nada de tirar el dinero al infierno.

¿Quieres un sacabalas?

¿Para qué?

Para las monedas.

Antonio Vidal rebuscaba en el fondo del bolsillo. Más que monedas, lo que buscaba eran palabras rápidas, ligeras, de poco gasto, para salir del paso.

Hoy me voy a llevar uno, dijo. Se lo pensó mejor: Bueno, dos. Dame también ese que se marchaba volando.

¡Qué suerte!, dijo ella con sorna. Ya he encontrado un magnate que me mantenga. Me voy para Cuba. En el vapor *Lafayette*.

¡Con lo que me gustaría a mí tener un quiosco de prensa en el Parque Central de La Habana!

¿Y qué sabes tú de La Habana?

Todo. Casi todo. Como si fuese rica y estuviese sentada en el porche del hotel Inglaterra. Cuando desembarques, no subas por el paseo del Prado. Habrá gente que

se reirá de ti. Y los que se ríen de tu gorra y de tu acento son gallegos que llegaron antes y que ya tienen un traje blanco y un sombrero de paja fina. No vayas por el paseo del Prado por lo menos hasta que tengas un traje blanco.

La muy charlatana dando consejos. Ahora sí que le pareció una atrevida, una cotorra. Hablaba por los codos. Por las orejas. Su cuerpo había disminuido con tanto hablar sin tregua. Vidal pensó que ya había perdido tiempo suficiente. Se olvidó del paseo por el muelle de Hierro. Tenía que pasar por la pensión Las Tres Américas y por la Compañía General Transatlántica.

Tengo prisa, dijo Antonio Vidal. Dobló bajo el brazo los dos periódicos. Y la dejó con la palabra en la boca.

¡Guárdalos, llévatelos contigo!, gritó ella en serio, adivinando su desconfianza. Cada uno de ellos te abrirá una puerta. Ya lo verás.

Iba a decir: Yo mañana no vengo. Mañana no puedo venir. Mañana voy a buscar greda a la playa de las Lapas. Pero esto último no lo dijo. El chico ya iba lejos. ¿A quién le importaba si ella iba a venir o no mañana? Ni su nombre le había preguntado.

Antonio Vidal se sentía ridículo con su paquete de Tónico Asiático y otras pócimas para tratar la caída del pelo. Su tío Ernesto tenía una abundante cabellera con un corte muy moderno. ¿Qué miras? ¿Te gusta mi pelo? Y fue y se lo quitó: Aquí tienes, un auténtico peluquín importado de Nueva York. El mejor. Hecho con pelo de india virgen del Amazonas. Desde que llegó a La Habana, tras dos semanas de travesía, no sabía si le estaba hablando en serio o en broma. Pero el peluquín de pelo espeso y negrísimo centelleaba en sus manos como azabache. El progreso está aquí, recuerda, le dijo Ernesto, y eres tú quien viene del atraso. Sí que venía del atraso. Además, en el vapor *Lafayette*, cuando se recuperó de los primeros días de mareo, se había pasado casi todo el tiempo en popa, viendo la estela del agua y leyendo los periódicos que la muchacha le había vendido. Se los leyó de arriba abajo durante los catorce días que duró el viaje. Así que se lo sabía todo de memoria. Incluso el capítulo del folletín literario que incluía *El Noroeste*. Había leído tantas veces aquel folletín, con el capítulo de *Ana Karenina*, que le parecía lo más real de todo lo impreso. «Aquí está —decía apartándose del cuadro y señalándolo con un gesto—. Cristo ante Pilatos, Mateo, capítulo xxvii —sentía que sus labios temblaban de emoción y se retiró para colocarse detrás de los visitantes». Todo lo que sabía del pintor Mikhailov estaba en aquel capítulo, pero pensaba que ya era suficiente. Se había ido imaginando la novela a partir de aquel fragmento y estaba convencido de que se parecería mucho a la que habría escrito aquel ruso que firmaba, León Tolstói. En popa, se sentía un poco Mikhailov. El periódico, incluso la estela en el océano, era un espejo de culpa. No se le iba de la cabeza la muchacha que llevaba el cesto de noticias, los papeles que agitaban sus alas con la brisa marina.

Aquel periódico iría a parar a un amigo de su tío, aún más elegante. Sí, allí estaba

Fermín Varela, en la terraza del hotel Inglaterra, hojeando con voracidad *El Noroeste*. Su tío Ernesto leía de reojo, por encima del hombro de Varela, con la sorna en sus ojos de pata de gallo. ¿Vino artificial? ¿Pesca con dinamita? ¿Los diputados en las corridas de toros? Lo miró como a un pequeño culpable. Al fin y al cabo, Antonio era el último en llegar: ¿El nuestro es un país o un escorpión?

¿Qué sabes hacer?, preguntó Fermín Varela.

De todo.

Así me gusta, dijo Varela.

Es la ventaja de nacer en las malvas, comentó el tío Ernesto. Es mucho lo que uno sabe mamado en la leche.

¿Sabes disparar?

No, no sabía. Pero dijo que sí.

¿Sabes mandar?

¿Mandar?

Sólo hay un mandar. ¿Sabes mandar en hombres?

Le estaba haciendo preguntas muy difíciles. Antonio Vidal nunca había pensado en eso, en la posibilidad de mandar en hombres. Él venía buscando un trabajo. Podía trabajar mucho, sin tregua. Eso de mandar era otra cosa.

Eso enseguida se aprende, Varela, intervino Ernesto. Hay bulas para difuntos.

¿Qué es lo que quieres hacer tú?

Él trató de hacerla callar, pero una voz dijo por él: Tener un quiosco de prensa en el Parque Central.

Se rieron a carcajadas. No esperaban aquella salida. Después, Varela dijo: No está mal pensado. Muy bien, Vidal, muy bien. Prometes. El futuro está en El Vedado. Ése será el rectángulo de oro. Pero ahora tu destino queda un poco más lejos. Lo que puedo ofrecerte es trabajo en Mayarí. Irás allí y te pondrás al servicio de mi mujer. Para todo, como tú dices. Ella te enseñará a mandar. ¡Es una auténtica mariscal de campo!

Varela hablaba con una mezcla de hastío e ironía.

¿Usted no viene, señor?, preguntó Antonio Vidal.

A mí me ha llegado la hora de ser impuro. Estoy harto de la provincia, gallego. Me pasa lo que a los habaneros, que ahora siento un sacrosanto horror por el campo. A ti te sucederá lo mismo más adelante.

Yo soy de la aldea, señor Varela. Eso sí, de una encrucijada.

Pues por eso. ¿Quién crees que llena los *music hall*, quién crees que se hace limpiar dos veces al día los zapatos aquí, en el soportal del Inglaterra, y toma el *plus* en el Plaza? Como quien dice, todos bajamos del Tren Central. Y no queremos irnos de vuelta. Si lo haces bien, podrás volver con dinero suficiente para poner un quiosco de hierro forjado en medio y medio del Parque Central, junto al *Diario de la Marina*, e incluso hacerte un palacete en la Calle Diecisiete.

¿Qué clase de trabajo es?, le preguntó a su tío cuando se quedaron a solas.

Una gran hacienda de ganado y madera en Mayarí, dijo Ernesto. Recuerda que mandar es también callar. Con la señora tendrás que saber mandar y saber obedecer. Ella es la rica de verdad. Y hay algo que él no te ha dicho. Es una mujer culta. Incluso lee libros. Creo que prefiere las novelas a Varela. ¿Y eso que has dicho del quiosco en el Parque Central?

Me salió así. Sin pensarlo.

Tenía un día para decidirse. Antonio Vidal se sentó en un banco del paseo del Prado. Estaba allí con su traje blanco, de lino, de estreno. Ya pertenecía a la esfera de la luz. Dese las vueltas que diese, tuvo conciencia de que el principal de los reparos era ése. Acababa de llegar y ya no se quería marchar de La Habana. Tenía el segundo periódico sobre los muslos. Estaba pensando otra vez en el cínico pintor Mikhailov de *Ana Karenina* y en la muchacha que llevaba el cesto de periódicos encima de la cabeza, junto al muelle de Hierro del puerto de Coruña.

¿Qué?

La cabeza del chaval moreno había entrado en el sol como un eclipse.

¿Le sobra una hoja de papel?

¿Para qué quieres el papel?

Para hacer un gorro.

¿Sabes hacer gorros con papel de periódico?

Yo no, pero la maestra sí, dijo el chaval señalando a la altura de cuatro bancos más abajo, en el paseo. Había un grupo de escolares y una mujer joven que con el brazo hacía gestos de llamada al mensajero.

¿Ésa es la maestra?

Sí, señor. Y también la que hace los gorros. Los hace perfectos, como barcos.

Toma. Llévale todo el periódico.

Sentado en su banco, estuvo viendo cómo la maestra hacía gorros hasta acabar el papel. Los doblaba de una manera especial. Era verdad. Tenían más aspecto de navíos que de capuchones. Cuando los escolares pasaron a su altura, lo que vio fue un desfile de cabezas-barco.

Gracias, señor, dijo la maestra al pasar.

¿Señor? Él correspondió con una inclinación de cabeza. Y luego le salió la voz, sin hacer nada para detenerla esta vez: ¡Perdón, señorita! Hace mucho sol. ¿No le sobraría uno de esos barcos de papel?

Sí, sonrió ella. El mío.

La miga de pan

12 de julio de 1936

¡Dinos una misa, Polca!

Las cavidades de las piedras tenían allí la hechura de tronos, de sillas de granito. Francisco Crecente, *Polca*, el único que no estaba desnudo, se subió a la piedra más alta del Ara Solis del castro, escupió con un resoplido nostálgico la pepita de la última cereza, hizo la señal de la cruz y murmuró: *In principio erat Verbum*.

No se oye, protestó Terranova. ¡Más alto!

Polca sintió las espigas del sol en los ojos. Pusó la mano a modo de visera y vio casi lo que buscaba. Junto al riachuelo del Souto, ladera abajo, había ropa tendida como un alegre injerto de gente en la naturaleza. Extendió los brazos y su voz de predicador descendió monte abajo montada en los rayos.

*Et lux in tenebris lucet et tenebrae eam
non comprehenderunt,
etcétera, etcétera.*

El segundo domingo de julio había llegado con un derroche de luz. Nadie se podía fiar de ese cielo de vértigo, la puerta de todas las borrascas de las Azores, ni siquiera en pleno verano. Pero esta vez acertaron con la misión. Polca estaba contento y orgulloso. Habían aceptado su propuesta. Era su aldea. Y hoy tenía la escala de un paraíso.

Todo era un don del sol, y el paisaje no parecía guardar nada para sí. Se sentía en la corona de la elevación. Estas ruinas habían sido el primer asentamiento de la ciudad, un monte fortificado, a prudente distancia del mar. Entre el Ara Solis y el faro de Hércules, en el altozano del istmo, había un eje visual. Cualquiera que se colocase en el mismo lugar que Polca experimentaría esa mirada geológica. La ciudad había renacido en el mar, rodeando la gran roca atlántica y haciéndose palafito en los arenales y las marismas, había ganado espacio en el vientre de la bahía con una sensualidad de jardines y construcciones en las que el fundamento era el cristal. Como el mar era hoy una superficie de espejo, Polca pensó que verdaderamente el segundo domingo de julio era un regalo y se merecía una bendición.

¡Un oficio divino, Polca!

Holando había leído los diez mandamientos del naturismo. Durante el baño de sol, tumbados y desnudos sobre las piedras calientes, forradas de musgo aterciopelado y de los dorados del liquen, con el péndulo de las cerezas sobre los labios, midiendo el tiempo de fuera adentro, todo el enunciado tenía la forma de un afloramiento de la razón. El cuarto: No dejéis de bañaros todos los días en agua fría.

Ahí hubo un abucheo. ¿De dónde es el profeta? El doctor Nigro Basciano es de Brasil. Así cualquiera. Por lo demás, asentían. Hasta el décimo: No os alimentéis de carnes, ni asesinéis a los pobres animales, siendo compasivos con ellos. *Mens sana in corpore sano. Finis. Amen.*

Hubo un rato de silencio. Lo que duraron las cerezas.

¡Eso será después de las fiestas!, exclamó Polca finalmente.

¿El qué?

Lo de ser compasivos con los animales.

Tú tómatelo todo a broma, dijo Holando. Los mataderos son un espectáculo repulsivo. Fijaos en el Orzán cuando hay matanza. El mar teñido con la sangre de las reses. ¿No es una vergüenza prehistórica? Aquí las vacas también deberían ser sagradas.

Por eso nos las comemos, dijo de repente Anceis. Casi nunca hablaba. Anceis era un muchacho muy serio, caviloso. Y cuando lo hacía, cuando hablaba, parecía arrepentirse enseguida. Estaba a punto de salir para Pasai San Pedro, donde embarcaría en un bacaladero vasco. Sólo le faltaban dos días. También era poeta. Un poeta secreto. Había empezado a escribir lo que él llamaba *Poemas S. O. S.*, en la estela del poeta marinero Manoel Antonio, el vanguardista de *De catro a catro*. Ni siquiera había publicado en la casa de sus amigos, en la revista *Brazo y Cerebro*. Uno de los pocos a quienes se los confiaba era a Arturo da Silva. Encontraba una relación entre escribir poemas, tal y como él los entendía, y boxear.

Lo mismo que a Cristo, dijo Anceis.

No veo la comparación, replicó Holando.

¿Por qué la gente prefirió que soltasen a Barrabás y que crucificasen a Cristo? Fue, por así decirlo, una elección de calidad gastronómica. A quién hincarle el diente. Lo que mejor sabe es lo sagrado. Es una homeopatía. El culto al Sagrado Corazón de Jesús. La Semana Santa con la celebración del Calvario y la Crucifixión. El sacramento de la Comunión. Es el ansia por alimentarse de lo sagrado. Los cantores griegos comían grillos. Los atletas, saltamontes.

Oyó cómo se reían. Pestañeó. Era él quien los había hecho reír. Nadie había imitado su voz. Sus amigos reían. Eran muchachos alegres. Hablaban de la revolución como de una fiesta. Llevaban días preparando la jira de los Caneiros. Habría un tren especial. Después irían en barcas remontando las aguas centelleantes del Mandeo hacia el corazón del bosque. Habría discursos libertarios, comida hasta hartar y después música, mucha música. Era un día hermoso, un día de paraíso en la tierra. Parecía un pecado no ser feliz. Así que dijo:

Perdón.

Él, en realidad, estaba pensando en un poema en el que las palabras eran migas de pan sobre un mantel de hule. Se había pasado la noche en vela, consciente el cuerpo por vez primera de que iba a abandonar su tierra en un largo viaje. Los dedos del silencio trabajaban al tiempo que las alas de las palomillas. Fueron puliendo migas de

pan esféricas con la exactitud encarnizada de las cuentas de un rosario astral. Una de esas migas era el sol del segundo domingo de julio.

Perdona, Holando.

No hay nada que perdonar. Lo que yo digo es que no necesitamos sacrificar animales para sobrevivir. En una sociedad más civilizada, sobrarían alimentos. Es en los países más ricos donde se sacrifican más animales sin necesidad. ¿Sabéis por qué casi se extinguen los búfalos en las grandes praderas americanas? Por la lengua. Los indios lo aprovechaban todo, pero las grandes matanzas fueron hechas por blancos. La lengua de búfalo fue un menú de moda en los restaurantes de Nueva York. Buffalo Bill era una máquina de matar, un cazador industrial. Dicen que en un día mató más de tres mil búfalos él solo.

¿Tres mil?

Contemplaron el fértil valle de Elviña. Más allá, A Granxa, a la orilla del río de Monelos. Tres mil búfalos eran muchos búfalos.

Por aquel entonces, a finales de siglo, se mataban cuatro millones de búfalos al año. Cuatro millones de lenguas. Con sus huesos se podría construir otra muralla china. Faltó la mente monumental.

Holando tiene razón, dijo Arturo da Silva. Eso sí que sería poner el mundo al revés. Dejar de ser carnívoros. Pero ya sabes lo que hacían los monjes de Oseira en Cuaresma, cuando estaba prohibido comer carne. Tiraban los cerdos al río y después lanzaban las redes para pescarlos. Los labradores, que no podían ni oler el tocino bajo pena de excomunión, fueron a protestar por aquel abuso y el abad dijo: ¡Todo lo que cae en la red es pescado!

El campeón de Galicia de los pesos ligeros apoyó la cabeza y los codos en el suelo alfombrado de musgo y, con perfección gimnástica, enderezó las piernas hacia el sol. Cabeza abajo dijo: Y para boxear yo necesito un bistec.

Terranova se acerca a él. Su andar es cómico, de Charlot descalzo, que lleva como imaginario bastón una paja de heno con la que señala el sexo del campeón al tiempo que declama la cita más clásica de su repertorio portuario: *Eu sou aquela oculto e grande cabo a quem chamades vós outros Tormentório*^[1]. Arturo no aguanta las cosquillas de la espiga ni la risa que le provoca la clásica ironía. Se pone en pie con una acrobacia y echa a correr detrás de Terranova, quien, tras salvar una mata de tojo, trepa por el peñasco y posa escultórico en un saliente que le sirve de peana. Se cubre y descubre con las manos: ¡Oh, Gran Pene caído en desgracia! ¡*Lurdo di Columnata!* Mi pobre tocino curado en mármol de Carrara.

La piel muy morena, parecía que llevaba toda la vida desnudo al sol. Y brincaba por los peñascos con ligereza, sin tener que mirar los pies. La escuela de los perceberos de la Gaivoteira, del Altar, del Caballo de las Praderas, los grandes farallones al pie del faro. Lo que a él le gustaba era tener un público atento al que cantarle, al que divertir con su saber portuario, aquella picardía internacional que tenía hechizado al veterano maestro Amil, en las clases nocturnas de la Escuela

Racionalista. Terranova subió un peldaño natural. Se cubrió y descubrió el sexo con el capuchón de las manos.

Yo no tengo la culpa. Me lo dijo Luba, la del *Normandie*: Si la tienes pequeña, no es culpa tuya, que es de Baba. ¿Quién es Baba? ¿Quién va a ser? El Demonio. Usó contra ti una fuerza por encima de tu fuerza y una potencia por encima de tu potencia. Eso, tal cual, dicho por una camarera del mayor vapor del mundo, me dejó hecho polvo. ¿Y no tiene remedio, Luba? Claro que tiene remedio, corazón. Darle la vuelta al mundo. Y después se echó a reír. Teníais que ver la dentadura de Luba. Cuentan que cuando ardió el Pabellón Lino sólo quedaron intactas las teclas del órgano. Pues así son los dientes de Luba. Deberían poner un retrato suyo como mascarón en la proa del *Normandie*. La suya es una alegría que da miedo. Explícate mejor, Luba, le dije, ¿cómo se le da la vuelta al mundo? Tenéis que ver esa dentadura. La pieza más valiosa del *Normandie*. Es lo que hace andar ese vapor.

Abrevia. ¿Cuál es el remedio?

¡Leed *Brazo y Cerebro*! Y cumplid los mandamientos del naturismo.

Holando le tiró un guijarro con el que le apuntó al ombligo: No seas bobo.

Lo siento. No lo puedo decir. Va contra todas las religiones.

Mejor.

Y dijo Luba: Que la mujer sea cielo, y el hombre, tierra.

¿Y así crece el pene?

Así crece todo, mi vida.

Estamos aquí, a secar, como dioses.

Como congrios. No me hables de dioses.

Dioses griegos, dijo Holando. A mí me gustan. Se pasaban el día subiendo y bajando, en el Más Allá y en el Más Acá. Sin miedo a resbalar en la hoja de la higuera. Prometeo era un libertario. El primero en romper las cadenas. Y Dioniso, otro. A ése habría que llevarlo en andas a los Caneiros. ¿Y qué me decís de Afrodita, Atenea...?

¡Minerva!

Minerva no, dijo Holando. Ésa era itálica. Aunque también vale lo suyo.

Miró de reajo. Todos se estaban riendo. Incluso Arturo da Silva, con la cabeza apoyada en tierra. Todos pensando en la bibliotecaria de Germinal. También él. El primero.

¿Que si vale? ¡Por todos nosotros!, exclamó Dafonte. ¿Por dónde andará hoy?

Ellas van a los Pelamios y a San Amaro, dijo Leica. Y a la playa de las Conchas. Hay algunas que se bañan desnudas.

¿Las has visto tú?

Las vi. Ella, en la playa de las Conchas, sólo vestida con algas. Ésa sí que es una diosa.

¿Andabas buscando fotos, Leica?

No, andaba buscando luz. Hay que aprender a ver.

¿Y tu hermana, Leica, también se baña al pie del faro?, preguntó Arturo da Silva.

Mi hermana anda por Francia. Le han dado una beca de pintura.

Qué lástima que no venga a pintar a los Caneiros.

Iría de buena gana. Seguro.

Las mujeres van al mar y nosotros aquí, como carneros sagrados, dijo Dafonte. En el monte celta. El próximo domingo hay que bajar al mar, a vestirnos con algas, a sumergirnos en el clasicismo.

Ahora Terranova está raspando bajo el musgo y cavando con las manos, con un entusiasmo infantil.

Aquí tiene que haber tesoros. ¿Nunca vinisteis con las herramientas, Polca?

Vinimos. De chavales. Pero no encontramos nada. Excepto un sifón. Una botella de sifón.

Un sifón celta.

Eso. Lo que sí encuentran los labradores cada vez que en el valle se remueve la tierra para sembrar son botones de guerreras donde se puede leer *Liberté, Égalité, Fraternité*. Todo esto que veis fue un terrible campo de batalla. La batalla de Elviña. Que se sepa, la más dura de la historia de Galicia. Yo mismo tengo uno de esos botones en la chaqueta. Ahí, en la manga.

Y era cierto. La chaqueta estaba colgada de la horquilla de un árbol pegado a la muralla del castro.

Huele a tesoro, dijo Terranova. Tiene que estar a flor de tierra.

Ahora su cavar era cómico, imitando al perro que busca un hueso enterrado.

Haber, hubo, dijo Seoane. Los tesoros de los castros y de las mámoas fueron expoliados a montones a principios del siglo XVII. El rey autorizó a un tal Vázquez de Orxas a hacer excavaciones y a remover los monumentos funerarios. Le concedió la exclusiva del negocio con tal de que le diese una parte a la Casa Real. Lo más curioso es que no los hubiesen rapiñado antes. El oro de América estaba agotado, y fue una lástima que alguien pensase en la verdad de las leyendas. La gente había disfrazado los tesoros con cuentos. Estaban protegidos por enanos, por princesas moras, por serpientes aladas. Los enanos dominaban idiomas, sabían latín, como Polca, y si hablabas la lengua secreta abrían la puerta del tesoro. El viejo Carré nos contó la historia de un tartamudo que tenía mucha suerte encontrando tesoros porque los enanos lo tomaron por políglota. En fin. Los tesoros de Galicia se fueron al carajo por culpa de un licenciado que creyó en los libros que nadie creía, y tomó nota de los cuentos de los viejos. Los cuentos estaban llenos de oro. Y era verdad. Incluso encontró un pato de oro macizo en un sepulcro.

Algo quedará. Algo siempre queda, dijo Terranova. ¿Cómo se llamaba esa vieja guía de los tesoros?

El Ciprianillo, dijo Seoane. Creo que es el libro más leído de la historia de Galicia.

Los anarquistas deberíais editar un nuevo *Ciprianillo*. Un libro de los tesoros. Algún pato de oro quedará.

El viejo libro ya era anarquista de sobra, respondió Seoane. Dicen que para entenderlo había que saber leer y desleer.

Polca dirigió la mirada hacia su aldea.

La gente, de alguna manera, transportaba la luz. En las palabras, en las ropas, en los gestos. Los sonidos pertenecían a la luz. Él había nacido allí. Escuchaba, sin intervenir, la conversación sobre los tesoros. Recordó la leyenda que aún él le había oído contar al viejo Mariñán. Le parecía lo más atinado que se podía decir sobre los tesoros. Que los días de sol había que estar atento porque los enanos que guardaban las alhajas y los metales preciosos bajo tierra algún día tendrían que ponerlos a secar para que no se oxidasen. Polca no estaba interesado en lo que estaba enterrado, sino en la superficie. Miró en panorámica. Unas sábanas extendidas hacían el efecto de un espejo. En realidad, lo que él estaba buscando con la mirada era a Olinda, la cerillera. Hoy era la parte de la leyenda de los tesoros que más le importaba, la que decía que no eres tú quien encuentra un tesoro sino que es el tesoro el que te elige a ti.

¡Lo que hay aquí!, gritó Terranova.

Empezó a sacar conchas. Había encontrado un ostrero. También las había de vieira. Mirad esto, dijo Terranova. Y mostró con solemnidad en la palma de la mano un esqueleto de erizo de mar. Una esfera hipnótica.

Les gustaba lo mismo que a tu madre, Curtis. Los erizos de mar.

¿Y la misa, Polca, quién te enseñó el oficio divino?

Yo de niño no jugaba. Mi único juego fue ser sacerdote. Yo lo que quería ser era gaitero. Pero a lo que se podía jugar era a ser cura. Todo el día en la iglesia. Ésa fue mi escuela, mi campo de juegos, mi trabajo. Todo a un tiempo. Desde muy pequeño ayudé en misa. Me mandaron de acólito. Me tocó por ser el más pobre. Los ricos no son monaguillos. Eso debe de ser lo poco que queda de cuando la Iglesia era virgen, antes de Constantino. Para acólito, ser pobre es un mérito. Mi padre era cantero. Murió joven, al poco de nacer yo, en una obra. No, no lo mató una piedra. A un cantero nunca lo mata una piedra. Fue una mojadura fría que pilló y que se le metió en la caja de los huesos y ya no le salió. El caso es que yo fui de acólito a la parroquia con media docena de años. Misas, novenas, rosarios, bodas, bautizos, comuniones, unciones... Y casi empecé a hablar antes latín que gallego. Mi lengua natal, con perdón, fue la del Vaticano. Todo el día allí metido. Yo el latín no sé destriparlo, pero me lo sé entero. Lo mío fue una inmersión, el primer crisol que se me puso en la cabeza. Además, sucedió algo importante: el párroco, don Benigno, fue perdiendo la memoria. No poco a poco, no por letras o palabras, sino en grandes porciones, en frases. Se iban y ya no le volvían. Parecía que había perdido la frase y el sitio de la frase. Como si hubiese desaparecido el espacio y la frase no pudiese volver. Y entonces yo era su segunda memoria. Era, por decirlo así, el suministrador de frases perdidas. Y por eso tenía que estar muy atento en todos los oficios. Estaba allí de

apuntador. Como acólito, era un profesional. Siempre procuré hacer bien mi trabajo. Se murió don Benigno, vino el nuevo párroco y no nos entendimos. Y ya se me había pasado la época de acólito. A don Benigno no le molestaba que yo me disfrazase de obispo en Carnaval. Ya sabéis que el Miércoles de Ceniza hacemos una procesión de comparsas, por el entierro del Carnaval, y vamos a tirarlo al río de Monelos. Y antes de deshacernos de él, celebramos una misa por el alma del difunto, una misa de *corpore insepulto* que nosotros llamamos de *corpore en su punto*. El caso es que a don Benigno le daba igual. Yo creo que incluso le hacía algo de gracia. Una risa pascual. Tú no me quites la clientela y ya está, eso fue lo que me dijo. Después del Carnaval ya vendrá la Cuaresma. Pero el nuevo párroco se lo tomó por la tremenda. Nada de risa pascual.

El Carnaval es como los Caneiros, dijo Holando. Una fiesta democrática, el mundo al revés.

Ahora ya no se toca la gaita en los entierros. Yo de pequeño ya iba de acólito a los entierros. Y ahí me hice gaitero. La música me entró como el latín, entera. Podía pensar en ir al seminario y hacerme cura, pero no, a mí lo que me emocionaba era ser gaitero. La gaita puede sonar como el mejor fagot. Yo iría a los entierros sólo por escuchar un réquiem de gaita.

La gaita no tiene futuro, Polca, convéncete, dijo de repente Terranova.

¿Quién lo ha dicho? No he oído nada.

La expulsaron de los salones de baile. Y no sirve ni para el *jazz* ni para nada de eso. Acabarás solo, en el monte, tocando la gaita para los enanos de los tesoros y las princesas moras.

¿Cómo que no sirve para el *jazz*? Tú eres más tonto que un barítono. El viento...

Un trompetista, un saxo... Eso es música, Polca. La música del futuro.

Algún día escucharás una gaita en una pieza de *jazz*, ignorante, respondió Polca. Ahora estaba enfadado de verdad. Todo el mundo sabía que Polca estaba enfadado cuando utilizaba el insulto de ignorante.

Polca tiene razón, dijo Seoane. Mozart metió en *La flauta mágica* un silbato de afilador.

Luis Terranova bailó en una de las piedras del Ara. Movía el pubis en voluptuosa parodia de danza popular:

*D'aqueles puntos
que fan agora
de afora adentro,
de adentro afora!*^[2]

Qué lástima que Curtis no cante, dijo Arturo da Silva. Podríamos tener un Paul Robeson en vez de un Luis Terranova.

¡Paul Robeson! Es lo máximo, dijo entusiasmado el violinista Seoane. La voz de

la humanidad, de la tierra, del cosmos. En Nueva York, un día que él cantó, temblaron todos los edificios de los bancos de Wall Street. Si Robeson, un suponer, cantase en el faro de Hércules, nosotros lo escucharíamos aquí, en el Ara Solis.

*Ol' man river,
Dat ol' man river,
He mus' know sumpin'
But don't say nuthin'.*

Hay una proporción entre la longitud de las cuerdas y la vibración del sonido. Las cuerdas de Robeson están hechas de tripa. Sí que necesitaríamos un Paul Robeson. Una voz que haga temblar a los banqueros y llorar a las piedras.

Con Robeson o sin Robeson, sin gaita no hay Caneiros, sentenció Holando. ¡Es nuestro big bang! Un instrumento cósmico. La madre de todos los aires. ¡Ánimo, Polca!

No sé, dijo Polca. No sé si la llevaré.

Luis Terranova bajó del peñasco del Ara y se arrodilló ante Polca.

Dame tu bendición, padre.

Y Polca hizo la señal de la cruz y dijo en un rumor:

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis etcétera. Ahora reza tres padrenuestros.

Terranova se puso en pie y se sacudió de las rodillas la tierra y las briznas de hierba. Dijo: ¿Tres padrenuestros? Sólo me sé uno.

Mientras los otros se vestían, Polca se puso la mano de visera y volvió a recorrer el valle. Más allá de San Cristovo, después de Agrela, estaba la Fontenova. Aquel destello debía proceder del letrero de cristal de azogue de El Resplandor que había hecho Isolino Díaz en la cristalería de Rubine. Lo del letrero había sido buena idea. Un sol en medio de un incendio.

Iba a decirlo, a anunciarlo, en voz alta. Pero los otros se estaban riendo en un alboroto infantil mientras se vestían. Así que se lo comentó al más próximo, a Arturo da Silva.

Al fin y al cabo, la idea había sido suya. ¿Ves? Aquél es el espejo de El Resplandor. El destello le arrancó una sonrisa al boxeador en aquel rostro de talla dura.

Hay que ver lo fácil que es hacer feliz a un hombre, pensó Polca. El rastro de un espejo a lo lejos.

El jolgorio que habían organizado era por Holando. Había tomado su baño de sol tumbado en una losa y, por descuido, había dejado el libro de los mandamientos naturistas posado en el pecho. Esa parte de la piel se había quedado blancucha, pálida, y el resto bronceada e incluso intensamente colorada en los bordes. La huella de un libro en la piel. La impresión natural de un libro.

Vas a asombrar a Minerva, dijo Seoane. Ahora tienes que ponerle un título marcado a hierro candente. Y después pregonó: El próximo domingo 19 de julio todos a la playa esa donde las chicas se visten con algas. Y el día 2 de agosto, a los Caneiros. El que aún no tenga billete para el tren especial que hable con Hércules.

Ahí viene, dijo Polca. Entrenándose para la primera comunión.

Venía por allí, corriendo por los senderos, entre los campos de maíz que estaban a media altura, Vicente Curtis, el Hércules del Papagaio. El sparring de Arturo da Silva.

Sí, el día 17 pelea por primera vez, dijo Arturo. Tenéis que ir a apoyarlo. Este chaval va a ser la gloria de Galicia. Tiene tanto aire en el pecho como todos nosotros juntos. Sus puños hablan.

Ya sabes lo que pienso del boxeo, dijo Holando. Para defenderse, es mejor que le enseñes a poner las herraduras del burro del revés.

Eso también, dijo Arturo.

Lo has hecho a propósito, le dijo Terranova a Holando. El tatuaje del libro para lucir con las minervas.

De eso nada. Holando mostró orgulloso el pecho con la ventana enmarcada del libro: Es el instinto de la cultura, que elige la mejor madera. Es la naturaleza tomando conciencia de sí misma.

La conciencia. Polca se sintió como un delincuente. Tenía que devolver cuanto antes aquel otro libro a la biblioteca. De esa semana no podía pasar. Cada vez que lo abría, leía con más devoción y con más culpa.

El matador de toros

17 de julio de 1936

Todo lo que tiene, oye decir Curtis, lo lleva en esa bolsa de lona, en ese petate de marinero. Está con Arturo da Silva junto al Obelisco. Hay animación en la terraza del café Oriental, en el bajo del hotel Palace, y también un poco más atrás, en la terraza del café Galicia. Ellos están repartiendo panfletos que anuncian un mitin antifascista que se va a celebrar en la plaza de toros. Uno de los que lo recibe los saluda con afecto. A Curtis le llama la atención el contraste entre la vestimenta, traje con corbata, y el equipaje. Una sencilla bolsa de lona.

Ése es Sito *Marconi*. Quien más sabe de radios. Todo lo que necesita lo lleva en esa bolsa de marinero. Dale un destornillador y encontrará la voz de las piedras.

Está con Arturo junto al Obelisco. La manera de entregar las hojas informativas que tiene el boxeador es muy ceremoniosa. Parece que se está desprendiendo de un pergamino. No las reparte al azar, sino con mucha economía, como si aquel mensaje fuese decisivo en la vida del que da y del que recibe. A Curtis le recuerda la relación que tiene su madre con la luz eléctrica. No soporta la luz encendida cuando no hay nadie en una habitación. Arturo mira de frente a quien hace cada entrega. Tal vez se pregunta cuál será la suerte y el rumbo, como quien se desprende no de una hoja volandera sino de un trascendental papiro. En los pasquines que reparten aparece destacado el lugar del mitin. La plaza de toros.

¿Toros? ¿Qué tienen ustedes contra los toros? ¡Ahora mismo llamo al jefe de los matadores!

Es un hombre alto, con mostacho de cosaco. Su vozarrón suena amenazador, modulado para una perfecta intimidación. Pero lo que en él, en Curtis, es un defensivo brinco hacia atrás, en Arturo la reacción es la de ir hacia delante. A la búsqueda de un abrazo cordial. Así conoció a Fernando Sada. Contó que venía de hacer de ogro en el teatro de marionetas de La Barraca y en las Misiones Pedagógicas. Hacer, hacía más cosas, y más complicadas, pero lo que le había dado verdadera fama había sido la voz de dragón. Arturo se lo presentó a Curtis como artista, pero él añadió el título de ser uno de los portavoces de la Unión Internacional del Guiñol.

No van a pasar de África, dijo con voz tan grave que a Curtis le pareció de verdad la de un dragón. Se darán un batacazo como el del general Sanjurjo hace cuatro años.

Le señaló a Curtis el reloj en lo alto del Obelisco: Ahí está, su majestad la Hora. ¿A que estaría mejor si tuviese un cuco? A mí me dio las horas de mi infancia el reloj de cuco del señor Tettamancy. El canto del cuco. El silbato del afilador. Y las sirenas de los barcos. Todo bajo la luz giratoria, el luminoso ventilador, del faro de Hércules. Ésas son las bases del *jazz* de mi vida. Cuando caigo, me levanta el canto de aquel

cuco liberal. Sí, señor. *Cuckoo in the Clock*. Un gran cuco que diese la hora en el Obelisco. O la sirena de un barco. Cada vez que se diga la palabra mar, deberíamos arrodillarnos.

Dio la vuelta y extendió los brazos en gesto de orador: ¡Coruñeses, arrodillaos ante el mar! Neptuno, Poseidón, Andrés de Teixido, éstos deberían ser nuestros dioses, siempre a los pies de la diosa de la vieira. Todo lo mejor ha venido por mar, santos y vírgenes en barcas de piedra. ¿Quién sino el viejo Lear está enterrado en Santiago?

Miró a Arturo. El silencio preocupado del boxeador. Sada cambió de voz. Abandonó el tono declamatorio.

La verdad es que soy muy bueno como profeta: acierto siempre cuando se trata de adivinar el pasado.

Después repasó el pasquín. De repente, su manera de hablar se hizo confidencial: ¿Mitin antifascista en la plaza de toros? Tened mucho cuidado de a quién le dais los panfletos. A ver si se los vais a dar al jefe de matadores. Yo llevo cosido aquí, y se señaló el lóbulo de la oreja, el aviso de Luis Vives a Erasmo: «No se puede hablar ni callar sin peligro».

De chaval, les contó, había sucedido algo que siempre interpretó como una fatal premonición. Su padre había hecho un manifiesto antitaurino pidiendo que se prohibiesen las corridas de toros, descritas como un espectáculo horrendo, una exhibición de la crueldad, la celebración de un sacrificio como «fiesta nacional», donde el llamado «momento de la verdad» no es otro que el del arte de matar. Eran las fiestas de verano y la ciudad vivía en esa metáfora de transatlántico con todo el mundo en cubierta. Sada salió con un mazo de los manifiestos contra la crueldad y el maltrato a los animales. Era un día radiante en los jardines del Ensanche. La síntesis perfecta entre civilización y naturaleza. Allí, en el umbral, el viejo tiovivo de Lino giraba al compás de *La Marsellesa* con el armónico tan gastado que parecía el sonido del bufar de los caballitos por la nariz. Y allá me fui. *Allons, enfants!* Niños con traje marinero jugando con la redondez del aro. Parejas paseando del brazo bajo los magnolios. Y entonces imaginó lo que iba a pasar. Las muestras de simpatía. Las voces de ánimo. Ya era hora, chaval. Ya era hora de que alguien denunciase esta carnicería, esta barbaridad. Y Sada pensó: Dadme una semilla y cambiaré el mundo. Pensó que la voluntad mueve montañas, como Lino movía el carrusel o los niños del aro una órbita o los del balón movían un planeta. Quizá podía conseguirlo por sí mismo, esa maravillosa casualidad. A veces había sucedido en la historia de la humanidad, ¿o no? Sabemos de las guerras que se produjeron, pero ¿cuántos hombres y mujeres no pararon a tiempo una guerra? Vete tú a saber. Sada imagina a su padre al día siguiente en el café, por la mañana temprano, ignorante de la conmoción de la víspera. Sada, *el Viejo*, despliega el periódico y se encuentra con el titular a toda página:

SUSPENDIDAS LAS CORRIDAS DE TOROS EN LA CORUÑA.

Y luego los subtítulos con los detalles:

Un triunfo de la civilización. El manifiesto repartido ayer por un muchacho hace temblar la ciudad. Las autoridades atienden el clamor popular contra la crueldad con los animales.

Y allá me fui directo, contó Sada, a la terraza del Quiosco Afonso, atestada de gente y donde las distendidas conversaciones permitían augurar un estado de gracia del espíritu ciudadano y, por lo tanto, una valiente acogida a las propuestas civilizadoras.

De repente vio su rostro tocado por el augurio. Su Hombre de Toque. El siguiente eslabón que propagaría la gran oleada antitaurina, la corriente imparable que esa misma tarde, por una precisa carambola histórica, llegaría al despacho del gobernador y lo llevaría a firmar la suspensión del infame festejo. El elegido, de traje blanco de lino, tenía un aspecto amigable. Sada caminaba ufano hacia él y él ya de lejos notó que el chico lo había reconocido como un ser con halo. Y el Hombre de Toque, que sonrió al ver que se trataba de toros. Sería un programa. Propaganda. Pero Sada se dio cuenta de que el Hombre de Toque cambiaba a medida que iba leyendo. No sólo la expresión de su cara, sino todo su ser. A Sada le pareció que aquel hombre desprendía el olor de una loción resinosa. Y era que el papel le estaba ardiendo en las manos. Primero en metáfora, sin llama, como si ya lo prendiese al leer con la lupa asombrada de sus ojos. Luego le pidió un mechero a uno de sus acompañantes y lo quemó de verdad.

Era un torero. El maestro Celita. El cabeza del «extraordinario cartel» de la primera corrida.

¿Os acordáis de Bela Lugosi en *Drácula*, con aquel terrible efecto «luz de ojos»? Aún la pasaron hace poco, ahí mismo, en el Quiosco Afonso. Pues ésa era la mirada del Hombre de Toque. Como si se hubiese quedado allí, en aquel lugar, esperándome desde aquel día.

Un rasgo singular del diestro Celita era una leve cojera. Así que no tenía la espada a mano, pero sí un temible bastón.

¿Hay algo más terrorífico que un niño perseguido por un torero cojo con un bastón de estoque? ¡Prefería el toro mil veces!

Desde entonces, andaba pendiente de su espalda. En estado de permanente vigilancia. La mirada había conseguido el ángulo de visión de la becada, centinela del bosque, con los ojos en la nuca. Siento que el destino corre tras de mí. Un destino cojo con una espada de palo o un sable. Así andamos en España, siempre pendientes del matador. Yo iba a ser de la estirpe de los felices, de los hijos de la generación de la utopía federalista. Mi madre me enseñó a andar con la música de *Le temps des*

cerises y toda la vida oí a mi padre librepensador decirles a sus amigos: No me permitáis nunca flaquear. Era así, casi toda una vida pendiente de, en el último suspiro, no caer, ¡zas!, en manos del cazador de almas. Y fue en un descuido. Dejó de sonar el armónico y se escucharon las campanillas del viático y el confesor que sale triunfante del lecho del moribundo y pregona: ¡Hoy he convertido a un hereje! El alma de mi pobre padre como un trofeo taurino. Como una oreja en mano.

Su expresión, su voz, incluso el tamaño de su cuerpo, habían vuelto a cambiar. Curtis pensó que las palabras de aquel hombre estaban relacionadas no sólo con el pensamiento sino con todo lo que sucedía en su cuerpo. El respirar. La circulación de la sangre. No lo podía creer, pero era cierto. Desde donde estaba, escuchaba el latir de su corazón.

Ahora voy a pintar ventanas. No durmáis nunca con las ventanas cerradas, con permiso del viento de las viudas. Y si no hay ventanas, pintadlas. Meted el mar dentro de las casas.

Eso es una buena revolución, dijo Arturo da Silva. La de las ventanas.

Estoy con esa revolución naturista. El otro mandamiento es bañarse en el mar todos los días. Ya me gustaría tener tu determinación, Arturo, meterme en el mar invierno y verano. Galicia encontraría su karma el día que se generalizase esa costumbre. Yo espero a un batiscafo personal, o a que en La Espuma vendan escafandras escandinavas. O mejor aún, una de esas camas de agua inventadas por el glorioso William Hooper. Si éste fuese un país práctico, desarrollaríamos esa industria. La de las camas de mar. Aún he de hablar con el señor Senra, el de la fábrica de zapatos. ¡Quién fuera un artista industrial!

Daría lo que fuese por pintar una estrella de mar como las que usted pinta, dijo Arturo. Sólo una estrella de mar. Eso paga una vida.

¿Para qué quieres pintarlas si las ves a pulmón, si tú puedes traerlas a puñados desde el fondo de las Ánimas? Yo pinto el mar porque no puedo sumergirme. Tengo que contentarme con las estrellas de mar que caen del cielo. Se libran del pico de las gaviotas amputándose el brazo por el que van presas. ¿No te ha sucedido?

Sí. Alguna me ha caído en la cabeza. Y me he llevado un susto del carajo. Pensaba que me había acertado el Arquitecto del Universo.

¡Una señal mitológica, Arturo!

A quien le haría falta hoy es a éste, a nuestro Hércules, dice Arturo por Curtis. Esta noche va a boxear por primera vez.

Arden los libros

19 de agosto de 1936

Los libros ardían mal. Uno se movió en la hoguera más próxima y a Hércules le pareció ver que de repente abría en abanico las frescas agallas de una branquia de abadejo. Otro soltó un fragmento incandescente que rodó como un erizo de mar de neón por los escalones de una escalera de incendios. Después pensó que aquello que se agitaba inquieto en el montón ardiente era una liebre atrapada, y que una ráfaga de viento, que avivó un poco la pira, esparcía en chispas todos y cada uno de los pelos de su piel quemada. Así, la liebre conservaba su forma en la gráfica del humo y estiraba las patas para avanzar en la diagonal acristalada del cielo de la avenida atlántica.

Las primeras hogueras de libros se habían dispuesto allí, junto a la Dársena, camino del Parrote. En el vientre urbano, por decirlo así, donde el mar parió a la ciudad, el primer nido de pescadores, y mira que ha crecido la hierba desde entonces, incluso en los tejados, que tienen vocación de verde cumbre, en ese lugar que hoy es el punto donde confluyen el transporte de lanchas de la bahía, los tranvías urbanos y los coches de línea del interior. Las otras hogueras arden allí al lado, en la plaza mayor que lleva el nombre de María Pita, la heroína que encabezó la defensa de la ciudad, al frente de un comando de mujeres pescaderas, en uno de tantos ataques por mar, y donde ahora está situado el Palacio Municipal con la inscripción «Cabeza, Guardia, Llave y Antemural del Reino de Galicia». Curtis oía hablar de vez en cuando de María Pita en la Academia de Baile, como si aún viviese, en ese presente inmortal que es el andar en boca de la gente, como corren los chismes, y no sólo porque le hubiese plantado cara al corsario y almirante Francis Drake, sino porque se había casado cuatro veces y un juez tuvo que advertirle de que era mucho enviudar y que a ver si no se le morían más hombres en las batallas de la cama.

Hay una pobre, a la que llaman la Zamorana, que vive y duerme entre las tumbas y los panteones, en la ciudad de los muertos, en el camposanto marino de San Amaro. Una vez Hércules se llevó un buen susto con ella cuando de repente salió de detrás de un sepulcro y le preguntó, mostrándole una pava:

Chaval, ¿tienes fuego?

En realidad, la Zamorana no es una pedigüeña. Ella, la Zamorana, tiene un trabajo que le pagan sólo con propinas, pero muy importante para la ciudad. Los difuntos de Coruña miran hacia el océano. Allí, en la orilla cercana al camposanto, están los bancos de peces de las piedras de las Ánimas, los mejores sitios de cría. Hay más estrellas de mar en los fondos que las que se ven en el cielo. Tampoco es raro verlas caer desde lo alto. Las gaviotas y los cuervos marinos vuelan con las estrellas en los picos y entonces ellas se desprenden del brazo prisionero y regresan al mar mutiladas.

Desde el cementerio se contempla la mejor vista de la boca de la ría. Y esto tiene que ver con la Zamorana, la que le pidió fuego a Curtis la noche que pasó junto al camposanto. La mujer mendiga es una vigía. Cuando se acerca algún transatlántico, baja por la calle de la Torre y va avisando puntualmente de que el barco está al llegar. Y es mucha la vida que da un barco. La voz de la Zamorana suena como una ronca caracola. Hay barco, señor Ferreiro, hay barco. Hay barco, señor Ben, hay barco. Hay barco.

La Zamorana salía con la alegre cantilena del barco a la vista, y salía del camposanto, no de un cubil cualquiera. Curtis recordaba que cuando él era niño, la Zamorana ya parecía vieja, ya avisaba de los barcos con la ronca caracola de su voz. Pensaba que ella y otros como ella existían desde siempre, como María Pita. La procesión de los campesinos difuntos se quedaba a las puertas de la ciudad. Y los muertos del cementerio marino delegaban en la luz del faro y en la voz de caracola de la Zamorana para espabilar a la ciudad: Hay barco.

Si Vicente Curtis, alias Hércules, está pensando en ella es porque la Zamorana está allí, en el mirador del Parrote. Además de los incendiarios, es la única presencia que se distingue. Es inconfundible. Lleva puestas todas las faldas que tiene, las faldas de su vida, una encima de otra, así que su forma es la de una mujer campana. Ayer llegaron barcos. Barcos de guerra. Están atracados junto al Club Náutico. Pertenecen a la flota del Tercer Reich. Claro que ella los vio venir, pero no bajó por la calle de la Torre con la cantinela de «¡Hay barco, hay barco!». Ella observa. Ha visto muchas cosas. Esa clase de fuego, no. Ella no ha leído nunca un libro. Hubo un tiempo, quizá el más feliz, en que fue vendedora de periódicos. Pregonaba noticias sin saber leerlas. Por eso piensa que la perjudican. Que van en contra de ella. Están quemando lo que una nunca ha tenido, lo que a una siempre le ha faltado. Ese humo tiene algo raro, escuece, se mete por detrás de los ojos. Le hace recordar algo que jamás querría recordar. El día en el que un desconocido le prendió fuego a la manta con la que dormía a la intemperie, aquel día que apagó con sus propias manos los cabellos que le ardían. Y ahora sus manos son llagas curadas en el mar. Por eso decidió dormir entre las tumbas. ¿Dónde están los que leen los libros? ¿Por qué tardan tanto?

Tú, vieja bruja, ¿qué miras? ¡Sal de ahí!, le grita uno de los de la quema. ¡Vete con el cabrón del demonio a Monte Alto!

Ella, que nunca ha callado. Ese Caín tenía que oírlo. Iba a ponerlo a caer de un burro, de vuelta y media. Iba a soltarle cuatro verdades como puños. Cantarle las cuarenta, cara a cara.

Ese humo raro que se mete detrás de los ojos. Ese escozor. La tea humeante. El fuego. El olor del fuego en sus cabellos. Ella ya ardió una vez. La memoria de la piel. El picor de las llagas. Se aleja. Será mejor dar la callada por respuesta. Vuelve entre las tumbas, arrastra la campana de trapo. Todas las faldas de la vida.

Esto, las piras de libros, no forma parte de la memoria de la ciudad. Está sucediendo ahora. Así que esto, el arder de los libros, no sucede en un pasado remoto

ni a escondidas. Tampoco es una pesadilla de ficción imaginada por un apocalíptico. No es una novela. Por eso el fuego va lento, porque tiene que vencer las resistencias, la impericia de los incendiarios, la falta de costumbre de que ardan los libros. La incredulidad de los ausentes. Bien se ve que la ciudad no tiene memoria de ese humo perezoso y reticente que se mueve en la extrañeza del aire. Incluso tiene que arder lo que no está escrito. Alguien acarrea desde la oficina municipal de turismo mazos de folletos con el programa de las fiestas, «carne fresca» es la expresión, quizá en referencia a la bañista que aparece en la portada junto a la leyenda *Clima ideal* y el blasón oficial de la villa, el faro con un libro abierto en lo alto que, al mismo tiempo, hace de lámpara de la que irradian los destellos de luz. Todo eso va a arder lentamente, también el libro del blasón, que ya no volverá a aparecer en el escudo de la ciudad.

La República, de Platón. ¡Ya era hora! ¿Y éste? ¡*La enciclopedia de la carne!* ¡Puaf!

Es un grueso volumen que levanta pavesas y estelas humeantes, y erosiona los ángulos de las ruinas como el repentino derrumbe de una mediana sobre edificios más bajos. La palabra «carne» activó, sin más, el resorte de lanzamiento. La cabeza imagina entonces un gran tratado de la lujuria, imágenes de orgías, lástima no haberle echado un vistazo. Cuando el tomo llega al final de su caída, el falangista le da con disimulo una patada en la esquina con la puntera de la bota. Al abrirse, entre una nueva erupción de pavesas y humo, y los primeros tanteos de las llamas, la huella visual de que lo que surge a doble página es un mapa peninsular con las provincias marcadas en colores. Es un efecto demasiado casual, un desliz de la puntera de la bota que la propia mirada se apresura a corregir. No, no son las provincias de España. Enseguida se ve que en realidad se trata de la ilustración del despiece de una vaca. El lomo, el solomillo, el jarrete, la rabadilla, el redondo, la aguja, la falda...

¡Ése que acabas de tirar era de recetas de cocina!, le dice con sorna un compañero desde atrás.

Entonces hará un buen churrasco.

Las hogueras están en el sitio de la ciudad más expuesto al público y frente al centro simbólico del poder civil. Hércules no debería ir en esa dirección porque Hércules es mucho más conocido de lo que él piensa. De todas formas, por ahora está teniendo suerte. Se va acercando a las hogueras y ninguno de los que están allí, en la operación de quema, todos ellos armados y vestidos con el uniforme de la Falange, ninguno le presta atención, la mayoría concentrados en el problema de lo mal que arden los libros. Uno de ellos los compara con ladrillos. Y después encadena esta imagen con una precisión geométrica que a él mismo le resulta extraña.

¡Son paralelepípedos!

Junto a él, el más joven de sus compañeros quiere repetir esa larga palabra, pero se da cuenta de que no es tan fácil e intenta murmurarla en bajo. Suena al nombre de una especie muy rara de aves. Aves más complicadas que las palmípedas. Eso sí que

le sale sin dificultad, palmípedas, y mira el bulto sin fijarse en los títulos, como una abstracción, como la maqueta de una pirámide azteca.

¡Para-le-le-pípedos! Sí, señor. Paralelepípedos.

Por fin le ha salido. Se siente bien después de decirlo.

¡Paralelepípedo!, le dice el jefe de centuria dándole una palmada en el hombro.

Paralelepípedo, responde él, orgulloso. Sigue la estela del humo y mira hacia el cielo. En la ciudad atlántica siempre es cambiante, el cielo. Animado por el éxito, intenta recordar los nombres de las nubes que estudió en la escuela. Pero sólo se acuerda del de nimbo. ¿Cómo es un nimbo? ¿Qué clase de nube formará ese humo que asciende de las hogueras? Pero deja de pensar en las nubes porque el compañero que ha comparado la resistencia de los libros con los ladrillos y que ha pronunciado con increíble naturalidad la palabra paralelepípedo, se dispone a avivar el fuego con hojas de periódico. Una de ellas se le va de las manos, vuela, sí, como una palmípeda. Un ave extraña, un principio de collage en el cielo. Curtis también sigue el vuelo de la hoja. El uniformado al que se le ha escapado corre tras ella, salta y la atrapa como si su mano fuese una garra. Mira con satisfacción. Avisa a los demás. Ahí están ellos, brazo en alto, en una foto tomada ayer, martes, cuando se prendieron las primeras hogueras, y lo que el diario clerical *El Ideal Gallego* inserta este 19 de agosto de 1936: «A la orilla del mar, para que el mar se lleve los restos de tanta podredumbre y de tanta miseria, la Falange está quemando montones de libros».

Ésta de hoy es una extraña clase de fuego, piensa Curtis. No se le ve la lengua. Es un fuego que roe, con colmillos.

Hacía poco, a finales de junio, en la ciudad se habían alzado las grandes fogatas festivas que alumbraron la noche de San Juan. Curtis había estado en una de las cuadrillas de chavales y mozos, la de la calle Sol, que recogían ramas secas, algunos muebles viejos roídos por la polilla pero que se mantenían con una dignidad de espectros geométricos, y la habitual donación de restos de maderas, tablas rajadas, miembros desparejados, de la muy activa fábrica de ventanas del Orzán. Alrededor del poste central, la estructura que levantaron para quemar recordaba las grandes hacinas de pies de maíz que se podían ver en invierno, como grandes formaciones cónicas, parecidas a los campamentos indios, por las aldeas de las Mariñas y Bergantiños, ese país campesino que se desplegaba nada más salir del istmo de la ciudad, desde San Roque de Afóra, San Cristovo das Viñas, San Vicente de Elviña y Santa María de Oza, por los fértiles valles del río Monelos y de Meicende, por Eirís, Castro, Mesoiro, Feáns, A Cabana, Someso, Agrela, A Gramalleira, A Silva y A Fontenova. Pero esas hacinas jamás se quemaban, sino que el maíz, una vez deshojadas las espigas, se usaba como forraje para el ganado en el duro invierno o para la urdimbre de la tierra. La de los campamentos indios americanos era una imagen cinematográfica de Curtis, en la que asociaba los tipis con la manera de disponer los tallos de maíz tras la cosecha. La de arder los libros, no. Nunca la había visto. Habían ardido muy bien las hogueras de San Juan, ese año de 1936, y el

rescoldo del aroma del fuego era la grasa de la sardina untando el pan de borona, el pan de maíz, pues ése era el destino del fuego, asar el pescado y espantar los maleficios. Para eso había que saltar la hoguera siete veces.

También en eso este otro fuego es extraño. No es fuego de saltar. No hay niños alrededor. Eso también es algo que diferencia a unos fuegos de otros. Que se puedan saltar.

Curtis no estaba seguro de haber saltado siete veces la fogata de la calle Sol la noche de San Juan. Alguna vez sí que la saltó. Ahora sentía no haberlas contado. Estaba animado, parlanchín. No sólo porque enseguida iba a ser su primer combate. Le tocaba pelear con un tal Manlle. Pero también informó a quien le quiso escuchar de dos importantes novedades. Una, que su amigo Arturo da Silva, flamante campeón de ligeros, le había buscado un trabajo como aprendiz de electricista climático.

¿Climático?

Sí, climático. Enfriar los cines en verano y calentarlos en invierno. E instalar grandes frigoríficos para que siempre haya algo que comer.

Eso es extraordinario, Curtis. Una revolución.

Pero a Curtis le parecía igual de importante la segunda novedad. Este año, informó, el domingo 2 de agosto va a salir un tren especial para la fiesta de los Caneiros. Y entonces todo el mundo, que ya tenía la boca orlada de las escamas de las sardinas, prestó atención, porque ir a los Caneiros, la romería río arriba hacia el corazón del bosque, era la fiesta con más encanto de la comarca, en un país tan festivo. La memoria de Curtis era fotográfica, en palabras de Leica. Una cámara sin obturador. Y ahora estaba enfocando la vida. Sí, informó Curtis, él mismo podía vender los billetes para el «tren especial», que incluían el posterior transporte en barca y el derecho a bufé.

¿Bufé?, preguntó uno de los que se habían aproximado a la hoguera de la calle Sol. ¿Qué carajo es eso del bufé?

La memoria de Curtis era fotográfica, así que, dada su improvisada condición de propagandista del evento, utilizó la expresión que le había oído a Holando.

Es como una comida pantagruélica.

¿Y qué lleva esa comida tan retórica?

Curtis no sabía con exactitud a qué se refería Holando. Pero le había gustado la expresión y había entendido lo que quería decir, no sólo por la cara rubicunda de Holando cuando la usó, sino por la palabra en sí, que era pródiga, y que llevaba con alegría el significado encima de las letras.

Pantagruélica es pantagruélica, como su nombre indica.

¿Hasta hartar?

Seguro.

Pues ponedlo así en el papel, que se entienda. ¡En cristiano!

Lo del bufé es por cultura. ¿A que sí, Curtis?

Sí, por cultura. También va a haber conferencias.

¿Conferencias? ¡Hummm! No espantéis a la gente. Una fiesta es una fiesta.

Son antes de comer. Abren mucho el apetito.

Eso está bien. No sólo van a comer cultura los ricos.

Los Caneiros era un fiesta, apuntó alguien, a la que hasta los muertos irían, si pudiesen.

Sí, confirmó Curtis, yo puedo conseguir los billetes. Este año hay un tren especial. Sí, un tren especial. Le gustaba repetirlo, porque le parecía que con su información escuchaba ya el silbido de la salida y ese voluntarioso optimismo de la locomotora al arrancar. Y cómo luego se subían a las barcas, la marea atlántica devolviendo el río hacia las fuentes, y el gaitero Polca que en la popa tocaba una alborada.

A tres pesetas. Él podía reservar billetes, claro que sí. Un tren especial para la fiesta de los Caneiros.

Vicente Curtis reparó en que nunca antes había pensado de dónde venía el material del que estaban hechos los libros. No, ahora no estaba pensando en las ideas, en las doctrinas, en los sueños. Sabía que los libros tenían que ver con los árboles. Que había una relación. Que en cierta forma se podría decir, y a medida que caminaba hacia las hogueras avanzaba en precisión, podríamos decir, sí, que los libros procedían de la naturaleza. Incluso no sería incorrecto decir, ni decir una exageración, que los libros eran un injerto. Ésa era una manera de hablar en metáfora. Era una de las cosas que le habían impresionado de Arturo da Silva, el campeón de pesos ligeros de Galicia, que tenía la cabeza llena de metáforas. No era conocido por eso, sino por su gancho, temido como una cobra, y por cómo se movía, aquel danzar incansable, durante los combates. Su célebre juego de piernas. Y ahí, en ese instante del recuerdo, cuando ya le llegaba la primera ráfaga de las hogueras, que tan parecida le resultó de entrada a las hojas del otoño, esbozó apenas una sonrisa porque estaba oyendo a Arturo da Silva responder con voz de zumbón a la pregunta de un periodista: «¿Mi juego de piernas? No será usted uno de esos que vienen a verles las piernas a los boxeadores».

La segunda oleada de olor era ya la del humo de la intemperie, el olor lúgubre y afligido de las cosas que no quieren arder, le pareció semejante al humear húmedo, disconforme, de la leña verde, o al desanimado del serrín y de las astillas sobrantes de los encofrados de las obras, ese fuego que se oculta, que se enfría. Conocía bien ese olor porque significaba al mismo tiempo intemperie y ahogo. Pero siguió adelante. Él sabía cuánto quería Arturo da Silva aquellos libros. Los que los acarreaban y tiraban pregonaban la procedencia del expolio, como si esa denominación de origen fuese el estímulo que necesitaban las perezosas llamas: ¡Biblioteca de Germinal! ¡Ateneo Cultural Herculino! ¡Ateneo Libertario Nueva Era! ¡La Antorcha Galaica del Libre Pensamiento! Había uno que parecía dirigir la quema, pues era a él a quien los otros consultaban, y que de vez en cuando pregonaba títulos y procedencia siempre con brío pero también con matizados timbres, como quien emite un definitivo dictamen,

la crítica decisiva; pues bien, es este hombre tan entregado a su misión, concentrado en el sacrificio, quien ahora va a recibir ansioso un ejemplar que otro colaborador corre a entregarle con júbilo y que trae abierto por las guardas, abierto, sí, y muy bien sujeto, como quien ha cazado un raro lepidóptero y se lo lleva al director de la expedición. El tiempo corretea como un golpe de brisa, abate las hojas en lo alto de las hogueras y luego se detiene. Todo está a la espera del dictamen. Al fin, el supervisor exclama: ¡Hombre, un *Casaritos*!

Observa con deleite la marca genuina de la pieza, la señal distintiva, el ex libris que coincide con la firma del propietario.

Sí, señor, un buen trabajo. ¡Un auténtico *Casaritos*!

Curtis sabe a lo que se refiere. Sabe de quién habla, a quién le corresponde ese diminutivo que el mando saborea con placentero desdén. En una ocasión, por la cuesta de Panadeiras, a la altura del mirto de las Capuchinas, su madre le señaló a Santiago Casares Quiroga, el líder republicano, y luego le dijo con orgullo: Somos casi vecinos. Pero en aquella ocasión Curtis no se fijó en Casares, a quien ya conocía como el Hombre del Buick Rojo y del yate *Mosquito*, sino en la mujer y la niña que lo acompañaban. La mujer iba con el pelo suelto, un resplandor de caoba, mientras que la cría, cosa rara para su edad, llevaba un gorro de terciopelo blanco con una redecilla que le ocultaba los rizos bailarines. La Mujer del Pelo Caoba sonreía, en una pose que Terranova llamaría de «primer plano natural», mientras que la Niña de la Redecilla parecía preocupada, con una actitud adusta e incluso arisca. De vez en cuando miraba hacia atrás, como si temiese que parte de los que aplaudían, porque eran muchos los que de forma espontánea se habían puesto a aplaudir en la acera, parte de ellos, de repente, se transformasen en una turba que le arrebatase el gorro blanco y de paso la privase de sus padres. Casi todo el rato miraba ausente al suelo. Los zapatos de Casares eran blancos y negros, de bailarín de claqué. Estaba seguro de que si por un momento enseñase la suela, estaría tan brillante como el resto, bruñida como un espejo boca abajo. No tardaron en ser ellos los observados por la pareja y la niña. La madre de Curtis cargaba con un colchón enrollado encima de la cabeza. Era un colchón de funda adamascada, de color rojo, y la madre de Curtis iba contenta. Les sonrió a la pareja y a la niña. Y ese gesto tuvo el valor de cambiar la expresión preocupada de la niña, sorprendida, curiosa ante la mujer que sonreía con semejante peso en la cabeza. También Curtis estaba contento. Él, por su parte, llevaba un colchón de damasco azul. Pero a eso Curtis ya estaba acostumbrado. Lo primero que le enseñaron en la calle fue que era un hijo de puta.

¡Hércules, hijo de puta!

Estaba el faro de Hércules, el cine Hércules, el café Hércules, transportes Hércules, seguros Hércules. Había muchos Hércules por la ciudad. ¿Por qué justamente iba a ser él ese Hércules hijo de puta?

Como quien dice, fue salir a la calle y oír el zumbido de ese apodo. Oía insultos y le hubiera gustado que pasasen de largo, volando. Pero los apodos daban vueltas a su

alrededor como avispas. A veces, le clavaban el aguijón. Morían clavados en su piel. Así es que Vicente Curtis tuvo claro desde pequeño que, igual que su madre llevaba un colchón en la cabeza, él llevaba a otro ser sobre los hombros. Su apodo. Hércules, hijo de puta. La diferencia entre un Curtis y otro consistía en que el Curtis portador tenía una mirada de permanente perplejidad y el otro Curtis, Hércules, era un Curtis indómito. Años después, cuando era fotógrafo ambulante, e iba con el caballo de madera, el perplejo y el indómito se turnaban para ir de cámara o de jinete invisible. Por eso, unas veces Hércules no hablaba y otras iba hablando solo. Antes de la guerra, cuando era una promesa del boxeo, el chaval que llevaba los guantes del campeón de Galicia, sus colegas no entendían por qué le ponía reparos al sobrenombre de Hércules. A él le gustaría llamarse Maxim u O'Corner. Incluso no le importaría lo de Morocho, como le llamaba a veces el cantante Terranova. En cambio, Hércules no. No le convencía. ¿Cómo no te va a gustar Hércules, ignorante?, le decían. Naciste siendo Hércules. Tú no sabes de honor. Imagina el cartel. Hoy, sábado, en la plaza de toros de A Coruña, combate estelar. Vicente Curtis, Hércules, contra...

Tiene otra hija, dijo de repente Milagres. Tiene otra hija que estudia en el extranjero. Es un buen hombre.

Tenía otra hija y era un buen hombre. A Curtis le pareció que faltaba una parte de la historia. Esperó pues a que Milagres tomase aire. Cuando llevas un colchón encima de la cabeza, aunque sea de funda de damasco, no es fácil meterse en grandes explicaciones.

Milagres contó al fin:

Cuando él estudiaba en Madrid para abogado tuvo un amorío, dicen que con la patrona de la pensión en la que vivía. Y del pasatiempo nació una hija. ¿Sabes qué pasó? Que se quedó él con la niña. No es que le diera su apellido y dinero para la crianza, no. Apareció en Coruña con la pequeña. Él solo. Con la cría en brazos, en el tren. No le importaron nada las murmuraciones, ni los rumores ni el chismorreó. Nada. ¿Cuántos hombres en el mundo harían lo mismo?

Milagres era muy discreta. Tenía fama de muda. Pero hizo esa pregunta en la acera de Panadeiras como si se la lanzase al universo entero. También la respuesta, seguida de un aspaviento. ¡Sobrarían los dedos de esta mano!

Desde la claraboya, el huerto de Panadeiras 12 tenía algo de jardín de juguete, enfundado en muros tapizados de hiedra y pasiflora. Los festivos luminosos, la niña, ayudada por una criada, sacaba al balcón las jaulas de periquitos. Dirigía la orquesta de los pájaros con un palo como batuta. En la huerta había gatos, una familia muy numerosa, y Curtis está viendo cómo la niña de los Casares les ordena que se sienten a oír el concierto. Alguno de los gatos más viejos, resabiados, hace que obedece. Se sienta con ironía.

¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

La muchacha había hecho un alto en el concierto, apuntaba hacia él con el palo y

le preguntaba a gritos cómo se llamaba. Curtis era, en aquel instante, un ser extraordinario. Una cabeza con un cuerpo en forma de casa de tres pisos. Él respondió y devolvió la pregunta.

¡María Victoria!

¿Cómo?

¡Vitola! ¡Me llamo Vitola!

Dejó el palo y con las manos como altavoz lanzó una noticia que resonó en los patios, por la línea fronteriza entre la ciudad burguesa y el barrio del pecado, el Papagaio: ¡Mi padre acaba de salir de la cárcel!

¿De la cárcel? Por aquel entonces, Curtis se había quedado asombrado. ¿Qué hacía el señor Casares en la cárcel? Era un hombre culto. ¡Y rico! Tenía un Buick, tenía el yate *Mosquito*. Llevaba corbata y zapatos tan lustrados que podían verse las nubes reflejadas. Además, era abogado. Era de los que sacaban a la gente de la cárcel. Incluso se decía que había defendido a sindicalistas y que había conseguido que no fuesen a la cárcel. Y tenía tuberculosis. No era fácil entender lo que hacía el señor Casares entre rejas en Madrid, él, que tenía como oficio que la gente no entrase en prisión.

Un día, Vitola apareció vestida de india. Con una larga trenza. Alguien había conseguido dominar el encaracolamiento del pelo, aquellas ondas que a él tanto le gustaban. No era un disfraz cualquiera. En aquel momento le pareció una mujer. Una mujer menuda. Su voz era ya de mujer.

¡Curtis!, gritó. Ven, baja.

Estaba en la claraboya, con la cabeza por fuera. ¿Qué decía de bajar? Era imposible. Se mataría.

Tienes que dar la vuelta, tonto. Entras por la puerta principal.

No le dijo a nadie adónde iba a todo correr, y nadie podría imaginarlo tampoco. Era la primera vez que entraba en Panadeiras 12. Lo que más le sorprendió fue que las paredes de la casa estaban hechas de libros. Y después, los disfraces de Vitola y sus amigas, todas con trajes de países exóticos.

El único oriundo es Curtis, dijo Gloria, la madre que parecía una actriz de cine, con aquellos ojos osados y grandes y el pelo caoba. Oriundo, caviló Curtis. Otro alias más. ¡Humm! Ella se pasó buena parte de la fiesta arrimada a la ventana, fumando y mirando hacia la calle Panadeiras. De vez en cuando, cambiaba el disco de baquelita en el fonógrafo eléctrico. Muchos años después, cada vez que pasaba por allí con su cámara y el caballo Carirí, Curtis buscaba la ventana y el cristal, como placa, le devolvía la imagen de la madre de Vitola. Era sencillo. Había que fotografiar al revés. En vez de aprisionar imágenes, soltarlas.

Estaba pasándolo bien en aquella fiesta a la que nunca habría podido soñar ser invitado. Era el único hombre. Oriundo, eso sí. Bailó con mujeres de todas las razas. Quizá los mayores de la casa pensaban que sólo era un juego. Pero para ellos fue algo más. Supo de la importancia del disfraz para la gente. Él era mayor que Vitola, pero

la Vitola que lo miraba frente a frente mientras bailaban lo hacía desde un nuevo rostro, desde el maquillaje. Poco después, su padre sería nombrado ministro de la proclamada Segunda República. Pasado el verano del 31, la familia se trasladó a Madrid. Pero en Navidad se volvieron a encender las luces del árbol en Panadeiras 12.

Era ya medianoche. Muy a deshora para ir a cenar en Nochebuena. El que marcaba los tiempos era el ya inseparable Luis Terranova. Y Luis Terranova no quería pasar esa noche en su casa. No quería ver llorar a su madre. No quería comer bacalao con coliflor. Era como hincarle el diente al recuerdo de su padre. El bacalao, tan carnal, tan pálido. Comer también la fúnebre flor de verdura.

Tú tienes suerte, le dijo a Curtis. En la Academia de Baile la Nochebuena es mucho más alegre. Mucha más gente llorando reunida, alrededor de un montón de confites. ¡Qué suerte tener tantas tías!

Fue entonces cuando vieron llegar una carroza tirada por dos caballos y justo oyeron sonar un gong en Panadeiras 12. En las ventanas del primer piso se reflejaban las luces del árbol de Navidad. Del carruaje bajó Papá Noel con su saco.

Allí estaban ellos dos, plantificados en la acera, con las manos en los bolsillos y una vaharada suspendida de la boca, como los personajes de viñetas cuando se quedan sin palabras.

Papá Noel miró de reojo.

¡Buenas noches!

¡Buenas noches, señor Casares!

Papá Noel entró en Panadeiras 12 y Terranova le dio con el codo a Curtis: ¿Casares? ¿Ese Papá Noel es el ministro?

Sí.

Ya podía dejarnos algún regalo. Repartir el peso.

Creo que llevaba libros. Casi todo debían de ser libros. Pesan mucho, los libros.

¡Pues que nos diese uno!, exclamó Terranova. Aunque fuese un libro. ¡Qué menos!

Uno de los trabajos ocasionales de Curtis había sido el de acarrear libros para la librería La Fe. Los transportaba en una carretilla desde la estación de tren. Iban guardados en cajas. Una de ellas, la más voluminosa, llevaba un letrero en el que estaba escrito *El hombre y la tierra* (Reclus). La otra más grande era la de *La Revista Blanca-La Novela Ideal*. En las de menor tamaño podía leerse *La madre* (Maxim Gorki), *La historia de los cielos* (Stawel), *La metamorfosis* (Franz Kafka), *Cómo se forma un buen electricista* (T. O'Corner). Mientras empujaba la carretilla con ruedas de hierro no apartaba los ojos de los letreros. Maxim. Le gustaba ese nombre como alias posible para el día en que fuese boxeador. Kid Kafka tampoco sonaba mal. Y O'Corner. Ése le venía que ni pintado. El de Maxim también estaba bien, sí. Pesaban, los libros. El tabaco pesa mucho menos. Y los condones. Terranova andaba con ese comercio internacional de los transatlánticos. Lo que podía esconder debajo de un

gabán. Era el pago que recibía de los tripulantes cuando los guiaba por la ciudad. Un trabajo bien fácil. Muchos de ellos ya hacían un alto a poca distancia del puerto, en el cabaré Luisa Fernanda, o en el Méndez Núñez, seducidos por As Garotas, compañía de varietés. Aquel broche de salir medio desnudas y cantar con un muñeco entre las piernas el «mami, cómprame un negro, cómprame un negro en el bazar, que baile charlestón y que toque el *jazz-man*». El pesado de Terranova venga a parodiar el número con un guante de boxeo entre las piernas. Qué payaso era y qué bien lo hacía. Como cuando él iba con la carretilla y Terranova lo detuvo. Se puso a leer de corrido los letreros de las cajas. El hombre, la tierra, los cielos, la madre... ¿Adónde vas con todo ese peso, Curtis? Llevas el universo en esa carretilla. Voy a la librería La Fe. Hombre claro, dijo él, siempre al quite. Para llevar todo eso buena falta te hace la carretilla de la fe. Algunos días hablaba como un viejo.

Maxim estaría bien, y Kid Kafka, inquietante, pero O'Corner sería magnífico.

En Panadeiras 12 se escuchó otro golpe de gong. Esta vez sonó más fuerte. Del vientre de la casa hacia fuera. Penetró en ellos. Como el frío. Como la luna.

Un libro, por lo menos, murmuró Terranova. Algo es algo.

¿Quieres un libro?, le preguntó Curtis. ¿De verdad quieres un libro?

Ambos tenían las manos en los bolsillos. Terranova tenía los pies medio fuera del borde de la acera e inclinaba el cuerpo hacia delante. El mismo juego que tanto irritaba a Curtis cuando lo hacía al borde de los farallones. Esa manía de andar siempre por los bordes, de asomarse al abismo.

Hizo que se caía. Dio un salto de campana: ¡Pues sí, quiero un libro!

Pues ven. Yo sé dónde hay libros.

Era la Nochebuena de 1931. No se cruzaron con nadie por el camino. En el Orzán, el mar redobló su embate al notar su presencia. Lanzaba espumajos, se ahogaba de furia con sus propios rugidos. Con eso ya contaban. En fechas señaladas, el mar tiene esa tendencia a vanagloriarse. Si hay testigos, las oleadas se hacen más poderosas. Ellos avanzan de lado, cortando el viento. El agua les chorrea por la cara. Ríen, maldicen. En una esquina del muro de la Coraza, que sirve de rompiente en la ensenada, la piedra de cantería, labrada, se funde con los peñascos naturales. Arrodillado en la piedra, de espaldas al mar, Curtis mueve una losa y mete la mano en el hueco. Sabe que Flora guarda allí una reserva de *La Novela Ideal*. Ella toma el sol en ese rincón. De vez en cuando fuma lo que ella llama un aromático. Allí tiene, dice, sus dos metros cuadrados de paraíso. El cuerpo desnudo revive al aire libre. Allí lee sus novelas. Guarda una remesa bajo las piedras.

¿*La Novela Ideal*? Eso no son libros, son paños de lágrimas. Mira lo que hay: *Sor Luz en el Infierno*, *La de mi desgracia*, *El último amor*, *Tres prostitutas decentes*, *La hija del verdugo*, *La tragedia de Pepita*...

Sólo puedes escoger una, dice Curtis, indiferente a la broma. Son de Flora. Están bien. A mí me gustan.

Hoy de llorar no quiero. Ya tengo que ir a cenar con mi madre y con el plato del

ausente. ¿Qué va a cenar el hijo del padre del huérfano? Bacalao. *Corpus meum*.

¿Por qué no le dices que no ponga tres platos en la mesa?

No se le puede decir nada. Se pone como una loca. No sabes cómo se pone. ¡Pobre mamá Coliflor! Ya se había acostumbrado. ¿Qué más da estar muerto en Saint John's que aquí? Pero alguien le fue con el cuento y ahora se le metió en la cabeza que a un muerto también lo podían haber traído en sal. Si traen el bacalao salado, ¿por qué no habrían podido traer un hombre salado? Hay bacalaos que tienen el tamaño de un hombre.

Curtis lo miró incrédulo. Estiró los brazos para medir una hoja imaginaria.

Que sí, seguro, dijo Terranova. Hay bacalaos como hombres.

Le chorreaba mucha agua por la cara. No sería toda del mar. Sorbió. Escupió. Me voy a llevar ésta. *El ocaso de los dioses*, de Federica Montseny. Por el título, algo irá contra el mundo. Algo dará para reír.

Sí, señor. ¡Un *Casaritos*! El jefe de la quema no se fijaría así en ese ejemplar si no tuviese esa firma, el propio nombre escrito a mano con grafía artística a la manera de *ex libris*. Siente la excitación de haber capturado una parte del dueño. Siente que en algún lugar de Madrid, allí donde se encuentre, Casares estará teniendo en ese instante la sensación de que dos zarpas lo apresan por las solapas y le abren por el pecho su débil costillar. Observa con atención la firma. Él no es experto en caligrafía, pero puede ver allí estampado el retrato del hombre. En realidad esa firma es un dibujo. Los ángulos y las curvas. La segunda *a* de Santiago y la primera *a* de Casares son ojos. El rasgo más singular es el que une la *g* de Santiago con la *c* de Casares, como si la letra desaparecida, la *o* final de Santiago, diese su rollo de piel para enlazar. En este caso el segundo apellido, Quiroga, está representado con la inicial, el dígrafo *Qu*, y un punto. Así: Santiagcasares Qu. Debajo hay un trazo recto, inclinado, que más que subrayar el nombre, hace de rampa, de suave pendiente por la que asciende la firma.

¿No había más?

Era conocido que Santiago Casares tenía la mejor biblioteca privada de la ciudad. En Panadeiras 12 había dos clases de paredes superpuestas. El muro exterior y los estantes de los libros por dentro. Iniciada por su padre, le suministraban novedades algunas de las mejores librerías de Europa. Muchos de esos libros habían llegado por correo marítimo. El jefe de la quema recordaba haber leído alguna entrevista en la que Casares contaba que había marineros que le traían en mano a su padre libros prohibidos o imposibles de encontrar en España. Y que uno de los momentos más felices de su infancia era abrir los paquetes «que traía el mar». Eso lo recordaba con exactitud. También a él le eran familiares los paquetes que traía el mar.

Que traía el mar, murmuró. ¿Qué? Tiene que haber muchos, muchísimos más.

Allí en la plaza de María Pita arde otro montón. Y a muchos de ellos se los llevaron arrestados al Palacio de Justicia. También a los chiqueros de la plaza de

toros.

El que en estos momentos asume la jefatura de la quema suscribe con una sonrisa la intención de la frase del subordinado. Los libros como reos, arrestados, contra la pared. De espaldas a la gente. En fila, apretujados, sin poder estirarse, en silencio mudo. Ésos aún tuvieron un poco más de suerte que éste. Pasarán los días, los meses, los años, y los libros arrestados irán desapareciendo. Una mano descuidada. Un zarpa decidida. Libro a libro, el despiece de la biblioteca, lo que no ardió, en la sede de la Justicia. Y lo mismo sucederá con todo el entorno del hombre. Todo será objeto de expolio. Las propiedades grandes y pequeñas. Incluso las cosas menores, íntimas. No sólo los libros, sino que también serán arrancados los estantes de madera labrada que los sostienen. Se llevaron o destruyeron las colecciones del amator de la ciencia, del curioso naturalista. Las lentes, los aparatos de medir, los instrumentos de ver lo invisible. Sus herbarios y las cajas entomológicas. Todos sus efectos, todas sus huellas. He ahí al último de los exploradores, en realidad uno que ya había estado al principio y que volvió como quien va a rapiñar los restos de un naufragio. Antes ya había apañado un buen lote de libros y algunos aparatos ópticos. Ahora sólo encontró en el pasillo, tirada en el suelo, una de las cajas de entomólogo con los insectos clasificados con etiquetas. Lo que él vio fue unos bichos repugnantes que le parecieron escarabajos. La apartó asqueado con la puntera de la bota. ¡Aún si fuesen mariposas grandes! Después se dirigió a lo que debía de ser la habitación de las niñas. Había una muñeca de porcelana. Hecha añicos. En la repisa de la ventana había una estrella de mar seca y unos esqueletos de erizos. Se le ocurrió sacudirlos, los erizos, y del interior cayeron unos pendientes de azabache. Algo es algo. Desde aquella ventana se veía el jardín, con el gran limonero en el centro. El muro del fondo trazaba una frontera. Al otro lado, la ciudad del pecado. Las medianeras del Papagaio. Buscó con la mirada. Había algo arrimado al muro, entre las hierbas. Algo de color negro. Quizá un balón. Pero era raro, un balón de color negro. Fue al primer piso y bajó las escaleras del jardín. Volvió a jurar. Aquel objeto tenía una forma extraña, ovoide, con el brillo húmedo de la intemperie. Una cabeza. Sí, una cabeza que no era cabeza. La levantó. Era de madera. Algo de cabeza sí que tenía. Ojos, boca, nariz, apenas sugeridos por finos trazos. Y una perforación, como de bala. Vete tú a saber. Será así. A lo mejor es una escultura. Algo valioso. Los Casares eran gente muy a la moda. Amigos de las novedades. Iba a llevársela. No estaba mal la cabeza aquella de la mujer negra. Nunca se sabe. Algo es algo. Así que, pensando en el misterioso valor de las cosas, volvió a mirar la caja entomológica. Leyó: coleópteros. Si son coleópteros, a lo mejor no son escarabajos. Vete tú a saber. Hay gente rara en el mundo. A lo mejor aún hay quien pague por ellos. Por ejemplo, por éste. ¿Qué pone? *Coccinella septempunctata*.

Aquel otro libro fue a caer junto al patíbulo. Lo agarra por el lomo. Un poco más arriba. Por la nuca. Así es la vida. Se separa un poco del resto y abre de nuevo el

libro. El jefe, que es un hombre aún joven, pasa la hoja. Se nota que lee con atención, mientras da vueltas lentamente alrededor de la hoguera. Tal vez ha encontrado una disciplina inconsciente en la lectura, una coma o un punto en el pisar de la bota. De repente, se detiene, cierra el libro y lo recoge en la mano izquierda, pegado al pecho, como quien lleva un misal, mientras con la derecha se quita las gafas, se frota los ojos con el dorso de la mano y pestañea como quien sale de un cine. Se lleva el libro aparte y lo deposita en una pequeña pila alejada de las hogueras. Éste se queda conmigo, dice. ¡En arresto domiciliario!

De la fecundación de las orquídeas...

Uno de ellos, uno de los más jóvenes, ese que al principio andaba con un aire indolente pero que después se fue animando con aquel pasatiempo, sobre todo cuando consiguió repetir la palabra imposible, aquel abracadabra, decir para-le-le-pípedos, eso que en aquel momento le hizo sentirse feliz como quien salta un potro de gimnasio apoyándose en tres saltos en el aire, tras varios intentos frustrados, ése es el que se divierte pregonando los títulos. ¿Arresto domiciliario? Es él también quien mira de reojo hacia la pila que está haciendo el jefe.

¡De la fecundación de las orquídeas por los insectos! Por Charles Darwin.

Paralelepípedo aspira por la nariz tres veces al compás de la lectura. ¿Fecundación? ¿Orquídeas? ¿Insectos? Hay algo que no le encaja. Algo que le molesta. Esa idea de que las orquídeas son fecundadas por los insectos.

¡Qué asco!

Arroja el libro con desprecio a las llamas, los insectos folladores y las putas de las orquídeas, escupe, y ahora procede más rápido con el ritual, haciendo del comentario chistoso una especie de palanca manual.

Quo vadis? ¡Pues voy al fuego! ¡Otra *Conquista del pan!* ¿Cuántos llevamos de *Conquista del pan?*

Levanta el libro y grita. ¡Más de los del pan! ¡A hacer pan, panaderas! Consigue que se vuelvan varias caras de sonrisa oblicua. Y entonces busca la cosecha de carcajadas: ¿O no está el horno para bollos? Tira el libro, que cae no como un paralelepípedo, sino a la manera de un fuelle de concertina. Una llama sube a la búsqueda de ese ser ligero, y eso le produce un estímulo. Siente que empieza a entenderse con el fuego. Que también la hoguera se aviva con sus chanzas. ¿Dónde está la gente? ¿Por qué no hay más público? Tiene uno que montar la fiesta y además lanzar los cohetes.

¡Qué manía con el pan! ¡*Germinal*, venga *Germinal!*, y dale que te pego. Otro *Germinal* más a las calderas. *Los exhombres*, de Gorki. A perro flaco todo son pulgas. *L'art et la révolte*, de Fernando Pe-llou-ti-er. Nunca sabe uno cuándo le ha llegado su hora, *monsieur*. Biblioteca El Corsario de Coruña. ¿El Corsario? Retorcidos desde la raíz. ¿Y esto? *Nueva huelga de vientres*. Biblioteca El Sol. ¿Huelga de vientres? ¡El caso es no trabajar! *La sublevación del Numancia contada por uno de sus protagonistas*. Tipografía Obrera Coruñesa. Se acabó el cuento. ¿*Dios existe?*

Biblioteca Aurora. Se acabaron las preguntas, Auroriña. *Los miserables*, de Victor Hugo. ¡En el infierno no hay miseria! *Madame Bovary*. Adiós, *madame* Bobita. ¿Y éste? *El divino sainete*... Jefe, ¿qué hacemos con éste? Se titula *El divino sainete*.

¡Ése es de Curros!, dijo el que estaba al mando. Y sin tener que pensarlo, se admiró el subordinado.

Eran consultas esporádicas. No era muy selectiva la quema. Los libros se descargaban en montones o eran arrojados a boleo desde las cajas de los vehículos de transporte. Cuando alguno salía del anonimato, como el rostro que emerge de una fosa común, la proclama de su título a viva voz le confería un último mérito, una prueba decisiva de que al fin y al cabo ese título era un buen título, pues allí estaba aquel ignorante, él mismo se había definido así, el Paralelepípedo, con cierto orgullo, preguntando por él. Quizá en este caso, a diferencia de otros que le merecían comentarios jocosos, la alusión al divino le producía una picazón en las manos. Él, hasta ese preciso instante, no había reparado a fondo en el significado de los títulos, sino en su mayor o menor gracia. No había hecho distinciones. Así que no era raro que ahora pensara que algo habría en la casualidad de ir justo a agarrar uno que habla de lo «divino» unido a «sainete». El otro que se refería a Dios para preguntarse si existe, ése ya no tenía derecho a un segundo más de vida. Pero éste, *El divino sainete*, sugería la idea de una risa superior. Y a él le gustaba reír. Reírse también del peligro. Era un muchacho resuelto, incluso aguerrido. Antes de que se impusiese la sublevación militar, él ya había participado con un grupo de pistoleros adiestrados en actos de provocación para crear una atmósfera de inseguridad en la República. En una ocasión había reventado un mitin y una persona resultó herida de bala. Tardó en convencerse de que era el causante. En realidad, nunca se reconoció como tal. Estaba desconcertado. Desde su punto de vista, era desproporcionada la cantidad de sangre que puede perder un hombre herido en relación a un acto tan simple como apretar el gatillo. Sólo habían pasado unos días y aquello había dejado de tener importancia. Ya no tenía ninguna. Ahora ni siquiera ganar la guerra era suficiente. La propia idea de guerra era poco expresiva. Ahora se estaba en otra cosa. Más allá de la guerra.

Manuel Curros Enríquez, sí.

El joven falangista, al que el grupo identifica ya con el alias de Paralelepípedo, recuerda ahora por qué le suena ese nombre. La escultura más grande de la ciudad está dedicada a ese Curros. Algo haría. En los jardines, rodeada por un estanque. Muy cerca de allí. Le prestó atención porque en lo alto del monumento aparece una mujer desnuda. Ése sí que es un monumento. Si no fuese por el nuevo edificio de Correos, la mujer podría contemplar el espectáculo de la quema. Lo que da de sí la piedra. Después, si se acuerda, aún irá a hacerle una visita. A la puta de la piedra.

¿Qué? ¿Qué hago con éste? ¿Va también de arresto domiciliario?

Curtis caviló que la autoridad de aquel a quien consultaban el destino de los libros no debía de proceder sólo del lugar que ocupaba en la jerarquía, sino también del hecho de ser un hombre de lecturas. Como se suele decir, un hombre culto. De hecho,

no dejaba de leer y de consultar volúmenes, incluso extraídos de las hogueras. Mientras los subordinados ejecutaban la quema, estimulándose con bromas o incitados por títulos odiosos, el jefe se movía circunspecto. De grupo en grupo andaba distribuyendo una consigna en voz baja: Si aparecen ejemplares de las Sagradas Escrituras, en especial un Nuevo Testamento, que lo avisen sin demora.

Ahora frunce el ceño.

¿*El divino sainete*? ¡Ése al fuego de primero!

El Paralelepípedo movió el brazo como un resorte, abrió la pinza de los dedos y lo dejó caer sin comentarios. Después, de forma inconsciente, tal vez porque el último recuerdo de la escultura es el del gurgujear del agua entre las piedras de la base, tal vez porque la piel nota el presentimiento, más que el sentir, de un picor, lo que hace el joven uniformado es sacudir las manos y luego frotárselas en el mahón. Y después calla.

Con el paso del tiempo, la fúnebre pompa del escarnio de los inicios se va convirtiendo en un tono de rutina, de industrial ritmo de quema, que debe de guardar una relación con la creciente intensidad del fuego, un olor táctil, pegajoso, que trae al magín de Curtis una penúltima metáfora. Los libros habían bajado de los árboles para posarse en una trampa de hombres con brazos de visco. Así, desde tan cerca, el rescoldo de la parte baja de la hoguera le pareció una acumulación de pájaros de los que sólo quedaban sus siluetas reducidas a cenizas y una brasa de picos amarillos y naranjas. Si él, si Arturo da Silva estuviese allí, no arderían los libros, pensó Curtis. O quizá ardían porque él no estaba allí. Que ardiesen era una prueba más de su pérdida. Y el pensamiento de Curtis, que en palabras de Arturo era una escalera de caracol, subió aún, o bajó, otro peldaño. Era él, el púgil de *El Resplandor*, el escritor de *Brazo y Cerebro*, quien ardía. El olor final de los libros era parecido al de la carne.

Revista de Occidente. «Nueva York (Oficina y denuncia).» ¡Hummm! Federico García Lorca. ¡Hombre, a quién tenemos aquí!

Ese nombre sí que le sonaba al Paralelepípedo. No había leído nada de él, pero estaba muy presente en los chistes, en el apartado «maricas rojos». En una publicación fascista, en uno de esos papeles que él sí leía, aparecía adrede una obstinada errata en el segundo apellido: García *Loca*.

Abrió al azar. Leyó en tono jocoso.

*Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato.*

¡Mierda!

Fue lo único que leyó. La gota de sangre de pato le cambió la voz. Apartó la vista y gritó para sobreponerse.

¡Jefe! ¡Uno del tal Lorca!

Lo arrojó con ostentosa rabia en dirección al centro volcánico. La hoguera lanzó

una erupción de humo oscuro e incandescencias.

Agarró otro puñado. Mientras tanto, el jefe se había acercado otra vez. El primero del nuevo montón era un librito delgado. En el centro, como única ilustración, una sencilla vieira.

¡Seis poemas galegos! Fe-de-ri-co... ¿Y esto? ¿Se contagian unos a otros o qué?

Se volvió hacia el jefe con el libro extendido y cara de asco.

¡Dígame, Samos! ¿Este marica también escribía en gallego?

El jefe miró la portada con mucha calma, aunque el joven Paralelepípedo pensó que poco tenía que leer. *Seis poemas galegos*, de F. G. L. Prólogo de E. B. A. Editorial Nós. Compostela. Quizá Samos estaba indagando en los puntos esos que seguían a las letras. A lo mejor estaba descifrando las iniciales. Lo hojeó despacio, página a página. El Paralelepípedo iba tirando el resto de los libros, mirando de reojo al llamado Samos. ¿Éste qué hace? ¿Se lo va a leer entero?

Cabelos que van ao mar

onde as nubes teñen o nidio pombal.^[3]

El libro bailaba en sus manos. Miró al muchacho, que no le quitaba ojo. Esperaba alguna sabia observación.

Éste estuvo por aquí hace un tiempo, dijo el jefe. Vino con un grupo de teatro. La Barraca. Sí, señor, por aquí mismo anduvo. Creo que hizo muchos amigos. El libro es bien fresco. No tiene ni un año.

Pero eso fue en otra época, camarada Samos, sentenció el mozo.

Un año. La expresión del Paralelepípedo era la de quien mide una distancia sideral. Era la mirada de la abolición del tiempo. Tenía razón. Él sí que sabía medir lo que pasaba. Hoy se cumplía un mes del inicio de la guerra. El primer mes del Año I.

La guerra sí que había cambiado totalmente la noción del tiempo. La guerra había cambiado muchas cosas, sobre todo las medidas de duración. La Editorial Nós. Podría darle una conferencia, pero ya no existía. Ya no tenía futuro, y tampoco tendría pasado. Ahí anidaban los republicanos galleguistas, esos que andaban con el cuento de la España federal. El editor de Nós era Ánxel Casal. Alcalde de Santiago de Compostela. Mejor dicho, exalcalde. Ahora estaba en un calabozo. Como el alcalde de Coruña, Alfredo Suárez Ferrín. Sintió algo parecido al vértigo al pensar que esas dos personalidades de la República, alcaldes electos por el pueblo, estaban ahora presos en calidad de enemigos de la nación. Pero era un vértigo excitante, embriagador. Finalmente había conseguido salir de la inacción, de un cristianismo blandengue. Podía gritar como en las cruzadas: «¡Dios lo quiere!». Y, de hecho, así había acabado, con un llamamiento bélico, una intervención en el local de la Falange, decorada ya con el mural de una gran calavera. Sí, sentía la fuerza telepática de Carl Schmitt, su nuevo y venerado maestro. Era ingenuo pensar en una telepatía de las palabras pero no de las ideas. En la tesis que estaba preparando sobre Donoso Cortés,

acerca de la dictadura, se le había ocurrido una idea que después encontraría en un texto de Schmitt: el estado de excepción era al Derecho lo que un milagro a la Teología. Desde que la maquinaria de la conspiración se había puesto en marcha, y sobre todo desde que notó en su mente el hormigueo que transmitía la mano herrada con un arma, aquella tarde en que Dez lo invitó al entrenamiento militar en la playa, desde entonces lo acompañaba a diario la imagen de Heidegger, el rector nazi de Friburgo, dando la orden de bajar a la cueva de Platón para hacerse cargo a la fuerza del proyector de ideas. Sí, los conocía. A Casal también lo conocía. El alcalde compostelano había nacido en A Coruña y aquí había fundado la editorial. Su mujer era una conocida modista, María Miramontes. Incluso su madre, Pilar, había encargado allí aquel vestido tan celebrado, el de *chiffon* negro con racimos de uvas de terciopelo también negro. El último y definitivo atrevimiento de su madre. Miramontes y Casal eran amigos, claro, de Luis Huici, el sastre artista, el inventor de los chalecos de color cruzados de forma inverosímil y de las chaquetas de hombros anchos que tan de moda habían estado entre la bohemia coruñesa. Chalecos, ideas. Tenía hechizada a la juventud con sus prédicas en Germinal. Por lo que él sabía, a estas horas Huici estaría probando el ricino en el cuartel de Falange.

Le devolvió el libro al Paralelepípedo: Puedes tirarlo. Podría pensar que por qué no lo tiraba él, aunque ése sería, dadas las circunstancias, un pensamiento extraño. Así que ejecutó, sin más, la orden. Si alguien, algún día, escribía esa historia de la quema de libros en Coruña, podría añadir una anotación no gratuita. Ánxel Casal y Federico García Lorca fueron asesinados aquella misma madrugada. El editor gallego en una cuneta, a la salida de Santiago, en Cacheiras, y el poeta andaluz en el barranco de Víznar, en Granada. A la misma hora y a mil kilómetros de distancia.

El libro cayó sobre unos volúmenes de *El hombre y la tierra*, la geografía de Elisée Reclus. Seguía allí, a la vista, a salvo por ahora, sobre aquella especie de peñascos que componían un atlas montañoso hacia el que trepaba el fuego. Samos volvió a mirarlo. A veces, era supersticioso. Se fiaba mucho de su instinto. En este caso estaba pensando que quizá ese pequeño libro podría ser una rareza en el futuro. Tal vez la obra impresa en lengua gallega se convertiría en una reliquia. La primera edición de los *Seis poemas* alcanzaría el valor de un pergamino medieval.

¿Qué? ¿Le da lástima?, le dijo el Paralelepípedo.

Bocazas, pensó Samos. Pero en esta ocasión no le venía mal que fuese tan entrometido.

No, no es eso, dijo. ¡Esas iniciales! Acabo de acordarme de algo por lo que podría serme de utilidad. A ver si lo puedes recuperar.

Aquí está, jefe. ¡Por los pelos!

In extremis, dijo Samos satisfecho.

In extremis, murmuró Paralelepípedo. Estaba aprendiendo mucho, pensó, mientras ardían los libros. Sí, señor, *in extremis*.

¡Wells, Wells, Wells!

Ahora hay un alegre jolgorio.

¡Wells, Wells, Wells!, grita Paralelepípedo. Y a cada imitación de ladrido corresponde el lanzamiento de un libro.

¡Otro Wells! Mucho ha parido éste. ¡Wells, Wells, Wells!

Por un instante, sólo por un instante muy breve, cuando oyó aquella onomatopeya burlona, ¡Wells, Wells, Wells!, tres al fuego, hubo una reacción ácida, en algún punto del aparato digestivo de Samos, y eso le produjo un incontrollado malestar, un ruido de tripas, parte del cual consistía en recordar fragmentos de *La guerra de los mundos*, pero no a su manera, sino en la voz penetrante de Héctor Ríos: «¿Siguen transcurriendo igual los días cuando no hay manos humanas que les den cuerda a los relojes?». Es la Pascua de 1931. Están en el Círculo de Artesanos, en el grupo de declamación y teatro aficionado que dirige Ríos. Él ya está estudiando en la Universidad de Santiago, en la facultad de Derecho. Dos años mayor, va adelantado respecto a Samos, pero los fines de semana siguen trabajando juntos en ese proyecto que tanto los entusiasmó en un principio. Una versión de *La guerra de los mundos* para emitir por radio. La radio es un invento extraordinario. Va a ser un medio que transforme la comunicación, la cultura, todo. Atravesará las fronteras por el aire. Enseguida empezará a emitir en pruebas Radio Coruña.

¡Wells, Wells, Wells! Ida sin vuelta como el perro por la puerta.

Samos se encontraba mal y a punto estuvo de decir algo. De llamarle la atención a aquel camarada. ¿Por qué tenía que ser tan vulgar? Iba a pedirle educación. Educación y cultura, tarugo. No hace falta que ladres. Reparó a tiempo en el carácter absurdo de esa orden en ese momento. Todos estallarían en carcajadas. Este Samos es un cachondo. Tal vez alguien, uno de los camisas viejas, contaría la histórica intervención del empresario Lino en su Pabellón de Espectáculos, cuando en la gala de beneficencia en presencia de las monjas de la Caridad intentó amansar al gallinero: ¡Educación, señores! ¡Educación! Que hay señoras entre el público, y algunas son decentes. Eh, eh, eh. ¡Un poco de educación! Este Samos aún tiene su gracia.

No, no dijo nada. Los retortijones cobraban la forma de una tormenta interior. Tenía que vencer esa rebelión del cuerpo. Esa descomposición producida por los escrúpulos. Se dirigió con voz enérgica al Paralelepípedo: ¡Tíralos ya de una puta vez y todos juntos! ¡Sin miramientos! ¡Estoy hasta los cojones de tanto Wells!

Y después aprovechó. Volvió con la cantilena, muy camarada, porque se dio cuenta de que el Paralelepípedo tenía buen ojo. Con un poco de cultura sería un buen cazador de libros. Le dijo: No te olvides de lo del Nuevo Testamento. Aún llegó más allá en la confidencia: No es un libro cualquiera. Tiene un valor histórico muy importante, ¿entiendes?

¿Y yo cómo lo distingo, camarada Samos? Aquí puede haber muchas Sagradas

Escrituras. Incluso los masones de la calle José Nakens tenían un montón de Biblias, más que en mi parroquia.

De repente, a Samos le entró la duda de si seguir informando a aquel atrevido. Tienes que ser discreto, le dijo. Si encuentras el libro, habla conmigo. Sólo conmigo. Tendrás la debida recompensa.

Ya. ¿Y cómo lo distingo?

Es fácil de distinguir por una cosa que sólo tiene ese libro. Una dedicatoria.

Samos se mordió los labios. Ya no había vuelta atrás.

¿Cuál es la clave, jefe?

Pone: *A Antonio de la Trava, el valiente de Finisterre.*

Me gusta, dijo el Paralelepípedo. Yo tengo familia en Finisterre.

Pues adelante. Con discreción, por favor. No se ponga a dar voces. Tráigamelo en mano. Sin escándalo. Sin cohetes.

Al Paralelepípedo le fastidiaron un poco aquellas instrucciones por el tono y la distancia del usted. Sonaban a indirectas. Respondió muy serio: No se preocupe. Yo también sé andar por el mundo, camarada.

Cerca de la primera hoguera, Curtis dio otro paso al frente.

Para ser más exacto, el arder de los libros huele a cuero mazado con la carne. A guantes de boxeo.

¡Eh, tú, el de la gorra! ¿Te gustan los libros? ¿A qué viene tanto mirar?

A lo mejor le gusta el fuego. Si está aquí es que simpatiza.

Hacía como que no oía. Su mirada había encontrado un libro vivo que el fuego empezaba a lamer. El *Manual popular de la electricidad*. Arturo da Silva no era un boxeador profesional. Nadie podía vivir del boxeo, a no ser que diese el salto a Madrid o Barcelona. Tampoco Arturo quería. Su oficio era el de fontanero. Y ese trabajo, el de organizar las fuerzas del agua, algo tenía que ver con su manera de conducirse en el *ring*. Había convencido a Curtis de que el futuro estaba en la electricidad. Y más en concreto, en la climatización. Así que Curtis, con el tiempo, se había hecho ayudante de confianza del campeón. Serás su sucesor. Hércules, el del ateneo El Resplandor, le había dicho Abelenda en el gimnasio. Y ahí sí que lo convenció. En el cartel de su primer combate podría leerse como reclamo: Hércules, del ateneo El Resplandor, contra... Pero en el primer combate no hubo cartel. No había tiempo. Sí, sería el 17 de julio. Su estreno como boxeador amateur sería el 17 de julio, con otro chaval, también novato, llamado Manlle. Habían fallado dos de los previstos y accedieron a meterlos a ellos. El típico combate de entremés, mientras el público iba tomando asiento. Pero para Curtis era el acontecimiento más importante de su vida. Se había preparado con Arturo a conciencia. Con una condición. ¿Cuál? Entrarás de aprendiz en un taller de instalaciones eléctricas de climatización. Uno que va a abrir la fábrica Chavín, la de refrigeradores Wayne. Tengo ahí un amigo. Pero para entrar tienes que saber algo de electricidad. Tienes que ponerte a estudiar ya. ¿Qué te parece? Le parecía de maravilla. Si alguna vez hacía una tarjeta de visita

como las que les había visto a algunos viajeros que pasaban por la Academia de Baile, podría poner: «Boxeador y Electricista de Instalaciones Climáticas».

Arturo da Silva le había dicho que a veces el lugar más seguro era el centro del *ring*. El arponero le había hablado de la calma en el centro del huracán. Quizá fue ese instinto el que lo trajo aquí, justo al centro de la ciudad, tras treinta días escondido. Un mes metido en el desván de la Academia de Baile, también llamada Un-deux-trois, con la compañía del maniquí que el arponero señor Lens le había regalado a su madre. El maniquí descabezado. Era una mujer muy alta, el maniquí, que el mar había arrastrado indemne entre una multitud de lisiados, muñecos mutilados, cabezas sueltas, torsos mancos y extremidades impares. El navío que los había perdido, en un brutal escoramiento en plena tormenta, a la altura del mar del Rostro de Finisterre, no se volvió atrás por unos naufragos así. El señor Lens recorrió la playa, se echó al hombro la mujer alta, la única entera, y recogió también tres piernas femeninas de madera. Después las distribuyó, con mucha aceptación, por las mercerías de la ciudad. Eran largas, muy esbeltas, y enseguida lucieron en los escaparates de Crisálida, Gran Corsetería Francesa y El Botón de Oro. En cambio al maniquí no le encontró colocación. Era una mujer demasiado alta, color ébano. Quizá si el país progresa, si salimos adelante, tal vez haya sitio en el futuro para mujeres así, de tanta altura, le había dicho el jefe de la sección de confección de los grandes almacenes La Espuma, en la calle de San Andrés, donde tuvieron también el detalle pudoroso de prestarle al señor Lens una manta de embalaje para tapar un poco a la dama, porque aun siendo liberal la ciudad, eran tiempos de malentendidos y susceptibilidades, y no fuese a cruzarse con la prevista procesión que salía de San Nicolás, unos con la Dolorosa en andas y él con la Mujer Alta y Negra al hombro.

Debe de pesar mucho, dijo el jefe de la sección de confección de La Espuma. Aunque lo que es hermoso pesa menos.

El señor Lens observó con atención, por vez primera, su hallazgo. Cuando la encontró, estaba medio enterrada en la arena. Lo que el mar había creado, con los cuerpos rotos de los maniqués, con los miembros esparcidos, era un cuadro estremecedor. Pero eso lo pensaba ahora y no antes. Lo que hizo en el arenal fue recoger las piezas útiles. A él no iba a sorprenderle el mar. La cabeza de la mujer alta era como un huevo grande de madera muy bien pulida. Al darle la vuelta observó que no tenía ojos, ni boca, ni nariz. Por lo tanto, qué más le iba a mirar. No obstante, ahora, en el comercio, antes de volver a cargar con ella, se fijó bien en la cabeza y se dio cuenta de que en la cara había un finísimo trabajo de modelado. En la forma ovalada, una levísima talla sugería los rasgos del rostro. Lo primero que vio fueron los pómulos y luego, en las laderas de las mejillas, el esbozo melancólico de la boca. Le pasó la mano por la cabeza y le pareció que no era lisa del todo. Notó el roce de invisibles brotes de cabellos. Aquella mujer estaba haciéndose. Le estaba tomando cariño. Iría a la Academia de Baile a ver si Milagres se la guardaba. No diría nada de la vida de la madera, no fuesen a creer que les llevaba un monstruo. Ella ya se había

asustado bastante la última vez, cuando le enseñó un revólver de pequeño tamaño pero de apariencia fiera. Tipo *bulldog*.

¿De dónde lo has sacado?

Venía en una ballena.

Tú lo encuentras todo dentro de una ballena.

Casi todo.

Trae eso aquí, dijo Samantha. Le quitó el revólver. La madama había aparecido de repente, sin que ellos se diesen cuenta. En una mano sostenía la boquilla con el cigarro y en la otra el arma. Es de mi talla. Hoy es mi cumpleaños. ¿Me lo regalas? Me hace falta un amigo de confianza.

El día 20 de julio Curtis había estado con Arturo da Silva y los demás del ateneo El Resplandor ayudando a levantar una de las barricadas que protegían el Gobierno Civil, en la fachada del Rosalía de Castro que daba a la Dársena. Habían acarreado sacos de arena desde el Orzán. Como el sábado y el domingo, cuando sonaron las sirenas y las bocinas de los barcos, miles de personas ocuparon el centro de la ciudad en apoyo a la República. A primera hora de la tarde, los militares golpistas colocaron piezas de artillería en el Parrote. Curtis recordó dónde había visto un arma. Un pequeño revólver, pero algo era algo. Fue a todo correr hacia el Papagaio. Pombo sólo le abrió cuando reconoció su voz. Llevaba una misión, encontrar el *bulldog*, y no hizo caso de nada de lo que le decían. Iba corriendo a rebuscar en la habitación de Samantha hasta que oyó: Tu madre está enferma. Por lo menos, vete a verla.

Entonces cayó en la trampa. Fue entonces cuando le atrancaron la puerta. Gritó. Le llamó mil veces traidora a su madre.

¿Traidora? Os van a matar a todos. ¿Dónde se ha visto una guerra de puños contra cañones? Y a ti de los primeros, sólo por el chiste de ver quién mató a Hércules el del Papagaio.

Se quedó a solas. Con el maniquí de la Mujer Alta y Negra que había traído el arponero. Golpeando en el viejo punching de cuero que le había dado Arturo. Zurrándole al artesanal saco de arena que él mismo había colgado de la viga. A puñetazos todo el día. El lamento de la casa a causa de su rabia. ¡Para ya!, gritó Pombo al otro lado de la puerta. Estás haciendo chirriar la ciudad entera.

¡Déjame salir, Pombo! Por los tejados disparan a matar.

Pues no veas por tierra. Espera a que acabe la temporada de caza, chaval.

Pensó que no tenía ojos, el maniquí. Ni boca. La cabeza, como una esfera ovoide. Pero es curioso. Es en la penumbra donde empieza a distinguir facciones. Surgen rasgos sutiles en el hueco de madera. Abre la claraboya y se asoma con la Mujer Alta al tejado. Hay un gato que se acerca por el alero. Mira hacia el jardín de los Casares y se pone a maullar. Los disparos callan por un instante, como si fuesen a respetar la noche, y se oyen otros lenguajes animales. El chillar escandalizado de las gaviotas, este recuento minucioso de los gatos y la denuncia lejana de los perros. Por la noche, con los destellos de luz del faro, Curtis ya percibe la hermosura del rostro del

maniquí. La intermitencia de los destellos le da vida. El gato va y viene, pero no se decide a bajar al jardín de los Casares. Se oyen algunas voces. No se sabe si vienen de allí dentro. No hay ninguna luz encendida, pero los cristales rotos por los saqueadores afectan a la oscuridad doméstica. De vez en cuando, focos de linterna trepan desde la otra parte, la de la fachada principal en Panadeiras. También la oscuridad está hecha añicos. Translúcida, vacía. Se llevarían también las puertas, las cortinas y las lámparas. El secreto, pensó, no tiene que ver con las tinieblas. El secreto pertenece a la luz. ¿Qué estaría pasando en Madrid y qué sería de los Casares? La oscuridad de la casa era translúcida. Peligrosa. Los gatos no bajaban al jardín. Andaban recelosos, escaldados, alrededor de su antiguo refugio. Mirando el cráter. ¿Qué sería de la muchacha con su pelo rebelde, con su pelo de ondas del Orzán?

También le gustaría saber qué había sido de Flora. Estuvo atento, interpretando todos los ruidos, escuchando durante el día todas las voces en la Academia. O lo que decían las voces hablando de los otros. Y no oyó a Flora, ni hablar de ella. Le gustaría oír la ráfaga de su baile. La telegrafía de sus tacones. Vuelve a pensar en ella, en Flora, porque de nuevo se oyen disparos. Intenta interpretar el sentido de las detonaciones.

Y después disparos contados cartucho a cartucho. Alguien trata de no perder ningún tiro. Cada uno de ellos suena como el definitivo.

Recordó a Arturo da Silva el día en que él, eufórico, le mandó un rally de golpes y después el campeón le devolvió uno a uno, cartucho a cartucho, decía. Pero ahora las series de las armas automáticas silencian los disparos artesanales. Barren el ras del cielo. Y cuando se cansan, aún vuelve, obstinada, la respuesta de un furtivo desde los tejados, contando los cartuchos, uno a uno, en golpes de badajo, tan espaciados que da tiempo a imaginar de dónde vienen y adónde van. Las series de las automáticas regresan con renovada furia. Muerden en todos los tejados. Silencian para siempre al furtivo que ahorra cartuchos.

La cabeza de la Mujer Alta rueda hasta detenerse al borde del canalón, frenada por las dedaleras. En esta época tienen sus altos tallos en flor, como carillones con campanas rosadas. Aquí los tejados son como prados. La cabeza de la Mujer Alta tiene un impacto. Por contraste con ese agujero, ahora sí que se perciben los ojos. A la luz del faro, él se fija en la belleza ovalada que no puede retener. Ceden, al fin, las dedaleras. La cabeza oscila en el canalón. Cae al jardín de los Casares. Todo queda en silencio. La luna llena, atónita, en la curva del litoral de Mera. Estaba siendo un hermoso verano cosido a balazos.

En las fiestas, en las barracas del Relleno, estaba la atracción de los espejos deformantes y un Teatro Ambulante de los Espectros Vivos e Impalpables. Luis Terranova lo había llevado también a oír cantar a Mirco, el genial mariquita que tenía un ojo de cristal. En el muelle de Occidente, cerca del embarcadero de madera, se había instalado el Circo Alemán. Como reclamo, un chimpancé clavaba estacas,

tensaba cuerdas y, con traje de mariscal, parecía dirigir las maniobras de montar la carpa. Las playas estaban atestadas de gente. Este año, la ropa de baño ganaba color, en tonos muy vivos que esmaltaban los cuerpos, al tiempo que perdía tamaño, descubría los hombros, los muslos hasta las ingles, lo nunca visto. Las maravillas antiguas y modernas llenaban el jardín en los lienzos que los fotógrafos al instante colgaban como escenografías que completaban con decorados de madera o cartón piedra. Allí uno podía retratarse teniendo a su espalda imágenes del mundo entero. Las pirámides de Egipto, los rascacielos de Manhattan, la Torre Eiffel, la Alhambra de Granada, la Estatua de la Libertad, la Sagrada Familia de Gaudí, un paisaje de invierno en Dalecarlia, el avión *Plus Ultra* en Buenos Aires, los jinetes de la Feria de Sevilla, el Machu Picchu, el Taj Mahal, la entrada al Métropolitain en Porte Dauphine, el Pórtico de la Gloria, el faro de la Torre de Hércules, una imagen de barcas de los Caneiros con guirnaldas. Había mucha gente para retratarse con el fondo del paisaje nevado de la Dalecarlia sueca, con sus trineos y cabañas de madera, pero la fila más grande era la que iba a Manhattan. Curtis y Terranova se quedaron mirando el lienzo del río y la tabla que imitaba una barca con la leyenda «Los Caneiros».

¿Queréis un retrato en la fiesta de los Caneiros?, les preguntó el fotógrafo desocupado.

No, señor. Nosotros ya vamos a ir este año a ese crucero universal, dijo Terranova. Ya tenemos billete y todo.

La naturaleza imita al arte, dijo el fotógrafo. Poneos ahí, de reclamo. Foto gratis. Hoy les da a todos por los rascacielos. Así, mirando hacia aquí, haced que remáis, a ver si alguien se apunta a la barca. Manhattan, todos a Manhattan. ¡Serán folclóricos!

Excepto los incendiarios, allí no había nadie, pero Curtis pensaba en las atracciones de las fiestas como una manera de cubrirse las espaldas, pues todo lo que había vivido le venía detrás, vigilando, al acecho, siguiendo con cautela sus pasos. Los espectros. El ojo de cristal de Mirco. Todos los fotografiados en los jardines de Méndez Núñez, con fragmentos de paisajes del mundo encima de sus cabezas. Los que estaban en la Dalecarlia sueca, o los que hacían cola en Manhattan. Luis Terranova imita a Mirco, menea una hoja de higuera como taparrabos mientras recita: *Eu sou aquella occulto e grande cabo...* No. Luis Terranova no está. No sabe nada de él. Se siente culpable de fallarle. Porque él tenía los billetes de ambos. Los billetes del tren especial para la excursión festiva.

De vez en cuando, al enroscarse una hoja, veía palabras que ardían. Él intentaba penetrar, atraparlas antes de que se hiciesen humo. Ahora se dio cuenta de por qué había tan pocas llamas en aquellas hogueras. El fuego ardía hacia dentro, seguía los surcos de las palabras impresas. Enraizadas en el papel, las palabras pueden ser como el brezo, como la carpaza. Puede llover sobre el libro y las palabras aún dan calor. Y unas tardan más que otras en arder. Eso explica por qué quedan sueltas entre las

cenizas, posadas en pequeñas membranas, parecidas a las alas de los grillos, las cigarras o los saltamontes. Eso se lo oyó a Polca. El incendio del monte en el verano huele a una mezcla de vegetación y alas de grillo y cigarra, a canto quemado.

Aún era de noche. Abrió la claraboya. Se arrastró por los tejados. Por fin sentía el roce rosado de las dedaleras. Aquella envidia que les tenía a los gatos y a las gaviotas. Cuando se descolgó hasta uno de los tejados más bajos y consiguió saltar a la calle del Hospital, su andar aún era atontado. Sonámbulo. No era de ahora ese estado. Ya llevaba tiempo así.

Había pasado los días escondido en el desván de la Academia. Como compañía tenía el maniquí de la Mujer Alta descabezada, privada de su hermosura ovoide. Al principio, angustiado, pendiente de las noticias que en un primer momento entraban como rumores por debajo de la puerta, como una corriente fría, a pesar de la voz cálida de quien las transmitía. De vez en cuando se asomaba con cautela por la claraboya. Fue entonces cuando Curtis descubrió la verdadera noción del miedo. El miedo es que la playa esté desierta un día de sol. Casi desierta, lo que es peor. Figuras de negro, con grandes paraguas también negros haciendo de sombrillas. Algunas *catalinas*, así llamaban a las mujeres campesinas que venían a tomar los baños con sacos de estera a la manera de faldas. Se mantenían vigilantes ante el mar como si fuesen cuerpos capturados en lances de red. Quizá se sentían inquietas por el bañista solitario que iba y venía en un correr atlético y que vestía un extraño bañador de rayas negras y amarillas. Pasaba entre ellas como una gigantesca avispa. La novedad, estremecedora, era el silencio. Cada silencio transmitía un horror. Miraba a la Mujer Alta sin cabeza. Él empezó a sentirse también así. El hombre sin cabeza. Sólo por la noche los destellos de luz del faro se la devolvían. Su andar sonámbulo fue lo que lo llevó, con la luz del alba, por la playa de Riazor. Miraba insistente hacia los lados por si aparecía el bañista con traje de rayas negras y amarillas, con su zumbar de avispa. No vio a nadie. Escuchaba el mar, y eso le iba devolviendo la noción de un hablar balbuciente.

Subió por Peruleiro y Ventorrillo. Su andar sonámbulo lo llevaba hasta la Fontenova, al local de El Resplandor en el Abismo. Estaba pensando en los billetes del tren especial y de la fiesta de los Caneiros. Tenía que devolver el dinero que había recaudado. Tenía que echar cuentas. Se había convertido en una obsesión. ¿Qué iba a pensar Arturo, qué iban a pensar sus compañeros?

Era él quien percibía el miedo de las cosas. La desazón de los edificios a medio hacer. La desconfianza de los portales. El ceño arrugado de las ventanas. Allí, en la Fontenova, estaba el local del ateneo libertario. Parecía desposeído de todo. También de su nombre. El letrero de cristal de azogue que había lucido en la fachada estaba hecho trizas. Había sido obra de Isolino en el taller de Rubine, con un motivo en esmeril que recordaba en algo a un peto de ánimas^[4]. Un sol entre las llamas de un incendio. Curtis recogió del suelo una estela de sol. Estaba fría. Los de la confiscación habían puesto un candado en la puerta. Curtis fue por la parte trasera y

entró forzando una ventana. Lo primero que buscaron sus ojos fue la máquina de escribir Ideal. Uno de los motivos que lo habían empujado hasta allí era la esperanza de que nadie se hubiese acordado de aquel pequeño centro de estudios sociales, en un humilde local de un barrio alejado. Y sobre todo su íntima esperanza era encontrar la máquina. Escuchaba las teclas como un morse. Se tapaba los oídos ante las detonaciones de la noche, cerraba los ojos. Y entonces sentía las teclas en la yema de los dedos, la voz de Arturo da Silva dictando el texto:

EXTRAORDINARIA EXCURSIÓN A LOS CANEIROS-BETANZOS EN TREN ESPECIAL

Deja dos líneas de espacio en blanco.

Así. Seguimos.

Los dos lentamente, haciendo la caravana de las letras, toda la noche por delante.

Curtis está en una cámara oscura. Forzó la entrada, abrió las ventanas, pero parece que la luz tiene reparo en volver. Se lo llevaron todo. También la electricidad. Fue a enchufar la bombilla, la que colgaba del cable trenzado y forrado de tela, pero habían cortado el suministro, así que del cable trenzado colgaba la ausencia de luz. Si estuviese la máquina de escribir podría hacer andar el tren especial de aquella extraordinaria excursión. Podría oír el silbido del factor. El arrancar de las bielas. Había vendido muchos billetes para aquel tren. Tanto que había oído hablar, y nunca había ido a los Caneiros, a aquella romería río arriba, por el corazón del bosque. Después de apearse del tren había que andar un trecho y luego subir a las barcas. Las barcas, le había contado Arturo da Silva, van todas adornadas con guirnaldas de flores y techumbre de ramas de laurel. Él, que nunca había estado en los Caneiros, asumió la empresa con una íntima convicción. Con los retazos o estampas orales que iba cosechando en el ateneo o en la Casa de Sol fue componiendo un pregón entusiasta, de tal forma que al vender los billetes parecía un natural del campo de la fiesta, alguien concebido allí y que hablaba no en nombre de la organización, sino del río.

Desde niño había hecho muchos recados, trabajos ocasionales. Casi siempre de portador, de mensajero. Pombo había hablado de poner un teléfono en la Academia de Baile.

Para cualquier apuro, Samantha. Hay que modernizarse. Imagina que te llama Alfonso XIII.

¡Bah!

O un millonario, un Juan March.

Vía libre. Vete pidiendo un presupuesto.

Mientras el teléfono no llegaba, y lo que tardaría en llegar, estaba el niño Hércules con sus piernas ligeras, con sus carreras telegráficas. Una vez, aún siendo

un chavalín, se sentó en la cocina de la Academia de Baile y se quedó dormido de bruces sobre la mesa. Entró Flora, vio que tenía los ojos abiertos y le habló. Ella se asustó. Lo sacudió. Al fin, Curtis pestañeó y se despertó. Ella a punto de llorar. Lo abrazó. ¿Estás bien, estás bien? Claro, estaba dormido. ¡Tenías los ojos abiertos! Sí, pero estaba dormido.

El local del ateneo El Resplandor estaba vacío. Acucillado en un rincón, se había quedado dormido como aquella vez. Con los ojos abiertos. Había estado haciendo de mensajero del tren especial y el tren no acababa de llegar. Al contrario, se lo habían llevado todo. Los muebles, los carteles, la máquina Ideal. Todos los libros. Tan vacío, tan oscuro, que parecía que se habían llevado también el propio lugar, la pintura de las paredes, todo lo que allí se había hablado. Se habían llevado el tren especial, la barca con las guirnaldas de flores y laurel, el bufé, la orquesta. El río.

Había convencido a Milagres. Ella, que no salía a ningún sitio, ni siquiera de sí misma, iría con el arponero señor Lens. También le había vendido un billete a Flora. Por supuesto, irían en el vagón con Arturo da Silva y Holando. El gaitero Polca con Olinda, su Chispa. Y aquel vagón daría que hablar, a la ida y a la vuelta, porque también tenía billete nada más y nada menos que Luis Terranova. El 18 de julio aún habían hecho una última escapada para ver otra vez juntos *Melodía de arrabal* en el cine Linares, en Catro Camiños. Para Luis era muy importante la compañía de Curtis en las películas de Carlos Gardel, porque Curtis tenía el don aquel de la memoria. Tres sesiones eran suficientes para memorizar las letras de las canciones. Y además, a veces, a petición del público, el camarógrafo daba marcha atrás. Otra vez la canción. Aplaudían.

Viejo barrio...

Perdona si al evocarte

se me pianta un lagrimón.

A ver. Probamos otra vez.

Probaba con él las canciones, las ocurrencias, las pullas. En este último género Curtis mostraba tanta calma que el esfuerzo de irritarlo exigía una producción constante de provocaciones. Arturo da Silva, el campeón de pesos ligeros de Galicia, se adiestraba con él en el *ring*. De alguna manera, Curtis era también un sparring sentimental para Terranova. Luis lo golpeaba continuamente con el doble sentido del lenguaje, porque Curtis, por más alerta que estuviese, siempre le daba crédito a lo que él decía. Prestaba atención a cualquier menudencia. Había momentos en que Terranova no soportaba tanta confianza. Querría quebrar esa amistad irrompible. Pero lo cierto es que lo quería como a nadie. Curtis custodiaba lo mejor de sí mismo. Para empezar llevaba las canciones, todas las canciones, en la cabeza. Su memoria vivía dentro de la del amigo. Y ahí Luis no ahorraba adjetivos. Portentosa. La memoria de Curtis era, ciertamente, portentosa. Lo decía silabeando. Por-ten-to-sa, y la mano

derecha dibujaba en el aire el movimiento de enroscar una bombilla. O, cuando usaba las dos manos, los dedos en órbitas, una esfera armilar. Esos gestos eran preciados regalos para Curtis. Él sentía la memoria. Era consciente de que la llevaba y de que ella iba cómoda. Arturo le había dicho que se protegiese siempre la cabeza. La cabeza trabajaba para todo el cuerpo y, en correspondencia, el cuerpo debía custodiar la cabeza. Incluso las piernas, cuando bailaban en el *ring*, estaban cuidando de la cabeza. Y allí estaba la memoria, como una criatura con los ojos muy abiertos que él llevaba a caballo.

Esa idea de la criatura a horcajadas fue algo que se le quedó en la cabeza, una imagen que la memoria tenía de sí misma, tras una visita.

Neto, un amigo de Arturo da Silva, había combatido en la plaza de toros y le dolían las palabras al hablar. Le habían abierto la ceja y se la cosieron con unos puntos en vivo, sin anestesia. Tenía también moratones y golpes y costras sangrientas en cada comisura, en las junturas de la boca y de los ojos. Y la nariz presentaba ese asombro agrandado de las cosas prominentes que sobreviven a una catástrofe imprevista.

Curtis y Luis Terranova habían acudido con Arturo y otro muchacho de El Resplandor y amante del boxeo, Pepe Boedo. Habían ido a visitar al victorioso. Y ahora se sentían, en cierta forma, defraudados. En la leyenda popular, Neto era una especie de gladiador. Así que esperaban escuchar el relato del combate, la degustación luminosa de las hazañas y, al contrario, entraron en una habitación con una luz desnuda. El boxeador tenía los pies en una palangana de agua caliente. Alrededor de los tobillos la espuma creaba el efecto de un centro floral, y ésa era la única concesión que la escenografía le hacía al héroe. La propia Carmiña, su mujer, parecía estar labrando las siete espadas de la Dolorosa. Pero lo que hacía era golpear con un martillo una barra de hielo en la cocina. Entre ambas manos traía un puñado de pedazos irregulares, unos como piedras y otros como clavos, para que él escogiese.

En el suelo había un periódico. Parecía que hubiese sido escrito allí, impreso en aquella misma habitación, y que las matrices de las letras estuviesen ahora esparcidas por la accidentada anatomía de Neto.

EL CALVARIO DEL CAMPEÓN

Un buen titular, pensó Curtis. Aquel periódico tenía algo de espejo. Observó cómo Arturo da Silva lo recogía del suelo y lo apartaba de la vista con aparente desinterés.

Neto hablaba por la herida de la ceja. Monosílabos, frases muy cortas, que se abrían paso entre las costuras. Las rasas de las palabras. Algunos cráteres en las frases, como sílabas arrancadas a puñetazos. Y Arturo da Silva correspondía con la dosis exacta. Entendieron ahora que la razón de su visita era curar la victoria y no

celebrarla.

No veo más que nubarrones. Tienes la cara hecha una tormenta.

Cada nube tiene su hilo de plata. ¿A quién le he oído esa tontería?

Quizá a mí, dijo Arturo siguiendo la ironía.

La cultura va a acabar contigo, Arturiño. ¡Hilos de plata! ¿Aún vas a esa Escuela Racionalista?

Por la noche. De vez en cuando.

A mí me gustaba, pero me quedaba dormido. Sin que yo lo supiese, mientras roncaba sobre el pupitre, el viejo Amil me utilizaba para hablar de la evolución de las especies.

Curtis y Terranova van también por la noche a la escuela del viejo Amil. Los convenció Da Silva. Su primera maestra fue Flora, la Niña, la Niña de la Concepción. Le fastidiaba que la interrumpiesen mientras le enseñaba las letras y los números al chaval, pero por aquel entonces aún se mordía la lengua. En el recuento de la vida, ante las hogueras, Curtis recordó a la Flora más reciente, la que antes de desaparecer causó un seísmo en la Academia.

Lo voy a dejar, dijo en el comedor.

Nadie parecía escuchar nada. Siguieron comiendo. El suspense de la percusión de las cucharas indagando en el fondo del plato.

¿Qué vas a dejar?, preguntó Samantha.

Esto. Todo esto. No es nada personal contigo.

¿No estás contenta? ¿Quieres más parte del quiñón?

No es cuestión de cantidad. No me vendo más. No soporto la explotación.

Samantha estalló, dio un puñetazo en la mesa: ¡Tú ya no tienes mucho cuerpo que vender!

Pues lo poco que me quede. Flora miró fijamente a Samantha y le habló con una sorprendente calma: No seas testaruda. Ya te he dicho que no es nada personal.

¿Quién te ha evangelizado? ¿El boxeador? ¿Te crees que ése te va a cambiar la vida?

No metas a nadie. No hace falta que taladres las paredes con la lengua.

Ahora mucha playa, pero ya verás cuando llegue el invierno.

Tú sigue con la cuenta, le decía Flora a Curtis cuando le estaba enseñando a multiplicar y tenía que marcharse, apremiada por un cliente. Acuérdate de las que se llevan. Vuelvo ahora. Contaba por montoncitos. Le había enseñado con habas o garbanzos o granos de arroz o café. Lo que hubiese. Y los números tenían color y valor. Pero ahora no tenía nada a mano, se le habían llevado a Flora y tenía que sustituir las cosas reales por palotes. Dos por cuatro. Dos montones de cuatro. Y entonces descubrió que ella volvía cuando él iba acabando la cuenta. Pensó: Si me apuro más en hacer la cuenta o en escribir las diez frases de caligrafía, ella volverá antes, se deshará antes de ese cliente inoportuno que viene a enredar a deshora. Y así era. El poder que tenían los números y las letras.

Neto, después de reír, se quejaba sobre todo del territorio que rodeaba los ojos. El hecho de mirar le producía dolor. Era pues de agradecer que mirase hacia ellos, y ahí se le notaba el esfuerzo del héroe. Ese día Curtis cobró conciencia de que ganar, en esas cosas del mérito, era un trabajo añadido. Si perdiese el combate, Neto no tendría ninguna obligación de mirarlos con simpatía. No tendría que mirar a nadie y así podría darle un descanso a los ojos.

Tenía una toalla blanca sobre los hombros, los pies metidos en la palangana de cinc, y la luz cenital resbalaba sobre el hombre sedente hasta el centro floral de la espuma. Ellos llegaron al atardecer. Era diciembre. Ahora las tablillas de las persianas filtraban oscuridad hacia dentro. La humedad se desperezaba, se escapaba del taco de jabón y lamía el pálido agrietarse de los dedos de Neto.

Muchos de los escenarios en los que se movía Arturo, como esta casa del boxeador Neto, tenían esa característica de que se podía presenciar el despertar y el callar de las cosas. El agua de la bañera estaba callada. Era un ejemplo de agua triste.

En una de las charlas de El Resplandor Curtis había oído a un pintor llamado Luis Huici referirse al callar de las cosas. Estaba despistado, pensando en el tren especial, en los billetes que aún no había vendido, pero la memoria estaba alerta y fue ella quien le avisó. El callar de las cosas. Las cosas callaban y hablaban. Eso era, dicho así, un pensamiento muy sencillo, pero al que no era fácil llegar. Estaba ahí, como una boya bajo el agua, pero había que tirar de él.

Había el hablar de las cosas y el callar de las cosas. Había, sí, esas dos percepciones que hacían especial un cuadro o un poema. Una, el hablar de las cosas. Captar el hablar de las cosas, su aura expansiva, su querer decir, y traducirlo al lenguaje de la luz o los sonidos. La otra, el callar de las cosas. Su esconderse. Su ausentarse. Su vaciar. Su pérdida. Reflejar o contar esto era otro estremecimiento. El primer arte provocaba un estremecimiento frontal. El segundo, una corriente lumbar.

Un momento. Aun en el callar de las cosas podían distinguirse dos clases de silencio. Un silencio amigo, que nos acompaña, donde se pueden recrear las palabras, y otro silencio. El que atemoriza. A este silencio, dijo Huici, Rosalía de Castro lo llamó «el silencio mudo».

El agua tibia de la palangana callaba en un silencio amigo. Curtis estaba pensando en el tren especial, en la barca, en la gira de los Caneiros. Sería el 2 de agosto. La romería río arriba. El despertar del agua.

Neto llamó a su mujer y murmuró: Anda, Carmiña, trae a la criatura.

Y entonces lo presenciaron. La cabeza con la misma inclinación leve de una esfera y el relieve de los golpes, la geografía física de las pesadillas. La niña había emergido del calor dolorido de las cosas. Neto tomó a la criatura entre sus manos y la fue posando, como una cataplasma viva, sobre las heridas cosidas y los moratones.

La fontanela, eso es lo que más calma.

¿Se nota el alivio?

¿Alivio? Es la mejor cura, dijo Neto. Algo que no se puede explicar, como un

injerto en la piel.

Ahora se balanceaba hacia delante con la criatura en el regazo. Neto hizo un gesto como si fuese a decir algo más y Curtis tuvo la sensación de que iba a salir a flote un pensamiento nunca antes enunciado. El boxeador retuvo las palabras en el embalse de una media sonrisa. Pero las cosas hablaban. Brotaba una alegría extraña de las heridas.

En la fuente de Santa Margarida bebió un trago de agua. Era un rito obligado. Arturo da Silva decía que era la mejor agua de Coruña. Había mujeres con cubos y chavales con botijos. Él sólo quería un trago y le dejaron paso para que usase un caño. También le pareció que se callaban de repente. El agua no. El agua canturreaba su tango.

Pasa, pasa tú.

Se enjuagó la cara con el dorso de la mano y dio las gracias. Fue entonces cuando los otros hablaron.

Yo hoy no bajo.

¿Y eso?

Hay fuego en el centro. Algo pasa. ¿No ves el humo?

¿Y qué puede pasar que no haya pasado ya?

Ahora están quemando los libros.

El silencio caviloso de los demás alrededor del borboteo del agua. El chaval que trajo la noticia, que venía a llenar el porrón para los albañiles de una obra, va y dice: Tengo la boca seca. Puso las manos en cuenco, llenó, sorbió, hizo gárgaras y luego lo echó todo. Puso el porrón a llenar bajo el caño.

Todos tenían una razón para estar en la fuente. Algo para llenar. Cubos o tinajas o porrones. Curtis no tenía nada. Sólo aquella gorra de rombos verdes y una ropa que lo delataba como un personaje errático. Quizá por eso el chaval que antes había informado de la quema de libros miró hacia él, luego hacia las columnas de humo y volvió a hablar.

Se llevaron también los libros de El Resplandor. En una camioneta.

Éstos sí. Éstos van a arder como gasolina. ¡El Resplandor! Estaba mirando el ex libris, un sello con el dibujo del sol sobre llamas. ¡Eh, jefe Samos! ¿Qué le parece esto? Centro de estudios El Resplandor en el Abismo.

Los chalados de la Fontenova, dijo el jefe. Eso es lo que se llama llevar escrito el destino.

El Paralelepípedo se rió. Ahí sí que estuvo bien el jefe. Le gustó verlo por fin locuaz.

¡Al abismo!

Hércules escuchaba sin mirar hacia allí. Se acercó al máximo a la hoguera pisando en el aire, en la posición de saltar a la cuerda. Distinguió un libro vivo que el

fuego empezaba a lamer. El *Manual popular de la electricidad*.

Cuando se lo dijese, cuando le explicase que iba a entrar de aprendiz para instalador eléctrico, ella se pondría a llorar. Curtis dudaba si darle a su madre las buenas noticias, porque las buenas noticias la ponían muy nerviosa. No estaba acostumbrada. Vivían en una buhardilla de la casa del Papagaio donde ella trabajaba. Si trabajaba en el Papagaio, la calle del pecado en Coruña, entonces su madre era una puta. No, había aprendido él a responder con una calma irrompible, mi madre es la que ahueca la lana de los colchones. Más tarde aprendió con Arturo da Silva que en el boxeo hay algo muy parecido a esta respuesta: abrir espacios laterales. Desequilibrar. Pasillos en el vacío. Mi madre no es puta. Es la que ahueca la lana de los colchones. La que cose las fundas de damasco.

¡Hércules, hijo de puta!

En realidad, donde vivían era en el desván, en el que habían hecho cuatro habitaciones con tabiques de madera. El desván casi no daba para andar erguido, pero tenía la ventaja de ser el lugar más tranquilo de la casa. Hércules ocupaba una de esas habitaciones con su madre, y en las otras tres vivían tres mujeres a las que él llamaba tías. Fue una criatura muy bien atendida, siempre de regazo en regazo. Después, en la calle, nació otro Hércules, aquel que llevaba a hombros y que sólo se bajaba para pelear. En el tejado, en su habitación del desván, habían abierto la claraboya cuando él nació y llegó un momento en que su cabeza tropezaba en el cristal y abría la ventana. Y con el tiempo, antes de huir, ésa era la manera que tenía Hércules de ponerse en pie, con la cabeza fuera del tejado.

Era, a medias, un habitante del cielo. A veces se mantenía inmóvil durante mucho tiempo, compartiendo la condición de penacho arquitectónico con gaviotas y gatos.

Por la noche abría la claraboya, sacaba la cabeza y no sólo veía los destellos de luz del faro de Hércules, sino que los sentía. El tacto de la luz del faro es semejante al embozo de una sábana limpia. El círculo de la vida de Hércules se fue ampliando, al desván sólo iba a dormir, pero siempre tuvo la sensación de que su centro estaba en aquella lucerna. Lo que hacía era llevarle a su madre erizos de mar que recogía en la ensenada del Orzán, o percebes que arrancaba en los acantilados del faro. A su madre estos regalos también la ponían nerviosa, pues le tenía mucho miedo al mar, ese mar que se había tragado al padre del mejor amigo de su hijo. De Luis Terranova. Va a ser artista, dice. Y hay que oírlo cantar. Y cómo imita. De Charlot a Josephine Baker. Atención, ilustre público. Nota de sociedad. Acaba de registrarse el paso por esta ciudad, en transatlántico, claro, de la bailarina Josephine Baker, más conocida entre nosotros como Black Devil, y el arquitecto *monsieur* Le Corbusier, a quien en confianza llamaremos Corbu. Ella ha cambiado la historia del cuerpo. Él, por lo que cuentan, la historia de la casa. Ya verán. También algún día los arquitectos serán famosos. ¿Qué sucede, gentes del mar, si hacemos un cuerpo de una casa? ¡Un barco! La genial pareja no dejó ni por un instante el camarote del *Lutetia*, con la plena

simpatía del público coruñés, siempre respetuoso en los momentos estelares de la humanidad, sin desmerecer al curioso, este menda aquí presente, profesional de la animación portuaria, que llegó a acechar por el ojo de buey. Todo el día en la náutica *suite* de Josephine y *monsieur* Le Corbusier. La danza arquitectónica, la arquitectura de la danza. ¡Ay, qué mareo! Y sabe hacer el hombre de las mil caras. Anda que no hace reír y llorar a su propia madre cuando se viste de señora Monte y representa el papel de «viuda seductora». Él adelgaza y engorda, como Laurel y Hardy. Para cantar, a veces va a ensayar al monte del faro de Hércules, con Curtis como ayudante de sonido.

¿Ayudante de sonido?

Me tienes que decir si se escucha bien cuando yo canto. Cada vez me voy a poner a más distancia. ¡Ah! Trabaja con la oreja derecha. La tienes un poco más grande que la otra.

Mentiroso. Las tengo iguales, dijo Curtis, por una vez dubitativo.

Es un regalo del arquitecto del universo, Vicente. Cuando triunfe, te contrataré. Serás mi escucha. Ganarás una fortuna sólo por escuchar. Sólo tendrás que mover la mano como un oscilador. Más alto, más bajo. Y así.

La última vez que hicieron la prueba de sonido fue con aquella *Melodía de arrabal* de Carlos Gardel.

Voy a repetir esa parte, dijo Terranova. Aléjate más.

Escucha, le dice Curtis. No es «se me planta un lagrimón». Es «se me pianta», ¿entiendes?, «se me pianta».

Claro, «se me pianta un lagrimón». Se me escapa. Allá va el lagrimón. ¡Adiós, lagrimón!

Curtis se aleja. Tiene el mar a la espalda. Su silueta en el horizonte del océano.

¡Más alto, más alto!, grita Curtis.

Cómo se va a oír si no estoy cantando, murmura Terranova. Luego grita: ¡Espera, Morocho, boludo!

¡Más alto!

Esa noche, sentados en el tejado bajo las aspas de luz.

Barrio plateado por la luna

Barrio plateado por la luna

rumores de milonga

rumores de milonga

que es toda mi fortuna

Que es toda mi fortuna. ¿Oyes, Morocho? Hoy, cuando estábamos ensayando, me fijé en una cosa. Hay un triángulo en la ciudad.

Un triángulo.

Un triángulo que tiene que ver con nosotros. Donde jugábamos siempre. Si miras a la derecha, está el cementerio de San Amaro. Ése es el primer vértice. Si miras a la izquierda, está la prisión provincial. Es el segundo vértice. No hay futuro ni a la

izquierda ni a la derecha. Sólo nos queda el tercer vértice. El faro. La luz del faro. ¿Y qué dice la luz del faro?

Él mismo ya tenía una respuesta: Dice adiós. ¡Adiós! Es la luz de los emigrantes. ¡Nuestra luz, Hércules!

A mí no me dice adiós, masculla Hércules, disgustado por llevarle la contraria al amigo.

No entiendes, Vicente. Cuando no quieres entender, pues no entiendes.

Callaron. La luz intermitente movía las emociones como dibujos animados.

Tú ya tienes una leyenda, Curtis. Eres el sparring de Arturo da Silva. Eres el Hércules del Papagaio. En tu primer combate, en tu primer asalto, noqueaste al contrario. Se cayó de morros al vacío, al suelo. ¿Cómo se llama eso? ¿El pasillo lateral? La gente reía. Y cuando se levantó, hiciste el uno-dos de Da Silva. Y allá va. Eso es hacer leyenda, Curtis. Lo del diente que se quedó clavado en el guante. Y tú, que se lo fuiste a devolver. Toma, Manlle, tu diente. Y aún le querías vender un billete para el tren especial. Eso ya no se va a olvidar nunca. Pasará a la historia. Pero yo, yo no tengo leyenda.

Sí que la tienes.

¿Y cuál es?

Ésa de que naciste en una patela de pescado. Con escamas.

Eso es una miseria, no una leyenda.

A mí me gusta, dijo Curtis. A mi madre también. A Flora. A todo el mundo.

Su padre en el mar. Su madre, pescadera. Yendo a vender, parió sola, en un camino, y posó a la criatura sobre lo más blando. Entre rapantes, jureles, sardinas, pescadillas y julias. Su madre salía muy temprano de la lonja del Muro e iba a vender pescado barato por las aldeas de los alrededores. El jurel es humilde, incluso su color. Pero Luis no entendía cómo la julia puede ser tan barata, teniendo como tiene todos los colores. Es carne de arco iris. Ése era un paréntesis que él hacía, el del contenido de la patela, porque le daba pie para muchos chistes, como aquel que hizo en la tarima de la Academia: Yo soy como una doncela^[5] pobre pero hermosa, y es que las desgracias nunca vienen solas. Milagres, como todo el mundo, pensaba que lo del nacimiento en una patela de pescado era una invención del chaval. Tenía imaginación para eso y mucho más. Hasta que un día coincidió con su madre, con Aurora, la pescadera, y le confirmó que era cierto. Que iba por Cabana y después por Someso, y luego se metió por el camino que llevaba a Castro, a la orilla del riachuelo del Lagar. No había nadie por los alrededores. Tardó en pasar gente.

¿Dónde mejor iba a estar que encima del pescado?

Cuando Milagres abría un erizo por la mitad, daba por bien pagadas todas las penalidades. Curtis lo sabía, y en la bajamar iba a por erizos pues conocía bien sus escondites en las rocas, las cavidades propicias en las que se daban, aunque él prefería el riesgo de los percebes en la Gaivoteira. Si había algo que lo inquietaba era que se le clavasen las espinas de los erizos. Allí, en el extremo más bravo del mar,

había encontrado a sus mejores amigos. No se tenía que desdoblar. Uno de esos amigos de las rocas era ese tal Luis. Fue él quien le enseñó cómo tratar las espinas de los erizos. El problema de esas espinas es su grosor. Al contrario que otras, como las de las castañas, no tienen la punta afilada. Para sacárselas, la gente se desespera y se pone a descarnar hasta hacerse heridas muy profundas.

No hagas cráteres, le dijo Luis. Las espinas de los erizos salen solas. Se mueven por la carne según las mareas. Te pones a la orilla en la bajamar y las espinas salen solas.

Algo había de broma y algo de verdad, como ocurría con Luis. Él casi siempre estaba jugando con todo. También con el mar. Con el mar era con quien más jugaba. Cuando estaba en calma, se subía a las ancas de piedra del Caballo de las Praderas o se ponía al borde del abismo marino en Punta Robaleira y lo provocaba: ¡Eh, tú, barbas, Neptuno, boludo, pendejo, cabrón! ¡Mira quién está aquí! ¡El fantasma de Terranova! ¡Yo soy el padre del hijo! Su padre había muerto en un *doris* portugués. Es un barco grande lleno de barcas pequeñas, le había contado Luis a Curtis. Cada pescador veterano va solo en su lancha verde, y vuelve o no vuelve. Una vez hizo escala una pareja de bacaladeros vascos para enrolar a tripulantes gallegos, y Terranova se subió a un noray, con una botella vacía como hisopo, y con voz de capellán imitó lo que un día le había oído al cura en el púlpito: «¡Trabaja, pescador, trabaja! Sólo el trabajo dignifica al hombre. No temas al viento enloquecido ni al mar encabritado, que la muerte arrulla a los valientes. Más hombres se ahogan en vino que en el mar». El Maniobrador de Grúas tuvo pena de él y dirigió hacia allí el gancho. Luis se colgó y el Maniobrador de Grúas lo subió, lo bajó y lo sacudió a derecha e izquierda hasta hacerlo reír. Aquella grúa tenía una cabina de madera con ventanas y era como una casita en el aire, con su cama y todo. El Maniobrador le había pintado por fuera el nombre de *Carmiña*. Todas las grúas tenían nombre de mujer. Había una *Bella Otero*, una *Eva* y más allá, en el muelle de la Madera, una *Pasionaria*. El Maniobrador de *Carmiña* tenía en la cabina un estante con libros. Un apartado con un letrero que rezaba «El día», donde estaban las lecturas científicas, y otro, «La noche», con las novelas. El Maniobrador no se limitaba a leer. Él tenía vocación de escritor científico.

Nada de literatura. Ameno, sí, pero científico.

Además de los libros de consulta, tenía un cartapacio en el que hacía años que iba guardando anotaciones y dibujos de su autoría agrupados bajo el título *La intimidación del mar*. La obra en curso tenía que ser un secreto. El cartapacio estaba disimulado por una falsa cubierta de cuero en la que se podía leer «LIVERPOOL Telephone Director». Una de esas cosas que aparecen por los puertos. Pero Ramón Ponte participaba de ese gozo especial que consiste en descubrir sin mucha resistencia lo que uno tiene como máximo secreto. Así, la sonrisa no le abandonaba desde el momento en que abría el cartapacio hasta que lo cerraba, tras dar a conocer su contenido. Trataba de la vida sexual de los seres marinos. Se habla mucho del mar,

decía, pero nadie repara en lo principal. El mar es el vivero más grande del planeta y posiblemente del universo. El gran lecho orgiástico. El espacio de las cópulas más insólitas. De las más sorprendentes artes de la fecundación. Él admiraba a Elisée Reclus, su ciencia anarquista, la unión de los saberes para una comprensión de la historia natural. Para empezar, habría que unir la zoología y la geografía. ¿Por qué los animales viven en un lugar y no en otro? Le escandalizó su ignorancia. Por hablar del lugar, la ignorancia de muchos humanos coruñeses, habitantes de la ciudad marina, sobre los seres del mar. Se metió en muchas lecturas, había temporadas que se pasaba las noches enteras en la cabina de la grúa a la luz de un quinqué, pero las preguntas hacia las que fue derivando tenían que ver inevitablemente con la reproducción de los seres marinos y, para más sorpresa, venían de nuevo las mismas que se hacía cuando era un chaval y andaba pescando con su padre. Su fascinación ante el pulpo. Esos ojos que denotaban una inteligencia superior, los más sabios de los invertebrados, las infinitas funciones que permitían los ocho brazos con sus ventosas, desde la propulsión hasta hacer muros de piedra, la tinta como arma defensiva, el camuflaje y la mimesis.

Lo que tú quieres saber es cómo follan los pulpos. ¿Sí o no?

Sí.

Ese tipo de preguntas que una vez que se ponen en marcha acaban implicando a mucha gente. Alguien, en el bar Odilo, de la calle de la Torre, acabó hablando del tercer brazo.

Ése es el sexo del pulpo. El tercer brazo. ¿Y la hembra? Pues la hembra tiene un buen guante para ese brazo.

¿Y cómo se sabe cuál es el tercer brazo si son ocho?

Ésas eran también las preguntas que acababan por hacer Terranova y Curtis cuando acudían a la cabina de la grúa *Carmiña* y Ponte les mostraba sus avances de apasionado autodidacta en el tratado *La intimidad del mar*. Gracias a sus contactos en el puerto conseguía libros y publicaciones internacionales que luego le traducían los de la Escuela Racionalista. También le llegaban ilustraciones y grabados que él trataba de recrear. Lo más interesante ya no eran las técnicas de reproducción sino las formas amatorias.

Éstos que hacen el amor en cruz, perpendiculares el uno al otro, son las lampreas.

¿Y los que más gozan?, preguntó Terranova con voz de tango.

Los que más gozan no se sabe, golfo. Hay quien no ha gozado nunca y un día encuentra el tercer brazo, como quien dice. Yo conocí a una mujer que sólo fue feliz con una espiga de maíz. Su marido era parco de manos y un cardo a nivel de conducta. Una cosa es gozar y otra cuánto tiempo. Por lo que yo sé, quien más resiste en la cópula del mar son las jibias. Se podría decir que se aparean y ya no paran de follar. Sólo se separan para que la hembra desove y ambos se preparen para morir.

Tanto Luis Terranova como Curtis escuchaban con mucha atención porque ellos habían pillado jibias con las manos y ahora entendían por qué, en ciertas ocasiones,

aquellos seres extraordinarios, de diez tentáculos, dotados como quien dice de propulsión, no huían y se dejaban capturar de una manera tan lánguida. Pero sucede que el pozo del saber, una vez que se abre, nunca se llena, y Luis y Curtis inquerían cómo se aparean las nécoras, y las centollas, y los bueyes marinos con sus cuerpos armados, bélicos, cuyos brazos eran pinzas y tenazas. Ahí hay un detalle interesante, dijo Ponte, que buscó en el cartapacio la anotación que había hecho a partir de la experiencia de los buzos del Club del Mar, a los que llamaban los Buceadores Fosforescentes.

Los crustáceos también se aparean durante mucho tiempo. Pero lo novedoso es que los machos llevan a las hembras a cuestras, van de garbeo amoroso por el fondo de la bahía.

¿Y los erizos?, se acordó de repente Curtis. ¿Cómo lo hacen los erizos?

Los erizos viven juntos, pero se aman a distancia, dijo Ponte algo enigmático y guardando ya el cartapacio. Yo qué sé. A este paso voy a tener que poner el estudio científico en el apartado de «La noche», junto a las novelas. Allí estaban *Los naufragos encantados* y *Las amantes del capitán Nemo*, además de las publicaciones de La Novela Ideal.

Con todo, la pieza más preciada en la cabina de *Carminha* y que el Maniobrador había colocado en una especie de peana, era el balón del *Diligent*. Según la leyenda, y sería un sacrilegio ponerla en duda ante el Maniobrador, el primer balón de fútbol de cuero que había llegado a Coruña. El *Diligent* era un barco británico. Unos tripulantes se habían puesto a jugar en cubierta y el balón cayó al muelle. Cuando dio los primeros botes fuera del barco, ya se vio que el balón del *Diligent* iba a perderse. Llevaba esa disposición a quedar en tierra, dijo irónico Ponte. Ahora estaba allí, en el altar del *Carminha*, como la esfera de un extraño planeta.

Basta de ciencia, dijo el Maniobrador. Por hoy es suficiente. A ver, Luis, cántame el tango del Carnaval, el de la colombina que puso en las ojeras humo de la hoguera de su corazón.

Terranova encontraba allí un hogar. Se sosegaba en la cabina de la *Carminha*, esa casa que se movía sin desplazarse y que estaba al mismo tiempo en tierra, mar y cielo. A veces, muy pocas, se le metía el viento en la cabeza y luchaba contra el mundo. Parecía que recogía del mar todos los apodos vertidos por las sentinas de los barcos. Había que dejarlo vagabundear a solas, con las manos en los bolsillos. Cuando Arturo se lo enseñó, eso fue lo primero que Curtis le fue a contar a Terranova. Que el mejor entrenamiento del ser humano es con su propia sombra. Había que pelear con la sombra.

¿Quién te lo ha dicho?

Arturo da Silva. Cuando estuvo en la cárcel, hace años, me dijo que se había pasado el tiempo luchando con su sombra. Que le había enseñado mucho.

Iban por Atocha Alta, hacia el cine Hércules. Se pusieron contra la pared, junto a la entrada, en posición de combate. Cada uno para pelear con su sombra.

Yo no tengo sombra, dijo Terranova atónito.

Y era cierto. Se quedaron los dos mirando la de Hércules. Era una sombra chata y muy ancha de hombros.

Déjame luchar un poco con la tuya.

Tienes que boxear sin dar patadas. Mira, así. Uno-dos. Uno-dos.

Fue en ese instante, al moverse, cuando Luis Terranova vio cómo su sombra huidiza salía del borde de la acera.

¡Ahí está, ahí está mi sombra!

Corría y bailaba en la acera. Un-deux-trois, un-deux-trois, intentando pisarla.

Estás loco. Es imposible pisar la sombra. No se deja.

Yo con mi sombra hago lo que me da la gana.

Era también el de las mil voces. Esa voz de aparente displicencia, la que acababa de emplear con Curtis, era la que él llamaba voz de arranque. La de su madre cuando discutía el precio o la calidad de la mercancía. La voz de la pescadera. Su razón decisiva, la que no admitía réplica, era que el pescado estaba fresco mientras una mujer lo llevase encima de la cabeza.

Luis giró alrededor de sí mismo, vigilando de reojo a su propia sombra, hasta verla de perfil en la pared, junto a los fotogramas.

¡Es una sombra genial! De cine.

Él afanaba todo lo que podía en el puerto, sobre todo mucha información. Cuando ganaba unas monedas haciendo de guía de marineros por la parte secreta de la ciudad, uno de sus destinos preferidos era la Academia de Baile. Luis tenía el descaro que le faltaba a Curtis. Le había prometido a su madre que algún día la llevaría a que le hiciesen un vestido a la moda París-Coruña-Nueva York de la modista María Miramontes. Él había estado allí, espionando a las costureras, porque había ido con Vicente a recoger una carga de libros para la librería La Fe. El marido de María Miramontes era el editor de *Nós*, Ánxel Casal. Se decía que la máquina de imprimir funcionaba en buena parte gracias a la aguja de María. Era verdad que aquel día que habían ido ellos, la modista y las costureras estaban cosiendo libros. Pero él, Luis Terranova, se fijó en los modelos. Allí expuesto, un vestido de rayón con lazo de seda roja por el talle. ¡Llevar eso puesto! Eso hacía culto a cualquiera.

A Luis le divertía la Academia de Baile. Para él, los dos extremos de un hogar nómada se situaban en la cabina de la grúa *Carmiña*, con el operario Ponte, y en el local del Papagaio. A veces, cuando Samantha, la madama, otrora conocida como Portal, tenía un mal día, lo trataba como a un mosquito que se hubiese colado en el interior huyendo del nublado y atraído por los farolillos. Pero otras veces era ella misma quien pedía silencio para invitarlo a cantar, uno de esos niños prodigio que nacen con el don de las voces, las mil voces, que podía cantar como macho, hembra. O como un eunuco.

¡Canta tú *La pulga*, Samantha! ¿Por dónde anda la pulga, Samantha? ¡Ya ha debido de criar!

Algún espontáneo malicioso, recordándole tiempos que para ella no habían sido mejores. Remotos. La imitación de la Chelito, tras su paso por el Pabellón Lino. Pero ella sabía bien cómo hacerse respetar.

A la pulga hace tiempo que no la veo. Debe de andar por el coño de tu madre.

Era como dejar caer una piedra a un pozo. Ése ya no volvería a por otra. El resto, a celebrarlo.

¡Silencio! Educación, señores, que parecen todos *bolcheviquis*. Con ustedes, un nuevo Gardel con el garbo de Miguel de Molina. Anda, niño, tápales la boca a estos catedráticos.

Él era listo como el hambre. Ya se había encargado de averiguar lo que era un eunuco, que no era la primera vez que se lo llamaba. Y entonces cantaba, no un tango, como le había pedido Samantha, sino un ya clásico fox-trot en atención a la gentil anfitriona que vivía una segunda o acaso tercera juventud.

*Antes femenina era la mujer,
pero hoy con la moda se ha echado a perder.*

Y Samantha, cuando Luis se metía con ella, cuando se burlaba de su corte de pelo *à la garçonne*, era la primera en reírse. Una risa sísmica, que sacudía toda la casa. De vez en cuando Luis dormía allí, en la habitación del desván que compartían Curtis y su madre. Curtis tenía el tamaño y la fuerza de dos Luises. Abría la claraboya y levantaba a Luis a pulso, sujetándolo por los codos.

¡Me está enfocando el faro! ¡Aquí, soy yo, Terranova! Mira, Curtis, el gran reflector del universo anda buscándome por los tejados.

Estaba junto a la hoguera, viendo cómo el fuego cercaba el *Manual popular de la electricidad*, y sintió que echaba de menos en las manos el contacto de los erizos, de todos los erizos que había tocado. Le gustaría tener tres manos por lo menos para hacer malabares, como hacía Arturo en uno de sus entrenamientos.

¡Eh, tú! ¿Quién es ese coloso con gorra?

Algunos transeúntes que se encontraban con las hogueras al volver del Parrote o de la Ciudad Vieja cambiaban el rumbo, aunque no de repente, lo que supondría un giro sospechoso, sino por medio de un instintivo andar oblicuo que los llevaba hacia los soportales. En busca de la identidad de la sombra.

Lo mismo sucedía en la plaza de María Pita. Los que bajaban por Porta de Aires y entraban sin saber en el espacio de la quema tenían que reaccionar en segundos ante algo desconocido, pues no podían imaginar que aquel humo tuviese que ver con libros. No, no existía memoria de un humo así en la ciudad. En el andar apresurado, en el andar del miedo había, pues, implicaciones. Observados desde una terraza o desde la balconada del Palacio Municipal, los transeúntes trazarían ángulos obtusos en relación a las hogueras. En la manera de andar del miedo había una cierta prisa,

pero era una velocidad contenida que renunciaba a propósito a la aceleración. La plaza era la misma, pero había habido un cambio en la historia del andar. No era posible, en aquel espacio protagonizado ahora por el fuego, el andar del curioso, ni el andar indiferente, ni lo que llamaríamos un andar normal, marcado por un destino pero que no descarta la curiosidad. O lo que los italianos llaman *andar a lo zonzo*, sin rumbo previo. Lo que caracteriza al andar temeroso es que preferiría desandar y, sin embargo, tiene que seguir adelante. Ojalá hubiese una línea que seguir. Rayas trazadas en el suelo por los vencedores. En una de las terrazas hay un hombre que puede hacer estas consideraciones mientras arden los libros porque él está pensando en el artículo de prensa que va a escribir y que no trata ni de la quema de libros ni del miedo, sino de la quironomía, del arte de mover las manos melodiosamente y, en general, de la elegancia de todos los movimientos del cuerpo. Él va a escribir sobre la Escuela Principal de Pajes de Viena, donde había una cátedra del andar. Y tiene que pensar en alguna cita en consonancia con el asunto. Un toque. Un plumaje clásico. Tal vez Lope. ¿Cómo era? Los españoles, hijos del aire. El aire del andar. Debería hacer alguna referencia local. ¿Se distingue a la gente por el andar? Claro que sí. Las clases de andar, el andar con clase. Una misma persona, a veces, cambia la manera de andar según por donde vaya. Según la calle. ¡El andar de las costureras por los Cantones! Mejor será no hacer ninguna referencia concreta. Las damas de los Cantones. Las damas coruñesas por los Cantones. Eso es la excelencia del andar. Un lugar entre los andares del mundo, junto con el parisino, etcétera, etcétera. Si lo piensa, está aterrorizado, pero hoy tiene que escribir un artículo como si no pasara nada. Así que no piensa. El estar mirando desde la terraza, ese punto de vista, casi de pájaro, le da por un tiempo la impresión de estar fuera de lo que pasa a ras de tierra, ajenas sus piernas a esos conflictos con el andar. Pero, de repente, uno de los que están quemando los libros alza la vista y mira hacia él. Y el periodista, un hombre culto que va a escribir un artículo sobre la elegancia, siente la extraña sensación de que lo están observando por encima del hombro. Así que decide retirarse. Y no sabe muy bien cómo hacerlo. Si andar de espaldas o darse la vuelta.

Al otro lado de la plaza, en la Dársena, la atención está ahora concentrada más bien en lo que no se mueve. En aquel muchachote que lleva una gorra de visera de rombos verdes y blancos y que hojea un libro. Un libro que acaba de rescatar de la hoguera.

En el grupo que decide prestarle atención a Curtis hay un tipo más membrudo que el resto. Se podría decir que de una complexión gimnástica si no fuese por el abultado talego del abdomen. Empujado quizá por su físico, quizá porque también lleva gorra, aunque la suya es una cresta con borla de requeté, es él quien toma ahora la iniciativa.

¡Eh, tú, Chocolate! ¿Es que no oyes?

Él no lo sabe, no puede saberlo, pero al usar ese apodo provoca una detonación que traspasa a Curtis. Por eso éste mira de reojo y después hacia atrás. Lo que ve es a Marcelino, el negro que vende corbatas, elegante, siempre con su muestrario en el

brazo extendido. Huici decía que el ayuntamiento le debería pagar un salario por recorrer así la ciudad, con su gama de colores en la percha del brazo y su sonrisa. ¿Qué hace hoy el vendedor de corbatas perdido entre las hogueras? ¿Chocolate? Chocolate está muerto, fue uno de los primeros asesinados. Ésa fue una noticia que le llegó a Curtis, cuando aún le llegaban noticias, los primeros días de clausura en el desván. Por eso mira hacia atrás, con la esperanza de que Antonio Naya, el empleado de la fábrica de chocolate, conocido él mismo como Chocolate, venga a desmentir la información.

¿Y tú, qué miras? ¡Tú, el de la gorra! ¿Vienes también con el circo?

Esta vez Curtis siente que los insultos se van acercando como lazadas de un rodeo. La experiencia que Curtis tiene desde niño, desde que salió a la calle y tomó conciencia, es la de que el primer y el segundo insulto llevan a un tercero de mayor precisión.

Dos que se han juntado. Los dos orangutanes. El negro y el blanco. ¡Uuuuuuuuuuuuuuu! ¡Uuu!

El grandullón se pone a imitar a un mono, sus gritos y sus gestos. La borla oscila en su frente como un péndulo sin engarce. A su alrededor, la cuadrilla incendiaria se echa a reír a carcajadas. Uno tras otro, se van incorporando a la mofa. Andan a cuatro patas. Se golpean en el pecho. Arquean y agitan los brazos llevándose las manos a las axilas. Cada vez aúllan más en burlona competencia. Se van excitando los unos a los otros. Parece que interpretan una danza.

Flora, *la Niña*, a quien Samantha con más envidia que sorna llama *la Liña*^[6], e incluso a veces *la Liña de la Concepción*, está interpretando un baile inusual en la Academia. En el rótulo pone «Un-deux-trois», pero la gente sigue llamándola por su antiguo nombre, la Academia de Baile. Todo el cuerpo de Flora se expresa con una seria implicación. La percusión de los pies cuenta una historia de suspense en el tamboril de la tarima. Parece que sólo se refrenan para escuchar. Podrían estar contando lo que sucede esta noche bajo ese mismo tejado. Hace tiempo que los espectadores atentos saben que el baile de Flora ha dejado de formar parte del entretener, del animar, a medida que su cuerpo se ha ido afinando. Aunque cuando baila, piensa Samantha, las manos dibujan el recuerdo de los cuerpos que han sido. Esmirriada no está. Es otra cosa. Cuando no llueve, todo el día pegada al muro de la Coraza. Al viento marinero del Orzán. Como un congrio en el secadero. Al sol, como un animal de los de la piedra. Y ahora le da por el palique con los boxeadores, que ya podrían venir a consumir al local. ¡No va a adelgazar! Ya el poeta les llamó en verso, a ella y a esa otra en mala hora apodada Kif, que por algo será, «las sirenas de la Coraza, las hetairas de la intemperie».

A ti te gustará mucho, pero a mí eso de las hetairas no me suena nada bien, dijo Samantha cuando leyó *La odisea del Orzán*.

Pues ese poeta, por supuesto con nombre figurado, dijo Flora a sabiendas de qué

títulos le hacían tilín a Samantha, es todo un señor médico. Proctólogo, para más inri.

¿De qué inri se trata?

Flora le guiñó un ojo. Médico de pompis, Samantha. Experto en el centímetro más precioso de la humanidad.

Eso debe de ser una mina, dijo Samantha tras cavilar si le estaría o no tomando el pelo.

Ya sabía yo que te iba a interesar.

A decir verdad, la poesía no está tan mal, concluyó la madama. ¡Las hetairas de la intemperie! En fin. Hay cosas bastante peores.

A la madama no le gusta que Flora vaya tan de veras en el espectáculo. Y menos que salga de bailaor, en blanco y negro, con pantalón y todo, el pelo recogido bajo el sombrero, y que se atreva con una farruca. Toda la vida con bulerías y a buenas horas me viene con éstas. Dar la nota. Con lo entendidos que son en Coruña. Que incluso entienden de *jazz*.

Ahora, de vieja, le da por el arte.

Pero hoy también escucha. Está en el desván, ayudando en el parto de Milagres, y entiende el código morse de los tacones.

¿Ese Hércules no es el pupilo de Arturo da Silva?

Sí es, el que lo conoce bien es Manlle. ¿No ha venido Manlle?

Hoy no. Dijo que de libros, ni para quemarlos.

Pues a mí me parece que es ese Hércules. Aún anda vivo el hijo de puta.

¿Milagres? Ése no es un nombre serio para una puta.

Yo no soy puta. Yo vengo por lo de los colchones.

¿Los colchones?

Sí, señora, para lavarlos y ahuecar la lana.

Samantha estuvo a punto de echarse a reír. Milagres era como una aparición que repetía una contraseña. Cuando ella llegó al barrio, también dijo algo parecido. También ella venía a ahuecar los colchones. Iba a decirle que en la ciudad ya había quien escarmenase la lana. En la colchonería de Panadeiras, allá abajo, con su gran huerta, que en el verano se convertía en un gigantesco manto de lana a fermentar al sol, con la alegría de la lana cuando ahueca también todo el peso, todo el cansancio. La fatiga rígida de la lana. Sólo que a ella, a Samantha, cuando no era Samantha, cuando lo que tenía ya que ahuecar era a ella misma, ahuecar su cuerpo, fermentarlo y mazarlo, y en un colchón de perfolla de maíz, o de corteza picada. Ahuecarse y abrirse de piernas.

¿Milagres, eh? Pues yo tampoco soy el Papa. Llámate como quieras.

Cuando llegó, pensó en echarla. Más que ingenua, le había parecido de pocas luces. Enseguida se dio cuenta de que lo que tenía en realidad era miedo, mucho miedo. Ya hacía tiempo que Samantha había perdido la noción del miedo, o eso creía,

pero la llegada de Milagres la desengañó. Había un remoto hilo familiar entre ambas. Por eso se la mandaron, con esa referencia. Y eso la puso furiosa por dentro. Fue ese detalle el que despertó el miedo de la larga anestesia. Como si le metiesen un hurón en la madriguera de la memoria. Ante sí tenía una niña con cuerpo de mujer. Una niña que ya había llevado de todo encima de su cabeza. Una niña que venía del miedo de la aldea e iba hacia el miedo de la ciudad. De una esclavitud a otra. Darse un tiempo. Ésa fue la disculpa para no mandarla de vuelta al primer miedo.

Sí, señora. Yo vengo para ahuecar los colchones.

¿Los colchones? Los colchones y todo lo demás. Vas a trabajar como una burra. Venga.

Se acordó del desván. Levantó la trampilla y dijo en la oscuridad: «Vamos a preparar un hueco. Una cueva en el cielo».

Ahora está ahí, mordiéndose un pañuelo blanco, sudando un rocío que empapa la luz de la bombilla y de la vela que María Belida, la muchachita que a veces canta fados, le ha puesto a San Ramón Nonato con una cinta de color. Tiene los ojos de miedo asidos a los suyos. Su sudor es frío porque ella está donando todo el calor, calentando toda la redoma del desván. Samantha recuerda y calla: Para ti es una suerte estar aquí, pues en la aldea posiblemente estarías sola, desangrándote, y la casa tendría taponados los oídos, y nadie te estaría mirando, nadie le devolvería el calor a tu cuerpo.

Los tacones de Flora son el latido de la casa. Transmiten un código de puntos y líneas que resuenan por el estucado de las paredes, suben por las escaleras, abren las trampillas. Es tan intenso, está tan cerca el baile, retumba en el techo, como si Flora bailase en el tejado a la luz del faro, que algo la distrae de los golpes de dentro, porque ese cuerpo que viene, cielo santo, es más grande que ella.

Milagres no lo sabe, pero Samantha le ha metido debajo de la almohada una llave para ayudar en el parto, para ayudar a que se abra la puerta esa de la vida, el coño, dispensando, aunque confía más en que le ayude la infusión de ruda que le ha recomendado la partera. Porque hoy esa buena mujer hace de comadrona, pero tres meses antes se había presentado como abortera. No lo podía creer, lo del embarazo de la muchacha. Cuando lo supo, cuando se dio cuenta de que no era que estuviese rara, sino preñada, o las dos cosas, rara y preñada, la madama no daba crédito. Milagres consiguió disimular con la falda y las enaguas y con una faja que le daba varias vueltas alrededor del cuerpo. Callada, esquiva, todo el día trabajando, de espaldas, cocinando, haciendo camas y muy temprano a dormir en su desván.

¿Tienes frío, niña?

Es la humedad.

Samantha resumió rumbosa con un gesto de geografía corporal su vestuario de cuatro estaciones: la bata de seda, el collar, los pendientes y la boquilla de fumar egipcios.

Pues busca quien te regale un collar de oro. Tapa mucho.

Seguro que alguna de las otras, las muy insolentes, lo sabían. Si así era, no entendía el secreto. Cómplices del ocultamiento, ¿qué favor le hacían? Ponerle una corona de espinas encima de la cabeza. Samantha tendía a interpretar cualquier contrariedad en la casa como algo personal, fuese lo que fuese. Como una conspiración contra ella. Pero ya había afilado las uñas. No era el primer ojo que le arrancaba a las contrariedades. Había vencido. Ya no se dejaba montar. Era ella quien escogía, quien montaba, por gusto, por dinero o por capricho. Últimamente sólo lo hacía por las tres cosas a la vez. ¿Por qué lo haría esa idiota? ¿Por qué lo haría Milagres?

Avisad a la Viuda.

No habían conseguido que la muchacha dijese ni pío. La Viuda, como entre ellas, sólo entre ellas, llamaban a la abortera, aunque también se dirigían a ella como Buena Mujer o la Comadre, según el encargo, pues bien, la Viuda dijo que la criatura estaba formada, que ya pasaría de los seis meses y que ahora lo mejor era levantarle la paletilla a la futura madre, que bien se veía que la tenía caída. Un brazo más largo que el otro. Tres dedos de distancia. Y que no le diesen liebre de comer, porque si no la criatura iba a dormir toda la vida con los ojos abiertos. Esto lo había dicho en tono de broma. No era muy habitual que hablase de broma. Cada frase dirigida a las mujeres tenía la medida de una braza y siempre significaba algo que convenía recordar. Un día, muy seria, les dijo que el útero era una «cámara sagrada». Las infecciones eran causa de mucha mortandad. Así que hablaba de higiene como de un credo.

Te vas a llevar una sorpresa, Samantha.

¿Qué sorpresa?

¡Ay!

Fue Pombo quien se lo dijo. Era su persona de confianza, quien más la hacía reír, quien nunca estaba en las conspiraciones y quien le daba la ración de mimos, porque ella no, ella no podía permitirse que se le cayese la paletilla. Además, y eso no era lo menos importante, Pombo hacía de cajero en la Academia y también de vigía protector o, como él mismo decía, de *arma máter*. Era un entusiasta de las camisas de crespón, de las pulseras y de los zapatos con alzas, aunque destacaba más por la estética del hablar que del vestir o adornaba el vestir con el hablar, de tal manera que su calzado procedía siempre del «reino de Tafilete» o de la «república de Dóngola», que era como denominaba a los dos zapateros del Orzán. A quien le llamaba marica, si era amigo, lo corregía con la información de que él tenía los dos sexos, el de María Pita y el de Hércules.

¿Eres hermafrodita como los caracoles?

Poco te has fijado tú en los caracoles. Los caracoles solamente son hermafroditas cuando están solos. Cuando no tienen más remedio.

¡El Pombo Mordaz!,^[7] le había dicho Samantha en tono de reproche y haciendo uso de una antigua licencia sólo a ella concedida.

Para Samantha, los ojos y las orejas de Pombo eran una prolongación de sus sentidos. Pero a él, le juró, le había pasado lo que a ella. No se había dado cuenta del embarazo de la niña Milagres. Después fue quien le prodigó más cuidados, siguiendo los consejos de la Viuda. Los últimos días antes del parto cocinó para ella. Fue a la fábrica de chocolate en la Estrecha de San Andrés y volvió con unas onzas marca Pereiro y cascarilla de cacao para infusiones. Así que Pombo le levantó la paletilla a Milagres. Como fue él quien la noche del parto preparó los cocimientos de ruda y malvavisco, justo cuando Flora ponía en marcha aquel reloj de las tripas, el toquetear que marcaba el suspense en la tarima de la Academia.

No te enteras de nada y ahora me vienes con cuentos. A ver, ¿cuál va a ser esa sorpresa?

Una sorpresa, Samanthiña, una sorpresa.

Ella murmuró: Tú has acabado con mi capacidad de sorpresa. Y él se fue pasillo adelante, contoneándose a propósito con exageración: «Dicen que el tango es de una gran languidez, y que por eso lo prohibió Pío Diez».

Como si el baile continuase con una escapada, guiada por el cincel de los tacones, Flora bajó de la tarima, atravesó el pequeño salón de la Academia de Baile y subió corriendo los peldaños de la escalera que llevaba al primer piso, donde estaban las habitaciones de atención a los clientes; después, otra escalera más estrecha, la que llevaba a un segundo piso, el de la *suite* de Samantha, la habitación de Pombo y otras dos que compartían las ocho mujeres fijas, pues por las noches, cuando había varietés, Pombo les cedía su puesto a las que venían acompañando a un hombre y a algunas solitarias que él llamaba palomillas. Por último, la escalera de mano. La que llevaba al desván. La trampilla estaba abierta y a Flora le pareció que era una ventana que daba a otro salón, sólo que éste más íntimo, con la luz velada de las tulipas y sombras botánicas, en el que se contaban indiscreciones, pues había murmullos y risas. Ella que esperaba encontrarse con el desgarrar de la carne y el primer llanto.

Flora se acerca a Milagres. Había intentado ayudarla a parir con su baile. Está acompañada, pero tiene los ojos cerrados, párpados congestionados y ojeras de una sombra azulada.

La criatura, en las manos de la Viuda, también parece un trozo de soledad. Ella no quiere que esté tan callada. La cuelga boca abajo y le da más palmadas para que lllore.

¿Qué haces?, le dice Pombo, el más nervioso de todo aquel belén.

Hago lo que tengo que hacer, dice la Viuda.

El niño llora con una especie de calma. En intervalos casi medidos, como si meditase cada lloro. Suena distante, en la órbita de los chillidos de las gaviotas y el maullido de los gatos que descienden desde el tejado. La fauna de los destellos de luz del faro. Son segundos. Por lo general, la gente no está dispuesta a que las onomatopeyas de la noche ocupen el vacío. Y hay mucho que decir.

¿Es así?, pregunta Samantha.

¿Así cómo?

Así de grande. Y así de feúcho.

No. Va a cambiar con la luz, dice con ironía la partera. No. Depende. Según el día. Ay, Samantha, para tener el mundo que tienes haces preguntas de la perra chica, le dice la Viuda, que ahora sostiene al niño como si lo modelase ella misma con sus grandes manos de miniaturista.

Tiene una mancha color cacao en la espalda. ¡La cascarilla!, dice Pombo, rozando a la criatura con la punta de los dedos. Coruñés de pura cepa, Samantha.

Dadle el niño a su madre de una vez, dice Flora. Parecéis loros.

Papagayos, nena, puntualizó Pombo.

Y tú, salvaje, mejor sería que le trajeses un chocolate de verdad.

Flora se dio cuenta tarde de que le había servido un chiste en bandeja.

El chocolate era bueno, ¿eh, Milagres? ¿A que estaba bueno el chocolate?

Eso pasa por mirar mucho el cartel de Harry Fleming, el del charlestón, dijo Samantha, echando el anzuelo como quien no quiere la cosa, a ver si alguien soltaba prenda del padre de la criatura.

Ahora no vas desencaminada, dijo la Viuda, con una pizca de complicidad.

¿Cómo se llamaba aquella orquesta de *jazz*?, preguntó de repente Samantha. ¿La que tocó con cacharros de cocina en el Salón Marineda?

¿Qué cacharros de cocina? Tú aún estás en las *Zarzas de Monti*.

Czardas, aclaró Flora.

No me estropees los lapsus, académica, dijo Pombo, siempre en disputa con Flora. Y tú olvídate, Samantha, no pienses en quién sería el boogie-boogie. Ahora la cuestión es saber si la criatura va o no para el turno antes de que abra el día.

Sí. A mí el gigante ese se me hace conocido. ¿No es ése...? ¿No es ése el que le llevaba los guantes a Arturo da Silva?

Algunos sólo oyen ese chasquido final de un nombre propio. Un nombre que provoca una cierta conmoción, pues los falangistas que están junto al camarada más fornido, el que ha hecho la pregunta, lo imitan y colocan la mano en forma de visera contra el sol para ver mejor, aunque no todos miran en la misma dirección, hacia donde Curtis está parado, sino que giran y miran en panorámica, también hacia los tejados, como si aquel nombre evocase algo indeterminado. No una persona exactamente, sino un fenómeno atmosférico. Curtis sabe que no se debe mover. Él es la liebre. Él es el que tiene más área de visión. Cuenta con el apoyo del sol, que sitúa a los otros en un área de ceguera. Por eso hace bien en no moverse. Cualquier movimiento brusco lo delataría y precipitaría los acontecimientos. Si peleas al aire libre, si peleas con luz natural, le había dicho Arturo da Silva, lo primero que tienes que hacer es buscar el apoyo del sol. Que el sol esté de tu parte.

Samos se acerca y mira también con la mano en visera.

¿Qué hay de Da Silva?

No. No hablo de Da Silva. Hablo de ese tipo que está allí, junto a la primera hoguera. Me ha parecido que tiene un aire con... ¿No es ese a quien llaman el Hércules del Papagaio? El que tumbó a Manlle. El sparring de Da Silva. Me ha parecido.

Quien todo teme, todo cree. El que está hablando, ése llamado Samos, le da una palmada al robusto camarada que ejerce de permanente centinela: Quien todo teme, todo cree.

¿Sabes una cosa, Samos? El seguro se murió de viejo y el desconfiado aún vive.

Uno de los locales donde se entrenaban los boxeadores coruñeses se llamaba la Casa de Sol. Se había construido como dispensario antituberculoso y, durante algún tiempo, allí también hubo una pequeña consulta para la revisión médica de las mujeres que trabajaban como prostitutas. La Casa de Sol, junto al mar del Orzán y muy cerca de la biblioteca de Germinal. Los días de temporal, la espuma de las olas golpeaba las ventanas del gimnasio. La primera vez que Curtis entró en la Casa de Sol había un mar bravo, el día estaba muy gris y tuvo la contradictoria sensación de entrar en un lugar muy oscuro, en el vientre de una gran ballena donde los hombres parecían pegarse a ciegas. Aquel día no pensó en una cueva, sino en una ballena. Y la razón por la que pensó en el vientre de una ballena fueron los guantes. Ver, en medio de la oscuridad de la Casa de Sol, el par de guantes posado en el borde del *ring*.

Lo llamaban a él. A sus manos. Eran de cuero color cuero. Un brillo animal. No hizo ningún cálculo. Fue a por ellos como a por un hallazgo que le perteneciese. Los agarró y se marchó a grandes zancadas. Primero corrió por el arenal del Orzán. Las piernas respondían solidarias con la alegría de las manos, que llevaban algo que iba a ser para ellas, sólo para ellas. Se meterían dentro de los guantes y no los soltarían por nada del mundo. Al principio, sólo se escuchaba el mar, el romper de las olas a sus pies. Eso le ayudaba a correr, era un rumor familiar, de ánimo. Prefería no mirar atrás. Cuando llegase a las rocas, escondería los guantes y se haría el distraído, como quien anda a mariscar erizos. Por eso se sorprendió mucho al darse cuenta, sin ver, de que alguien se ponía a su altura por el lado que no era el del mar. Sin echar los hígados, sin esfuerzo aparente, incluso con aire suficiente como para decirle: ¿Adónde vas con mis guantes, chaval?

Las manos habían perdido toda la alegría. Ahora los guantes pesaban. Un peso insoportable, y las piernas aflojaban por el esfuerzo de hundirse en la arena al correr. Le tiró los guantes a la cara a su perseguidor y saltó de roca en roca hasta llegar a las charcas que el mar dejaba entre los peñascos con la marea baja.

¿Para qué los querías?, gritó el boxeador.

Para coger erizos, dijo él. Y murmuró para sí: ¡No te jode la pregunta! El peor fracaso, tener que dar explicaciones.

El otro se echó a reír con ganas: Es el mejor chiste de guantes de boxeo que he oído en mi vida. Guantes para coger erizos. ¡Ven aquí, hombre!

No. Hice el idiota. Ya es bastante castigo.

No es para pelear. Un boxeador no pelea. Y menos con los que andan cogiendo erizos. ¿Cómo te llamas?

Estaba dolido consigo mismo: Algunos me llaman Hércules. Y le entraron ganas de añadir: Del Papagaio. Para que el otro viese que era un peligro y no un cagueta.

¿Hércules? ¿Quieres venir a probar los guantes?

No. Hoy no. Otro día.

Si vienes, pregunta por Arturo da Silva.

¿Arturo da Silva? Curtis no esperó al día siguiente. Dejó que Arturo fuese veinte metros por delante y lo siguió hacia la Casa de Sol. Al llegar al gimnasio vio los guantes en el mismo sitio donde estaban antes, en el rincón del cuadrilátero. A la espera.

Vicente Curtis había escuchado muchas historias contadas por marineros. No sólo por ellos, pero las de los marineros eran sus preferidas. Y también los marineros lo tenían a él por preferido. Con el tiempo, Curtis supo distinguir muy bien los oficios y las ocupaciones de los que visitaban la Academia de Baile. El domingo venían algunos ganaderos, quizá con el mismo traje que llevarían a una boda o a un entierro. En su vestimenta había ya algunos detalles que los delataban. Pero sobre todo uno. La rebeldía del nudo de la corbata. Las corbatas de los ganaderos tenían vida propia y parecía que eran ellas, no las manos de su dueño, las que apretaban o aflojaban. Además, estaban las uñas. En las patillas y los bigotes, cuando los tenían, mostraban un corte cuidado, sí, pero que parecía evitar a propósito la geometría exacta y dejaba un lugar de tránsito, como vallado, entre la zona de planta y el yermo. Pero por lo que se refiere a las uñas, había en ellas como una resignación hacia lo que, siendo propio, también pertenece a la tierra. Eran distintas de cualquier otra clase de uñas y, lo más curioso, pensaba Curtis, es que eran —las uñas de la misma mano— muy distintas entre ellas, como pequeñas astillas de piedra con mango de carne, rastrillos de pizarra. Más que llevar un traje, era el traje el que los llevaba a ellos. A Curtis no le gustaban estos tipos que venían de las aldeas con una humildad que le parecía falsa, una timidez grimosa. Ese estado duraba poco tiempo. El alcohol enseguida los transformaba en fanfarrones y hacía salir a un monstruo ruin y avariento. En el caso del marinero, su discurso le llevaba la delantera. Las palabras traían al hombre colgado de un hilo. La gente que escucha es una bendición para un marinero en tierra. Y Hércules estaba allí para escuchar.

Al atardecer, en las horas del tedio estival, cuando el único cliente en la Academia era el señor tiempo, a veces se dejaba caer por el local algún marinero. La mayoría de las mujeres aprovechaban el descanso del atardecer para dormitar abrazadas al tiempo, con la colcha de la sombra. Y el marinero miraba alrededor, buscando alguien que escuchase, y entonces se encontraba con los ojos de Hércules, siempre abiertos. Porque aunque él también estuviese abrazado al tiempo, incluso cuando dormía tenía

los ojos abiertos.

No del todo, pero algo abiertos sí que los tiene.

Eso es bueno, había sentenciado Pombo. Para alguien como él, eso es bueno. Debería tenerlos a los lados, como la liebre, para verlo todo mejor.

A los lados ya los tienes tú, le había dicho Flora. Como un centinela.

Desengáñate, nena. Llega una edad en que te haces invisible. Eres transparente. Dejan de verte.

¿Aunque lleves alzas en los zapatos?

¡Ay, Samantha! Vete a ver si la gata ha puesto un huevo.

¿El torno? De aquí no se va nadie para el torno, dijo Samantha, y por una vez notó que su autoridad coincidía con el sentimiento. Lo único que siento es que he prometido un Niño Jesús para el belén de la Gran Obra.

¿Y qué problema tiene el niño?, preguntó Flora.

Contigo no se puede hablar, dijo Samantha. Es feúcho. Y esa mancha en la espalda...

No pasa nada, dijo de repente, muy seria, Flora. El niño también está ofrecido al Sindicato.

¿Los del Sindicato montan un belén?

Sí. Y también organizan la cabalgata de Reyes.

El niño se lo llevan los primeros que lo han pedido, que son los de la Gran Obra, dice Samantha. Los *bolcheviquis* que hagan la revolución, que ya les llega.

No son bolcheviques. Son anarquistas.

Anarquista también soy yo. De aquí para abajo.

Tú eres bruta como un arado.

Soy de la aldea como tú. Y a mucha honra.

Yo no soy de la aldea, dijo Flora. Yo vengo lavada por el mar.

Te voy a decir una cosa...

Lo importante, intervino la Viuda, es que tenga un padrino que diga bien el Credo. Para que el niño no tartamudee.

Pues en Italia hay un Niño Jesús que es una bambina.

Pues el Menino Jesús de Vinhó va vestido de Napoleón.

¡Qué internacionales sois!, exclamó Samantha.

Y Pombo ya se había puesto a cantar un villancico del Perú:

*Ya viene el Niño Alcalde,
ya viene el Niño Dios,
con su cuerpo de «hayi»,
con su guardia de honor.*

Quizá era el efecto de que, para entrar en la Academia, y después de abrir la

puerta, había que descorrer una cortina de cuentas ensartadas, pero muchas de las historias que los marineros le contaban a Curtis o, para ser más exactos, a sus ojos tan abiertos y atentos, trataban de las cosas que aparecían en el vientre de las ballenas. Algunos no sólo traían las historias, sino que traían las cosas. Como el arponero señor Lens.

Por aquel entonces operaban dos grandes balleneras en Galicia, la Compañía Ballenera Española y la Sociedad Española Corona. Detrás de ambas estaba el poderoso industrial Massó. Una de las factorías era la de Caneliñas, en Cee, y los balleneros tenían base en el puerto de A Coruña. Lens de Arou, arponero, no sabía nada de Massó, pero sí mucho de ballenas. Eran su vida. La primera ballena que vio fue desde lo alto de un peñasco, en el arenal de Lobeiras. Él andaba al pulpo con una mazorca de maíz. La cuerda, la piedra, eran una prolongación de su brazo. El pulpo, con toda su inteligencia, que el padre de Lens decía que era como la de la gente, pues resultaba que tenía aquel punto débil, aquel afán de ir a abrazarse a una espiga de maíz. Y aquella espiga ya era parte del cuerpo de Lens, un tercer brazo. Una vez pilló un pulpo que tenía su tamaño, el del chaval. Cuando se encontró fuera del agua, atraído de repente, a traición, por aquella espiga dorada, hechicera, aquel pulpo, gigante en la escala Lens, furioso por el engaño, rodeó y envolvió con sus ocho brazos el cuerpo del chaval, también la cara. Pero Lens no se dejó arrastrar de nuevo hacia el mar. Corrió junto a su padre con el pulpo pegado a la cabeza y, cuando lo consiguió librar, Lens hijo estaba marcado por las ventosas y había quedado vacío por dentro. Fue la venganza del pulpo, le contaba a Hércules. Me desaprendió todo lo que tenía dentro. Escuela no tenía mucha, pero lo que sabía lo perdí todo. Tuve que empezar otra vez de cero. Meterme otra vez el mundo en la sesera. El nombre de las cosas, de las personas. Cada palabra. Todo. Su unidad de medida era la ballena. En especial cuando hablaba de emociones. Una gran alegría tenía el tamaño de una ballena.

¿Cuántas ballenas has matado?

La alegría no es matarla, sino verla emerger. Ver cómo sale. Es de esas alegrías que no te caben en el cuerpo. Y la pena también es así. El problema de una gran tristeza es que no te cabe en el cuerpo.

Hércules conservó aquella manera de medir que el arponero le había enseñado algunas tardes en la Academia. Las verdaderas alegrías y penas tenían una medida que no cabía en el cuerpo. Un hombre gigante que llora puede dar mucha pena. A veces había visto alguno. Arponeros que se derrumbaban de tristeza sobre una mesa y hacían añicos vasos y botellas. Su pena tenía el peso de una ballena. Pero también una mujer débil y asustada puede llevar toneladas de penas encima de la cabeza. Una premonición. Una ballena.

¿Y tu madre?, le preguntó Lens de Arou.

¿Mi madre? Mi madre cocina, respondió Curtis con recelo. Cocina, cose y ahueca la lana de los colchones.

Ya. ¿Y por dónde anda?

Ha ido a buscar damasco, mintió Hércules.

¿A buscar damasco?

Sí. Forro para los colchones. Le gusta mucho el damasco.

A Vicente Curtis le caía bien el arponero. Pero, tratándose de su madre, intentaba mantener alejados a los hombres. El arponero debía de medir el doble que Milagres. Él mismo, Curtis, era un hijo demasiado grande para ella. Cuando salió del vientre quedó un espacio vacío en lo que la Viuda llamaba la Cámara Sagrada.

Después del parto, avisó la Viuda, vendrá un aire triste. Un viento taimado. Va tras las paridas.

¿Y qué hay que hacer?

Es un viento humano, resabiado. Va en busca de los huecos de la gente. Tiene el vicio de criar tristeza en el vacío dejado por la criatura. Que ella tenga siempre el niño a mano. Lo que ese viento taimado quiere es que lo rechace. Quedarse con su sitio. Tenéis que quererla. Y más al niño.

¿Y a mí quién me quiere?, preguntó Samantha.

En la vida hay preguntas que no tienen respuesta, dijo Flora.

Ésa me ha gustado, dijo la madama. No te la voy a guardar.

Milagres llevó siempre al crío con ella. Más que pegado, injertado al cuerpo. A la espalda o en brazos, en un envoltorio de fajas. Cuando empezó a andar y lo perdía de vista le salía un quejido que era como un maullido de gata o de gaviota. Más adelante, cuando abrieron la claraboya y Curtis empezó su existencia de cabeza que brotaba y acechaba por el tejado, tenía por distante compañía, nativos recelosos, a los gatos y las gaviotas. Y reparó en cuánto se iban pareciendo en la noche unos a otros. Una estirpe cruzada por el faro de gaviotas felinas y gatos siempre a punto de volar. Una fauna sonámbula propia de una ciudad insomne.

A Curtis le gustaría que la fauna del tejado bajase ahora a ras de tierra, a rebuscar entre los restos de los libros. Algo que inquietase al vacío. El propio mal arder de los libros, su lento consumirse, tenía que ver con esperar a alguien. Gatos y gaviotas, penachos en los tejados, gatos como gaviotas y gaviotas felinas, permanecían estáticos, taxidérmicos, como en un experimento donde poco a poco se fuese prescindiendo de la atmósfera.

Ojalá Milagres estuviese ahora con el arponero. Curtis había ido descubriendo que el tamaño del señor Lens era proporcional a las historias que almacenaba. Si alguien podía ahuyentar el vacío, era el arponero. Primero, siguiendo las instrucciones de su madre, él hizo de barrera. Llegaba el arponero a la Academia, en ese tiempo adormecido de la media tarde, cuando incluso Pombo aprovechaba para meterse en un paréntesis, y dejaba al niño Curtis de avisador, haciendo caligrafía de pata de mosca a la luz de una tulipa verde. Preguntaba por Milagres, el chaval recitaba cada vez con menos convicción una excusa, pero el arponero no se ponía a

dar patadas contra las paredes. Vertía en él parte de su almacén de historias y entonces su cuerpo se iba volviendo normal y Curtis crecía. No había ni pizca de grasa en lo que contaba el arponero, todo era magro.

¿Sabes adónde van a parar todos los paraguas que se lleva el viento? Al mismo barco.

¿Siempre al mismo barco?

Al mismo. Un viejo carguero. Es como un imán para los paraguas. Anda por ahí, a unas doscientas millas. Se llama el *Mara Hope*. Después va a Rotterdam y los revende a granel.

Y entonces le contó cómo era eso de que en tierra lloviesen las cosas del mar y en el mar las de tierra. En Galicia, en las grandes invernadas, a veces sucede que llueven sardinetas en una nube de algas tierra adentro. Que descarga una nube y es como quien abre el copo de una red en el cielo. Miles de sardinas menudas, plateadas, sobre el centeno. Por eso hay días que los prados del Courel huelen a mar. Y en los bosques, en lo alto de los árboles, hay un musgo de algas con estrellas de mar colgadas. Son lo que llaman las olas animadas, que se levantan con los vientos huracanados y se convierten en nubes preñadas. No me digas que nunca tal cosa habías oído, lo de las olas animadas y las nubes preñadas. ¿No hay por ahí un periódico atrasado?

Eso que cuenta de los paraguas es cierto, decía Pombo, saliendo de su paréntesis. Y al revés también. ¿Nunca has visto pasar una bandada de hojas de bacalao en dirección a Terra Chá? Y en el estadio de Riazor el otro día llovieron un montón de lepantos con el nombre bordado de *Numancia*.

Yo sólo puedo hablar de lo que he visto, dijo, suspicaz, el señor Lens.

Verdades como *témpanos*, remachó Pombo.

A Curtis le divertía aquel duelo. Aquel ir y venir de cosas por el cielo y por los mares. A veces se ponían muy serios, no para discutir la verdad sino para ver quién inventaba el cuento más gordo. Antes de emplearse de arponero en el Atlántico norte, Lens había recorrido durante muchos años el golfo de México y el mar del Caribe.

No hay que fiarse de la calma, dijo de improviso. Es a lo que más miedo le tengo. A la calma. ¿Sabes cuál es el lugar donde nada pasa, el de la calma absoluta, donde el mar está como un plato?

Curtis negó con la cabeza.

¡El centro del huracán! Es lo que llaman la calma central. No lo olvides. En la calma central ponte en guardia, en estado de urgencia.

A Curtis le pareció oír el pestañeo de Pombo. Alerta. La mofa en la punta de la lengua.

Tú puedes estar allí en el barco sin que nada se mueva. Tan tranquilo. Y de repente, arrastrada por el huracán desde tierra, puede caer cualquier cosa. Lo más increíble, lo que menos imaginas, puede caer. Porque una cosa es, dijo sarcástico, que llueva una lata de sardinas en la montaña el día que Pombo va de *picnic*, y otra muy

diferente que llueva, como yo lo vi, ¡como yo lo vi!, un rebaño de ovejas en la cubierta de un barco arrastradas por un huracán.

Serían ovejas con paraguas, se resistió con ironía Pombo.

Eso es sólo cuando con el rebaño viene un pastor. Entonces sí. Suelen caer con paraguas grandes, de esos que llaman de sieteparroquias. Yo, en el Caribe, he visto llover un cabildo entero, un cabildo mexicano.

Normal que tras el rebaño vaya un pastor de almas, remachó Pombo. Y que caiga justo en la cabeza de un pagano de la Costa da Morte.

Lo escalofriante es estar en la calma central y pensar que lo peor ya ha pasado, dijo de repente Lens, muy serio, ignorando la ironía de Pombo. Sí, piensas que lo peor ya ha pasado cuando en realidad todo está empezando. Piensas que el huracán ya se ha ido y resulta que estás en el centro.

Su tono tenía ahora el inconfundible registro de la verdad. El nombre del barco era cierto. El *Mara Hope*, sí.

A la escucha, incluso el hemisferio burlón de Pombo estaba en eclipse. Fuese el suspense, o la fuerza del recuerdo de Lens, el silencio de la Academia de Baile tenía el sonido de un zumbido eléctrico, de calor tormentoso, alrededor de la tulipa verde, al que acudiesen también por su cuenta las largas pestañas de Pombo.

Es terrible lo que acabas de pasar, continúa Lens. Todo está descompuesto, el barco y los huesos. Y entonces te ves en ese espejismo de que todo ha pasado. Porque hacia ti vienen, a salvo, el resto de los barcos que suponías hundidos por la tempestad. Un horizonte de naves. Te quedas mudo ante semejante milagro.

Merde! Shit! Porca miseria!

El arponero, como muchos otros vecinos y huéspedes de la ciudad portuaria, practicaba el arte de decir las palabras feas en lenguas extranjeras, de tal manera que sonaban con un toque de distinción. Una elegancia arisca.

¿Qué pasó?, preguntó Pombo, ahora en vilo, él que tanto había oído.

Ni una pobre nave. Era la selva decapitada. Pedazos de bosque arrancados a tiras que después en el mar, pasada la furia, se fueron aproximando, entrelazando sus raíces, alzando troncos y copas como mástiles de veleros, con esa voluntad que tiene la naturaleza de tejer tapices con andrajos. Eso suele pasar en todos los naufragios, la fraternidad que tienen los restos. Pero aquello tenía la dimensión del horizonte.

Las enormes manos del arponero ordenaban la geología terrestre sobre las placas tectónicas de la mesa. Dio un tajazo contra la mesa con el canto de la mano derecha y cercenó un trozo del Yucatán, y ese territorio boscoso era lo que avanzaba hacia nosotros, es decir, hacia la nave de la Calma Central.

¿Eso fue antes o después de tener cataratas en los ojos?, dijo finalmente Pombo, incapaz de frenar el aguijón.

¿El qué?

Lo del bosque que se mueve en el mar.

Yo estoy aquí hablando con Hércules. Los demás se callan o dan tabaco.

Rubio portugués, dijo Pombo conciliador, y le extendió un cigarro.

Al principio pensábamos que no, continuó Lens, que eran barcos, una flota entera que venía reunida. Porque además oíamos gritos. Aislados, alejados. No se entendían. A veces parecían hurras de alegría lanzados al viento y, en otros momentos, gritos de angustia y de agonía que llenaban de espanto el mar. Nos fuimos acercando con el corazón en un puño. No, no eran barcos. No era la inmensa flota de los náufragos. Ante ese avance los ojos fueron sustituyendo una ilusión por otra que aún parecía más fantástica. Lo que venía hacia nosotros era la selva. El mar había ido uniendo jirones de bosque, entrelazando florestas a la deriva. Los mástiles que veíamos de lejos resultaron ser grandes árboles, gigantescas caobas. Entonces escuchamos una orquestal carcajada. Una gran risotada estremecedora. Toda aquella naturaleza burlándose de nosotros. Hay que ver el miedo que da la risa cuando no sabes de dónde viene. Hasta que se desentrañó el misterio. Los árboles venían con sus aves. Un vistoso follaje de loros, papagayos y cacatúas de grandes penachos. Alguien gritó: ¡Hay que hacerles caso a los pájaros! Pero ya era tarde. Cuando intentamos maniobrar, el barco estaba rodeado por la selva.

¿Y qué pasó?, preguntó Curtis con ansia.

Que nos engulló. La selva nos tragó.

Eso fue, más o menos, lo que me sucedió a mí con el lobo, intervino Pombo después de la cortesía de un trago.

¿Y a ti qué te pasó, si nunca has salido de este criadero?

Yo vengo de la sierra, de la montaña, y a mucha honra, la puta que las parió, a la sierra y a las montañas. Un día de crudo invierno, con mucha nieve, por lo menos la altura de un hombre de nieve, tuve que hacer de palomo mensajero por la frontera y en un camino me encontré frente a frente con el lobo. Me miró a los ojos. Y yo a él.

Todos permanecían en silencio. Pombo marcaba un tiempo óseo repicando con los nudillos en la barra de la Academia.

¿Y qué pasó?, preguntó por fin Lens.

Me comió.

Pombo ajustó el nudo del pañuelo en el cuello y miró muy artístico al arponero: ¿Qué iba a pasar? ¡Que me comió! Sí, señor, me comió el lobo. Y demoró algo el agujón: Me pasó lo que al barco ese que se lo comió la selva.

Tú no sabes lo que es la calma central, dijo dolido el arponero.

Algunos de los pesqueros de la Dársena conservan los banderines festivos. Desde hace un mes las embarcaciones no se han movido del puerto. No han vuelto a salir al mar. Las sirenas sonaron el día del Carmen. Y poco después, con el golpe militar, volvieron a sonar. Sin descanso. En el desván de la Academia, Curtis pudo ir escuchando la secuencia. Él no podía ver. Oía. Disparos, sirenas. Disparos contra sirenas. Durante algún tiempo los disparos sonaban a balbuceos, como si resbalasen por el pelo graso del eco de las sirenas. Aumentaban los disparos, disminuían las

sirenas. El sonido de las sirenas tenía forma circular, carnosa, lenta, labial. El de los tiros, de rectas que se multiplicaban, que tiraban unas de otras cribando el espacio. Hubo un instante en que sólo se escuchó una sirena. Muy nítida. En largos pitidos. Hubo un silencio de disparos. También parecía que los disparos estaban a la escucha, sorprendidos. Luego, una fuerte descarga. Se pudo oír la agonía del último sonido cribado, a quemarropa. Muchos de los banderines están deshilachados, mordidos. La atmósfera en la que arden los libros está llena de huecos. Está agujereada.

El humo buscaba en dónde sostenerse, por dónde trepar y subir. Curtis notó cuerpo arriba las cosquillas de sus ventosas y sus zarcillos de enredadera. Trepaba por su rostro. Las guías del humo le penetraban por la nariz. Se le colgaban de los ojos. Le sellaban la boca.

El arponero le había contado en otra ocasión cómo una tormenta de arena se comió un paraíso en una noche. Un lugar llamado Tatajuba, en Brasil. Se dio cuenta de que no se lo inventaba, que él había estado allí tal y como decía, por la manera en que daba los detalles. Incluso le hizo un dibujo a lápiz en el mármol de la mesa de la cocina. ¡Qué bien dibujaba América el arponero! El mapa de Europa también le salía bien. En la península Ibérica se paraba mucho con los recovecos de la costa gallega. Pero América, de norte a sur, le salía de un tirón, como una memoria de la mano. Y puso una cruz allí donde el paraíso había desaparecido en una noche, devorado por la arena. Aquí, Tatajuba. Aquí Camusín. Él había ido andando desde Camusín, todo porque le habían dicho que allí estaba el paraíso. De camino durmió en la playa y despertó para ver a una cerda con sus cerditos bañándose en el mar. O quizá estaban comiendo peces. Porque allí los peces se cogían a mano. Rayas, sierras, barbudos, delfines, todos brincando. Ése era el sueño de un pescador gallego. Cerdos que nadasen y peces brincando en el aire. Cuando llegó a Tatajuba era el paraíso, ni más ni menos. Al día siguiente, ya no existía. En una noche lo devoró una tormenta de arena. Y lo que más recordaba de aquella tormenta que enterró el paraíso era aquello que decía el arponero de que la gente había dejado de hablar. Que de repente la arena hacía chirriar los dientes y ahogó las palabras. Fue entonces cuando los hombres y mujeres que trabajaban a destajo, tan decididos, abandonaron.

Curtis no había leído muchos libros. Todos los libros que ardían tenían que ver con él. Eran libros que aún no había leído. Pero aquél, con toda claridad, le pertenecía desde que se aproximara a las hogueras. Por fin, cogió el *Manual popular de la electricidad*.

¡Eh, tú, deja eso en su sitio! El uniformado robusto no le había quitado el ojo de encima y, ahora sí, desenfundó la pistola.

¡Tranquilo, eh!, dijo Samos. Será un panoli buscando tebeos de Tarzán. ¿Quién de ellos va a venir a meterse en la boca del lobo?

Arturo da Silva solía hacer los textos primero a mano. Su caligrafía era curiosa. Muy cuidada, como si el acto de escribir, aunque llamase a la acción o quizá por eso,

fuese incompatible con la prisa. Dado el tamaño de los dedos y la maquinaria pesada de sus manos, debía de ser un gran sacrificio. Y es cierto que Dafonte, Holando, Félix Ramón, Varela, Curtis, Terranova, Marconi, Leica, Seoane, todo el nuevo grupo de jóvenes que se dejaban caer por el ateneo El Resplandor, algunos colaboradores de *Brazo y Cerebro*, procuraban hacerle sitio cuando se instalaba en la mesa para escribir y creaba un territorio con su envergadura, la cabeza muy cerca del papel y todo el cuerpo de la especie humana concentrado en hacer avanzar aquella caravana de palabras como seres de carga que encaraban la adversidad. Al principio el papel tenía la textura de un pedregal o resultaba falso como un suelo fangoso. Unas palabras abrían camino, con esfuerzo, a la manera de rieles, traviesas o pasaderas. Eran los ojos y los pies de las que venían detrás, corriendo.

Lo que le ayudaba era oír una voz, una voz como la de Amil, el maestro de la Escuela Racionalista, en el tirón de los dedos.

Amil, que les hablaba siempre de Heráclito y Parménides. La vida, el transcurrir del universo, todo explicado como un río. Un río que nunca es el mismo, que siempre cambia. Nunca nos bañamos en el mismo río. El río inmutable, el río que es siempre el mismo río. Heráclito y Parménides le resultan tan familiares que se extraña de que nadie se llame así en la ciudad. Están en el *ring*. Heráclito moviéndose sin parar. Parménides como un peñasco.

Nunca nos bañamos en el mismo río, escribió. No era muy original, pero se sentía satisfecho con ese comienzo. Le permitiría hablar del momento histórico, de todo lo que estaba pasando, tomando como referencia la fiesta del río, la jira que preparaban para el 2 de agosto.

La realidad cambia a cada instante y de ella podemos decir lo que Heráclito del río: nunca nos bañamos en el mismo. Tenía mucha razón, pero a Parménides tampoco le faltaba. Éste sostenía que el río era siempre el mismo. La humanidad va como un río. Parece que todo cambia, que todo se mueve, que el progreso conduce la historia. Aunque puede ser una apariencia. Hay partes del río que son aguas muertas, estancadas, sin vida.

Con los brazos creaba un círculo. Y de ese círculo, laboriosamente, iba saliendo el artículo. Cuando lo pasaba a máquina, el cuerpo hacía los movimientos de la escritura.

Lo voy a llamar: *El río de la vida y de la muerte*.

¿Qué río es ése? ¿El Nilo? ¿El Ganges?

No, tonto. El río que pasa por mi aldea.

Escribía en la máquina Ideal con un par de dedos. Encima tenía la bombilla pelada, colgada de un cable trenzado. En el tantear de los dedos sobre las teclas, Curtis no podía dejar de ver los movimientos exploratorios de Arturo dentro del *ring*. Siempre en la punta de los pies, como saltando a la cuerda. Todo el cuerpo estaba ahora al servicio de los dedos que escribían. Se animaban poco a poco. Eh, estaban brincando solos. Cuando las varillas de metal se atascaban, inspiraba hondo. Vivía la

construcción de cada frase en su literalidad, pues al buscar cada letra, y siendo los dedos una prolongación de los ojos, lo que al fin registraba el papel era una primera vez; donde, por ejemplo, ponía «elevación», lo que hacía Arturo con su impulso era ponerle encima, aprovechando al apretar la tecla, todo lo que la palabra pudiese aguantar. Y así, cuando a continuación tuvo que enfrentarse con otra frase, la que tenía por broche, muchas vueltas le había dado, esa que decía: «El río va dentro de nosotros y la vida es un arte de hidrocinesia», ahí se puso un poco nervioso, excitado, porque apretaba a fondo con dedos de zahorí a la busca de un manantial. Encontró un erial duro de cavar, se cruzaron las varillas de las teclas, se atascó el carro.

No hay problema, dijo Dafonte, que era quien mejor entendía la Ideal. Mientras ponía a punto la máquina, leyó el escrito. ¿Qué es eso de hidrocinesia?

Es como leer en el agua. Algo así. Lo encontré en *La Revista Blanca*. Es una idea naturista.

Mejor será que lo expliques.

Asintió con la cabeza al ritmo del dedo índice, que apretaba la tecla de la x e iba tachando el escrito. Al principio le dolió tachar lo que sobraba, pero después apretó con alegría. La x era un zarapito que dejaba sus huellas en la arena. Pensó también en el placer de pisar las huellas de otros, de ocupar el molde cuando vas por la playa. Tachó. Zarapitos. Archibebes. Marítimos chorlitos de curvo pico largo. Pisadas del ave dorada. Huellas pasariformes. La escribana.

Curtis levanta la cabeza del libro. Ya ha memorizado que hay varios tipos de calor. Calor sensible, calor latente y calor específico. Este último es el más importante a efectos técnicos. El calor específico...

A mí no hay Dios que me quite de la cabeza que ése es Hércules el del Papagaio. El pupilo de Arturo da Silva. Claro que es. ¡Me cago en el gato con botas!

Van hacia él, diligentes, formando un cerco.

En aquel silencio, se escuchan unos rodamientos. Todo parece al acecho. Las gaviotas que culminan los pináculos de los tejados y los mástiles. Es un sonido que va a más, rodando por las losas. Curtis, como la cuadrilla falangista, mira hacia el edificio Rey, en Porta Real. Allí están las cariátides de pelo floreado que sostienen, sirviendo de ménsulas, los balcones. Cabezas de mujer que aguantan la casa.

Entonces aparece el caballo. Todo aquel estruendo lo hacía un caballo de madera. El caballo que Leica tenía en el estudio de la calle Nakens. Quien viene delante es su padre, con la cámara de trípode de los fotógrafos ambulantes apoyada en el hombro izquierdo y con su inseparable bastón de bengala en la otra mano. Leica tira del hermoso caballo pinto, que hoy parece un animal natural, emparentado con el paisaje modernista de las cariátides.

¿Cuándo vas a salir con el caballo?, le había preguntado Curtis hacía poco. No entendía cómo lo tenía allí, encerrado en el estudio. Sería una atracción en los jardines del Relleno. El mejor de los caballos de fotógrafo. Y eso que Coruña era una

ciudad de caballos de madera y cartón piedra. Tenía fábrica propia de caballos, en el arranque de la cuesta de Nuestra Señora del Rosario. Pero el caballo Carirí, el caballo que había venido de Cuba, era mucho caballo. ¿Cuándo lo vas a llevar a los jardines?

Nunca. El traerlo de Cuba fue cosa de mi padre. Compró todo en el mismo paquete. Las cámaras y el caballo. Yo pienso que lo que le gustaba era el caballo. Pero yo no voy a ser fotógrafo al instante. Yo voy a hacer fotografía artística. ¿Quieres llevarlo tú?

Una hoja de revista ilustrada se cobijó a los pies de Antonio Vidal el día de su partida, en julio de 1933, en el muelle de La Habana. Aquella hoja volandera, perdida, que llega al extremo del embarcadero, dejándose ir a ras del suelo, a punto de precipitarse en el mar, y que de repente remonta el vuelo, gira en el aire y avanza hacia él como si encontrase un rumbo. Se posó a sus pies, no hizo falta arponearla, pincharla con la punta de su bastón de bengala.

El humo que se eleva en volutas
desde sus labios coquetos.

Sentía que aquel humo no tenía que ver ni con el tabaco ni con una estampa de la vida alegre, sino que era un mensaje en sí mismo, destinado a él, y que del papel subía como una veloz planta trepadora. Pudo leer tan bien porque gran parte de la superficie estaba ocupada por fotos de rostros femeninos. No podía reconocer las caras por separado. Sonreían, pero cada una de ellas era como una cuadrícula con un enigma. Desde esa distancia, y en la posición del hombre que camina teniendo que vencer la resistencia de las piernas, a quien ya empiezan a ver como un reloj atrasado, todas las sonrisas componen una, antes de desaparecer en el bucle que forma el papel abrazando el bastón.

Adiós, Habana.

Ahora, el movimiento de la hoja que va en su busca en Coruña tiene otra inquietud muy distinta. Mayarí sacude la sábana de papel como si quisiese deshacerse de ella. Aunque para él tiene ese hechizo del papel que sale al paso, hoy su mente está concentrada en una misión. Llegar cuanto antes al coche de línea y salvar a su hijo. Su hijo que tira del caballo de madera. Desde que lo vio, siempre ha confiado en ese caballo.

Intenta apartar la sábana de papel, pero ahora es la hoja del periódico la que no quiere soltarse. Trata de envolverlo. Incluso el esfuerzo que Antonio Vidal hace para apartarla, el movimiento en aspa del brazo, la bofetada de revés, parece que irrita más a la gran sábana de papel que se le pega, que se le ciñe con esa inquietud atropellada que se tiene cuando se huye sin conocer un rumbo. Así que tiene que detenerse. Posar la cámara.

Ven aquí, le dice al papel. Estate quieto. Con lo grande que es el mundo, ¿no tenías otro sitio adonde ir?

Una foto. Le llama la atención porque es la única foto y el escenario muy real. Parece tomada desde el lugar donde él mismo está. Y lo que se ve en el fondo de la foto del periódico es también lo que él puede ver. Las hogueras. Los libros ardiendo, pero también los tipos que los queman, haciendo el saludo fascista. Ahora entiende por qué la hoja se ha abrazado a él. Viene huyendo de las llamas.

¡Eh, tú, fotógrafo!

A la vista de las cámaras y el caballo, todos parecieron perder el interés por el muchacho de la hoguera.

Hércules, por su parte, tenía otro centro de atención.

Sí, juraría que era él, Terranova, con las manos en los bolsillos. Ahora las saca y se lleva los dedos a la boca. Por Dios, que no grite, que no se descubra. ¿Qué hace? Está silbando, haciendo un pito con los dedos. Sí, sólo podía ser él. El silbido vuelve a llamar la atención de los falangistas, los pone en guardia, escudriñan entre las nubes de humo para ver al provocador. ¿Qué está haciendo ese loco? Ahora les pone los cuernos al estilo artístico de Lucho, el costurero de los trajes de andaluza. Esa aparición, ese silbido, el gesto ornamental de los cuernos, tiene el efecto de trastornarlo todo. Curtis da unos pasos atrás y luego hace una maniobra sorprendente. Toma impulso, salta la hoguera más grande y huye por el pasillo abierto en el vacío.

¿Tienes tú mi billete?, grita Terranova.

¡Corre! Están disparando.

Huyen por el callejón de Luchana, luego por Rego de Auga, por el callejón del Ángel, por la calle Florida. Si llegan a la plaza de los Huevos estarán a salvo. Curtis tiene en la cabeza un escondite. La huerta de la colchonería. Es verano. Estará todo cubierto de lana para ahuecar.

¿A quién le están disparando?

¡A nosotros!

Estos cabrones no saben aguantar una broma.

A aquellos dos no los cazaron. Se evaporaron pasada la plaza de los Huevos. ¡Total! Tanto ruido para dos payasos. El grandullón ese al que tanto le gusta mandar, que le vale cualquier cosa. Tiene el gatillo fácil. Y el puñal. El listo es el que va para juez, pero es un poco blandengue comparado con el otro. Siempre de centinela, el grandullón. Vete tú a saber lo que irá a hacer esta noche, con la vocación que tiene. Porque lo de esta noche va a ser terrible. Ya se huele. Dicen que tienen a Huici, el inventor del chaleco de colores, en el cuartel de Falange. Pero lo que he oído decir es que esta noche van a por la mujer del último gobernador republicano. Van a por la bibliotecaria Juana Capdevielle. A él lo fusilaron el 25 de julio y a ella ya le han mandado también las moscas de la muerte. Ha perdido un hijo que llevaba en su vientre. Y esta noche le toca. Van con ganas de matarla varias veces. Es algo que tiene que venir de arriba, de lo que llaman Tribunal Invisible, de la propia delegación

de Orden Público, que preside el señor González Vallés. Esta tarde la hija del señor Vallés será la madrina del partido de fútbol amistoso que se jugará en Riazor entre un equipo falangista y otro de tripulantes del barco de guerra del Reich. A la bibliotecaria irán a matarla de madrugada. A él, al Paralelepípedo, esta noche no le toca salir de caza. Va a intentar escabullirse. Librarse de esos trabajos. Ya le dio de comer al río, en el puente de la Castellana. Sí, va a escabullirse. Como ahora. Aprovechó que los otros andaban empeñados en hacerse las fotos. Ya salieron en los dos periódicos sus imágenes haciendo el saludo romano ante las hogueras. Pues ahora querían otras fotos. Y el que va para juez, Samos, dijo, por el viejo del sombrero de paja fina y el mozo con el caballo de madera: ¡Dejemos que se vayan! Son como de la familia. ¡Aún le voy a pedir la mano de su hija, señor Vidal! Estaba muy entretenido, ya se veía que tenía mucho en que pensar. El caso es que el Paralelepípedo pudo por fin meterse el libro debajo de la camisa azul, con mucho disimulo. Y se fue sin despedirse, por la sombra, por los pasillos del humo, mientras ellos se ponían firmes, orgullosos ante las hogueras. Qué lástima no tener una bibliotecaria a mano, alguien a quien preguntarle por el valor del libro este del Valiente de Finisterre. Sería mejor guardarlo por algún tiempo en el arcón. No decírselo a nadie. Samos ha comentado que tiene mucho valor. Culto será, pero buscar, lo que se dice buscar, no es que lo haya buscado mucho. Para encontrar lo que uno quiere hay que ensuciarse las manos. Ahora era suyo. La emoción del que rapiña. La emoción de leer: *A Antonio de la Trava, el Valiente de Finisterre*.

El Paralelepípedo iba caminando por el muelle de Occidente. Vivía por la zona de las huertas de Garás. Se miró las manos. Estaban tiznadas. Iba alegre, satisfecho, con el botín. Ya era hora de que se hiciese con algo de valor. Los bolsillos de los muertos ni aire llevan. Ese libro, por el ansia de Samos, el culto, debe de valer un potosí.

Fue entonces cuando sintió un zarpazo en el hombro que le hizo tambalearse. Una garra que nada tenía que ver ni con el saludo ni con la amistad. Conocía el efecto de ese impacto por sorpresa. La intimidación. Él mismo era ahora un experto en ese impacto sorpresivo en la nuca, que aterrorizaba a los pobres diablos que iban por la sombra intentando librarse del saludo fascista. Ahora apretaba fuertemente con el codo el Nuevo Testamento, oculto bajo la camisa, y eso le inmovilizaba un brazo. Giró. Ren, el grandullón, lo agarró por los hombros. Sus manos eran zarpas herradas. Lo desarmó.

¿Qué llevas ahí, Paralelepípedo?

Una novela, camarada. Una de esas francesas. Para leer en el excusado.

Va a ser mejor que la lea yo primero. Déjamela ver.

El entierro de los libros

Tú. ¿Yo? Y tú también. Diez hombres, a dedo. Con rastrillos. Y palas. ¿Con los rastrillos? Era agosto, pero a mí no me extrañaría que estuviesen cayendo las hojas de los árboles. Eso fue lo primero que hice. Cuando entramos en el Cantón, a la derecha, miré a ver si aquella haya tenía hojas. Estaba hermosa, en sazón, como el busto que tiene debajo, el del poeta señor Pondal. Quiero decir, también el busto estaba en sazón, con esa vejez oscura que tienen los hombres barbudos y de mármol blanco. Si hay que recoger hojas, pues que sean de haya. De esa haya. Pero el camión siguió adelante con una velocidad impropia. Aunque todos los hombres que llevaba en la caja del remolque fuésemos desafectos, la velocidad era impropia. Bien que se lo oímos a quien trajo la orden. Que escogiese entre los desafectos. Estábamos allí los operarios de parques y jardines, y el nuevo encargado señaló diez. Tú, tú, tú, así hasta diez. Aquel dedo picaba como un tábano. Sea lo que sea, ¿a quién le gusta que así, de repente, lo nombren desafecto? Porque hace unos días, hace nada, no había desafectos. Quiero decir, yo no conocía esa marca. Si tuviera que presentarme ante el mundo no empezaría por ahí: Señores, me llamo Francisco Crecente, Polca para los amigos, jardinero municipal, especialista en podar palmeras, y soy un desafecto. Era como si te saliese un edema que antes no se veía. O un tic. Él iba diciendo con el dedo indicador: ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! Y nosotros, con el mismo gesto reflejo de llevarnos la mano al yo: ¿Yo? ¿Yo? ¿Yo? Eso. Como ticosos que no éramos. Meneándonos en el camión, los desafectos, agarrados a los rastrillos, más que agarrados, afectos a los rastrillos, que tienen esa hechura solidaria de herramientas que enraízan incluso en el bascular violento de un remolque. El camión ya había ido adquiriendo esa forma arisca, ese morro de la maquinaria pesada que se siente liberada de los escrúpulos. Y detrás, en la moto sidecar, el uniformado que trajo la orden y el nuevo encargado que la ejecutó. Nosotros, los del tic, los desafectos, bailando para ellos. Emparejados con los rastrillos. Estremil sacó la cabeza fuera del remolque, hacia el rumbo que llevábamos, y luego quiso explicar algo, algo importante, pero no se le entendió porque era como ir al trote en un caballo, que los dientes cortan las palabras.

¿Qué?

El camión giró con brusquedad. Chirriaron las ruedas. Frenó de golpe.

Estábamos junto al puerto y había oscurecido con una niebla baja y sucia. Ahora entendía la conducción de aquel chiflado y el vacío desalentador que se nos había ido formando en las tripas. No habíamos viajado en horizontal, sino cayendo. Ahora oía a Estremil, el eco entero de lo que Estremil había dicho entrecortado por el meneo. Era una maldición. Me cago en la boca del infierno.

¡Abajo!

El suelo echaba humo. Era un humo espeso, pegajoso, que más que marcharse parecía volver. Andaba resentido alrededor de los rescoldos de las hogueras. Era un humo que te venía detrás, en vez de desvanecerse, siguiendo el rastro que dejaban los

dientes del rastrillo. Porque no supimos a qué nos llevaban hasta que estuvimos allí, en medio de la explanada de la Dársena, rastrillando y cargando las cenizas y los restos humeantes de los libros. Y algunos de los que los habían quemado andaban todavía rondando por allí, rebuscando entre los montones, golpeando con la puntera los huesos de los libros. Con ese gesto me acordé de la primera estampa que tenía de la muerte. No la primera vez que había visto un muerto, que eso fue de muy crío y no me había dado miedo porque era uno de mis abuelos y parecía estar en paz, acunado por los rezos de las mujeres, con los brazos por fuera del embozo y las manos posadas una encima de la otra, como si tuviese la muerte allí, presa entre sus manos; sino la primera vez que vi la muerte en aquella otra estampa, sin ser en un muerto, desencajada. ¿Qué sucedió? Una pelea entre dos hombres después de una fiesta. Se llevaban mal, pero esa noche, curiosamente, estuvieron bebiendo juntos como amigos de toda la vida. Recuerdo que mi padre había interpretado eso como un presagio. Después estaba dolido, por haber acertado: Si el presagio es malo no lo digas, hijo, porque las palabras sucumben a lo que dicen. El caso es que alguien nos despertó por la mañana temprano con la noticia. Uno de ellos estaba malherido y el otro muerto. Habían ido a pelearse al crucero. Los chavales corrimos al lugar. Alguien había cubierto piadosamente el cadáver con una sábana, a la espera de que llegase un juez. Así que sólo veíamos el bulto. Una mujer nos mandó marcharnos con acritud. Nos llamó moscas de la muerte. Parecéis moscas al acecho. Habría que espantaros como a las moscas. Me acuerdo de que eso también me había impresionado, de que había algo, en ese instante, de exactitud en aquel apodo. Así que yo ya me iba a ir, pero entonces apareció a caballo uno de los hermanos del muerto. Bajó y sin soltar las bridas se acercó al bulto. Calzaba botas con espuelas, y tenía un gran y espeso bigote rubio, como una brazada de paja sobre la boca. A nosotros no nos prestó ninguna atención. Con la puntera de la bota separó la sábana hasta descubrir la cabeza del difunto. Entonces fue cuando vi por vez primera lo que era el espanto de la muerte, una muerte fuera del muerto, sin sentido, aturdida. Tal vez esa impresión tuvo que ver con lo que dijo el hermano. Sí, fue el hermano, y dijo con voz de reproche: Te ha llegado la hora de dormir fuera.

El que rebuscaba con la puntera entre los libros mal quemados tenía una voz resinosa. Se le había metido en la garganta algo de humo. Al no encontrar lo que buscaba, el golpe de la puntera de la bota levantaba pellejos de ceniza. Éste era quien daba órdenes de vez en cuando para apremiar el trabajo. Y avisó: Si veis algún libro en el que ponga El Nuevo Testamento o Las Sagradas Escrituras o algo así, me lo pasáis a mí, ¿entendido? No importa que esté estropeado, churrascado. Da igual. ¡Me lo pasáis a mí! Y eso que dijo, de malos modos, aún hizo más pesaroso el trabajo, como si nos echase encima una parte de culpa. Ojalá no hubiese dicho nada. Ahora todo tenía un cariz sagrado. Incluso el humo pesaba en las palas. Si éstos, que andaban con el Corazón de Jesús de detentebala, habían quemado incluso Sagradas Escrituras, mi padre tenía toda la razón: Mejor no hacer profecías de lo que se nos

viene encima. Todo lo que había ardido andaría por allí, en aquel humo sonámbulo. Pensé en la mujer del gobernador, en la bibliotecaria. La víspera había aparecido muerta en un monte, al borde de la carretera que va a Lugo, violada, acribillada a tiros. Andaba descalza sobre las brasas, toda la piel tiznada, desnuda e insomne entre aquellos montones de noche.

Había mucha limpieza que hacer. Y otro tanto en la plaza de María Pita. Muchos libros quemados. Algo habíamos oído nosotros de que andaban quemando libros en la orilla del mar. Ya habían hecho alguna que otra quema en los primeros días del golpe. Pero esto era diferente. Bibliotecas enteras ahí quemadas. Excepto la voz resinosa del que mandaba, repetida como un eco por el nuevo encargado, el único sonido era el de los rastrillos rascando con sus dientes y luego las palas cargando el camión.

El mando apuraba con la voz. Pero aquello no se podía hacer de cualquier manera, a lo bruto. Cada trabajo requiere su ritmo, y ninguno de nosotros recordaba haber cargado restos de libros quemados. Las herramientas tampoco. Ellas y nosotros estábamos acostumbrados a recoger las hojas caídas, al olor de las cenizas de otoño, que le daban a la ciudad un aroma medicinal. Más que de humo habría que hablar de eso, de un aroma. Era una naturaleza a la que le había llegado su tiempo. En cambio, lo que hoy ardía era el tiempo. En eso sí que reparé. No dije nada, pero lo pensé. Estremil, compañero, arde el tiempo. No las horas, ni los días, ni los años. El tiempo. Todos los libros que no he leído, Estremil, están ardiendo. Porque él sí leía. Era de esos operarios que se paraban a leer, con esa manera que tienen los operarios cuando se paran a leer, a conciencia. Todo lo que hacía Estremil lo hacía a conciencia. Seguro que algunos de los libros que él había leído estaban allí, entre las cenizas que arrastraban los rastrillos, en las paladas que iban llenando el camión.

Fui a cargar con la pala. Había láminas de ceniza que aún conservaban la forma de las hojas y la negra sombra de las líneas impresas. Algunas de esas láminas no habían ardido del todo. El fuego había trazado un cerco, dejando pequeños trozos de papel intactos. Los dedos se me fueron hacia una de esas obleas que temblequeaban en la superficie de la primera pala.

Mira, Estremil: *una gota de sangre de pato.*

¿Qué dices? Estás loco. Tú todo te lo tomas a broma.

Se lo quise dar. Se lo di. Al desprenderse la lámina, el pedazo de papel no era más grande que el ala de una sámara.

De las hojas caídas decía Estremil cuando me enseñó el oficio: No te mates yendo detrás de ellas, ya vendrán junto a ti. Parece que van errantes, pero tienen un rumbo. Fíjate. Hay una inclinación en el remolino. Tú prepara bien el montón, busca bien el sitio y luego dales tiempo. Ya se irán acercando solas. Me hablaba con ironía, probándome, me di cuenta por el reír de sus ojos, pero también le encontré un sentido a lo que decía. De eso ya hacía algún tiempo. Ahora Estremil callaba, incómodo. Mejor sería decir que apretaba los dientes. Era lo que hacía yo. Así no chocan unos

con otros. Porque a mí ese día me pasó lo que nunca me había sucedido. Que el meneo del camión se me quedó en el cuerpo. No se me fue. Los dientes me castañeteaban sin querer. Y yo escuchaba ese sonido, el de los dientes, percutiendo hacia dentro, por detrás de los ojos. Tal vez a Estremil le pasaba lo que a mí. Que al apretar los dientes aguantaba mejor con todo el cuerpo y se concentraba en el pulso para que no le temblase la herramienta, para no derramar la ceniza, los lomos y puntas de piel tostada, las resistencias nerviosas de los bramantes, las astillas óseas del papel contraído. Los restos de los libros.

El hombre invisible

Cuando Curtis va por el Cantón, ve ya con toda claridad las nubes cenicientas, espesas, terrosas, como el vaho del rescoldo del fuego rumiante, que forman las humaredas de la Dársena. Cubierto también el cielo hacia la parte de María Pita. Sabe que ya no podrá dar marcha atrás. Tiene que seguir adelante para verlo con sus propios ojos.

Mira el reloj en lo alto del Obelisco. Recuerda: ¡Su majestad, la Hora! Pero parece que lleva ahí desde siempre, que las agujas no han completado aún la vuelta a la esfera, que marca siglos. Sada tenía razón. Debería ser un reloj de cuco. Si ahora saliese un cuco, pensó Curtis, quizá todo sería distinto. Alzaría la frente de los que caminan inquietos, contando interrogantes en las losas del suelo como quien pone sus pasos en cuadrículas de ajedrez. Tal vez descompondría el andar marcial de otros, que trazan una línea recta. Quizá el cuco detendría por un instante al joven uniformado con ese gorro de cresta colorada que parece galopar sobre las ancas de una línea recta.

Tuvo la impresión de verlo a él, a Sada, cuando pasó por la plaza de Pontevedra, y allí donde estaban empezando a formar las tropas de reclutamiento. El ejército golpista se había impuesto en la ciudad y dominaba Galicia, que iba a ser uno de los territorios de retaguardia para lo que los sublevados denominaban la «nueva reconquista de España». Sí, le pareció que Sada estaba allí. Tan alto, le resultaba difícil pasar desapercibido. Le pareció también que había otros rostros conocidos, aunque en aquellos días no sólo había cambiado el humor, sino el rostro de las gentes, su presencia, sus rasgos físicos. Eso era algo de lo que más le asombraba en su recorrido. Una especie de invierno se apoderaba de la estación del verano. Él ya había visto, desde la claraboya, la desolación de la playa de Riazor. Fue esa visión, la de la playa urbana desierta en verano, un hermoso día de sol, la que le metió miedo. El miedo lo fue a visitar. Lo desconocía. Había días en que lo único que parecía salir de la concha de la ciudad era el Hombre sin Cabeza, allí sentado en el rompeolas con un libro en el regazo. Cuando se decidió a salir por la claraboya, cuando burló la vigilancia de su madre y de todas las tías de la Academia de Baile, descubrió que habían transcurrido años en días. Habían desaparecido peinados, se habían oscurecido colores, se habían alargado faldas y vestidos. Había cambiado la forma de mirar. De caminar.

Se dio cuenta de que había cosas y personas que pedían no ser nombradas. Quedar exentas de las palabras. Por eso evitó escudriñar más entre los soldados. Sabía que no debía hacerlo. Por el bien de él, por el bien de ellos.

Si le preguntasen quién era Sada, diría: No sé, no lo veo. Y Sada lo llamaría aparte: ¿De verdad no se me ve, Curtis? ¡Alabado sea Dios, viva el Paragüero del Universo!

Si quieres salvarte, hazte invisible.

Quien se lo dijo, rotundo, fue un hombre muy bien informado. Un oficial jurídico de la Marina, que admiraba su pintura y tenía un cierto sentido del humor: Me gusta sobre todo cómo pinta los equinodermos y los gasterópodos. Oiga, un respeto, le había dicho Sada, yo no insulto a ninguna criatura. Sí, tuvo ese detalle de avisarlo. A él, al marino, no le gustaba la guerra. Sólo estaba interesado en el estudio de la primera circunnavegación. En la de Magallanes y Elcano y lo que él llamaba el enigma del tercer nombre. A él le gustaría corresponder justo en ese instante y hacerse, sin más, invisible.

Pero Sada, al tanto de la teoría del realismo mágico en el arte, desarrollada por Franz Roh, no sabía cómo hacerse invisible. Era demasiado grande para el escapismo. Tenía amigos magos a los que no podía ayudar en los ensayos ni en las actuaciones porque resultaba herido por todas las espadas, serrado por todas las sierras y, en el número de la desaparición, cuando el mago anunciaba que se había desvanecido, que ya no estaba, allí aparecía él estropeando el espectáculo, como un torpe corpachón incapaz de convertirse en espíritu.

El informador fue claro. Estaba en la lista. Tarde o temprano irían a matarlo. Ser invisible era hacerse soldado, ingresar en el ejército vencedor e ir a la guerra.

Nada más aparecer en combate en el frente de Asturias, nada más asomar con parsimonia su enorme cuerpo en una trinchera, a Sada le pegaron tres tiros. Cualquiera diría que se los había buscado adrede. Pero sus compañeros les contaron a los jefes que le habían oído hablar todo el tiempo de su ser invisible. Se tenía por un hombre invisible. Y ése era el apodo que le habían puesto: el Invisible. Hubo un compañero que calló. Uno al que la víspera le había contado la historia del niño y el matador.

En la *pittura* metafísica o en el realismo mágico, también allí, el torero cojo corría tras él. Lo señalaba con su bastón: Ahí, ése, ése, el invisible.

Voy a mirar quién anda ahí

Están matando a todos sus amigos. Uno por uno. Hay que mandarlos a un lugar seguro.

¿Seguro? ¿Dónde hay un lugar seguro?

La tierra de lobos. Ése es hoy el lugar más seguro.

Cuando Pombo hablaba de tierra de lobos, sabía de qué hablaba.

En la cabaña de pastores, Curtis había colgado de la viga un saco lleno de arena del río. Saco de estopa que a cada golpe desprende un polvillo brillante. Terranova lo animaba con aquel estribillo: ¡*Yamba, yambó, yambambé!* Otras veces se ponía melancólico, enajenado, y seguía hipnotizado el bamboleo del saco. Eso era una novedad, lo de verlo varado en la estación de la tristeza, pues pensaba que en su mente tenía un resorte que lo defendía de la nostalgia. Al saco le cantaba: ¡*Ya Matamoros no sirve pa' ná!*

La cabaña, bajo la techumbre de colmo, tenía como un segundo techo de grandes telas de araña, de un tejido espeso, no resistente como la estopa pero de más calidad en la hechura, como un gran dosel. No hay arañas, dijo una noche Terranova a la luz de un candil. ¿Has visto alguna araña? ¿Quién hace esas telas, Curtis? Tienen que ser arañas incansables, pero no se ve ninguna. Algún día nos envolverán y se nos comerán. Antes tenemos que comérmolas nosotros a ellas. ¿Te acuerdas de lo que decía Holando de aquel astrónomo francés que sólo comía arañas? Son las recaderas del tiempo. No las vemos porque están hilando con nuestros ojos, con las hilachas de la luz. Si nos las comemos, puede ser que veamos las estrellas. Si no, se nos comerán ellas. O los murciélagos.

Yo debería estar comiendo alondras en paté, como el solista del coro de una catedral francesa. Ya lo dijo Picadillo: A los cantantes, señores, empanada de ruiseñores.

Éste desvaría. Se le han metido las arañas en la cabeza, pensó Curtis. Salió de la cabaña. Iba a hacerle un regalo. Levantarle la paletilla. Él sabía dónde había comida. En el peto de ánimas, allá, en el cruce. Había un relieve de piedra, con una representación de prelados y pontífices entre las llamas del purgatorio. Y un santo con una balanza de pesar las almas, sería San Miguel, del que había oído hablar en la cocina de la Academia de Baile, a su madre y a María Belida. Eso de pesar las almas sería en el Juicio Final. ¿Cuánto pesaría un alma buena? Tendría que ser una báscula de precisión, dijo Milagres, como la que usan en la calle de la Galera para las especias. Y añadió: Las almas deben de ser como el azafrán. Un gramo vale una fortuna.

En el nicho, detrás de las lamparillas de mariposa que ardían flotando en aceite, entre flores, estaba el regalo. ¡Qué más les daba a los difuntos! Terranova también era un ánima. También necesitaba una ofrenda. Lo importante era que se animase a cantar. Le daba igual lo que fuese. Lo que quería era que cantase. Que nunca dejase

de cantar o de hacer de estrafalario entrenador mientras él golpeaba con los puños el saco de arena. El saco del tiempo.

¡Yamba, yambó, yambambé!

Encontró comida, sí. Más que otras veces. Rachas de viento arenoso y furtivo recorrían los campos de heno los últimos días de agosto. El invierno podía ser larguísimo, comerse el otoño y la primavera. Con cautela, procurando ver con los ojos de la nuca, rebuscó en el nicho de las ánimas y encontró, además de víveres, aquel tesoro inesperado. La botella de coñac y un mazo de media docena de farias, sabiamente envueltos en una berza atada con trenzado de heno. Olfateó el tabaco dentro de la col, aquel rudo y precioso paquete, y la mezcla le pareció un aroma fuerte y evocador, a él, que no fumaba, o quizá por eso, como el del pasillo que llevaba desde la sala de la Academia de Baile hasta la cocina donde Milagres mantenía a todas horas la fábrica de sabores y olores, con el fondo humilde y cautivador del vaho del caldo, visible como un aire de familia. A veces le parecía que no. Que la niña de los periquitos, de Panadeiras 12, nunca había entrado en aquella cocina. Pero era la imagen de un plato de caldo de berza, el ansia con que se lo está comiendo, lo que le daba verosimilitud al recuerdo. La risa de Milagres, una risa de satisfacción popular al ver la alegría del comer, un comer de hambre, de la niña rica, la hija del hombre culto que ella admira, llegada por sorpresa desde el otro lado de la frontera del barrio. Sí, será verdad. ¿No oyes cómo la están llamando, Vitola, María, Vitoliña, pensando que está escondida en el jardín?

Mira cómo come, dice con orgullo Milagres. Lo dice también con placer: ¡Qué hambre tenía, la pobre!

No, responde ella. No tenía hambre. Es por el olor de las berzas. Desde pequeña me volvía loca por comer este olor.

Así que era eso. El viaje del aroma que cocinaba Milagres, atravesando la frontera entre las dos ciudades.

Él no fumaba, pero Terranova sí. Le gustaban los habanos, a pesar del poco pecho que tenía. A veces eran parte de su salario en especies, de sus negocios portuarios. El coñac lo bebía, cuando podía, antes de cantar. Dos copichuelas mejor que una para aclarar la voz. ¿Quién le iba a decir hoy, en el remoto Xurés, de pastor en una cabaña del monte, que tendría buen tabaco y coñac, además de comida para hartar?

Desenvolvió los cigarros y gozó el aroma. Echó un trago de coñac. Lo miró con ojos teatrales: Ahora ya sé quién eres, Curtis, después de tantos años. ¡El capo de la mafia de las ánimas! ¡Qué callado te lo tenías, hermano! Siempre a tu servicio. Seré lo que tú quieras. Tu mayordomo. Tu sirviente. Tu pastor. ¡Oh, capitán de ánimas!

Estaba cambiando el tiempo. Una mañana los vencejos dejaron de dibujar trazos en el cielo. Curtis aplastó detrás de la oreja un tábano de picadura enfurecida y ya no volvió a sentir otro. Las cigarras callaron de repente y retumbaron los montes. Guardaron el ganado en los cercados.

Al rato, mientras comían la chacina del tesoro de las ánimas, llamaron a la puerta de la cabaña, como un frágil eco de los nudillos del trueno.

Eran las tres costureras con sus máquinas de coser en la cabeza. Las habían visto otras veces, siempre de paso. Iban de aldea en aldea. Cada una, en la cabeza, su pequeña Singer. Paraban un tiempo en cada lugar, según los encargos. Además de cama y comida, tenían un jornal en dinero o en especies.

La pequeña y la más viva se llamaba Silvia.

Dejadnos entrar. Los relámpagos vienen tras las máquinas. Centellean en la cabeza. Está lloviendo a mares.

Ellas sabían bien que en esa época el Atlántico subía hasta la sierra. A través de docenas y docenas de kilómetros tierra adentro, las nubes llegaban con el vientre lleno de mar. Por eso ellas traían sombrerillos de musgo de Irlanda en los cabellos y un aroma a sal.

Terranova pasa la mano por el lomo de una Singer. Yo también sé coser, dice. Me enseñó Lucho, uno de Monte Alto. Tenía un teatrillo y se vestía de andaluza. Por las noches cosía sus trajes de lunares. Tenía un hermano muy machote que no le dejaba. Este hermano era estibador. Y entonces Lucho cosía por las noches el traje de andaluza, cuando su hermano estaba en el muelle. Cosía bien Lucho. Yo no tan bien.

Las costureras lo miraban con suspicacia. Quizá se estaba riendo de ellas.

Lo que mejor me enseñó Lucho fue a hacer la higa y poner los cuernos. Él ponía muy bien los cuernos. Bajaba por la calle de la Independencia y las vecinas salían a propósito a mirar para que él les hiciese el gesto artístico de la cofradía de San Cornelio. Era quien mejor ponía los cuernos en toda Coruña.

Mirad.

Entonces sí que las hizo reír.

Nunca habían visto poner los cuernos de esa manera, con las manos montadas en las nalgas, al revés, y los dedos descarados, obscenos, bailarines.

Las invitan a comer. Silvia ahora se pone seria y se adelanta. Parece hablar en nombre de las tres. No, no quieren. No tienen hambre. Ya han comido.

Entonces hay que montar un baile, dice Terranova. Está alegre, repuesto. Yo canto. Vosotras bailad con él, se puede decir en confianza, con el mismísimo Hércules. Rosas místicas, tenéis la oportunidad de bailar con un príncipe del Un-deux-trois, en gira ocasional por la sierra. El baile agarrado, la perdición de España, sin miradas indiscretas.

*La luz que en tus ojos arde
si los abres amanece,
cuando los cierras parece
que va cayendo la tarde...*

Cuando le toca a Silvia, ella se le arrima mucho, se le abraza. Las otras dos se

ríen, hacen que no miran. Terranova bromea: ¡Sin quemarse! Cambia de pieza: *¿Qué te importa que te ame si tú no me quieres ya?* Silvia habla con Curtis. Le dice al oído, en bajito: No se te ocurra volver a tocar los víveres de las ánimas.

Él pone cara de extrañeza. Por qué.

No son para los muertos, que son para mi padre. ¿Entiendes? El hambre de mi padre no es el de las ánimas. Es el hambre de un huido hambriento. ¿Entiendes o no?

Claro que entendía. Terranova siempre decía que por allí andaba un Invisible. Un exhombre. Debía de habitar en el robledal de Barxas. En el ojo del agua. Los árboles tenían barbas larguísimas, de siglos. Y el Invisible también.

Una vez pasaron unos guardias junto a la cabaña. Encapotados. Los cañones de las armas por delante. Se veía que iban con prisa, pero preguntaron. Y entonces Terranova les soltó una parrafada. Que venían del otro lado de la raya, portugueses, contratados como pastores, ofrecidos de niños a Nossa Senhora da Peneda, la escalera de piedra más alta del mundo, etcétera. Curtis estaba maravillado por la habilidad con los acentos de Terranova, cómo saboreaba el paliqueo en el paladar.

¿Y a ése le han comido la lengua?

No habla. Le llaman Hércules. Mucho cuerpo y nada de sesera.

Mejor para él, dijo el cabo. ¿Habéis visto a alguien por aquí?

Ni un alma.

Si alguien viene a pedir, no le deis nada, ni pan ni agua.

¿Aunque sea un cristiano?

No es ningún mendigo. Es un huido. Un bandolero. Un rojo. De la estirpe de aquel de Anamán que gritaba que el pobre no tiene y el rico no da.

¿Y nosotros eso cómo lo sabemos?

Porque no sabe maldecir. ¿Dónde habéis visto a un cristiano que no sepa maldecir?

Cambio de pareja, dice ahora Terranova. ¡Baile de oído!

Si ves a tu padre, dile que cuando no le den limosna tiene que maldecir de verdad. Ser un blasfemo. Le siguen la pista porque habla bien. Las palabras son las huellas que más se ven.

Es que él no cree. Por eso no blasfema. Cuando se cabrea mucho, el insulto más terrible que suelta es «papista».

Yo podría enseñarle. Que diga: Me escarbo los dientes con el palo de la Santa Cruz. Le haré una lista y se la dejaré en el peto de las ánimas. Yo fui mucho a la escuela. Mi madre era una santa. Que pida como un sacristán y que maldiga cuando no le den. En las ánimas creará, ¿o no? Dicen que si te encuentras con un ánima hay que hacerle el requerimiento: Si eres alma del otro mundo, di lo que pides. Mi madre y la de Curtis andan siempre en tratos con las almas, y eso es por preguntarles qué quieren. Lo mejor es despacharlas como hacen los curas, sin miramientos: ¡Alma cristiana, venga para el Cielo!

Cuando pasó la tormenta, las costureras se pusieron las máquinas encima de la cabeza y les pidieron a Curtis y a Terranova que las acompañasen un trecho.

Vamos hacia Barroso, dijo Silvia. Añadió enigmática: ¡Venid con nosotras a ver volar las cabras!

Hay más gente loca en este mundo que en el de los espíritus, dijo Terranova. Pues adelante.

Y cuando ya llevaban horas, Terranova: ¿Dónde vuelan las cabras?

Falta poco.

A punto de anochecer, en esa hora crepuscular. Estaban al borde de un acantilado de tierra adentro. Ante ellos se extendía un gran barrizal que respiraba nubes y el paisaje ofrecía la certeza de estar en un umbral. Y entonces se escucharon los balidos que caían del cielo. Aquellos sonidos estremecedores iban dibujando trazos, escribían acrobacias de dos en dos. Balidos que se emparejaban en un dibujo serpenteante.

Son becadas, dijo Silvia. Aquí las llaman cabras.

Nunca he visto a ningún ave hacer ese sonido.

No es con la garganta, dijo la costurera. Es con las plumas. Toda esa música la hacen con el cuerpo y con el viento.

¡Más alto!, gritó Curtis. ¡Más alto!

¡Sabe hablar!, exclamó Silvia sorprendida.

Según el día, dijo Terranova. Sólo cuando se emociona.

El tiempo cambió de un día para otro. Ya no era una tormenta de verano. Las nubes venían cargadas de piedra y de un mar oscuro. Chirriaban brutales, aplastantes, con un engranaje adulto, sin el artificio de las tormentas de verano, pensadas para todos los públicos. Había que ir preparándose para volver. A mediados de septiembre regresarían con el ganado a la aldea de la raya fronteriza. Aún tendrían tiempo de hacer una escapada a la romería de la Aclamadoira, la Virgen que no calla, toda la noche la música atronando por la sierra. Y después volver a sumergirse en el sótano de la casa de Salgueiros, en la casa del Hombre de Piedra y de la Mujer del Rosario de Cuentas Negras, a hacer cestos con ramas de castaño. Les había enseñado el Hombre de Piedra. La aldea era buena en ese oficio y la mercancía se vendía por las ferias de la raya. Ése era el trato. En el verano pastores en la sierra y en el invierno cesteros ocultos en la penumbra. ¿Por qué le llamaban el Hombre de Piedra? Porque era de piedra. A veces se movía, se metía la uña en la nariz y sacaba sombrerillos, esas hierbas que llaman ombligos de Venus, como los que enraízan en la juntura de las piedras, al borde del tejado. Eso era lo que decía Terranova para hacer reír a Curtis. Que el Hombre de Piedra tenía sombrerillos en la nariz y en las orejas y en todas las cavidades de su cuerpo. El caso es que son buena gente. No sabemos lo que piensan, pero sí lo que hacen. Han cumplido el trato. Nos han dado refugio. Nunca han preguntado nada. ¿Cuánto tiempo hace ya, Curtis?

Terranova había estado rondando por la estación aquel 2 de agosto, el día previsto

para la salida del tren especial hacia los Caneiros. Esperando a Curtis. Estaba seguro de que acudiría, porque Curtis tenía su billete. Días antes, en la boca de la noche, había pasado por la Academia. Pombo entreabrió la puerta y le dijo que allí no había nadie, ni Curtis ni nadie, que él mismo no existía, y que lo que Terranova tenía que hacer era encerrarse en casa de su madre y no andar por ahí, que era como si llevase un cencerro al cuello. Cuando se acercó a la estación, no llegó a entrar. Estaba muy vigilada. Miró entre las tablas de la valla, desde la Gaiteira. Todos los trenes estaban parados y aquel silencio de las máquinas le pareció un silencio redoblado. El tren de los Caneiros nunca llegó a salir. Se convirtió en una locomotora fantasma. Cuando se pusieron de nuevo en marcha, todos los convoyes partían desde entonces, de una manera o de otra, en dirección a la guerra. Cualquiera que conociese bien los trenes sabía que su sonido había cambiado. Las máquinas, las vías, todo era lo mismo, pero el sonido había cambiado.

Encontró a Curtis el día de la quema de libros. Después, siguiendo el plan de Pombo, subieron por fin a un convoy, pero esta vez en calidad de muertos, dentro de sus ataúdes y con identidades de verdaderos difuntos. Hasta Ourense. Desde allí, por carretera. El transportista hizo un alto en Maus de Baños, por la noche. Fue entonces cuando arrojaron los ataúdes río Limia abajo.

Tú eres mudo, le dijo el contacto a Curtis. Y dices que no a todo. Da igual lo que te pregunten. Excepto si te dicen Guiné. Si te dicen Guiné, dices que sí. Porque es una clave. Y tú, le dijo a Luis Terranova, tú eres gitano.

¿Gitano?

Gitano portugués.

¡Ah, vale!

Curtis estaba leyendo su *Manual popular de la electricidad* a la luz humeante de una lámpara de carburo. Había un temblor de sombra en las líneas impresas, como si caminasen sobre la superficie amarilla hacia los márgenes quemados y contasen una capnomancia, el secreto de un antiguo acertijo. La tenue luz y los dibujos de humo parecían surgir de las páginas y no de los estertores del carburo. El Hombre de Piedra dormía en una esquina del lar. La letanía de la mujer sonaba como una radio. *Domus aurea*. Una emisora en la noche. *Foederis arca*. Alguna vez la había oído suspirar por la corriente eléctrica. *Ianua coeli*. Salgueiros moriría como no le llevasen la luz. *Stella matutina*. Ahí el Hombre de Piedra dio una sacudida y abrió y cerró los ojos. En realidad, era así, pensó Terranova. La voz de la mujer era una radio, una conexión que había encontrado. Estaba escuchándola como cuando de noche sintonizaba la Atwater Kent del Maniobrador de Grúas buscando tangos y surgían voces inciertas. Fue así como descubrió a Paul Robeson. A veces parecía perderse, irse, desentenderse. Por momentos cíclicos sonaba con fuerza, con renovada intensidad, y podría encenderse un fósforo en su aliento. *Rosa mystica*, *Turris Davidica*, *Turris eburnea*. Pero siempre había una distancia, como si una cosa fuese ella y otra su voz, como si también ella estuviese escuchando. La mujer había dejado de rezar, de pasar

las cuentas del rosario. Los dedos, no obstante, no se habían detenido. Habían dejado el azabache y ahora hacían cuentas con las migas de pan. Primero una, despacito, parecía que iba a ser la única. Después, cada vez más rápido, pequeñas esferas que iban poblando los cuadrados azules y blancos del mantel de hule. Terranova la imitó. Los dos haciendo astros. Algo había ido cambiando en ella a medida que se acercaba la despedida. Se había desprendido del luto. Se había soltado el pelo. Cuando regresasen a la ciudad, le mandaría una Atwater Kent. Con pilas, con acumuladores.

La mujer levantó los ojos de las migas. Húmedos. Relucientes. Su mano exploraba temblorosa bajo la mesa. Un rosario de años para ese movimiento. Para musitar finalmente una invitación.

Ladran los perros. ¿Vamos a ver quién anda ahí fuera?

La chusma y la Providencia

Sucedió algo que lo conturbó y lo dejó sin habla. Uno de sus camaradas, uno que llegaría a altos cometidos, se puso a mear en una de las piras. Poco antes había ocurrido un incidente. Alguien, aquel mozo gigante al que llamaban Hércules del Papagaio, había saltado de improviso la hoguera, como se hace en San Juan para ahuyentar los malos espíritus. Fueron tras él sin resultado. Corría como si tuviese alas en los pies. El caso es que el camarada, al volver de la persecución, se puso a mear en la hoguera. Y todos los otros de la centuria, en un acto reflejo que no había requerido convocatoria ni orden alguna, se pusieron también a mear junto a él. Aun figurando como uno de los mandos, Samos no fue capaz de expresar el asco que sentía. Al contrario, reaccionó con una sonrisa nerviosa. Eximente. Aquel acto de baja calidad estropeaba la estampa que se había inventado de blandir una estampa evangélica. Los libros olían más que nunca, esa mezcla de orines y humo, a restos animales. Él distinguía los lomos y las puntas de piel de la encuadernación a la holandesa, la piel arrugada de la pasta valenciana. Los nervios de caballo de los bramantes. Aquellos orines calientes, que chirriaban en los restos, desprendían un olor desconocido. Quizá ellos no lo percibían: la brisa llevaba la pestilencia hasta su nariz. Había un momento en aquellas jornadas de caza en que el grupo, ya algo ebrio al caer la noche, obedecía a una especie de consigna natural y los cazadores se ponían a mear en viril formación, con bromas groseras y bravatas. Aquella estampa repelía. Un fascismo feo, basto. Incluso uno de sus colegas portugueses, anfitrión en Coimbra, que había participado en la Legión Viriato de voluntarios que apoyaban al ejército de Franco, volvió asombrado de lo que había visto en las huestes amigas. Teutónio le confió: Samos, España es tierra peligrosa. ¿No te dan miedo tus camaradas?

Cuando en 1940 estuvo en Milán y Berlín había vuelto admirado. Aquello, decía, tenía una estética, otra dimensión, un futurismo atlético. Una sincronía de cuerpos y de armas. Ren era un ejemplo de rudeza. Léon Degrelle, otro fascista histórico que había encontrado refugio en España, hizo en la posguerra el Camino de Santiago y se quejaba de las pulgas y de los piojos que había en las pensiones de los pueblos. Y Ren, que había ido a darle la bienvenida a Portomarín, como embajador gubernativo, regresó riéndose de él: ¡Qué fino nos ha salido el camarada! Algún tiempo después el juez Samos le escuchó decir al ministro: Hay que arar con los bueyes que tenemos. Sí, aquel olor iba y venía. Por lo que respecta a la cuadrilla de caza, él y algún otro, desde luego el padre Munio cuando asistía, procuraban aguantar las ganas o, de hacerlo, aliviarse un poco aparte, a una distancia discreta, sin alejarse tanto como para llamar la atención, pero sin sumarse a aquel diluvio común. Los altos pensamientos no vienen cuando uno quiere. Lo que le daba verdadero sentido al Régimen no era la fanfarria sino la idea de jefatura divina. Olvide la vulgaridad de la chusma y piense en la dirección de la historia, le había dicho un día Dez, el más exquisito del círculo, aquel que hablaba en términos nostálgicos de la corte poética de

Primo de Rivera, y con quien podía compartir el estribillo: Lo que hace falta es cultura. El Jefe era un enviado de la Providencia. Mantener invulnerable el vínculo: Seguir al Jefe, seguir a la Providencia, mantener al enemigo a raya. Eso era lo importante. Lo que estaba acuñado en la cara de las monedas con las que todo el mundo, de arriba abajo, pagaba: Caudillo por la gracia de Dios. Y lo que se leía en el envés, sin estar acuñado en la moneda pero sí en cada mente, como una tonsura hecha con las tijeras del miedo, bien podría ser el título que ostentaba el rey asirio Tiglat: «Aquel que abatió a sus enemigos». Ésta era una referencia histórica a la que acudía con deleite. En sus seminarios y conferencias, en especial en la actividad que mantenía como colaborador del círculo de *Arbor* en Santiago de Compostela y Coimbra, esos dos momentos tan especiales, esos momentos en los que daba suelta al Epimeteo cristiano y abría la caja de Pandora o bajaba a la cueva de Platón con Heidegger para espabilar a aquellos blandos y acomodados descendientes de las élites de la Victoria. Sabía cómo despertarlos. Y nada para despertarlos como el latigazo de su maestro Schmitt. «Caín mata a Abel. Así empieza la historia del mundo...»

A partir de ese momento, ya no era difícil atraer su atención. El juez se apoyaba entonces en otro mazazo, en este caso de otro de sus más insignes colegas, el futuro ministro: Que sin guerra no existiría la Historia. Y entonces procedía a darle un buen repaso al Antiguo Testamento. Dios tiene como atributo el de «Señor de los Ejércitos». Y quien luche en su nombre, no tema. Lo tendrá de su lado. «Como un Dios grande y terrible».

Natura maxima in minimis

Va a ver una muestra de su sangre. Tosió. La sangre en la placa. El nuevo mundo que hoy va a descubrir está en el interior de su pecho. Si una gota de agua es la primera esfera, esa gota de sangre es una esfera final, pues ahí están la vida y la muerte, las dos trabajando, una para otra. Es uno de los momentos extraordinarios de Panadeiras 12. Recuerda la excitación del ojo cuando se acerca al microscopio, pestañea, el ojo que canta *Natura maxima in minimis*, hechizado por la exposición universal que contiene una gota de sangre, de su propia sangre. Expoliaron su gabinete de curiosidades, con sus instrumentos de amante de la ciencia, las herramientas de ver al fin lo invisible, el más allá y el más acá que contiene una gota de sangre. Cada gota de sangre. Hablando de esferas, también eso expoliaron, la esfera. El globo terráqueo, hecho en Inglaterra, de madera. Lo que primero vio en esa esfera, como curiosos territorios innominados, fueron las rosas de los vientos y los dibujos de extraños seres marinos. Lo que más le gustaba, y con el paso del tiempo le seguía gustando, era un ser mitad serpiente marina y mitad hombre que tocaba el laúd a la altura de las Seychelles. Después fue entrando en las grandes manchas de color. Por los mares y océanos, la esfera tenía dibujados veleros que marcaban las rutas históricas. Lo primero que le señaló el dedo de su padre fue el *Beagle*, junto a las Galápagos. Era un dedo obstinado. Siempre volvía allí. *Beagle*, el dedo Darwin. Al final, cuando ya era el propio dedo el que señalaba y ella quien leía, lo que más la cautivó, el gran descubrimiento, fueron los nombres de los lugares. Aquellas palabras eran el mayor conjuro del globo terráqueo. El Pacífico, por ejemplo, estaba habitado por palabras. Había puntitos apenas visibles, los de las islas, pero la verdadera realidad eran los nombres. Nanumea. Nanumano. Nanumanga. Nukononu. Pukapuka. En noviembre de 1937, en su ciudad natal, A Coruña, el gobernador Arellano envía un escrito al presidente de la Audiencia con la propuesta de que se decida arrancar y eliminar la hoja del Registro Oficial donde figura inscrito Santiago Casares Quiroga. Que se le someta a un castigo hasta ahora desconocido. Hacer desaparecer su nombre.

Está en el folio 447. Allí el juez municipal, licenciado Pérez Arias, certifica que a las diez y media de la mañana del 8 de mayo de 1884, en la Estrecha de San Andrés, número 6, nació un niño al que se le puso de nombre Santiago. El folio 446 pertenece a un niño llamado José Suárez Campos y el 448 a una niña de nombre María de la Concepción Vaamonde. La caligrafía del secretario, señor Patiño, es muy esmerada, tiene algo de partitura, con letras híbridas de corcheas, una estilográfica que imita la pluma de la oropéndola.

Natura maxima in minimis. Ven, Vitola, ven, hija. Mira lo que hay en una gota de agua. Toda la semilla del universo. Ven, ven, Vitola. Mira lo que hay en una gota de sangre. La composición de la vida. Todo está ahí. También el odio. Podemos aproximarnos al misterio de la vida, pero es imposible comprender el misterio del odio. De ese odio que lleva no sólo a matar, sino a quererte borrar del censo de los

nacidos. Tengo que centrarme en ese misterio. Voy a leer todo lo que haya. Tiene que estar en la gota de sangre. Tiene que tener su química.

No, no dice nada. Está inmóvil. Al acecho de sí mismo. Intentando quemar el mínimo oxígeno. Cuando recae, María Casares, Vitola para sus padres, piensa en la imagen de quien lleva encima de la cabeza una invisible herrada de agua. No se le puede caer ni una sola gota bajo pena de muerte. Por un instante tuvo la ilusión de vencer esa amenaza. Fue de joven, en el Sanatorium de Durtol. Siempre ha llevado encima esa herrada. Siempre ha sentido cerca la guadaña. La muerte era parte de su vivir. Lo que nunca ha imaginado es que algún día intentarían convertirlo en inexistente.

Él nunca había tratado a ese tal Arellano, el gobernador que lo declara oficialmente alimaña, y que ordena también que el nombre de Santiago Casares Quiroga sea borrado del acta del Colegio de Abogados y de cualquier otro libro para que «las generaciones futuras no encuentren otro vestigio suyo que la ficha antropométrica del forajido». Durante muchos años, Casares, que entre otros cargos fue presidente del Consejo de Ministros de la República, no figurará en las enciclopedias españolas. María Casares sabe que en gran parte el fascismo español ha conseguido su propósito. Borrarlo de la geografía mental. Era el símbolo de la República y ahora es un cráter. Han expoliado todas sus cosas. Los libros, los muebles, la casa. El microscopio. Los herbarios. Las cajas entomológicas. Tiene algo en la punta de la lengua. Casi esférica, encarnada, con siete puntitos negros en las alas.

Una de las primeras canciones que le enseñó. Era una canción que también servía para aprender a contar. Una canción campesina, una canción científica.

Reirrei, cantos anos durarei?

Vintecinco? Non o sei.

Un, dous, tres...

La *Coccinella septempunctata*, explica él, es junto con la luciérnaga el ser que más nombres tiene en Galicia. ¿Por qué será? ¿Por qué esos dos? La llaman reirrei. La llaman maruxiña. La llaman papasol. La llaman barrosiña. La llaman costureira. La llaman voaniña. Las cosas pequeñas son las que más nombres tienen. En sus *Historias naturales* dice Jules Renard que la verdad es de tamaño pequeño.

En noviembre de 1944, en París, recibieron la noticia de que Panadeiras 12 y todos los bienes de los Casares pasaban a ser propiedad del Estado franquista. El expolio se había convertido en ley. En aquel momento él estaba en Londres, para no caer en manos de la Gestapo. Ella dejó de jugar a aquel juego de que si cerraba los ojos en el portal del 168 de la Rue Vaugirard aparecería en las escaleras de Panadeiras 12. Cuando él regresó, la atmósfera del París liberado le hizo respirar mejor. Como él decía, a causa de su optimismo tísico, podía ver cada molécula, saborear el aire:

Natura maxima in minimis.

A los pocos meses falleció Gloria de un cáncer que se le presentó de repente como la daga de un eficaz asesino. Él tuvo la entereza de cerrarle los párpados. María estaba estupefacta ante su madre muerta. Todos los rostros que antes habían sido volvían a ella. La hija de la cigarrera soltera, la costurera, la mujer melancólica de la ventana de Panadeiras 12, la esposa del ministro, la enfermera en un hospital de guerra. La palabra que le venía a los labios, que se abría paso entre el sufrimiento, era belleza. Qué belleza. Y él dijo: Siempre estuvo guapa para todo.

El padre sentía en el barómetro del pecho la llegada de las crisis. Cada vez más fuertes. Se ponía en posición de loto, inmóvil, con la estrategia del buceador al límite de oxígeno.

Lo peor era que le subiese la fiebre, porque entonces consumía oxígeno en los sueños, en las pesadillas.

Un día salió del delirio con el rostro de un mutilado, como si hubiese perdido los dientes, y con los ojos desorbitados. Dijo que lo habían arrancado. Que había sentido en su propia carne cómo lo arrancaban del libro del Registro. Del Libro de los Nacimientos.

No pienses en eso, padre. No se atreverán.

No sé ni quién es ese hombre, ese gobernador que quiere arrancar la partida de nacimiento. Tengo que estudiar eso, la naturaleza del odio.

No pienses ahora en eso, padre.

Tienes razón. Quema mucho oxígeno.

Y entonces hablaba con las manos. Si le daba un dedo para que lo agarrase, tenía la fuerza prensora de los recién nacidos.

Fósforo vivo

Hacía mucho tiempo que Polca había dejado de tocar la gaita. Desde la guerra ya no había vuelto a tocarla. Cuando quedó en libertad, después de penar en el campo de trabajo de la mina de wolframio, aún tardó en volver no ya a tocar sino a tener siquiera el instrumento en sus manos. Mientras él estuvo ausente, Olinda dejaba a veces que la niña soprase e intentase llenar el fuelle, hecho de piel de cabra y forrado de un terciopelo azul oscuro, ribeteado del mismo color, que a la niña le parecía que estaba siempre a punto de volverse negro, como si allí, en la gaita colgada, se guardase la noche con el misterio del padre. Pero volvió el padre y la gaita seguía allí solitaria. A medida que pasaba el tiempo sin que el gaitero le prestase atención, a Ó le parecía que había encogido y se había ido convirtiendo en una presencia condenada a extinguirse, de ser antiguo de una leyenda olvidada, huesos y pellejo de extraña ave patilarga, con aquel color melancólico y los flecos dorados, que a la vista había perdido majestad pero que para ella tenía el color de la caricia. No, no se atrevía a tocarla. Quizá más adelante. Polca decía que había perdido el aire. Que no tenía fuerza en el pecho. Pero una Nochebuena, cuando Olinda estaba encinta de Pinche, volvió a tocar. Ó estaba asombrada y Olinda se moría de risa, abrazando su propio vientre como un fuelle. Al principio tanto Polca como el instrumento parecían a punto de estallar. Polca tenía el rostro congestionado por el esfuerzo de embridar el aire. Pero volvió a sonar y Ó pensó que aquel fuelle por fin soltaba todo cuanto habían ido ahorrando.

El fuelle no sólo guardaba la luz ahorrada dentro de su terciopelo negro. También guardaba mucho silencio. Hay que guardar silencio. Ó enseguida distinguió dos clases de silencio. Había un silencio mudo. El silencio de callar lo que no se podía o no se debía decir. Un silencio de precaución, de miedo. Y después estaba el silencio amigo. El silencio que hace pensar. El silencio que te protege, que deja sitio para meditar. El silencio de la gaita que estaba esperando a Polca.

También habían ahorrado en alegría su madre y ella. Mientras Polca estuvo fuera, había que ahorrar en todo. Como las mujeres vestidas de luto. Ellas también ahorran. No sólo llevaban aquella misma ropa de color sufrido, sino que todo su ser cambiaba. Hablaban menos, no reían, apenas gastaban en mirar a los demás. Se ahorran palabras, alegría, luz. Y, no obstante, toda la gente de luto, como Ó y Olinda, no sentían menos, tal vez más, ni tampoco tenían menos que decir, tal vez más.

Ahorran.

Todo lo que se había ahorrado en casa, todo lo que se había ahorrado en todas las casas, salía ahora del fuelle de Polca. Porque ya le había vuelto a tomar la medida a aquella gaita tombal, de sonido grave, a aquella gaita roncadora, heredada, que había sido buena para las fiestas pero también para acompañar la agrupación coral, las procesiones y las marchas sindicales.

Aquel primero de mayo que le había dicho el cura: Tocas en la ciudad por los Sacco y Vanzetti esos y ahora vienes a soplar aquí por San José.

Toco *Saudade* por las almas de todos, señor cura. También por la suya. A nadie le viene mal este réquiemailable.

No, no había sido aquel cura el que lo denunciara. Eso nunca lo sabría. Hubo gente que murió apostada en una partida de naipes. No lo sabían, tal vez dormían mientras su vida dependía de un movimiento de cartas o de dados. Cuando se lo llevaron preso, a Olinda la despidieron de la fábrica de fósforos Zaragüeta. En realidad, despidieron a todo el personal, la mayoría cerilleras, unas trescientas, y declararon ilegal el sindicato en el que estaban organizadas. La fábrica estuvo parada varios meses. Luego se abrió de nuevo con personal seleccionado por Falange y con la exigencia previa de adhesión al Glorioso Movimiento. Olinda no pasó la criba. Consiguió un informe no adverso pagando la extorsión de uno de los jefecillos que se multiplicaban en la cada vez más extensa cadena de mando que supervisaba las incautaciones. Pero todo se malogró cuando otro de esos jefes impuso la colocación de un nuevo grupo de recomendadas de reciente afiliación al partido fascista. En pocos meses, tras ocupar el poder al arrimo de los militares, aquel grupo marginal y fanático, pistoleros mal vistos en la Coruña liberal, pasó a dominar la ciudad. En su angustiado periplo, Olinda iba de asombro en asombro. Una orden del gobernador impuso como obligado el saludo romano. En cualquier edificio oficial, o incluso por la calle, a requerimiento de quien fuese, había que alzar el brazo y dar los vivas de rigor. Y en ese ambiente, Olinda asistía a un cambio en muchas personas que iba más allá del oportunismo político. Era algo parecido a una muda biológica. No sólo por las apariencias. Había gente a la que le cambiaba la voz. Había gente que no la oía. Y lo que resultó más perturbador. Había mucha gente que no la veía. Y eso que estaba embarazada. Llegó a dudar de si existía o no. Había mucha gente desaparecida. Quizá ella misma también lo estaba sin saberlo. Muchas de las cigarreras de la fábrica de tabacos de la Palloza y de las cerilleras de la fábrica de fósforos de Castiñeiras vivían, como Olinda, en las afueras de la ciudad. Salían muy temprano, de noche aún, con sus candiles o bujías para alumbrar los caminos. Las filas luminosas iban convergiendo. Se orientaban, se veían unas a otras como sendas de luciérnagas en la noche. Además de la luz, aquellas sendas en movimiento llevaban palabras. Construían murmullos, canciones o noticias con la aportación de cada bujía. A veces faltaba una de las luces, había un vacío en el camino, un hueco en la frase, en el murmullo, en la canción. Eso era que alguien había desaparecido. Olinda nunca dejó de formar parte de la senda de luces hasta que nació la criatura. Había quien comparaba aquellas filas de operarias con la Santa Compañía de las Ánimas. Pero para Olinda eran justamente lo contrario. Muerto Arturo da Silva, preso Polca, desaparecida toda aquella juventud que un día iba a subir al tren especial para la gran fiesta de los Caneiros, estar allí, ser una bujía, era una extraña obligación de la que no debía desfallecer mientras pudiese. Se podría pensar que la criatura que llevaba

dentro, el pesado lote del vientre, era otra certeza. Aquel incómodo injerto en su cuerpo era como llevar un reclamo, una garantía de realidad. O debería serlo. Pero lo que le preocupaba era que nadie, en su peregrinar burocrático para asegurarse el trabajo, hacía referencia a su estado. Nadie utilizó, ni siquiera escapada por rutina, la expresión «estado de buena esperanza», como si en su caso fuese una incorrección. Nadie la felicitaba. Una puede estar desaparecida, pensó Olinda, y estar embarazada. Ser real la criatura, pero tú no. Por eso era tan importante levantarse cada día y ponerse en la senda de las bujías.

Olinda no superó el llamado «período de depuración». Había, según pudo saber, por lo menos dos argumentos de peso en su contra. Su marido estaba en la cárcel y ella acababa de dar a luz a una criatura. Procuraba no pensar con la cabeza para no perderla. Sin embargo, a veces la asaltaban pensamientos furtivos, como el de creer que una situación como la suya era justamente motivo para la piedad y no para un mayor castigo. Pero tenía que apartar ese pensamiento, porque si no se volvería loca. Esa ley elemental no regía. Como también tenía que olvidar la palabra *depuración*. Ella no había superado la *depuración*. Los que mandaban ahora en la ciudad se apoyaban en cientos de asesinatos nunca esclarecidos. ¿Quién había violado y cortado los pechos y torturado hasta la muerte a la bibliotecaria, esposa del gobernador republicano, tras hacerla abortar? ¿Quiénes eran los depuradores? Debería sentirse honrada por ser depurada. Deberían ser un consuelo esas murmuraciones que oía cuando pasaba: Ésa es una de las depuradas. Pero no. Todo aquello que estaba sucediendo producía un efecto sobre su cuerpo. Se veía fea. Había perdido el brillo de los ojos y del pelo. Depurada, impura. Casi no tenía leche para amamantar a la niña. ¿Cómo pudo nacer tan preciosa?

La fábrica de fósforos estaba rodeada por un gran muro. Durante muchos años trabajó en aquel recinto. Empezó siendo casi una niña. Tenía que levantarse muy temprano, cuando la noche era noche. Pero ella lo recordaba como una fiesta. Como el día en que vinieron de la parroquia, con pasacalles, para que llevase el ramo de la fiesta. Ella iba emocionada con su bujía. No sentía pena de marcharse de casa, de dejar atrás a sus padres, como otras veces. Pasó por todas las secciones. Empezó contando las cerillas. Tenía manos y mente muy despiertas y llegó a contar con tanta ligereza, de treinta en treinta, de medio centenar en medio centenar, de setenta en setenta, de noventa en noventa, que sus dedos corrían ligeros por delante de la cabeza, rodaban por las voces. Después pasó a pegar las tiras de papel de vidrio que servían para raspar y encender los fósforos. La sección que más le gustaba, por el tipo de trabajo y por la compañía, era la de corte y confección de las cajas. Era una experta en hacer cajas. Ella sabía la importancia que en una casa tenía una buena caja de fósforos. Y sabía también que aquellas cajas, sobre todo las decoradas con fototipias, podían convertirse en pequeñas arcas. Guardar el primer diente caído, un rizo, una carta, el billete para un tren especial. Las mujeres que hacían el corte y confección de las cajas desarrollaban una manera particular de contar historias. Sus

historias, sus confidencias, suelen tener la medida de la caja. Por eso las cajas de cerillas, cuando quedan vacías, si las acercas medio abiertas al oído, emiten un murmullo.

En esta caja no se oye nada.

Había días en que estaban calladas. Las mujeres. Y entonces las cajas venían con fósforos, pero mudas.

También estuvo un tiempo en el laboratorio, como ayudante para pesar y mezclar el fósforo vivo, el clorato de potasa, la cola, el vidrio molido y la anilina roja, esa pasta que contiene la verdadera alma de la cerilla. La pasta inglesa. El misterio del fuego. Sangre que humea, dicen en la fábrica.

Olinda despertaba en plena noche y miraba por la ventana la fila de las mujeres-bujía.

En el barracón del campo de trabajo, cada vez que encendía una cerilla, Polca la dejaba arder hasta que la llama llegaba a la pinza de las yemas. Un fósforo era muy importante para él. Para todos, pues estaban muy tasados en el campo de trabajo. Ésa es la ventaja de las cosas de pequeño tamaño. Por ejemplo, con cierta habilidad, una «caja-vagón» de las de noventa fósforos, pasada convenientemente de mano en mano, puede contener información vital, planos en detalle, para que un tren no llegue a puerto con toneladas de wolframio. Una «caja económica», la de color amarillo, lleva setenta fósforos. Las hay más pequeñas, apropiadas para llevar en el bolsillo, de medio centenar o de treinta cerillas. La más vistosa es la que lleva fototipias de colores. La habilidad para que una sencilla caja de cerillas se convierta en un magnífico transmisor de información secreta consiste en que una caja en realidad sean dos. Pero para eso tienen que estar cortadas y encajadas con la máxima perfección. Emparedado en ese finísimo estucado puede ir el informe en papel de liar. Puede ir cifrado. Para eso es preciso que aquel o aquellos que informan y quien recibe la información tengan como referencia un mismo libro. Un número identifica la letra, otro, la línea, otro la página. Si no se encuentra o conoce el libro de referencia, es muy difícil descifrar un mensaje interceptado.

Polca colocó un nuevo fósforo a la altura de los ojos, cerró el izquierdo y miró la cabeza como la referencia de un agrimensor para medir el mundo.

La cabeza del fósforo abarcaba la boca de la mina.

Os voy a decir de qué está hecha, la fórmula de la pasta inglesa, de la sangre que humea: fósforo vivo, clorato de potasa, cola-yeso, vidrio molido y anilina roja. Podría añadir: y Olinda.

Y también Olinda.

¿Qué es Olinda?

Un componente especial que tienen algunas cerillas. Las que encienden a la primera tienen Olinda.

Entre los técnicos de la explotación minera había un ingeniero portugués. Eligió como ayudantes a varios prisioneros. Había presos muy competentes. Uno de ellos,

catalán, que se encontraba en Coruña el verano del 36, cuando el estallido de la guerra, en compañía de unos arquitectos amigos. Joan Sert ha intimado con Polca. En realidad, lo sigue a todas partes porque nunca le ha oído quejarse. Arrastra las heridas de un intento de fuga. Dice que le han quedado hormigas dentro, y entonces le habla de las avispas que crían dentro de los higos.

Ponen los huevos en la flor y después crece el fruto y las avispas tienen que agujerear la carne. Por eso alrededor de las higueras siempre hay avispas. A mí me ha pasado lo mismo. Me amarraron a un árbol con las heridas abiertas y las hormigas aprovecharon para entrar. Ahora, de vez en cuando, quieren salir.

Polca se metió la mano en la boca y sacó un pequeño puñado de hormigas: ¿Ves? ¿Ves como quieren salir?

Joan Sert lo miró fascinado. Dijo: ¡Eres un surrealista!

No me pongas más cargos. ¿Cuántos años de cárcel te meten por eso?

¿Por qué?

Por ser surrealista.

Olinda no pudo volver a la fábrica de fósforos. Siempre quedaba el río. Era el oficio tradicional de las mujeres de Castro, el de lavar para la burguesía de Coruña. Las lavanderas, para bien o para mal, eran de otro mundo. Incluso por la forma, por su figura en la calle. Cuerpos con un gran atado de ropa, con una enorme esfera encima de la cabeza. Seres anfibios, de las aldeas de los ríos y de los riachuelos, que se llevaban la ropa sucia y volvían con ella limpia. Incluso a veces planchada y con un aroma a rosas.

Así que Olinda se incorporó a la senda de las mujeres que llevaban cosas encima de la cabeza. Una de las lavanderas vecinas le pasó un trabajo. El de lavar para la casa y la pequeña clínica del médico de los ojos. Y fue una suerte. Porque eso le dio confianza. Realidad. Si lavaba ropa para el médico de la vista, entonces había algo de luz. Y después surgió, sin saber muy bien cómo, lo de lavar para la casa de Chelo Vidal. Una puerta que abre otra. Tampoco le faltaron fósforos. Estaba abastecida por las amigas invisibles. Podía meter algunas cajas en el atado y venderlas. E incluso, alguna vez, llevar cajas de fósforos, de fósforo vivo, al doctor y a la pintora.

El cuerpo abierto

Una buena lavandera tiene que tener arranque. Prontitud en la réplica; si no, te comen viva, hija. Pero con gracia. La palabra y la piedra suelta no tienen vuelta. Olinda me enseñó el oficio. Incluso sé hacer la colada al viejo estilo, de agua con ceniza. Pero quien me dio el arranque fue Polca.

Fue él quien dijo: Esta niña tiene un cuerpo abierto. No va a tener ningún problema. Tiene el cuerpo más abierto que la de Moeche.

¿La de Moeche?

Sí, mujer. Una chica que un día se puso a hablar con la voz de un cura, experto en dogmática, que había muerto en La Habana. Ella salía al balcón los domingos y lanzaba unas prédicas estupendas, con aquel acento cubano. La gente de la parroquia acudía en tromba. Hasta que un día se cansó, salió al balcón y les llamó paganos y corintios. De todo.

Tú siempre de broma.

Sí, mujer, salió mucho en los papeles. Manuela Rodríguez. Eso fue por 1925. Son cosas que pasan cuando la gente está aburrada. Si algún día hablas con una voz que no es la tuya, no te preocupes. No te agobies. Eso les sucede a los cuerpos abiertos.

Y eso, que yo tuviese el cuerpo abierto, tranquilizó mucho a Olinda. Porque Olinda sufría sólo de pensar que yo no tuviese arranque, que heredase su silencio. Porque Olinda no es que fuese tartamuda, ni se le trabase la lengua. Olinda era muy avispada. Y dicen que de joven, cuando trabajó de cerillera en la fábrica de Zaragüeta, armaba ella sola una juerga, la alegría del pabellón de cajas, «la chispa de Castiñeiras», en palabras de Polca, lo que ya era mucho decir en la fábrica de fósforos. Mi chispa, dice ahora cuando se pone amoroso o para animarla. Entre los papeles, los viejos papeles amarillentos del cajón de la mesilla de noche, hay un recorte de *La Voz de Galicia* titulado «Un paseo a Castiñeiras», con un párrafo destacado donde pone: «Las que charlan son las que en una sala próxima trabajan en las mesas, pegando cajas y armando cajones para éstas. ¡Son mujeres, son muchas y son guapas!». Polca va y repite: ¡Son mujeres, son muchas y son guapas! He ahí un buen periodista.

Algo pasó con Olinda, que se le metió el silencio dentro del cuerpo. Pero eso es otro tema. Ahora no es habladora. Tampoco muda. Ella le teme al silencio mudo. Dice que ese silencio se te puede meter dentro y no querer salir. Que en la fábrica tenía amigas a las que les entró ese silencio. En cambio, hay otro silencio que complace, el que viene a ayudar a uno, ese que ella llama el silencio amigo. Me dice: Las buenas palabras cuestan poco y valen mucho. Se ve que ella escoge las palabras. Para decirlas y también para oírlas. Incluso cuando habla Polca. No le molesta que él sea como una radio. Pero no lo escucha todo el tiempo. Yo me fijo en que a veces él está radiando y ella está sumida en el silencio. Pero, de repente, sale de ese agujero y atiende, o lanza una risa. Ésas son las palabras que valen. Quién pudiese saber cuáles

son.

Guillerme, Pinche, mi hermano pequeño, se parece mucho a ella, a Olinda. Nació callado. Nació siendo ya un hombre. Un hombre pequeño. La primera vez que yo me fijé en lo mucho que se parecían fue cuando lo vi a él ayudándole a devanar la lana enredada de un jersey viejo y a ovillarla para calcetar uno nuevo. Pinche con los brazos estirados hacia delante, firmes, en paralelo, sosteniendo la lana tensa. Los dos allí unidos por el hilo en movimiento. Ni una palabra. Devanando el silencio.

Él, hablar, cuando habla, habla bien. Excepto salicílico. Salicílico no le sale.

¡Sacilítico, no!, grita Polca. Salicílico.

Según Polca, a los dos años yo ya decía bien salicílico. Fue la primera y única vez que Olinda me llevó a verlo al campo de prisioneros. Una visita de domingo. Unos minutos. ¡Lo que nos costó llegar hasta allí, hasta aquella mina remota! Nos llevó Couceiro, el vendedor de especias y condimentos, en la moto con sidecar. Y Polca todo el tiempo haciéndome decir sa-li-cí-li-co. Ácido salicílico. Yo no podía saber que era una prueba apasionada de amor de padre a hija. Hacerle decir salicílico. Creo que lloré y todo. Pensé que del agujero de la mina salían poseídos por extrañas palabras. Pero lo dije. Salicílico. Y después me regaló unos zuecos que él mismo había tallado. Me dijo: Para cuando vayas al río. Pero eran unos zuecos muy pequeños, hechos de abedul, que sólo servían para los dedos de la mano. Como dedales. O para jugar en el agua, para eso servían. Para hacer de barcas de mariquitas, con sus siete puntos negros sobre el cuerpo rojo.

Y cuando volvió del penal, una de las cosas que le hizo feliz fue oírme leer en voz alta.

Qué lástima que no hayas nacido medio siglo antes, dijo. Podrías ser lectora en la fábrica de tabacos. Contó que las cigarreras le pagaban a una compañera para que les leyese novelas mientras las demás hacían las labores. Lástima. ¡Aún habrías de salir doctorada en Dickens! Lástima.

Sí, hombre, sí, dijo Olinda. Pero si le ponemos medio siglo encima, ahora sería una vieja.

Polca se quedó pensativo. Sacó el libro aquel, el pequeño, el de las marcas. La novela de *El hombre invisible*. Había escondido los dos, el de Elisée y el del invisible, y sus recortes de periódicos, dentro de un zurrón de cuero que enterró con una gran piedra encima, una piedra que tenía forma de silla. Se veía que lo decía con emoción. Que para él era algo muy importante. Algo parecido a un tesoro.

Toma. A ver qué cuenta. A ver qué cuenta ese libro que levantó las orejas entre las cenizas.

Leí muchas veces aquella historia. Para ellos tres. Para los vecinos que a veces venían de velada en invierno, los sábados, a comer castañas asadas o lo que fuese. Mucho nos reímos con aquello de que el hombre invisible tenía que tener cuidado con lo que comía. Él era invisible, pero la comida no. La leche, de noche, moviéndose en sus tripas como una serpiente luminosa en el aire. Mucho dio que

hablar aquel hombre invisible en Castro. Y cuánto nos reíamos con él, pobre hombre, cuando un perro lo descubría y le mordía. Y con los ojos de la gata, cuando Griffin hizo su primer experimento. Consiguió hacerla invisible, pero con dos fallos: los ojos, que seguían brillando, y las garras. Ésa era una de las partes con más éxito. Los oyentes buscaban en la penumbra esos ojos solitarios. Para un hombre invisible es un problema que nieve. Los copos se posan en él y entonces se hace visible. El gran sueño de ser invisibles se convertía en una fatal complicación. Por eso, después de tanto reírse de las desgracias, la gente guardaba, como se suele decir, un respetuoso silencio cuando, ya muerto, el hombre albino se hace visible y alguien grita: «¡Cúbranle la cara! ¡Por el amor de Dios, cubran esa cara!». Yo pienso que aquella temporada Griffin fue más popular en Castro que en Iping. Quizá porque ése había sido el disfraz de siempre en Carnaval. Los llamados «choqueiros» eran, en el fondo, hombres invisibles por unos días. No dejaban nada a la vista, ni siquiera la boca, toda la cabeza cubierta con medias y por encima sábanas, vendas y trapos. Parte del disfraz era no hablar, o hablar muy poco, con la voz deformada a propósito. Llegó un momento en que a mí eso del hombre invisible me parecía un calvario. En que dejé de reír y leía con un cierto dolor en las tripas, como si a mí también se me viesan los retortijones. La del albino aquel, la de Griffin, era la máxima soledad.

Años después, cuando surgió el contrato para emigrar a Inglaterra en el servicio doméstico, mi destino fue una casa de campo en West Sussex, en Chichester, no muy lejos de Brighton. Primero me fui yo y unos meses después pudo venir Pinche, que se puso a trabajar de jardinero y de lo que hiciese falta. Mientras Pinche no llegó, yo lo pasé mal. Había días en que me sentía la mujer invisible, pero no me había vuelto a acordar para nada del hombre albino hasta que un domingo de primavera Pinche fue a por una bicicleta y el dueño de la casa, el señor Sutherland, señaló la línea del horizonte con su brazo de piloto y dijo: ¡A ver si consigues llegar hasta Iping!

Le agradecería que no me metiese los dedos en el ojo, tenía que decir el hombre invisible.

Fue una de esas frases que se me quedó para siempre en la cabeza. Y la usé muchas veces para el arranque.

Carecer de arranque era como nacer sin manos. La lavandera está desarmada si no le funciona bien la lengua. La lavandera y toda mujer que tenga que vivir de su trabajo. Hay que saber defenderlo. Si has perdido alguna prenda de ropa, pues hay que saber salir del apuro, debes tener, como dicen en las películas de crímenes, una coartada. Yo tengo mi discurso sobre el desemparejamiento. Porque ése es uno de los problemas que se presentan. Los calcetines tienden a desemparejarse. Si tartamudeas, se ríen. Si se ríen, tartamudeas más. Y entonces estás desarmada. No eres capaz de darte a valer. Polca me destrabó, fue soltando los nudos que todos llevamos dentro.

Tienes que tornear las palabras. Despacito. En la boca. Piensa en esto. Un pájaro, un mirlo, por ejemplo, lleva la comida en la boca para dársela a las crías. Eso que lleva es una medida. La bicada. Tú eres a un tiempo madre y cría. Lleva siempre tu

bicada para no quedar nunca indefensa. Pillas las palabras necesarias. Tienes que tornearlas y retornearlas para poder soltarlas con el canto que quieras. Para que las palabras vean que no les tienes miedo.

Fue también Polca quien me dijo que hablase ante el espejo para practicar lo del arranque.

No le des siempre la razón. Eso no sirve para nada. Lo primero que le tienes que decir a la del espejo es que no estás de acuerdo. Aunque no sea cierto. Tú dile: No estoy de acuerdo. El primer mandamiento es tener el valor de decir que no.

Cuando probamos, eso me salió muy bien. Mejor que retornear las palabras. Miré a mi contrincante en el espejo y me salió del alma: Pues no estoy de acuerdo. Fue empezar y sonar la flauta, a ver cuándo volvería a sonar.

Muy bien, hija. Sigue, sigue. No dejes que te mire por encima del hombro.

Claro que no. Fui y le dije a la contrincante del espejo: Te agradecería que no me metieses los dedos en el ojo.

Muy bien, nena. Eso es un arranque perfecto.

Andaba por casa con un espejo pequeño. Al principio, siempre llevándole la contraria. Pero no iba a estar siempre discutiendo con la otra. Me veía guapa cuando estaba enfadada, me sentaba bien, pero mi naturaleza no es ésa. Así que de vez en cuando le decía cosas amigables. Y cuando aparecía Polca, la ponía de nuevo en su sitio. Que no abusase de la confianza.

Todo cambió cuando empezamos a hablar en el río. En el río no podía discutir con ella, porque tampoco era exacta a la del espejo. Era otra. Para empezar, ella y yo ya éramos mayores.

Y en el río había más gente. Estaban las figuras del agua.

La bofetada de los muertos

Era el puente de hierro de Castrelo, sobre el Miño. La noche agrandaba su estructura de arco. La noche lo agrandaba todo. También el empinado monte, coronado por la iglesia, con su silueta de fortaleza. Cuando no hay esperanza, todo parece de parte del crimen. El proyector de la luna. El ulular de la lechuza, justo ahora. El eco metálico de los pasos. Sí, todo se ha agrandado, también la desembocadura del río, el rugido de las corrientes, el abismo bajo los pies, excepto él, que se sentía cada vez más pequeño, del tamaño de cuando había visto por vez primera el puente, acompañando a su padre, que le leyó la marca de la fundición, Zorroza, Bilbao, 1907, y que le habló de progreso. El puente era hermoso. Mejora la naturaleza, dijo su padre. Y a él también le pareció que todo, la orilla y las montañas, incluso la iglesia, lucía más gracias al puente. Porque estaban allí en medio, apoyados en la baranda, y podían ver con los ojos nuevos del puente sobre el río. Si se hiciese una tarjeta postal de Castrelo, debería aparecer el puente. Ahora, estar allí, en el puente, de noche, ya sabía lo que significaba. Su última imagen era ésa, la de una tarjeta postal del puente. No haría falta escribir nada. Sólo su nombre en el remite. Una señal de inexistencia. Allí adonde llegase la postal sabrían que ya no era nadie para la fuerza de la gravedad. Lo que le pase a él ni siquiera será muerte. Los asesinos, en caso de que beban, dirán: fuimos a pasearlo al río o, en Ourense, fuimos a claudiarlo. El matar no existe: sólo los muertos.

Cuando los asesinos lo arrojaron desde el puente, su peso era ya el de aquella tarjeta postal que imaginó la primera vez que estuvo allí. De repente recuperó su cuerpo real. Se agarró a las dos barras de la baranda con tal fuerza que sus manos eran de hierro, formaban parte de la fundición de Zorroza, Bilbao, 1907. El paisaje no era una escenografía adversa. Estaba en vilo, atónito, esperaba que pasase algo diferente a aquel crimen premeditado. Quizá el puente de hierro de Castrelo también estaba harto de ser uno de los lugares del horror en la cacería del ser humano. Al principio, los asesinos se rieron. No quiere caer, dijo uno, que le dio varias patadas con la puntera de las botas en las manos. Se fue enfureciendo, porque él no se soltaba. Me cago en la eternidad, déjame a mí. Y el otro le golpeó con saña los dedos con la culata del fusil.

¡Parecen del mismo metal que el puente, carajo! Para ser maestro, tiene manos de herrero.

De hierro no serán, dijo el otro. Ya verás.

Sacó una navaja y la hizo chasquear al abrirla. Para el perseguido, colgado del puente, la noche volvía a agrandar las cosas. La voz de un rostro que no se veía. La hoja centelleante de la navaja bajo la luna.

Mejor le sería que se soltase, dijo el de la navaja, que estaba cortándole el primer dedo, y sin dirigirse a él, como si ya no existiese para el mundo de las palabras, sino a su colega. ¿Por qué no se suelta?

El segundo de la partida (había un tercero con fusil en el extremo del puente) estaba observando los dos dedos, extrañado de que no se moviesen como los rabos de los lagartos, después de haberlos seccionado. Creo que no se va a soltar, dijo.

El jefe de la partida se apresuró a cortar el resto de los dedos. Estaba rabioso, muy ofendido con la víctima, tener que hacer ese estropicio. Lo normal es que al caer muriese, aplastado contra los peñascos del fondo y después arrastrado por las aguas. Cuando al fin cayó, el tercero, ya impaciente con el fusil, disparó contra el bulto de la camisa blanca en el aire, como si fuese la lechuza de antes agrandada y decaída. Y los tres venga a disparar. Contra la pieza humana, contra el río, contra la noche. Más trabajo para la barquera de Arnoia, que tendría que rescatar otro cadáver del agua. Parece que el juez ya le había dicho: No me levante más muertos, que ya hay de sobra. Pero ella lo hacía por las familias, que andaban peregrinando por la orilla para encontrar a sus desaparecidos. Y por mucha atención que pusiese, ni ella ni los otros barqueros del río abajo iban a encontrar a todos aquellos sacrificados. Algunos cuerpos irían a parar al mar, allá en el oeste, y vete tú a saber adónde se los llevarían las corrientes marinas. Puede ser que un hombre arrojado por el puente de Castrelo fuese a parar al mar del Rostro, en Finisterre, o a Galway, en Irlanda. O a la fosa atlántica de Prior, a la isóbata de ochocientas brazas, de donde nunca se vuelve.

O regresa andando, río arriba, a una taberna del Ribeiro, en la misma parroquia, veinte años después.

¿Qué le pongo?, pregunta el dueño de la taberna. Es un tipo al que unas veces llaman Abisinio, otras Silvo. Tiene la mirada ácida. Su vino no es de la mejor uva.

Una jarra de vino, dice el forastero.

El tabernero sirve la jarra y una taza. Pasa el tiempo. El forastero permanece inmóvil y silencioso. Mira fijamente la jarra. El tabernero va y viene. También él mira, aunque de reojo, la jarra.

No suele hablar con la clientela, y menos si son desconocidos. Su carraspeo tiene la fuerza de un gruñido.

¿Qué? ¿No va a beber?

No es un oficio que le guste, el de tabernero. Detrás de la barra se siente encerrado en una jaula.

Estoy esperando a que me sirva, dice el cliente con voz tranquila.

Sigue igual, en la misma posición que cuando llegó.

Aquí los clientes se sirven ellos, dice el tabernero conteniendo la irritación. La gente es toda de confianza.

Entonces, el forastero saca las manos de los bolsillos. Los muñones de los dedos cortados.

De confianza.

Así, contó Polca, así son las bofetadas de los muertos.

El aldabonazo

26 de julio de 1952

Todo se hace por dinero, incluso matar, lo del precio de la vida y todo eso, aunque hay verdugos que tienen un sueldo fijo del Estado y todo, que cuando fue lo de Foucellas, el maquis, el más buscado, creo que le pusieron al mejor verdugo, que no debía de ser tan mal hombre como decían cuando le trajeron un verdugo de fuera, de Salamanca, el más competente. No le mandaron al peor, sino al que mejor mataba. Ellos ocultaban el día y la hora, pero la gente lo sabía. Porque el verdugo se bajó del tren en Teixeiro para tomar un café. Y quien se lo sirvió ya se dio cuenta de que era el verdugo, como si llevase una insignia o un uniforme. ¿Cómo lo supo? Por las manos. Porque eran manos finísimas, de manicura, escondidas, asomando de la madriguera de las mangas. Y porque se puso mucho azúcar. Nadie se había echado nunca antes tanto azúcar en el café en Teixeiro. Aún hubo quien dijo: Tuvo una buena muerte, le mandaron al más rápido. ¡Tratándose de garrote vil, vaya consuelo! Por ahí quedaba la hija, con trece años, llamando a la aldaba del gobernador para que no le matasen a su padre. Pasábamos por delante, con los bultos de ropa, y mi madre dijo por lo bajo: Esa que está llamando a la puerta del gobernador es la hija de Foucellas. Muy temprano, hacía un frío injusto. En la ciudad sólo se escuchaba el golpe de la aldaba. Todos los que pasaban, todos los oficinistas, la cuadrilla que llevaba una alfombra enorme, los operarios que desmontaban la cartelera del teatro Colón, los albañiles con las tarteras color teja bajo el brazo, todo el mundo se apartaba de allí, de aquel sonido del escalofrío. Las miradas seguían el rastro pegajoso que en el pavimento deja la escoba de retama del barrendero. La aldaba sonaba a badajo de hueso.

El cantante callejero

Va camino de Censura. Mira de reojo el escaparate de la Camisería Inglesa, en la calle Real. Ahí están. Las camisas de los músicos. Aquí es donde se abastecen todas las orquestas y las charangas. Las camisas con adornos. De chorreras, con bordados, con flecos, vuelo en las mangas, grandes cuellos con picos falciformes. Incluso hay trajes de mariachi mexicano. Una verbena de camisas. Esa zona de colores intensos. Allí está la camisa fucsia. Me cago en la envidia de las abejas. Tendría que entrar ahora mismo y hacerse con la camisa fucsia. Así, sin más vueltas. Este día luminoso. Todos los espejos marinos y de la ciudad trabajando para la luz. Un pecado, el fucsia.

Hoy lleva traje de civil. Nadie iba a pregonar por ahí: ¡El censor, el comandante Dez, ha comprado la camisa fucsia! Cualquiera sabe. No, el comandante Dez sabía que en esta ocasión tampoco entraría en la Camisería Inglesa. Debería tener un asistente para esas cosas. Ya lo había comentado en Capitanía. Sí, debería tener como otros un soldado para su servicio doméstico. Siguió adelante. Se detuvo en el escaparate de la librería Colón, antes La Fe. Un nido de las vanguardias en los años treinta. Con ese nombre, La Fe. Quién lo diría. Las palabras son como las camisas. Ya estamos. Era por tranquilizar la vista por lo que se paraba. Para olvidar el fucsia. Hoy no tenía ninguna gana de mirar libros. Ya amontonaba una pila de ellos en Censura, y además inéditos. Llevaba mucho tiempo de pereza. Y además ese problema de los dedos. Esa dermatitis de contacto.

En el Obelisco. Eso sí que es una buena voz.

Ya son las diez, suena el reloj, un paso doy, voy a mi Dios.

¿Buena? Extraordinaria. Una voz de verdad. Un manantial. Y se atreve aquí, en el centro de la ciudad, con el tango del condenado a muerte. Piel cobriza y ojos claros. Qué tipo.

Le tiró una moneda con descuido. De las grandes. Cayó fuera de la gorra y rodó de canto, alejándose, como empujada por una intención burlona. La moneda se marcó un baile y finalmente se detuvo más cerca de Curtis, el fotógrafo ambulante, aquella torre de hombre, recio y silencioso, tan inmóvil que le pareció de madera como el caballo.

Se te ha caído el dinero al suelo, le dijo el comandante Dez a Terranova. ¿No lo recoges?

No he visto caer nada, dijo Terranova, mirando cómico hacia el cielo.

A Dez le hizo gracia esa reacción. Tenía buena disposición. Cualquier cosa que hiciese aquel muchacho tenía que tener estilo. Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, abrió la cartera y sacó un billete que sostuvo en alto, prendido por los dedos, y luego soltó. La caída del billete parecía irreal. Un tiempo de ralenti que se extendió a todos los movimientos en el Cantón. El billete cayó perezoso, desazonado. Esta vez fue a parar cerca de la gorra, y en el suelo tenía esa inquietud temblorosa de quien pasa de lo cálido a lo desapacible.

El cantante miró de reajo. El billete hacía fuerza, no se quería acomodar. Por fin, Terranova se agachó a cogerlo.

A veces hago excepciones.

Cantas bien, dijo Dez. No deberías andar así, pidiendo por la calle.

Estoy ahorrando para comprar un traje. Un traje blanco con camisa de color.

Dez, el censor, sonrió. Iba a preguntarle de qué color prefería la camisa, pero notó un calambre en la boca.

Dijo: ¿Para eso pides? ¿Sólo pides para vestir?

Y para comprar un billete de embarque.

¿Para dónde es ese billete?, preguntó Dez por preguntar. Él ya sabía para dónde eran los billetes de embarque.

¡Para Buenos Aires!

¡Buenos Aires, Buenos Aires!, repitió el comandante en tono burlón.

Se dio la vuelta. Se marchaba. Otro golpe de náusea. Y se volvió para gritar:

¡Pues haz lo que hacen todos, tonto! Primero te vas y luego compras el traje blanco y la camisa de color.

No. Yo quiero ir en el barco con el traje y la camisa. ¡Una camisa que se vea desde el faro!

Tomás Dez volvió sobre sus pasos. Miró de reajo al impertérrito fotógrafo *cowboy* y sacó otro billete.

A ver si llega para la camisa. Éste no es sitio para ti. Tú podrías ser un príncipe.

Allí estaba otra vez. Piel cobriza y ojos claros. Dale con el *Chessman*. Ya metido en tangos, podía cantar *Malevaje* o *Por una cabeza*.

*Por una cabeza,
todas las locuras...*

Esta vez iba uniformado. La percusión de las botas militares en las losas de la calle Real iba marcando la canción. Andaba decidido, marcial, y cuando iba así le parecía que el eco de sus pasos retumbaba en una imaginaria redoma de vidrio que contenía la ciudad.

Fue directo hacia él. Lo miró de frente. Sacó una moneda del bolsillo y la lanzó hacia arriba para cogerla de nuevo en el aire. Sólo él veía si había sido cara o cruz.

Tú no eres gitano, le dijo el comandante Dez a Terranova. Ni gitano, ni feriante, ni portugués.

Terranova calló. Su mirada de ardilla buscó la de Curtis. Y la mirada de becada de Curtis lo llevó a ambos lados de la acera. Justamente acababan de llegar dos *jeeps* de la policía militar. A su espalda aparcó un Opel negro.

Sé muy bien quién eres, dijo Tomás Dez. Sé más de lo que te puedes imaginar. Incluso sé dónde estuvisteis escondidos.

Terranova volvió a buscar la mirada de Curtis. Ahora tenía la misma textura de ojos del caballo Carirí.

Los dos sois prófugos, dijo Dez. Estáis pendientes de incorporaros a filas. Hace mucho de eso, ya lo sé, pero los papeles os están esperando en alguna madriguera de los archivos. Si alguien abre ese archivo y encuentra esos papeles, lo vais a pasar muy mal.

¿Tú quién eres?, preguntó Terranova.

Alguien que te va a dar una oportunidad. Y te voy a decir por qué. Porque hay voces que son un don divino. Y hay que proteger ese regalo de Dios. Ven conmigo. Ahí arriba tengo un despacho. Y no intentes huir porque entonces no te salva ni Dios.

Luis Terranova miró a Curtis: ¿Y él?

¿Él? ¿El palurdo ese? ¡Que se vaya con su caballo!

Un asistente. Ya era hora, Dez. Lo que tiene que hacer es la instrucción, eso sí. Después de tres meses, ya puedes disponer tú de él a tiempo completo. Tendrá que pasar por el cuartel de vez en cuando, para dejarse ver. ¿Es ése? Bien parecido, el tipo. ¿Hijo de los caseros de tus padres? Claro, hay que echar una mano. Y si como dices es artista, si tiene dotes, si hace maravillas con la voz, que incluso en otra época sería un falsetista genial, pues aún está más justificado que no ande haciendo guardias de centinela ni imaginarias. Por supuesto que en tu caso está justificado un asistente. Si hay que domesticarlo, lo mandas de vuelta al cuartel y ya está. Todo en orden, Dez.

La locomotora de plomo y la lancha voladora

La locomotora de plomo iba por la vía ascendente con muchas curvas. Una fila de forzudos esperaba su turno. Si llegaba a lo alto, el petardo explotaba con un gran estruendo. Pero no conseguía llegar. Ninguno de los aspirantes conseguía llevar la locomotora de plomo hasta la cima donde esperaba aquel retumbar. Luis Terranova pagó y le pidió a Curtis que la empujase, que hiciese aquel trabajo de forzudo. Curtis lo hizo sin derrengarse. La locomotora de plomo subió veloz por la vía y chocó con el tope. Fue como una representación del trueno y el relámpago. El silencio que siguió, más que reconocimiento o envidia, parecía meditar en lo inexplicable. Luis alzó el brazo de Curtis en señal de triunfo, como si fuese su promotor. Llevaba el traje blanco e iba por la fiesta con la agitación de quien está feliz y preocupado al mismo tiempo.

Había decidido romper con Dez. Se había enredado en aquella historia para huir de la cárcel y ahora era cuando se sentía prófugo. Se había marchado con Curtis a un lugar alejado de la ciudad donde no lo buscaría, pero era ahora cuando notaba hasta qué punto la sombra de Dez era pegajosa. Nunca pensó que la libertad podía tener ese rostro de tormenta. Un miedo aterrador.

Dos días antes había dado un paso decisivo. Ir en busca de Curtis e invitarlo a comer en el restaurante Fornos. Una vez se habían detenido ante el anuncio del menú. *Camarones, gambas, centollas, almejas a la marinera, ostras de Pontesampaio, callos a la andaluza, lamprea estofada, riñones del Fornos.* Acecharon por la puerta para ver las pinturas de Sada. Era como abrir la trampilla de un submarino y encontrar un cardumen de peces y algas. Pasad y mirad, les dijo Sada, con la ilusión también se come. Pero Terranova prometió que volverían y comerían de verdad. Y allí estaban, sentados, pidiendo el menú. Ése sí que era un Terranova feliz. Por fin había cumplido una promesa. Mala suerte. Fue Curtis quien vio al comandante Dez nada más entrar. Al fondo, en una mesa con tres acompañantes. Dez, por su parte, no sólo los vio entrar, sino que parte de su cara no volvió a la posición inicial, la de participante en una animada cháchara con el color del vermú. La cara se le había quedado dividida en dos hemisferios. Esto quizá no era visible para los demás, pero sí para Curtis. Esa parte del rostro que no había regresado a su lugar los observaba con una mezcla de sorpresa y rabia. Luis le arregló la corbata a Curtis sin dejar de reír porque, según decía, aquel nudo no se había deshecho del todo nunca desde que se lo hicieron por primera vez.

¡El nudo de Samantha!, proclamó Luis. Haría falta una espada imperial para deshacerlo.

O no había visto, o hacía que no había visto a Tomás Dez. Estaba de espaldas a él, así que la línea trazada en el aire por la rabia de su protector chocó con su nuca y rebotó en los ojos de Curtis. Pero ya Luis estaba llamando al camarero con la soltura de un habitual y leyendo el menú en voz alta, con aquel timbre de pregonero futurista

que ponía cuando se subía a un lugar alto.

Está ahí, en el fondo, avisó Curtis cuando por fin se tranquilizó.

¿Quién? ¿Bela Luvoski? ¿Qué miedo!

Algo de miedo sí que da, dijo en bajo Curtis. Mueve la cabeza como si le molestase el cuello de la camisa.

Eso es un tic, dijo Terranova. El paso siguiente es amenazar. Ése es otro tic que tiene. Sólo que no sabe que ahora estoy con el campeón de Galicia.

No volvieron a hablar del asunto. Curtis lo sacó de en medio con un zarpazo en el aire. Pero no perdió la perspectiva del peligro. Estaba serio. Tenía los ojos en la nuca.

¿Sabes lo que me estás recordando?

Negó con la cabeza. Hacía tiempo que no veía así a Terranova. Estaba alegre y vulnerable a un tiempo. En vilo. Con los ojos risueños, pero a punto de hacerse añicos. Todo estaba en guardia en su cuerpo. Como cuando iban a los percebes y se medían con la hidromecánica del océano. Ese momento en que en la punta de los pies se juntaban el terror y la euforia. En caso de duda, lo mejor era hincar los pies y encogerse, hacer un *lynch* con el mar, como el abrazo de un combate, pero nunca darle la espalda. A la hora de la verdad, lo peor que uno podía hacer era dudar. Luis siempre brincaba. Todo había que decidirlo y ejecutarlo en el paréntesis del jadeo del mar. Iba con la ferrada, esa lámina de hierro que le permitía arrancarle a la piedra el mejor fruto, y volvía a saltar justo cuando la espuma ceñía todo el peñasco. Todo eso entre los dos tiempos de la respiración del mar. Y no lo vivía como una hazaña, sino como una broma. A los más veteranos no les gustaba que hiciese monerías en medio de aquel rugir bélico.

Cada ola de éstas, le dijo un día Mariñas para infundirle respeto, equivale a un impacto de treinta toneladas por metro cuadrado. Es la máquina más potente del universo.

¡Y no ha movido ese bígaro!

Ya no discutían más. Al fin y al cabo, Luis Terranova tenía derecho a reírse del mar. Cada uno se libra del miedo como puede.

Para salir del restaurante, Dez pasó a su lado sin saludarlos. Con el rostro forzado de la indiferencia hostil.

Ya hablarían en casa. Eso era lo que decía la mirada.

¿Por qué tenías que llevarlo allí?

¿Por qué no? Es mi amigo. Un amigo de la infancia. No tienes por qué tener celos.

Tú, ahora, eres mi ahijado. Eras asistente y ahora ahijado. ¡Un ascenso! Por eso estás en esta casa, porque yo soy el padrino y tú el ahijado. Ya sabes los cotilleos: Vas a tener que llevarte también al Hércules ese para casa. Y el caballo. Familia numerosa. ¿Quién va a pagar esa cuenta, Dez, la alfalfa del caballo de madera? Y así todo.

Como dirías tú, eso te pasa por relacionarte con gente vulgar.
¿Qué acabas de decir de celos? ¿Quién te crees tú que eres?

Era una noche demasiado cálida para la costa atlántica. Como si esperase la hora de los confiados, por detrás de las Sisargas apareció una armada tormentosa. Para quien quisiese verlo, el frente de nubarrones avanzaba en tiniebla maciza, como noche en la noche. Así que el primer relámpago se confundió con una avería celeste. Pero el trueno llegó de una santabárbara del mar. Todos vieron la flota de nubarrones. Y siguieron bailando.

Parte del resplandor se había posado en el traje blanco de Luis Terranova. Dejó que la corriente del asombro lo traspasase y después pegó en el hombro de Curtis un amigable puñetazo: Ahí lo tienes. Lo has hecho tú, Curtis. Has sido tú con la locomotora de plomo.

El mar, de repente, quería comerse las casas, pero la orquesta siguió tocando. Parecía un antiguo litigio. Cantaba Pucho Boedo. Luis Terranova se montó en la lancha voladora. También él cantaba la misma canción. Contra el viento. Ráfagas que afectaban a la perspectiva, que arrancaban las caras y dejaban sólo las expresiones. Únicamente el palco de la música y la barquita voladora aguantaban el paisaje. Y el feriante de la atracción, que estaba retirando la locomotora de plomo, porque, ahora sí, todos los brazos estaban peleando con el mar, arrancándole las barcas de la boca al oleaje, el feriante se volvió hacia Luis y fue al grano: ¡Se ha acabado el viaje!

Déjeme un poco más.

Sorprendido porque su voz de trueno no hubiese tenido un efecto fulminante, el feriante fue por vez primera a la caza de los ojos de aquel figurín vestido de traje blanco y con un pañuelo rojo al cuello. Curtis había dejado de empujar y el vuelo de la lancha disminuyó mucho. Era moreno, pero con unos ojos muy claros, acuáticos. El feriante sintió el impulso de hacer lo que nunca había hecho: gastar un petardo de la locomotora de plomo. Pero, por otra parte, no podía dejar de oír cantar a aquel muchacho, ahora que ya había finalizado la orquesta.

El viento se lo va a llevar todo. Esto, más que aire, es *airo*.

Tengo derecho a otra más, dijo Luis.

La tormenta estaba metiendo el mar en tierra.

Yo no respondo, le dijo a Curtis el dueño de la atracción. No respondo de esa lancha en la que va su amigo.

Fue entonces cuando aparecieron sus tres hijos rubios. Venían de ayudar a amarrar las embarcaciones y jadeaban empapados, como si vistiesen agua y grasa. Uno de ellos ayudó a su padre a desmontar el juego de la locomotora de plomo. Los otros dos, ignorando las protestas de Terranova, frenaron la lancha voladora.

¡Tengo derecho a otra!

¿Quieres acabar en el mar, como Faustino?

El otro rió la ocurrencia de su hermano. Faustino era un hombre de paja muy bien

dotado que arrojaban al mar en Carnaval. Después de la caída, quedaba por un tiempo a flote con su descomunal falo hacia arriba, como un mástil. Una procesión de plañideras lloraba la pérdida: ¡Se va el mejor! ¡Se va el mejor! Unos hombres reían y otros no.

Non che teño medo, moucho, respondió burlón Terranova. *Moucho, non che teño medo.*^[8]

Déjalo estar, dijo el padre de la lancha. Que se columpie las veces que quiera, mientras cante.

Y después escupió en sus manos, manchadas de grasa de los rodamientos de la locomotora de plomo: ¡Está caprichosa la noche!

Dez y Terranova

Encendió la luz de nuevo y se puso a leer sin convicción. Sólo se entretuvo un poco con los anuncios publicitarios. La mirada desvelada anda a su aire. Reparó en algo en lo que no se había fijado antes. La gran cantidad de anuncios de electrodomésticos, de colchones flexibles y de champús. En estos últimos se insistía en la calidad anticasca de los productos. Parecía que toda España se había puesto a lavarse la cabeza. Se había traído un lote de periódicos de la Delegación y estaba leyendo el *Abc*, editado en Madrid. También tenía el *Arriba*, órgano oficial de la Falange. Era su periódico, el portavoz doctrinal y el medio imprescindible para conocer las vibraciones de la jerarquía, de obligada lectura para un hombre de su posición y de su cargo. A veces se entretenía buscando pequeñas diferencias. El destacado o la ausencia de una noticia. El lenguaje de los silencios. El diario conservador y monárquico empezaba a introducir algún comentario sobre Europa, incluso favorable al europeísmo, concepto denostado por la prensa del Movimiento, encabezada por *Arriba*. El europeísmo era el caballo de Troya de la oposición, del enemigo, de los exiliados. En otra época, una época que ahora le parecía irreal, como si no acabase de concretar su estancia en ella, había escrito mucho sobre Europa, sobre la reconstrucción de un nuevo Sacro Imperio Romano Germánico. A partir del triunfo de Hitler, Mussolini y Franco, con la bendición del Papa. Era una referencia intelectual compartida por muchos. El pensamiento oficial. Alguna vez el tiempo le jugaba la mala pasada de volver con la espesura sudorosa y delirante de una epidemia, y le hacía creer que lo del Sacro Imperio era cosa de su imaginación, el único en España, en Europa, en el mundo, que había escrito semejantes cosas. Entonces tomaba la decisión, en su sueño, de montar en vehículos vacíos, fantasmagóricos, que por la noche lo conducían a todos y cada uno de los rincones donde había una hemeroteca o un archivo. Forzaba todas las puertas y expurgaba sus antiguas colaboraciones pronazis. Pero casi todo lo escrito era filonazi, una ristra interminable. El papel se multiplicaba, se reproducía. Él arrancaba y arrancaba. Él escribía lo mismo que todos, ¿o no? El juez, sin ir más lejos, sus amigos de la revista *Arbor*, católicos del Opus, el jurista de cabecera, ese Carl Schmitt, ¿no seguían hablando de lo mismo aunque de otra manera? Pero en su pesadilla, el juez Samos se volvía hacia él: ¿Cómo has escrito esas cosas, Dez?

¿Qué cosas?

¿Qué cosas van a ser? Esas alabanzas nazis. ¡Deberías haberte censurado, coño! Hay que saber contenerse. Cambiar de estilo.

¡Mira quién va a hablar!

Lo mío es diferente. Yo era un católico, ¿recuerdas? El *katechon*. El que marca la raya. Y en eso estoy.

¡Eh, un momento! Yo también soy *katechon*. Yo también marco la raya. Pongo las marcas rojas sobre las palabras. No es tan fácil mantener a raya a las palabras. Son

como cucarachas, como ratas. Andan por el subsuelo, por las alcantarillas, entre las tumbas. Son como insectos. Como bacterias. A los hombres es fácil pararles los pies, pero no es tan fácil ponerles límites a las palabras. Los silencios, las pausas, son parte del lenguaje. Un hombre en silencio, si está íntegro, es un peligro.

Deberías haberte censurado, Dez.

Y dale. Más de lo mismo. Aquello sí que tenía maldad, recomendarle control a un censor. También él, si quisiera, podía volver al pasado como perro al vómito. Recordarle a Samos quién había sido. El joven universitario, con ínfulas de intelectual católico, deudor de la idea de un Dios benevolente, remiso y vacilante aún en vísperas del golpe, como aquel día del incidente en la plaza de Pontevedra cuando tembló ante Arturo da Silva, el fontanero boxeador que le arrancó la pistola de las manos y la arrojó al mar del Orzán, con las armas no se juega, pollo pera, le dijo, y la lanzó por encima de las cabezas de los bañistas, una parábola que todos vieron, qué bochorno, y después bien que se vengó, cómo cambia el hombre en un mes, la súbita excitación del joven culto, católico, esteta, declamador, bibliógrafo, cómo se le inyectan los ojos en sangre, cómo él, que era un pusilánime, ahora tiene arranque para todo, el mismo Dez sorprendido, qué decisión, qué pisar firme, no le tiembla el pulso, uniformado y armado parece más alto, más fuerte, su voz discreta tiene ahora una nueva osadía. Ha conseguido el registro de mando. Está con él, ante las piras de libros en la explanada de la Dársena.

¡El divino sainete!

Manuel Curros Enríquez. ¡Ése, el primero!

¿Te acuerdas, Samos?

No sabía por qué escogía a Samos como rival en aquella pesadilla, en aquella noche de horas viscosas, de reloj derritiéndose. Por qué mantenía aquel diálogo tan tenso, siendo como eran del mismo bando, de la misma opinión. En todo caso, siempre acababa igual. La simple mención de la quema de libros difuminaba el cuadro. Todos los personajes enmudecían. Desaparecían. Se clausuraba la pesadilla. Sin que hubiese una consigna específica. No se habían reunido adrede para decidir el silencio perpetuo, ni tampoco había surgido como iniciativa de una reunión. Simplemente, la quema había dejado de existir. El pacto de silencio llegaba hasta el inconsciente.

Nº 5 Chanel París.

Todo se resumía en aquel frasco.

Ocupaba una plana entera del *Abc*.

Tenía la categoría de un suceso extraño que atraía toda la atención de los ojos. Se dio cuenta de que los ojos le desobedecían, no le interesaban nada ni los artículos, ni las informaciones de los pliegos lúgubres y doctrinarios del *Arriba*. Las novedades, el hechizo, estaban en la publicidad emergente.

Al censor le gustaría tener aquel frasco en la mano.

Sí, el *Abc* tenía mucha más publicidad y en su papel más satinado y con mejor

impresión relucían los reclamos y se oía tintinear el dinero en acción por los grandes espacios: las parcelas para chalés en Torreldones, atención novias de médicos, ingenieros y profesionales, venid a visitar los pisos en construcción en el Barrio del Pilar. Más champús, más colchones flexibles, más electrodomésticos. En las páginas de ocio, los ojos se demoraron en los grandes reclamos de los locales nocturnos de moda en Madrid, como el Cisne Negro y el Molino Rojo. Uno de los anuncios era de un refrigerador, Kelvinator, y junto al aparato aparecía una mujer muy sonriente con un banderín USA en una mano y el de España en la otra. Se levantó. En la nevera sólo había una coliflor y un plato con migas de bacalao. Las dos cosas tenían un color amarillento, como teñidas por la luz interior de una cárcel. Había pasado la noche «de imaginaria», como él llamaba, en el argot militar, a no haber dormido, a dar vueltas en la cama. Ahora cerró el refrigerador con rabia y se lanzó a ir y venir por el pasillo con un andar ciclotímico, pasando de un estado pesaroso, deliberante, en el que ensayaba algo tan difícil como una excusa seductora, a un progresivo estado de guerra. La manera de andar iba acompasada al ánimo. Hubo un paréntesis. Puso un momento *La favorita* en el tocadiscos y se sentó en el sofá, a la espera, con la secreta esperanza de que de la espesura de la música surgiese el sonido de la llegada de Luis Terranova, el girar de la llave, ese abrir una puerta que lo cambia todo. Murmuró matices de arrepentimiento. Se sintió alegre. Bien. Su canturreo acompañaba la romanza. *Vien, Leonora, a' piedi tuoi serto e soglio*. ¿Qué importaba la hora? ¿A quién le podía molestar lo sublime? Tranquilizaos, dormid todos, cabestros, mientras el Alto Estado Mayor del Bel Canto, en permanente imaginaria, delibera el destino de un príncipe, en una sala de cortinas de pliegues turbulentos, como el cielo bélico y fastuoso de Sotomayor en los cuadros de realzados gerifaltes. Eso es lo que se llama tener de mano a un pintor. Poner por las alturas al retaco. Al acabar la música se puso en pie y se acercó a la ventana. Él se imaginaba así, a gusto, en un retrato de Sotomayor. Vencedores pintados con pintura vencedora. Garantía de salir bien plantado. Claro que Sotomayor, director general de Bellas Artes, era para él inaccesible. El generalato de la pintura. ¿Dónde estaban sus discípulos? Entre los que conocía no había ninguno que le gustase. Que diese la talla, sin ser un decadente o un abstracto. Chelo Vidal, sí, era buena pintora. Nada que ver con la escuela de Sotomayor, claro, su atmósfera era medio naïf, como la de Chagall. Su realismo tenía misterio. Ésa era la palabra. Ahora que lo pensaba, era una artista que le añadía un aura al lienzo. Tenía razón el juez. Debía darse más a conocer. Salir de la provincia. Y cambiar de asunto. No se iba a pasar toda la vida pintando aquellas mujeres con cosas encima de la cabeza. Aunque lo hacía de una manera especial. No, no eran estampas típicas. No era pintura folclórica. Las mujeres que ella encontraba por ahí tenían después, en el lienzo, algo de diosas. Era agudo aquel tipo de la Naviera que le compraba todo. Antes de que acabase el cuadro, él ya se lo tenía colocado. Judíos, le había dicho un día Ren, lacónico. Ese tipo, el de la Naviera, tenía algo de judío. Loureiro, se apellida. Dicen que los que tienen nombres de árboles son de origen

judío. Maceiras, Carballo, Pexegueiro, Nespereira, Freixo, Salgueiro...^[9] ¿Salgueiro? Claro que, con esa suposición, la mitad de Galicia era judía. Mucho que mirar. Ese Ren no se fía ni de su sombra. Eso tampoco es vida. Ni de los muertos se fía. Él ya le había dicho que tenía que tranquilizarse. No vas a dejar ni un enemigo, Ren. Deja por lo menos un cojo, para un museo. No lledes tan lejos el deber. Eso le dijo, de broma. Pero él no tenía muy desarrollada esa parte humorística del cerebro. No es por deber, respondió. Es porque me gusta. Todos tenemos nuestros placeres, y el mío es ése. Un día tuvo que pararle los pies. A causa de Luis Terranova, mira tú por dónde. Ese asistente tuyo, el cantarín...

Eso es cosa mía, Ren. Es mi ahijado. ¿No te lo había dicho, Ren, que es mi ahijado? Creo que ya te lo expliqué.

Le iba a soltar: *Gilda* tiene un ahijado. Porque todo se sabe, y el comandante Dez también tiene sus orejas por ahí. Grandes orejas. Y una de esas orejas le había hecho la confidencia. Cuando se bebe de más, hasta los mudos se vuelven charlatanes. Y eso fue lo que le pasó a él, que se le escapó lo de Gilda cuando estaban hablando del personal que trabajaba en Censura. Después enmendó que no iba por nadie en particular, pero los chismorreos tienen pegamento.

Todos tenemos nuestras cosas, Ren. Yo tengo un asistente como tantos otros. Es limpio, servicial. Y si le pido que cante, canta. Incluso el *Amado mío*, como Gilda, como Rita Hayworth en plan striptease. Canta muy bien, pero no tengo que forzarlo. ¿Entendido, Ren?

Refunfuñó un poco y se calló. Entendido.

Sí. Eran viejos amigos, el juez y él. Aquél se había agenciado una de las hembras más hermosas de Coruña. No es que estuviese muy a la vista, había que verla y él la vio. Buena puntería, la de Ricardo Samos. Una mujer artista y deportista a un tiempo. Moderna, pero no a lo *modern style*. Una mujer futurista, pensó, y se echó a reír. Él también había sido poeta futurista. Unos meses, como Eugenio Montes. ¿Qué había sido del futurismo? En los refrigeradores. Él lo encontraba en los anuncios de electrodomésticos. Sí. Artista y nadadora. Había conocido a Chelo Vidal antes de la guerra. Era una de las sirenas que nadaron de Coruña a Ferrol. El juez era un tritón. También él, Dez, lo era. Volvió a reírse solo: a su manera. Así que el juez la vio, como quien dice, en el mar. Después coincidieron en una exposición. Una antología de mujeres pintoras. La República le daba muchas ínfulas al cuento ese de las mujeres libres. Y allí estaban María Corredoira, Maruja Mallo, Elena Olmos, Lolita Díaz Valiño y otras. Entre esas otras, entre las no conocidas, Chelo Vidal. Por aquel entonces utilizaba un seudónimo, ¿cómo era? Bah, da igual. Allí estaba. Samos la miró más a ella que a los cuadros. Y eso que los cuadros no eran malos. En lo que se había fijado mucho él, Dez, era en el vestido de Chelo. Cada uno tiene sus intereses. Ahora, en Censura, le divertía mucho ir a medir las faldas y los escotes de las cupletistas. En aquella ocasión Chelo Vidal llevaba un vestido pantalón de rayón negro. Las perneras muy anchas, como dos faldas mestizas. En el talle, un cinturón de

esparto, con la forma de un cordón marinero. La sisa conseguía el efecto de resaltar los brazos crol de Chelo Vidal. El conjunto era un estilo *garçonne*. Todo tan natural, tan sencillo, que era lo más provocativo. ¿Adónde iría a parar aquel vestido pantalón de rayón negro? La guerra sepultó aquellas alegrías y pasarían muchos años hasta que una mujer, incluso Chelo Vidal, se atreviese a llevar pantalones en público. Él, para provocar, decía que le gustaban las mujeres en pantalones. Las mujeres que vestían como hombres. Era algo que perturbaba a sus machos. Qué carajo, él podía tomarse esas libertades. Era de los vencedores, y no uno cualquiera. Sí, claro que de Censura, pero tengo mis gustos. Y mis intimidades en el ropero. Esto último no lo decía, claro. De no hacer lo que hacía, podría ser un experto en moda. El caso es que Ricardo Samos y Chelo Vidal tenían algo de parentesco, un remoto vínculo por parte del padre de ella y la madre de él. Medio primos. Sí, recuerda los ojos y las palabras ardientes de Samos cuando se encandiló con la artista de rayón negro. ¡Esta prima mía está para un crimen! Eso sí que era un piropo. A ella la guerra la pilló en Francia, con una beca que el Gobierno le había dado a un grupo de artistas jóvenes. Pero no hizo como muchos. Ella regresó después de la victoria. Era artista pero no tenía tacha. No se le encontró. Excepto lo de su hermano. Ese fotógrafo tarambana. El tal Leica era amigo de Huici, que había hecho de su sastrería un nido de vanguardias y que acabó como acabó. Así que Leica salvó el pellejo por su hermana y por la boda. Era un real mozo, por cierto. También él acabaría casándose con la hija de un jerarca local. Loquita por él. Debe de ser un buen gallo. Ella procura no dejarlo ni a sol ni a sombra. Y aun así, eso que me contaron, eso es para poner caliente hasta a una piedra. Cuando fue a fotografiar en los jardines del pazo de Mariñán a una pareja que se acababa de casar, derechitos desde la iglesia. Primero, fotos a los dos, así, sonrientes. Y ahora la novia sola. Lleva su tiempo, mover ese traje blanco, de tul, sin arrastrar la enorme cola. Eso es normal. El novio va yendo, se marcha antes, a organizar el banquete. Él, el fotógrafo, y la novia se quedan solos trabajando con la luz. La manera de mirar, no me mires, ahora mírame. El rozarse, el pelo mejor así, aparta el ramo, más bonito el escote que el ramo y claro, aquel de la sesión fotográfica de la boda era un día de calor, de muchos aromas a la orilla del Mandeo, un día de los Caneiros, cualquier cosa podía pasar y pasó. Pensaban que estaban solos. Él de pie, y ella montada en él, envueltos en el tul, la espalda de ella apoyada en el tronco del viejo árbol de Júpiter, meneando los grandes racimos de flores rosadas. La foto que se hicieron. Ésa fue buena, memorable. A lo mejor no fue junto al árbol de Júpiter, sino bajo las grandes viseras del abeto del Cáucaso. O del cedro elegante. Funcionaba bien con cualquier árbol, aunque él prefería el de las flores rosadas. El caso es que menearon los cuerpos y las ramas. Aquel relato que Dez había ido adornando, surgido de un rumor impreciso, tenía gran éxito en las veladas nocturnas, sobre todo entre los matrimonios de gente bien. Él evitaba las palabras groseras, pero utilizaba filigranas francesas, copiadas de las desaparecidas novelas eróticas, *coup de foudre*, *coup de folie*, el *coup* creaba ambiente. Ponía todo el énfasis en la descripción del movimiento

acompañado de las flores rosadas y el tul, y podía ir viendo la jubilosa turbación, el cambio de color en los rostros. Gozaba con aquel gozo de los escandalizados. El de oír al censor, con cualidades de vate, contar aquel *coup sur coup* del *s'accoupler* bajo el árbol del fotógrafo de boda y la novia recién casada.

Por supuesto, nunca contaba ese elaborado chisme si estaban presentes Ricardo Samos y Chelo Vidal. Sentía por ella, por la pintora, una confesada admiración. Tenía la presencia de una gran dama con aquel atractivo de la muchacha venida de Cuba y con un toque, tenue como la sombra de un lápiz de ojos, del ligero contacto con la bohemia artística de la ciudad republicana. Pero ella siempre había colocado el arte por encima de todo. Iba a lo suyo. Lo más revolucionario que Chelo había hecho, pensó Dez, era ponerse aquel vestido de rayón y dejar tocado para siempre a Samos, porque no era fácil que una mujer alterase el ritmo del corazón de Samos. Se había confesado con él. Primero exclamó aquello, inaudito viniendo de quien venía: ¡Esta prima mía está para un crimen! Y después le dijo con determinación: Ésta va a ser mi mujer. Por aquel entonces él, Dez, ya era falangista, pero Samos, el futuro juez, aún andaba en el mundo de las ideas, tenía aquella pretensión de intelectual y colaboraba en las revistas *Acción Española* e *Integralismo Lusitano*, promovidas por dos grupos monárquicos y católicos que pretendían una hermandad conservadora ibérica. La Ciudad de Dios, mantenía entonces Samos, iba contra la «agresividad primitiva» de los falangistas, aunque les reconocía un «encanto bárbaro». Así que Dez se burlaba de él: Si quieres acción, acción de verdad, ya sabes con quién tienes que hablar. Pero fueron los libros, no la insistencia de Dez, lo que llevó a Samos a sumarse como fascista a la conspiración contra la República. El descubrimiento de Carl Schmitt, de *don Carlos*. Cuando pasaban por la plaza de la Mina, donde colgaba la gigantesca bandera con la esvástica de la delegación del consulado alemán, él hacía a propósito el saludo romano, lo que al principio ponía nervioso a Samos. Él tenía aquel prejuicio católico contra los nazis. Pero eso se le pasó gracias a la lectura de Schmitt. Porque fue aquel *don Carlos* quien lo llevó de vuelta a Donoso Cortés y a Joseph de Maistre. Ésa fue la pócima que transformó a Samos.

Ahora el comandante Dez se levanta y va hacia el tocadiscos. *La favorita* había acabado, pero el disco seguía girando. Aquella avería le resultaba fastidiosa. En general, la desobediencia de los aparatos averiados. Aquel chirrido desganao, inaudible casi, se agrandaba como el gemido de un eje en la espesura de la noche. Ya le había avisado a Luis Terranova de que lo llevase a arreglar.

No es nada.

¿Cómo que no es nada?

Sólo hay que mover el brazo y llevarlo a su sitio.

¿Por qué me llevas siempre la contraria?

No te llevo la contraria. Pienso distinto.

Lo que se produjo, pensaba, había sido una atracción eléctrica, la de los

contrarios. Al menos por su parte. Lo que a él le irritaba, a Terranova le hacía reír. Siempre sería un enigma. Simple e irresistible. Un cuerpo imantado. Eso, electricidad. Los cuerpos iban a su aire, ignorándose, jugando a las distancias o en una lucha directa por entrar el uno en el otro, ajustarse, curvas y ángulos, huesos, músculos, huecos, ventosas. Una forja de la simetría. Ad líbitum.

¿Qué has dicho?

Ad líbitum.

Tú eres un loco. Un degenerado.

Degenerado. Cuánto le gustaba, en ese instante, que le dijese eso. Era una de sus palabras «oficiales», de esas que él utilizaba habitualmente cuando se trataba de calificar lo que no era aceptable. Degenerado. ¡Con qué gozo había hablado del arte degenerado de las vanguardias como síntoma de la enfermedad social, de la decadencia de Occidente! Le gustaba utilizar un tono de viril arenga en los actos culturales, sobre todo cuando se encontraba en un ambiente tibio, maestrillas que andarían leyendo a escondidas vete tú a saber qué de la condesa de Pardo Bazán y de Benito Pérez Galdós, o artistillas con el demonio informalista dentro, con esa peligrosa cara de hambre de los que sueñan con comerse el mundo de las formas. Cuando llegó la orden de cerrar la revista *Atlántida*, hacía poco de eso pues había coincidido con la caída en desgracia en Madrid de Dionisio Ridruejo y otros con la sesera reblandecida, él fue uno de los que le transmitieron la decisión al equipo promotor, y con qué placer repitió el anatema del censor mayor: «¡Mariconada existencialista!». Eso sí, aclaró que no era su opinión. Allí estaba, entre otros, Sada. Ése sí que era un gran pintor, podía decirse que era la pintura misma, lástima que no hiciese retratos, pero se fue a pique y ya no consiguió salir a flote. Otro que no había sabido catapultarse. Y eso que le habían hecho el encargo de pintar los interiores del *Azor*, el yate del Caudillo. Pues ni así. Allí lo tenían catalogado, entre la «mariconada existencialista». Cuando tocaba a rebato, las palabras las primeras. Firmes, en fila. Él ya se lo había advertido con el último número, el dedicado a Valle-Inclán, que estaban en la «línea roja». No. Las maestrillas y los artistillas no se imaginaban qué placer sentía cuando condenaba el «arte degenerado». Su expresión era de asco, pero por dentro lo sacudía un calambre. Ese estremecimiento interior que sintió cuando desde la Dirección General escuchó hablar de la «mariconada existencialista» de *Atlántida*. Amasaba esas palabras enemigas. Palabras que después vertería con saliva, fermentada en migas saladas, en el oído de Terranova: degenerado, existencialista, desmandado.

Compartían la fascinación por la música. Era algo que le emocionaba, tenía que confesarlo. Llegar y sorprender a Luis Terranova escuchando los *lieder* de Schubert, aquel *Die Forelle*, la canción de la trucha, con los ojos muy abiertos, sin párpados, como un pez que estuviese viendo los sonidos en la casa inundada. Absorto, inmóvil, respirando la música por la piel. Y la voz. Su voz lo enloquecía. Dez era exigente, muy exigente. Sabía dónde había una voz, una verdadera voz. Hacía ya algún tiempo,

cuando se lo llevó a vivir con él, le había encontrado dos buenos profesores. Uno de solfeo y otro de canto. Y ambos coincidían. Lo tenía todo, voz y talento para triunfar. Pero Terranova, en el fondo, se mofaba del bel canto. Siempre con aquella burla en los ojos. No tenía ambición. No estaba a la altura. Debería haberse dado cuenta antes. Quizá fue absurdo llevarlo por el buen camino. Le había conseguido algunas actuaciones. Conciertos benéficos por Navidad y ocasiones así. Podría conseguirle más si él pusiese todo su empeño. No había sido un desastre, no. Nadie podría decir de él que hiciera lo que el potentado Kane con su querida, intentar convertir aquella voz de gallina en una estrella de la ópera. Luis Terranova lo hacía bien. Gustaba. A él se le abrían las carnes al verlo salir al escenario con aquella corbata de mariposa. Vivía con un goce especial las actuaciones de Terranova en las fiestas privadas, fuese en hoteles o en pazos y chalés de la alta sociedad. Compartía los aplausos. Era felicitado por la valía de su protegido. En ese instante, no le importaban los chismorreos. No ponía interés en aclarar el tránsito de Terranova de asistente a sobrino o ahijado y, finalmente, a protegido artístico. Él estaba orgulloso. Luis Terranova gustaba por igual a hombres y mujeres. Pero era de su propiedad. Eso estaba claro. Permitía los coqueteos, incluso pequeñas aventuras de seducción, juegos de adulterio, en aquellas fiestas de las grandes mansiones. Terranova era un bombón, un tipo guapo y simpático, ideal para devorar en las noches locas de los ricos aburridos. El censor se encontraba cómodo en ese juego. Las espinas de los celos le producían un placer airado. Saboreaba sus celos como la antesala de lo que él llamaba sesiones de adiestramiento, de doma y conquista.

Así pasaron varios años. Los dos con una doble vida, pero Dez estaba seguro de que controlaba la situación. Terranova vivía acostumbrado al papel que le había asignado. Y había algo muy importante, que casi nadie sabía, y que era un secreto con muchos candados. Terranova había sido esclavizado. Por muy fuerte que eso sonase, era así. Terranova sabía que no había vida fuera del dominio de Dez. Como una oveja asustada, había ido enredándose en su propia cuerda.

Las casas tienen la tendencia a no caer, decía un aforismo humorístico que él utilizaba en las charlas patrióticas, cuando las Naciones Unidas condenaron el Régimen, y que ahora le venía a su mente de censor. Como una paradoja. Porque su casa, su construcción, estaba derrumbándose. Luis Terranova se le presentó un día en el despacho de Censura, lo miró a los ojos y le dijo que quería vivir su propia vida. No supo cómo interpretarlo. Llevaba puesta la corbata de mariposa azul noche con hilos plateados. No deberías ponerte eso durante el día, pierde encanto, le contestó él. Su propia vida. Empezando por el trabajo. Se acabaron esas actuaciones ulcerosas. Se acabó el bel canto, Tomás. Voy a cantar para una orquesta de verbenas. Sí. A él lo que le gustaba era cantar en las verbenas de los barrios, que un vocalista amigo, ese Pucho Boedo, lo invitase a subir al palco y que la gente preguntase quién era ese que acababa de pasar y que alguien dijese: «Uno que canta como Pucho Boedo». Eso era el triunfo para él. Que lo comparasen con Pucho Boedo. Triunfar en las verbenas o en

los salones. O bordar un tango la noche del domingo en La Chaparrita, allá, en la pista del puente del Pasaje. Ahora andaba con la obsesión de participar y ganar en el concurso radiofónico ese, el del *Desfile de Estrellas*, que estaba tan de moda.

Qué infantil eres. ¿Qué vas a hacer tú en *Desfile de Estrellas*?

No te preocupes. No voy a cantar la *cabaletta* de Violeta.

Quizá había reaccionado con demasiada virulencia. Sólo fue un puñetazo. Lo que pasa es que era frágil. Tenía la nariz de cristal y salpicó sangre. Lo hacía por él. Para que se sacudiese la vulgaridad y tuviese un horizonte más elevado. También se le había ido la mano el día que llevó a casa al amigo aquel, el *cowboy* de las fotos, el Hércules del Papagaio.

No quiero volver a ver a ese gañán.

La casa tiene tendencia a no caer. Apareció en su despacho elegantemente vestido. Era la primera visita de Terranova desde aquella vez en que lo convocara para explicarle su delicada situación. Habían pasado años. Había conseguido su propósito. Tomar posesión de él. Gobernaba su vida y gozaba su cuerpo. Y manteniendo el poder, el cargo, la consideración social. ¿Para qué se había presentado allí? ¿Para decirle que la casa estaba en ruinas?

Eres un pobre desgraciado. Te voy a aplastar como a una lombriz. Acabarás en una cárcel para maricas o con una bala por el culo arriba.

Sólo quiero vivir mi vida. Seguir mi camino.

La cabra siempre tira al monte, ¿a que sí?

Tomás Dez se dirigió a la ventana. Ahora la tormenta parecía arrancar, de los tejados de la Ciudad Vieja, un chillar de ratones. El vendaval les impedía a los nubarrones, desgarrados del jergón del mar, tapar las primeras grietas del amanecer.

Si no fuese tan inconsciente, tan asilvestrado, tan. Al fin encontró la palabra que una parte silenciosa de su mente buscaba en la vigilia. Tan ingrato. Repitió en voz lo suficientemente alta como para que sonase a desagravio. ¡Tan ingrato! ¿Qué hacía él toda la noche en vela, martirizándose, mientras el macaco andaba por ahí suelto? Martirio, martirio, martirio, ésa era la palabra. A partir de ese instante, su deambular por la casa, a paso de procesión, se convirtió en un juicio sumarísimo. Su andar recuperó la medida y su cuerpo la figura. Cada paso que daba era un nuevo cargo contra Luis Terranova. Por fin se sentía bien. El jefe tomaba el mando sobre la plaza del cuerpo débil, canalla, desmandado. Sí, se sentía bien. Como cuando dominó el escenario, tensó a la platea, silenció el frufrú de los poemas domingueros, ese rozar de telas de las menudencias, y llevó no la emoción, sino el miedo, al festival literario organizado por el grupo Amanecer. Era una fiesta de primavera en la que todo transcurría de forma primaveral. Había un ambiente distendido, incluso de broma. Uno de los participantes recitó un poema con el estribillo de un ignorante: «¿Dónde está la llave?». Hasta que alguien entre el público soltó: «¡La tengo yo aquí, en los cojones!». La organización era afecta al Régimen, pero se notaba que había pasado el

tiempo de los ardorosos himnos patrióticos. Él estaba nervioso, andaba también con unas hojitas «primaverales» en la mano. Había sido invitado por una conocida de la infancia, una persona simple metida a poetisa que un día había cometido la ingenuidad de declararse «grávida de poesía», tras ser poseída en la plaza de las Bárbaras, en un paseo nocturno, por el espectro de Gustavo Adolfo Bécquer. El caso es que ella se había ofrecido como mensajera para invitarlo al festival. Le dijo: ¡Ay, Dez! Censor y poeta, ¡qué apasionante! Sí, para ella todo era apasionante. Y enseguida vería también en su rostro el miedo. Porque, cuando fue anunciado, sólo como poeta, claro, no como censor, alguien en su interior olvidó las hojitas primaverales y mató los nervios. Era el jefe quien tomaba el mando. Y su voz entró como un cañón en el festival. Acabó con las sonrisas y el frufrú.

*Mi mente se ha hecho exacta, definida, segura,
lejos de toda niebla de vaga realidad.
La Guerra es casta y dura
como es dura y casta la verdad.*

Era el *Poema de la Bestia y el Ángel*, la contribución de José María Pemán a la «guerra santa» contra la satánica República. Era un poema de ellos, de los victoriosos que llenaban el auditorio. Y aun así estaban confusos. Confusos en la primavera. Estupefactos. Tardaron en aplaudir. Cómo gozó de aquel lírico temblor.

Preparó un café. Sí, se sentía bien. La sentencia estaba clara. Ese canalla se iba a acordar para siempre de Tomás Dez. Iba a meterle la espesura de la noche por la boca. Tenía que hacer una llamada. Ren respondió de inmediato. Seguiría durmiendo así. Como él decía, con los «dos bichos al lado». El teléfono y la pistola. Sí, era un servicio, un favor, después de tantos años. Sí, con el coche. Y una manta para la tapicería. Después fue a vestirse. Por lo menos los zapatos estaban brillantes. Sonrió como si se mirase en un espejo. No, no, no, les dijo a los zapatos, no me vengáis con clemencias. Ahora su andar era marcial. Se sentía bien pisando firme. Miró a su alrededor. Su poder de seducción se había hecho con toda la casa y él tendría que reconquistarla. Luis Terranova había ido tejiendo una complicidad con las cosas. Claro. Era el que más tiempo estaba con ellas. Les consentía las averías. Ahora, a la hora del alba, las cosas permanecían insomnes y precavidas. Distanciadas. Estarían esperando a que se marchase para comenzar a cotillear. Ése sería también el cálculo de Terranova. Que se iría temprano. A tomar el café y leer la prensa en el café Oriental, o en el Alcázar, junto a la Delegación. Pues no. No se iba a marchar.

Oyó cómo la cerradura silenciaba su propio mecanismo. La complicidad. A él le sería imposible abrir la puerta con ese silencio.

Luis Terranova traía un petate de marinero. Vacío. Vio allí a Dez, entre el alba y la espesura, con los brazos cruzados, tieso. Qué curioso, pensó: lo primero que distinguió en la oscuridad fueron los zapatos negros. Los zapatos que él mismo había

limpiado. Buen trabajo. Lo hacía casi tan bien como el limpia del Cantón Bar.

Decidió ir a su cuarto y hacer lo que tenía pensado. Marcharse con sus cosas. Sus propiedades cabían de sobra en una bolsa de lona. No se llevaría ninguno de los regalos, ni un pañuelo. Podría no haber regresado. Ahora que lo pensaba, que había visto el espectro de Dez como una armadura junto al perchero, hubiera sido mejor. Pero su intención era dejar un signo de despedida. Me fui como llegué.

¿Adónde vas? ¿A cantar en la calle?

Adiós, Dez. Ya no soy tu asistente. Ni tu ahijado. Ni el hijo de tus caseros. Ni tu sobrino. Ni tu protegido. Se acabó el esclavo. Toni, el segundo payaso. Ya he pagado con creces el favor.

Le hincó la mano como una zarpa en el hombro.

¿Esclavitud? Ése no es un sublime adiós, Terranova. Después de tantos años, qué menos que una canción de castrado.

Estaba a dos pasos de la puerta. Se volvió de repente y le dio un golpe con la bolsa de lona. Poco golpe para detener la maquinaria engrasada de Dez. Lo agarró por el pelo cuando estaba a punto de alcanzar la salida.

Ya te he dicho que te deberías cortar el pelo como los hombres. ¿Te acuerdas de lo que te he enseñado? La fuerza pulmonar del hombre para una voz infantil. Tú sabes imitarlos. ¡Hazme de Gaetano Caffarelli en la Capilla Sixtina!

La presión en la cabeza y en el cuello lo obligó a caer de rodillas. Dez cerró la puerta de una patada. El primer puñetazo fue directo a buscar la desfiguración. Luis oyó el estallido de su nariz como si formase parte de un derrumbamiento en el que el techo se viniese abajo. Quizá tanta sangre vendría del resquebrajarse de las vigas. Tiñó de lunares las solapas de la chaqueta clara.

Ahora no vas a poder hacer el número del castrado. Canta algo de la tierra. ¿Cómo era aquella canción, Terranova? Aquella que me cantaste para darme celos. Sí, no pongas esa cara, ahora sí que estás feo.

Suéltame el pelo, ¿quieres, Dez? Me duele más que la nariz.

Le dio un tirón más fuerte. Un mechón de pelo en la mano.

Eso sí que duele, balbuceó Terranova.

Me enamoré de un espino... ¿Cómo era aquella canción, Terranova? Cántamela otra vez. La flor que se fue. No. Así no era. ¿Recuerdas? Bien que presumías. ¡Alalá de Pontevedra!

Mal fai aquel que namora...

Así, así.

... cousas que do vento son.

Bien, bien. Ya tenemos el sublime adiós. Ahora ya te puedo partir la boca en paz.

Si me haces más daño no podré ir al concurso radiofónico a cantar la *cabaletta*.

Había una burla inocente, indefensa, en los ojos de Luis Terranova. Dez reparó por un instante en la sangre que seguía borboteando por la espesura de las fosas nasales. Era el color de una pira.

Te voy a llevar a curar, dijo sin soltarlo.

No, no. Iré yo solo.

¿Solo? Tú no vas a ninguna parte solo. ¿Crees que estoy loco, Terranova?

No te preocupes, Dez. No hablaré con nadie. Me meteré en un agujero y no saldré hasta estar curado. Te lo juro. Déjame marchar, Dez.

Me gustas así, manso. No se hable más. Vamos a ir a un curandero, mi rubiales. Vamos a arreglar esa nariz de querubín.

Luis Terranova hizo un último intento por huir cuando al llegar a la calle vio aquel coche negro y, al abrir la puerta de atrás, a un tipo corpulento, con sombrero y gabán color ceniza. Lo sujetaron entre los dos, lo tumbaron en el asiento trasero y se quedó inmóvil al sentir en el cuello, debajo de la oreja, la fortísima presión del cañón. Le pareció que lo había penetrado una bala sin que tuviese que ser disparada.

Fue en la ladera oeste del monte del faro donde le dieron la paliza. Lo último que recuerda haber oído es un sonido propio que venía de fuera. El castañetear de dientes. El castañetear de sus dientes. Luego escuchó una voz que pertenecía ya a la inconsciencia: ¡No vas a volver a cantar en la vida, Terranova! Y lo primero que oyó cuando despertó fue en realidad una visión: los destellos de luz del faro.

¡Más alto! No se oye. ¡Más alto!

El segundo combate de Curtis

Luis Terranova traía un terror cristalizado en la cara. La helada de la noche encima de la paliza. Curtis corrió a abrir en cuanto oyó el morse de la aldaba. Lo sentó en el centro de la habitación, bajo la lámpara. Así era la casita del callejón de Atocha Baja, una única estancia con cocina y baño, una especie de cuadrilátero al que le habían crecido paredes y un tejado. Sentado y todo, Luis seguía cobijado en aquel centro de la lámpara. Las manos entre los muslos, en la ingle. El instinto de proteger sus partes. Casi no era capaz de hablar. Borboteaba palabras salpicadas con sangre por los huecos de los dientes rotos. Pero él no paraba. Sabía que Curtis entendía cada uno de sus trinos. Que podía remendar las onomatopeyas, las palabras malheridas. El rostro tumefacto, las calvas con costra de sangre en las guedejas de pelo arrancadas a tirones, los labios partidos. Se habían ensañado en la parte de la boca. Quizá por eso Luis Terranova no dejaba de intentar hablar. En añicos, en gárgaras. Estaba verificando si vivía. Cantaba un tango balbuciente, una canción propia hecha con fragmentos inconexos de diferentes piezas, jirones de *Cuesta abajo*, de *Ríe payaso*, de *Chessman*, que iban cobrando cierto sentido. No hacía falta que las pronunciase bien. Curtis le entendía todo. Podía verle las palabras abriéndose paso entre los coágulos, chapoteando en la saliva. Le dio un trago. Tenía razón Arturo da Silva. La esfera del mundo cambia de sitio, pero siempre hay una en el hueco de la boca de Luis Terranova.

No bebas. Es para enjuagar y escupir. Escupe despacio.

Eche, mozo, más champán...

Ya sabía él lo que había que cantar.

Ahora sí que parezco un boxeador, ¿eh, Curtis? Si me viese Arturo da Silva, aún me reñiría. Me diría: Tienes la cara del color de la carne cruda. ¿Cómo te macharon así? ¿Por qué no guardaste las distancias? ¿Por qué no hiciste la finta, por qué no les abriste el pasillo del vacío?

No me dio tiempo, Arturo. Eso es lo que le diría si viniese por ahí Arturo da Silva. Iba a abrirles el pasillo del vacío, Arturo, pero me faltó un nada de tiempo.

Ese nada es decisivo, diría Arturo. Por un nada puedes estar vivo o muerto.

Curtis había llenado una bañera de cinc con agua templada. Preparó el brasero y se lo puso al lado. Lo descalzó y le ayudó a desnudarse. Limpió las heridas. Puso yodo. Le cortó el pelo para hacerle mejor las curas en la cabeza. Le cosió una ceja. Tres puntos en vivo. Y al tiempo que lo hacía, Curtis iba componiéndole el futuro. Sabía que, tras su apariencia frágil, Terranova era duro. Fue él quien le había enseñado a dejar salir las espinas de los erizos sin descarnar los dedos.

Reconoció el caballo de madera en un rincón de la habitación. Dijo: ¡Estás ahí, Carirí! Y el caballo respondió con el afecto de las cosas inanimadas cuando se les llama por un nombre. Hizo que Terranova se deshiciese de una vez del terror

cristalizado y que sonriese para una foto. Estaba recordando a aquel otro fotógrafo ambulante que, golpeado por un tranvía, cayó herido al suelo con su caballo de madera. ¡Al hospital, al hospital!, gritó un testigo que había acudido a ayudar viendo a aquel hombre muy malherido. El fotógrafo alzó la cabeza con dificultad y dijo: ¡Nada de hospital! ¡A la fábrica de caballos!

Llévame al taller de caballos, murmuró Luis Terranova. Un curandero con cartón y engrudo. Curtis sonrió. Curtis sabía de qué iba aquella historia. Muchas veces se habían detenido en aquel rincón, entre Troncoso y Nosa Señora do Rosario, donde estaba la fábrica de caballos. Los había de muchos tamaños. Desde el caballito de llavero al caballo de carrusel y fotógrafo. También sería una bonita tarjeta: Vicente Curtis, *Hércules*, boxeador y fabricante de caballos. Intentó estirar los dedos de las manos, pero el índice y el corazón de la derecha no le respondían. Se los habían doblado hasta hacerlos estallar. Un reparador de caballos, dijo. O mejor aún, uno de esos que desecan animales. Un taxidermista. ¿Podré dormir ahí, Curtis, con el caballo? A esperar a que pase todo. Ya nunca pasará todo, ¿no es así, Curtis? Ahora sí que debo de tener una pinta interesante. Los colores de la carne cruda. Una pinta cubista. Ahora voy a aprovechar mejor el espejo, Curtis.

Y era verdad. En la casa de Atocha Baja sólo había un pequeño espejo, el que Curtis usaba para afeitarse, y estaba roto, unido por un esparadrapo, aunque el pedazo intacto era suficiente. Tenía la medida de una hoja de afeitar.

Manlle se movía con poca luz. Fumaba un habano y parecía no tener prisa por nada, como el humo, que se iba espesando lentamente, formando una campana blancuzca en el entresuelo de la nave portuaria. Tenía una filosofía. Y entonces se tomaba un tiempo para explicar su filosofía. No era un hombre para el que los negocios fuesen solamente negocios. Eran un asunto personal. Él nunca haría negocios con alguien a quien no pudiese darle la mano. Eso era lo que le estaba explicando a Curtis. Él no tenía prisa. El dinero, cuanto más corres detrás de él, más escapa.

¿Entiendes, Curtis? Sí, claro que entiendes. Un hombre es un hombre. Yo respeto a la gente que no tiene más que el día y la noche. También yo he sabido en la vida lo que es no tener ni para mandar cantar a un ciego. A mí me da asco esa gente que se llena el bolsillo sólo con levantar el teléfono y marcar un número. Ahora se está haciendo dinero así, Curtis, a montones. Sólo hay que tener contactos. Tanto da que tapes el faro de *Hércules* con un edificio. Si tienes los contactos, se hace y a tomar por el culo la vista panorámica y el marco incomparable y la ciudad sonrisa y el balcón del Atlántico. Los grandes negocios son así, Curtis. Los que hacen dinero no tocan un ladrillo, no tocan un pez, no tocan nada. Los contactos, la información. Eso es lo que vale. Y yo tengo mis contactos, tengo mi información. Pero siempre he querido tocar las cosas, la mercancía. Tocar lo que vendes. El *whisky*, el tabaco. Las mujeres. A mí me gusta verlo. Mi goce es ése. Ver el mecanismo, ¿entiendes? Si hay

una descarga, estar allí, en el ajo. Ver el movimiento, ver cómo metro a metro la mercancía va cambiando de valor. Lo mismo pasa con la gente, Curtis. Me agrada que hayas venido. Que te hayas movido. Sé que eres un hombre íntegro. Hemos tenido que conocernos en mala hora, qué le vamos a hacer. Lo pasado, pasado. Ya tenía yo ganas de hablar con alguien de Arturo da Silva. Es una lástima, Curtis. Era un campeón dentro y fuera del *ring*. Yo lo vi aquel día, poco antes de la guerra, cuando desarmó a aquel tipo, ese que ahora es juez, en la plaza de Pontevedra. Él se fue así, de frente, directo hacia él. Le arrancó la pistola de las manos y la tiró al mar. Y ya ves. Borrado del mapa. No hay con quien se pueda hablar de él. Sólo con los que lo mataron. A alguno he llegado a conocerlo. Ya sabes, en este mundo te cruzas con todo tipo de gente. Y allí estaba yo, con uno de los asesinos, discutiendo sobre la manera de boxear de Arturo da Silva. Y tuvo que reconocer que era el mejor en el *ring*, que ésa fue otra razón más para darle la eterna pernocta. Lo que hay que oír. Era para comérselo allí mismo e ir a cagarlo al excusado. Pero yo no puedo ser Santa Clara, Curtis. Tengo que cuidar mis intereses. No puedo ir por el mundo a pecho descubierto.

Arturo da Silva, sí señor. Has tenido la suerte de estar a su lado, al lado del mejor. ¿Sabes qué es lo que más me gustaba de él? Cómo se hacía con el sitio. Es importante entenderse con el lugar en el que te mueves. El *ring* era su tierra y el otro tenía que conquistarla. Ahí está. Yo sé que él tenía la costumbre de ir antes al *ring*.

Sí. Él siempre quería llegar antes, dijo Curtis.

Lo estaba viendo. Cuando no había nadie, se daba una vuelta por el *ring*. Aún vestido. Con las manos en los bolsillos. Estaba allí un rato, pensativo, y se daba una vuelta todo alrededor.

Él andaba siempre con la idea de la esfera.

¿La esfera?

La esfera del mundo se mueve. Hay que intentar saber dónde se apoya en cada momento. El punto de apoyo.

Sí, pensó: El apoyo de la esfera.

Manlle lanzó una vaharada de humo por el lado izquierdo de la boca, como si hiciese sitio para aquello que estaba escuchando con atención. Él era una esponja. Se jactaba de ello.

Todas las personas, dijo sentencioso Manlle, tienen por lo menos una idea genial en su vida. A lo mejor no más. Pero una sí.

Sonó el teléfono. Tres veces. No lo atendió. Volvió a sonar dos veces. Esperó. A la tercera levantó el auricular. Dijo: ¿Te encuentras mal? No te preocupes. Colgó y marcó un número. ¿Halcón? Avisa a *mamma* que hoy no vamos a cenar.

Miró la hora y después a Curtis: A mí no me llegaban las ideas a los puños. Dar fuerte, sí. Pero una cosa es dar fuerte y otra dar con idea. Tú tenías ideas, Curtis. De la escuela de Arturo. Tu izquierda era una cobra. Ese uno-dos matador. Ya ves, Curtis, aquel combate no se me ha olvidado nunca. No me diste tiempo ni a respirar.

Yo pegaba fuerte, pero la idea no llegó al puño. No me diste tiempo.

Tenía prisa, dijo Curtis. Era un día especial.

¡Qué puntería, eh, Curtis! Debutar justo el día que empieza una guerra. Manda carajo. Tú ibas para campeón. ¿Sabes? Te estoy agradecido por aquel K. O. Enseguida supe que mi puesto en el boxeo no estaba en el *ring*. Mi idea genial no era ésa. Fíjate tú. Perdí un diente y encontré una mina. Lo que yo tenía era buena vista, pero aún no lo sabía.

Abrió la boca y señaló un colmillo de oro: ¡Deberían habernos puesto por lo menos un protector! Pero ya ves. Oro de ley. El otro aún lo guardo, no creas. Te agradezco que me lo hayas devuelto. Era un buen trofeo. Clavado en el guante, manda carajo. Tenías pegada, cabrón. Siento que no te dejasen volver a competir.

Se rascó la garganta como si encontrase una veta de sabor amargo. Apagó el cigarro en el cenicero con una presión de enfado. Curtis sabía todo lo que había sucedido. Aquel tipo maquinaba los siete maquinares. Era lo que había.

Hoy soy yo el que tiene prisa, campeón. Tengo un asunto de urgencia que atender. Pondré todo lo que pueda de mi parte. ¿Qué es lo que quieres, Curtis?

Un pasaporte y un billete de barco para Argentina.

¿Te vas finalmente, Curtis? Haces bien. Yo siempre he dicho que eso de andar por ahí con un caballo de fotógrafo no es trabajo para un campeón.

Es para otra persona. Para un amigo.

Muy amigo tiene que ser.

Sí. Muy amigo.

Es igual. El que no escapa, se marcha. Es el negocio de este país. La exportación de gente. Yo ya se lo dije a un gerifalte: A este paso, nos vamos a quedar sin clientes. Vosotros, los curas y yo. Y él me contestó: El que no esté contento, mejor que se marche. Uno menos. ¡Al carajo! Les da igual mandar en un cementerio. Exportar es fácil. El problema es importar. Tú no fumas, ¿eh?

De vez en cuando, dijo Curtis.

Toma. Auténtico Sport A. ¿Un billete de barco y un pasaporte con visado? Eso está hecho. Sabes lo que tienes que hacer, ¿eh?

Lo tengo todo aquí, dijo Curtis, y le entregó la fotografía y los documentos de Luis Terranova.

Ya. Y sabes lo que tú tienes que hacer, ¿verdad?

Del cenicero salía un humo de escoria.

Un combate sin guantes y sin límite de asaltos. Poca gente, pero toda adinerada. Las apuestas se hacen sobre la marcha. Será este sábado por la noche. No hay dirección. Te irá a buscar alguien y a la vuelta, después de la pelea, te dará lo acordado. Confía en mí. Yo confío en ti.

Le miró las manos. Se las estaba frotando muy despacito.

Pero nada de Hércules, ¿eh? Nada del fatídico uno-dos. No se te puede escapar la cobra, ¿entiendes? Tienes que perder, Curtis. Eso es lo que hay. Combates como si

fueses a ganar, pero tienes que perder. Tú eliges el momento de caer, pero hazlo bien. Habrá muchos que apuesten por ti. Se tiene que ver la carne cruda. Y si es en un charco de sangre, mejor.

Golpearon con la aldaba en la casa del callejón de Atocha Baja. Terranova se puso en pie con gran esfuerzo. Soltó una maldición: alguien había cerrado por fuera, no había forma de abrir.

Oyó decir: Atento a lo que te va por debajo de la puerta.

Entonces vio el sobre.

Coge tu billete, dijo Curtis al otro lado de la puerta.

¿Qué pasa, Curtis? ¿Por qué no entras?

No ha podido ser para Buenos Aires. Es para La Guaira. El primero que sale, ¿me oyes? Allí también cantarán tangos, digo yo.

¿De dónde vienes, Curtis?

Escucha. Cuando llegues a la aduana, en Venezuela, y te pregunten la profesión, tienes que decir ingeniero eléctrico. ¿Entendido?

Sí, Curtis. Entendido.

A ver. Repite.

Ingeniero eléctrico. Ingeniero eléctrico. Ingeniero eléctrico.

Se dirigió a la ventana. Estaba muy reforzada. Quitó la tranca y abrió el pasador. Asomó la cabeza. En el callejón ya no había nadie.

Las rosas blancas

Las rosas blancas, silvestres, de la carretera de Castro a Elviña, son pequeñas y parece que todo su esfuerzo no es por crecer sino por oler, y puedes no verlas, escondidas, tímidas como aparecen a veces en la pantalla de los mirtos, pero asoman la cabeza a lo lejos y llenan el lugar. Polca dice que a esos rosales es adonde van a parar las abejas envidiadas.

Hay abejas que van delante, a descubrir la flor, y después no se lo cuentan al enjambre. Se guardan la información.

Entonces serán las egoístas y no las envidiadas.

No. Cuando Olinda y tú no vayáis a buscar rosas silvestres, ya no las habrá.

Ella metía en el atado de ropa y en el cesto las rosas blancas, y orégano, y romero, y perpetuo, e hinojo, hierbas aromáticas para la ropa blanca de la casa de la pintora. Era el saber que había heredado de Olinda. Y al regreso Neves, la criada, le metía revistas de moda que a ella le gustaba leer en el excusado.

Las espinas de las palabras

No recordaba cuándo se le empezó a trabar la lengua, pero sí el día en que su padre reparó en ello. Fue la primera vez que recibió el aviso, que algo en su interior le dijo ahí tienes una palabra con problemas. Una palabra que arrastraba su esqueleto. Una espícula sin esponja. Una seta en la sombra. Un cangrejo lisiado. Y ese aviso, esa alerta, lo pilló por sorpresa y ante su padre. No podía dejar pasar esa palabra, notaba su tracción, su intento por trepar, sus espinas, pero no la podía dejar pasar porque venía coja, tullida, temblorosa, o quizá fuera de sí.

¿Qué te pasa, Gabriel?

La manera de preguntar. La manera de mirar. La catástrofe. Más que dentro de él, todo estaba sucediendo en el rostro de su padre. Supo que el miedo que les tenía a las palabras temblorosas o atropelladas no era nada comparado con el miedo que le daba el miedo de su padre. E intuyó que el miedo de su padre era el miedo a lo que diría la ciudad. Alguna vez, muy pocas, le había oído decir eso. ¡Qué dirá, qué pensará la ciudad! Pero cuando hablaba de la ciudad tampoco hablaba exactamente de toda la ciudad. A estas alturas, Gabriel ya sabía qué quería decir su padre cuando decía la ciudad.

¿Qué ibas a decir, Gabriel?

Él niega con la cabeza.

Su padre insiste. Va racionalizando lo que ha pasado. Su oído hace memoria. No una ni dos, sino más. Gabriel tartamudeando. Su hijo. Un niño... perfecto. Ésa era la palabra. En resumen. Quiere comprobar que no es una pesadilla.

Ibas a decir algo, Gabriel. Adelante. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? Di algo. Habla algo. Cuéntame lo del trolebús. Los viajes imaginarios con Chelo, con su madre. Cada martes salían de Porta Real. Los trolebuses los habían traído desde Londres, de segunda mano, rojos y de dos pisos. Era una fiesta ir arriba, en los primeros bancos, la gran ventana delantera como una pantalla en el cine real de la ciudad. ¿Adónde fuisteis ayer? A Montevideo. A ver, di, Montevideo. Otras veces vais a Lisboa, ¿a que sí? Lisboa es fácil de decir. Di Lisboa.

Lisboa.

Muy bien, Gabriel. Y otra ciudad a la que vais es París. A ver cómo dices Montevideo, Lisboa, París, Berlín, Barcelona. Es una tontería. Es un juego. Ya sé que tú puedes decir todo eso muy bien. Pero ahora dímelo a mí.

Montevideo, Lisboa, París...

Las cosas sucedían siempre en un lugar. En la playa, este verano, le habían enseñado a bucear. Un poco. Pero para él aquellas primeras experiencias equivalían a viajes submarinos. Fue extraordinario abrir los ojos y ver los pies de Chelo, enormes bajo el agua, sus dedos como seres de roca con conchas nacaradas. Ahora le gustaría sumergirse y pasar entre las piernas de su padre. Sintió detrás la presencia del Grand Mother Circa. El reloj de pared. Había venido de Cuba, como el caballo de madera

Carirí, y había sido el regalo de boda del padre de Chelo. Siempre iba a dar allí en sus primeros pasos. Iba a apoyarse en él, a ver el péndulo. Era un ser fantástico, que tenía vida y que hablaba a su manera, día y noche. Uno de sus sueños recurrentes era que pasaba algo y que aquél era su refugio. El reloj estaba apoyado en la columna central de la sala. La luz del sol que entraba por el balcón acristalado, y eso que hoy era un día de invierno pero de un sol dadivoso, un «sol católico» dijo alguien en el Juzgado, trazaba con la sombra de la columna una línea divisoria. Así que el Grand Mother Circa era también, a su manera, un mecanismo de luz. Lo escuchó muy de cerca. Lo escuchó dentro. Tranquilizaba y ordenaba las palabras. En esta ocasión habían paseado en lancha por las Xubias. Recorrieron todo el arenal varias veces, desde el embarcadero hasta el canal de la ría. En la barra de arena, desde la duna limítrofe, podían ver el combate entre las dos aguas. La azul y la verde. Finalmente treparon por unos peñascos hasta llegar a un chalé. Él tropezó varias veces. Chelo lo agarró de la mano y le ayudó a subir por aquel atajo empinado. La casa estaba completamente cerrada, excepto una de las contraventanas. Qué extraño. Mira. Era una casa llena de libros. Habitada por libros. Una casa sin libros debía de ser triste. Más triste aún una casa con libros sin gente. En las pérgolas, las zarzas se mezclaban con los rosales. Se quejó: ¿Qué hacemos? ¿Por qué hemos venido aquí?

Fíjate. Es una casa barco. La más bonita.

¿Dónde habéis estado, Gabriel?

Hemos ido a Santa Cristina.

La preocupación de su padre había cambiado repentinamente de objetivo. Lo había abandonado a él para concentrarse en ese lugar.

¿A Santa Cristina? ¿A esa playa y con este tiempo?

La bengala del abuelo Mayarí

El abuelo Mayarí cazaba las noticias con la punta reforzada de su bastón bengala. Tenía preferencia por las amarillentas, untadas por la helada y el sol, arrastradas al azar por los mismos senderos que las hojas secas, aunque el papel de las noticias vuela un paso atrás, gallináceo y en solitario. Hojas de árboles y hojas de periódicos, liberadas de la fecha, se mueven por el oeste en rebaños de atolondrada melancolía. A veces se acuclillan en la esquina de un portal abandonado, cubiertas de mugre, como el pellejo de un animal doméstico que regresa del viaje de la noche con la bofetada fría de los muertos y no es capaz de encontrar el hueco de la gatera. En Monte Alto, en el altozano marino en el que se yergue el faro de Hércules, algunas de esas hojas peregrinas se enganchan en los matorrales espinosos y se convierten en carne seca. Pero hay otras, pocas, que entran en trance, suspendidas a la buena de Dios, tatuando el viento.

Ésas son las preferidas por la punta del bastón bengala de Antonio Vidal, el abuelo Mayarí.

Ahí viene una. Hace como que no la ve. Y de repente, ¡zas!, el bastón bengala se mueve como un arpón en el aire, traza una parábola y ensarta la noticia en el sendero abierto por los pies en la hierba blanda. El paseo es por el alto acantilado del Gaivoteiro, hacia la Fura do Touciño, y algo hay de ave de mar en esa pieza de papel. Una postrera agitación de plumas timoneras.

Mayarí dejaba la dirección de La Linterna de Aristóteles, ultramarinos, y escogía el principio del verano, el mejor verano, según él, para pasar una temporada en Coruña. Venía a ver los barcos. No era una disculpa, ni una manera de hablar. Era la verdad. Toda la verdad. Se levantaba muy temprano para ir al Muro, la lonja de pescado donde descargaban las bacas y los bous del Gran Sol. Aunque allí sólo se vendía a la puja y en lotes grandes, siempre conseguía algo de pescado, con preferencia meigas y doradas, y a veces traía una de esas merluzas alargadas que la gente de mar llama loliñas, quizá por lo que tienen de crías de sirena, y con la que cargaba porque había ido a parar a sus manos y él no sería capaz de decir que no al fraseo de una pescadera, como cualquiera que hubiese nacido campesino, en la algarabía de un muelle. Él no lo comía nunca. No le gustaba el pescado, sino los barcos. Así que con el tiempo llegué a pensar que la razón de aquella compra era también hacerse con noticias, en este caso mojadas y con escamas, pues por aquel entonces el papel periódico de sábana era el envoltorio habitual. Desde luego, enseguida se deshacía del pescado, como quien por fin se aleja de una inocente e infinita tristeza para dejarla en buenas manos, en este caso en las de Neves, la cocinera y asistente, pero durante unos minutos leía en aquellas túnicas de periódico que servían de sudario marino. No tiene por qué resultar extraña esta observación por mi parte. Lo que era extraño, y de ahí mi atención, era que el abuelo Mayarí no leyese los periódicos normales, enteros, habiendo como había varios, incluso los dos que

llegaban con un día o dos de atraso por suscripción desde Madrid.

De esta primera incursión, la de la lonja, regresaba cuando desde Mera, al otro lado de la bahía, salía la trainera del amanecer a todo remar. Así que él llegaba a casa con el sol a la altura de un hombre por oriente. Después desayunaba y desde la galería, feliz como una rana alrededor de la poza, tomaba una medida panorámica del puerto. Adoraba a su hija, y mantenía un silencio solemne ante sus pinturas. Y su hija, Chelo, respetaba ese silencio. No recuerdo haberle oído nunca preguntar su opinión, a la caza de un adjetivo, cuando le resultaría tan fácil conseguir la alabanza de quien tanto la quería. Seguro que a Antonio Vidal le gustaban aquellos cuadros, de eso no tengo ninguna duda, pues creo que algo lo llegué a conocer, pero supongo que también se preguntaba, como casi todo el mundo, por qué Chelo no pintaba paisajes y, sobre todo, por qué no pintaba marinas.

Yo tenía la respuesta a la pregunta que el abuelo no hizo. Y a quien la hizo, no se la quise dar.

Chelo pintaba paisajes en mi mano. *Souvenirs*, decía ella. Cuando quedaba satisfecha, añadía como una rúbrica: *Souvenir* de Corot. Así que para mí ese nombre siempre ha sido algo muy familiar, como cosquillas en la mano. Un nombre que iba de las manos a los ojos con su caballete a cuestas.

Cuando me tardaba el habla, cuando se atascaba una palabra y ella notaba que aquella pelea con el lenguaje me estaba reduciendo a un espanto helado, de un ser interior al que le castañetean los dientes con el frío, pero unos dientes y un frío por dentro, por detrás de los ojos, por detrás de la lengua, ella decía:

Ven.

Y me pintaba en la mano un *souvenir*. Hoy, blanco, azul, gris y plata.

Ese tic de abrir y cerrar la mano.

A ver. ¿Qué tienes ahí?, preguntaba el abuelo Mayarí.

Por la tarde salíamos hacia Monte Alto hasta llegar al faro de Hércules. Pero antes hacíamos una parada en el bar de la Parra, sentados bajo la vid. Me decía: Ya verás como se ríe. Cuando venía la dueña, él pedía para mí una gaseosa La Revoltosa. Y para el viejo, decía refiriéndose a sí mismo, un blanco eléctrico. Y era verdad que la dueña se reía.

Ahora déjame ver qué llevas ahí, en esa custodia.

Yo abría la mano muy, muy despacio.

Un barco, ¿eh? Un barco en la niebla. Qué suerte tenéis algunos.

Pero había otro tratamiento que Chelo hacía para reconciliarme con el lenguaje. Enseñarme cuanto antes a leer y a escribir. Mucho antes de ir a la escuela. La idea que Chelo repetía una y otra vez era que yo tenía que trasladar los pensamientos a la mano. Tu boca, decía, hablará a través de tus dedos. Y lo que hagas con los dedos pedirá sonido. Era verdad. La línea recta tenía un sonido. La ondulación pedía un sonido. Y el bucle pedía otro. Representarlos. Jugar con los sonidos. Perderles el miedo.

Empecé a escribir con dibujos. Antes que las letras, las formas. Las quebradas, las espirales, las cruces. Y es verdad que las formas producen un sonido, un sonido que ya está dentro de ti, al acecho, en la hoz de la garganta. Por ejemplo, yo me di cuenta la primera vez que hice un triángulo grande. Pues un triángulo grande pide el sonido de un triángulo grande. Y así fue yendo mi voz, detrás del trazo de la mano. De tal manera que las letras, cuando llegaron, eran también formas de la naturaleza, como la *t* es un mástil de barco y la *l* un ciprés. Y la *o* puede ser muchas cosas. La *o* puede ser el sol y la luna. Nosotros teníamos una lavandera que se llamaba Ó. En el santoral era Nuestra Señora de la Expectación, María da Ó. A mí me hacía mucha gracia cuando mi madre exclamaba, al verla ya de lejos por la calle: Ahí viene Nuestra Señora de la Expectación. Era fácil distinguirla, pues traía una O enorme encima de la cabeza. Dentro de esa O venía la ropa. Cuando se acercaba, su cara era también una O muy risueña, con dos ojos muy claros, de tal forma que su presencia remitía al sol, pero también a los círculos del agua.

Hola, Ó.

Ó, la lavandera, fue una de las mujeres que pintó Chelo. Esa serie que parecía infinita, y que de hecho lo ha sido, y que ella llamaba *Mujeres que llevan cosas encima de la cabeza*.

Ó y Armonía

Ya no era una criatura. Con cinco o seis años aún se meaba en la cama. Antes, no. Fue en esa época. No era algo que se pregonara. No es que llegase una a buscar la ropa y le dijese: Ahí van las sábanas mojadas por el niño, que no retiene. Lo que pasa es que la ropa cuenta sus historias, es como un libro. Y tampoco yo voy diciendo por ahí lo que cuenta la ropa. Eso queda entre nosotras. Entre la ropa y nosotras. Por eso, lo que más me gusta de lavar es el clareo. Ese momento en que el sol les devuelve los colores a las prendas y a las cosas, porque parece incluso, en ese dar del sol, que lo que has hecho es lavar todo el lugar. Devolverle los colores. A la ropa, sí, pero también al paisaje, a las cosas, a la mirada de la gente. Y entonces eres tú quien les pone el negro y el amarillo canario a las espigas rayadas de maíz del país y a las camisetas de fútbol del Relámpago de Elviña. El púrpura a los carpazos. A veces hablamos de la felicidad como un imposible. Entre nosotros, lo que más se parece a un infeliz es un feliz. Yo ya he oído llamarle a Brevo, que no tiene mucho entendimiento, he oído llamarle de dos maneras: feliz e infeliz. Parece que es lo mismo. Los niños le llaman tonto, sin más. Los niños. Qué miedo. No me extraña que haya quien se enrede con las palabras. Las hay, hay palabras, que son como bichos, de esos que mudan, que parecen una cosa y son otra. Polca dice que es al revés de lo que pensamos. Que las palabras no nacieron para denominar las cosas. Que primero fueron las palabras y después las cosas. Así que alguien dijo ciempiés y salió el bicho. Ya sé que no tiene cien pies. Lo importante es la intención. Quien hace la palabra, hace la trampa. Yo no quiero pensar en el nombre de un mal. Imagina que lo dices y funciona. Hay que tener cuidado con lo que se dice. O no. Al chaval, al hijo de la pintora y del juez, a lo mejor también le pasó que quiso meter las palabras para adentro y se le hizo un bolo, un tapón. Porque las palabras son también como migas. Yo, cuando estoy sola en la mesa, en silencio, meditando, los dedos hacen bolas con las migas de pan sobre el mantel de hule. Y cuando te das cuenta, cuando se te pasa el despiste, esas formas esféricas, tan pulidas, como astros, están mirando hacia ti. Yo no sé lo que harás tú, pero lo que yo hago es ir comiéndomelas muy despacio, las palabras de pan, las del silencio, para no atragantarme. Yo por suerte he tenido a Polca. A pai pai^[10]. Creo que, si no fuese por él, no habría arrancado. Sería feliz. Sería infeliz. Sería muda. Aún me mearía en la cama. Uno de estos días lo tengo que llevar a que vea al chaval, a Gabriel. Seguro que él encuentra la manera de espabilar a la criatura. Ella, la pintora, es más risueña que habladora. Tampoco a mí me va el chismorreo. El traer entre dientes a la gente. A mí nadie me va a oír decir: ¡El niño, que es un meón! Yo supongo que lo de mearse en la cama, la incontinencia esa, algo tendrá que ver con el trabarse de la lengua. La madre me comentó que debía de ser algo nervioso, un miedo que se le había metido en la cabeza. Y le aumentó cuando lo del habla. Cuando se le notó más que tartamudeaba. El cuerpo está lleno de canales y

de compuertas, eso lo sé muy bien yo. Yo lo que no puedo aguantar es la risa. Si me viene una risotada fuerte, si no la puedo frenar, por mucho que cierre las piernas me sale en cascada esa alegría del organismo. Polca cuenta lo de aquel compañero que iba trompa y que se puso a mear al borde del camino sin darse cuenta de que había un manantial. El hombre ya lo había vaciado todo, un océano, pero seguía allí, firme, confundiendo el instrumento con el caño de la fuente, hasta que le entró la angustia: ¡San Silvestre, que me desmeo!

Armonía me riñe: ¡Ya estás tú! Al final te lo tomas todo a broma.

No. No estoy de acuerdo. Lo que pasa es que a mí me gusta hablar sola. A veces me muero por estar sola, por ir sola, para hablar sola. Echo a andar y siento una alegría especial en las piernas. Todo el cuerpo hablando. Y hay momentos en que estoy a punto de inventar palabras y tengo que parar. No vaya a ser. Vi una que me parecía que la había inventado yo. Un mozo de la construcción que llevaba un saco de cemento en el que ponía en letras grandes «Portland». Pues a mí me pareció que esa palabra la había inventado yo. Que antes no existía. Se lo podría preguntar a él. Tenía muy buena pinta, con su camiseta de mucha sisa. Y a partir de entonces fui viendo a otros que tampoco estaban mal y que casualmente llevaban esa palabra a la espalda. Quiero decir, el saco Portland.

A la única que tengo que dar explicaciones es a Armonía. A Armonía, sí. Yo sé que le tengo que hacer caso a Armonía.

La pintora me contó que había encontrado un aparato de alarma que avisa cuando el niño se va a mear en sueños. Un aparato que viene del extranjero. Eso está muy bien. Todos deberíamos tener una alarma para cualquier avería. Cuando vi aquello me di cuenta de hasta qué punto el mundo estaba cambiando. La importancia de las máquinas. Y más que deberían inventar. Hay gente que es reacia a los medicamentos. Los de la cabeza. Es muy fácil predicar. Pero si yo me pongo mala, que me den de todo. Ácido acetilsalicílico, desde luego. Y lo que haga falta. Me da igual quedarme sola, pero que me dejen algo para tomar contra un tormento de la cabeza. A veces, cuando me entra demasiado arranque, cuando me pongo contra el mundo, tengo miedo de que la que ordena las cosas se enfade y se marche de mí. Porque entre las que tengo dentro, Armonía es la más tratable. Una mil mañas que pone en orden todo este lío. Es ésa, Armonía, la que recoge todos los añicos, los restos tirados, la que pone la boca en el quicial y, sobre todo, la que empareja los calcetines. Porque a mí si hay algo que me agobia, al caer la tarde, es tener los calcetines desemparejados. No uno, ni tres, sino a lo mejor una docena de calcetines que no encuentran su pareja y que sueltos son una pregunta, la de qué habrá sido del otro, del otro calcetín. No es lo mismo que eso te pase en una habitación que andar por el lavadero con el rocío, con la humedad, a la búsqueda de los calcetines, que cuando se desemparejan son, sí, como bichos que van a lo suyo. Mucho les gusta desemparejarse. Y eso mismo pasa con la cabeza. Que antes de acostarte, a veces, notas que hay un desarreglo, que a las cosas que has pensado o has dicho pues les falta su calcetín. Que alguno se ha

quedado enganchado en una zarza, por un rincón que hay detrás de los ojos, y hay que ir a buscarlo. Para eso está Armonía. Y aún tiene tiempo, después, para hablar con esa voz de curandera, de esas que ponen los huesos de las palabras en su sitio, para que puedas quedarte dormida sin dolor, sin hormigueo, sin ese frío que te hace perder las manos y los pies. Porque eso me pasa de vez en cuando en la realidad. De repente, no sientes las manos. Estás lavando, pero dejas de sentir las. Tienen el color de la madera de saúco. Y las golpeas para que vuelva a correr la sangre. Les echas aliento, cuanto más mejor, como el buey de Belén. Aunque lo mejor es meterlas en la concha. Entre los muslos, en el nido, ahí sí que entran en calor. Ahí reviven. Pero es mucho peor perder las manos en un sueño. Entonces, quien te salva es Armonía. Viene Armonía y te pone unas manos nuevas, como las de un maniquí de escaparate. Qué alivio.

Armonía, Armonía. Cuánto quiero a Armonía. Tengo otras mujeres metidas en la cabeza, cada una a lo suyo. Cada una con sus rarezas y con sus gracias. Las hay que un día desaparecen y vuelven cuando menos te lo esperas. A algunas no las echas tanto de menos, pero a Armonía no la puedo dejar marchar. Cuando la pierdo, cuando me desespero por algo, cuando llevo los calcetines desemparejados, lo primero es encontrar a Armonía. Y casi siempre la encuentro en los escaparates. No sé por qué. Pero allí está. La última fue en Chocolates Bonilla. «¡Bonilla a la vista!», pone en el rótulo con su barquito de vela. Primero me vi reflejada en el cristal. Tenía mala cara. El atado de ropa tenía la forma de una roca encima de mi cabeza. Había dejado a Tosca en la plaza de Pontevedra, en el sitio donde quedaban los animales. Pero aquel día tuve un altercado con un policía municipal. Con aquel petiso atravesado. Los hay que, cuanto más bajos, más te miran por encima del hombro.

Un guardia que me dijo, antes de llegar a Santa Lucía, por la Falperra: Aparta a esa vedette de ahí. Yo bien que entendí que era por Tosca, pero no me gustó el retintín, ese hablar desde lo alto. Me debió de ver turbada, porque añadió: A veces no se sabe quién es más burra, la que va o la que la lleva. ¿Quién era él para insultar a nadie? Así que le dije: Para tener autoridad lo primero que hay que tener es educación. Perdí todo el miedo que llevaba encima de la cabeza. Me entró el arranque y me salió la voz de Griffin: Le agradecería que no me metiese los dedos en el ojo. A la autoridad siempre se le va la mano, y la lengua, para el abuso. Para el tormento. Lo que le han hecho a tantos. Aquí las autoridades, dice Polca, son de la piel de Judas. Es el mundo al revés. En este país aramos sobre los huesos de los muertos, nena.

¿Tú sabes con quién estás hablando, mocosa?

Si no te subes a unas alzas, no.

Pues ahora, por ligera de lengua, te voy a calzar una multa para que te acuerdes de mí toda tu puta vida.

Pero fue la lechera la primera que se le opuso: ¿Qué dices, baboso? Y después otra mujer, la mujer que posa la banasta de erizos y le hace el signo de Capricornio: ¡Coronel, coronel!

Y él debió de sentir la alerta, porque eran muchas mujeres haciéndole la higa y llamándole Belcebú, Tiñoso, Rabudo, Aviador, Venado, Ornamental, así que cambió el discurso.

¡Ya está! Circulen, circulen. Se ha acabado la historia.

Para que luego digan que las palabras no sirven para nada.

Aun así, aquel hombre me quitó la alegría que tenía el día. Las ganas de palique. Iba a dejar la ropa en casa del juez y de la pintora. Llevaba las palabras desemparejadas. Me puse nerviosa. Perdí a Armonía. Eso sí que me dio miedo. Porque me vino el Escalofrío. Yo lo llamo así, el Escalofrío, porque es el recuerdo más terrible que tengo.

Fue allí, en la escuela. Cuando entró ella, como una Virgen, con la criatura. Era un muñeco, es verdad, pero qué más les daba a ellos, a todos, si era un muñeco o una criatura. Porque ella lo llevaba en brazos como a una criatura, y entró en la escuela y se sentó en el pupitre. Yo supongo que ella entró allí porque pensaría que quién me va a hacer daño en una escuela. Pues en una escuela, digo yo ahora, los primeros que pueden hacer daño son los niños. Ella se desabrochó el vestido y dejó un pecho a la vista para darle la leche a la criatura. Sí, ya sé, era un muñeco. Ni siquiera era un muñeco de porcelana. Estaba relleno de serrín y tenía la cabeza hecha con hojas de maíz. Pero ella lo hacía todo como una madona. Cada uno de sus gestos era de verdad. Se había metido en la escuela porque era invierno y era donde estaba la infancia. Y porque se había escapado de casa. ¿Quién le iba a hacer daño en la escuela? Entró despacio, ni se oyó, para mí que venía descalza y, si nos dimos cuenta de que se había sentado en el pupitre vacío, el de atrás del todo, fue por la expresión de susto de la maestra. Sí, la maestra estaba asustada. No sabía qué hacer. Se le veía en los ojos que nadie le había enseñado nunca lo que había que hacer cuando una mujer que lleva en brazos un muñeco, soñando que es una criatura, entra en la escuela buscando refugio. Hasta que llegó su marido. Y se quitó el cinturón. Golpeó con el cinturón en el suelo y el latigazo se sintió en el lomo de toda la escuela. En el tejado, en las vigas. Él había golpeado en el suelo, pero nosotros miramos hacia el techo porque parecía que todo se venía abajo. Nunca pensé que un cinturón de cuero pudiese hacer tanto estruendo. Aquel día vi que todo estaba desemparejado. Los ojos de la maestra, también.

¡No haga eso, hombre!

¿Que no haga eso? ¿Qué quiere que haga? ¡Maldita sea la noche y el día!

Y otra vez. Y otra. El latigazo aquel contra el suelo. Contra el lomo de la tierra.

Ahora que estoy ante la chocolatería y que Armonía, sentada, tomándose su taza, hace que no me ve, que no me conoce, porque debo de tener mal aspecto, debo de tener los ojos desemparejados, y que llevo un atado de pensamientos también desemparejados, ahora recuerdo el sabor de aquella escuela. Era el sabor de la leche en polvo. Un sabor amarillo. No sé muy bien decir si era dulce o amargo. Era

amarillo.

La leche en polvo llegó en sacos que mandaron los norteamericanos. Al principio, al ver tantos sacos, se acercaron algunos pobres de los de pedir por las puertas, pero después no volvieron. No les gustó nada el sabor. O el color, quizá fue el color. Por eso pienso que, a veces, de ser pobre, lo mejor casi es ser pobre del todo, porque uno tiene esa libertad de no tener nada de nada. Y de no aceptar lo que no le gusta. Por ejemplo, el sabor amarillo pálido. Y nadie los obligó a volver a la escuela. Pues si no os gusta, hay que beberla igual. Eso fue lo que dijo la maestra los primeros días, aunque, a decir verdad, tampoco muy convencida. Deberían haber enviado otra cosa. Por ejemplo, Coca-Cola. Porque la gente no podía entender que la leche fuese en polvo. Había buena disposición a recibir cosas. La gente abría los brazos. Pero una cosa es la cortesía y otra tomar leche en polvo, viendo como veíamos tantas vacas. Cuando pasaban los primeros aviones nosotros gritábamos: ¡Caramelos, caramelos! La gente mayor recelaba de los aviones, pero nosotros confiábamos en ellos. Teníamos mucha fe en la aviación. Luego dijeron que la peste de la patata había venido por el aire. No como una plaga bíblica, en forma de nube insana, sino traída a propósito, por avionetas. Así que, según eso, cuando nosotros estábamos pidiendo caramelos con las manos extendidas hacia el cielo, lo que caían eran escarabajos. Y son lindos los escarabajos, a mí me parecen bonitos incluso los escarabajos de la peste de la patata, dorados y con listas negras. Parecen minúsculos juguetes de finísima hoja de lata. Tienen cuerda mientras roen. Y después mueren de esa manera tan moderna, a montones, a base de insecticida. Según Polca, lo de las pestes es un negocio. Él dice que nunca les dará un duro a los de la DDT. Que por ahí no pasa. Mamá ha heredado un pedazo de tierra, la parcela de las Doce Hermanas, lo llaman. Cuando Polca quiere hacerla rabiar, se mete con ese nombre. ¿Las Doce Hermanas? ¿Y no será porque tiene el largo de una docena de coles? A ella no le gusta esa broma. Le tiene mucho aprecio, mucho, a ese erial. Las doce coles. Crecen, como quien dice, a mano. Berza a berza. Cada berza arrancada es un peldaño en la ascensión. Las coles. Qué maravilla. Qué voluntad. Una propiedad, la única propiedad, que es tan remota, tan dura de cavar, que allí no llegan los escarabajos. Ni la aviación.

La lengua de los chimpancés

19 de agosto de 1957

En el camino del faro, sobre el acantilado, Antonio Vidal movió su bastón bengala como un veloz arpón. ¡Zas! Allí estaba, clavada en el suelo, aún jadeante, agitadas las alas remeras y la rabadilla, la hoja de periódico.

Los dos miraban hipnotizados. El abuelo Mayarí aún con el nerviosismo de quien captura un ser vivo.

¿Qué pone ahí?

Gabriel leyó: «Antes de amueblar vuestra casa, visitad La Niebla».

¿Visitad la niebla?

Y miró hacia el fondo abismal de los farallones. Allí, en las grutas marinas, hay telares de niebla.

Es una tienda de muebles.

Sigue. ¡Más adelante!

Gabriel leyó, despacio: «Industrial Corbatera del Noroeste. Fábrica de corbatería fina y de los incomparables calzoncillos sin costura detrás, cómodos como no hay otros (modelo americano)».

¿Modelo americano?, preguntó Mayarí con extrañeza. Y tras una pausa, como si el habla regresase de un viaje de reconocimiento, añadió otra pregunta sin respuesta: ¿Sin costura detrás?

Sólo es un anuncio, abuelo.

Nunca te equivocas cuando lees. ¿Te das cuenta?

Desplazó la punta del bastón. ¿Y qué pone ahí?

Gabriel leyó con aplicación: «Lumumba dice que si es necesario solicitará ayuda “al demonio” para que los belgas se retiren».

Los dos, absortos. Como si se abriese un ojo de buey en la tierra.

Lo primero que hay que saber para tratar con el demonio, dijo Mayarí, es que es mejor no llamarle por su nombre. Si le hablas en castellano puedes tratarlo de Señor o Caballero, eso le gusta mucho. También le agrada que lo traten de príncipe. El Príncipe de las Tinieblas, el Príncipe del Aire y cosas así. Ya no digamos Su Excelencia, Su Eminencia, Su Ilustrísima. Todo ese protocolo le encanta. Si le das el trato de *don* es capaz de ponerse a silbar. Silbar, silba muy mal. Ése es un defecto que tiene el demonio. En fin. Cosas de viejos.

La hoja de periódico se quedó callada. Sobre ellos, vigilando la presa del bastón, chillaban mofándose las gaviotas.

Lo mejor es hablarle en idiomas que él no entienda, añadió Mayarí.

De repente, Gabriel sintió valor, la necesidad de compartir lo que uno lleva dentro. Sólo una vez había hablado con alguien en la lengua de los chimpancés. Una

muchacha muy espigada, de piernas muy largas y flacas, el pecho plano. De lejos parecía una lámina de cartón recortable. En la zona de dunas, en Santa Cristina. Cuando subía la marea, el gran arenal cobraba la forma de un archipiélago. En la parte llana, inundada, sobresalían las cabañas de venta de bebidas y tapas, con su forma de palafitos, hechas de madera con tejado de paja, palmera o retama seca, y apoyadas en postes profundamente hincados en la arena. Las aguas de la mansa invasión traían consigo orlas de espuma y jirones de sol untados por sombras verdes. Ese óleo de irrealidad rodeaba las construcciones, aislaba a los adultos en los porches de un poblado feliz, como si la naturaleza obedeciese al flotante orden dominical. Gabriel le daba la espalda y disponía de un territorio lo suficientemente extenso hacia el oeste, donde la libertad consistía sobre todo en poder alejarse de los otros seres que, como él, excavaban madrigueras y cavaban pozos que después fortificaban. Era el momento de hablar a solas en la lengua secreta que dominaba.

—*Kagoda, ¿sord ab?*

—*¡Kagoda!*

Sintió el frescor propio de una sombra mojada. Estaba escondido, cavando, y la sombra pasaba por encima de la suya y se alargaba por la pendiente de la duna. Pensó en un mau-mau. Por aquellos días se hablaba mucho de los rebeldes mau-mau en África. Quizá los mau-mau hablaban, cuando salían de su territorio, la lengua de Tarzán.

—*¡Tand-ramba!*

¿Debería obedecer? El instinto de supervivencia decía que sí, que debía levantarse. Y lo hizo con mucho miedo, sin atreverse a mirar atrás.

—*¡Tand-unk!*

Obedeció. No, no se movería.

—*¡Tand-utor!*

Y después aquella risotada. La sombra que se deslizaba y volvía a un cuerpo que se dejaba caer en la arena. Dando tumbos, a carcajadas. Corrió hacia ella con una rabia desconocida. Pero ella se puso en pie, echó a correr y trepó por el otro lado de la duna con una agilidad felina. Ahora él había llegado a la cima, jadeante, y ella estaba abajo. Era muy delgada, más alta que él. De piel blanquísima, enrojecida por el sol en los hombros, como si la soltasen por vez primera en la playa, los huesos tan salientes que parecía tener un esqueleto recién armado a toda prisa. Tenía el pelo rubio, rizado, y pecas en la cara. La boca grande se mantenía en posición de sonrisa, quizá como un tic para defenderse del sol que ahora le daba de frente. De todas formas, lo que más le extrañó a Gabriel fue que no vistiese el bañador que llevaban todas las niñas. Sólo vestía una braga. Cierto que el pecho era casi plano, pero las puntas de las tetas eran, a los ojos de Gabriel, círculos de confusión, en color y tamaño. Contenían toda la imaginación que él había atesorado sobre el sexo, incluyendo el bolígrafo de Zonzo. El primer día que se lo vio, cambiaría todas sus piezas del Gabinete de Curiosidades por aquel bolígrafo que tenía la forma de un tubo

transparente, lleno de líquido, excepto una burbuja de aire que permitía que por él se desplazase una bañista desnuda. Aunque fuese por requisa en Aduanas, era casi imposible que algo semejante llegase a manos de su padre. Una cosa así siempre se quedaría por el camino. Eso sólo podía ser un regalo de Manlle, el dueño de La Boîte de Pandora. Era uno de los privilegios de Zonzo. Una de las cosas que todos envidiaban y a las que él, Zonzo, aparentaba no darles importancia. Porque había un sentimiento que lo dominaba sobre todas las cosas. El odio que sentía hacia Manlle.

—¿De dónde eres? —le preguntó Gabriel a la chavalilla que hablaba el idioma de Tarzán.

—¡*Dan-do!* —gritó ella, muy enfadada.

Y Gabriel obedeció. Se quedó clavado en la arena. Le habría gustado ir tras ella, pero no se movió. Y ella desapareció.

—¡*Zu-dak-lul!* —gritó Gabriel, señalando en arco la inmensidad del mar.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Mayarí.

—Océano. Es el océano.

—¿En qué lengua?

Gabriel duda. El grito le ha salido de dentro y ahora tiene miedo de hacer el ridículo. Mayarí le dice: No te preocupes. Los que se atascan son los que mejor cantan. Había en Cuba un tartamudo que era el rey del bolero.

—Era en la lengua de los chimpancés de Tarzán —dice Gabriel.

—Así me gusta, que domines idiomas.

Mayarí dejó escapar la noticia y pisó el agujero hecho por la punta del bastón bengala en el sendero como si así cerrase la indiscreción de un ojo hacia el interior de la tierra.

La estrategia de la luz

En los peñascos que miran hacia el islote había un pescador de maragotas. Gabriel recuerda ese dato porque él mismo, el hombre de la caña, dijo con mucho énfasis, casi con jactancia, que lo que quería era pescar maragotas, pintos y maragotas, y por el desprecio con que trataba a los otros peces que iba trayendo el anzuelo. Algunos ni siquiera los metía en el cesto sino que estaban desperdigados por el peñasco. Las maragotas eran, ciertamente, obras maestras, con esa brillantez súbita, verde y encarnada, y la excitación añadida en pescador y testigos de ver lo precioso sustraído al mar. Además del color, y antes de desaparecer en el cesto, la huella que dejaban en el aire eran sus labios carnosos. Una sensualidad mostrada de repente. El pescador de caña automática, vestido de manera impecable, con un porte estatuario en el peñasco, nombraba a veces, al tirarlos, los peces que despreciaba.

¡Ahí va un músico!

¡Bah, un payaso!

De tal manera que Gabriel pensó que los inventaba y que los descartaba como calificativos, seres que no eran de su agrado. Como boqueaban o se movían aún en convulsiones, eran el principal objeto de atención de Gabriel y Mayarí. No sabía qué estaba pensando exactamente su abuelo. No decía nada. Pero el hecho de mirar fijo hacia el mismo lugar, a aquellos seres retorciéndose, agonizando en sacudidas de un silencio mudo, fue algo que Gabriel recordó siempre como un momento de perpleja fraternidad.

Su padre, el juez, era cazador. No se trataba de una afición pasajera o temporal. Como él mismo la definía, era una pasión constitutiva. En casa, sobre todo en el gran escritorio, que era una cámara italiana con el pequeño anexo de la recámara, y en la parte contigua de la gran sala, había varios trofeos. El mayor era la cabeza de un ciervo con una gran cornamenta. Otra cabeza era de un jabalí, de la que su padre estaba especialmente orgulloso, no sólo por la forma en que lo había cazado, sino por la cabeza en sí, por el trabajo de taxidermia, una obra de arte según su criterio que había logrado mantener toda la viveza y bravura en el animal, de tal manera que cuando lo miraba, allí, en lo alto de la pared lateral del escritorio, casi en penumbra, con un brillo de sol negro en los ojos, estaba viendo el momento exacto de la aparición del fin. Y para el relato de este acontecimiento, el juez tenía acuñado un colofón.

Disculpen la jactancia, pero la gran pieza decide quién puede cazarla. Elige a un superior. Solamente la puede cazar quien conozca la presa mejor que ésta a sí misma.

Eso también iba por la becada. Otra de las capturas de las que se sentía más orgulloso. En este caso no por el tamaño, sino por la agudeza.

La centinela del bosque. Se camufla como ninguna. Mejor que la perdiz, no hay comparación. Es un detector vivo, un periscopio, entre los helechos y la hojarasca. Oye y ve todo lo que está pasando en el bosque. Aun con un buen perro, es muy

difícil levantar una becada. Y nosotros llevábamos el mejor, el braco de Eusebio. Buen compañero, sí señor. Le pusimos una campanilla al cuello. Cuando dejó de oírse el tintín, fue la señal de que había encontrado a la becada. ¡Aún estoy oyendo aquel silencio!

El juez ponía su mejor énfasis en aquella pieza. Se veía que le daba un valor muy personal. Unos años después, en la primavera de 1963, un urogallo se convirtió en la estrella de los trofeos. Porque además tenía una pareja ilustre. El juez había participado en una montería con su amigo, el ministro, en los Ancares. Y, como decía él, era un trofeo con historia. El ministro había cazado una pieza y él, otra.

Tanto la becada como después el urogallo se exhibían en un estante, entre gruesos volúmenes que les servían de camarines, en la parte más visible de la gran biblioteca del juez, la que ocupaba toda la pared lateral del salón contigua a la cámara italiana donde tenía su escritorio. Todas las paredes cubiertas con estantes de libros. Era lo que él llamaba con irónico orgullo «mi Cripta». Y así se fue quedando, la Cripta, para todos los de casa, igual que la parte del salón que se destinó como estudio de pintura para Chelo acabó siendo conocida como el Pabellón Chinés, nombre inspirado al principio en un biombo de Macao (primorosamente labrado, le enseñaron a decir a Gabriel para que le sirviese como ejercicio oral) que el juez había comprado en Portugal, en uno de sus viajes como conferenciante invitado por la Universidad de Coimbra, y que acabó haciendo de inevitable referencia fronteriza en la casa. El nombre fue creando un lugar. Un paisaje de cuadros y plantas, que daba la sensación de estar siempre en un paciente movimiento. Incluso había en un rincón el exotismo de una gran maceta de bambúes, en compañía de helechos y algunas plantas herbáceas como la aureola. En cuanto a plantas, no obstante, saltaba a la vista la preferencia en esta parte oriental de la casa. En diferentes variedades, por todas partes, en el suelo, posadas en el mobiliario, y desde luego todo a lo largo de la galería, allí estaban las begonias respondiendo con convicción, más aún en el invierno, a la querencia de Chelo: sus hojas iban más allá de las flores en la intensidad del color.

Así que en el salón coexistían dos hemisferios casi simétricos, aunque había una segunda dimensión en el espacio, la de la línea de sombra de la columna central que iba marcando la órbita del sol durante el día, de tal forma que por la mañana el lado de la librería persistía en la sombra mientras se iluminaba el llamado Pabellón Chinés, en el que el primer círculo, el núcleo, era la pintora con su caballete y una mesa del estilo de la artesa de las casas campesinas. Su Mesa de Colores. En lugar de pan, la artesa contenía una mina de tubos, botes, pigmentos, resinas, barnices, lacas, frascos e incluso piedras con láminas de mica y otros minerales. Encima de la mesa, además de las maderas, platos, latas y cartones que hacían las veces de paletas, amontonaba los trapos manchados. Amontonaba y amontonaba. Chelo no necesitaba que nadie hiciese la típica observación humorística sobre eso. Ella misma decía que eran su mejor obra. Y sólo se desprendía de aquellos montones cuando ya

desbordaban la artesa y empezaban a invadir lo que sería el segundo círculo, aquel que iba más allá de los bambúes. Era entonces el momento de que Ó, la lavandera, metiese en sacos de estopa los montones de trapos manchados de colores.

Al llegar a la playa de las Lapas vieron una lancha que iba andando. Se desplazaba en seco por el arenal. Lo hacía con ese aire cabezota de los botes, incluso cuando navegan. El fondo, puesto al revés, tenía la curvatura exacta de la persona que se apoya en un balcón para ver. Era un extraño ser, una especie de gigante y cómica criatura pintada con los colores de la aurora y nacida de la imaginación del mar. La barca giró de repente hacia ellos. Debajo de la gran concha de tablas, blanca y colorada, había un hombre sonriente y desdentado. Esas ausencias en la dentadura acentuaban su semejanza con Mayarí. Cuando Chelo le insistía en que aprovechase su estancia en Coruña para hacerse una dentadura postiza, él siempre daba largas y soltaba una de sus bromas preferidas, y que Gabriel aún tardó algo en entender, pues la decía señalando los ojos y no la boca: Es que yo soy bidente.

Excepto cuando hablaba solo, Mayarí era una persona más bien callada. Parecía considerar que su silencio era una manera de ocupar el menor espacio posible. Pero también, cuando le preguntaban, sobre todo su yerno, el juez, trataba de dar cumplida satisfacción, lo que para él significaba contraponer a la seriedad una pizca de humor, que verdaderamente era lo más parecido a un sabor de postre. La relación era correcta, pero la conversación, cuando la había, sólo se daba a la hora de la cena. Cuando se fijaba, Gabriel no podía dejar de pensar en la diferencia entre las dentaduras de su padre y de su abuelo. Era una diferencia... monumental. La dentadura de su padre, además de perfecta, estaba hecha de mármol. La de su abuelo, tan escasa, era de granito. Una serie de dólmenes de piedra. Años más tarde podría ser más preciso. La de su padre era neoclásica. La de Mayarí, prehistórica. Pero de la velada de la víspera recordaba también una parte de la conversación, aquella intervención de Mayarí celebrada con risas y que a él le pareció que contenía información misteriosa. El juez le había preguntado por qué tanta gente abandonaba el trabajo en el campo. Por qué dejaba las aldeas. Tras varias consideraciones, Mayarí adoptó un aire más solemne y dijo: A fin de cuentas, señor juez, el del campo es un problema de altura. Todos lo miraron con una cierta perplejidad, sobre todo Chelo, que ya en otras ocasiones le había pedido que no usase ese trato de «señor juez» con quien era de la familia y el marido de su hija. Pero en esta ocasión calló, pues ella, como todos, lo que esperaba era la respuesta a ese enigma de la «altura» del campo.

¿A qué altura se refiere, señor Antonio?, preguntó muy serio el juez.

A que el campo está muy bajo, dijo Mayarí, abriendo los brazos como quien desvela una evidencia.

Sí, bueno, pero no tanto, dijo el juez, confuso ante tal rotundidad. Las cosas van mejorando.

El campo está muy bajo y entonces hay que bajarse, explicó Mayarí. La tierra debería estar más alta, digamos que a la altura de esta mesa en la que nosotros

estamos.

Todos acabaron por echarse a reír, aunque con una risa lenta. Ése era el tipo de risa que ponía en marcha Mayarí. Una risa lenta. O, dicho de otra forma, una seriedad cómica.

En uno de los libros que por aquel entonces Gabriel leía en la recámara, y que más que nada miraba por el atractivo de las ilustraciones, había una foto grande, a toda página, que le habría gustado arrancar del tomo para llevársela consigo o colgarla enmarcada en su habitación, aunque no era comparable al bolígrafo con la mujer desnuda de Zonzo. Se trataba de una imagen titulada *Belleza esquimal*. La cara de la muchacha tenía un gran parecido con la de la lavandera Ó. Vestía el traje de fiesta groenlandés, en el que la prenda más curiosa eran los pantalones, que por los muslos y hasta las rodillas estaban hechos de piel, y después, por la pantorrilla y cubriendo parte de la caña de la bota, de tela fina, blanca, historiada con encajes. En conjunto, tenía algo de arlequín. Mayarí y el marinero que llevaba la barca encima parecían pertenecer, en aquel preciso instante, en la playa de las Lapas, a una misma raza que no figuraba en el inventario de Pericot. La de los hombres bidentes que sonríen. A lo largo de la vida se daría cuenta de que es una de las sonrisas más agradecidas que puede ofrecer el ser humano. Mayarí se llevó la mano al ala del sombrero e inclinó ligeramente la cabeza, y el marinero hizo otro tanto con la barca.

El hombre-barca caminó hacia el agua. Tras el primer trecho, después de posarla, el viejo tiró de la embarcación como de un animal grande, dócil y ciego. Cuando preparó todo y se incorporó dentro de la barca, colocó los remos en los toletes y comenzó a bogar. Era curioso. Remaba sentado de espaldas a aquel destino hacia el que se impulsaba. Ésa era su manera infalible de orientarse. Miraba lo que iba dejando atrás y la panorámica cada vez era más amplia. Su presencia menuda transformó todo el mar. Aún a lo lejos se podía ver la puerta con jambas de su sonrisa bidente.

Ahora, le dijo el abuelo a Gabriel, vamos a ver a nuestro caballo Carirí. Me han dicho que le va de maravilla con Hércules, el fotógrafo ambulante. Lástima que tu tío Leica no se entendiese con él. Mira que le insistí. A los animales siempre les ha gustado la ciudad.

La mujer de los erizos

Bien. De acuerdo. No tendría un papel protagonista. Él mismo, el juez, era consciente de esa limitación. El espectáculo infantil iba a celebrarse en la plaza de María Pita. El escenario imponía. Y aún más las circunstancias. Se anunciaba como un homenaje público que los niños de la ciudad les tributaban a los nietos del Caudillo. En el programa de animación previa, actuaciones musicales y folclóricas. Después, como número central, la representación de *La cabra montesina*. Le comentaron la posibilidad de que su hijo apareciese con un papel secundario. Estar allí. No, no tenía que hablar. Para eso habría actores. Iban a estar las cámaras del NO-DO, del informativo cinematográfico. Por muy infantil que fuese, no se podía dejar nada a la improvisación. Todo muy medido. El Jefe del Estado no estaría presente, pero como si lo estuviese. Sí que acudiría su esposa, doña Carmen Polo de Franco. Se trataba de dar una imagen más cálida, más humana, ésa era la palabra, humana, del Caudillo y su familia. Y el juez dijo que claro, que por supuesto, que era un honor, que agradecido por pensar en él, en su hijo quería decir, ya le daré yo las gracias en persona al teniente alcalde, etcétera. ¿Seguro que el chaval no tenía ningún parlamento? No, con toda seguridad. Que no se preocupase. Lo que querían era tener niños de absoluta confianza en el escenario. Acercarse a la gente, sí, pero cada uno en su sitio. Ya habían hablado con las autoridades locales. Por ejemplo, el hijo del fiscal también estaría. ¿Ah, sí? Sí, claro. Quizá pueda hacer algo, quiero decir, en *La cabra montesina*. Eso ya se lo dirá el director del espectáculo. Y fue entonces cuando surgió la idea de que Gabriel formase parte del grupo de los efectos especiales. Haría de uno de los Boréadas, los hijos de Bóreas, dios del viento del norte. Eso sí, con alas de ángeles. En un rincón del escenario, en una tarima, en lo alto de una colina, con una tuba y una lámina de latón, allí están los Boréadas. A una indicación acordada, soplan la tuba, hacen vibrar el latón.

¡Estos chicos, pero qué bien han hecho el temporal!

Se lo escuchó él mismo, Gabriel, a doña Carmen Polo, la mujer del Caudillo, que presidía la representación con sus nietos. Él no dijo nada, ni gracias, porque había recibido el aviso de anticipación de las palabras. Toda aquella semana concentrado en las onomatopeyas y los vendavales. En soplar la tuba y hacer vibrar la lámina de metal. Pero no importó que no abriese la boca. Al contrario. Ya se veía que la familia del Jefe del Estado estaba acostumbrada al pasmo de sus súbditos. Además, era la hora de los regalos. A él le tocó el juego del sheriff, con revólver en cinto y la estrella con las letras USA. Y allí estaba Leica, el tío Sebastián, haciendo fotos, en estado algo adobado, como decía de forma eufemística el juez, pues bebía cada vez que se tenía que enfrentar a uno de esos encargos oficiales. Nunca se sabía cómo iban a salir las fotos de Leica, aunque las peores no eran malas. Él asociaba el resultado con el humor de la cámara. Tenía fama de conquistador con la cámara, y eso facilitaba su trabajo con hombres y mujeres, pues quien posaba para él lo hacía con un

interrogante, y eso siempre mejora la calidad de la pose. ¿O no? Leica le pasa la mano por la cabeza, murmura: ¡Estupendo, Gabriel! Y después en bajo, para sí: ¡Estupendo, grotesco, estupendo! Y cuando se acercó el juez, aliviado, feliz, les hizo una foto juntos. Para arrancarle una sonrisa, al juez siempre le pedía que dijese treinta y tres, diga treinta y tres, pero el juez nunca obedecía su petición. Era una broma o algo así, que Gabriel no entendía. Todas las fotos que tiene hechas por Leica son con una pose muy seria. Pero en esta ocasión dijo: ¡Lo mejor, los tormentosos! Y el juez sonrió para la foto.

Su padre había ensayado con él. Y le había pedido a Chelo que le enseñase. ¿Enseñarle a qué? A que haga bien de tormenta. Primero te voy a enseñar otra cosa, cedió Chelo. A que andes como un actor principal. Cuando atraveses el escenario y te dirijas hacia tu rincón tienes que andar como si de verdad fueses Bóreas, el dios del viento. Y nada de alas. O eres dios del viento o eres un ángel. Un ángel no se dedica a espantar ovejas. La obra es *La cabra montesina*, puntualizó el juez. La cabra montesina del monte montesinal y a quien pase de esta raya me lo trago de un bocado. Y se echaron los dos a reír. Quizá la última vez que se rieron juntos, recuerda Gabriel, así, a carcajadas, sin cancelas.

Ya sé que no cuadra, dijo el juez, pero tiene que llevar las alas. Son las instrucciones, y no vamos a salir ahora nosotros con enmiendas. Lo importante es que haga el efecto tormenta. Que haga bien de vendaval. Tienes que soplar la tuba y agitar la lámina de latón como si te fuese a escuchar toda la ciudad.

Lo mejor es que lo lledes al faro, sugirió Chelo en serio. Antes los cantantes iban hasta allí, hasta los peñascos al pie del faro de Hércules, para luchar con el aire, para ganar potencia.

Llegamos al faro y, allí, ¿qué hacemos? ¿Ponernos a gritar?

Fuera de sus espacios habituales, el escritorio, el Juzgado, el coto de caza, el juez era un hombre a la defensiva, en permanente alerta. Además, estamos en el mes de agosto, hace buen tiempo. Aquello estará lleno de paseantes. Van a decir...

¿Qué van a decir?

Un loco a gritos y un niño tocando la tuba. No soy Dalí. Soy un juez.

Salieron los tres hacia el faro en el Hispano-Suiza. Samos, al principio, buscó un lugar retirado. Contemplaba el mar. Intentó adivinar el perfil de las islas Sisargas, pero no era un buen día para ver. Había calina, una niebla perezosa pero obstinada. De repente, estaba oyendo el sonido de la tuba de Gabriel y los gritos indicativos de Chelo que le decían más alto, más alto. Pero no los veía. Pensó que sería fácil encontrarlos. Caminar en esa dirección. Rodeó unos matorrales de tojo. Escuchó la sirena de un barco. La tuba. ¿O era otra sirena? Hacía tiempo que no escuchaba las sirenas de los barcos tan cerca, sin saber, sin ver. Se sintió muy inquieto. La calina, la sirena. El miedo que esa combinación le producía sin saber por qué. Gritó el nombre de Chelo. Y oyó la voz de respuesta.

¡Más alto, más alto!

Los dos escondidos detrás de un peñasco, al borde del acantilado, diciendo: ¡Más alto, más alto!

De regreso, conduciendo por la carretera del faro, parecía un hombre reconfortado. Recitó con voz magnífica aquel fragmento que hacía tiempo que no le oían.

E eu, que amo a civilização moderna, eu que beijo com a alma as máquinas, eu o engenheiro, eu o civilizado, eu o educado no estrangeiro, gostaria de ter outra vez ao pé da minha vista só veleiros e barcos de madeira, de não saber doutra vida marítima que a antiga vida dos mares!^[11]

Sólo por esto, le dijo a Gabriel, el abuelo Samos perdona todos los pecados. Es un devoto de la *Oda Marítima*. Y yo, que me mareo en el mar, me mareo también con estos versos.

Llegado el día, Gabriel hizo el viento con una convicción de furioso nordés, de ventrílocuo del aire. El juez estaba en vilo. Si lo pudiese ver, vería cómo su padre entreabría la boca para acentuar el efecto viento. Si por él fuese, estaría allí detrás del telón, haciendo de rayos y truenos. Y eso que es juez. Un juez que no se anda con bromas. No hace mucho, a la altura de la dulcería La Gran Antilla, se le acercó una mujer con chal negro que llevaba una banasta en la cabeza. Él era más alto, mucho más alto. Cuando ella lo abordó, él no la miraba, sino que parecía escudriñar y oler el contenido del cesto.

Señor juez, si lo meten en prisión, acaban con él. Es como un vaso de cristal. Lo rompen.

Gabriel se fijó en que el mandil estaba lleno de escamas que antes no había visto.

Calle, señora. Éste no es lugar, dijo el juez, echando a andar. No es el lugar.

Ella se adelantó, se interpuso: ¿Y entonces dónde puedo verlo?

El abogado. Hable con su abogado, señora.

¿Mi abogado?

Miró al suelo con espanto. Parecía buscar algo importante que se le hubiese perdido.

¿Mi abogado?

Sí. Hable con él. Él le dirá qué hacer.

Fue el señor ese quien dijo que no había nada que hacer si usted no quería. Que la ley era usted. Que en estos casos había jueces que tenían una vara de medir y otros otra. Que de usted dependía que fuese o no a prisión. Es la primera vez, señor juez. No es ningún criminal. Tiene esa cosa.

Pues de esa cosa se va a curar. Van a ponerle del derecho lo que tiene del revés.

¿Van a hacer eso? No. Lo van a hacer añicos como un vaso de cristal.

El juez se volvió, de repente, con gravedad, hacia la mujer que llevaba erizos encima de la cabeza. Además de la altura, además de ser el uno hombre y la otra

mujer, ésa era la diferencia determinante, visible, rotunda entre ambos. Que uno usaba sombrero, un sombrero de ala ancha color canela, y la mujer soportaba una banasta. Gabriel estaba con su padre. Estaba junto a él y estaba de su parte. Aquella calle, aquella hora, eran su espacio y su tiempo. La mujer había interrumpido su tranquilidad, venía de fuera, con su banasta llena de erizos y de problemas. Un cesto que posa en el suelo y que deja a la vista, encima de la cabeza, el mulido, una especie de corona de trapo, en la que apoyaba el peso. Ni se entera de que la ha dejado ahí, la corona de trapo.

Ya tiene la ficha esa de peligroso. ¡Peligroso social! La mujer alza el tono al decirlo y algunos paseantes se vuelven, en ese tipo de giro fugaz y mudo que hace culpable al observado. Ya es castigo suficiente. No encuentra trabajo. No puede conducir, no puede sacar el pasaporte. Ya le han estropeado la vida. ¿Peligroso? ¡Le llaman nenaza por la calle! Es él quien está en peligro.

La mano de la mujer se sumergió en un bolsillo del mandilón, rebuscó y sacó un recorte de periódico. Gabriel recordó los pedazos de Mayarí. Aquel recorte de papel impreso tenía costra de sangre y escamas de pescado.

Ya ha salido en la prensa. Vea. Con nombre y todo. Ya es un apestado. No me lo mande ahora a Badajoz, señor juez.

Lo van a curar, señora. Lo suyo es una enfermedad. Y lo van a curar.

¿En la cárcel? ¿Lo van a curar en la cárcel? ¿Cómo? ¿Con palizas? ¿Con agua helada? ¿Con electricidad?

El pecho jadeando con violencia. Parecía que iba a explotar y el juez empujó por el hombro a Gabriel y se apartaron. Pero ella lo único que hizo fue llorar. No con gemidos, sino en silencio. Caían unas lágrimas muy gruesas.

¡Váyase, señora!

Ignorantes, dijo ella. ¡Ignorantes!

El juez miró a ambos lados, congestionado de ira. ¿Ignorantes? Ese insulto imprevisto sí que lo descolocó. Seguro que alguien lo conocía entre la multitud. Aquella pescadera, maloliente, con la banasta de pamea, llamándole ignorante al juez. Pues sí que no se iba a reír alguno. Por ahí andaría el Black Eye. El cabrón, por todas partes. También Gabriel miró a ambos lados. La señora le pareció desagradable, y más cuando se puso a llorar. Hablar de electricidad llorando. Era una mujer extraña que hablaba de un hijo extraño. Estaba molestando a su padre, estropeándoles el paseo. Pero era cierto que aquel destino no sonaba bien, cárcel de Badajoz, justo al lado de La Gran Antilla. Era una buena tarde de viernes. Había mucha animación. En las terrazas atestadas, con sus chaquetillas blancas con dorados botones de ancla, los camareros, más que acarrear bebidas, parecían elegantes marineros que estuviesen manteniendo el equilibrio en la cubierta de la ciudad.

Esa impresión no era ajena a la descripción que el juez repetía como un mensaje publicitario: En verano, Coruña es un transatlántico.

Pasearon por la calle Real. Como era costumbre en el juez, entraron en la

farmacia Villar y se pesaron en la báscula. Era una máquina magnífica, con la marca y la procedencia en destacado rótulo, Toledo Scale Company (Ohio), y que convertía el pesarse en un acto serio, de solemne incorporación del cuerpo al proceso industrial. Te subías a la plataforma y a través del cristal podía verse todo el mecanismo en acción. Era tu peso el que activaba aquello, y mientras permanecías allí encima, no podías dejar de ver el aparato como parte de ti mismo y transportado a Ohio. Había un detalle en el pesarse del juez. Se quitaba el sombrero y se lo daba a su hijo. Gabriel nunca supo lo que pesaba el juez. Era delgado, pero de una arquitectura fuerte. Se tomaba muy en serio lo de «mantener el peso a raya». Uno de sus rasgos para distinguirse del vulgo. Era un firme propósito en el que coincidía con Chelo y que los diferenciaba de la mayoría de sus conocidos. Cuando hacían un «repaso», como llamaban al cotilleo, sus comentarios parecían regirse por el mecanismo de precisión de la báscula de Ohio. La gente observada, en general, aumentaba de peso año tras año.

El sombrero de fieltro de su padre, el juez, era muy ligero, o eso le parecía cuando se lo sostenía mientras él se pesaba. Ahora, a medida que se iba irritando con la inoportuna presencia de la mujer de los erizos, el sombrero parecía algo más que una prenda de vestir. Algo de peso. Calcáreo. Era una parte de su cuerpo.

Estaban en el cruce de la calle Real con Rego de Auga, entre los soportales del teatro Rosalía de Castro y La Gran Antilla. Cada espacio urbano tiene su especialidad y aquél, en la topografía íntima de Gabriel, era también un sitio cálido y animado, destinado a joviales encuentros y saludos de cortesía. Entre el paisaje de las cabezas sobresalían los globos y los barquillos de los vendedores. Un buen punto en el que detener Curtis su caballo Carirí para que los chavales se subiesen a las ancas y se fotografiasen agarrados a su crin natural, negra como el azabache. Por eso, para él la inesperada referencia a Badajoz causó el efecto de producir allí, de repente, un accidente orográfico. Si ella no hubiese dicho nada, nada en concreto, si no le hubiese puesto nombre, Gabriel se desplazaría hacia el escaparate de la dulcería La Gran Antilla y así, además, le ayudaría a su padre a improvisar una excusa para despachar a aquella mujer quejumbrosa con su cargamento de espinas. Pero no. Pero no. Ella se había referido a aquel lugar que justamente era el primer orificio en aquel viejo juguete de habilidades del GMN (Glorioso Movimiento Nacional) llamado «La reconquista de España», que le había regalado el inspector Ren para incorporar a su Gabinete de Curiosidades, junto con otro de bombardeos llamado «Alas Victoriosas». Así que Gabriel oyó Badajoz y sintió cómo se ponía a rodar la bolita de acero y cómo, en lugar de sortear para seguir el camino de las conquistas, iba y caía en el agujero. Oía entonces la voz de Ren, como si estuviese incorporada al juguete de habilidades GMN, pues iba cantando las localidades y fechas que sorteaba la bola de acero, si es que la jugada era hábil, en su camino triunfal: Badajoz (14.08.36), Toledo (27.09.36), Málaga (08.02.37), Bilbao (19.06.37), Teruel (22.02.38), Lérida (03.04.38), Barcelona (26.01.39) y Madrid (28.03.39).

Badajoz, 14 de agosto de 1936.

Y añadía en tono enigmático: Yagüe, sí señor. ¡Ésa fue buena!

Siempre que la bola de acero caía en Badajoz, sin poder sortear el agujero para buscar otras plazas de conquista, escuchaba ese estribillo: ¡Ésa fue buena! Era, con todo, incluso en el Ren exultante que tenía entre manos el juguete GMN, una exclamación sombría. Algo que se le pegaba al nombre de la ciudad como un acento involuntario. Al fin y al cabo, se trataba de un error. Tendrían que pasar muchos años para que Gabriel supiese qué había sucedido en aquel agujero por el que a veces se precipitaba la bola. Para que descubriese que allí, en aquel agujero del juego de habilidades, había una plaza de toros atestada de cadáveres, en una corrida bélica en la que se torearon hombres. La bola era siempre la misma, pero cuando el juguete de habilidades GMN estaba en manos de Ren y éste tensaba los músculos para orientarla, no siempre iba por su camino sino que se echaba a rodar por su cuenta, caía en el agujero llamado Badajoz y producía, como un eco, aquella admirativa ¡Ésa fue buena!, que el chaval percibía como una rara distorsión del sentido, pues no dejaba de ser un fallo que la bola cayese en el agujero.

Por eso mismo, años después, Sofía, un amor de Gabriel, tampoco pudo entender la mirada de asombro, casi de pánico, que observó en él cuando ella utilizó una expresión tan coloquial como ¡Ésa fue buena! El asunto era algo intrascendente. Ni siquiera recordaba de qué estaban hablando, conmovida ella misma por el efecto de la exclamación. Tenía que acostumbrarse a aquel hombre que mantenía una tensa relación física, de permanente estar en vilo, con las palabras. Que vivía en un estado de extrema alerta con el lenguaje. Ella no podía ver lo que estaba viendo él. El juguete GMN. La orientación de la bola. Badajoz. La plaza de toros. La exclamación del inspector Ren: ¡Ésa fue buena!

Al principio Sofía pensó que iba a ser una relación imposible. Aquel hombre se movía entre el silencio y una precisión de entomólogo a la hora de utilizar una palabra, y fue comprobando que eran muchas las que por algún motivo le causaban emoción o conflicto. Se podía decir que las veía, las palabras. Él había atribuido esa extrema precaución a una fase muy consciente de su preparación como juez. Cualquiera podía traicionar el significado de las palabras. Cualquiera, empezando por un escritor. Un juez, no.

¿Ni siquiera cuando se trata de amor?

Garabateó con los ojos. Antes de hablar, dibujaba de forma imaginaria, con trazos taquigráficos, lo que iba a decir, sus implicaciones. Incluso a veces sus dedos se ponían en movimiento sobre una superficie. Buscaba de manera instintiva un papel, un espacio en blanco.

Eso que dices es un estado de excepción.

Jolie madames!

Cuando Chelo pintaba, había un momento en que las mujeres se metían dentro del cuadro. ¿O era al revés?

Le daba un descanso al cansancio de los cuerpos.

A veces, dejaba los pies bailando y se los pintaba con puntitos y filigranas, los pies, también por el tobillo, como quien se pone una media historiada con encajes.

Una pierna de Chantilly, Chez Jacques Fath, otra de Camariñas, Casa Chuchú.

Excepto algunos momentos de absorta melancolía, era una mujer jovial. Le gustaba fingir esa frivolidad de decir en voz alta las rebuscadas frases de las revistas femeninas o de las secciones de moda de los periódicos, cada vez más amplias, sobre todo en domingo. Novedades de ropa y peinados que hacían menos sombríos los papeles.

¡Piqué de algodón blanco estampado con lunares negros!

Hacía una pausa. Se levantaba. Estiraba los brazos hacia el sol y proclamaba en dirección a las begonias: *Jolie madames!*

Una de las mujeres que entraban y salían del cuadro era la mujer de los encajes.

Lo más difícil de hacer, para mí, dijo la palillera, son los calcetines de niño. Mi madre es muy buena haciendo esos calcetines. Nosotros nunca los usamos. Cuando estaba embarazada se ponía a palillar calcetines de encaje para los hijos de los médicos de Compostela. Y a hacer tiras de *entre-deux*, yo lo llamo *entre-deux* porque siempre lo hemos dicho así, a la francesa. Somos tres hermanas, cada una de su padre. Ellos también eran hermanos, nuestros padres. Tres rubios que un día aparecieron por la verbena y parecían tres vikingos alrededor del quinqué. El mayor murió en el mar, y mamá se casó con el siguiente. El segundo murió ahogado en otro naufragio, y mamá se casó con el tercero. Ése era mi padre. Mamá dijo: Cada vez que me casé, me casé con el que me gustaba. Mamá, de niña, había encontrado un Cristo en la playa acunado por el mar. Sólo tenía el madero central de la cruz, se le habían roto los brazos. Y debía de ser muy antiguo, porque era un madero petrificado, roído y rehecho por el mar, como concha o hueso, y la talla del cuerpo, en vez de desprenderse, como había ocurrido, era de suponer, con los brazos, se había unido al madero del sacrificio con una ligadura de conchas que casi parecía obra de artesanos, y la materia de las valvas, un manto de caliza y nácar, cubría el Cristo, pero lo que más sorprendía era la cabellera que crió, que al principio pensaron que era un puñado de algas, pues venía enredado entre esas correas del mar que llaman cuerdas de las sirenas, un puñado de ranúnculo rubio y musgo de Irlanda y lechuga de mar, y al arrancarlo se vio que las algas se agarraban, que estaban enredadas en pelo de verdad. Se lo cortaron con unas tijeras y le volvió a nacer. Eso lo he visto yo con mis propios ojos.

¿El qué? ¿Ha visto crecer el pelo? Es más fácil ver crecer la hierba.

Lo que ella quería decir es que...

Chelo, eres un imán para todas las espiritadas de Galicia.

Y después, dirigiéndose al sacerdote: Es así, don Munio. Un epicentro.

Puede ser verdad, dijo el páter. Me refiero a lo del pelo. Así era el Cristo de Finisterre. Utilizaban pelo humano y entonces parece que sigue creciendo. A los que traía el mar les llamaban Cristos protestantes. También había Vírgenes, imágenes llegadas por mar a las que les crecía el pelo. Vírgenes de madera con pelo de vírgenes de carne y hueso. Cuando me ordené y me mandaron a aquella parroquia...

¡Qué poco duró, don Munio! Un sitio tan bonito. La casa rectoral a la orilla del mar.

Sí, duré poco. No soy el típico sacerdote católico. Soy ambicioso. Como usted con el arte. Espiritualmente ambicioso.

Gabriel le había contado lo que él, el padre Munio, le había dicho hacía poco, una mañana que se retrasó una hora: Que mis hijos lleguen tarde no puedo ni quiero soportarlo.

¿Mis hijos? ¿Llama así a todos los chavales?

No. Era la primera vez que lo decía. Me dio rabia. Hubo algunos que se rieron por lo bajo.

No hagas caso.

Otra frase curiosa del padre Munio a Gabriel: Cuando te vea a solas ya te diré al oído un repertorio.

¿Un repertorio? ¿Eso dijo?

No, si ahora va a ser cierto lo del león de la Metro, dijo el juez gozando de la ironía.

¿El león de la Metro?

El león del cine, padre. Una informante de Chelo, una de sus espiritadas, le contó que ese león andaba por la Costa da Morte y no por la pantalla. Era uno de los animales salvajes que llevaba el *Nil* para el zoo de Dublín. Naufragó y buena parte de la fauna llegó nadando al arenal de Traba. También el león. ¿Es así o no, Chelo? Se preguntará qué es lo que hicieron. Pues se asustaron de los perros y no se movieron del sitio. Esperando al cónsul.

No está bien contado, dijo Chelo. Eso me pasa por darle de comer a quien no tiene dientes.

Aún jugaban a quererse. Buscaban un equilibrio en ese juego. Hubo una época en que se prodigaban en arranques de un humor que el juez catalogó como peligroso, con su afán de precisión. El ejemplo que no se le iba de la cabeza fue el día que llamaron a la puerta, entreabierta, unos amigos con los que estaban citados, y ella gritó desde el Pabellón Chinés: ¡Esperad un poco que estamos haciendo el amor! En realidad, estaba sola en aquella parte de la sala. Pintando. Y gritó eso. El juez se acercaba por el pasillo y oyó a Chelo gritando eso, que estaban haciendo el amor. Y después las carcajadas. Recuerda que le había venido a la cabeza la palabra

«indescriptible», y que la ocurrencia de esa palabra tenía que ver con él, con la expresión de su rostro.

¡Ya ve, padre Munio, se ha acabado el pan de la boda!

Él estaba a gusto, como en un sainete, y los sorprendió con una de sus metáforas modernas: ¡Vaya! Vuestro matrimonio es como una tijera. Una hoja no puede funcionar sin la otra.

Ahora sí que me ha emocionado, padre, dijo Chelo después de un momento de estupor. Ella sabía que el interés del padre Munio estaba centrado en el juez. Era el objetivo, la persona influyente y predispuesta, para incorporar a la Obra. Dijo: Pues debe saber que ella trabajó con tres tijeras.

¿Quién?

La madre de la mujer de los encajes. Con tres hermanos. Y con cada uno tuvo una niña. Así que ellas tres son hermanas.

Chelo modificó adrede la frase de la madre de la mujer de los encajes.

Sí, se casó tres veces y dijo: Me gustaron todos, pero el tercero me gusta más.

El juez se rió: Un imán, Chelo. Eres un imán para las espiritadas de Galicia.

El aprendiz de Taxidermia

El juez y el maestro taxidermista hablan de cómo armar el urogallo para que tenga una mayor naturalidad. La máxima naturalidad. Con las alas abiertas, mostrando la envergadura. Mientras, el aprendiz del taller, el hijo del taxidermista, le dice a Gabriel con aire cómplice: ¡Ven conmigo! En una habitación contigua, más oscura, iluminada por una lámpara tan polvorienta que parece tener pelusa, el Aprendiz señala con orgullo: Mira. Lo he inventado yo. He inventado un animal.

El cuerpo del pato y la cabeza de la liebre. El ser tiene las alas extendidas y al mismo tiempo una posición de liebre al acecho.

Sonríe al ver la cara de asombro del chaval. Son los que mejor se acoplan. El pato salvaje y la liebre. También estoy trabajando en el gativota, en el gato con cuerpo de gaviota, el aventurero de los tejados.

¿Para qué lo haces?, se atrevió a preguntar Gabriel.

Mi padre es taxidermista. Yo seré un artista.

En una caja de madera con celdillas, del estilo de la de botones de la mercería que tanto fascina a Chelo y de la que dice que algún día debería atreverse a pintarla, o de la caja tipográfica, cuando acompañó a Leica a la imprenta Moret y comprobó que las palabras estaban compuestas de elementos sólidos que a veces se atascan en la garganta, en esta otra había diferentes tipos de cuentas de vidrio y de resina. El joven taxidermista coge un puñado y lo deposita en las manos del visitante: ¿Te gustan los ojos?

Sonríe satisfecho por conseguir otro efecto de asombro en Gabriel.

Tú eres tonto. La naturaleza también lo hace. También engaña. Mira, ven. Vas a ver algo que nunca has visto. Y que quizá nunca volverás a ver.

Ven, ven, le repitió con aquel gesto misterioso.

Ventanas a un pequeño huerto interior. Descuidado. Ortigas. Varios gatos. Espectadores silenciosos de un museo que van adquiriendo la pose de las estatuas. Imitando a los animales disecados del interior.

Lo lleva por el brazo, casi a la fuerza, porque aquella expresión tan rotunda del enigma aún aturde más a Gabriel. Van hacia la puerta de la cámara frigorífica. El joven taxidermista lo mira ahora con severidad. Jura que no se lo contarás a nadie. El Aprendiz agarra con las dos manos la palanca de apertura. Esta última sonrisa, que le dirige a Gabriel, parece formar parte del mecanismo de abrir, porque también gira en su cara y se transforma en un gesto duro, de un sentimiento que Gabriel reconoce como desdén.

Abre.

Cierra de golpe la puerta.

¿Lo has visto?

Gabriel asiente. Fue un segundo y está helado por dentro. No se lo podrá contar a nadie. Nunca.

Te has quedado atontado, ¿eh? ¿Quieres verlo otra vez?

Y muy por lo bajo: Venga. Vamos a verlo otra vez.

Repite la ceremonia. Pero ahora ya no cierra de repente. Ahí está el ángel. Su blanco plumaje. El vaho del frío parece una especie de aliento que despide el cuerpo, una fuga de color.

¿Quieres tocarlo? Es un ángel de la guarda.

Gabriel se sentía más a gusto con el desdén enigmático del Aprendiz que con esta repentina confianza de la broma de mal gusto. En su interior, lamenta ese tránsito. Estira el brazo. Acaricia el plumaje y, poco a poco, por entre las alas, empujada por la risa del otro, sale de lo oculto, se desliza y cuelga en péndulo la cabeza del cisne.

El juez no se mostraba nada inclinado a enseñar lo que él llamaba «documentación interna». Los sentimientos. El rasgo principal de su carácter era esa privación expresiva. Consideraba que era una obligación de su función esforzarse en ser desapasionado y moverse siempre con discreción. Eso no significaba desapego hacia su ideario ni hacia el poder político. Al contrario, cada vez era más requerido desde las altas instancias su asesoramiento en el campo jurídico. También incrementaría sus colaboraciones periodísticas con el recuperado seudónimo de Syllabus. Todo el mundo, ésa era la expresión que utilizaban sus colegas de tertulia en la Cripta, «todo el mundo» sabía que antes o después se produciría su salto. El nombramiento en Madrid. Tal vez, y por qué no, lo que más deseaba. Un puesto en el más alto tribunal.

Sí, él era muy reservado. Profesionalmente adusto. Pero había zonas en las que se producía el desbordamiento. Una pasión que venía de lejos, en cierta forma heredada de su padre. La de bibliófilo. La otra, la caza, desarrollada ya en su madurez. Él mismo hablaba de su caso como de una conversión repentina. A la primera montería fue casi forzado, por relaciones de amistad, pero lo que iba a ser un pasatiempo desembocó en una devoción. Él sitúa ese instante no en el monte, sino en una marisma, el día que abatió un ganso salvaje. El *swing* detrás de la pieza por el cielo, el disparo, la caída y, por encima de todo, la torre de agua que levantó. No te puedes imaginar la emoción. Ese momento de la torre de agua es algo inenarrable. Los episodios de caza pasaron a ocupar un lugar muy importante en el relato vital de Ricardo Samos. Por eso les daba también tanta relevancia a los trofeos. No eran abstracciones ni símbolos. Allí estaba la naturaleza real, conquistada. Aunque era de los que controlaban el instinto de exhibición del cazador. Seleccionaba mucho las piezas para la taxidermia. Las cabezas de jabalí, ciervo y cabra ibérica. Y las aves. La becada. La perdiz blanca cobrada en los Pirineos. Y, ya más adelante, la pieza más preciada, el urogallo de los Ancares. Pero ahora está hablando con Gabriel. Esa situación extraña en la que el entusiasmo casi infantil proviene del adulto. Le cuenta sus proyectos, aventuras que al chaval le parecen en ese instante ilusorias, expuestas, eso sí, por una persona que encarna la seriedad, incluso en exceso. Esa tarde, al salir

del taller del taxidermista, Ricardo Samos le habla a su hijo del oso de los Cárpatos. Él, que se siente feliz, satisfecho, le va a confesar, y es un secreto entre los dos, que ansía dos cosas: cazar un oso de los Cárpatos y encontrar un libro muy especial. No, no es un incunable. Es un Nuevo Testamento impreso en España a mediados del siglo XIX. Sí, ya posee Biblias y Evangelios de esa época. Pero lo que ese libro contiene de singular es una dedicatoria y una firma. Un capricho. Una obsesión. Sí, podría decirse que es una obsesión.

Hablando de obsesiones, pronto llegará la temporada de las becasas.

Pronto llegará la hora de Eusebio.

El cazador de becasas se había convertido en un guía y colega imprescindible para Ricardo Samos. En sus viajes a la ciudad casi siempre se dejaba caer por aquella casa. Además de cazador, Eusebio tenía negocios y era alcalde. Casi siempre traía regalos. Regalos sólidos, que establecían también un vínculo fuerte. Productos de la tierra. Algunas veces carne. Como si despiezara la naturaleza en cubos. Pero otras veces libros para el juez, procedentes de alguna rectoral, pazo o casa grande venida a menos. Eusebio se esforzaba en evitar cualquier identificación con el tópico del hombre rústico. En sus visitas, siempre vestía elegante, incluso estirado.

Chelo decía: Sólo le falta la cola para ser un zorro.

Ella, siempre amable, dúctil, con capacidad de convertirse en una máscara *art déco* si era preciso, era sin embargo brusca con aquel visitante. No disimulaba su antipatía. No lo puedo evitar, le decía a Samos. Es una cosa corporal.

Apareció con una pluma de becada en un envase de vidrio.

El trofeo máspreciado del cazador, dijo el juez. En él había un claro afán de intermediar para hacer simpático a su valedor en el mundo de la caza. Una frase histórica del juez: Uno puede salir al monte sin perro, pero no sin Eusebio. Ha nacido para la caza. Te juro que tiene el olfato de un braco. Ése es su perro, un braco, cuando va a la becada, y se entiende con él en un código de silenciosos gestos. No se sabe quién apoya más a quién. Él es siempre el primero en ver los espejos.

¿Los espejos?

Los excrementos. Son blancos con el centro verde. Los excrementos son la única pista. Lo único que traiciona al ave más secreta del bosque gallego.

Chelo, a quien la caza no le interesa nada, siente curiosidad por esa ave. Les pregunta a las mujeres que vienen con cosas en la cabeza. Llega un momento en que es una experta. La becada. La centinela del bosque. Su misión no es sobrevivir, sino también alertar al bosque del peligro. El vuelo repentino de la becada es una consigna de sálvese quien pueda a la que todos atienden. La cómplice de la tierra. Cría entre helechos, sus huevos rojizos y grisáceos en el suelo. El camuflaje más perfecto. Colores rojizos, pardos y cremas con un barrado transversal en las alas. Cuenta con la mejor arma defensiva. La vista más extraordinaria. La que no tiene área ciega. La que abarca los 360 grados, todo alrededor.

Eusebio va con su olfato de braco a descubrir los espejos. Pero él es un enemigo

taimado. En el monte se transforma. También él se camufla. Puede ser como un peñasco. De hecho, es ese peñasco. Su cara parece corcho. Su campo de visión no es comparable al de la becada. Tiene una gran área ciega. Su campo de visión viene siendo el del águila. Puede ser un inconveniente, eso de no ver lo que pasa detrás. Pero lo único que a él le importa ahora es la precisión captora. Acercarse lo más posible. Tenerla a tiro. Acertar. Cazar a la centinela.

En el extremo del ala de la becada hay una pluma de gran finura. De una calidad mitológica para el pincel del pintor, mejor que cualquier crin. Esa pluma única, que sólo distinguen los ojos y los dedos del experto.

¡Qué maravilla, Chelo! Ningún cazador se desprendería de este trofeo.

Eusebio hoy viene con gafas Ray-Ban, de montura dorada y cristales verde oscuro. No se le ven los ojos. Sonríe. Es verdad que tiene los colmillos afilados.

Las 666 castañas

El vago ese, que si estuvo en la cárcel y en trabajos forzados pues por algo sería. Ya sé que ha vuelto cojo. Cojo y todo, un hombre tiene que llevar un sueldo a casa. ¿Que no le dan trabajo? Pues que lo busque en el infierno, Dios me perdone. Llevan ahí horas hablando sin parar. ¿De qué hablarán? Éste, como un igual, como un teólogo con el párroco. Aún no sé cómo se lo consiente. Cómo no lo hace callar con un latinajo. Aunque él también sabe latín. Fue acólito de don Benigno, y cuando éste empezó a perder la memoria, allí estaba Polca de apuntador en la misa. Él tiene cabeza, que bien que le trabaja, lástima que se le metiesen las ideas. ¿Para qué quiere las ideas un pobre? Para complicarse la vida, la suya y la de su familia.

Al principio, cuando le abrió la puerta, aún pensó que iba a haber un disgusto. Ella ya sabía a lo que venía. Vendría a pedir cuentas, tras el incidente con la niña. Bah, ya no era tan niña, una pollita, y qué lengua tenía la condenada. A ella ya no le había parecido bien aquel castigo, todo por unas castañas, lo que pasa es que Ó, la chavala, tampoco debió ser tan rebelde, tan mocosa, eso de irle al párroco con los Evangelios, ¿cuándo se ha visto algo así? La niña, vamos a dejarla en niña por ahora, había entrado con otros chavales en el recinto de la rectoral para robar castañas. Estaban bien avisados. Alguno ya se había llevado algún varazo. A estas alturas ya deberían saber que don Marcelo era devoto de la Virgen del Puño. Ya un día predicó en la iglesia, cuando hubo el lío aquel por el monte comunal, que comunismo, él, ni con las castañas. Y ya entonces Polca se había atrevido a decir en la taberna A Pena do Cuco que si había algún comunista, era Cristo, que ni el palo de la cruz era suyo, de tan pobre. Don Marcelo no era don Benigno. Ella ya lo sabía. Te la guardaba. Quizá eso influyó en el castigo de la niña, yo no digo nada. El caso es que era domingo por la tarde cuando los chavales entraron a robar las castañas. Pensarían que estaba durmiendo la siesta. Así que entraron muy confiados, incluso montaron una escalera para saltar el muro de piedra, que es alto, bien cerrado y rematado con metemiedos de cristal puntiagudo. Pero él, oír, oye hasta el pensamiento. Ya les había visto en misa cara de ir a por las castañas. Y estaba al acecho. Les dejó abrir una buena cantidad de erizos y que juntasen las castañas. Y cuando ya tenían el trabajo hecho, apareció él en sotana, inmenso, como si arrastrase la boca de la noche. Atronando. ¡Ladrón una vez, ladrón siempre! Todos echaron a correr, excepto Ó. Ella se quedó y tuvo la osadía de plantarle cara: quien tiene maña, coge la nuez y la castaña. Él, claro, no daba crédito a lo que estaba oyendo. La agarró por el brazo y la sacudió. Tienes la lengua de trapo, ¿eh, lavandera? Escupes al cielo y te va a caer en el ojo. Y fue Ó y le dijo: Suelte su sermón, pero no golpee en el púlpito.

Mucha lengua ha comido esta niña.

No, el castigo no estuvo bien, murmuró la criada. Lo de amenazarla con los guardias, en fin, con eso ya se contaba. Pero lo de hacerle recoger castañas hasta juntar el número ese, no. Eso no estuvo bien. No estuvo bien hacerle contar 666

castañas. Y además de rodillas, en la hierba húmeda, con el frío que hacía. Lo que pasa es que había que verla a ella. Había que verla contando. Las castañas volaban entre sus dedos. Como su madre cuando contaba cerillas.

666 en un plisplás.

Ahora vete y cuéntaselo a tu padre.

Eso también sobraba. Eso era hurgar en la herida. Por ello, cuando llamaron a la puerta y fue a abrir y vio que era Polca, ella pensó en lo peor, que por una brasa de nada puede arder toda una casa.

Pero durante la conversación, el cura dio sólo un puñetazo en la mesa de castaño de la sala de la rectoral. Era una mesa grande, como una diócesis, en metáfora de feligrés, pues el día de la fiesta podían comer alrededor de ella todos los párrocos del arciprestazgo. Don Marcelo dio el puñetazo y dijo: ¡No me vuelvas a preguntar qué hizo Lot con sus hijas! Eso lo sabemos porque fue lo único que escuchó la criada desde la cocina. Y se quedó muy preocupada porque había oído hablar muchas veces de la mujer de Lot, en aquel capítulo de las Escrituras que se leía en misa y que parecía reprender a todas las mujeres, por esa curiosidad, ese instinto de querer saber lo que pasa, ese cotillear, y por eso fue castigada y convertida en estatua de sal. Qué se le habría perdido allí a ella, los ángeles haciendo su trabajo de destrucción, quemando y arrasando Sodoma y Gomorra, no podía haber testigos de aquel desastre, que nadie fuese contando por ahí el terror impuesto por aquellos ángeles. Eso fue lo que se le pasó a ella por la cabeza, la lección, como a todos, de que era mejor mirar para otro lado. Pero lo que ahora la tiene perturbada, lo que le preocupa mientras despluma dos palomos para la cena del cura, es la advertencia esa del sacerdote a Polca de que no le volviese a preguntar por lo que Lot había hecho con sus hijas y viceversa. Que no va a ser él quien le haga los sermones. Que si no cuenta el cuento hasta el final es porque no le da la gana, que con lo de la estatua de sal la gente ya sabe lo que pasa. Ella pone atención. Ahora Polca va y empieza a hablar de un tal Eliseo, profeta, discípulo de Elías, que se enfureció tanto con unos niños que le llamaron calvo cuando se subía a un ribazo, ¡sube, calvo, sube!, que fue él, que era calvo de verdad, y los maldijo en nombre de Yahvé y cuarenta y dos niños fueron devorados por los osos. ¿Cuántos? Mucha carnicería de Nuestro Señor me parece a mí. Pero hablar, habla bien, aún le aguanta el pulso al cura, incluso habla mejor. ¡Qué gracia tiene el endemoniado! El cura se toca la cabeza, que anda rapado, y le dice: Se me fue la mano, sí, de acuerdo, pero ¿no me irás a comparar la burrada del profeta calvo con lo mío de las castañas?

Ella no aguanta más, apenas limpia de las manos la roña de plumón y sangre. Está nerviosa y sale por la puerta de servicio hacia la capilla para ver qué es lo que se dice de Lot y sus hijas, algo dirán en algún sitio los libros, algo dirán también de los cuarenta y dos niños devorados por los osos por culpa del cabreo del profeta. Ésa es la explicación de por qué a la criada le cambió la mirada, quizá para siempre, y de por qué el cura le preguntó si le pasaba algo cuando ella se presentó con el rostro del

color de la pura cera. Y como la vio tan trastornada no le comentó el descuido de que le sirviese con plumón de las aves en las uñas.

Va a ser el nuevo enterrador, dijo el cura.

Ella se limpió las costras de sangre de los palomos en el mandil. Sabía que, más que hablando con alguien, estaba convenciéndose a sí mismo.

Alguien tiene que serlo, añadió el párroco. Eso sí, le he puesto una condición. Se ha acabado la procesión del Carnaval. Se ha acabado el Cardenal Cojo de los Choqueiros. Se han acabado los sermones de goliardo en el púlpito de la taberna.

Y ella, sin querer, sintió lástima. Polca era un condenado, pero hacía reír. Ella lo maldecía, pero cada año, en Carnaval, estaba al acecho para verlo de cardenal en la comparsa de los Rexumeiros, con su *ora pro nobis*, disparando agua bendita con un sulfatador. De púrpura, tenía mejor planta que el cura. Presidía la procesión en la que llevaban el muñeco del Carnaval, hecho de nabos, para tirarlo al río de Monelos. Desde la guerra estaba prohibido andar disfrazado, pero ellos salían en la boca de la noche, de debajo de las piedras. Hace dos años tuvieron el atrevimiento aquel de ir en la procesión con el muñeco de nabos con fotos de Franco, el Caudillo, clavadas con alfileres, y llevando de escolta a unos choqueiros vestidos de Guardia Mora como la que acompañaba al Caudillo pero montada en burro. Aparecieron los guardias y cargaron a culatazos contra la procesión. Pero el muñeco ya estaba hundido en el río.

Ella no decía nada. ¿Qué iba a decir? Además, no había en donde escoger. Los jóvenes se marchaban todos a la emigración. Y los viejos estaban más dispuestos a morir que a enterrar.

Ya se irá acostumbrando, dijo don Marcelo. Acabará por ser el más serio del lugar.

Sí, asintió ella. Eso era lo que tenía aquel oficio. Todos acababan muy en su papel, como si el mundo entero fuese un cementerio.

Rocío, la cocinera, se acordó de repente: Y de fulana, ¿se va a poder disfrazar?

Dentro de la parroquia, no. De ninguna manera. Si es fuera, allá él. Yo no voy a ir a mirarle las piernas.

¡Alabado sea Dios!

Y el cura no supo muy bien si la exclamación era de alivio o de escándalo.

El enterrador

Hay un trabajo para ti, Crecente, le dijo el cura.

Se levantó y fue a encender la luz. Una lámpara de araña en la que la electricidad era un huésped cansado. En un rincón, metidas en un cesto, estaban las castañas, ahora bruñidas por aquella coloración luminosa, con esa contenida felicidad de una segunda vida que tienen los frutos cuando maduran en el interior de las casas. Como otras lámparas de araña, las uvas para el vino dulce, colgadas de una rama de mimosa. Las manzanas, sobre el planisferio de las mantas zamoranas, preñadas de aroma. Las nueces sumidas en un pensamiento. Más que en el mobiliario, macizo, de una madera mineral, petrificada, extraída de un bosque de la noche, Polca reparaba en esa otra presencia de los frutos.

Trabajaba de peón. En lo que caía. En verano, alguna alborada de gaitero. Volver de operario de parques y jardines. Eso es lo que le gustaría. Pero estaba cojo y con antecedentes. Estar cojo, decía Polca, eso sí que es un antecedente.

No había que tener antecedentes. Los antecedentes. En principio, era una palabra más fácil de pronunciar que salicílico, pero era una palabra con peso a la espalda y cuesta arriba.

Había hombres con antecedentes y hombres sin antecedentes.

Y en su caso parecía que también había un obstinado destino.

Cuando lo detuvieron durante la guerra, cuando pensaba que ya se habían olvidado de él, lo fueron a buscar en una camioneta en la que llevaban a algunos de Silva y de San Cristovo. E hicieron un simulacro. De noche los llevaron al castro. A las ruinas del poblado celta. Había luna llena y él veía las sombras de los recuerdos, de cuando nueve meses antes Holando les había leído los Mandamientos del Naturista. Les mandaron cavar. Todo muy siniestro. Ir a cavar una fosa allí, en el castro. La orden era: ¡Cavad bien, en línea recta! Y él pensó: ¡Manda carajo, a ver si ahora voy a encontrar el tesoro de Terranova! Mira que ir a darle la risa ahora, cuando estaba cavando su fosa. Tú tienes la corriente mental al revés, le había dicho Holando. Cuando hay que llorar, ríes. Eres una paradoja andante. El don del librepensador. Tenía que morderse los labios hasta hacerse sangre para invertir la dichosa corriente. Cavad, carajo, cavad. Pero una de las herramientas chocó con metal. ¿Esto qué es? Alguna chatarra, dijo uno de los de la partida. Déjame ver, dijo otro, que iba con capote. Lo golpeó contra una piedra para sacudir la arcilla y lo orientó hacia la luna.

¡Que me quede ciego si esto no es un torques!

Déjame ver. ¿Y no será una herradura?

Todos estudiando el hallazgo a la luz de la luna, sobando el metal, buscando oro.

Habrá que verlo de día. Ahora a cavar.

¿Recto?

¡Al bies! Una pieza lleva a otra.

Mejor al bies, pensó Polca con esperanza, no se hacen tumbas al bies.

Allí los tuvieron, cavando toda la noche. La partida de los *paseadores* enfebrecida removiendo cada terrón, escrutando cada pedrusco, hurgando en los agujeros.

Aquí hay algo duro. ¡Bah, son huesos!

¿Huesos? Serán de un animal.

Hombre, claro. ¿De qué van a ser?, dijo el grandullón que ejercía de gerifalte de la partida. Después miró hacia el agujero como si el interrogante que acababa de soltar anduviese por allí, removiendo la tierra.

Entre ansias de oro, llegó el alba. Dibujaba testigos en el horizonte. Hombres en moto y bicicleta, mujeres con peso que cargaban la primera luz del día. Toda la cima del monte agujereada entre los peñascos del Ara Solis. La consigna era matar de noche. Estamos fuera de hora, comentó uno de la brigada de los paseadores, y no se supo muy bien si lo dijo por lo de cavar o por lo de matar. El caso es que les mandaron subir a la camioneta y así fue como Polca entró en la cárcel. Después de cavar su fosa, primero en línea recta y luego al bies.

Hay un trabajo para ti, Crecente, dijo el párroco. No había dejado de darle vueltas desde el castigo a Ó. Se veía que tenía remordimientos. Un trabajo para ti. Con dos condiciones. Se acabaron las procesiones paganas, el Cardenal Cojo y las mujeres monumentales del Carnaval. Y no me hagas la competencia, predicando por las tabernas. Ya sé que platicas muy bien, que haces reír, pero a ti te toca callar, Polca. Así es la historia. Cura no puedes ser, dijo con sorna. Sacristán, ya está ocupado. Queda vacante el de sepulturero. ¿Qué te parece? Algo que ganes de enterrador, algo de gaitero, como quien dice, entre pitos y flautas... Estaba el hombre muy coloquial, le dijo Polca a Olinda.

La cucaracha del Rey Cintolo^[12]

Había que decirlo con propiedad, no de cualquier manera. Ácido acetilsalicílico.

A ver, Pinche, repite.

Ácido acetilsacilítico.

Sacilítico, no. Salicílico.

Para Polca, una persona empezaba a hablar bien, a defenderse, cuando era capaz de decir «ácido acetilsalicílico». Ese invento ya estaba en la naturaleza, como todos. Lo que pasa es que había que rescatarlo de lo invisible, así la música es el sonido rescatado en el fuelle. Ésa era una frase del repertorio de Polca, aunque no la prodigaba. Todo lo importante había sido rescatado de lo invisible. Y la aspirina no era una excepción. La mejor prueba de las virtudes de la aspirina estaba en las ratas del río, lo que pasa es que había que verlas. Estaban siempre sanas, limpias, con la piel brillante. ¿Y por qué? Porque roían las raíces de sauce. ¿Y en el sauce qué había?

Ácido acetilsacilítico.

¡Salicílico!

A Ó le gustaba la teoría de lo invisible, pero no las ratas. Ella no acababa de verlas como un modelo de belleza saludable. Siempre procuraba tener algún guijarro a mano por si se asomaban en el ribazo. Pero un día una rata la miró de frente desde la otra orilla, la primera vez que les veía los ojos, y Ó acabó pensando lo mismo que Polca. Le pareció guapa. De una belleza inquietante, como todos los animales que había alrededor del río y que intentaban no ser vistos, como la mantis religiosa, confundida con la hierba, o los zapateros, que vivían posados sobre el agua sin mojarse nunca, zurciendo las marcas del río con los trazos de sus patas finísimas. Para Polca, los seres más interesantes también formaban parte de lo que no se ve a primera vista. De lo invisible. Y ése era el momento solemne en que aportaba su descubrimiento.

No, le decía Olinda, que ahí perdía la paciencia. ¡No me vengas ahora con eso!

¿Y qué tiene de malo?

Ó y Pinche se reían. Ya lo habían oído muchas veces. Ellos ya sabían que el animal más bonito de la tierra es la cucaracha que se come la mierda de los murciélagos en la cueva del Rey Cintolo.

Ácido acetilsalicílico

A este chaval lo que le hace falta es el ácido acetilsalicílico. Trae una aspirina.

Neves se queda parada. Atónita. Esperaba otra cosa, otra curación. Algunas divinas palabras. Alguna anatomía animal. Alguna estampa de santo. O de una cupletista. Hierbas de infusión. Algo.

¿No le va a decir nada?

A ver, ¿no hay una aspirina por ahí?

Hay. Pero tenga cuidado, que se le puede hacer un agujero en el estómago.

Claro, mujer. Disuelta en una cucharada de agua. Y prepara un poco de café.

¿Café?

Sí. Café. Café de pota. Así. Escucha, Gabriel. Ahora te vas a tomar esta aspirina y aguantas un poco el agua y la aspirina en la boca, sin tragar, para que deje el sabor. El sabor amargo. Tú no escupas. Bien. Muy bien. Y ahora vas a beber un sorbo de café. El café también es amargo. El amargor en el paladar es mejor para el arranque. El dulce es muy conformista. Así, chaval. Ahora tienes que decir: Ácido acetilsalicílico.

Gabriel lo repitió veloz, perfecto.

Bien, muy bien, chaval. ¿Has notado cómo entraba lo hablado en las palabras?

Gabriel miró a Neves y hacia Ó. Tenían los ojos muy abiertos, grandes, hermosos. Pensó que de mayor debería ser oftalmólogo, además de arqueólogo submarino. Ser capaz de mirar dentro de esos ojos.

Oftalmólogo, dijo como para sí, sorprendido de que no se le apareciese el miedo trepando por las paredes de la garganta.

¿Qué has dicho?, preguntó Polca.

Oftalmólogo.

Ésa también vale, dijo Polca satisfecho, viendo un progreso en la iniciativa de Gabriel. También es científica. Ahora vamos a retornar bien retornadas otras palabras. Como si cantáramos, pero sin cantarlas. Tú di: *El acordeón borracho habla inglés, alemán...*

Fue entonces cuando de repente se abrió la puerta de la cocina. El juez llevaba puestos el sombrero y el gabán, no los había dejado en el colgador del vestíbulo, como hacía siempre, y quizá por eso su figura parecía más grande que la de la propia puerta. Para Neves, la más nerviosa, era como la de un ser enorme que pretendiese entrar en una casita de miniatura. El hombre del saco de habas dentro de un haba. El gato, con el bigote a la medida de la puerta, ante la guarida de los ratones. Tras las gafas, sus ojos proyectaban urgencia. Miró a Polca de pasada. Un aldeano. Estaba en la cocina. En su sitio. En aquel momento, la escasa luz de la cocina parecía una prolongación de una intemperie rural.

¿Y la señora?

La han llamado de Bellas Artes, señor juez. Para guiar a unos extranjeros, respondió Neves, nerviosa pero rápida. Sin equivocarse. Dijo que si usted telefoneaba

que no se preocupase. Que llegaría en punto a la comida oficial, tal como han quedado.

Entendido.

Antes de marcharse, miró de nuevo a Polca. Fue una mirada fugaz y sin palabras. Esperaba que Polca hiciese un saludo con la gorra de visera de pana. Por su parte, Polca pensaba lo contrario. Que la iniciativa debía ser del hombre del sombrero. Él era el dueño de la casa. Quien tenía que dar la bienvenida.

Es mi padre, señor juez, dijo Ó.

Buenas. ¿Cómo estamos?

Pues como siempre, señor...

Iba a decir lo que siempre decía el enterrador con humor amigable: Trabajando para la eternidad, haciéndoles la cama a los que van a dormir fuera. Pero esta vez no tuvo tiempo, dio la callada por respuesta porque el juez ya estaba despidiéndose de su hijo: No dejes los ejercicios para después. Un aviso que, por el tono, parecía destinado a todos.

Neves acompañó al juez hasta la puerta. Mientras, Polca aprovechó para echar café en una taza, bien cargado de azúcar.

¡Tú... lo tomas con... azúcar!, denunció el chaval.

Polca le guiñó un ojo.

Es que yo ya he retorneado las palabras.

¡Uf! Suerte que no ha preguntado nada, suspiró Neves de vuelta.

Ya se lo explicaría yo, dijo Ó. No estábamos haciendo nada malo.

Es muy suyo, comentó Neves en bajo. Cuando le sale la autoridad, no hay manera. Va con el busto tieso como en una columna.

Polca saboreó la última gota del café azucarado. La *dolce vita*, le llamaba él a ese poso. Era un dicho que le había oído a Luis Terranova. ¿Qué habría sido de Terranova, qué habría sido de aquel muchacho que era un Gardel, un diamante? Ojalá no estuviese en tratos con la eternidad.

Polca saboreó la última como un placer infinito y luego chasqueó la lengua.

¿Y qué problema iba a haber? Me miró y no me vio.

Se volvió hacia Gabriel.

Ya sabes. Tú lo que tienes que hacer es ver cuando miras. Tienes que meter lo visto dentro de los ojos. Tienes que meter lo que se habla dentro de las palabras. Venga. Vamos con otra retorneada. Tú di:

En cada nota el gaitero lanzaba un limpio diamante.

Gabriel recitó la copla, incluso sin resbalar en el redoble. No se atragantó con ninguna palabra. Le salió una voz alegre, cantarina, en la que las palabras contenían aquello que se nombraba.

Ahora sí. Ahora sí que ha retorneado bien, sin tropezar en nada, se felicitó Polca. ¡Hay que encontrar la llave del candado!

Estaba emocionado. Cogió entre sus manos la cabeza de Gabriel como si por un

instante pudiese alzarla del cuerpo y pulir lo esculpido. Aquélla no era una copla triste, pero el hombre tenía los ojos humedecidos. Oyó de nuevo la voz de Luis Terranova. Estaba desnudo, «un dios en pelotas», en lo alto del Ara Solis del castro. Murmuró, como un latinajo, aquel incomprensible estribillo. *¡Yamba, yambó, yambambé!* A Polca eso ya sólo le salía cuando acababa de matar algún gusano del miedo.

El beso de la bruja

¿Qué? ¿Nadie piensa morir? ¡No dais ni un duro de ganancia!

Eso era lo que decía Polca cuando pasaba ante la taberna A Pena do Cuco. Sus bromas de enterrador parroquial animaban mucho a la gente a vivir. A veces, cambiaba de estribillo y decía desde la puerta:

¿Nadie quiere una recomendación?

Y desde el mostrador le llamaban: Ante la muerte, el mejor remedio es abrir la boca. ¡Venga un vino, Polca!

Eso sí lo tenía seguro. La invitación a la ronda de vino. Pero también se la ganaba a pulso. Polca no sabía beber solo. Hay muchos bebedores solitarios. A Polca no le gustaba ese vino de la soledad. Un vino se merecía una historia, un hablar. Del Más Acá, y del Más Allá, en opinión de la gente, sabía más que el cura, que se limitaba a la información oficial. Había cuestiones que no se comentaban en presencia del párroco, no por otra cosa sino por su incompetencia en esas materias. Por ejemplo, Polca, dinos, ¿quién manda en la Santa Compañía, en la procesión de los difuntos? El que pone en marcha la Santa Compañía, según tengo entendido, es el enterrador más antiguo. ¿Y quién es ese comandante? Y será Adán, digo yo. ¿Y quién enterró a Adán, Polca? ¿Lo enterró Eva? No, fue un hijo, un tercer hijo del que casi no se habla y que debía de ser el de mejor madera. Aquí se llevan toda la fama Caín y Abel. El tercer hombre no debía de querer ninguna publicidad. Pero fue él, Set, quien enterró a su padre. Y en la tierra que cubre a ese primer muerto hinca un olivo. De ese olivo es del que sale el madero de la Santa Cruz.

Ésa es mucha casualidad, Polca.

La vida es así, compañero, tiene vocación de cuento. Y si no entiendes eso, no entiendes nada. Es de suponer que será Adán, por orden de antigüedad, quien llama a los otros: ¡Levantaos, difuntos, y salid todos juntos! A mí me parece un detalle importante. Lo de que decidan salir juntos, sin distinciones.

Polca a Ó: Tú no les tengas miedo a los muertos. Con quien hay que tener cuidado es con los vivos que te destrozan la vida. A esos que odian la vida los viejos los llamaban los de la Sociedad del Hueso. Lo de sembrar el terror es una cosa muy antigua y muy moderna al mismo tiempo. Lo que hacían éstos era arrojar de noche un hueso contra aquella ventana que vieses iluminada. Ésa era la manera de señalar a la víctima. Pero los muertos también saben devolverlas. Eso es lo que ignoran los matones. Que los muertos buscan la forma de defenderse. Los viejos hablan de la bofetada fría, que es la bofetada de los muertos que están mal enterrados. Yo conozco muchos casos. Muchos casos de asesinos que nunca han sido juzgados. Peor que eso. Los asesinos impartiendo justicia, haciendo las leyes. Pero a muchos de ellos también les ha ido llegando la bofetada fría de los muertos. Asesinos que se han vuelto locos. Como uno que llevaba la estilográfica de Luis Huici. ¿Tú sabes quién era Huici? Uno de los hombres más cultos y de más estilo que ha tenido esta ciudad. Un adelantado,

un lucero. Pues el asesino entraba muy orgulloso en el café con la pluma del difunto. Un día se le ocurrió escribir con aquella estilográfica. Y lo único que le salía era la firma de Luis Huici. Murió al poco de enfermedad. Eso fue lo que se dijo. Pero yo sé lo que pasó. Fue la bofetada fría.

Hace años, cuando yo era pequeña, dijo Ó, te oí contar que los muertos, cuando salen en Santa Compaña, llevan a veces de paseo una perra negra.

Ah, sí, claro. Una perrita negra con un cascabel.

¡Qué cuentista eres! ¿Tú la has visto?

No, verla no, dijo Polca, pero oí el tintín y me alejé de allí. Mira, Ó, de ese mundo con la única que yo he tratado es con la Antaruxa.

Calla, anda, dijo Olinda, que para enhebrar la aguja a la escasa luz de la lámpara hacía tal esfuerzo de concentración que implicaba en la tarea a todos sus músculos, a la casa entera y a todos sus círculos concéntricos, desde la aldea hasta su antípoda, de tal forma que si fracasase en esa prueba olímpica las vigas del mundo se derrumbarían.

Polca esperó a que el hilo entrase por el ojo de la aguja. Y respondió a la pregunta que había quedado en el aire, aunque Olinda trató de espantarla con el abanico de su mano.

La Antaruxa es una bruja con mucha autoridad. Es la que besa al demonio.

¡Calla, Francisco!

Cuando Olinda se dirigía a él por su nombre propio era que estaba hablando muy en serio. Muy enfadada. Y Olinda, enfadada, no era ninguna broma. Las mujeres de Castro sabían cantar las cuarenta y dar puñetazos en la mesa. Así que Olinda dijo: O te callas la boca o te la coso. Para seguir hablando, Polca se alejó de ella, se sentó en una banqueta y habló desde la penumbra.

¡Lo sorbe por detrás!, bisbiseó Polca como si revelase uno de los mayores secretos de la noche de los espíritus.

¿Cómo, cómo lo sorbe?, preguntó Ó.

Olinda miró de reojo y con severidad a Polca. Se quedaron callados. Aullaba el mar del bosque, las olas púrpuras de la noche en el brezal de la Zapateira. Ó se preguntaba si de verdad Olinda sería capaz de coserle la boca a Polca. De repente ambos, hombre y mujer, se echaron a reír.

Dándole un beso en el culo, bisbiseó Olinda. Ella riéndose también.

La bicicleta de Pinche

Olinda le dijo a Polca: Hay que comprarle una bicicleta a Pinche. Para ser una persona de tan pocas palabras, eso es mucho decir. Una frase bíblica. Si durante la semana va a trabajar en la obra y luego, durante el fin de semana, quiere tocar por ahí, no va a poder con todo. Porque Pinche ya practicaba con la gaita de Polca y algo iba ganando. Polca le decía al muchacho: Es lo bueno que tiene esta gaita, que ya lleva la música dentro. Y Polca miró a Olinda, que esperaba su consentimiento, y dijo: Tienes toda la razón. Necesitará un medio de transporte. Eso sí que sonó convincente, despejó todas sus dudas, porque por aquel entonces una bicicleta costaba mucho dinero, aunque fuese de segunda mano.

El caso es que Polca hizo aquel razonamiento, el del medio de transporte, y él mismo se quedó convencido y muy satisfecho, como si lo hubiese dicho una voz decisoria de la Providencia que pasase por allí. En aquella época había muy pocas bicicletas en el lugar, y para que nadie lo considerase un dispendio irracional, un capricho, en atención al qué dirán, a la opinión del vecindario, el padre de Pinche pregonó:

¡Es un medio de transporte! ¡De locomoción!

Pero este argumento, que tanto gustó por el contorno, fue enunciado en alta voz cuando ya la habían comprado y volvían ambos, padre e hijo, con la locomoción en la mano, guiada por el manillar. De alguna manera era un homenaje a su dueño, aquel antiguo compañero, otro obrero desafecto a quien llamaban Estremil. La viuda les habló del hombre y de la máquina: Era muy de llevarla a mano. Raramente la montaba, sólo en llano, y ya saben que aquí mucho llano no hay. Así está tan nueva. Él era muy cariñoso con todas sus cosas. Y eso, que podía ser un cumplido para el difunto, se reveló como una espléndida verdad cuando le echaron un vistazo al taller y vieron el orden y la limpieza que allí reinaban, aunque también el apesadumbrado luto de las herramientas que pierden al operario.

¿Quieren ver sus zapatos?

Era una invitación nada habitual, pensó Polca, pero ¿quién se iba a negar a ver los zapatos de un difunto? Y entonces la viuda abrió la puerta de un cobertizo de madera y allí estaban en estantes los zapatos, zapatones y botas de aquel hombre. No cuatro o cinco pares, sino todos los pares de su vida. La mujer fue señalando los zuecos de cuando era niño, los botines de cuando jugaba al fútbol, los zapatos de la boda que le regaló un hermano que trabajaba en la fábrica de calzados Senra. Cada domingo por la mañana, Estremil sacaba sus zapatos, los ponía en fila y les daba grasa y brillo. En silencio, recorría de vuelta el camino de la existencia.

¿Quieren ver sus radios? Hay media docena que arregló con mucha paciencia. Los aparatos sí que no los puedo vender porque cuando salen de aquí no funcionan. ¿Y los libros? Siempre le dio por los libros. Más de los que podía leer.

Las cosas tienen su querencia, señora, dijo Polca.

¡Y su egoísmo!, dijo la viuda. Cuida de la bicicleta, muchacho. Él la quería como a una alazana.

Y ésa fue la imagen que le quedó a Pinche. Nada más agarrar la máquina, notó los tirones del animal desaborido. Resentido.

Escoltados por una recua de chavales, hicieron un alto ante A Pena do Cuco. En la boca de la noche, a la luz humeante y tostada de la taberna, la bicicleta tenía un aura animal, un grafismo cérvido. La máquina estaba allí para una especie de reconocimiento comunal y a eso se entregó la gente.

Tienes que engrasarle bien la cadena. Ésa es el alma del vehículo.

El cuadro es pesado. Va a remolonear cuesta arriba.

Todo lo que sube, baja.

¿Y a quién se la habéis comprado, si no es mucho preguntar?

Y a Polca se le escapó: A Estremil de Laz. Se dio cuenta tarde. Era una información que no procedía, por lo menos en aquel momento, e intentó enmendarlo, con mala fortuna: Quiero decir, a la viuda de la bicicleta. Eso pasa cuando uno tropieza con la lengua, que pierde la dirección.

¿No fue ése al que atropellaron cuando la llevaba de la mano?

Los otros miraron con suspicacia hacia la bicicleta. Algunos se alejaron de ella, medio en broma. Y Pinche y Polca se quedaron solos.

¿Sabéis lo que pienso?, preguntó Polca en voz alta. ¡Que sois unos ignorantes!

Y ya era bastante. Era mucho decir. Porque para Polca ser ignorante era el insulto más duro que se le podía decir a un hombre.

Sólo es una bicicleta, le dijo a Pinche. Hazle alguna caricia. Para que se acostumbre a ti.

La mujer de la ventana

La madre de Zonzo estaba casi siempre junto a la ventana. Mejor dicho, se desplazaba por la galería como por una jaula de cristal. Gabriel nunca la había visto fuera de casa y llegó un momento en que tampoco se la imaginaba lejos de la ventana. El gran piso en el que vivían era muy parecido al de los Samos, en la misma zona de la Marina y con idéntica orientación hacia la bahía. Los portales de entrada de estas casas, construidas como asentamiento de la pudiente burguesía en el espacio que había dejado vacío el derrumbamiento de la muralla de la Ciudad Vieja, dan a la plaza de María Pita o a la calle Rego de Auga, por la parte que se oculta a oriente. Respecto a los planos iniciales del arquitecto, se produjo una curiosa revolución protagonizada por la luz. Lo que iba a ser la parte trasera, con muro de piedra y pequeñas ventanas, se transformó a causa de un giro radical en la fachada hacia levante. En vez del rostro severo del granito liso se alzaron las grandes balconadas acristaladas. Las cajas de luz. Una gran galería que recoge la luz, que la recoge y que la cosecha. Que la devuelve multiplicada. Chelo Vidal preparaba un trabajo para la futura revista *Oeste* en el que explicaba que este acto fue el más importante en la «historia del cuerpo de la ciudad». Un trabajo muy ilustrado, con varios dibujos de *Mujeres en la ventana*.

Parece que la madre de Zonzo no se despegaba nunca de la ventana. Allí estaba siempre que lo acompañó. Fuma. Se hace la manicura. Habla por teléfono. De vez en cuando, contempla la Dársena. Y más allá, la bahía. En una mesita, la del teléfono, hay unos prismáticos. Zonzo casi no habla nada de su familia. Algunas veces suelta, como por descuido, algún retal. Como que su padre es músico y está de gira. Siempre está de gira. Cuando suelta algo es porque está Corea delante. Corea sabe cosas.

Le dijo: Lo que es potente es la marca que tu padre tiene en la boca. Un círculo perfecto.

Eso es por la boca de la trompeta, respondió Zonzo.

Es un músico de agárrate, dijo Corea. ¿Lo has escuchado alguna vez?

Claro que lo he escuchado, respondió Zonzo ofendido.

No te cabrees, dijo Corea.

Ese día Zonzo llevaba una caña de pescar con un carrete automático. Una caña de estreno. De marca americana. Los tres iban a pescar calamares por la noche a la altura del castillo de San Antón.

No te cabrees, macho, repitió Corea. ¿Oyes? Aquella luz, en aquel piso, ¿no es la de vuestra casa?

Será, dijo Zonzo, casi sin mirar.

Tu madre sí que está como un tren, dijo Corea. La de éste, la pintora, está muy buena. Pero la tuya, Zonzo, la tuya es una *miss*. Una auténtica *miss*. ¿Es verdad que cuando cantaba la llamaban María Belida?

Vete a la mierda, dijo Zonzo. Y se marchó con su caña de estreno.

¡Ya está, ya no digo nada más!, le gritó Corea. No vamos a pillar los calamares a mano. Hoy pican todos, Zonzo. ¡Mira qué luna!

Ten cuidado, Corea. Un día te mato.

Es un tipo especial, Zonzo. No conoce el miedo. No le tiene ningún miedo a Corea, y eso es tener valor. Gabriel recuerda un día, de visita en su casa. Su madre en la ventana. Entra un hombre muy bien trajeado. Alto, robusto. Ocupa el centro de la sala con un dominio absoluto, de quien se apodera del espacio con una mirada imponente. Nadie ha oído llamar a la puerta por el simple hecho de que ha sido él quien ha abierto la puerta. Hola, chavales. Le tira un paquete a Zonzo, que ni lo mira ni lo abre.

Ya está arreglado lo de cantar en la Boîte. Si no quieres María Belida, hay que elegir otro nombre. ¿Qué te parece María da Saudade?

¿Da Saudade? Ya estoy harta de saudade. Ya me sabe a hueso de caldo.

Él ríe. Se parte de risa. De inmediato, se acerca a ella, a la mujer de la ventana. La abraza y le da un beso en la boca.

Vámonos, dice Zonzo. No se despide. A la salida abre el regalo. Unas botas nuevas, auténticas, de fútbol. Las deja caer por el hueco de la escalera.

Un día lo mato.

¡Qué mala hostia tiene!, exclamó Corea. Este tipo está colgado de su madre. Y menos mal que no le nombré a Manlle.

¿Quién es Manlle?

Preguntó la Justicia, dijo con sorna Corea.

El cajón del juez

En aquel cajón, el más grande del escritorio, el de abajo a la derecha, era donde el juez guardaba las carpetas con sus manuscritos, los artículos de Syllabus y las colaboraciones jurídicas con que se ocupaba. Cerraba con llave. Siempre. Pero tampoco era un secreto su paradero. Cerraba y la guardaba con otras llaves en lo que Chelo llamaba la *potiche*, un regalo que le había hecho ella, una pequeña caja de formas curvas en cristal esmaltado con motivos vegetales. La *potiche* se encontraba en un estante a la izquierda, según se entraba, en el mismo camarín de los libros donde estaba la becada.

El juez nunca le dijo a Gabriel que tenía prohibido abrir aquel cajón y andar con los papeles. El hecho de abrir y cerrar y de luego guardar la llave era suficiente para entender que se trataba de un espacio reservado. Por otra parte, y al contrario de lo que se pudiese pensar al verlo actuar como magistrado, Samos no daba muchas órdenes en su hogar. Tanto él como Chelo Vidal eran, a su manera, metódicos. Gabriel no iría a mezclar los colores de su madre en el Pabellón Chinés sin su permiso. Tampoco iría a rebuscar en el cajón de los manuscritos de su padre. Si lo hizo, si rebuscó, fue por aquel hecho sorprendente. El día en que lo vio sacar de allí aquella novelita del Oeste.

Cuando tuvo oportunidad, lo abrió y rebuscó en él, a la manera de un arqueólogo, en diferentes capas, entre las carpetas. Y no había una novelita del Oeste, sino media docena, todas firmadas por John Black Eye. Y todas con señales de haber sido leídas y releídas. Con pestañas de papel haciendo de marcadores de páginas en las que, a su vez, figuraban fragmentos subrayados con lápiz rojo. En casi todas esas frases, y algunas le parecieron algo enigmáticas para una novela del Oeste, había un protagonista único: el juez de Oklahoma.

Así, fue leyendo:

—El juez de Oklahoma decía siempre la última palabra y eso lo fue convenciendo de que siempre tenía la razón.

—Cuando iban de *picnic* al río, el juez de Oklahoma les advertía a sus sobrinos: «¡Al que se ahogue, lo mato!».

—Acerca de las influencias, al juez de Oklahoma se le llenaba la boca con Cicerón y otros clásicos. Un día, un abogado forastero se atrevió a responder: «Pero ¿qué culpa tienen ellos, señor juez?».

—Cuando en el tiro al plato grita «¡Plato!», tanto el «tiro» como el «plato» se sienten por fin confortados.

—El juez de Oklahoma, gran comedor de huevos, consideraba una actividad menor la cría de gallinas.

—Un contrabandista detenido por incumplir la ley seca había hecho una declaración: «Prohibieron la mierda y la convirtieron en oro». El juez de Oklahoma lo interpretó como desacato.

—El juez de Oklahoma explicó los distintos métodos para aplicar la pena de muerte: la horca, el fusilamiento, el garrote vil... Y entonces, en la sala, uno de los asistentes no pudo reprimir la expresión admirativa: «¡Ustedes son polifacéticos!».

—El juez de Oklahoma leía las sentencias con la misma inclinación con que el pintor Castiglione dibujó su hombre de cabeza oblicua.

—En previsión de protestas en la sala, ordenó dividir al público en tres mitades.

—«¡Vayan a la fuente! ¡Busquen en la fuente!», exclamó el juez de Oklahoma adoctrinando a futuros jueces. Todo el mundo pensó que se refería al Derecho Romano, pero él lo que tenía en mente era la sirena nórdica y rubia chapoteando en la Fontana de Trevi.

—En el campo de la judicatura no tendría rival si fuese el único en el mundo.

—Compasivo, el juez de Oklahoma acostumbraba a decirles a los condenados a muerte en sus tiempos de miembro del tribunal especial: «No se preocupe. El día que muera será el último de su vida».

—«¡Se abre la sesión!», dijo solemne el juez de Oklahoma. Y a continuación añadió: «¡Que pase el culpable!».

En una carpeta de archivador vio escrito el nombre de John Black Eye. Contenía la copia en papel carbón de una carta y el original de otra. La primera estaba fechada en Coruña y dirigida a la editorial de la serie Far Off West. Quien escribía se presentaba como un «incondicional seguidor de John Black Eye» y citaba algunos de sus títulos como ejemplo de «obras maestras en el género del Oeste».

«Esta prosa galopante», decía, «sólo es posible sobre el paisaje de una vasta cultura, puesta de relieve en la erudición de las referencias históricas, etnográficas y en las pormenorizadas descripciones geográficas. Pero, sobre todo, lo que destaca es el estilo irónico, la gran sutileza, esa característica inconfundible que permite percibir la presencia de un gran artista oculto».

El autor de la carta, finalmente, se interesaba por la verdadera identidad de John Black Eye o, de no ser posible, por su dirección, para hacerle llegar «el humilde tributo de un admirador».

Había un detalle sorprendente en aquella misiva. Estaba firmada por un tal R. Mandivi. Gabriel tardó en darse cuenta de que se correspondía con la inicial del nombre de su padre y con su segundo apellido. No era él quien se hacía preguntas. Eran las preguntas, que siempre iban a por él. ¿Por qué no su propio nombre?

La otra carta, con fecha posterior, procedía de Barcelona. El texto, escrito a máquina, era muy breve:

Estimado señor Mandivi:

Le hemos trasladado su petición a John Black Eye, quien a su vez nos comunica que agradece de todo corazón sus comentarios. Nuestro autor tiene por norma no mantener correspondencia con sus lectores. Sí que ha tenido el placer de atender otra de sus peticiones, por lo que, junto con la presente, le enviamos un ejemplar firmado de

Palabra de Colt. Lo sentimos y por nuestra parte le agradecemos también su interés.

Firmado: Salomé Senra.

Siguió con la excavación. Una de las novelas de la colección Far Off West se titulaba precisamente *El juez de Oklahoma*. Siguió: *El forastero misterioso*, *El coleccionista de yugos*, *La paz de los cementerios*... Pero lo que él buscaba con ansia y no aparecía era *Palabra de Colt*. Encontró, eso sí, otra cosa, otra capa que no tenía nada que ver. Panadeiras 12.

El juez de Oklahoma

En una ocasión, sólo en una ocasión, había perdido la compostura de esfinge, esa presencia inmutable que paralizaba a tantos defensores y que solamente algún díscolo, muy por lo bajo, parodiaba, eso sí, bien lejos del Palacio de Justicia, recordando aquel monumental desliz: «Se abre la sesión. ¡Que pase el culpable!».

Esa vez que se le descompuso el rostro sin poder evitarlo, un involuntario tic de golpear con el puño derecho como un martillo en la palma de la mano izquierda, fue cuando el acusado, al que se le imputaba un delito de «escándalo público», por «conducta desordenada», resultó ser un tipo que parecía su gemelo. Una copia exacta, como hecha en un molde de escarnio. Y su primer impulso, después de ordenarle que se pusiese en pie, y que se identificase, fue pedirle una explicación. Pero lo que sintió fue un escalofrío al comprobar que era clavado en todo. Y ni la diferencia tan marcada en el vestuario podía reducir aquella semejanza tan espantosa. Miró de reojo a los presentes en la sala. Nadie parecía haberse dado cuenta de lo que para el juez era un caso de estudio fisonómico. Y no sería por falta de perspicaces, pues él mismo concordaba con la sentencia popular que definía el tipo más común en los despachos y pasillos de la Audiencia: paso de buey, vista de zorro y dientes de lobo.

El acusado sí que era un tipo atrevido. Parecía que lo imitaba. Que lo miraba de frente y que, de forma imperceptible para los demás, movimientos mínimos de cejas y labios, estaba componiendo una caricatura. Él pestañeó y el acusado hizo lo mismo. Él guiñó un ojo y el acusado repitió el gesto.

—¡Detenga ese ojo!

—No puedo. Tengo un tic, señor juez.

—Haberlo pensado antes.

—El tic no se piensa, señor —intentó razonar el acusado, sorprendido él mismo de tener que explicarle a todo un juez semejante ley de la menudencia.

Sí que era clavado a él.

Mientras declaraba un testigo, el acusado sacó un libro que hasta entonces había llevado oculto bajo la camisa y se puso a leerlo.

—Compórtese —dijo el juez—. Esto no es una sala de lectura.

El acusado iba a guardar el libro, pero el magistrado ordenó que se lo entregasen:

—Hombre, ¡qué interesante, qué curioso! *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu. Habrá que leerlo. Queda incautado. Por cierto, ¿usted a qué se dedicaba antes de aparecer por aquí?

—Era juez, pero impartía justicia.

La respuesta del forastero levantó una oleada de murmullos en la sala.

—Pena de destierro a perpetuidad —sentenció el juez—. No quiero volver a verlo por Oklahoma.

(De *El forastero misterioso*, serie Far Off West, por John Black Eye.)

El coleccionista de yugos

El editor, publicista, único redactor y tipógrafo del periódico *The Maritime Awakening*, Ernest Botana, caminaba mustio ante la orden de suspensión dictada por el juez de Oklahoma y cumplimentada por el sheriff Triguero Happy y su no muy espabilado ayudante Light Weight.

—¿Por qué? —le preguntó al magistrado, en la breve audiencia que le concedió con la puerta entornada.

—Para la ley no existen los porqués —respondió la voz oblicua de Large White, el juez de Oklahoma. Y añadió desde la habitación oscura—: La fuerza de la ley es su ser de ley, no ser justa.

Eso ya se lo había oído otras veces y le había producido una mezcla de asco y miedo, parecida a la que debe de sentir el jilguero que se posa en una rama-trampa con visco.

—Y no presente más recursos. He dado orden de volar el edificio. Ya le avisé que Oklahoma no tiene mar.

De repente, en la calle Principal, tropezó con una sombra mal enlosada. Empuñó el diario enrollado en forma de lo que en sus apasionadas notas de opinión denominaba «el Winchester de la libertad», y cuando levantó la mirada se encontró con el perfil de sílex del mismísimo supremo. El corazón le pedía manifestarse en desacato. A esas alturas de la civilización, que la vida de las gentes de Oklahoma estuviese en manos de elementos como el juez le producía un cansancio que él denominaba «ahogo reticular». Hubo un tiempo en que su optimismo no tenía freno y crecía peldaño a peldaño sobre sí mismo como una col. Había sido en aquella época cuando escribió una valerosa y memorable denuncia del abuso y de la corrupción en el Estado: «El coleccionista de yugos».

Sobre todo resultó memorable para el juez. Ése fue el día, estaba seguro, en que se la juró. Lo hizo comparecer. Estaba realmente indignado.

—Caerá sobre usted todo el peso de la ley... y algo más que pondré de mi parte.

Lo publicado por *The Maritime Awakening* era cierto. El juez coleccionaba yugos que tenía colgados en las paredes del pasillo de su casa. En concreto, tenía tres piezas de mucho interés. El yugo de Texas, el yugo de Kansas y el yugo de Oklahoma.

(De *El coleccionista de yugos*, de John Black Eye.)

Sulfé miró a su alrededor. Entre los cuernos del venado había un crucifijo. La visión de San Eustaquio, patrón de la caza. En el vestíbulo, en la pared, a la manera de colgadores, los tres yugos. Los de los tres tipos existentes en el país, los llamados *gallego*, *portugués* y *castellano*. ¿Por qué los habría convocado el juez? ¿Sospecharía que alguno de ellos había sido el confidente de un escritor de novelitas del Oeste? ¿Cómo se llamaba? Black Eye.

Ahí están los tres yugos, pero no es una colección. Con un buen yugo es

suficiente, dijo el juez en una salida irónica, estudiada, que hizo reír a los contertulios. Como es sabido, yo lo que colecciono son Biblias. Díganme si este hombre no está loco.

¿Quién podrá ser?, preguntó el padre Munio. ¿Sospecha de alguien?

Era él quien tenía ahora la novela. Todo en aquellas manos, con unos guantes de punto blanco con apariencia de baldés de oveja, adquiriría la condición de un resto para expurgar.

Lo único claro, dijo Samos, es que alguien pretende difamarme por medio de este procedimiento tan retorcido, tan abyecto. Sin decir nombres, en un mundo de ficción, tan vulgar y lejano... Hacer de mí el malo del Oeste. ¡Un perverso juez de Oklahoma! La cuestión es que nunca se sabe adónde puede ir a parar este absurdo, este juego infame. Imaginen que a ese juez, Large White, que ejerce en Oklahoma, empiezan a atribuirle cosas, barbaridades... Hay gente que se obsesiona con el pasado.

Son coincidencias, dijo Tomás Dez. Sólo se trata de eso, Ricardo, de casualidades.

La mirada del juez se cruzó con la del censor. Dez sabía que aquella reunión era una manera indirecta de forzarlo a actuar con más diligencia. Entre ellos siempre reinó la máxima confianza. No entendía cómo Samos había perdido los nervios, siempre tan bien tensados, por una menudencia así. Lo peor que podía hacer era exteriorizar temores. Imaginen que... Nadie tenía que imaginar nada.

Samos, no obstante, recuperó la compostura, incluso con un barniz de humor: Amigos, quería ponerlos en antecedentes de esta situación tan pintoresca. Ni siquiera en un país tan seguro como el nuestro estamos libres del mal de ojo.

Hay algo de artístico, de profundamente humano, en los yugos, dijo Sulfe al fin. Y también en los bozales del ganado, esas artes de alambre y mimbre para trabar la boca.

Sulfe se detuvo en seco. Su pasión era «posar en los clásicos». Ser uno de ellos. Cada uno de ellos. Cultivar el modelo elegido de manera consecuente. No sólo saber lo que pensaban, sino cómo lo expresaban. Él decía: hacerse con su voz. En definitiva, imitarlos. Así, la relación con el saber era una posesión. El secreto de sus raptos de brillantez era esa identificación en la que ejercía de actor en las aulas, siendo por lo general un hombre de condición esquivada, que disparaba monosílabos. En los últimos tiempos el proceso se había invertido. Era él quien se sentía poseído por aquellos que estudiaba y en los que profundizaba. No era un momento previsible, no avisaba. Era como tener un ventrílocuo que hablase por él, sin su consentimiento. No sólo dominaba los resortes del pensar, sino los hilos del hablar hasta hacer de él, y en las circunstancias más inapropiadas, un cómico, un sátiro o un lenguaraz. Había quien perdía memoria. A él, a Sulfe, le habían entrado otras memorias. Se había puesto a devorar aquello de lo que siempre había huido. De Catulo y Safo a Alfons'Eanes do Cotón y María Balteira. Estos últimos por decir dos nombres de la

escuela más obscena de los cancioneros gallego-portugueses. El descubrimiento de esa veta de erotismo salvaje, las palabras fornicando como cuerpos, de la lírica medieval, paralelo a su profundizar en Rabelais, no sólo le había supuesto una conmoción mental, sino que había producido un cambio en su ser orgánico parecido a una mudanza radical en la dieta alimenticia. Quizá para protegerse en el medio conservador, tal vez para justificar esa osadía de sumergirse y divulgar las creaciones más obscenas de la lírica universal, Carolina Michaëlis habla de las «más disolutas pasquinadas carnavalescas» y de composiciones que por su lenguaje se miden con los «ínfimos frequentadores de tabernas y casas de juego». Otro gran protagonista del redescubrimiento del tesoro medieval oculto durante siglos, Rodrigues Lapa, habla de una voluntad animosa para enfrentarse a «ciertas inmundicias verbales». ¡Disolutas pasquinadas! ¡Inmundicias verbales! Él mismo, cuando tuvo que referirse a esas composiciones, no dudó en hablar de una «rama vulgar e inmoral en un árbol dorado». Y al tiempo que se curaba en salud, tenía en mente una cantiga de João Soares:

*Por Deus, Luzia Sánchez, Dona Luzia,
se eu foder-vos podesse, foder-vos-ia.*^[13]

Por fin distingues, le decía aquella voz familiar de Gargantúa y Falstaff, entre placer y gozo, por fin metes la nariz donde debes. Había, sí, una segunda vida y un segundo mundo, por decirlo a la manera de su ahora admirado Mijail Bajtin, pero no sólo en la Antigüedad y en la Edad Media. Era un secreto, pero él estaba viviendo una segunda vida en un segundo mundo. Sí, era un anfibio en la nueva Edad Media española. Hacia fuera ejercía con su lado doctoral. «Vean estos dedos amarillentos no del tabaco sino de aposentar en los clásicos». Era capaz de mantener con vehemencia, incluso con arranques coléricos, lo que él llamaba la «gramática del poder». La superioridad constitutiva de unas lenguas sobre otras. La defensa de la naturaleza mística y guerrera de la lengua castellana, que la hacía más apropiada para hablar con Dios. La pertinencia de la gramática guerrera de Nebrija, la lengua compañera del imperio, como un apotegma contemporáneo. Cosas así. Pero quien lo conociese de antes observaría en él, tras bajar de la tarima, una forma irónica de jactancia y un claro distanciamiento de cualquier ambición de notoriedad pública, fuese en el ámbito académico o en el de la cultura oficial y el periodismo, donde había llegado a la jerarquía de personalidad ilustre. Requerido para opinar en ocasiones especiales, estaba dotado de un sexto sentido para acertar siempre con la «gramática del poder», con el gusto de los mandarines, que él sazónaba con una cultura de la que ellos carecían. Había cosas que ni siquiera podía contar. Una vez se cruzó con el alcalde y lo saludó con su latinajo más coloquial: «¿*Quo vadis*, señor alcalde?». Y el alcalde respondió con cara de hoz: «Usted siempre tan culto, Sulfe, hablando alemán». Ahora gozaba como nunca en su vida. Había atravesado «el umbral de lo invisible». Era un

ser secreto. Adoraba a un único dios mortal, al gran Dioniso, a quien el Can Cerbero, aquel que guardaba la entrada a los infiernos, le lamía los pies. Por él, por los ojos de Dioniso, veía ahora el mundo, sin que los demás lo supiesen. Convirtió sus sesiones de lectura en una juerga nocturna, en busca de «disolutas pasquinadas carnavalescas» y de «inmundicias verbales». Todo había empezado como una cómica paradoja. El encargo por parte del cabildo de la catedral de Santiago para que estudiase las expresiones de *risus paschalis*, risa pascual, la llamada *fiesta stultorum*, fiesta de los bobalicones, o incluso la existencia o no de una *fiesta del burro* en la tradición de la Iglesia compostelana. Ciertamente que no avanzó mucho en aquel encargo concreto. No conseguía atender todos los frentes que de repente se le habían abierto. Todos aquellos libros esperándole en los anaqueles irredentos, en los armarios cerrados, enterrados en vida en desvanes o en sótanos inmundos. Se lanzó a hurgar en los escondrijos que antaño había despreciado. Sus dedos amarillentos de guerrero filólogo olían ahora a sexo y tenían el brillo de las sabrosas heces de las palabras. Aquello de lo que más se había alejado era ahora su pan y su vino. Al leer, oía conmovido y excitado, como en plegaria, al coro de las bacantes: «Cuando Dioniso guíe, la tierra bailará».

Se podría decir que desde niño había sido un bibliófilo. Es verdad que creció entre lecturas de orden, tuteladas, por decirlo así, por una parentela de clérigos carlistas que incluso tenían bajo vigilancia a los místicos castellanos y sólo permitían degustar en pequeña ración y con cuchara de postre a sacerdotes ilustrados como Feijoo y Sarmiento. Pero él, fuese por el camino que fuese, se había convertido en un gran erudito. Su propiedad más querida eran los libros. Cuando pensaba en el viejo pazo familiar, allá por tierras del Ribeiro, a su pensamiento acudían los volúmenes y no en la tierra. Ésa era una diferencia con muchos otros catedráticos y amigos eclesiásticos y teólogos compostelanos, grandes expertos en el catastro y en los pleitos por cuestiones de herencias y propiedad de la tierra. Y muy preocupados por la cultura de las rentas y el número de pies de los hórreos. Él se había aposentado en los clásicos. Y si se había hecho con la cátedra fue gracias a ese saber y no por botín de guerra o cacicada. Era muy conservador. Tradicionalista. Nunca lo había ocultado. De joven llegó incluso a pensar que era algo biológico, de su naturaleza. Lo recordó estremecido cuando el decano de Ciencias de Santiago, en la ceremonia de investidura del doctorado *honoris causa* a Franco, comparó la acción guerrera del Caudillo «con una experiencia científica biológica». En su segunda vida, Sulfe tenía siempre en la boca una sentencia: Soy conservador, no inhumano. Un mensaje tan simple que, a fuerza de repetido, en aquel tiempo de interminable posguerra, sonaba a acertijo estafalario.

La segunda existencia del catedrático Alfonso Sulfe era desconocida para casi todo el mundo. Quizá habían partido de un mismo puerto, pero llevaba años en una deriva que nada tenía que ver con el juez Samos ni con aquellos personajes

convencidos de tener hilo directo con Dios. Si últimamente había retomado la vieja amistad de los años cuarenta atendiendo a su invitación para sumarse a las tertulias de la llamada Cripta (a la que el juez también denominaba con coquetería intelectual «mi San Casciano», en referencia al refugio de Maquiavelo), era por un propósito que aún mantenía oculto. Al principio había respondido a la invitación del juez con agradecida cortesía, pero indicando que sus obligaciones docentes y los estudios en los que estaba sumido no le permitían comprometerse. Que contasen con él ocasionalmente, eso sí. Pero luego se fue avivando el rescoldo de un recuerdo hasta convertirse en una hoguera que le ardía día y noche en la mente.

Tratándose de un loco...

El censor Dez no estaba cómodo con aquel cónclave. No entendía que Samos, inteligente e incluso astuto cuando la situación lo requería, expusiese en público, aunque fuese en un círculo de confianza, aquella paranoia con el novelista del Far West. Ahora aparentaba sobrellevarlo con humor, pero él sabía bien cuánto le escocía.

Curioso esto que escribe a continuación, dijo el padre Munio, que con sus guantes blancos convertía todo libro caído en sus manos en un objeto de disección.

«El periodista Ernest Botana saludó con el sombrero a los álamos podados, esqueléticos, desnudos:

—¡Ánimo, amigos!

Luego vio acercarse al juez y le tendió la mano:

—De ninguna manera permitiré que me considere un enemigo.

El servidor de la ley se quedó confundido y colorado. Se marchó agobiado por el peso de aquella piadosa afrenta».

El juez extendió la mano para recuperar la novelita de Black Eye. Habría preferido que el padre Munio no hubiera leído en alto ese fragmento, justo ese fragmento. A él le había causado un especial malestar, y por eso estaba marcada la página. Y ahora que otra persona lo leía en voz alta situaba por fin el origen del eco perturbador en su cabeza. Se trataba del recuerdo de una frase semejante de la que él era el destinatario.

Aquella fue la última vez que conversó con Héctor Ríos, en la plaza de Mazarelos, en Santiago, tras salir de la facultad de Derecho, en la víspera de Navidad de 1935. El día en que no le aceptó el regalo del libro de Wells y él tuvo aquella osadía, aquel insoportable arranque de bondad: De ninguna manera permitiré que me consideres un enemigo.

Un buen *coup-de-théâtre*.

No, no aceptó el libro que le tendió Héctor Ríos, con quien compartía desde niños la pasión del bibliógrafo. No le aceptó el libro de Wells, un ensayo sobre «la salvación de la civilización».

Ya lo he leído, mintió Samos.

Yo también he leído tu artículo, le dijo al fin Ríos. «Los sabios de Alemania se

saben unidos con el Führer». Creo que te has olvidado de algunos...

Sí, allí estaba Héctor Ríos, bajando las escaleras de la facultad de Derecho con el profesor Del Riego, de quien se despide, y dirigiéndose cordial hacia él, con sus gafas de imperativo categórico kantiano, con un montón de libros en la mano y los bolsillos de la chaqueta abultados. Vete tú a saber. A lo mejor era capaz de ir aún con las fichas en papel cartón de las lecciones de Ética de Xohán Vicente Viqueira en A Coruña, que los discípulos de la Institución Libre de Enseñanza se iban pasando con devoción laica, como oraciones. Escucha, Samos, lo que dice Viqueira: La conciencia es la actividad mental de estimar el bien. ¿Se puede decir mejor? Una vez, en la primavera de 1931, Héctor Ríos lo había convencido para que lo acompañase a un homenaje a Viqueira en el cementerio de Ouces. Uno de los asistentes, Bieito Varela, golpeó con los nudillos en la sepultura y dijo: ¡Señor Viqueira, ha llegado la República! Había una atmósfera amable y efusiva, mucha gente culta, pero él sintió un principio de incomodidad. La sepultura de Viqueira estaba fuera del cementerio católico. ¿Por qué está enterrado fuera? Y Ríos lo miró como a veces lo miraba, con gafas irónicas que le hacían sentirse un pipiolo, y le dijo: Está fuera porque no le dejaron entrar.

Ahora, en 1935, Héctor Ríos va camino de Madrid, de la Residencia de Estudiantes, con su brillante expediente académico y con la intención de convertirse, de la mano del prestigioso penalista Luis Jiménez de Asúa, en uno de los fiscales más jóvenes de la República española. Aquel Héctor Ríos con quien había compartido los juegos de la infancia en la playa del Parrote, los estudios en el instituto, la declamación en el Círculo de Artesanos y la pasión juvenil por las obras de ficción de Herbert George Wells.

¿No iré a considerarme un enemigo, señor Samos? Las gafas kantianas volvieron a mirarlo con ironía y le dio rabia sentirse otra vez pipiolo. Si es así, declamó Ríos en las escaleras, no lo consentiré.

Bajó los peldaños.

Le tendió la mano.

Él tardó en aceptar el saludo pero al fin correspondió. De mala gana. Samos sabía que eso significaba seguir con la conversación. Ahora denostaba lo que antes consideraba una virtud. Héctor Ríos gozaba con la polémica. Nunca se daba por vencido. Así que no perdió la ocasión de sugerirle que para su futura tesis sobre la influencia de Juan Donoso Cortés en el pensamiento contemporáneo, y más en concreto en el relevante jurista alemán Carl Schmitt, sería muy provechoso que leyese al jurista austríaco Hans Kelsen, a lo que Samos respondió que algo ya había leído y que no le aguantaba un asalto a Schmitt. Frente al ascenso del nazismo, respondió Ríos, y mientras la mayoría de los juristas se camuflaban, Hans Kelsen tenía el valor y la claridad de decir que sólo había dos formas posibles de Estado: o democracia o autocracia. Eso es aguantar un asalto y el combate entero. Kelsen no es un brujo, pero tiene razón. Sería una locura poner la bola del mundo sobre la cabeza de tu señor Schmitt.

¿Razón? Era ya tarde para polemizar. El sol ya ha pasado por tu puerta, Ríos. No. No le dijo eso. Ya no era el momento. Él, Héctor, aún estaba en su viejo mundo liberal, dándole vueltas al parlamento. Tampoco iba a responder a la pregunta sobre la que Héctor Ríos le pidió, rogó, que meditase a continuación. ¿Se puede ser cristiano, incluso conservador católico, y aprobar el fascismo? ¿No es la tiranía el mayor quebranto moral?

Para conversar era cauto por costumbre. No para escribir. Últimamente, bajo la firma de Syllabus, cada vez le corría más la mano, cada vez se sentía más excitado. Ahora ese mismo ardor le vino al discurso. Sintió ganas de hablar con ferocidad.

No tenía nada que meditar. Ya tenía una respuesta.

No tengo nada que meditar, dijo de repente.

Al fin se sentía bien hablándole así, con bravura. Ríos siempre había ido por delante, pero ahora él, Samos, había ocupado su posición. Era una sensación curiosa, excitante. Ahora veía a Ríos, a aquel joven maduro, como un ingenuo. Su admirado Schmitt hablaba del «providencial» encuentro con el *Discurso sobre la dictadura* de Donoso Cortés. Y ahora él también sentía, respecto a Schmitt, ese punto «providencial». Le daba una información de la que Ríos carecía: la historia se disponía a moverse con ferocidad de acero. Él, Ríos, iba confiado con la ficción de Wells en un bolsillo y las fichas de Ética de Viqueira en el otro. Rumbo a la Residencia de Estudiantes de Madrid, con la chaqueta gastada en los codos.

No, no tengo nada que meditar. Y ya tengo una respuesta a eso, puesto que me lo preguntas. Y la respuesta me la dio Donoso Cortés en 1849.

Héctor Ríos sabía a lo que se refería, estaba hablándole de una dictadura. Entonces sacó con ademán cómico un reloj de cadena del bolsillo pequeño del chaleco. ¿1849? No me va a dar tiempo a ir tan atrás, Ricardo. Tengo un billete de tren para mañana.

Samos lo miró de tal forma que quedaba claro que su deseo era no volver a verlo nunca: Eso no es una respuesta, es una frivolidad. Y después giró, le dio la espalda y echó a andar a grandes zancadas. No le importaba que en la perspectiva de Ríos eso fuese correr hacia atrás.

Tu *sacerdote*, el señor Schmitt, se equivoca cuando afirma que la historia del mundo empieza con Caín. A partir de ahí, todo en él es un error.

Ricardo Samos se volvió por un instante. Se sentía invencible, estimulado por la ferocidad del discurso de acero. Podía hablar con descaro. Ahora el pipiolo iba a ser él, Héctor Ríos: *Auctoritas, non veritas, facit legem*.

¡Vuelve, Ricardo!, gritó Ríos. Ya estás varios siglos más allá de 1849. ¡Vuelve a por el libro, a por la civilización!

Hablaba con teatralidad, pero ahora le dolía de verdad que no le aceptase el regalo de Wells. Sintió un rugir de tripas. Pobre Wells. Es hora de comer. Yo cuidaré de ti.

Creo que no te lo deberías tomar en serio, insistió el censor. Tú tienes que estar

por encima de eso. Le parecía que era una manera de calmar y al tiempo de alabar al juez. Estamos hablando de novelitas del Oeste, de literatura ínfima, de cordel. Suponiendo que hubiese esa intencionalidad, ¿quién va a pensar en ti cuando se habla del juez de Oklahoma? ¿Quién lee eso, Ricardo? Pregunta en un quiosco y ya verás. Marineros del Gran Sol, chavales desocupados, los presos...

Se detuvo porque eso pareció preocupar más al juez. Se dio cuenta de lo que estaba pensando: ¿Los presos? ¿Así que los presos también leen a John Black Eye?

Quizá opinas, dijo finalmente Samos, que se trata de una obsesión exagerada por mi parte, Dez, pero tengo mis razones. Quiero poner un bozal en esa boca.

Abrió el cajón, guardó *El coleccionista de yugos* y cerró con llave.

Tráeme en bandeja la cabeza de ese Black Eye.

El suministrador de Biblias

19 de agosto de 1957

El tesoro conocido de su biblioteca eran las Biblias. Ejemplares de diferentes épocas e idiomas. Ocupaban la parte central de los anaqueles de la cámara italiana en la que se encontraba su escritorio. Esa colección de diversas ediciones de las Sagradas Escrituras era la razón más aparente por la que al despacho del juez Samos le habían puesto ese nombre de la Cripta. La habitación, con su recámara, se prestaba a esa disposición de recinto reservado. Y el tiempo fue disciplinado y obró de acuerdo con ese designio, colocando en camarines, en los huecos que dejaban los libros o en la parte delantera de las repisas objetos religiosos, trofeos de caza y fotografías y grabados en marcos de plata. Por lo que se refiere a la biblioteca, allí estaban la colección de Biblias, en permanente aumento, y los libros de uso del juez, los tomos de consulta en materia de derecho y algunas de sus obras de referencia en historia y pensamiento. La recámara era el lugar de la literatura clásica y, en expresión del juez, un depósito de «pecios diversos» que había ido consiguiendo al tiempo que desarrollaba su búsqueda principal de bibliógrafo, la de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Hubo un pequeño cambio en la recámara cuando se decidió que la podía utilizar Gabriel, que no se instaló allí obligado sino que, al contrario, fue él quien conquistó aquel lugar como sala de estudio y para gran sorpresa de sus padres, sobre todo de Chelo. Es un buen sitio para los murciélagos, le dijo a Gabriel. En parte le gustaba por eso. Por esa condición sombría, secreta, de madriguera, en una casa tan luminosa, esa especie de redoma de cristal orientada hacia la bahía. Al otro lado de la calle no había casas. Al otro lado estaba el mar. Los barcos. La Dársena. A la sala anexa, a la cueva, se llevó Gabriel su Gabinete de Curiosidades.

No era un hombre expansivo. Casi siempre estaba en silencio, malhumorado, pensaba Gabriel, aunque luego llegó a la conclusión de que era algo permanente, al margen del estado de ánimo, pues cuando se reía también parecía malhumorado. Su cuerpo bullía, lentamente pero bullía. Era uno de esos cuerpos grandes que están deseando deshacerse de algo, empezando por el traje. Quizá también por su físico, pensaba Gabriel, no podía evitar ser brusco al moverse y al hablar. Lo era cuando expresaba su opinión en la tertulia de la Cripta, esa reunión que tenían en el despacho del juez casi todos los jueves por la tarde. Tendía a las exclamaciones y a las frases contundentes y cortantes. Era una manera de hablar que llamó la atención de Gabriel en aquella época en que él estaba luchando con el lenguaje. Cuando saludaba a Chelo, intentaba cambiar por completo de formas. También en eso era brusco. Lo hacía con una amabilidad tan excesiva que su cuerpo parecía al borde de la violencia.

Éste era Ren. El inspector Ren.

Eran muy distintos en todo. Pero Gabriel supo enseguida que había un vínculo fuerte entre Ren y el juez. Era uno de sus suministradores de Biblias. De libros antiguos. En esos casos, cuando venía a hacer una entrega, se veían a solas.

Instalado en la recámara, Gabriel fue una tarde testigo privilegiado de uno de aquellos actos de transmisión, que Ren y el juez realizaron con una cierta solemnidad. Ren, que acostumbraba a ser brusco, se movía en esta ocasión de forma medida, pausada. Dejó una bolsa de viaje grande, hecha de cuero y ante, sobre la mesa escritorio, y descorrió la cremallera a cámara lenta. Después extrajo muy lentamente los seis tomos. El juez hojeaba con reverencia. Sus manos daban fe. Tomaban posesión.

Es una joya, juez. Mire los grabados.

¡Gabriel, ven! La Sainte Bible editada por los hermanos Garnier en París, en 1867. Fíjate qué ilustraciones, qué calidad. La perfección que han conseguido las planchas de acero.

Pero en lo que Gabriel se estaba fijando de verdad era en las ilustraciones, en lo que en ellas había. Todos los grabados representaban mujeres, figuras bíblicas femeninas. Allí estaba la reina de Saba con su fuente de perlas. Rahab, la hija del faraón, en la ventana. Judit, con la espada curva, junto al lecho donde yace Holofernes. Sara, la mujer de Tobías, con llamativos pendientes y brazaletes en la muñeca. Eva. Nunca había visto una Eva tan hermosa. En realidad, era la primera vez que pensaba cómo sería Eva.

¿Te gusta, eh? Algún día te hablaré de todas las Biblias que hay aquí. Aún es pronto para eso, pero tú tendrás que aumentar ese tesoro en el futuro.

Y Gabriel quedó seducido por aquellas figuras. Sería su Biblia preferida durante mucho tiempo. Las amaría a todas ellas. Incluso a Judit con su espada curva. La Sainte Bible de los hermanos Garnier fue uno de sus mejores libros eróticos, además de los que encontraba en la zona de los quemados, como *Le nu de Rabelais*. Abrir cada tomo era como abrir una de las seis puertas de una ciudad hembra.

Pero hoy el juez sólo dejaba tocar. Era él quien abría las puertas.

A Chelo le va a fascinar, dijo.

Hoy llegaría tarde. Gabriel se acostó antes. Le gustaría ver sus dedos sobre los grabados de esa nueva Biblia. Para él, eran lo más peculiar de su madre. La hechura de las manos, la longitud de los dedos. Pensaba que, aunque fuese hombre, los suyos nunca llegarían a tener ese tamaño. Los dedos de los pies guardaban la proporción. Cuidaba y pintaba tanto las uñas de las manos como las de los pies. Y esto último, visible cuando calzaba sandalias o cuando podía caminar sobre el césped o sobre la arena, era algo que la distinguía de las otras mujeres. En casa, siempre que estaba pintando, y era la mayor parte del tiempo, iba descalza. De vez en cuando la llamaban de Bellas Artes para hacer de guía de visitantes especiales. Hablaba bien francés y se defendía en inglés. Y, sobre todo, sabía leer en el libro de la ciudad. Conocía el arte,

la arquitectura y la historia. Hoy acompañaba a dos profesoras francesas que estaban escribiendo sus tesis doctorales sobre Emilia Pardo Bazán. También iban a visitar a una hija de Rosalía de Castro, la única descendiente viva, llamada Gala. Rosalía había nacido de padres desconocidos, eso decía su partida de bautismo, aunque era sabido que su padre era un sacerdote. Se casó con el bibliotecario e historiador Manuel Murguía y tuvieron cinco hijos. Gala, que tiene ochenta y seis años, les dice que no sólo es la única hija viva sino la última de la estirpe. De repente, se calla. La expresión de su rostro es de horror, más que de pena. Chelo la había visitado alguna otra vez con anterioridad, haciendo de embajadora, pero nunca la había visto así. Josette y Nelly, las dos francesas, se miran inquietas. La visita de cortesía se está transformando en otra cosa. Entonces Gala cuenta lo que, asegura, nunca había contado. Su hermano gemelo Ovidio, pintor, tenía un amor en Madrid, una muchacha llamada Visitación Oliva. Ovidio enfermó de tuberculosis, la peor guadaña de la juventud de aquel tiempo, y regresó para intentar restablecerse en Coruña. En realidad, vino a morir. Pero lo que Gala está contando es que ella quemó las cartas de amor que llegaban desde Madrid para su hermano moribundo. Quemó las cartas una a una. También aquella en la que llegaba la noticia feliz de que estaba a punto de tener un hijo. Aquel impulso de arrojar el mensaje al fuego quemó, por así decirlo, la estirpe. Ovidio Murguía murió pensando que había sido completamente olvidado. ¿Por qué? ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué se lo cuenta? Eso es lo que dicen las miradas, pero nadie hace preguntas. Nadie dice nada. Gala murmura: Siento mucho lo que pasó. De noche, en el brasero, en un rincón de la habitación, Chelo ve arder las palabras.

Cuando regresa a casa, Chelo se encuentra a Ricardo Samos exultante. Tiene una nueva Biblia, una edición parisina extraordinaria, con ilustraciones de los maestros europeos del grabado del siglo XIX. Y Chelo dice que no trae mucho humor. Que ha sido un día fatigoso. Todo bien, sí, todo bien, pero está cansada. Aun así, va a echar un vistazo. Los grabados son de las mujeres que más destacan en la Biblia, dice el juez. Sabía que le iba a interesar. Ella se sienta. Se queda allí mirando, hechizada. Luego dice que ha cambiado de idea. Que está desvelada. Eso es lo que tienen los días fatigosos. Que va a pintar. Perdona. Voy a pintar. Voy a pintar la noche, dice señalando el cuadro de la cigarrera que había apoyado en broma un candil con luz encima de la cabeza de una compañera de camino.

Esa tarde, antes de que Ren se marchase, hablaron de los anónimos. El juez le mostró el sobre sin remite y el folio que venía dentro. Un texto mecanografiado. Copia de papel carbón.

Lo de siempre, dijo el juez. El mismo poema. El Canto III de *El divino sainete* de Manuel Curros Enríquez. La misma fecha al pie. 19 de agosto de 1936.

Con rudo renxer de moas...^[14]

Más que leer, Ren parecía estar buscando huellas dactilares en el folio.

Convidándome, decía:

—¿Querme acompañar? Sin gana

cómesell'esto. —¿E que é eso?

—Un pouco de carne humana.^[15]

¿No sería posible encontrar la máquina y al maquinista?, preguntó el juez con la intención de la mirada puesta en Ren.

También yo lo he recibido, dijo Ren. Y Dez me ha llamado con la misma historia. Bigoteaba inquieto, como si estuviese escudriñando en algún lugar fuera de la Cripta. ¿Quién será este hijo de puta? Es la misma máquina de escribir de todos los años. He estado haciendo comprobaciones, cotejando con pasquines, con panfletos clandestinos, con escritos de detenidos o personas bajo vigilancia. Nada. No he encontrado ninguna huella especial.

¿Qué carajo pasó aquel día, Samos? Algunas cosas pasarían, ya lo sé. Por aquel entonces pasaban todos los días. Pero ¿pasó algo tan especial como para que un loco ande yéndose de la lengua? Yo ya no me acuerdo, dijo Ren.

El juez lo miró y calló. Habían pasado varias cosas. Tampoco él se acordaba, pero su memoria sí. Ventajas y desventajas de tener tan buena memoria. La memoria a veces anda a lo suyo, pensó el juez. Cuando te das cuenta, sin querer, tienes entre manos un libro con los cantos quemados que estaba allí, en la recámara. Podía ir en busca de otros, de otras joyas de bibliógrafo que también andaban por allí, ediciones inglesas con dorado en los cantos o dibujos en acuarela, maravilla de los impresores de Albión. Pero no, cuando se dio cuenta, lo que había hecho la memoria de las manos era ir a por aquel libro con los cantos y los bordes quemados con el símbolo de la vieira en la portada, el librito de los *Seis poemas galegos*. Con las cosas que habían pasado, justo tenían que ir a morir ese día el poeta y el editor, el 19 de agosto, el día de la quema. Tenía que estudiar esa ley que no estaba en los códigos. La de la casualidad. Causalidad, casualidad, qué endemoniadas son las palabras. De ahí la importancia de la precisión lingüística. ¿Serían de la misma familia de palabras? Tenía que mirarlo.

Pasarían muchas cosas, digo yo. El inspector Ren miró otra vez el anónimo. *Con rudo renxer de moas*. Lo apartó con desprecio hacia el vade del juez. ¡Bah! Estaba convencido de que este tipo de letra correspondía a una Underwood Universal. Pero de ésas había muchas. Habría que tener controladas, una a una, todas las putas máquinas de escribir. El día que encontrase a ese Underwood iba a saber él lo que era un rudo rechinar de muelas.

El juez sonrió. Sabía de la obsesión de Ren por las máquinas de escribir. Alguna vez le había contado que en su casa tenía una colección, alrededor de veinte, entre las que destacaban algunas incautadas al principio de la guerra. También tenía varias de los maquis y de grupos clandestinos de resistencia. A veces, al final del día se sentaba a teclear. No escribo nada que tenga sentido. Sólo teclear bufidos. Buf, paf, trash. Se

sentía bien golpeando esas máquinas.

Todo esto en confianza, ¿eh, juez? Así, entre nosotros.

Algún día me tienes que invitar a ese santuario, Ren.

Algún día, sí. Algún día tendría que dar una fiesta. Está todo desordenado. Ya se imagina lo que es esto de vivir solo.

¿Sabes el refrán portugués? Deseo de soledad, o mucha virtud o mucha maldad.

A mí todo el vicio se me va en comer.

Se veía que Samos hablaba por un lado de la boca pero que tenía la cabeza en otro sitio. Había cogido el mallete. Aquel tic de golpear con el mallete en la palma de la mano.

Gracias por esa Biblia, Ren. Y a un buen precio.

Sí. Golpeaba y golpeaba la palma de la mano.

Preguntó: ¿No hay ninguna otra novedad?

Con el pequeño mazo, golpeando en la palma de la mano. La mirada en otra parte. En el misterio de la bolsa de cuero.

Si la hubiese ya se la habría dicho, Samos.

¿No hay noticias del Valiente de Finisterre?

Nada, juez. He hecho todo lo que se podía hacer. He repasado todas las listas. Los de Falange. La milicia de los Caballeros. Los que trasladaron la biblioteca de Casares Quiroga. Los que estuvieron de ronda por la casa. Los que estaban en la Dársena y en María Pita. La cuadrilla de obreros que retiraron los restos de la quema. Todo investigado. He hecho registros. Nada. Es mejor olvidar ese libro, juez. Ando tras la pista de otro, el del irlandés que dijo lo de Huici. Pienso que ese libro no puede andar lejos. Me lo dice el olfato. Cuando menos se espera una cosa es cuando llama a la puerta. Es lo que tienen las cosas viejas.

Mim desamparou

Vio pasar a Hércules, aquel fotógrafo atolondrado, con su caballo. El amigo de Terranova. No podía evitarlo. Su mirada orbital le causaba inquietud. No a él, sino a la memoria. La memoria del carajo, siempre a su aire. Iba detrás de las cosas sin su permiso. Ahora detrás de ese fotógrafo y de su caballo. Él ya sabía la historia. El caballo había venido de Cuba, lo había traído el indiano Vidal con el equipo fotográfico de su hijo, de Leica. Pero ése tenía el caballo en el estudio. Él quería ser artista, no andar por ahí tirando del caballo. Y se lo alquiló a éste, a Hércules, o se lo prestó, el trato que fuese, vete tú a saber, antes eran de la misma cuerda, le hizo ese favor, el de dejarle el caballo y la cámara instantánea. El caso es que entre el caballo y el fotógrafo lo pusieron nervioso. Era mucho mirar. ¿Por qué no se había marchado él también, el coloso, el *cowboy*, el gañán, el atrasado, el campeón, el hijo de puta, por qué no se había marchado él también en vez de andar recorriendo la ciudad como un fantasma con un cuadrúpedo de madera?

Iba tan distraído Tomás Dez, distraído y conturbado, como si oyese un *Chessman* en el rumor del viento, iba tan a lo suyo, que no vio el insistente gesto de aviso de su secretaria al llegar a Censura. Así que el abordaje de aquel desconocido, gorra y gabán de marinero salido de un barco espectral, lo pilló desprevenido.

¿Es usted el censor?

¿El censor? Era verdad. Él era uno de los censores. Lo miró desde lo alto: Estoy muy ocupado.

Y siguió sin detenerse hacia la puerta de su despacho.

¡*Mim desamparou!*

Se volvió como si hubiese escuchado una extraña e ineludible clave.

¿Qué?

Llevo meses esperando una respuesta. Mi libro. Un libro de poemas. Se llama *Mim desamparou*^[16].

¿De qué trata?

El Misterioso de los Misteriosos.

Eso suena interesante. ¿*Mim desamparou?* ¿*Mim desamparou?* Una zona de su memoria reconocía aquel eco.

Espere un momento, dijo Dez. Despacho unos asuntos y le digo algo.

Se sintió generoso. Oportunidad de redimirse, Dez, dijo su lado sardónico. Quizá en el paladar el sabor de masticar *Chessman*, el tango del condenado. ¿Por qué ser hoy despótico con aquel viejo de gabán gastado que invocaba al Misterioso? Cerró la puerta y se puso a rebuscar en la pila de originales pendientes de informe. Llevaba algún tiempo sin leer ni tramitar nada. Su problema de dermatitis de contacto en las manos iba a más. A veces desaparecía de repente. Como ahora.

Allí estaba: *Mim desamparou*. Firmado: Aurelio Anceis.

Abrió el libro. Recibió el golpe de lo imprevisible.

A modo de prefacio, un fragmento de un poema de Pero Guterres, del *Cancioneiro de escárnio e maldizer*:

*Todos dicen que Dios nunca ha pecado,
pero mortalmente Lo veo yo pecar:*

¿Qué era esto que tenía entre manos?

Pasó página.

Leyó:

LAS MIGAS

*Las migas de las palabras,
esféricas,
pulidas
por los dedos del silencio,
con la exactitud encarnizada
de las cuentas de un rosario
en el mapa astral
de un mantel de hule.
Esas migas
pueden salvar las manos.*

Leyó:

CRUZADA

*Yo, el guerrero, te doy gracias,
Dios mío,
por dejarme inválido.
Yo tenía buena puntería,
pero tú, Señor,
donde pones el ojo pones la bala:
en el alma del fusil,
un aleluya grazna.*

El comandante Dez leería ese poema, «Cruzada», esa noche, en una velada literaria, la de la casa de Rita Angélica. Todos estremecidos. Alguien había recitado antes una tontería dedicada a Cristóbal Colón. Todos sentados en aquellas sillas tapizadas en *chintz*. Era un impulsivo, lo sabían. Aún recordaban el día en que recitó

el *Poema de la Bestia y el Ángel* de Pemán y parecía escucharse de nuevo el bando de guerra. Pero aquel poema...

Estupefactos. Rita le dijo: Esto es muy diferente de su obra anterior.
¡Y tan diferente!

Leyó:

CAMPO DE CONCENTRACIÓN (I)

*Tus rayos,
en esta mañana hermosa de domingo,
son como el rastreo del ojo divino:
el instante antes de atacar.*

Leyó:

CAMPO DE CONCENTRACIÓN (II)

*Eres como el gato de casa, Señor,
que no sale a cazar,
sino que hace cadáveres
para jugar.*

Leyó:

ARDEN LOS LIBROS

*Al caer el fruto,
no queda sólo el vacío.
¿Por qué, si no,
este picor de ojos...?*

Levanta el auricular. Marca un número interno. Ahora no puede ver al visitante. No puede ver su rostro. Está demasiado nervioso. A su secretaria: Ese tipo que está esperando, el de la gorra y el gabán marinero, que no se marche.

¿Por qué esta rabia contra Dios?

La tos que irrumpía con violencia desde el pecho y que Anceis atajaba llevándose un pañuelo a la boca no lo hacía más débil. Al contrario, venía a decir que tenía poco que perder. El censor Dez entendía ahora aquella precisión inaudita, la escritura fisiológica, de algunos fragmentos. Como aquel «El pescador recuerda a la cerillera»:

La espuma de saliva se resistía a salir,

*raspaba en el papel de vidrio de los labios
y estallaba como fósforo fracasado
en la noche blanca de Nueva Escocia.*

Después del ataque de tos, resucitaba hablando con energía.

¿Qué se cree usted? Yo también me he censurado antes de venir aquí, dijo de repente firme Aurelio Anceis. Piense en un verso que se limitase a reproducir lo que dicen las monedas de curso oficial: *Caudillo de España por la gracia de Dios*. Ese exceso es la peor blasfemia imaginable. La total falta de Dios es un exceso, una falta terrible. Conduce a un segundo verso, a la pregunta elemental: *¿Podría hablar con el Superior?*

Eso ha hecho bien en eliminarlo, dijo Dez siguiendo con la ironía. Sería impublicable. Pero esa desazón, esa alusión continua a la derrota. Este poema titulado «Parte de derrota»... Podría haber buscado otra fecha que no fuese el 1 de abril. Usted desanima a los victoriosos, así que imagine a los derrotados. Ese otro que habla del 18 de julio. Debería ser usted más cauto. Venir aquí. Darnos en las narices.

El rostro de Aurelio Anceis tenía una seriedad nudosa. No se movía y su respiración, un borboteo interior, cavernoso, parecía la de un habitante de su interior. Sus ojos, entrecerrados, parecían haberse posado en los huecos de aquella piel de corcho como brillantes escarabajos llevados hasta allí por sus larguísimas pestañas.

Por ejemplo, «Doris». Aquí por lo menos hay algún respiro.

*El pescador solitario
a remo compone un lugar...*

Esto, dijo Dez, tiene un respiro:

*Componer un lugar
con el pescador solitario de Halifax.*

¿Usted cree? ¿Sabe lo que es un *doris*?

Ahora sí. Lo he preguntado. Gracias a usted. También informar es misión de la poesía.

El censor Dez se levanta y va hacia la ventana. Se refiere a los peatones que caminan por la calle, a toda la gente: ¡Todo el mundo guarda la «distancia de seguridad»! Todos, excepto los poetas. Excepto aquellos que desvelan el sanctasanctórum, que aciertan a decir lo indecible.

Aurelio Anceis observa la mano que actúa como batuta.

No son conscientes, continúa Dez, del giro metafísico de la historia. Del ser al

tiempo, y ahora del tiempo al ser. ¡Fuera con el tiempo! Se frotó las manos. Una manera de aplaudirse a sí mismo, pensó Anceis. Añadió en tono de lamento: Piensan que les estoy hablando de relojería. En fin. ¡Estos poemas son extraordinarios, señor Anceis!

Calló por un instante. Lo miró. Estaba a la espera de una reacción. Era un elogio realmente elevado, pensó Anceis. Pero siguió en silencio.

En resumen. Haré todo lo posible, todo, para que se publiquen. Y añadió en tono de humor: Si hace falta, moveremos Roma con Santiago.

Y entonces Anceis tuvo un presentimiento. Algo que surgió precisamente de las entrañas de su cuerpo, como un aviso biológico que alcanzaba también a sus poemas. De repente, el trámite que lo había llevado allí había dejado de tener relevancia para él. Sostenía la gorra marinera en las manos y la hacía girar lentamente, no siempre en la misma dirección, sino como quien guía. Se levantó, se puso la gorra e inició el movimiento de ir a coger el original. Dez se le adelantó. Extraordinarios. Abrió el volumen y leyó un fragmento. Le resultaba desconocido, pero disimuló. Declamó la parte final como si fuese un texto que le resultase muy familiar.

*Silenciosa mujer de Godthab,
puedo escuchar el pigmento púrpura de tus ojos,
el hilo de tu rumor
enhebrando una larga palabra incomprensible y luminosa.
Bendito sea el cayuco que conduce esa aguja entre los jirones del hielo.*

Es misterioso, dijo Dez. Hay en él algo que conmueve.

Anceis lo miró en silencio.

¿Godthab?, preguntó el censor. ¿Ese lugar también tiene que ver con Dios?

Es un puerto de Groenlandia.

No quería verse sometido a un interrogatorio poético, así que se adelantó a satisfacer un mínimo de curiosidad.

La mayoría de la flota bacaladera repostada en Saint-Pierre, en Saint John's o en Nueva Escocia. Yo estuve algún tiempo en un bou que se atrevía un poco más allá, hacia el estrecho de Davis, en los límites del Círculo Polar Ártico. Hicimos una escala allí, en Godthab.

¿Sólo una parada?

Sólo una parada, sí.

Entonces, ¿la mujer de Godthab existió? ¿Era una esquimal?

Era inuit. Ellos dicen inuit. Significa persona. Esquimal es comedor de carne cruda. Inuit es persona.

¿Qué pasó? Supongo que se podrá contar. ¿La llevó al barco?

Anceis se quedó pensativo. Una mano exploraba la otra. Dez no lo podía saber, pero el viejo marinero estaba colocando migas de pan entre los dedos. Descabezaban

y limpiaban el bacalao con guantes de lona. Aquel pescado venía del mar con un lodo que se filtraba por la lona y, con el frío, abría entre los dedos llagas muy difíciles de curar y de soportar. El mejor remedio para evitar el roce que abría las carnes era dormir con bolas de pan entre los dedos.

Pero eso era una historia particular, íntima. Qué le podía importar a aquel burócrata que retenía sus escritos, a quien los libros le tenían que pedir permiso para existir y que de repente se excitaba con la imagen de la mujer de Godthab.

Aurelio Anceis dijo: Toda la información está en el poema. Es un poema que tiene mucha información.

Y añadió: Lo siento. Tengo que marcharme.

La esfera de zarzas

Su mercancía eran los helechos. Los helechos verdes. Traía una carga enorme. Medio monte, hija.

Los vendía en la lonja del Muro para acomodar y proteger el pescado que se exportaba en cajas de madera de pino. En el caso de las mujeres que traían helechos encima de la cabeza, había una extraña correspondencia. Eran las que más volumen llevaban sobre la cabeza y las que menos monedas llevaban de vuelta. Había un día en que Lola, la que pintó Chelo, obtenía un beneficio extra. Traía el monte entero encima de la cabeza. La víspera de San Juan preparaba los ramos de las siete hierbas aromáticas. Se dejaban en agua toda la noche, para el baño curativo de la mañana, pues esa agua de hierbas limpiaba por dentro y por fuera. El ramo había que conservarlo en casa. Un año después, seco, se echaba al fuego de las hogueras de San Juan. Por eso había tres cuadros de Chelo Vidal con aquella mujer de Orro. La Mujer de los Helechos. La Mujer de los Ramos de San Juan. Y la Mujer de la Esfera de Zarzas.

Si observas con atención a la que lleva los helechos, la de aspecto más humilde, adquiere con el tiempo un aire señorial. Como si llevase una gran pabela natural, un misterioso centro del bosque, una custodia verde. Fue ella, hablando de plantas silvestres, la que un día dijo: Para mí la mejor ligadura es la de la zarza.

¿Zarzas?

Son flexibles como cordel y recias como cuero. Lástima que tengan espinas.

Chelo quedó fascinada por aquella descripción. Siempre había pensado en las zarzas como una naturaleza belicosa, intratable, que sólo daba tregua en la época de las moras. Aun así, ese fruto había que cogerlo como si los dedos fuesen el pico de un mirlo.

Ahora un mirlo brincaba entre la cabeza de Chelo y la mujer de los helechos.

Claro que la vida tiene moras y espinas, dijo Lola, la mujer de los helechos. Es una urdimbre de espinas.

En aquella conversación estuvo el origen de una de las obras hoy más célebres de Chelo Vidal. En muchas interpretaciones se presenta como la cumbre de un nuevo simbolismo, siendo en este sentido la más directa de la serie *Mujeres que llevan cosas encima de la cabeza*. Pero no por eso deja de ser una de sus obras más enigmáticas, lo que algunos denominan la «perturbadora calma» de la Mujer de la Esfera de Zarzas.

¿Se podría hacer una gran bola de zarzas?

¿Cómo no se va a poder? Se raspan las espinas y se van tejiendo los tallos.

No. Sin hojas pero con espinas.

La bola de zarzas tenía la forma de una esfera armilar. La mujer retratada lleva una almohadilla, como muchas otras que llevan peso, pero en este caso la tela es de un gris plateado y más que nunca parece una corona, quizá porque lo que soporta tiene también un simbolismo más directo. El carácter de esfera se acentúa con la

distancia. Más de cerca, la ruda maraña de la madeja parece un laberinto, dramatizado por las espinas. El retrato sería muy duro si no fuese por el gesto de la mujer, que mira hacia su izquierda en un leve escorzo, con una sonrisa a medias, pensó Chelo, y abstraída del peso que lleva encima, como si fuese un extravagante sombrero. ¿A quién le sonrío?

¿De qué te ríes?, preguntó Chelo.

Le parecerá raro. Estaba pensando en el día de la Primera Comuni3n. Íbamos muy guapos, muy arreglados. Como podíamos, de prestado o como fuese, pero arreglados. Los niños con traje y corbata, como hombrecitos, y nosotras de blanco. Una tía mía trabajaba de criada en un pazo de Sigrás y la señora me prestó para la ocasi3n una corona con velo de tul. Allí estábamos, de rodillas ante el altar, en el momento más solemne, a la espera de la Sagrada Forma, y a mí me dio por mirar de reojo a Daniel. Era como una ardilla, nunca se estaba quieto. Me hizo gracia verlo tan formal, con el pelo rapado, las manos rezando. De repente, miró para mí, sin perder la compostura, y...

La Mujer de la Esfera de Zarzas apretó la boca. Pestañeaba. Se veía que las lágrimas de la risa le estaban brotando en los ojos.

Ahora era Chelo la que medio sonreía ante aquel misterio.

¿Qué pasó con Daniel?

Que movió las orejas.

¿Las orejas?

Sí, señora. Las movió como si fuesen alas. Se movían ellas solas, sin tocarlas. Tenía ese arte. Él lo llamaba hacer el dind3n. Pero yo sólo se lo vi hacer ese día. El día de la Primera Comuni3n. En la iglesia. Aquel día lo hizo sólo para mí.

Y ése es el secreto de por qué la Mujer de la Esfera de Zarzas sonrío en el cuadro de Chelo Vidal. Porque está viendo a Daniel agitando sus puntiagudas orejas como alas.

Nada más inquietante que aquel cuadro que vino después.

El de la mujer que llevaba el secreto. No se sabía lo que portaba en aquel cesto cubierto con un paño. Las lomas del paño sugerían pequeñas formas esféricas, pero de manera irregular. Lo curioso era el propio paño. Un paño negro. Nadie en Santo Agostiño o en el Campo de la Leña cubría su mercancía con un paño negro. La cabeza, sí. Pero la mercancía, nunca.

Me ha pintado mirando mal, dijo la Mujer del Secreto.

No, no estás mal. Así es como miras. Estás bien. Tienes algo de misterio.

Nada de eso. Soy algo bizca, pero no tanto. Y una cosa es como puede ser una en un momento dado, y otra como la pongan para toda la vida. Los cuadros son para toda la vida. No sé qué interés puede tener en que yo salga bizca.

Ésa es tu mirada. La belleza es eso. Lo auténtico, la emoci3n.

Pues lo que yo veo es que esos ojos que me ha pintado son una avería y no una

belleza.

En esos ojos se ve todo lo que tienes en el fondo, le dijo Chelo con ardor.

Prefiero que no se vea nada.

Es la mujer de los párpados caídos.

¿Mejor así?

Mucho mejor.

Gabriel recuerda que se la encontró en la escalera de servicio. Él subía muchas veces por allí, para llegar antes a la cocina. Neves siempre le tenía algo de entrante. La bicada, decía. Se cruzó con aquella mujer de luto a la que el paño de la cabeza le hacía juego con el del cesto. Parecía muy satisfecha. Cuando lo vio, apartó el paño y le ofreció un puñado de secretos.

Las hojas que no caen

Le llaman Antón, creo, pero a mí se me ha quedado en la cabeza aquello que dijo el señor Sada, lo de que éste no es un país que se merezca a sus poetas, que mira cómo los trata, trabajando como peones de la construcción, acarreando sacos de cemento Portland. Y cada vez que veo a un hombre con un saco al hombro, pienso en él. Pienso en mi poeta. En mi Portland.

Aquel día se cumplió su esperanza de encontrarlo en casa de la pintora. Ella iba a entregar la ropa. Por el camino de Castro a Elviña arrancó las rosas blancas y unas ramas de hierbabuena y de hinojo. Para darle aroma a la ropa.

La recibió Neves en el vestíbulo. Escuchó las voces que venían de aquella parte más abierta del salón, lo que llamaban el Pabellón Chinés, y ella, por la confianza que tenía con la criada, se dejó ir un poco, lo justo para ver a aquel grupo de gente. Todos muy cavilosos. Cada uno con la mirada orientada en una dirección. Estaban escuchando. Era él quien recitaba. Y tuvo tiempo de oír lo de las hojas que no caen en el jardín de San Carlos, que ardían, eso dijo, a fuego lento, allá en lo alto de los olmos. Y dijo algo de la gracia de los espectros de los racimos en péndulo. Pero de esto último no estaba tan segura.

Y hasta allí se fue esa misma tarde. Y otras.

En el jardín de San Carlos, en lo alto de los olmos, ella vio en efecto unas pocas hojas cobrizas que no habían caído. Sabía que había árboles que no se deshacían de las hojas viejas hasta que les salían las nuevas. Pero esto que estaba viendo ahora era muy distinto. En toda aquella grandiosa arboleda, en el austero alzado de las ramas, gruesos trazos a carbón en el cielo, prolongadas en una filigrana de ramitas, vástagos y brotes, puras líneas sin mancha, pues bien, allí en lo alto estaban aquellas hojas del color del cobre, de fuego lento, que ardían en el crepúsculo sin consumirse.

Era una de las alegrías que recordaba de su ir y venir por la ciudad. No era previsible que ella, precisamente ella, fuese capaz de ver las hojas que en invierno no caían de los olmos negros del llamado Jardín Romántico. No sólo no caían, sino que ardían, en aquella celosía tan sobria de la arboleda. Cuanto más se las miraba, más ardían. Había mucha distancia, pero ella notaba el calor en las mejillas.

Por eso cuando regresó, y hablamos de muchos años después, una de las primeras cosas que hizo Ó fue ir a ver en el jardín de San Carlos las hojas que no caían.

Pero Ó está aquí. Tiene doce años, y ya empieza a ir al río a lavar. A ella el río le gusta, pero no tanto lavar. En el cruce, un camino va para la escuela y otro para el río. Si no fuese por lo de tener que lavar, escogería siempre ir hacia el río. Allí está descubriendo la compañía de las figuras del agua.

Polca sufre a causa de la ignorancia. Ayer estaba muy dolido porque montó de lado en Tosca, la burra que lleva la ropa que lavamos Olinda y yo, y algunos se metieron con él por eso, por no ir sentado a horcajadas, como un hombre. Todo por la

ignorancia. Porque el animal sufre menos si te sientas así, estilo mujer. Todo lo que pica es por culpa de la ignorancia. La ignorancia pica. Ésa es la idea de Polca. Antes tenía muchos amigos con los que hablar contra la ignorancia. Uno de ellos era Arturo, el campeón de Galicia de los pesos ligeros. Yo ya sé que hay murmuraciones, que hay quien dice que Arturo podría ser mi padre. Lo mataron antes de que yo naciese, pero si está ahí, en el agua, si el río lo ha traído hasta mí, pues a lo mejor algo hay. Ellos lo querían mucho. Andaba siempre con los guantes y con los libros. Y entonces, si era boxeador, ¿no pegaba? Claro que pegaba, dice Polca. Aunque boxear no es exactamente lo mismo que pegar. Con sus manos de boxeador escribía en una revista que se llamaba *Brazo y Cerebro*. En Fontenova había fundado con otros un ateneo con biblioteca llamado El Resplandor en el Abismo. Tenía un letrero de cristal que representaba un sol. Lo bien que debía de quedar aquel letrero, con el frío que hace en la Fontenova. ¿Y qué pasó? Lo mataron como a un Cristo. Aquí no hubo guerra, nena, eso que llaman guerra fue una cacería y a él lo cazaron. Antes de que lo matasen, pudo escribir en un pedazo de papel: «Los adoradores de Cristo hacen cristos todos los días». ¿Y qué pasó con el letrero del sol? Lo hicieron añicos. ¿Y el ateneo, y los libros? Los quemaron. ¿Quemaron los libros? Sí. Polca habla de él como de un héroe, un campeón al que nadie recuerda. El futuro es incierto, dijo Polca. No sabemos lo que va a pasar. Quizá llegará un momento, hija, en que sólo tú sabrás quién era Arturo da Silva, y que existió El Resplandor en un lugar ahora tan tristón. Y conserva también esta palabra. Arturo da Silva era anarquista. ¿Anarquista? Pero... Sí, ya sé. Ya está dicho. Da miedo esa palabra. Tú déjala ahí. Ella ya se cuida por sí misma, no tiene ni pizca de grasa. Es lo único que te pido. Que la guardes ahí. Le haces un hueco, y no es preciso que vuelvas por ella. No te molesta más. Murmuró no sé qué de la invencible resignación. Ese hablar a solas. Polca, Polca. Tú eres un padre de verdad. Y Olinda de eso no habla. Olinda casi no habla de su vida. Le gustan las radionovelas, se queda absorta, fuera del tiempo. Yo lo sé porque una vez en la modista, Amparo, que tiene una radio en el taller y cuando pone la novela con las voces de Pedro Pablo Ayuso y Matilde Conesa parece que las máquinas están fabricando lágrimas, que con el pedal sube el llanto por los nervios de las piernas hasta los ojos, pues esa vez mi madre se quedó pasmada, sumida en su silencio amigo. Eso le puede pasar a cualquiera. También hay una señorita, y lo sé por Ana, la lechera, que escribe poesía y que dicen que dijo que ese don se lo había transmitido el espíritu de Bécquer, que lo de ése sí que nos lo enseñaron en la escuela, lo de *volverán las oscuras golondrinas*, mucho me gustaba, y a ella también le debía de gustar porque el encuentro con el espíritu fue en la plaza de las Bárbaras, y el espíritu la poseyó y dicen que la dejó preñada. Preñada de poesía. Amalia y Ana venga a reír con ese cuento, con el chorro de la leche del espíritu, ay, el espíritu, ay. Tenemos que ir por las Bárbaras, Ó, a ver si nos encontramos con el espíritu del golfo de Gustavo Adolfo.

Pues yo ya he ido, les dije. Y las dejé sin habla, sin ocasión de reír, tan de repente

como fue.

¿Y qué?

Me gusta más otro que hay en el jardín de San Carlos. Ése no preña.

Amalia, haciéndose la escandalizada: ¡Ay, nena! Tú estás hecha una puta de los espíritus.

Yo venga a tirar de ella, de Olinda, y era que había entrado en la novela y no podía salir. Y sólo salió cuando pararon las máquinas de coser, que cuando se ponen juntas a correr son como un tren especial. Y cuando se paran al mismo tiempo... ¿Qué ha pasado?, preguntó Olinda asombrada cuando se pararon todas al mismo tiempo.

La Estrella y el caballo Romántico

Pensó en una broma del destino. Poemas traspapelados. Voladores. Movidos por un médium espiritista. ¿Qué hacían allí, entre los originales del número cero de *Oeste* pendiente de la autorización de Censura? ¿Qué hacían allí aquellos retazos de *Mim desamparou*? Podría entenderse como una casualidad, gran casualidad, la inclusión de la cantiga medieval que figuraba en el encabezamiento, pero ¿de dónde habrían salido los tres poemas de Aurelio Anceis? Volvió atrás. Con una irritada inquietud.

Allí estaba, en el índice. Tres primicias de *Mim desamparou*, poemario inédito y de autoría desconocida: «Cero», «Infinito» y «Vivas de rigor».

Fue a los textos. Había un detalle llamativo. Habían desaparecido las fechas triunfales. Aquel juego que Aurelio Anceis establecía con el calendario de celebraciones del Régimen. También él, Tomás Dez, había introducido una variante en el libro que estaba en marcha en la imprenta. Con una diferencia. Había sustituido las efemérides franquistas por otras de significado neutro o con algún exquisito toque de exequias culturales. Quien fuese el responsable de la inclusión de los poemas de Anceis en *Oeste* había procedido a eliminarlas sin más y sólo había dejado en el poema «Cero» la ironía final:

*Pero nadie tan sabio como Leonardo Fibonacci,
que en el crisol del vacío trazó el cero.*

Los dedos como garras en la presa. Escarbó entre las páginas. Él había eliminado de «Vivas de rigor» las referencias en forma de santoral profano a la Apache, Mediateta, Sira, Samantha, la Galatea y otras célebres hetairas que no aparecerían jamás en las historias oficiales de la ciudad. No obstante, dejó otros nombres más enigmáticos que darían mucho que hacer a los críticos el día no improbable en que la obra se hiciese un clásico. Nombres internacionales, de un cosmos marinero. La China de El Tormenta de Cape Town o la Simona de La Estrella de Saint-Pierre et Miquelon. Sí, la Simona, la Faneca, la Chata, la Chepitas. Le había preguntado a Anceis a quiénes se refería y éste le había respondido: Sirenas. Siempre se ha dicho que en Galicia se habían perdido los antiguos mitos del mar. No es cierto. No por lo menos en lo tocante a las sirenas. Las sirenas son sirenas.

¿Quiere decir putas?

Quiero decir sirenas. Sobre esa cuestión, me remito al señor T. S. Eliot y a su idea de las alturas de la sensibilidad. Depende de la altura.

¿De qué altura?

De la altura a la que se escribe y a la que se lee. O, si lo prefiere, de la profundidad. Su visión es muy parcial. Piense en hombres que están picando hielo en cubierta. Pero no pedazos de hielo, sino un hielo que cubre el barco, cada uno de los

rincones del barco. E imagine que el patrón decide ir a Saint-Pierre. Llevan meses sin ver ni pisar tierra. Ir a Saint-Pierre, en realidad un pequeño puerto en el que la calle principal es una cuesta con casas de madera, pues es como ir al paraíso. Es tal la alegría del anuncio que muchos se ponen a beber para celebrarlo y cuando llegan a Saint-Pierre ya no son capaces de bajar. No se aguantan en pie. Para éstos, sin necesidad de acudir a la autoridad del señor Eliot, el simple enunciado de Saint-Pierre, el propósito de ir, significa estar allí. En el paraíso. Ésa es la fuerza del simple enunciado de las palabras, que crean el lugar y cambian los cuerpos. Pero ahora le voy a hablar de los que desembarcan. Muchos de ellos van a hacer cola a L'Étoile, enseguida galleguizado como A Estrela, el salón de baile propiedad del único buzo de Saint-Pierre, también llamado el Comunista, y van a hacer fila, ¿sabe por qué? No, no por lo que se imagina. Docenas de hombres esperando, en fila, pisando nieve, para bailar, sólo bailar, con aquella a la que llaman la Chepuda, la Bossue, la Chepitas. Para apoyar sus manos en la giba mientras bailan. Y a ella misma le pagarán los patronos hasta mil francos si va al barco y mea encima de las redes. Un sortilegio. Sirenas que bailan, sirenas lavanderas, sirenas de la suerte.

Dez, el censor, no pudo evitar el tic, un chasquear los dedos que transmitía una repentina incomodidad.

Me alegro mucho de que en la flota de altura encontrara a Eliot, Anceis, y vaya usted a saber a quién más.

*Los de G. bailan alrededor del Eje del Mundo,
en la Estrella Flamígera...*

Algo sé de masonería, Anceis. Lo de G., el Eje del Mundo, la Estrella Flamígera, eso que viene después, el Liber Mundi. No me tome por idiota. ¿Qué tiene esto que ver con la pesca del bacalao en Terranova?

Algo muy sencillo. La geometría de un baile. El local de baile más popular entre los pescadores de Saint-Pierre era ése, L'Étoile. El escenario era una simple mesa de madera. Encima de la mesa de madera, una silla. Encima de la silla, un acordeonista, el Buzo. Encima del acordeonista, una lámpara. Ése era el eje del mundo. El acordeón es el Liber Mundi, a la vez abierto y cerrado, materia virgen, materia fecundada.

Con todo esto, dijo Dez, no se extrañe de que mi colega eclesiástico, con su ojo divino, se sienta confuso ante lo que llama turbio maremágnum.

Me gusta, dijo Anceis. Turbio maremágnum. Es una lectura realista.

Intentó coger el manuscrito por segunda vez.

Será mejor que me lo lleve. La verdad, dijo Anceis, no estoy seguro de querer publicarlo.

Ahora la mano de Tomás Dez, veloz como zarpa, agarró el cartapacio que guardaba las dos copias manuscritas de *Mim desamparou*.

No. Déjelo estar. Voy a defender este libro como si fuese mío. Tenemos la obligación de intentarlo.

Lo dijo con una vehemencia que sorprendió a Anceis. Y además esa palabra. La obligación. Era verdad. Para él, la única razón de escribirlo y de publicarlo era una extraña obligación, semejante al destino.

Voy a defender este libro, repitió el censor Dez. ¿Sabe por qué? Porque, hablando de alturas, por encima de todo yo soy un poeta, señor Anceis. No tengo alma de funcionario. Le parecerá contradictorio con mi función, pero es propio de la condición humana ser contradictorio.

Usted dijo antes que el censor eclesiástico no iba a cambiar el informe negativo. Que no iba a conceder su *nihil obstat*. Que estaba obcecado con este libro.

Y así es. Lo tiene atravesado. Veremos lo que pone por escrito. A mí me ha dicho que considera *Mim desamparou* toda una blasfemia. Yo ya le he respondido que Dios sabe defenderse solo. Es un hombre que aún anda con el *Index Librorum Prohibitorum* en el bolsillo. No crea. A mí tampoco me tiene mucha simpatía. Cosas de la vida... Yo soy de los que piensan que el fanatismo es a la religión lo que la hipocresía a la virtud. En fin, nos hemos encontrado con un muro, pero quizá haya una llave. Tenemos que encontrarla. Voy a hacer unas gestiones. Ya sabe. De donde viene la excomunión, viene la absolución. Puede llevarnos meses. Incluso años. Pero le juro que *Mim desamparou* verá la luz del día.

Había rehecho el fragmento de las sirenas en «Vivas de rigor» como un texto aparte, de lenguaje provocador por explícito pero envuelto en la lección moral de un destino cruel para los transgresores. Un escándalo edificante. Aurelio Anceis hablaba de los «sopapos de Dios» como los golpes ciegos de una potencia arbitraria y brutal, enemiga jurada de la belleza, el gozo y la alegría. En la versión de Tomás Dez, los sopapos de Dios iban siempre en la dirección acertada, e incluso la desgracia de los virtuosos o el desamparo de los inocentes tenía una finalidad positiva: la calidad de los lamentos, la altura de las tragedias.

En *Oeste* se mantenía el poema íntegro.

Golpeó la mesa. Golpeó aquel ser con gusano que le había alterado los planes. Mataría *Oeste*. Mataría aquel bicho como fuese.

La solicitud para editar aquella revista, titulada *Hebdomadario de la cultura independiente*, iba firmada por Chelo Vidal, la mujer de Ricardo Samos. De prima donna, dijo entre dientes. Como director, y para cumplir el requisito de que fuese un periodista con carné, se proponía al del vespertino *Expreso*. En el equipo de redacción figuraban el pintor Sada, ese joven poeta amigo suyo, un tal Avilés, el doctor Abril, las profesoras Eloísa Garza y Dora Castells y los dos Vidal, Chelo y el fotógrafo Sebastián. Y después una relación amplísima de colaboradores, una mezcolanza en la que él, con lupa, podía ir detectando algunos viejos supervivientes liberales, muchachos sospechosos desde la primera línea, ya desde la letra capitular, de lo que escriben, y algunos ejemplares exóticos, fuera de toda sospecha,

compañeros de viaje, como esa profesora de Formación Nacional, la bella Laura. Pero él tenía el informe de Ren. La bella Laura, la carlista, tan hermosa con su uniforme tradicionalista, andaba ahora en compañía de la «maricallada existencialista». Todo muy bien montado para darle respetabilidad al invento, que tenía toda la pinta de ser una reedición de *Atlántida*, cerrada años atrás por una orden taxativa de Madrid, a partir de un informe que en público nunca reconocería como propio pero que le producía, sólo con repetir sus términos, una excitación en el paladar: «Un grupo de bohemios, degenerados y existencialistas».

De los promotores de *Oeste*, el joven poeta enseguida estaría fuera de juego. Ren tenía prevista una operación sencilla para intimidarlo y que se marchase del país. Enviarle la correspondencia abierta, hacerle ver que estaba controlada. O uno de sus avisos telefónicos preferidos: «Vives de permiso». Dez concentró su sospecha en Sada. Era el más viejo y tenía la constitución de una tela de araña. Parecía sostenerse en el aire, como un sueño, pero con puntos de amarre en todas partes. Tenía que confirmarlo. Tenía que localizar la fuente con la mayor urgencia. *Mim desamparou*, con el nuevo título de *El Momento de la Verdad*, estaba a punto de publicarse con su firma. Sí, *El Momento de la Verdad*. Era su aportación, su toque, y estaba satisfecho. Sentía que la paternidad del título justificaba, de alguna manera, la apropiación de la obra. Equivalía, para él, a una adopción. Un título perfecto, sí señor.

Ocho meses después de aquel último intento para que se autorizase la publicación de *Mim desamparou*, Aurelio Anceis murió. Fue una muerte poética. Se tiró al mar un día de marejada desde la Coraza del Orzán.

Ya hacía algún tiempo, antes de la muerte de Anceis, que Dez había planeado que *Mim desamparou* tenía que existir. Pero a su manera. Ahora sería su segundo libro, el de Tomás Dez, tras su ópera prima *De Marte a Dafne*. Había transcurrido ya una década. Era un libro melindroso, pero le tenía que estar agradecido a aquella obra de la que, en el fondo, se avergonzaba. Le había permitido hacer contactos, se publicaron algunas reseñas con amables calificativos y desde entonces aparecía citado como poeta en la estela de la llamada «juventud creadora», aquellos que tras la guerra tenían a Garcilaso de la Vega por bandera, en su doble calidad de poeta y soldado. No sin intención la obra se abría con una cita de la *Elegía II* de Garcilaso: «¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte, / de túnica cubierto de diamante / y endurecido siempre en toda parte!». La estrategia funcionó. En una primera reseña en la prensa local, sin firmar, se hablaba de «poemas de raza intrépida», y esa fórmula se repitió en el resto de los comentarios. Él le había enviado el libro también a Agustín de Foxá. Se lo mandó con una rendida dedicatoria en la que utilizaba adrede imágenes de los versos de la evocación de Madrid del propio Foxá: «Desde mis penumbras de eucalipto, van estos poemas en landó con caballos canela a visitar al maestro, a postrarse mientras él bebe en la concha rosa con vetas de arco iris». Era a quien de verdad admiraba. Había memorizado los dos sonetos de los centauros. El del centauro joven y el del centauro viejo. Recitarlos era uno de sus *coup-de-théâtre* entre

íntimos. Pero Foxá no acusó recibo. Quizá no le gustó esa imagen de que alguien se postrase ante él, mientras bebía en la concha rosa. La verdad es que la dedicatoria era ridícula. Reparó en ello nada más hacer el envío por correo. Como a menudo ocurre con las alabanzas excesivas, parecía una parodia. Tampoco respondería a un segundo intento, cuando le envió un ejemplar del *Retablo de la Edad Media* con el ruego de que se lo devolviese firmado, para lo que incluía un sobre con los sellos necesarios. Más suerte había tenido con Eugenio Montes, cuando hizo lo mismo con el libro *La estrella y la estela*, publicado por Ediciones del Movimiento. Ahí fue al grano y parafraseó el prólogo de Sánchez Mazas con camaradería fascista: «Agradecido por poner las letras humanas al servicio de la Falange».

Mim desamparou, es decir, *El Momento de la Verdad*, iba a significar un giro radical. Una bomba literaria. *Garcilasista*, ¡qué tontería! Iba a conmocionar el mundo literario más allá de esta ciudad ostra, metida en su concha. Y justo ahora este contratiempo. Tenía que moverse, actuar. Y cuanto antes.

Visitó de nuevo la pensión Sahara, donde se había hospedado Anceis en sus dos últimos años de marinero varado. No, le dijo doña Dalia, la patrona, nadie se había interesado por Aurelio Anceis. No se había presentado ningún familiar. Nadie había reclamado nada.

¿Nadie?

A ella no le parecía tan extraño. Desde una posada como la suya, con la mayoría de los huéspedes fijos, había otra visión del mundo. Había personas, personas sanas, que eran como cangrejos ermitaños, que sólo salían de su habitación para comer. Que no se hablaban con nadie. Que vivían como un cero.

¿Un cero? ¿Por qué dice un cero?

No me interprete mal, respondió doña Dalia. Quiero decir que nadie lo echó de menos. Nadie vino a interesarse por él, excepto usted.

Dez recordaba aquella visita. La última vez que lo vio.

Anceis apenas habló. Dijo que tenía una fuerte jaqueca. Estaba vestido bajo la manta y con la gorra marinera muy calada, como si quisiese retener el dolor, más que soltarlo. Le preguntó, por rutina, cómo se sentía y él, Aurelio Anceis, de forma inesperada, le respondió que se sentía culpable.

¿Culpable de qué?

De haber sobrevivido. ¿Usted no se siente culpable?

No. No demasiado, dijo Dez.

Quiero que me devuelva *Mim desamparou*.

¿Por qué?

Ya me ha oído. Todos los papeles. Los poemas, las solicitudes. Todo. Es una última voluntad. No se lo puedo exigir, así que se lo pido como una última voluntad, como un ruego. Si no me llega a tiempo, quémelo. Iba a arder de todas formas.

No entiendo.

Quería que apareciesen en forma de libro para quemarlos. Hacer una hoguera en la Dársena. Están escritos para arder.

Lo sacudió una tos feroz que enseguida trató de silenciar con un pañuelo, aunque el efecto fue que se le congestionó la cara. Dez asoció las palabras de Anceis con la tos y con aquella muda abrasiva del color de la piel.

Se levantó, girando la cabeza, apartándose del enfermo. No era el comportamiento apropiado. Al carajo. Estaba ante un exhombre.

Se volvió desde la puerta. Adiós, señor Anceis. Que se mejore.

Al llegar a la oficina de Censura le dijo a su secretaria: Si vuelve por aquí el poeta marinero, ni estoy ni se me espera. Despáchelo sin contemplaciones.

Sí, comandante Dez.

Comandante. Le gustaba oír aquel tratamiento en boca de su secretaria.

¿No hay ninguna novedad respecto a Aurelio Anceis?, le preguntó ahora Tomás Dez a la dueña de la pensión Sahara. Dalia lo había hecho pasar a aquella sala en la que aún se podía ver un gramófono. Mudo, pero estaba allí, dándole un estilo al lugar. La mujer también le pareció más antigua y más atractiva que la primera vez, con las uñas pintadas y moviéndose como libélulas. ¿No ha aparecido nada nuevo, ningún encargo?

Ya sabe lo único que pidió. Que se quemase todo lo que tuviese que ver con él. Qué susto me dio, cuando quiso hacerlo él en la cocina. No se manejaba nada bien con el fuego. Al final tenía aquella obsesión. Cuando estaba en la sala, escribía versos en papelitos y después les prendía fuego en un cenicero. Fue por lo único que le tuve que llamar la atención.

Es mejor enfrentarse a los espectros que llevarlos a la espalda, pensó Dez. Había un asunto que le andaba rondando por la cabeza. Se dio cuenta de que estaba hablando con una mujer perspicaz. Quizá leía algo más que aquellas revistas de moda con portada descolorida que también andaban por la sala de la pensión Sahara como papeles veraneantes sorprendidos por el invierno. Ése, en cierta forma, era también el aspecto de Dalia, la dueña. Su peinado, sus joyas, el maquillaje, las uñas, todo en ella tenía un cierto aire de familia con el gramófono y con aquellas ilustraciones de programas de verano al estilo *belle époque*.

No sé si compartiré mi impresión, dijo Dez. A Aurelio Anceis le pasaba algo. Quiero decir, además de la enfermedad. Últimamente se había vuelto demasiado desconfiado, ¿no le parece?

Conozco bien a la gente que se pasa la vida en el mar y viene a morir a tierra, señor Dez. No se conforman con lo que ven. Los extraños somos nosotros. Pero él no era ningún gruñón. Al contrario, casi todo lo encontraba maravilloso. En los últimos días...

¡Era un infeliz!, soltó de repente Dez, en un tono casi irritado. Retumbante y

acusatorio.

¿Usted no ha oído hablar del baile de L'Étoile?

Ahora parecían ser los personajes de las fotos de las portadas los que atendían a la narradora. Dez sabía que no era la clase de persona que se iba a echar a llorar, pero pestañeó y se frotó las manos: En los últimos días, quién lo diría, que eran los últimos, le hacía un homenaje a cualquier cosa. A las cosas pequeñas. Le ponía una manzana de postre y venga, una hora mirando para la manzana. Me decía: ¿No es maravillosa, señora Dalia?

Dez miró en la misma dirección que la dueña de la Sahara, pero no encontró nada que mereciese el calificativo de maravilloso. De repente, ella sacudió la cabeza y dijo: Si lo que me pregunta es si el señor Anceis tenía algún secreto, tengo que decirle que no lo sé. Si tenía secretos, se los llevó con él. A mí sólo me dejó un reloj Festina.

Eso que usted dice es muy interesante para entender al poeta Anceis. Pero yo, ahora mismo, estaba pensando en otra cuestión. ¿Hay alguna posibilidad de que Aurelio Anceis no muriese?

Se quedó asombrada. A Dez le gustaría saber si ese cavilar tenía que ver con él, con una valoración de su cordura, o si estaría tomando en consideración la hipótesis de una falsa muerte de Anceis.

Mire, señor. Él fue muy amable al morir como murió.

La dueña de la Sahara le habló ahora con un tono duro que no sonaba a metal falso.

Se pasaba las noches tosiendo, dijo Dalia. Yo misma, con el aprecio que le tenía, pensé en echarlo. Mire, Anceis, ¿por qué no va a un hospital, a alguna beneficencia? Y cuando le dije eso, se quedó en silencio. Creo que hasta se le pasó la tos por una temporada. La ahogaría en la almohada. Yo qué sé. Después tuvo esa elegancia de irse a morir fuera. Sin molestar. Incluso dejó la cama hecha. Escribió la carta, la de despedida, la que le llevé a la policía. Pero antes hizo la cama. Alisaba las arrugas de la colcha con la mano como si le pasase la plancha. Fue muy amable al decidir morir así. Los marineros es lo que tienen. Que se valen por sí mismos.

Ahora su expresión se endureció al dirigirse a Dez. Qué preguntas hacía. ¿No era su amigo? Dijo: El señor Anceis era un hombre decoroso. ¿No encontraron, bien colocados, limpios, uno junto al otro, como si fuese a acostarse en el mar, sus zapatos en la Coraza del Orzán?

El paso siguiente fue ir en busca de Sada. Cuando lo encontró, en la terraza del café Galicia, habló con la máxima cautela. Tenía que obtener información, saber lo que él podía saber, pero no resbalar. O Sada estaba en el otro mundo o se hacía el loco. O las dos cosas. Pero, si sabía la verdad, tenía muchas razones para tramar una venganza.

¿Anceis?

No se trata de un asunto oficial, amigo Sada. Hago de intermediario. Se interesan

por él en *Índice* de Madrid. Ha enviado unos poemas. Están impresionados con ellos y quieren publicarlos con un cierto alarde. Lo curioso es que como remite sólo ha enviado su nombre y una dirección: Mar de Orzán, A Coruña.

¿Amaro Orzán? Amaro Orzán también escribe poemas.

No, no es Amaro Orzán. Es Aurelio Anceis. No tiene ningún libro publicado. Ya me he encargado de consultarlo. Haga un poco de memoria, Sada. ¿Hay algún parnaso incógnito entre las tascas del Orzán?

¿Anceis? No. Hubo un Aurelio, el gran Aguirre, que se ahogó en la bravura del Orzán, no en una tasca. Era de los que iban con la cabeza descubierta bajo las tormentas de Dios. *Wie wenn am Feiertage...*

Dez, el censor, sabía que en las palabras, incluso si las lanzabas al aire con un sombrero, había siempre una intencionalidad. *Como cuando en días de fiesta...* Conocía aquel poema, lo había oído otras veces, pero ¿a qué venía ahora Hölderlin? Sada empezaba a levitar. Trepaba por las nubes del expresionista trueno atlántico. Se le escapaba sin resolver el enigma.

Pero eso, señor Dez, fue en otra época, cuando había nácar en las conchas.

Hizo un último intento.

Tal vez no está vivo, dijo Dez. ¿No recuerda alguna ausencia que dejase huella? Si no en el Orzán, en otros parnasos marinos. Esa heroica ruta de la Estrella, Olmos, la Galera, la Franja... Por no hablar de las islas del Egeo coruñés, Casa Enrique, el Leonardo, el Delicias, el Nautilus, Os Belés.

No me torture a estas horas, Dez. Ayer nací en El Canto del Cuco, resucité en el Bombilla y fui a morir en A Pena do Cuco. También hay poetas abstemios. Busque alguno. Las desgracias nunca vienen solas.

No se esfuerce en desagradar, maestro Sada. Los genios como usted no pueden gozar de ese defecto. Haga el favor. Dese una vuelta por el mundo de los espectros. Si hay alguna novedad, llámeme.

Brindaré por usted con Fósforo Ferrero. Y con el alma del lomo de cerdo en Casa Enrique. Por cierto...

Tomás Dez se dio cuenta de que había prolongado demasiado la conversación. Había segundos que se metían en el tiempo como arena en los ojos.

Diga, Sada.

¿Cómo va nuestro *Oeste*?

Iba a decir: Bien, en trámite. Pero la arena ya había hecho efecto en su carácter y Dez respondió con un descuido.

En confianza, tenemos algún obstáculo. ¿Usted se la ha leído toda?

No, toda no. He hecho la portada y algunas ilustraciones. Lo que sí puedo asegurarle es que esa revista es más inocente que el pan de Carral, señor Dez.

Esto que le cuento es estrictamente confidencial. Mi informe ha sido muy positivo, pero la autorización está retenida en alguna alta instancia. Hay turbulencias en los despachos de Madrid. Anda todo muy revuelto con el caso de ese Julián

Grimau. Hay que tener paciencia.

¿Paciencia? ¿Sabe por qué hay tantas gaviotas y mújeles en esta ciudad? Porque se alimentan de paciencia. Las alcantarillas van llenas de paciencia.

Hizo el gesto de llamar al camarero y dijo: Póngame un *foie gras* de paciencia.

Recuerde, Sada. Ha sido una confidencia. *Oeste* saldrá. Habrá que mover algunos hilos. Quizá es cosa de una pequeña poda. Confíe en mí. Por encima de las circunstancias, usted sabe que siempre estaré en el partido del arte. Por cierto, con una nueva obra en marcha. *El Momento de la Verdad*. Ése es el título.

Muy bueno, dijo Sada. Muy taurino.

Dez se despidió sin mirar hacia las gaviotas pero, camino del despacho, sentía sus chillidos como una banda sonora de suspense. Muy taurino. Qué pensar de eso. Qué cabrón. Tenía cosas que hacer y tenía que hacerlas cuanto antes.

Preparó su plan. Había que provocar un pequeño terremoto, enviarle señales de seísmo al director del *Expreso*. Nunca había sido de su confianza. Ese estilo profesional, ese guardar distancias.

La otra persona clave era el juez Samos.

Lo llamó. Había algún problema con *Oeste* y prefería hablarlo con él, a causa de su amistad y también para no inquietar el ánimo de Chelo Vidal. Luego hizo otra llamada. Esta vez a la imprenta. Había decidido retirar tres poemas que no le convencían del todo: «Cero», «Infinito» y «Vivas de rigor».

Con el juez se reunió esa misma tarde, en el café Unión. *Oeste* estaba para dictamen en Madrid, explicó, en la Dirección General. Él había hecho un informe favorable, incluso entusiasta. Todo iba bien hasta que el sedal, por decirlo así, se había enganchado formándose un nudo imprevisto. Alguien había reparado en unos poemas que consideraba perversos, ésa había sido la palabra usada, y el hecho de ser anónimos los volvía aún más insidiosos. En confianza, era un alto cargo. No podía decir su nombre, el juez ya lo comprendería.

Claro que lo comprendo. Y comprendo también, como bien sabes, por lo que me toca, lo incómodo que uno se puede sentir ante unos textos anónimos o firmados con seudónimo.

Por supuesto. De eso hablarían más adelante, comentó Dez. Tenía alguna novedad. Volviendo al tropezón de *Oeste* en Censura, influían las circunstancias. El estado de excepción, declarado por dos años, y el caso de ese Grimau, la campaña internacional... Todo influía y había esas etapas en las que se extremaban los controles. Cada uno en lo suyo. En el caso de estos poemas, podría tratarse de un exceso de celo, pero él no era quién para decidir. Había movido algunos hilos y le habían dado una solución. La revista saldría si no se incluían los poemas. Pero había otra demanda que deseaba exponer con la máxima discreción. Las altas instancias querían saber quién había escrito aquellos versos. En fin, tenía que enviar un informe confidencial. Los datos personales y su conducta pública. Las altas instancias pensaban utilizar el trámite habitual, que era pedirle información a la Brigada de

Investigación Político-Social, pero él había convencido a quien corresponde de que no era necesario, que a la cabeza de la publicación se encontraban personas afectas al Régimen, de total confianza y mucho prestigio en la ciudad, entre las que citó, en primer lugar, a la esposa del señor juez.

Fue suficiente con esa alusión, explicó Dez. Y él mismo se ofreció para aclarar el caso. Y por eso lo había llamado y allí estaban. Se trataba de evitar cualquier perjuicio y de garantizar la salida de *Oeste*.

Y lo más importante para todos nosotros. Que nada de esto tenga trascendencia.

Entendido, Dez. Voy a hablar con mi mujer. No habrá problema. Aunque parece que está en las nubes, es una persona con sentido de la realidad.

Lo sé. Por eso acudo a ti. Pensé que era cosa de Sada. Un seudónimo. Ya he hablado con él sin contarle la verdad. Ya sabes que hay que darle de comer aparte.

Resolveremos el caso de los versos perversos, dijo el juez con ironía. No creas que lo digo por decir. La perversidad es un concepto de gran importancia en nuestra historia jurídica.

Hay un segundo asunto, continuó Dez. Algo pendiente y de tu interés. Tenemos importantes novedades en el caso Black Eye.

El censor comprobó una vez más que la simple mención de aquel nombre, fuese por lo que fuese, tenía un efecto dérmico en el juez. Transformaba su naturaleza. Añadió para que se distendiese: Yo también me he aficionado a las novelas del Oeste. Tengo un regalo.

Para sorpresa del juez, se sacó del bolsillo una de esas novelas. Samos le siguió la broma y se la aceptó. Se titulaba *El caballo Romántico*. Firmaba John Black Eye. Dando muestra de que ya la conocía, aun siendo como era de publicación muy reciente, buscó el capítulo en el que se narraba un juicio. Se encontró con que Dez ya había subrayado el párrafo. El juez hizo un gesto de complicidad. Leyó: «El abogado Henry Botana tuvo el valor de decirle al juez de Oklahoma que la pena de muerte era una modalidad de asesinato premeditado».

Claro que algo así no se debería pasar por alto, comentó Dez. ¡En pleno caso Grimau, el fusilado! Pero también en Censura se desprecia la literatura de cordel. Mis colegas son muy académicos. ¿Quién iba a revisar *El caballo Romántico* más allá del primer párrafo? Ni siquiera eso. Hasta las novelas rosas deben de tener más lectores.

Dez abrió la novelita por el principio y ahora fue él quien leyó con un tono de serial radiofónico: «Henry Botana tenía seis pies de altura, una novia que lo amaba, un caballo llamado Romántico y una cabeza a la que el juez le había puesto precio por una cantidad humillante. Confiaba en que el día del Juicio Final el arcángel San Miguel sería más justo a la hora de pesar su alma».

Dez sonrió sardónico y cerró el libro.

¿No está mal, eh? Verás, Ricardo. No he estado parado. Si en algún momento lo creíste así, te equivocabas. La verdad es que es un misterio bien fácil de resolver. La confusión se produjo porque en la editorial de Barcelona que publica sus novelas del

Oeste nuestro hombre era conocido como doctor Montevideo, en realidad un sobrenombre. La fuerza de la costumbre. Hasta que en la administración, tras mi insistencia, diría que advertencia, desenterraron su identidad real. Aquí está. Héctor Ríos. Ése es nuestro hombre.

Hacía algún tiempo que el censor Dez tenía toda esa información, sin necesidad de tener que leer *El caballo Romántico*. Pero pensó que sería un golpe de efecto para satisfacción del juez. La expresión de Samos no era la alegría propia del depredador que al fin caza una presa. Más bien pareció palidecer.

¿Te dice algo ese nombre?

Algo, sí.

¿Era quien sospechabas?

Con el temporal, las olas del Orzán intentan recuperar el antiguo canal, la memoria del istmo, antes de que el gran Relleno impidiese para siempre la cúpula entre los dos mares, el lado salvaje y la tranquila bahía. El primero intenta entrar, trepa por Riazor e incluso llega con borlas de espuma a la orilla del gigantesco eucalipto de la plaza de Pontevedra, la marca donde los jornaleros esperaban a los contratistas. Donde las vendedoras de las afueras y las lavanderas dejaban amarrados los animales de carga. Llueve con convicción marina. Son jóvenes. Héctor es mayor que él. Lleva dos años en Santiago, estudiando Derecho, pero los fines de semana sigue trabajando con el grupo de teatro y declamación del Centro Instructor y Recreativo de Artesanos. Samos se estrenó en una lectura pública en el salón del Centro, gracias a él. Declamaron la escena de los dos graciosos sepultureros en el acto V de *Hamlet*. ¡Y él hizo de gracioso primero! ¿Cuántas vueltas no le han dado a la curva de aquella pregunta? «¿Quién es el que construye mejor que el cantero, el calafate y el carpintero?». Ahora Héctor tiene en mente un proyecto muy original. Preparar para Radio Coruña, que está en período de pruebas, una adaptación de las obras más populares de Herbert George Wells. Samos tiene que colaborar. Comparten la admiración por ese autor. Una serie titulada *Wells, Wells, Wells*. Como sintonía, el sonido de una llamada en morse por radiofonía marina. Van hacia el local de ensayo, bajo la lluvia. No importa. Ríos desenfunda un libro de debajo del gabán. Lee: «Desde los castros a Monte Alto, el rostro de A Coruña aparecía tiznado de humo negro». Sí, la primera pieza radiofónica será una versión de *La guerra de los mundos*. ¿Qué te parece? A continuación, nos metemos con las aventuras de *El hombre invisible*.

Héctor no para. Es el optimismo en persona. En verano trabaja como ayudante en la academia familiar. Desde niño domina las dos técnicas, escribir a máquina y la taquigrafía. Siempre dice que fueron sus juegos de infancia, y que le resulta difícil escribir con caligrafía tradicional. Es un profeta apasionado del esperanto, que domina como un experto después de entregarle muchas noches a su estudio. Esa

pasión por una lengua universal está fundamentada en un ideario de «socialismo racional» en el que cita como precursor a Ramón de la Sagra, ese coruñés del XIX que debería estar, según él, a la altura del francés Proudhon o del británico Owen. También anda siempre a vueltas con los apuntes de Ética del profesor Xohán Vicente Viqueira. Al joven Ricardo Samos al principio le suena bien ese mensaje de fe en la humanidad. Van camino del Círculo de Artesanos, por la calle de San Andrés. Héctor Ríos lleva, como siempre, un libro en la mano. Habla y lee por momentos, fervorosamente, como si fuese una partitura que lo inspirase. Se cruzan con el doctor Hervada, que le hace notar que va con un pie en la acera y otro en la carretera. Héctor responde con ingenio veloz: Gracias, doctor, pensé que me había quedado cojo de repente.

En la época de la República española, ¿nunca tuvo tentaciones?, le preguntó un día Schmitt, en aquel encuentro del verano de 1962 en el chalet compostelano de Casalonga.

Fui socialista racional durante unas horas de insensata alegría, respondió él irónico.

La fascinación por Ríos le duró algo más. Samos había sido criado en un catolicismo tradicional, monárquico. Hacía pocos meses, en abril, que se había proclamado la República. La aceleración de acontecimientos le producía vértigo. Al principio compartió la alegría de otros estudiantes. La República surgía como una primavera, una excitación creativa en la sociedad. En aquella votación de 1931, de los treinta y nueve miembros del ayuntamiento de A Coruña, solamente cinco son monárquicos. Pero poco a poco en él va ganando terreno el recelo que domina en el ambiente familiar, donde la caída de la monarquía se vivió como un auténtico desastre. Hay una carga de tensión en la atmósfera doméstica. La inquietud de la madre ante el laicismo la anima a rezar, a veces sola, a veces en grupo de amistades femeninas, por la salvación de España. El padre, jurista de la Armada, historiador de vocación, parecía permanecer distante de todo, también de su matrimonio, aunque de vez en cuando hacía un revoltijo en el que entraban Filipinas, Cuba, Puerto Rico, Marruecos y el Estatut de Cataluña. Lo quisiera o no, Ricardo Samos escuchaba en su hogar un permanente rumor de fondo apocalíptico. En aquella época, Héctor Ríos era un contrapunto. Era quien encarnaba el aspecto seductor de los nuevos tiempos. Él, Ricardo, también va a estudiar Derecho. Si coinciden en Santiago, ¿podría Ríos enseñarle esperanto? Podría, claro. Pero cuando ese encuentro tuvo lugar, un año después, ni Samos expresó ese interés, ni Héctor estaba tan absorbido por la tarea de divulgar la lengua universal.

Hay una prioridad para la que necesitamos todas las lenguas. Tenemos que hablar de la Liga de Derechos Humanos.

Samos está fastidiado por el cuarto de la pensión. Quizá por novato, le habían asignado una pequeña, sombría y con manchas de humedad en el techo. Aún no había decidido si cumplir la promesa hecha a su madre de ir a la primera misa de la catedral

a la mañana siguiente.

¿Y eso?

Cuando se entusiasmaba, Héctor tenía esa tendencia a componer párrafos: La única manera de ponerles freno a los totalitarismos es caminar hacia una Federación Mundial regida por principios justos de derecho universal. Esos derechos humanos, sin fronteras, serán el telar de una lengua común, el verdadero esperanto.

Se habían conocido ya de niños. Vecinos de la Ciudad Vieja. Están jugando en la playa. No se ve nada. Es un juego de pistoleros del Far West. Consiste en esconderse, moverse con sigilo y localizar al enemigo sin ser visto. Se dispara con la boca.

¡Pum, Ríos!

¿Dónde estoy?

Eso de la Liga de Derechos Humanos suena a masónico, le suelta Samos. Su madre le había comentado que por fin le estaba cambiando la voz y él juraría que fue ese día, en ese instante.

Al principio, Héctor acusa el golpe. Está desconcertado. Quizá influye en su confusión la voz de Samos, tan diferente.

¿Masónico? ¿Suena bien o suena mal?

Samos no quiso responder. Más bien puso énfasis en su silencio. Sabía que ese silencio era un signo de distanciamiento definitivo. Meses después ya había entrado en contacto con el círculo de Acción Española. En Derecho había, además, un grupo muy activo de profesores tradicionalistas que conspiraban, a viva voz, contra la República.

Ahora tienes una voz de trueno. Estarías fenomenal haciendo del último marciano. ¿Te acuerdas? En vez de en Regent's Park lo pusimos en Monte Alto, cerca del faro de Hércules. La voz sobrehumana. ¡U-la! ¡U-la!

Se rieron.

¡U-la! ¡U-la!

Estaba ardiendo. Las llamas lamían la portada. Los libros andaban sueltos por la maldita máquina del tiempo. Escucha una voz. Aquel tipo que le había tomado gusto a pregonar los títulos y los autores en las hogueras de la Dársena.

¡Wells!

Se gira hacia allí.

¡Wells, Wells!

Aunque él está mirando con seriedad, el tipo sonríe: ¡Mucho ha escrito este carajo! Tiene un tercer libro en la mano. ¿Por qué ese empeño en hacerse el simpático? ¿Por qué imita un ladrido?

¡Wells, Wells, Wells!

Están en la quema. Ricardo Samos va a alzar el brazo, a balbucir algo. Tose. El cuerpo que afloja. El joven Paralelepípedo se acerca solícito, con estúpida

camaradería: ¿Qué le pasa, jefe? Es el humo de la mala peste esta. Seguro. Mejor vaya a tomar un poco el aire por la playa. El viento fresco. O un café.

Estoy bien, le dice ahora Samos a Tomás Dez. No se preocupe.

Café. Mucho azúcar. Es lo mejor para la tensión.

Lo prohibido

Había un personaje secreto dentro de Sulfe. Lo que se sabía de él es que era un solitario. Célibe, más bien, decía su padre. Desposado con los libros. No con cualquier libro. Su divisa era: «Posar en los clásicos». Gabriel se la había escuchado a su padre de vez en cuando, siempre dicha con solemnidad. Pero ahora sabía que procedía de Alfonso Sulfe, y que era a él a quien le resultaba apropiada.

No tengo nada a mano, Gabriel, pero te voy a obsequiar con una palabra para tu Gabinete de Curiosidades. Toma nota. Muy bien. ¿Preparado? La palabra es *colofón*. Un ejemplo: «Al libro le faltaba el colofón». En este caso se refiere a la nota final, y ése es también su significado general. Colofón es el remate de algo. Pero lo curioso es de dónde procede. Tiene que ver con la vida de un adivino griego llamado Calcas. Un personaje importante en la historia bélica, es decir, en la historia. Fue quien inventó la mayor argucia que se conoce, la del caballo de Troya. Pero él también cargaba con una tremenda profecía. Que moriría cuando se cruzase con un adivino más portentoso. Y eso fue lo que le pasó justo en un lugar llamado Colofón.

¿Qué había adivinado el otro?

No se sabe.

Gabriel pensó que esa historia era interesante para escribir una postal desde el Sanatorium de Durtol.

¿Te gusta leer? Eso es lo mejor que te puede pasar en la vida. Escribir tiene otras implicaciones. Otra palabra, mi preferida. Escrúpulo. De *scrupulus*. Era el nombre que se le daba a una piedrecilla puntiaguda. Podía hacer las veces de cambio en los trueques. Pero después vino el significado que tú conoces. Más que saber lo que es, el escrúpulo se siente, ¿a que sí? *Scrupulum injeci homini*. He puesto al hombre sobre aviso. Es curioso. Sigue siendo una piedrecilla con aguijón. Lo que pasa es que ahora está dentro del cuerpo. ¿Cuál es la tuya? Una que te guste. Rápido. Ya.

Gabriel dudó por un instante si decir su palabra. Pero el hombre parecía cordial y, por otra parte, decirla le producía el gozo de quien le gasta una broma a un sabio.

Acetilsalicílico, señor.

No está mal.

De vez en cuando, el juez Samos se refería a Alfonso Sulfe como uno de los hombres más talentosos del país. Una lástima que se encerrase tanto en su cubil. Se veía que gozaba con sus expediciones etimológicas. Cuéntenos, Sulfe, el origen de la palabra *chaqueta*. Ofrecía entonces la sabiduría del amigo como una atracción en el círculo de la Cripta. Alfonso Sulfe se ruborizaba al principio, pero después se dejaba llevar a unos minutos de gloria.

Podríamos decir que la palabra *chaqueta* procede del Camino de Santiago. En Francia, Saint-Jacques. Ése es el huevo de la palabra. Jacques. Eran tantos los campesinos así llamados que se convirtió en genérico de paisano y denominaba también la prenda que vestían. Pues bien...

¿Sabía eso, don Munio?

No. Otro milagro del Apóstol.

Por lo demás, Alfonso Sulfe apenas intervenía en la charla cuando ésta derivaba hacia «el estado de la cuestión», que era la forma eufemística de referirse a la actualidad política. Mantenía una antigua amistad con el juez, que procedía de muy al principio de la década de los cuarenta. ¡Los cuarenta! Aludía a esos años como quien se refiere a una época remota, con una oscura melancolía. Ahora reaparecía un camarada de aquel tiempo. Habían coincidido en Santiago en un homenaje a Álvaro d'Ors y hablaron de retomar el contacto perdido. El juez lo invitó a las tertulias de la Cripta. Sulfe se lo agradecía, pero no podía. Además de la cátedra, estaba metido en el vientre de una ballena del medievo, dijo enigmático.

¿En esa ballena hay Biblias?, le preguntó Samos. El juego de los sobreentendidos. Alfonso Sulfe ejercía sobre él una especie de seducción esotérica. Era la primera persona que conocía que había estudiado con detalle la Biblia de A Coruña, ahora llamada Biblia Kennicott, conservada en la Biblioteca Bodleian de Oxford. Sulfe había estado allí en 1935 y la descripción que le hizo era la de quien había grabado en su mente una copia de aquel tesoro. La caligrafía sefardí, las ilustraciones en vivos colores, y en dorado y plata, la extraña encuadernación en caja de seis caras en piel de cabra repujada con matrices de cobre. Sí, la estaba viendo. Una de las ilustraciones inolvidables era la del instante en que Jonás entraba por la boca de la ballena. Y tenías que ver la del astrólogo Balaam contemplando su astrolabio. Sólo esa miniatura equivale a una civilización. Samos se había hecho esa pregunta que en aquel momento a Sulfe le pareció un poco pueril. ¿Cómo han dejado escapar ese tesoro? La Biblia era de 1476, explicó Sulfe, y la expulsión de los hebreos de España se produciría poco después, en 1492. Que Samos no olvidase que la Biblia de A Coruña era un encargo de una familia hebrea y que la había hecho un genial coruñés judío, Joseph Ibn Hayyim. No me refiero a eso, sino al libro, dijo Samos. Lástima que un tesoro así se haya perdido.

Le sorprendió la llamada de Sulfe, al día siguiente al homenaje a D'Ors. La ballena de Jonás le levantaba el arresto domiciliario, tratándose de una propuesta tan sugestiva. Que contasen con él. Samos estaba contento de aquel reencuentro. Compartían algunas querencias lusitanas, como la que sentían por Teixeira de Pascoaes, aunque un día discreparon vivamente a causa de la saudade. El juez, contra su costumbre, alzó la voz, se indignó como si retomasen una vieja discusión, y así debía de ser. Repetía la palabra *despropósito*. Un despropósito, Sulfe. Esa propuesta de Teixeira de declarar fundamento del Estado Nuevo un concepto metafísico como la saudade. Un Estado es algo... muy serio. Tú no eres jurista, no puedes entenderlo. Sin caer en la jactancia, hay un momento para el guerrero y un momento para el jurista. El acto victorioso hay que traducirlo en ley. Pero la saudade, ¿qué es? No tiene un valor jurídico. No se puede sostener un Estado con una espada de madera. ¿Una espada de madera? Sí, eso de la saudade es una espada de madera para juegos

florales.

¿Y cuando se habla de la gracia de Dios? ¿Del Caudillo por la gracia de Dios?
¿Del nuevo Estado como *creatio a Deo*?

El juez miró con desconcierto a sus compañeros de tertulia.

Esa comparación es improcedente, dijo Samos. La de Dios y la saudade.

Claro, por supuesto. ¡Juegos florales! Así, a secas, ¿no es una expresión graciosa?, preguntó Sulfe, en un tono conciliatorio. Igual que la gracia de Dios.

Y todos se echaron a reír, con jocoso alivio.

Alfonso Sulfe se quedó el último en las despedidas. Se veía que tenía interés en estar a solas con Ricardo Samos. No exactamente a solas. Gabriel estaba allí, en la recámara, camuflado con piel verde por la luz de la tulipa, como a él le gustaba imaginarse, y concentrado en la escritura desde el Sanatorium del Château de Durtol. Describía el final del año de 1913. Lo mucho que había echado de menos a su familia. También anotaba en la tabla el resultado de la pesada del día, aunque en su caso utilizase los datos obtenidos en la báscula Toledo-Ohio de la farmacia Villar.

Amigo Samos, quería pedirte un favor especial.

Dime, Sulfe.

En la universidad, poco después de la guerra, hablaste de algunos libros muy interesantes que, por azares de la historia, habían caído en tus manos.

Ricardo Samos se puso a la defensiva. La tensión de estar ante alguien conocido de quien de repente se teme su insensatez. No el simple desliz, sino una grave perturbación.

Uno de esos libros tenía por título *Le nu de Rabelais...*

¿Cómo?

Le nu de Rabelais. Así, en francés. Un libro muy ilustrado. Dibujos y fotografías con mucha gracia erótica...

No, no tengo ese libro.

Sulfe pareció no escuchar la negativa. Se frotaba las manos excitado y había un brillo de codicia en sus ojos. Te extrañará que hable de este asunto tantos años después. Fue una noche de camaradería, para mí muy especial. La víspera del viaje a París, Milán y Berlín. Había algo en nuestra conversación que nos apartó del resto del grupo. La pasión por los libros. Entonces tuviste la deferencia de compartir un secreto.

Samos permanecía en un silencio áspero, pero en ese instante interrumpió el relato con frialdad: Ése no lo tengo. ¿Qué otros libros te interesan, Sulfe?

Verás. Comprendo que para ti sea un encuentro perdido en la bruma del tiempo, pero para mí, por razones que te voy a explicar, permanece muy fresco. Estoy inmerso en un estudio que empezó por la risa pascual en la Edad Media. *Risus paschalis*. Y de ahí pasé a ese otro mundo que podemos llamar los rituales de la risa. La *festa stultorum*, el *mardi gras*... Ya sabes, cuando una cosa se convierte en

obsesión, que uno no sabe hasta dónde va a llegar. Te parecerá absurdo, incluso pueril, Samos, pero no dejo de pensar en aquel libro...

Iba a añadir: de reinas desnudas montadas en burros y en carneros, de *mujeres libélulas* en un bosque sagrado, de *mujeres sirenas* en Lusignan, *mujeres guerreras*, jugadoras, armadas con sensuales lanzas, que parodian las guerras en combates amorosos. Avanza Silenius en la vanguardia del ejército de Baco. El vino de las tabernas de la calle del Franco y de la Algalia había ido abriendo los candados, soltándoles la lengua. Podía recordar las frases de Samos, cómo saboreaba sus tesoros, los frutos, él mismo lo había revelado, del expolio.

Dijo:

Estoy con Rabelais, en el siglo XVI, sumergido en el festín de las palabras. Eso es parte de lo que he encontrado en el vientre de la ballena. Y cuanto más me meto en esas vísceras, más pienso en ese libro, en sus fotografías pioneras nunca vistas.

Quien te habló de ese libro debe de haber sido muy convincente, muy fogoso. Y yo no he sido, Sulfe.

¿No recuerdas nada?, dijo el catedrático desarbolado.

¿*El desnudo de Rabelais*? ¿Existe un libro así? Ni la menor idea.

El tono de Samos era duro, cortante: Para mí es la primera noticia. Andas desencaminado, Sulfe. Totalmente. Te confundes de persona, te confundes de noche. Y si he compartido contigo algún secreto, algo que no recuerdo, supongo que lo mantendrás en el cofre.

Fue la respuesta de su padre, el repentino cambio de tono, lo que alertó a Gabriel. Miró hacia allí sin cambiar de posición. En el despacho aún no se había diluido el cómplice humo de las bromas. Durante algún tiempo se mantenía esa atmósfera que le hacía pensar en la técnica de las viñetas. Permanecían los globos que rodeaban las palabras o los pensamientos.

Eso debe de ser, un cruce de noches. Ya ha pasado tanto tiempo. Siento importunar, dijo Alfonso Sulfe con cautela, extrañado de la respuesta de Samos. Para mí se ha convertido en una obsesión. Los demás no entienden su importancia. Pero ya sabes lo que pasa con las obsesiones. Uno acaba como el capitán Ahab detrás de su *Moby Dick*.

Lo miró fijamente: *Moby Dick* debe de andar por ahí. Y también *Benito Cereno*. Pero lo que no está es esa ballena tuya, Sulfe. Ni esa ni otras de las que hablas.

Se había puesto en pie, por lo que Alfonso Sulfe no tuvo más remedio que seguirlo. Miró hacia los oscuros rincones, territorios encuadrados, de las paredes. Gabriel captó su agitación. Estaba convencido de que, si pudiese, el catedrático Sulfe saltaría por encima del juez para escudriñar aquellos estantes. En cierta forma, en silencio y a distancia, compartía la tensión de ambos, participaba en el duelo. Podría decirse que él sabía más que ellos dos, como quien observa una partida de cartas y conoce el juego que llevan los contendientes. Pero contenía la respiración. Si su padre reparase en él, o si Sulfe le dirigiese una mirada, tendría que abandonar el campo de

batalla.

Resuélveme por lo menos una duda, Samos. ¿No tenías tú una primera edición de *Lo prohibido*?

¿*Lo prohibido*?

Por primera vez el juez pareció darse cuenta de que allí en la sala estaba su hijo, escribiendo, inmerso en el círculo de luz de la tulipa verde que, más que acercarlo, lo mantenía aparte, con ese efecto astral de los focos por la noche.

Sí, también había pertenecido a Santiago Casares. Como *El desnudo de Rabelais*. Hablamos de una dentadura, insistió Sulfe. Del efecto erótico que ejercía la descripción que hace Galdós de una dentadura de mujer.

¿*Lo prohibido*?, repitió el juez. Por ahí andan los *Episodios*. Pero Galdós nunca ha sido santo de mi devoción. Nunca consiguió alzarse sobre lo vulgar. Por mucho ex libris de Casares que tuviese.

Exacto, dijo Sulfe. Justamente ésas fueron entonces mis palabras. Erróneas, claro.

La reacción del catedrático desconcertó e incomodó aún más al juez. ¿A cuento de qué venía la bobada esa de la dentadura? ¿Qué quería saber en realidad?

¿Una dentadura, dices? ¡Qué precisión, Sulfe, después de tantos años! Serías un buen instructor.

Un buen forense, dijo Sulfe divertido.

El tono del juez empezó entonces a manifestar un impaciente desprecio: No digo que no. Tal vez anda por ahí, o por el desván. El libro con la dentadura.

Andaba. Despistado, andaba. Y también el de los desnudos. Alrededor de la lámpara, las mujeres con alas de libélulas y palomillas. Bien lo sabía Gabriel. Notaba el temblor de la primera parte en la mano, la llaga arrugada de la quemadura en el canto del libro. Recordaba como un saludo, como una consigna, la firma de Santiagocasares Qu. Y después, a medida que pasaba las hojas, un olor exasperado a humo y a ser humano.

En dos tomos. Y hablamos también, por lo menos en mi imaginación, de *El futuro de la muerte*. Por lo que a obsesiones se refiere, recuerdo que te llamaba la atención aquella inquietud de Santiago Casares por los asuntos del más allá. En su biblioteca...

Sinceramente, no recuerdo ninguna conversación de esa naturaleza. Esa biblioteca me resulta tan desconocida como la isla de los Papahigos.

Tú también tenías una obsesión, Ricardo. ¿Has encontrado o no el libro de Borrow? ¿Se había salvado o no de la quema?

El juez lanzó a Sulfe la mirada que reservaba para los exhombres y buscó el rostro de su hijo tras la luz verde de la tulipa.

El señor Sulfe se marcha, Gabriel. Acompáñalo a la puerta.

Ahora parecía que Sulfe se hubiese despertado a la intemperie. Sabía que aquella puerta se le cerraba para siempre. Creo que tardaré algo en volver, dijo con una media sonrisa. Adiós, acetilsalicílico.

Cuando Gabriel volvió al escritorio, el juez rezongaba maldiciones. ¿Ventre de la ballena?, refunfuñó. Lo que ha metido es la cabeza en un puchero hirviendo. Repiqueteó con los dedos en el vade de cuero que protegía el escritorio. Después buscó la lupa e indagó en la geografía de la palma de su mano. Era una costumbre que tenía y que al parecer lo tranquilizaba. Se volvió hacia Gabriel. Este tipo es más raro que un perro verde, dijo. Fíjate en él. Un catedrático que se pasa el tiempo meditando cómo hurtar los libros por los que suspira. Catedrático y cleptómano. ¡Quién lo diría!

¿Cleptómano?

Para ser más exactos, biblioclepta. Ésa es la palabra que él mismo usó hace muchos años, cuando me confesó ese vicio de robar libros. He tenido la delicadeza de no recordárselo hoy. Ya se ha buscado algún problema por ese impulso. Tiene suerte de que eso aquí es poco pecado. En el Palacio de Justicia no se recuerda una condena por hurtar libros. Pero esta vez ha pinchado en hueso. No volverá a cruzar esa puerta.

Ahora repiqueteó con los dedos en el vade como si pulsara unas teclas imaginarias y sonrió con sorna: ¡Colofón! ¡Chaqueta! ¡Escrúpulo!

Venir ahora aquí con ésas. La piedrecilla puntiaguda.

Finalmente se levantó y él lo siguió por un trecho. La boca de la noche había hecho de la gran sala tierra conquistada, y lo único que permanecía de los colores en el Pabellón Chinés era un olor a óleos y disolvente y el aliento húmedo de las plantas. El Grand Mother decía el tiempo con impaciencia.

Si viene mamá, que pase por el Oriental. Y tú también deberías venir a dar un paseo. Despejar la cabeza. No nos vayas a salir otro Sulfe.

Hoy voy a estudiar. Mañana tenemos el campeonato de Dios con el padre Munio.

Nunca tartamudeaba cuando tenía preparada la mentira.

¿El campeonato de Dios? Ése hay que ganarlo. *Ego sum qui sum.*

Tiene que ser en tres palabras.

Estaba deseando que se marchase y aquello que dijo, lo de ser otro Sulfe, lo dejó con cosquillas en la mano, entre la culpa y la excitación. En cuanto su padre cerró la puerta, él salió corriendo hacia el escritorio. Trepó por la escalerilla y allí, en el rincón de los quemados, buscó *Lo prohibido* de Galdós. Bajó el primer tomo. Recordaba la somnolencia que le había producido en un anterior intento. Pero ahora sabía que lo más interesante de aquel personaje algo simplón, José María, era aquello que deseaba y no lo que le sucedía. La leyó como una indagación. Y gozó de los momentos en que la prosa se hacía rudamente atractiva, voraz, como cuando la dentadura perfecta de Camila mordía en el corazón.

El campeonato de Dios

En tres palabras, Dios.

Al padre Munio le gustaban mucho esta clase de concursos que le daban a la clase de Religión lo que él denominaba una «competitiva alegría». Se movía por el aula con mucho dinamismo. Con la sotana y los guantes blancos, de los que jamás se desprendía, producía un cierto efecto hipnótico en los alumnos, sobre todo los primeros días. El suyo era un estilo televisivo, espectacular, en contraste con la seriedad severa y con frecuencia amarga e intimidatoria de la mayoría del profesorado. Era, de hecho, el único que hablaba de la televisión en clase sin tratarla como un aparato diabólico o despreciable. Creaba una complicidad con los alumnos cuando se refería a programas y personajes que empezaban a tener notoriedad, como la familia vaquera de *Bonanza*, con aquel padre ejemplar, o a los anuncios publicitarios más populares. Las comparaciones no sólo eran celebradas por aquellos que tenían televisores, sino que provocaban en los demás una auténtica adhesión. Ese coloquialismo televisivo situaba al padre Munio del lado de los aficionados a la pantalla, que eran todos, pero en especial de los que sufrían un régimen de racionamiento, que rozaba la prohibición, como era el caso de los internos del colegio. Incluso en alguna ocasión, algún sábado por la tarde, habían sido sometidos al castigo de sentarse en la sala ante el televisor desconectado. Una de las ocurrencias disciplinarias del padre Pedrosa. Habían aprovechado la hora de salida para ir a jugar a torear las olas en la Coraza del Orzán y, al volver, allí estaba esperándolos el padre Pedrosa con los amenazadores efectos especiales de sus bufidos al atravesar el patio a grandes zancadas en la boca de la noche. El televisor, sin conectar, era un fragmento petrificado de aquel cielo gris de tarde de sábado en invierno. Y había una correspondencia entre el cielo encapotado, el vaho del resollar del tutor y la pantalla sin imagen. Desde el colegio, ellos podían oír el ronco sonido de la marea; estaban, por decirlo así, dentro de un submarino, pero se veían privados del viaje al fondo del mar que a esa hora emprendían los que tenían el televisor conectado. Todos los internos allí sentados, en silencio, condenados a no ver.

De ahí que al principio sintiesen simpatía por aquel padre Munio que estaba de su parte, de parte de la pantalla encendida. Por aquel cura que escribía en el encerado la orden del día: ¡Te quiero feliz en la Tierra! O: Luz, para que investigues en los motivos de tu tristeza. Y después aquel ejercicio diario, aquella gimnasia espiritual de su llamado Minuto Heroico. Atención. Es la hora, en punto, de levantaros. Sin vacilación. Un pensamiento sobrenatural y... ¡arriba! Y toda la clase puesta en pie, con los brazos elevados como alas, igual que él, aquel movimiento alado que batía en lo alto las manos de guantes blancos. Sí. Aquel cura tan divertido que se aplaudía a sí mismo.

¡Alehop!

¿A que os encontráis mejor?

Los libros están bien, los hombres que acumulan saber, pero lo que necesitamos es publicistas de Dios. Así como se presentan y ofertan mercancías, bienes materiales, desde detergentes a electrodomésticos, y quien lo hace no se avergüenza de dar la cara y repetir frases simples, con cuánta mayor razón, incomparable, no tenemos nosotros el deber de hacer publicidad de Dios. No, no debemos tener escrúpulos en ser Hombre-Anuncio de Dios. Y los hacía reír con su comparación con la «chispa de la vida», el lema de Coca-Cola. Y entonces silenciaba el divertido murmullo con el estudiado gesto alado de las manos enguantadas en blanco y la voz de ilusionista litúrgico. Si eso lo decimos de un brebaje que por todo misterio contiene azúcar y cafeína, ¿qué fuerza invencible no podremos extraer de nuestra fe? Y a continuación señaló en el encerado lo que él llamaba la orden del día, la frase que escribía en grandes caracteres nada más llegar para que sirviese de motivo de reflexión y que en este caso no dejaba de sonar como una contradictoria y perturbadora proclama: La Santa Desvergüenza. ¿Entendían ahora?

Venga otra sesión de Minuto Heroico. Atención. Es la hora, en punto, de levantaros. Sin vacilación. Un pensamiento sobrenatural y... ¡arriba!

Después pasaba revista a la clase con sorna. ¡Qué caras! No veo un pensamiento sobrenatural por ninguna parte.

Zonzo se sentaba siempre hacia el final. Buscaba el respaldo de las paredes, al fondo de la clase. Era mal estudiante, de malas notas, pero todos sabían que no tenía nada de torpe. Tampoco era díscolo. Mudo casi siempre, por más que lo amenazasen con un suspenso eterno, dejaba clara su actitud. Estaba allí, en el colegio, a la fuerza, cumpliendo una obligación que para él, a diferencia del resto, era innecesaria. Cuando algún profesor decía su nombre o le hacía alguna observación, se le veía incómodo y alerta, mirando hacia los lados como quien se pregunta por qué a mí. Tenía un problema. Era muy alto, muy delgado. Uno de los rasgos de su cara eran las enormes cejas que, más que poner en sombra la mirada, lo que hacían era magnificar el más sencillo movimiento ocular. Zonzo quería pasar inadvertido y cuanto más se apartaba, más llamaba la atención como un intruso disfrazado de alumno.

Excepto en Zonzo, decía el padre Munio, sabiendo que iba a obtener una carcajada colectiva. Veía en él la salvaje sinceridad del silencio.

Por eso la sorpresa fue total cuando Zonzo levantó la mano aquel día del Campeonato de Dios.

En tres palabras, Dios.

El Gran Campeón, dijo Zonzo. Una corriente de risa nerviosa recorrió los pupitres, las tres filas.

El padre Munio, subido a la tarima, sostenía la tiza en alto. Su mirada fue rebotando en las cabezas hasta llegar al fondo del aula y mirar a Zonzo como un descubrimiento. Pestañeó. Con un gesto de las manos voladoras acalló el murmullo.

¿Podrías repetirlo?

El Gran Campeón, dijo Zonzo con voz potente.

Magnífico, dijo el padre Munio. Escribió en el encerado con mayúsculas: EL GRAN CAMPEÓN. Constató: extraordinario.

Zonzo, entre aplausos, pasó a ocupar el pupitre delantero. Era la primera vez que emergía del fondo.

Más respuestas.

El Más Grande.

El Más Poderoso.

En tres palabras, Dios. ¿Gabriel?

La víspera por la noche Gabriel había tomado algunas notas para el Campeonato de Dios. Le parecían exactas, precisas, dos imágenes inspiradas en las postales enviadas por Santiago Casares desde el Sanatorium de Durtol, dos referencias al Creador: Arquitecto del Universo, Misterioso de Misteriosos. Pero tuvo el aviso. La boca se negaría a decir esas palabras. Se trazaría.

Padre, Hijo, Espíritu.

Ésa es la verdad. Tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Lo clásico. Sus manos con guantes blancos se movían con aquel hábito de palomas de mago: pero hay que andar siempre en busca de lo novedoso, actualizar el mensaje. Y hoy la gran aportación la ha hecho nuestro nuevo as.

Levantó la mano de Zonzo como la de un triunfador.

Haremos un mural en el patio:

DIOS, EL GRAN CAMPEÓN

Allí estaba, después de tanto tiempo, visible para toda la clase, el bolígrafo de Zonzo. En su mano. Ocupaba el primer pupitre y escribía el examen de Religión en la clase del padre Munio se veía en detalle, con aquel bolígrafo tan espectacular, el de la nadadora desnuda. No se veía en detalle, pero cualquier alumno podía imaginar los desplazamientos de la nadadora sueca, eso había dicho Zonzo, que era sueca, totalmente desnuda, moviéndose al ritmo de la escritura por el bolígrafo con cámara de agua. Él había tenido siempre cuidado de enseñarlo fuera del recinto del colegio. No a todo el mundo. Pero el bolígrafo se había hecho célebre, de boca en boca. Era una especie de leyenda ya casi olvidada, cuando reapareció aquel día del examen en la mano de Zonzo. Aquel Zonzo que acababa justo de salir del fondo, del penúltimo lugar, para ocupar el puesto de capitán de la clase.

Sí, el primer día que lo vio, estaría dispuesto a cambiar todas sus piezas del Gabinete de Curiosidades por aquel bolígrafo transparente, lleno de líquido, por el que nadaba la mujer desnuda. Gabriel también tenía un bolígrafo de agua, bonito, también sueco, pero no había comparación. Un regalo del abuelo Samos. Lo que se movía era el navío *Vasa*, aquel barco insignia, en parte bañado en oro, que iba a maravillar los mares con su fulgor y que adquirió fama de verdad por hundirse el día de la botadura. Su bolígrafo del *Vasa* era curioso pero no tenía nada que hacer ante la

nadadora desnuda de Zonzo. Algo que todos querrían tener. Algo inaccesible.

El bolígrafo de Zonzo escribía y parecía crecer en tamaño a la vista de todos. Se inclinaba como un mástil. Dudó ante la pregunta de qué fue creado antes por Dios, el león o la golondrina. Escribió al azar. Primero, el león. No. La razón le dijo que primero el más ligero. Pensó que un león nunca cazaría una golondrina. Pasó a la siguiente pregunta. ¿Qué palabras pronunció el Señor cuando se disponía a crear al hombre? Zonzo se llevó el extremo del bolígrafo a la boca. Las tenía en la punta de la lengua, pero no le salían las palabras del Señor.

El padre Munio primero se dio cuenta de que había un grado excesivo de intensidad en el silencio de la clase. Después pudo distinguir un rumbo disimulado pero unidireccional en la mirada colectiva.

Siguió ese rumbo. Llevaba a la mano de Zonzo.

Todos se quedaron clavados en sus asientos y atónitos. No era la primera vez que veían a un sacerdote pegar a un alumno. La dureza en el trato era una de las marcas de prestigio de aquel colegio que tenía como lema infundirle a cada alumno la conciencia de elegido, por un camino «sin blandenguerías». Muchos de los internos eran hijos de emigrantes que invertían buena parte de sus ahorros en el pago del colegio privado y religioso por entender que era el mejor medio de ascenso social. Otra parte del alumnado era de la alta sociedad, que valoraba la exigencia formativa y el rigor disciplinario. Así que no era extraño el hecho de que un cura pegase en el colegio. Incluso que diese una buena paliza. Lo que sí era sorprendente es que ese cura fuese el alegre padre Munio. Que lo hiciese con tantísima saña. Que el guante blanco de la mano derecha tuviese el color de la sangre en los nudillos. Que el alumno se le resistiese y no soltase de ninguna manera el bolígrafo con la nadadora sueca.

Las fotos

De Schmitt tenía una imagen ya antes de aquel viaje a Casalonga, en las afueras de Compostela. Aparecía en dos fotos que ocupaban uno de los lugares preferentes, un camarín, en la biblioteca de su padre. Era un hermoso día de verano. Su padre dijo: Tú das los buenos días, Buenos días, señor Schmitt, y nada más. Esperas por si él te dice o pregunta algo y después te largas. Te vas con los de tu edad. Le había oído utilizar varias veces al juez la expresión de «poder presencial» para referirse a aquel al que trataba como maestro. Así que, después de bajar del coche, caminaba por el césped un poco azorado. Le ayudó como casi siempre la tranquila desenvoltura de Chelo, que lo cogió de ganchete. Llevaba un vestido blanco con encaje. Él, el señor Schmitt, estaba sentado en el jardín y los invitados acudían a saludarlo con actitud reverente.

¿Y tú qué vas a ser de mayor?

Arqueólogo, dijo él. Tal vez. Llevaba un tiempo con esa idea. Había leído un tratado y le atraía, más que el propósito mismo de encontrar algo, el método. Era un trabajo silencioso. Ese preámbulo de cuadrricular un espacio y hacer la excavación. Era un método que servía para todo tiempo. No sólo para las ruinas del pasado.

¡Bien! ¡Como un Schliemann en busca de Troya!, exclamó Schmitt. No lo miraba a él, sino a Chelo Vidal. En la luminosidad de aquella mañana del verano del 62, ella sí que tenía un poder presencial.

De él, de Schmitt, sólo recuerda en especial cuando ya al atardecer alza una copa de vino tinto y dice a la manera de un brindis: ¡Que el gordo... no baile sobre mi tumba! Después de gordo decía con repugnancia un nombre desconocido. El juez casi nunca bebía, pero esta vez acompañó a su venerado maestro en el brindis. Ya de vuelta a casa, le preguntó a su padre quién era el gordo que no iba a bailar sobre la tumba del señor Schmitt. Su padre se rió y le dijo: No te preocupes, no es Oliver Hardy. Hablaba del canciller alemán. De Adenauer.

No creo que nadie baile sobre su tumba, dijo Chelo en el viaje de regreso. Se conserva bien. Se cuida mucho. Por cierto. No ha habido manera de hacerle una foto.

No le gustan mucho las fotos, no, respondió el juez.

¿Quién es ese Barry Goldwater que tanto le entusiasma?

Un senador de Arizona. Dijo que era de la escuela de McCarthy pero mucho más listo. Un castigo para los Kennedy. Un buen látigo conservador, eso ha dicho. Es curioso. Es la primera vez que habla bien de un político americano.

Tardaría más en ver una fotografía de Santiago Casares. Fue a buscar en el Espasa, la voluminosa enciclopedia que unía fuerzas en las paredes con los tomos del Aranzadi. No aparecía ni el nombre de quien había sido presidente del Consejo de Ministros de la República. Había una caricatura en un opúsculo que guardaba su padre y que firmaba Rogelio Rivero. Un dibujo ruin, por mal hecho, que lo puso en guardia de forma espontánea ante la calidad del texto del folleto. Al pie del retrato

decía, a modo de presentación rimada: *Aun conociendo el poder / que tiene Dios, no se explica / que haya podido meter / tanta miseria en un ser / de capacidad tan chica.* Estaba allí, en la última capa del cajón grande del escritorio. Las carpetas que trataban de Santiago Casares, bajo las novelitas marcadas y subrayadas de John Black Eye.

Los comentarios en la tertulia de su padre, escasos y parcos, eran siempre del mismo tenor. Una condena expresada con la máxima irritación, un desprecio que alcanzaba a todas las letras de aquel nombre con el que él estaba estableciendo una oculta relación. Porque el hombre no existía. El vínculo que él tenía era con el nombre. Santiagcasares Qu. Lo que oía, cuando se oía, era hablar de un *Dandy*, Señorito, Masón, Hiena, Asesino, Tísico Resentido. Una extraña mezcla, palabras con las que resultaba difícil componer una imagen. Además, había retazos de información que lo complicaban todo. El yate *Mosquito*. El Buick rojo. El hotel Atlantic. El chalé de Montrove. Su suegra cigarrera. Su mujer modista. Llegados a este punto, los comentarios crípticos se volvían diáfanos, jocosos, respecto a los asuntos amorosos de su bella mujer. ¿Bella? Bella y caliente como una perra, ése fue el comentario completo. Tenía dos hijas. Una, Esther, que estuvo en la cárcel y después en vigilancia permanente hasta que se pudo exiliar a México, y María, esa que dicen que triunfaba en la Comédie-Française. Siendo un tipo tan denostado, era asombroso el número de seguidores que le iban atribuyendo en la Cripta. Artistas, profesores, el de la fábrica de calzado, el de los forjados, el de los vidrios..., los comerciantes, la mayoría de la gente de la que se hablaba en pasado, esa ciudad hundida, casi todos tenían el sambenito de ser republicanos simpatizantes de Casares, a quien se le atribuía aquel adjetivo pegajoso que lo acompañaba, incluso después de muerto en el exilio, como otro primer apellido: Nefasto Casares.

Él lo escuchaba todo en la recámara como si estuviese, lo quisiese o no, en una habitación del Sanatorium de Durtol. Había ido encontrando las postales, las cartas. Tenía el propósito de repasar todos los libros de lo que llamaba ya las cuadrículas de los Quemados. Casi siempre había sorpresas, notas, citas, versos y las postales de Durtol. No todos lo eran, pero los que sí tenían la huella del fuego servían de aviso. Se identificaba con lo que decía la firma, con lo que escribía aquel muchacho. La manera de dirigirse a sus padres, con una libertad cariñosa, las referencias a obras literarias y a descubrimientos científicos, las observaciones sobre los cambios meteorológicos y los efectos que tenían en el paisaje y en su cuerpo, esa manera de entrelazar su estado físico y lo que pasaba a su alrededor, en la naturaleza. Pero, sobre todo, le impresionaba el humorismo con que hablaba siempre de su enfermedad, las actitudes de observador curioso con que seguía los achaques y la evolución de su salud.

El día que encontró la foto en el interior de una edición inglesa de 1895 de un libro de Wells, *La máquina del tiempo*, sintió, sí, una alegría arqueológica. Era una foto de juventud. Por detrás tenía escrita a mano la fecha del invierno de 1900 y

también ponía: Panadeiras, A Coruña. Estaba sentado en un banco leyendo. Nervioso, lo guardó en el Gabinete de Curiosidades, en la pequeña arca de madera donde estaban, entre otras muchas cosas, las donaciones familiares más valiosas. El tranvía de lata de Lisboa que va a Prazeres, número 28. La postal de Mozambique. Las vitolas de cigarros del abuelo Mayarí, lo que él llamaba las *marquillas* de tabaco: Flor del Puro Habano, Santa Damiana, La Imperiosa, Edén de La Habana, todas con hermosos dibujos, sobre todo la de La Alhambra, con dos mujeres, una blanca y otra negra, la única curiosidad que tal vez pudiese competir al mismo nivel con el bolígrafo de la nadadora sueca de Zonzo. El abuelo Mayarí, que también le regaló un billete de diez pesos del Banco Español de la Isla de Cuba, fechado en La Habana en 1918, con la imagen de una carreta de bueyes con caña de azúcar. Entre las monedas, su preferida era un sol del Perú que tenía, cuando se exhibía en la palma de la mano, algo de fragmento solar. Una acción de la Sociedad Hidroeléctrica Española, regalo de su padre con la ilustración de tres caballos en una cascada llevados de las cadenas por el arcángel Gabriel. Los cromos de los héroes de la aviación y los de monumentos, de las barras de chocolate. Había también algunos sellos. El abuelo Pedro Samos le había dado uno portugués de 1898 de una emisión conmemorativa del cuarto centenario del descubrimiento del camino marítimo hacia la India. Un sello de 50 reis, impreso en color azul oscuro. Lo conserva en un sobre que contiene el informe en el que se indica que representa «uma janela manuelina deixando ver o galeão, com a legenda —*Se mais mundo houvera lá chegara*— em cima, dois medalhões con Vasco da Gama y Camões».^[17] El juez le había insistido en que era muy valioso y que lo sería mucho más cuando él ya fuese un hombre, cuando hubiesen pasado los treinta y pico años que faltaban para la gran conmemoración del quinto centenario, 1998, y él tuviese en sus manos esa maravilla, ese sello que era ya una reliquia secular. ¿Y cuál será su valor? ¡Vete tú a saber! Y con un gesto voluntariamente cómico por exagerado: ¡Incalculable!

Fernando Sada, el pintor amigo de su madre, le regaló lo que aseguraba ser un diente de tiburón mako. Dijo: ¡Los depredadores más exitosos y perfectos que han existido nunca! Con el paso del tiempo, a medida que iba conociendo al pintor Sada, dudaría de que fuese de un tiburón mako, e incluso de un tiburón cualquiera. Pero, si no era de un tiburón, ¿de qué era? Un día se lo encontró por la calle y Sada le preguntó: ¿Conservas aquel diente de Can Cerbero?

Déjame ver, le había dicho Corea en el muelle de la Madera. Gabriel había empezado a ir por allí de vez en cuando en compañía de Zonzo, alargando el camino de vuelta del colegio. Además, el consejo médico a sus padres era que Gabriel saliese del cascarón. Dejarlo libre lo más posible con gente de su edad. ¿Para qué ir más lejos? Allí tenía, cerca de casa, el espacio más fascinante de la ciudad, el mundo portuario. Así que Corea jugó a colocarse en la boca el diente de tiburón como un colmillo postizo.

Ten cuidado, dijo Gabriel desconfiando de que se lo robase, de que se marchase

llevándoselo en la boca. Es muy, muy...

Corea lo escupió al suelo.

Sí, ya te he oído que es muy antiguo. Una mierda. No me gustan las cosas antiguas, y menos los dientes.

El GMN y el «Alas Victoriosas» se los había dado Ren a propósito para el Gabinete de Curiosidades y coincidiendo con los días de tertulia en el escritorio de su padre. Por su parte, el inspector Ren hacía periódicas visitas en solitario al juez. Era portador de libros viejos y de antigüedades. Conversaban animadamente y ponderaban su valor. El juez acababa casi siempre por adquirir las piezas. Eran visitas más o menos espaciadas, pero que Gabriel recordaba desde siempre, desde pequeño. Durante mucho tiempo pensó que Ren era un vendedor de porciones de historia y asociaba su presencia con una bolsa de cuero o con una sólida maleta con remaches metálicos. En una de esas visitas, una de las últimas de las que él pudo ser testigo, cuando los hombres ya habían culminado los tratos del día, el inspector le pidió que se acercara.

¿Cómo va el Gabinete de Curiosidades?

Se encogió de hombros. Las últimas incorporaciones habían sido un planisferio y un pequeño telescopio. Pero enseguida se cansó de observar. Por la noche, si le dejaban, prefería ir con Zonzo a pescar calamares con linterna y espejo por la parte del castillo de San Antón. Junto con los bártulos de pesca, Zonzo llevaba algo que era probable que nadie más tuviese en la ciudad. Un televisor portátil, a pilas. Un televisor de llevar bajo el brazo. No una baratija, sino un auténtico aparato nunca antes visto. Mientras ellos buscaban calamares, intentando atraerlos con el espejo, muchos otros pescadores nocturnos miraban arrobados, a la intemperie, una de gánsteres, la lucha del temeroso e incorruptible detective Eliot Ness contra el mafioso Al Capone. Todos moviendo la antena cuando el único canal perdía la sintonía. El minitelevisor era un regalo que Manlle había traído de Rotterdam. No, con Zonzo no se podía competir en el terreno de las Curiosidades.

Pero tengo entendido que a ti te gustan mucho las cosas de la naturaleza, ¿o no? La naturaleza sería, quiero decir.

Sí. Eso sí. Desde luego que sí.

Ahora Ren, alardeando orgulloso, solemne, extrae de la maleta con remaches metálicos una caja entomológica. Para ti. Coleópteros. Los de esta caja al principio parecen todos copias, pero después no hay uno igual al otro. Nunca había pensado que miraría tanto unos bichos.

Gabriel leyó la etiqueta: Serie *Coccinella septempunctata*.

Junto al faro, en la memoria, la punta de la bengala del abuelo Mayarí se pone en movimiento, va nombrando: mariquita, sananica, reyrey, cochinito de San Antón.

La *Coccinella septempunctata* entró en casa poco después de que apareciese la foto de Santiago Casares en el interior de *La máquina del tiempo*. Ahora ya sabía cómo era el muchacho de Durtol y Panadeiras 12. A partir de ahí se lo podía imaginar

creciendo.

El señor Schmitt, por el contrario, estaba allí, en un estante principal de la biblioteca, detrás de la silla de su padre y compartiendo palco, como quien dice, con otros notables que el juez admiraba. Estuvo durante mucho tiempo. No sabría decir cuándo se marchó el señor Schmitt, *don Carlos*, cuándo desapareció del camarín, entre los tomos jurídicos del Aranzadi. Fue en 1994, en una de sus visitas de furtivo a aquella casa, justo antes del viaje a París, cuando reparó en que ya no figuraba en la galería de fotos. Habían desaparecido, sí, las dos fotos del juez con Schmitt. Esas que está mirando ahora, porque están allí, bien a la vista, en el sanctasanctórum, y son un motivo de orgullo, un honor para el juez, retratado con el venerable maestro, ambas fotografías firmadas y con una dedicatoria: *Katechon*. Hay también una especie de simetría en las fechas. La primera fotografía, en el mismo nicho, entre los tratados jurídicos, está fechada en 1942, en Madrid. La más reciente fue tomada veinte años después, en 1962. Es curioso, a pesar del tiempo transcurrido no parece haber gran diferencia entre ambas, tal vez porque la calidad de la más reciente no es mejor que la de la primera. En ésta hay una cierta urgencia imperativa en la mirada de Schmitt. Gabriel recuerda haberle oído comentar al juez que la foto tiene mucho mérito, pues hacía tiempo que el maestro evitaba las fotografías. Los retratados permanecen serios en las dos ocasiones. Esa segunda imagen está fechada en Madrid, aunque en esta ocasión figuran el día y el mes. El 21 de marzo de 1962. El día del gran homenaje. Cuando Carl Schmitt fue condecorado en Madrid. La exposición de la fotografía le permitía al juez describir aquel acontecimiento al que había tenido la suerte de ser invitado por quien actuó como maestro de ceremonias, y que poco después, en julio, sería nombrado ministro de Información. Vean, precisamente. Era otra foto dedicada. La del ministro. Ya era conocido de su padre, incluso compañero de caza, pero cuando se hablaba de él a partir de su nombramiento pasó a tener ese único trato. Era el ministro. Ahí están los dos juntos, aquel día. Él y el ministro. Ambos le sonríen a la cámara.

La sonrisa de Paúl Santos

Paúl Santos Incógnito. Pueden llamarme Incógnito.

Lo decía como quien lee su nombre en un cartel. Un ejercicio de estima, de control, y también de exploración del interlocutor. El simple enunciado de su nombre completo provocaba una reacción que él medía según lo que, con ironía y para sí, denominaba «el baremo de lo Incógnito». De entrada, le servía para descubrir si las personas a las que se presentaba o era presentado tenían ese mínimo conocimiento de la vida, el saber que había una puerta muy especial en la ciudad, una puerta con un aparato llamado *torno* en el que casi todas las noches eran depositadas criaturas recién nacidas, vete tú a saber cuántas, miles de ellas desde la apertura del Hospital de la Caridad, allá por el año 1791, porque antes todos los incógnitos de Galicia, cuando tenían algún destino, iban a parar al Hospital Real de Santiago.

Lo había escrito un sacerdote en su partida de bautismo. Nombre del padre: Incógnito. Nombre de la madre: Desconocido.

Cuando por fin Catherine Laboure accedió a acompañarlo y a mostrarle el documento, lo leyó con atención y con serenidad. Incluso si se lo preguntasen diría que se encontraba bien, realmente bien. Su única reacción fue mirar a la madre Laboure y sonreír. Aquella sonrisa tan lenta en formarse como en desvanecerse. Ése era uno de los rasgos que lo habían hecho popular en el hospicio y en todo el recinto del Hospital de la Caridad. La sonrisa de Paúl Santos. En resumen, Paúl Santos sonreía cuando menos se esperaba. Por ejemplo, cuando le salía mal una cosa. Cuando se le cayó un plato en medio del comedor y se le hizo añicos. Cuando... Algunos chavales mayores llegaron a experimentar con él a escondidas. Le preparaban pequeños tormentos que iban en progresión a medida que comprobaban que él reaccionaba con una sonrisa. Él sabía que no eran malvados, ni especialmente malos, sino que actuaban azuzados por la duración de su sonrisa. Y él no podía hacer nada. No era capaz de deshacer la sonrisa.

Es un tic, le dijo un día Laboure. Lo de la sonrisa. Es el tic de la sonrisa helada.

Un momento, Santos. Le voy a presentar a una fortaleza inexpugnable. ¡Jefe Ren!

Paúl Santos ya había oído hablar algo del Jefe Ren. Él venía de Barcelona. Dos años de intensa práctica en la Criminal. En todas las comisarías había algún personaje notable, que conseguía fama fuera de su territorio, y uno de esos veteranos era el Jefe Ren. La única referencia que tenía era el nombre del inspector. Nada más. ¿De Galicia? Ah, entonces conocerás al Jefe Ren. No, no lo conozco. Pues ya lo conocerás. ¿Qué es, muy especial? Ya, ya lo conocerás.

Le sorprendió, eso sí, que el propio Superior utilizase ahora el trato de jefe para llamar a Ren, aunque fuese de forma coloquial. Cuando está arriba, la gente no suele bromear con la jerarquía. Pero enseguida comprobó que Ren se movía en otro orden de cosas. Que tenía su propio círculo de poder. Y que, de hecho, lo llevaba consigo. El jefe, el Superior, en este caso, había utilizado con precisión la imagen de fortaleza.

Excepto algunos detalles de indumentaria como el sombrero y la corbata, que llevaba tan ceñida como una soga, partiendo el cuello en dos, y que Santos de buena gana aflojaría de un tirón, prescindiendo de esos detalles del vestir, el tal Ren le pareció una obra de defensa larga y medieval.

Jefe Ren, aquí tiene a Paúl Santos, que se incorpora a la Criminal. Primera promoción de criminología moderna. Nos van haciendo viejos, Ren.

¿Viene virgen, de la escuela?

Santos sabía que iba a dar un paso de funámbulo. No le llamaría jefe ni de broma.

Vengo de Barcelona, Ren. Dos años de rodaje.

¿Sabe, Santos? El Jefe Ren, dijo el Superior, tiene una gran responsabilidad en esta casa. Está a cargo de la Brigada de Investigación Político-Social. Pero, además, debe saber que es uno de los grandes. Aquí tiene a uno de los grandes, Santos. Jerarquías aparte, para nosotros es el mejor. En información, pero también en diligencia. ¿Sabe lo que dijo el ministro cuando lo condecoraron?

¡Ya está bien, Superior! Me voy a ruborizar.

Lo trató de Gran Capitán. Un gran capitán de la seguridad del Estado. ¿Qué le parece?

Un gran honor.

Sí. Aún dijo más. Soldado de Dios y del Estado. De vez en cuando hay que llamar a las cosas por su nombre. Escuche esto, Santos. Si algún día desapareciesen los archivos, no habría problema. Tendríamos la cabeza del Jefe Ren.

Agradecido, pero es suficiente. Creo que el señor Incógnito es como yo. No se deja impresionar. No les da mucha importancia a las palabras.

No, no. Al contrario. Les doy toda la importancia.

La cabeza de Ren era muy ancha. Todo su cuerpo lo era. Los ojos, no. Los ojos eran menudos, muy vivaces en sus cuencas, y parecían moverse en un estrabismo intencionado, oblicuo, en contraste con el hieratismo de su gruesa cara. La deferencia hacia él por parte del Superior iba más allá de la amabilidad y tuvo el efecto momentáneo de esculpir su cuerpo grande, ancho y con alternancias asimétricas. La estructura del torso era aún la de un hombre fortísimo, pero, visto en conjunto, Paúl Santos llegó a la conclusión de que estaba ante un cuerpo que manifestaba graves desarreglos, empezando por una barriga que había abandonado ya cualquier intento de discreción. En cuanto al rostro, era notoria también la hinchazón, no porque Santos lo conociese de antes, sino porque era algo que estaba, como si dijésemos, en obra, y que en una primera impresión, siempre provisional, ese proceso no debía de ser ajeno a un consumo abusivo de bebidas alcohólicas. Pero también se podía tratar de una estrategia física de su carácter, pues cuando se dieron la mano, el rostro de Ren desplegó su núcleo duro, la mirada escrutadora de sus ojos hundidos. Su mano casi doblaba en tamaño la de Santos, pero no por eso rebajó la fuerza del apretón.

A su disposición, señor Ren.

Estoy en un dilema. No sé qué le resulta más apropiado, Santos o Incógnito.

Algunos de confianza me llaman Incógnito.

Entonces me quedaré con Santos. Le voy a decir lo que un confesor a una tía mía, que era soltera y muy confiada con la gente: Mira, Milucha, no hay santo que no tenga picha.

La carcajada. Santos sintió el golpe de colega. Un zarpazo cómplice que lo sacude así, brutal. Ren parecía sentirse mejor después de ese desahogo. Cruzó los brazos y su cuerpo recuperó una cierta simetría.

Hasta ahora los únicos Incógnito que he tratado eran delincuentes. ¿Santos, eh? Así que ha pasado por la universidad. Una formación muy completa.

He estudiado Derecho, señor Ren, dijo Santos, y al decirlo no pudo evitar que un tímido orgullo barnizase sus palabras.

Sí, yo también he estudiado derecho. Siempre he ido por la derecha, dijo el inspector Ren mirando al Superior. Los dos se echaron a reír, como quien le celebra la broma a un novato.

Santos le siguió la corriente. Esbozó una sonrisa. Se confirmaba su primera impresión. El tono que empleaba el jefe superior al referirse a Ren era algo más que el que confiere la confianza e incluso la amistad. Revelaba una posición mental de subordinado.

Me pusieron así porque me crié en el Hospital de la Caridad, señor Ren, aclaró Santos con amabilidad.

Ya lo sabía, respondió Ren con contundencia.

En esta cabeza está nuestro mejor archivo, dijo el Superior. Todos los secretos de la ciudad.

Eso es mucho decir. Pero algo vamos sabiendo. Ahora todo irá mejor. El amigo Santos incorporará nuevos métodos. ¡Viva la policía científica! Sí, señor. Siempre he echado de menos una formación científica.

Son departamentos distintos, pero tendrán que trabajar juntos cuando sea necesario, dijo el Superior. Así que, bienvenido, y no dude en recurrir a la ayuda de un maestro como él.

Ren no podía disimular que era muy receptivo a la adulación. Paúl Santos le tomaba las medidas. El ego de Ren era muy grande, fisiológico. Había aumentado de tamaño. Ahora Ren ocupaba más que cuando se presentaron.

Y usted, Santos, dígame una cosa, intervino Ren. ¿Cómo llegó al Hospital de la Caridad? ¿Lo llevó alguien en brazos? ¿Lo dejaron en el torno por la noche? ¿Cómo es su historia? ¿Ha investigado ya quiénes han sido sus padres?

Era un hombre ancho. Ésa era la palabra. Fuerte, robusto, pero sobre todo ancho. También su manera de hablar era así, a lo ancho. De brazos cruzados, iba dejando caer cascotes a los pies del otro, sin importarle si le caían encima o no. Lo único que no se ajustaba a su tamaño eran los ojos. Algo disparados. De calibre pequeño.

Nací en la Sala de Partos Secretos.

Por un momento, Ren se había quedado pensativo. Estaría rebuscando en el

Archivo de Partos Secretos. Allí parían las mujeres ricas y sus deslices. Eso cuentan. Ahora Santos pensaba que Laboure lo había estado preparando para tratar con este tipo de gente. La gente como Ren. Las pausas de Laboure no eran para transmitir calma, sino más velocidad a la locomotora. Primero se tomaba un café. Encendía un cigarro, le daba una calada fuerte y parecía esperar a que el humo se le subiese a la cabeza. De repente, se ponía en pie y soltaba la bocanada de arranque: *Courage!*

No era fácil de explicar. Una monja que lo hizo fuerte. Y no a base de la relación de martirios. Su lema era: sin miramientos.

Tú no naciste en un sitio cualquiera. Tú, tú naciste en la Sala de Partos Secretos. Eres un llamado. Un elegido. Tienes que combatir el mal. *Il faut tuer le mal!* Hablaba con una lúcida embriaguez. Catherine Laboure andaba por todos los pasadizos de la ciudad. Entraba en los callejones. Llamaba con las aldabas. Su tabaco negro, Gauloises, dejaba una estela. Iba al puerto, tenía siempre contacto con unos patrones que la abastecían. Pero ese día fumaba a cuenta de un legionario que había regresado ciego y que a veces vendía flor de kif.

El bien se distingue por una especie de visión.

Estaba medio loca. Tal vez la única manera de que la respetasen en aquel lugar tan cerrado.

Ah, qu'est-ce que tu es beau!

Después, muy seria: Naciste en la Sala de Partos Secretos.

¿Y qué?

No seas nunca inhumano.

Cuando se quedaron a solas, el Superior dijo refiriéndose a Ren: No es mal tipo, lo que pasa es que tiene un problema con la gente. Había un rey británico, Jorge I, un Hannover, de quien se decía que era una extraordinaria persona porque sólo odiaba a tres personas en este mundo: su madre, su mujer y su hijo. A Ren ya hace tiempo que se le murió su madre, y no tiene mujer ni hijo. Así que tiene mucho donde escoger.

Santos sonrió con la sonrisa de Paúl Santos.

Creo que para él usted pertenece a esa categoría.

¿Qué categoría?

La humanidad.

Cuando salió del despacho, Santos ya tenía otra idea acerca del carácter del Superior. Era de esas personas que en vez de estrechar la mano, la dejan colgar blandamente y la retiran enseguida como una escurridiza concesión. Dudaba ahora de si aquel agudo comentario que por sorpresa y con tanta confianza le había hecho sobre Ren no sería, más bien, un mensaje. Un aviso de quien reparte las bulas.

Los moradores del Vacío

Lo inexplicable. Eso no había cambiado con el paso del tiempo. A veces, el alcance del brazo de la grúa no bastaba para rescatar un pecio visible en el fondo del agua. Para esa bicicleta, sí. Con la marea baja se podía ver y parecía que aún giraba las ruedas por sí misma y a toda velocidad, sin moverse del sitio, como si cobrase una existencia de equinodermo mecánico. Al chaval que había perdido el control, el del ojo vago, al que llamaban Pinche, lo salvó el Buzo Fosforescente.

Lo mataron. Te lo he explicado mil veces, repitió con un suspiro de impotencia el Maniobrador de Grúas. Y ahora no me preguntes por qué lo mataron si era un campeón.

¿Por qué lo mataron si era un campeón?

¿Qué tiene que ver que fuese el campeón? Tú eres tonto. Iban a matar y lo mataron.

Tenía que ser discreto. Había gentes impenetrables. La memoria hace como los moluscos, segrega una concha protectora. Pero a veces él se encontraba con costras feas, repugnantes, hechas con la materia del horror: las que lo negaban.

Lo de Corea era diferente. Él sentía la extraña obligación de intentar explicar lo inexplicable.

Le iba a contar lo que había pasado con los Montoya. Los gitanos cesteros.

Ahí va una de las Brigadas de la Noche en el auto, en el Opel negro. Septiembre de 1936. No van a lo que caiga. Ejecutan las órdenes de lo que denominan Tribunal Invisible, donde se planifica el terror, el de diezmar a la población adulta. Los falangistas habían salido en busca de alguien de San Pedro de Nós para «darle café». Ésa fue la expresión que usaron. Estaban en el café Unión, en la plaza de Pontevedra, y el que llevaba la voz cantante dijo: Hoy vamos a darle café a fulano. El delegado de Orden Pública había dado el visto bueno con la misma expresión: ¡Café! Las emisiones radiofónicas de un general golpista, Queipo de Llano, habían puesto de moda ese eufemismo de la muerte. Por el puente del Pasaje iban los gitanos cesteros. Caminaban hacia el oeste. Así que tenían toda la pirotecnia del crepúsculo frente a ellos. El sol estaría ahora chirriando como hierro caliente en el mar de Bens. Era el final del verano. En la boca de la noche. La podían presentir ya a sus espaldas, oír sus mimbres de sombras. Pero lo que ellos veían era la gama de los púrpuras, desde el azul rojizo al coágulo, en la lana de las nubes. A los Montoya les gustaban los colores, los estampados, estuviesen donde estuviesen, fuese cuerpo o paisaje. Pero es que además ésa era hoy la dirección de su caminar. Caminaban hacia el crepúsculo, hacia el oeste, por la simple razón de que iban hacia casa, en la Gaiteira, cerca de la estación de tren. Al cruzar el puente girarían a la derecha, por la carretera de las Xubias, y entonces ya no tendrían el crepúsculo de frente sino a su izquierda, tras los montes de Eirís. Pero antes de tener que hacer ese giro, los Montoya iban hechizados por los púrpuras y uno de ellos se puso a cantar. Era lo natural. Ya tenía que haber

empezado antes, pensaron los otros dos. El mayor de los tres era Manuel, de cuarenta y cinco años, el marido de Guadalupe, con la que tenía ocho hijos. Y después los dos sobrinos, Antonio, de dieciséis años, y Manolo, de catorce. El que arrancó a cantar fue Antonio. Cantaba Antonio y cantaba por todos. Cantaba el fandango con la voz de un hombre mayor. Manuel callaba porque pensaba que cuando Antonio cantaba lo hacía con su voz, con la de Manuel, como él cantaría si tuviese ese don de echar fuera lo que llevas dentro. *Y mi pesar, tu pesar. Tu pena es la mía. Tu contento es mi alegría.* La mercancía a la espalda, los púrpuras del cielo, el fandango de Antonio, el aroma a sexo de la bajamar. Ninguno de los tres se fijó en el Opel negro que venía de la ciudad en dirección contraria. Pero los ocupantes del Opel negro, que tenían el sol a la espalda, sí que vieron ya de lejos a los tres gitanos cesteros.

¿Gitanos?, preguntó el que iba de copiloto.

El conductor asintió con la cabeza.

¿Sabéis una cosa? Aún no le hemos arreado candela a ningún gitano.

Y añadió: Ya iremos más tarde a por el otro conejo.

Nadie, dentro del Opel negro, dijo nada más. El tercer ocupante iba sentado atrás. Jugaba con un anillo que hacía girar sobre el anular. El anillo tenía el sello de una calavera y la inscripción *Caballeros de La Coruña*. Era uno de los nombres que se habían puesto los paramilitares. Los de la parte trasera eran asientos plegables. Eso permitía usar el vehículo para transporte de personas y de carga. El coche ideal para una familia numerosa. Al mismo propietario le habían incautado dos coches. El Opel negro y el Opel guinda. Una monada, el guinda, descapotable. No es que el dueño fuese un magnate. Había hecho dinero en América y a la vuelta montó un garaje y un lavacoches. Un loco por los coches. Ahora va a pie. Dicen que se aparta de los coches. Cuando se los fueron a incautar, tartamudeó, alegó que ya había dado dinero, las contribuciones monetarias que le habían pedido. Se veía que le tenía aprecio al Opel guinda. Ese verano había paseado por la carretera de la costa a hijas y amigas. El conductor de la expedición de la muerte lo recuerda bien. Había sido una casualidad. Ellos venían de hacer unos ejercicios de tiro en un paraje de Bastiagueiro, de engrasar y preparar las armas para el golpe militar que se avecinaba. Acabado el entrenamiento, al salir a la carretera, llevando sin disimulo el uniforme fascista, uno de los coches que pasó fue el Opel guinda descapotable con el señor Alvedro y sus cuatro hijas vestidas de *chiffon* de seda blanco con estampados de flores. El conductor lo recordaba con una memoria de caleidoscopio. Traía el ojo acostumbrado a apuntar a la diana, a concentrarse tanto en el objetivo que todo lo demás, el océano, la ciudad injertada en la roca marítima, había desaparecido tras el pequeño cartón negro con círculos blancos. Así que los ojos reaccionaron como abejas que encontrasen la salida de retorno de la oscuridad por el hueco de una bala, cuando vieron aparecer el Opel guinda descapotable con aquellas jóvenes ocupantes vestidas con motivos florales y con el pelo peinado por el viento. Gritaron. Mejor sería decir que estallaron al unísono en un sonido que también se podría describir con la figura

del retorno del disparo. Una onomatopeya visual, un gruñir de los ojos que se fundió con la estela del automóvil, acelerado, que tomaba ya el camino de Santa Cruz por la carretera abovedada de plátanos.

Confuso, perplejo, tartamudeando, con la voz temblorosa, el señor Alvedro intentó evitar que se los llevaran.

Ya ven que no son coches de guerra, dijo.

Sabía que se los llevarían en todo caso. No venían a debatir con él sobre mecánica, sino a subirse a los coches y marcharse. No obstante, era por ellos que debía hablar. Interceder. Decir algo. Por los coches. Por lo que los quería. Sentía una obligación moral. Cuando los devolviesen, si es que los devolvían, ya no serían los mismos. Las máquinas esperaban allí, en la penumbra, con un perfil caviloso. Gacho.

Éste, el guinda, es sólo un coche para pasear.

Como todos callaron, lo que acababa de decir recorrió los rincones del local. Captó el sentido pavoroso de la frase. *Paseo*. Al cambiar de manos, las cosas pasaban a tener otro significado.

Para eso nos lo llevamos, señor Alvedro, dijo uno de los confiscadores. Para pasear.

El conductor chasqueó la boca como si tuviese goma de mascar, pero no la tenía. Simplemente acumulaba saliva y luego la mascaba. Fue reduciendo la marcha y unos metros antes se detuvo en el camino de los Montoya. En ese breve recorrido, Antonio dejó de cantar y la brisa oscura de la noche se arremolinó alrededor del Opel negro. El conductor mascaba su bola de saliva. Los otros dos hombres bajaron del auto pistola en mano, apuntaron a los cesteros y obligaron a los Montoya a tumbarse en la parte trasera del coche, sin atender a sus protestas. El pequeño no quería soltar los canastos, o tal vez era al revés. Le estaban enseñando el oficio y dedos y mimbres aún formaban parte del trenzado. El Opel negro arrancó. Los Montoya aparecieron muertos en Montrove a la mañana siguiente. Cada uno de ellos presentaba un orificio de bala en la cabeza. «Hemorragia meníngea», según los certificados de defunción.

Café. Hemorragia meníngea.

Pasaban por allí.

Mataron a tres cesteros que pasaban por allí. Uno de ellos tenía tu edad.

¿Por allí por dónde? ¿Por donde mataron al campeón?

No. Por donde les coincidió. Tropezaron con el coche de los asesinos y les dieron café.

Nada más pronunciarla, lamentó usar esa expresión. La irrealidad de los eufemismos. Un macabro género chico.

¿Café?

Los mataron.

¿También eran anarquistas?

Eran unos gitanos que hacían cestos. Uno de ellos tenía catorce años y otro

dieciséis. Tu edad, más o menos.

¿Los mataron por ser calés?

Aquel muchacho, Corea, tenía la cabeza dura. Otras veces estaba en las nubes. Nunca se sabía muy bien si oía o no, aunque repitiese partes inconexas de la conversación. Además de la diferencia de edad, había muy pocas semejanzas. Era un muchacho presumido, muy preocupado por la vestimenta. Ésa era una de las razones de que frecuentase la zona portuaria. Hacía trueques con los marineros que venían de otros países. Un loco por las cazadoras y los pantalones estrafalarios, como esos que llevaba hoy de campana, color butano y muchas cremalleras de bolsillos inexistentes. El Maniobrador no era puntilloso con la vestimenta, pero ¿para qué servían las cremalleras sin nada que cerrar? Corea había dejado los estudios y no tenía una ocupación fija. Decía que quería ser boxeador. Decía. Cuando se presentaba en cuadrilla, estaba claro que podía ser el más gallo, pero era raro verlo en grupo. De vez en cuando aparecía en alguna moto prestada, casi siempre con una chica detrás. Durante algún tiempo hizo esas incursiones con cierta frecuencia y casi siempre con la misma chica. Ella, con uniforme de colegio de monjas. Calcetines blancos, falda escocesa, un jersey verde de cuello de pico y camisa blanca. Tenía gracia el contraste entre el estilo Corea y el uniforme de la adolescente. Pero todo estaba al servicio, por decirlo así, de la excelsa naturaleza. Lo inolvidable era el flamear del pelo larguísimo y rubio de la chica, una cabeza navegante. Juntos componían la estampa de una máquina humana osada y bella. Daban unas cuantas vueltas alrededor de la grúa y luego salían a escape. Había una intencionalidad en ese proceder de Corea. El Maniobrador de Grúas agradeció aquellas fugaces apariciones del tiempo de la amazona rubia, con calcetines blancos de colegiala, como si se le ofreciese la secuencia de un sueño fílmico. Corea regresó un día sin moto, a pie y con una visera calada.

Ahora ya puedes ver lo que tengo en la cabeza.

Se quitó la visera. Estaba tan rapado que parecía transparente, de un pálido blanco como tripa lavada.

¿Y esto?

Estilo comisaría. Número cero. Mira, mira dentro.

Lo detuvieron. Dos días en el trullo. No lo llevaron ante el juez, no había cargos concretos. Pero él sabía bien el porqué.

¿Sabes por qué estás aquí, a que lo sabes?

Negó con la cabeza. Le tenían la cara tensada hacia atrás. Agarrada por las guedejas.

Estás a un paso del Reformatorio, Melenas.

No era la primera vez que le hacían ese chiste. El del destino. Vivía al lado del Reformatorio de Menores. Le hablaron de la banda de los Diablos Rojos. De una pelea en la plaza de Vigo, a la salida del cine Equitativa, en la que lo habían visto con una cadena de bicicleta como arma.

Eso era antes. Ya lo he dejado. Ya no soy un diablo.

¿Cuándo lo has dejado?

Hace mucho tiempo. ¡Dónde va! Un día o así.

Qué manía tenían con las guedejas. Aquellos tirones le arrancaban mechones de pelo, pero también lascas de dentro de la cabeza, añicos del pensamiento.

¿Duele, eh? La culpa es tuya por andar con ese pelo de niña. ¿De dónde saldría esta puta moda, que parecéis todos maricones? Si lo tuvieses corto no se te podría tirar así, así, así de él.

De niña. De maricón. Dolía, sí. Cada raíz de pelo, una niña, un maricón.

¡Como contarle los pelos a un perro!

Siempre le habían explicado que uno era el bueno y otro era el malo. ¿Por qué tardaba tanto en aparecer el bueno? Al fin llegó. Al fin apareció un importante inspector que solamente hablaba. Le habló de los paseos. De los paseos en moto. De la chica rubia. Del padre de la chica rubia.

No vuelvas a mear fuera del tiesto. Hazme caso. Si te vuelves a tirar a esa chavala, te van a poner un cebo en los cojones del que te vas a arrepentir toda tu vida. ¿Tú sabes lo que es una acusación de joder con menores?

Yo también soy menor. Lo hicimos con condón. Al pie del faro.

¿Con condón? Dile eso a un juez y te lo pone de agravante. Con condón y en el símbolo histórico de la ciudad. ¿En qué país crees que vives, mamón? ¿Tú sabes de quién es hija esa chavala? En esa huerta tú no puedes entrar. Para ellos eres una cabra. Un farsante. Un cero.

¿Un cero?

Le gustaba cómo hablaba ese policía. Parecía un Autodidacta.

Es ella la que está enamorada de mí. A mí me da igual.

A otro perro con ese hueso. Acuérdate de esto. No se mezcla el agua con el aceite, ni España con Francia. Aléjate de ese colegio de monjas. Cuanto más lejos, mejor. Si no, te van a despellejar. ¿Cómo se llama la otra banda?

¿Qué banda?

No te hagas el tonto. Esos con los que os partís la cara para ver quién se sube antes a la lancha de Caronte.

¿Caronte? Éste sí que es un Autodidacta: ¿La lancha de quién?

Esos mamarrachos, respondió al fin, son los Mau Mau.

Pues ve con cien ojos. Si te pasas de listo, verás que el peor mau mau es un angelito en comparación con una autoridad a la que se le tira la hija un diablo rojo.

Antes de que le preguntasen nada, él se adelantó.

Mira bien, le dijo al Maniobrador de Grúas. Ahora se puede ver todo lo que tengo dentro de la cabeza. ¿Tengo o no tengo algo dentro de la cabeza?

Un escalofrío. A él no le gustaban las guedejas, pero esta vez echó de menos al muchacho de pelo largo. Estuvo tentado de cubrirlo para que Curtis no lo viese. Era

muy sensible a la visión de los golpes.

Parece una esfera. El globo terráqueo, chaval.

Para que luego digas que no soy Autodidacta.

Ese campeón del que tanto hablas, dijo Corea, nadie sabe de él. Nadie se acuerda. Ni en los billares, ni en los gimnasios. ¿Arturo da Silva? ¡Ni puta idea!

Él se sentía bien visitando la cabina de la grúa portuaria. Subías unos metros de escalera y era estar en otro país. La grúa estaba en el muelle, pero en un mundo en flotación. Por detrás, las copas de los árboles entre las que iban y venían, como hojas volanderas de invierno, los estorninos. Por delante, la línea de cubierta de los barcos, los mástiles o los montones y montañas de materia a la espera para embarcar, desprendidas de la antigua realidad, como les sucedía a las desembarcadas. Allí estaban los autobuses rojos de dos pisos que habían jubinado en Londres. Corea también había sido testigo del desembarco de los sementales de Canadá que venían a mejorar la raza gallega. Uno de los toros se había lastimado durante el viaje y lo desembarcaron con la grúa, bien sujeto con correas. Durante algún tiempo estuvo en el aire, en suspensión, tranquilo como un tótem, y los estorninos en bandadas, dando vueltas a su alrededor. Otra de las grúas, la de un amigo de Ponte, levantó del mar una avioneta americana rescatada con el piloto por un pesquero gallego del Gran Sol, en el mar de Irlanda. Lo que más le había asombrado, un trabajo que contempló durante horas, fue cómo en un día Ponte cargó en un barco trescientos ataúdes de exportación, hechos en Galicia.

Van para un país rico. Son de castaño. Inmortales.

Corea pensó que había una hermandad entre las cosas cuando cuelgan en el aire, una sostenida indefensión. El semental canadiense con la cornamenta rota, la avioneta de las alas desprendidas, el viejo bus londinense, los ataúdes vacíos.

En la cabina, Miguel *Corea* podía coger con sus propias manos la joya histórica. El primer balón de fútbol que llegó a la ciudad. El auténtico. De cuero inglés. Había caído de un barco, el *Diligent*, y ya no volvió a cubierta. La tripulación recorrió el puerto sin encontrarlo, tú ya lo sabes. Cuando alguien iba despistado se decía: Anda buscando el balón del *Diligent*. Fuese como fuese, el balón lo recibió Ramón Ponte en herencia de su padre.

Tenía también un par de guantes de boxeo.

Los guantes de Hércules. De su primer y único combate oficial.

Mira. Aquí está el sitio del diente. Por aquel entonces no llevaban protector. Ese día, no. Ésa es la marca del diente que quedó incrustado. No es un diente cualquiera. El diente de Manlle.

¿De Manlle?

¿Crees que miento? ¿Crees que él es capaz de mentir?

Ese *él* se refería a Vicente Curtis, Hércules. Abajo, al pie de las escaleras de la grúa, esperaba su caballo. Carirí.

Por ser un campeón. Alguno de los que habían perdido con él en el *ring* también puso su bala, su ración de tormento. Uno de los tiros se lo metieron en la mano izquierda. Era una marca que usaban los asesinos. Así aparecieron muchos cadáveres, con el tiro en la mano izquierda. Pero es que él, además, era zurdo. Cuentan que lo hicieron boxear. Manco, cojo, ciego. La cara destrozada. Vete tú a saber lo que le dirían. ¡Anda, pega, baila! ¡Baila ahora, campeón! Cosas de cobardes. Fue allí, al otro lado de la bahía. Unos labradores fueron a la playa a recoger algas para abonar la tierra. Se apiadaron del muerto y se lo llevaron en el carro de vacas, entre algas, para darle sepultura.

Pues no lo entiendo, remachó Corea.

¿Cómo vas a entenderlo?, dijo al fin enojado el Maniobrador de Grúas. Te falta un hervor. Andas todo el día metido en líos, como quien juega, y no eres capaz de ver la verdadera violencia. Una dictadura es una guerra permanente. El país entero está conquistado.

¿Conquistado? ¿Quién lo ha conquistado?

¡Caín y el dios que lo hizo! Tú eres tonto. No tienes sentido de la historia. No tienes, no tienes ángulo de visión.

Yo veo muy bien, dijo Corea. Y giró sobre sí mismo, como una grúa. Y la Historia era la única asignatura que aprobaba. Historia y Religión. Para que veas. Así que me sé muy bien lo de la conquista, lo de la reconquista y lo de Caín.

Te pasas el día en el billar y tienes el cerebro de una bola. Imagina que Al Capone fuese nombrado gobernador para mantener el orden.

Eso sí que me lo imagino, ¿ves?

Por algo se empieza.

Aquel al que llamaban Corea se quedó muy pensativo. Quería decir algo sobre el billar pero no encontró la idea. Sabía que hoy el otro lo estaba dejando demasiado en ridículo, como si lo colgase en público del gancho con un pañal. Saliendo del paso con sorna, finalmente le dijo al Maniobrador de Grúas: Que sepas que no me gustan tus indirectas. Era sutil a su manera. Así que lo de la bola de billar le sonó humillante. A ningún otro le permitiría ese trato, pero el Maniobrador era un tipo especial. Un Autodidacta. Para Corea, en el mundo había dos tipos muy respetables, el actor Robert Mitchum y el Maniobrador de Grúas. Si éste era Autodidacta, seguro que el actor también lo era. Tenían el busto casi idéntico. Sí. Ser Autodidacta significaba algo diferente y más importante que un oficio.

Afecta a todo el ser, de arriba abajo, de la cabeza a los pies. No se es Autodidacta por piezas o por partes.

¿Y entonces yo no soy Autodidacta? Lo que sé, lo sé por mí mismo, alegó Corea. Se miró las manos. Había sido en homenaje a Mitchum, en *La noche del cazador* por lo que se tatuó en una mano la palabra *amor* y en la otra, *odio*.

El Meritorio, en cierta forma, también era Autodidacta. Curtis era Autodidacta. El

señor Gantes, otro Autodidacta. Pero él, no.

¿Por qué no?

Podrías serlo, pero te vence el ramalazo de locura.

Y se lo decía como si, en efecto, tuviese un apéndice vegetal, una trepadora que le saliese de la cabeza. Había cosas que sólo podía saber un auténtico Autodidacta. Y le puso un ejemplo.

¿De dónde viene la palabra deporte? ¡De *portus*! ¿Entiendes? Cuando los marineros estaban en el mar, estaban en el mar. Cuando estaban en puerto, estaban *de portus*.

El Maniobrador unía los dedos indicadores y hablaba despacio, como si describiese un injerto de alcance universal: ¿*De portus*? Deporte. Deportivo. Deportivo de A Coruña.

Su verdadero nombre, el de Corea, era Miguel. A veces andaba escoltado, como un jefe, por una cuadrilla de colegas de las Casas Baratas. Se hacían llamar los Diablos Rojos. Hoy estaba solo. Vestía un jersey de color negro con dos bandas horizontales amarillas y el pantalón de muchas cremalleras de bolsillos inexistentes. Había llegado allí siguiendo a Curtis, el fotógrafo, y su caballo de madera Carirí. Por alguna razón estaba intrigado con el personaje y lo siguió por el puerto. Muy intrigado.

¿Cómo se llamaba ese campeón?

Arturo da Silva, dijo el Maniobrador de Grúas. Sabes dónde está la Silva, ¿no?

Lo sé. En el fin del mundo. ¿Y a qué viene llamarle también a éste campeón?, dijo mirando hacia el fotógrafo del caballo.

Te lo he explicado mil veces, dijo Ramón Ponte. Él es Hércules. Le llaman el campeón de Galicia porque era él quien le llevaba los guantes al campeón de Galicia. Era su amigo. Iba a todas partes porque le daba suerte. Lo mataron sin que perdiese. Y eso significa que sigue siendo el campeón. ¿Es así o no, Curtis?

Curtis asintió sin hablar, con un movimiento forzado, de educación. Tenía en la boca dos pepitas de cereza con las que emitía un sonido de paciente engranaje, como si masticase el mecanismo de escape de un reloj.

Arturo da Silva, dijo Corea, dirigiéndose de nuevo a Curtis e imitando la posición de boxeo. ¿En qué era bueno? ¡Eh, Hércules! ¿Cómo peleaba?

Parecía que esta vez Curtis tampoco iba a responder. Por sus grandes ojos, muy abiertos, de liebre, pasan grandes nubes. No manchas, sino verdaderos bosques de nubes. A su vez, los ojos miran, entre nubes, las plumas de las legendarias grúas, las máquinas enamoradoras de los maniobradores del Despertar Marítimo. En el pasado, cada una tenía su nombre en la cabina: *Carmiña*, *Greta*, *Eva*, *Bella Otero*, *Pasionaria*. También eso se ha borrado, aunque Ramón Ponte conservaba en su cabina el nombre de *Carmiña* que le había puesto su padre. Y en el interior también conservaba, y había aumentado, una pequeña biblioteca, los fotogramas y aquel Gabinete de Curiosidades en el que destacaba como pieza histórica el balón del

Diligent.

Los ojos de Curtis reflejan lo de fuera y el paisaje exterior se comporta como un pensamiento. Los cien mil estorninos que dibujan una nube de vértigo, un ave protectora en el cielo de la ciudad. Los mújeles que convergen en un mismo músculo marino que serpentea entre los pontones. El salto de los tritones y de las sirenas del Club del Mar, magníficos bailarines también de tango. Tres erizos que Arturo da Silva hace girar en el aire, en un arriesgado movimiento malabar.

Nada. Otra vez que se ha quedado atascado, dice Corea. ¡Eh, campeón! ¡Eh, Hércules! Nada.

Pasa Marconi, veloz, en alpagatas. Va haciendo el sonido, el zumbido constante. Un Ommmmmm. De vez en cuando, rompe en onomatopeyas. Es como si escupiese tornillos en el agua oleosa de la Dársena. Algunos de los mújeles brincan para comer un Catacrof. Un Plaf. Un Issss pum pum pumba. ¡Micho, micho, micifuz! El Maniobrador de Grúas lo llama. Pero Marconi escucha con pánico su propio nombre. ¿Quién le llama? ¿Por qué? ¿Para qué? De primeras se queda yerto. Tieso. Ni los ojos mueve con el espanto. Tiene la esperanza de que fuese la palabra despistada de un mudo. Pero el Maniobrador vuelve a llamarlo con su involuntario vozarrón: ¡Eh, Marconi! Y entonces pega un brinco, sin mirar atrás, y acelera el paso, ayudado por el zumbido. Ommmmmmmm. Lo único que recuerda de la última vez que se dejó llevar, no es nada, simple rutina, una comprobación, fue que había decidido dejar de ser quien era. Les explicó a sus captores que los golpes le afectaban mucho a la piel porque era diabético. Tenía esa inocencia de las personas atentas a las relaciones de causalidad. ¿De qué sindicato eres? Del sindicato La Luz. Así se llamaba el sindicato de la electricidad. Nunca tal cosa hubiese dicho. Cuando salió de la inconsciencia, su cuerpo había sobrepasado el morado y tenía ese color de indefinido oscuro que es el color de lo podrido. Lo hicieron mal. Le pegaron tanto, en el cuartel de Falange, que al igual que había sucedido con el color, queriendo matarlo, traspasaron la muerte. Sí, lo habían roto por dentro. Se dieron cuenta de que se había vuelto loco. Lo poco que hablaba era como una raspa de las palabras. Repetía frases inconexas, guiñapos que colgaban de sus labios y de los que sólo conseguía desprenderse con sus onomatopeyas, ampollas reventadas del lenguaje. ¡Sssssh, pum, pumba! Quizá no lo mataron por superstición. O porque fueron un peldaño más allá de la muerte. En su deambular por la ciudad, su zumbido era un recordatorio, una emisión permanente. Abrir una puerta en el interior del miedo. Así que él tuvo que buscar la solución. Vivir en un más allá. En una frecuencia ultrasónica. Fue en esa onda como entró en sintonía con la Galatea de las Algas y de las Conchas, portavoz de los Hipernautas del Espacio Infinito y de los Moradores del Vacío. Retoma la búsqueda en el dial. Encuentra, por fin, de nuevo el punto. Ommmmmmmmmm.

Ahí va Marconi. Todo lo que tiene lo lleva en su petate marinero de lona. Todas sus pertenencias están ahí. Válvulas, cables, bobinas, arandelas, lámparas de radio. Toda clase de tornillos, chatarra que recoge para construir la máquina decisiva, el

emisor y receptor de Almas para conectar con los Moradores del Vacío y transformar sus señales en cosmozoones, en esporas invisibles como el polen, palabras con sámara translúcida o alas como el piñón, portadoras de una vida diferente. Todas las noches recorre la ciudad y rebusca en la basura de las tiendas de reparación electrónica, en las ferreterías, en los talleres mecánicos. Dicen que tiene toda la casa llena de aparatos averiados. La casa llena de averías. De día, mete en la lona un nuevo prototipo de Almero y se dirige hacia el faro de Hércules. Siempre prueba la máquina en el mismo lugar. Sentado en la misma piedra. Exagerando un poco, se diría que la roca va tomando la forma de una silla en la que se sienta Marconi. Fue allí donde lo entrevistó el Meritorio, que lo presentó como el Roswell gallego. El Hombrecillo de Hércules, cuerpo humano portador de un extraterrestre. Era la primera vez que el fenómeno ovni se registraba en Galicia.

—¿De dónde procede usted?

—Pertenezco a una diáspora astral, la de los Moradores del Vacío.

—¿Qué hace usted en la Torre de Hércules?

—Es un punto de confluencia cósmica. Figura en la información genética de los exploradores del Espacio Infinito. Eso es vox pópuli entre los extraterrestres. Espero poner en marcha aquí el Almero, aparato receptor de cosmozoones.

—¿Qué son los cosmozoones?

—Partículas de vida procedentes de otros sistemas.

Marconi siempre sentado en la misma piedra.

—¿Por qué se sienta siempre en esta piedra?

—No es una piedra. Es el estátor del Almero.

—Díganos, ¿qué es un Almero?

—Un vehículo espacial que estoy experimentando y que algún día se moverá gracias a la energía acumulada en este faro milenario. Los historiadores de la Antigüedad hablan de un Gran Espejo en este faro de Brigantia en el que se podía ver reflejada Irlanda. ¿De qué estamos hablando? De un punto de observación cósmica, de una base de ovnis igualmente milenaria.

Era la primera vez que se hablaba de ovnis en Galicia en un reportaje. El Meritorio destacó algunas semejanzas entre el Hombrecillo de Roswell, aparecido en 1947 en el lugar de Corona (Nuevo México, USA), y el Hombrecillo de Hércules, que aterrizó por vez primera en Coruña en 1957, según confiesa. La palidez común. El hecho de ser ambos completamente calvos. Sólo que uno, el famoso, murió y desapareció. Y el otro, desapercibido hasta ahora, vive entre nosotros con otra identidad. Eso es lo que confiesa. Exclusiva del vespertino *Expreso*.

¡Mirad, lo han publicado en primera plana!

Tito Balboa, el Meritorio, se siente ufano. Es su estreno. Un reportaje que dará que hablar. Su primer éxito periodístico.

Curtis pestañea al leer la noticia.

¡Éste es Marconi!

El fotógrafo ambulante escudriña al Meritorio con una mirada diferente, con desilusión, con desconfianza: Te tienes por muy listo, ¿eh?

Tengo que hacer otro reportaje con usted, señor Curtis. Imagine a toda plana:

HEMOS ENCONTRADO A HÉRCULES

Sí, dijo Curtis. Con una condición. Siempre que pongas:

HEMOS ENCONTRADO A HÉRCULES
EL HIJO DE PUTA

Le pareció que aquello era suficiente para taponar la boca.

Marconi, sentado en la silla de piedra, en el estátor, mira su propia imagen en el fotomontaje del periódico, junto a un extraño ser membranoso. Murmura emisiones. Si la pregunta es si la Tierra es una sombra del cielo, la respuesta es sí.

El balón del *Diligent*

Una vez los dejó jugar con él, con el primer balón de fútbol. Aquel que se había caído de la cubierta del buque inglés *Diligent*. Algunos tripulantes saltaron a tierra, pero no consiguieron atrapar al chaval que lo había cogido. Corrió y corrió hasta meterse por el callejón de Luchana, atravesar Rego de Auga e ir hacia la plaza de los Huevos. Allí, los perseguidores se dieron cuenta de que ya no tenían nada que hacer. El fugitivo estaba protegido entre los puestos y el bosque de faldas de las vendedoras de huevos y aves. El balón pertenecía ya al secreto de la ciudad.

Aquel relato épico debía de tener algo de cierto. Cuando te dejaba el esférico entre las manos, si lo acercabas al cuerpo, sentías un latido que no era el tuyo. La carrera del pillastre. El corazón del héroe.

¿Quién fue?

Uno de mis abuelos, respondió Ramón Ponte. Con orgullo. Él era un Autodidacta. Tenía su propia balanza para pesar el valor de los hechos históricos. Y mira tú que el barco ese, el *Diligent*, fue a hundirse en la boca de la bahía. Sería con el disgusto del balón.

¿Puedo contarlo? ¿Hacerte una entrevista?, preguntó Tito Balboa.

Ni hablar. Puede producirse una reclamación internacional. Esto no es una piedra, chaval. Esto es historia.

Jugaban en el muelle de Occidente. En aquel espacio, entre la zona de los rederos y las pilas de madera, se aprendía el pase con la conciencia del límite del mar. Quizá por eso los buenos futbolistas coruñeses, como Chacho, Cheché Martín, Amancio o Luis Suárez, tenían ese don. El del pase preciso.

Ramón Ponte estaba allí, atento. Sufriendo por el histórico balón del *Diligent*, y al mismo tiempo emocionado como si fuese un partido bíblico jugado con la esfera del mundo. Las pilas de madera, como grandes persianas de láminas, limitaban el campo y servían de barreras protectoras para no embarcar la bola. Pero aun así, entre las pilas de madera había pasillos, bocas de pérdida. Por allí correteaba el esférico y también los amigos que Gabriel había ido haciendo en ese universo portuario que de niño solamente contemplaba desde la galería del balcón. Salían del campo y no volvían. Era como si los absorbiese el buque fantasma del *Diligent* que hubiese vuelto a por su esférico. Cuando otro día formaban los equipos, y faltaba uno, alguien decía sin darle mucha importancia: ¡Se marchó! Y aquel marcharse no era ir a dar una vuelta. Era un marcharse para siempre. No hacía falta ninguna explicación. En aquella frontera jugaban los que se marchaban y los que no se marchaban. Allí Gabriel tomó conciencia de que ellos, su familia, no tendrían que emigrar nunca. Era una desigualdad que lo enojaba.

No se puede tenerlo todo, le decía al oído Ironía del Destino.

Aquel verano, al día siguiente del partido con el primer balón de la historia, formaron los equipos y faltaba uno al que llamaban César.

¡César se marchó!

Otro que se había llevado el fantasma del *Diligent*.

¿Se marchó? ¿Adónde?

A Burgos. A ver a su padre a la cárcel.

¿La cárcel? ¿Qué hace su padre en la cárcel?

¿Qué va a hacer?, dijo el Maniobrador de Grúas. Estar dentro. Carcelero no es.

¿Por qué? ¿Por qué está en la cárcel?

Fue consciente de que las miradas y el silencio del resto estaban dedicados a él. Recibía un aviso de las palabras, pero esta vez el miedo no venía de dentro, sino de fuera. Eran los otros los que medían con él las palabras. Los que las mantenían en la sombra.

El hombre de Roswell

Usted puede escribir sobre la Santa Compañía y esas cosas. Los seres de la noche. Los que dan la cruz y todo eso. Supersticiones o no, esos miedos ayudan a la religión. Los sucesos le sientan bien a la fe. En cambio, los de los extraterrestres son un motivo de desazón, de desconcierto total. Parece que Dios y sus vicarios en la Tierra no nos protegen. Ahora que vamos camino de celebrar los veinticinco años de paz, la victoria de Franco, este tipo de historias crean inseguridad, una impresión de que somos vulnerables. Así que déjese del Hombrecillo del Faro, del Roswell gallego y de esos delirios del faro de Hércules como punto de encuentro cósmico y escriba sobre lo que le sucede a la gente sana, a la gente que hace cosas normales, aunque sean cosas del Más Allá, pero de un Más Allá normal, ¿entiende? Si le van esas cosas pues venga, vía libre. Ahí tiene usted el Corpiño^[18], donde hay mujeres que expulsan demonios. Dicen que aún el año pasado se vio uno que se escapó a todo correr por entre el maíz, los chavales detrás, uno que era muy peludo. Lástima de foto. Tantos demonios en Galicia y no tenemos testimonios gráficos. La de páginas que Vicente Risco ha escrito. Claro, no tenía una filmadora Bolex, qué le vamos a hacer. Y ahí tiene la romería esa de Santa Marta de Ribarteme, con la gente ofrecida que va en procesión hasta la capilla metida en un ataúd. No me dirá usted que no tiene temas. Ahí mismo, junto a la ciudad, las espiritadas que van a la Pastoriza y que se dice que escupen clavos de hierro contra la puerta. Usted tiene un brillante futuro, siempre que sea sensato. Además, ¿para qué queremos extraterrestres en Galicia? ¿Qué falta nos hacen? ¿Para Turismo? Eso atrae a cuatro locos. ¡Era lo que nos faltaba! Ser la capital mundial de los chiflados. ¡Si aún fuese el monstruo del lago Ness! Eso, eso sí que es una cosa seria.

Con las brujas ya tenemos suficiente. Con las brujas, con los trasgos, con la Santa Compañía y, si me apura, entre nosotros, en confianza, con el caballo blanco del apóstol Santiago. Con eso un país ya tiene el cupo cubierto. Y para asuntos espaciales, ya tenemos el Globo de Betanzos. Eso es una superproducción civilizada. ¡Compare usted con los que arrojan la cabra desde el campanario! ¡No hay color! Comprendo que hay que estar a la moda, con los tiempos. Yo estoy con usted, siento en la sangre los latidos del teletipo. Sí, comprendo lo que me dice. Hoy en día, un país que carezca de sus propios extraterrestres, pues es un país de segunda división. Sí, no me venga otra vez con el teletipo, ya sé que informa de la aparición de un ovni en Gainchurizqueta, Rentería, Vascongadas. Eso ya se lo he intentado yo explicar al delegado de Información y Turismo, que el mismo derecho a avistar ovnis tenemos unos que otros. Pero vivimos donde vivimos, eso no lo vamos a cambiar ni yo con mis platos gastronómicos, ni usted con la tesis cósmica del faro de Hércules.

En conclusión, Balboa, y yendo al meollo del asunto. El gobernador no quiere extraterrestres en la provincia. Y menos que el faro de Hércules se presente como una

referencia cósmica, como una base de operaciones donde, si no he entendido mal, van a aterrizar los distribuidores de cosmozones. Así que se han acabado los extraterrestres en el *Expreso*. Ya puede venir una escuadra entera de ovnis con los Hipernautas y los Moradores del Vacío, que no le podemos dedicar ni un suelto en Sucesos.

No entiendo el porqué.

¿Quiere un consejo? ¡No pregunte tanto el porqué! Somos periodistas, sólo periodistas. No somos filósofos ni... ¿ni selenotropos? ¿Ha visto usted alguna vez un periódico con interrogantes? Esto no es una industria de porqués. ¿Por qué Estados Unidos está en guerra con Vietnam? ¿Por qué han derrumbado el Palacio de la Cooperativa, uno de los edificios más hermosos de la ciudad? ¿Por qué han tirado la casa de baños La Primitiva y el balneario La Salud, que es mucho tirar? Ah, amigo, para hacer un garaje. Ya no existen Primitiva ni Salud, ése es el destino de las grandes palabras. Podríamos publicar un enorme porqué a toda página. Un porqué local, universal, cósmico. Sería también un gran día para el periodismo hispano. Y el último para nuestro vespertino.

Se levantó. Ovidio Aldán, director del *Expreso*, estaba irritado y en esos casos parecía más gordo. Hoy, el Meritorio le atribuía ese agrandamiento abdominal a aquella teoría de retener los porqués. Blandió el periódico.

¿Ve esa foto? ¿Quién es? Sí, lo pone ahí, en el titular. Es Carmencita, la hija de Franco, haciendo esquí náutico. Aquí mismo, en la bahía coruñesa. ¿Ha visto usted a alguien haciendo esquí con falda larga? No, claro que no. Pues ella tampoco la llevaba. Iba con las piernas al aire, como tenía que ser. ¿Por qué aparece con falda? Porque tuvimos una *indicación*, ¿entiende? Alguien de arriba llama por teléfono e indica que hay que ponerle falda a la hija del Caudillo, que no se le vean las piernas desnudas. Y no hay porqué. Lo que hay que hacer es tapar las piernas. Y en este artículo hay una cita de una canción en la que debería poner: «Apoyada en el quicio de la mancebía». ¿Qué pone? A ver, ¿qué pone ahí?

El Meritorio leyó allí donde señalaba el dedo: «Apoyada en el quicio de la casa mía».

¿Tonterías, verdad? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Necesita saber el porqué? Quien manda en las palabras, manda en nosotros, por dentro y por fuera. Le voy a contar otra confidencia y que no salga de aquí.

Aquel tic de mirar a los lados. Parecía que iba a arrepentirse de su propósito. Era un hombre que tenía fe en los juramentos. Repitió en tono grave: ¡Que no salga de aquí!

Descuide, señor.

Pensaba publicar una memoria de la infancia de Salvador de Madariaga. Nada de política. Los recuerdos de un niño coruñés. Una pieza íntima con toques costumbristas. Inocente. ¡Ni siquiera aparecían Clorocéfalos!

¿Clorocéfalos?, preguntó Balboa. El director del *Expreso*, con frecuencia

reservado, tenía esos momentos expansivos en los que incluso le afloraban nuevas palabras.

Sí. Hombrecillos de ésos con cabeza verde, comedores de asterococos, como esos que encuentra usted alrededor del faro. Bien. A lo que íbamos. Pensaba publicar esa evocación del gran polígrafo, lo que requería autorización, pues, como usted sabe, el ilustre coruñés, a pesar de no ser un extremista, vive en el exilio. Con tal motivo fui a Madrid, al Ministerio. Ingenuamente pensé que por ser gallegos, el ministro, el escritor y yo, el trámite sería fácil. Aunque recuerde una cosa, Balboa. El alarde de paisano suele ser la magnífica credencial, el visado, de quien te está clavando la navaja por la espalda. El ministro me recibió en persona y yo pensé: esto está hecho. Le expliqué de qué se trataba y me pidió los papeles. Los leyó allí, en mi presencia. Con calma. Se veía que le interesaba. Él conocía ese espacio donde había transcurrido la vida del niño. Y el hecho ese de leer con interés aún despejó las pocas dudas que yo tenía, el miedo a haberme metido en un enredo sin necesidad. Entonces el ministro levantó la cabeza, me miró y dijo: No, esto no se va a publicar de ninguna manera.

¿No?

El Meritorio suponía que el relato tenía alguna sorpresa, pero no se esperaba ese final tan abrupto. Se estremeció. Hasta hacía poco no había hecho otro trabajo que el de anotar la entrada y salida de barcos y las cotizaciones del pescado. Había oído, claro, hablar de la censura, incluso sabía que había un edificio en el Cantón con sus censores. Es más, antes de empezar a escribir, entre sus trabajos de recadero figuraba algunas veces el de llevar hasta aquel edificio las galeradas del periódico para que le diesen el visto bueno antes de imprimirlo. Pero rara vez había sucedido algo. Una vez le oyó comentar con sorna al funcionario que se las devolvió: Las páginas dedicadas al glorioso 18 de Julio son exactamente las mismas que las del año pasado y las del anterior. ¡Un periódico repetido! Estos vagos ni se han tomado la molestia de cambiar los titulares. En otra ocasión le dieron un sobre para el director. Escrito con lápiz rojo, ponía *Confidencial*. Pero el sobre estaba medio abierto, o medio cerrado, y él no pudo resistir la tentación. Decía que se tratase con la máxima cautela cualquier información relacionada con Corea. Sabía que se refería al lugar de Asia, pero lo que él vio fue el rostro de aquel tipo portuario, de Miguel, alias Corea. La paliza que le habían dado. Aquella cabeza rapada era una esfera con todos los países pobres en edemas y costras de heridas.

¿No?

Así dijo, sin más: Esto no se publica. Y entonces yo...

Pestañeó. Demasiado brillo en aquellos ojos clarísimos. Era algo que lo enfurecía, aquella desobediencia de las glándulas: ¡La dacriocistitis! El colmo de un periodista. Baje esas persianas, haga el favor.

El Meritorio cumplió veloz el encargo. Tenía miedo de que la bajada de las persianas suspendiese el relato. Por eso preguntó sobre la marcha.

¿Y entonces qué, señor?

Estaba dispuesto a rogarle, a suplicarle. Era todo tan absurdo. Pero, además, me parecía que aquella arbitrariedad era una derrota para toda la humanidad. Le dije: Son unas memorias de infancia, señor. Un hombre anciano, nacido en 1886, que recupera su infancia. Nada más. ¿Por qué no publicarlas? El ministro rebuscó entre otros papeles y sin mirarme indicó con un gesto la puerta al tiempo que decía: ¿Por qué? Le voy a decir por qué. Porque donde hay patrón no manda marinero. Por eso.

El director del vespertino *Expreso* dio un puñetazo en la mesa como había hecho ante él el ministro. Aldán era un hombre incapaz de decir que no, lo que lo irritaba por dentro como una úlcera del ánimo. En su ser hipocondríaco a veces pensaba en eso, en el duodeno del alma perforado como un colador. Admiraba a Benito Ferreiro, el de la naviera. Acababa de estar en una comida que debería figurar en la historia honrosa de la ciudad. Un homenaje a Valentín Paz-Andrade, antiguo dirigente republicano, que regresaba de trabajar como experto en un organismo de las Naciones Unidas en México. El acto se autorizó bajo vigilancia y con la obligación de que estuviese presidido por un jerarca del Régimen. ¿Tal vez uno de los que cierto día había orinado encima de los libros quemados? Esos ojillos hundidos en la grasa del tiempo. El caso es que se habló mucho de la cultura marítima del homenajeado. Entonces el jerarca se puso en pie y propuso un brindis: ¡Por el Caudillo, el primer pescador de España!

Benito Ferreiro no brindó. Se levantó y abandonó la mesa.

¿Adónde vas, Ferreiro?, increpó el jerarca.

Ferreiro se volvió con calma y respondió: ¡A mear!

Y te voy a contar otro detalle sobre la censura. Algo sobre lo que puedes meditar. En determinadas escenas, pueden aparecer aparatos y herramientas de tortura. Pero lo que no está permitido que aparezca es su sonido. Se puede ver al verdugo, cómo hace los preparativos para accionar el garrote vil, pero no está permitido que se escuche. Ésa es la banda sonora.

El Meritorio pensó ahora que el director llevaba dentro a otro hombre, un ser inquieto, móvil, que iba y venía. Quizá un Hipernauta del Espacio Infinito o un Morador del Vacío. Lo que dijo después tenía a propósito un significado oblicuo, sin que se constataste si era bueno o malo: Lo que está aprendiendo aquí en un día no lo aprenderá en ninguna otra parte. Se sentó pensativo, pero el Meritorio sabía que estaba contando con los dedos, como cuentas, hasta diez. Tenía aquel recurso económico para tranquilizarse. Luego le dijo en tono confidencial: El gobernador llamó al censor y el censor me llamó a mí. Están realmente indignados con ese reportaje, como si hubiesen perdido el juicio. Parece que ese chiflado al que ha entrevistado lleva al hombro ese saco de cables cruzados, pero también, dentro, una historia que no se puede contar. No me tire más de la lengua. Nada de extraterrestres y nada de ye-yés, nada de Hipernautas del Espacio Infinito ni de músicos melenudos, aunque sean ingleses. Ésa es la última consigna. Así que ya sabe. A lo positivo. Nada

de incordios.

Señor Aldán...

Dígame.

Nada.

A mí no me tiene que ocultar información. Yo le estoy diciendo lo que hay. El guión.

Y añadió algo que el Meritorio no entendió necesariamente como advertencia: Después, hay que aprender a capear.

Estaba pensando, sobre eso del monstruo del lago Ness, estaba pensando que aquí también tuvimos un monstruo marino.

Sí, ya. El Leviatán y todo eso. Donde hay mar...

Se lo digo en serio. Don Ovidio, el pintor Sada, ¿sabe?

Sé.

Lo pintó a su manera. Más serpiente que ballena. Lo llama Antaruxa^[19]. Pero era por algo que él vivió de niño. Apareció en la bahía de A Coruña, tras una tormenta en que las olas, como dice la vox pópuli, trepaban por las nubes del cielo. Cuentan que llegó tan campante por el sendero marino de la Corriente del Golfo. Primero anduvo como una noria del mar alrededor de la isla de la Marola. Y al segundo día ese ser marino entró en la Dársena. La gente podía tocarlo. Allí se amansó. En realidad era más ballena que serpiente marina. Una ballena de una albura de nieve. Sus ojos eran dos hendiduras luminosas, de un verde esmeralda. Y por encima, como extrañas cejas, dos grandes manchas negras en forma de hojas falcadas. En ningún momento rompió nada. Su posición era la de quien venía a ver la ciudad. Entre los testimonios que pude recoger se decía que no hacía más que mirar hacia las vidrieras. Pero hubo otros que lo que vieron fue una especie de *kronosaurus*, con grandes caninos de medio metro, que era capaz de triturar a todo el equipo del Club Náutico. De eso nada. Era muy artística. La mayoría de la gente aplaudió semejante maravilla. Pero se salieron con la suya los que vieron un monstruo. Enviaron una compañía de carabineros y un oficial dio orden de disparar. La fusilaron. Allí, en el corazón de la ciudad, ejecutaron a tiros a nuestro mito.

Ése es un cuento terrible. Nunca había oído una cosa así. ¿Qué estaba bebiendo Sada, ese barco ebrio?

Una taza de tinto, pero casi no bebió. Mojaba los dedos y pintaba con el vino en el mármol de la mesa. Como dicen las chicas del Dos Ciudades, lástima que esas obras maestras duren un día. Aunque éste era un cuadro duro. El vino se volvió sangre. Tendría que haberlo visto. Emergía, se ponía en pie y gritaba: ¡Apunten! ¡Disparen! ¡Fuego! ¡Matad esta maravilla! Sí. Gritaba que en Galicia no había sirenas porque nos las habíamos comido. Aseguró que una de las primeras conserveras era de carne de sirena.

¡Qué horror! Puro tremendismo. Grotesco. Mejor que no emerja de su mundo mágico.

El caso es que tampoco yo me lo creí, señor Aldán. Di por hecho que era una invención, lo de la ballena en la Dársena, frente a las casas de cristal. Pero me picó la curiosidad. Rebusqué en los papeles y allí estaba. Hubo una ballena muy extraña, más que blanca, albina, acribillada a balazos en el corazón de esta ciudad, en la propia Dársena. Fue en los momentos más duros de la guerra, el 6 de septiembre de 1938. La gente aplaudía cuando emergía y provocaba olas que apartaban a los guardias. Ella tuvo que percibir aquella simpatía popular. Hasta que los armados, a pesar de los abucheos de la marea de gente, soltaban otra descarga de fusilería. Ella disparaba agua, su monumental sifón. Otra vez la fusilería. Y otra. La Dársena estaba teñida de sangre de cetáceo. La gente se quedó con el ánimo encogido, entumecido. Pensé que quizá se podría hacer un reportaje. Y crear una leyenda. La de la ballena que se vino a vivir al corazón de la ciudad.

¿Y no se cuenta el porqué?, preguntó el director del vespertino *Expreso*. ¿Por qué la mataron de esa manera?

De repente, se dio cuenta de que había caído en una trampa: Olvídese de la pregunta y olvídese del asunto. Ni extraterrestres, ni *beatles*... ni entrañables monstruos marinos muertos a disparos de fusilería.

Ahora el Meritorio estaba decidido a seguir adelante: No, señor director. No dicen el porqué. Pero podríamos recuperarla, crear una leyenda. Tener un monstruo propio. Casi todas las civilizaciones cultivan la fantasía de una criatura colosal. Los escandinavos tienen el Kraken, con sus ojos luminosos y sus tentáculos de brazos gigantescos. En el Himalaya, el Yeti. El Bigfoot de Norteamérica. Incluso hay *souvenirs* con las fotos de las huellas en la nieve. Para mí que son cosas de cuento, como los dragones, los unicornios o las sirenas. Pero nosotros la tenemos de verdad. Ese misterioso ser marino, con cabeza inteligente, del tamaño de una ballena gigante. Eso existió. Vino a visitarnos. Y se quiso quedar aquí. La gente aplaudió su llegada.

¿De qué nos sirve un mito si lo hemos matado nosotros? Aún si lo hubiesen matado los de fuera. Almanzor, Napoleón, Hitler, Stalin... Pero así, ¡menuda propaganda!

¿Y si no ha muerto?

¿Ha muerto o no ha muerto?

Nosotros podemos escribir esa historia. La gente, con sus aplausos, con sus vítores, consiguió imponerse a la fusilería, y un mando cabal, en atención al sentimiento popular, él mismo maravillado ante la criatura, ante su porte mítico, revocó las órdenes y le concedió el indulto. Y se curó. Vino el médico Rodríguez, el de las cigarreras, y la curó.

Ya estamos fuera de la realidad.

A medida que lo iba contando, ya se lo estaba creyendo. Ahora entendía la apasionada recreación de Sada, la visión de la Antaruxa en sus ojos, de aquella bruja del mar, aquel estilizado cetáceo que los narvales escoltaron hasta la línea invisible que marca la isla de la Marola y el faro de Hércules. Podía pintarla porque la había

visto. Mientras hablaba, en la mesa más esquinada de La Traída, dibujaba sus trazos eróticos con la efímera nobleza del vino tinto en el mármol. Sí. La curva, nuestra gran aportación a la historia de la línea, la curva que incluso se pegó a la lengua, ya lo dijo Unamuno de don Ramón María del Valle-Inclán, que escribía con curvas, él, don Miguel, que escribía con grecas. Y ahí está la memoria que habla y escribe en onda, bucle, caracol, trompa, espiral, la literatura helicoidal, el *leixaprén* de los cancioneros medievales, y los dedos, ay, ¿cómo eran los dedos de la que *sedía soa en San Simón, cercada polas ondas que grandes son?*,^[20] los dedos sáficos trazando los círculos concéntricos, la espiral cuerpo adentro. Todos los petroglifos del arte rupestre son astrografías. La primera escritura, la primera obra de arte, la primera topografía, la primera casa: Siempre círculos, agrupaciones de círculos. Los castros. Las pallozas. La curva interior, el laberinto de Mogor, ese primer corte neuronal de la humanidad. Ahí está toda la costa monoica, fálica vulva, la nación sicalíptica, fecundando los criaderos submarinos... ¿Cuándo se jodió Galicia? El día terrible del cuadrado. Por ahí, más o menos, enmudeció Sada.

Era de arranque enérgico y repentina melancolía, como un guerrero ciclotímico de la palabra. En su discurso había algo del movimiento del Buzo Fosforescente, pues emergía en un mar de pirotecnia y, de repente, la niebla. El telón que cae.

¿Por qué no crear la leyenda de la ciudad que nació de la ballena? Había datos históricos. Evidencias y pruebas que no existían en el caso del inquilino del Ness. Y además, era una hembra.

El director del vespertino *Expreso* se puso en pie para desentumecerse. ¿Qué sabría aquel principiante de monstruos y monstruosidades? Allí mismo, en la Dársena, donde los militares mataron a tiros a aquella ballena a la que el pueblo aplaudía en los momentos más duros de la guerra, allí mismo, dos años antes tuvo lugar la quema de libros de los ateneos y bibliotecas populares, cuando empezó la nueva dictadura. Eso sí que lo recordaba. Volvía su recuerdo con un olor a humo viejo, encuadernado. También en el despacho había entrado una repentina niebla. El director criticó la obsesión de la secretaria por ventilar, ¡ventilar la ciudad del viento!, y aprovechó para hacer una reprobación general del caprichoso clima del país, causa no menor, según íntima convicción, de los problemas de difusión de la prensa. Los días de lluvia bajaban las ventas de forma alarmante. Cultura contra natura. Repiqueteó con los dedos en la mesa. De repente, miró al Meritorio con el recelo de quien despierta de una pesadilla y se encuentra de frente al culpable: ¡Qué horror! Hágame caso. Olvídese de esa historia. Eso nunca ha pasado. No puede figurar. En bajo: ¿Aún no sabe cómo captura el Caudillo los cetáceos desde el *Azor*? No con un arpón precisamente. Olvídese de esas batallas. ¿Cómo vamos a presentarnos ahora con la historia de la ballena ametrallada? Usted tiene que empezar a distinguir lo que se puede y lo que no se puede contar. Querido amigo, permítame una lección, si no de maestro por lo menos de veterano. Hay momentos en los que un buen periodista tiene

que separar el grano de la paja para publicar la paja. No haga sufrir al lector. Él ya sabe de sobra que está en un gran valle de lágrimas. Ahora alégrenos la vida. Tome. Cuéntenos el día en que el ayuntamiento vistió de gondoleros venecianos a los valientes marineros coruñeses para recibir a los duques de Lancaster. Y cómo cantaban rítmicas y suaves barcarolas, remando de pie y sin despeinarse en la línea de rompiente.

*Ya los barcos con presteza
Van cercando todo el mar.*

Se levantó y se acercó a la ventana. Barcarolas. Los lobos de mar atlánticos vestidos de gondoleros para amenizarles la bienvenida a los miembros de la casa real. Debería haber una historia cómica de la ciudad. El Pabellón Lino atestado de gente en el concierto benéfico, con las hermanas de la Caridad en primera fila. El público que apura las primeras actuaciones para que salga cuanto antes el número más esperado. La Chelito, recién llegada para la ocasión desde el Paralelo de Barcelona. ¿Cantará o no cantará *La pulga*? Una parte del público está inquieto. Aunque sean hermanas de la Caridad, mira a las monjas con superstición.

¡La pulga! ¡La pulga!

El señor Lino, como presentador, pide calma. Educación.

¡Que cante Lino lo de la pulga!

¡Que cante la madre que te parió, hijo de Capricornio!

Etcétera, etcétera.

Él sólo tenía un recuerdo fotográfico del Pabellón, con su fachada de arquitectura sensual. Lástima que ardiese. Había sido uno de los templos de aquella arquitectura, un peculiar *art nouveau* atlántico, que se había extendido por la Pescadería y en el Relleno ganado al mar y que parecía concebida para un estado permanente de coqueteo, un plan gozoso del que participaban las personas y los materiales, la voluptuosidad de la madera, el renacimiento erótico de los metales, esa repentina voluntad vegetal del hierro, el color dominante del cristal en todas partes, una segunda naturaleza de espejos, espacios para ver y ser vistos, con la segunda vida del vidrio, la de la noche, eléctrico y sonámbulo. La siguiente oleada, espléndida, no por casualidad contemporánea en su origen de la estadía portuaria de la Araña Negra y Corbu, fue la de las casas-barco. Después de la guerra, el horror arquitectónico. La violación de la carnalidad modernista. La intimidación catastral. La corrosión del carácter de la ciudad. El rasgo más característico de la dictadura era su fealdad. Una conclusión impublicable. Todo se había vuelto más feo. Él mismo. La caligrafía.

Lino también tuvo un carrusel. Este entretenimiento para el público infantil duró algo más que el Pabellón. Había llegado de Francia en barco. En el armónico del carrusel sonaba *La Marsellesa*. Los chavales montaban en los caballitos al ritmo del himno de la Revolución. Pero también sucedía lo contrario. Cuando la Banda

Municipal interpretaba *La Marsellesa*, que era una pieza muy solicitada en el repertorio coruñés, los chavales pensaban que lo que la banda estaba tocando era un homenaje al alegre carrusel de Lino con sus caballos de madera. Con el paso de los años, la música y la maquinaria fueron perdiendo la sincronía. El armónico gangoso, decía César Alvajar. A Coruña, hincada en el peñasco atlántico, es una ciudad ventosa. No sólo visitada, sino habitada por el viento. Había días, sobre todo si el carrusel estaba vacío, los caballos sin jinetes, en los que el viento, o por lo menos el viento de los jardines, se mecía en aquellas cabalgaduras solitarias que silbaban a rachas una nasal *Marsellesa*.

Cierra los ojos. Por qué tiene que atravesar para él las paredes del tiempo ese sonido, ese viento del carrusel gangoso. Hay cosas desaparecidas que recuerda mucha gente. Pero aquel carrusel, aquella infantil y nasal *Marsellesa* sólo la recuerda él. ¿Estás seguro de que era *La Marsellesa*?, le preguntó uno de los veteranos del periódico con el tono condescendiente que se destina a los que tienen cráteres o distorsiones en la memoria. Mejor no repetirlo. A lo mejor hay recuerdos que sólo escogen un testigo. A Sada, la ballena. A él, los libros.

Cuando recuerda la quema de los libros todo se le reproduce con precisión sensorial. Tenía aquella perspectiva total, aérea, desde la terraza en María Pita. Pensaba que estaba bien escondido, el lugar perfecto para un espía. Llegaba el olor, pero apenas el humo. Eso era algo que llamaba la atención. La permanencia del humo de los libros en el lugar de los hechos. Él estaba estudiando la reacción de las personas, ése era su centro de interés. Tenía que escribir un artículo y pensaba hacerlo sobre el arte de andar. Así que consideró aquel lugar como un observatorio. Se fijó mucho en los movimientos decididos, lineales, jerárquicos, de los incendiarios y en aquellos tan distintos de las personas que se encontraban con aquello por sorpresa. Cómo el asombro apuraba su paso o les hacía trazar rumbos extraños, curvos, furtivos. Sí que se distinguía el andar del miedo. Sí, podría contarlo con toda exactitud, pero no puede escribir sobre ello. Quizá esa idea, la del artículo sobre las maneras de andar, surgió después. Una estrategia de la imaginación para olvidar. Porque ahora lo recuerda todo de otra forma. Con esa exactitud encarnizada. Llegaba aquel olor resinoso, en lentas volutas, pero una buena parte era una humareda obstinada y espesa que permanecía en volúmenes perezosos. Ahora se daba cuenta de lo que sucedía. Algo que nunca había pensado. El humo tenía formas. Estaba modelando escenas, personajes, paisajes.

Había algo vengativo en esa melancolía. No lo podía contar. Los incendiarios, los expoliadores, estaban ahí. Mandaban en la ciudad. Su jefe era el Jefe del Estado. ¿Cuándo podría contar que la Casa Cornide, el edificio histórico de mayor valor en la Ciudad Vieja coruñesa, había sido comprada para la familia del dictador por un duro, el precio de un paquete de tabaco? Nunca. Nunca podría escribir ese titular:

CINCO PESETAS

Ya sabemos en cuánto valoran
las autoridades nuestra dignidad

Si no luchaba contra esa melancolía se volvería ágrafo y mudo. No podría escribir ni hablar de otra cosa.

El Meritorio recogió los recortes con las referencias históricas de aquel gran día veneciano y de tormentosa alegría. El director del vespertino *Expreso* tenía algo que añadir.

Pase esta reválida, haga el favor. Este verano tengo una importante misión para usted.

El Meritorio tuvo una intuición. El futuro remaba como un alegre gondolero.

¿Este verano?

¿Qué le parece encargarse de los suplementos de las fiestas?

El Meritorio estaba nervioso. Era un sueño inconfesable. No tenía envidia de los redactores que andaban todo el día construyendo noticias con teletipos, que además casi siempre procedían de la misma fuente, la agencia estatal Efe, así nombrada por la inicial de Franco.

¿Todo?

Galán se encargará de la publicidad. Usted, a escribir como un león taquigráfico. Entrevistas a las reinas de las fiestas, a los alcaldes, al cronista oficial, al empresario más destacado. Y también podrá meter a algún poeta social o artista bohemio. Que hablen un poco de California.

Procuró que el cinismo no estropease la intención humorística: ¡Periodismo en estado puro, joven! Y va a ganar unas pesetas. No quiero volver a oír que por las noches duerme envuelto en periódicos en la cabina de teléfono. El suplemento de los Caneiros, el de la fiesta en el río Mandeo, ése lo tiene que bordar. Ahora olvídense de esa novela, Balboa. Un día llegará a casa y se la encontrará hecha.

Gracias, señor director. Intentaré no desmerecer.

Pensó en pedirle un favor. Aldán al Meritorio. Que investigase si alguien sabía qué había sido de un viejo carrusel. El carrusel gangoso que era propiedad de Lino, el del Pabellón modernista, y que tenía la música de *La Marsellesa*. Pero miró el reloj y soltó una especie de consigna a modo de despedida.

¡La pulga!

El *Chemin Creux*

Pensaron que no iba a responder. Que también él, Hércules, el fotógrafo ambulante, el antiguo sparring del campeón de Galicia, había dejado de escuchar. Que estaba moviendo un dial. Quizá oía una de esas emisoras desde el pasado. No sabían que estaba caminando hacia el fuego, envuelto en un humo que le picaba por detrás de los ojos.

Su uno-dos. Su uno-dos era muy especial, ¿a que sí, Curtis?, dijo con pasión el Maniobrador para intentar sacarlo de su ensimismamiento. Primero la derecha buscaba la cara, daba la impresión de que iba muy en serio. Pero lo serio era el gancho de la zurda. Como si saliese una cobra del suelo. El que se llevaba el golpe no sabía de dónde le venía.

Miró a Curtis esperando un asentimiento, un matiz. Algo.

El uno-dos. Eso es lo que cuentan. Y el juego de piernas. Mi padre decía que en el cuadrilátero era un bailarín.

Entonces tenía buenas piernas, añadió Corea con sorna.

Gabriel, Zonzo y el Meritorio se rieron con nerviosismo, porque para ellos la conversación se repetía. Ya habían oído lo que contaba Curtis del campeón de Galicia y lo que le dijo un día a un periodista sobre el juego de piernas: Yo pensaba que venías a verme boxear y no a mirarme las piernas.

Tenía buenas piernas, sí, dijo de repente Curtis mirando de frente a Corea. ¡Ya te gustaría a ti tener aquellas piernas!

Cuando Curtis se reía, lo hacía con todo el cuerpo. Quizá por eso se reía muy poco. No por carácter, sino por el peso de mover toda aquella geografía.

Las fintas. Lo que mejor hacía era abrir el vacío.

¿Abrir el vacío?, preguntó irónico Corea.

¿No sabes lo que es abrir un pasillo lateral? ¿Que el otro se vea en el vacío, dando puñetazos en el aire? Si no sabes lo que es el equilibrio y el desequilibrio, aún no sabes nada.

Ahora Corea prestó atención. El equilibrio, bonita palabra. Iba a preguntar algo más. De repente, desvió la mirada. ¿Quién dijo que no tenía ángulo de visión? Deformada y atractiva, el cuerpo algo curvado, la Medusa entraba por su gran angular. Llevaba un gran pez encima de la cabeza. Apoyado en una almohadilla de tela, tan bien enroscada que parecía una corona. Y encima de la corona, un bonito azul. El equilibrio. Corea recordaba haberla visto con un melgacho, parecido a un pequeño tiburón, encima de la cabeza. Pero hoy era un atún. Un atún azul encima de la cabeza de la Medusa, con sus medias encarnadas. El pago de un servicio. Venía de desvirgar al niño Cho. Y el niño Cho le pagó con su quiñón.

Un boxeador no creo que tenga que pensar mucho, dijo Corea de repente. Pegar lo más fuerte, lo más rápido y lo más certero posible. El resto es cuento.

Tienes razón, respondió Curtis para sorpresa del muchacho. Si el boxeo fuese sólo

una pelea, tendrías toda la razón.

Iba a decir: Más bien es justo al contrario. Todo el tiempo, todo el cuerpo pensando. La mano que piensa en la cabeza. Los ojos que bailan en los dedos, justo en la punta de los pies.

Iba a contar la historia de Neto. Eso nunca se lo había explicado. El remedio de Neto. Cómo amansar y adormecer el dolor, sellar heridas, rebajar los hematomas, repintar los moratones. Neto, el luchador amigo de Arturo da Silva. Después se lo pensó. Se metió las dos pepitas de cereza en la boca. Se ajustó sobre la frente la gorra de rombos verdes. Y calló.

Corea miraba cómo la Medusa se alejaba con su atún azul encima de la cabeza. En la dirección contraria, el Cho. Llevaba la camisa por fuera. Se la metió y se volvió a atar el cinturón, que era un trozo de cordel. Cogió aire e hinchó orgulloso el pecho. Se sintió observado. Notó que había crecido. Y era cierto. Los remendados pantalones se habían acortado y se le ajustaban a las pantorrillas tanto como si estirase la cabeza. La medida de un atún azul. Corea le preguntó al Maniobrador de Grúas: ¿Cuánto cuesta un pez espada?

Para eso hay que trabajar como un hombre, dijo el Maniobrador con sorna.

¿Quién ha hablado de trabajar?, respondió Corea. Sólo he hablado de un pez espada.

El *Chemin Creux* estaba acabando la maniobra de atraque en el muelle de Occidente. El barco quedaba a contraluz. Parecía que traía de Oriente una carga de sol. Era bienvenida. Las losas del muelle aún tenían la capa de color de la lluvia y ahora, en las juntas, se encharcaba un agua aceitosa, con restos del arco iris. Había un ambiente de acontecimiento, tal vez porque Tito Balboa se adelantó y tomó unos veloces apuntes taquigráficos.

Allí estaba, en cubierta, desplegando su gran sonrisa con los brazos a lo largo de la eslora, Roque Gantes. Mantenía un diálogo con el ausente. Escuchaba la voz cascabelera de Luis Terranova. Era su forma de conjurar el dolor de la llegada.

¿En francés?

La zizi et la foufoune!

¿En italiano?

La fessa, il cazzo.

¿Hace un frío del carajo?

Fa un cazzo di freddo!

Así me gusta, este cosmopolitismo.

Prick, kunt!

Möse, Schwanz!

¿En esperanto?

Foki...

¡Alto!, le dijo al recuerdo. Un momento.

Tirando del caballo de madera y con la cámara con trípode al hombro, se acercaba su viejo amigo Hércules.

¡Me cago en el polo de la Oscuridad Máxima!

¡Señor Gantes!

Pestañeó. El sol tenía eso de situar el instante en una eternidad pasajera. Y extendía un perdón curativo sobre todas las cosas.

¿Sabemos algo?, preguntó el fotógrafo ambulante.

Nada, Curtis. Ecos, y nada más.

La inteligencia urbana de la ciudad había consistido en entrar en el juego de la luz, con las largas fachadas de vidrieras, y seguir el dibujo propuesto por el mar. Roque Gantes aún se emocionaba cuando veía el faro y todo su cuerpo se agitaba en una confusión orgánica cuando atracaba en un puerto español. Pero él había decidido no bajar. Nunca más poner el pie en su tierra natal mientras viviese el tirano.

Sube, Curtis. Ya he hablado con el capitán. Necesitamos gente. Expertos en frío. Eso era lo tuyo, ¿no?

Electricidad térmica, Gantes.

Se acercó a Carirí y rebuscó en las alforjas. La de Germinal era muy buena, y la del señor Casares también, murmuró. Tardaron mucho en arder. La gente siempre pensaba que las alforjas estaban vacías, que eran un adorno en el caballo de madera del fotógrafo. Pero Curtis tenía algunas pertenencias especiales.

Estaba estudiando este libro. Arturo me dijo: Si quieres entrenar conmigo, tienes que tener un oficio. Yo dije: Puedo ser limpia. Tenía una caja de limpiabotas. Y él respondió: Quien quiera brillo que se unte los dedos en el culo. Hay algo con mucho futuro, Curtis. Algo que va a cambiar la vida. La electricidad térmica. Así que aquel verano al principio iba a Germinal para leer los libros de electricidad y después al entrenamiento en el gimnasio, allí mismo, en la calle Sol.

¡Parece quemado!, exclamó Balboa, el Meritorio, al ver el *Manual popular de la electricidad*.

Está quemado, dijo Curtis lacónico. Tiene los cantos quemados.

Gabriel sintió un brinco en las vísceras. Cosquillas en los dedos.

Corea estuvo rápido: Si el libro es de electricidad térmica, lo natural es que se vayan fundiendo los fusibles.

Este chaval no es tan tonto, le dijo Gantes al Maniobrador. Tiene un sentido del humor causal.

No, burro no es. Lo que pasa es que todos los libros le dan calambres en las manos. Aunque no traten de electricidad.

No es cierto, replicó Corea. Me gustan las novelas del Oeste.

Por algo se empieza, sí señor, dijo Gantes. ¡Eso es Shakespeare en bruto!

Curtis sostenía el libro como una reliquia entre sus manos, sin abrir, por miedo a que se desencuadernase.

El frío es la ausencia de calor, dijo al contacto con el libro. Eso es muy importante saberlo. Y además hay muchas clases de calor. Está el calor sensible, el calor latente... Pero, a efectos prácticos, quizá lo más importante es conocer bien los mecanismos del calor específico, es decir, la cantidad de calor necesaria para que la unidad de peso de un cuerpo, un kilogramo, aumente en un grado centígrado su temperatura.

Todos atendían en silencio, con reverencia, como si en el muelle se estuviese escuchando una plegaria de una religión hasta entonces desconocida. La mirada de Curtis proyectaba en ese instante una tenue irisación. Entre el estribillo oscuro del mar en los pontones le parecía oír la risa asombrada de Luis Terranova cuando le escuchó por vez primera, en voz alta, de memoria, sin equivocarse en una sola palabra, la definición de calor específico. Sucedió al pie del faro, aquel principio de verano. Él iba de Hombre Oreja para Luis Terranova. Era la memoria, el suministrador de letras, y su escucha. Estaba preparándose para intentar, por fin, ir de vocalista en una orquesta de las fiestas. Terranova cantaba y Curtis tenía que medir la voz. ¿Se oye? Sí, ahora sí. Ponte más allá, en aquella roca. ¿Se oye? ¡Más alto, más alto! ¿Se oye? No, ahora no.

Vente con nosotros, dijo el maquinista Gantes. Lo que tú sabes bien se merece una vuelta al mundo. Y en el barco hay una biblioteca. Tenemos *Espartaco* y todo. Venga. ¿Quién sabe? Igual lo encontramos.

Tenía la mano derecha posada en la cabeza del caballo Carirí y le peinó la crin.

No puedo, señor Gantes.

¿Por qué no vas a poder? Es sólo subir. También llevamos al caballo.

Tengo que esperar aquí, por si mientras tanto regresa.

¿Y si no vuelve? ¿Si no vuelve nunca más, Curtis?

Mandaré recado. En eso ha quedado. Llegaba siempre tarde, señor Gantes, usted lo recordará, él era así, pero llegaba. Y cuando llegaba, todo quedaba olvidado. Era llegar él, y ya estaba. Si decía que venía es que venía. Llegar, llegaba tarde, eso sí. Pero era llegar él y la fiesta estaba armada. Era como un imán para las limaduras de hierro dulce.

¿Cuándo se fue, Curtis?

Él no quería responder a esa pregunta. No quería hacer ese cálculo.

¿En qué año se fue, Curtis?

...

Ya hace años de eso, ¿no?

...

¡Ya ha llovido! Ya ha crecido la hierba en los tejados.

El tiempo pasa y no pasa, señor Gantes.

Para Corea había pasado una eternidad desde que aquellos dos habían empezado la conversación. El tiempo para él no tenía significado si no había movimiento. Ahí están, parados, hombres, barco y caballo. El sol proyectaba la quilla del *Chemin*

Creux como una gigantesca aguja o el pináculo de un ciprés, en busca de horas por las losas. Corea saltó de la línea de sombra. Bostezó e hizo un estiramiento de despertar felino.

¿Luis Terranova? ¿Quién es ese fenómeno que siempre llega tarde?

Te lo he explicado mil veces, respondió irritado el Maniobrador de Grúas. Uno que cantaba de maravilla. La gente dejaba de bailar para oírlo. Su voz aún resuena en el aire, si uno tiene oído. Reventó el *Desfile de Estrellas* con el tango aquel, *Chessman*. El del condenado a la pena de muerte.

Corea notó que esta última parte de la intervención de Ramón Ponte era para compartir con Curtis y Gantes, el del barco. A Corea no le gustaba el tono del Maniobrador de Grúas cuando se dirigía a él. A veces lo trataba como a un pelanas. Pero eran del mismo barrio. Eso para Corea representaba un vínculo sagrado. Y además, el Maniobrador era un tipo fuerte y culto a su manera. Tenía una pequeña biblioteca en la cabina de la grúa. Y tenía también aquel primer balón de fútbol reglamentario que llegó a Coruña, tras caer al puerto desde el barco inglés. Corea se sentía muy orgulloso del Maniobrador, lo que pasa es que se movían con ritmos diferentes. Él era consciente de que no aguantaría mucho tiempo manipulando una grúa, aunque le maravillaba la destreza con que podía cargar un gran bloque de granito, desplazarlo por el aire como si fuese un fardo de niebla prensada, o la elegancia con que descargó aquellos sementales de Canadá, la elegancia con que volaron desde el barco y aterrizaron para afrontar la mejora genética de la vaca gallega. Cuando uno de los sementales estaba en el aire, Corea dijo: Mira tú. Tanto hablar de toros en España, tanta tauromaquia y a la hora de la verdad tiene que venir a cubrir las vacas un machote canadiense. Sí. Lo de las grúas tenía su mérito, pero todo lo que hacían lo hacían con una demora de pescuezo animal. Para Corea siempre tenía que pasar algo. Y ese algo tenía que pasar enseguida. Ya le tardaba. Metió la mano en los bolsillos de la cazadora y notó el vacío.

¿Y ése por qué no baja?

¿Quién?

El almirante del barco.

Es el señor Gantes, burro. El maquinista. El maquinista que fue del Despertar Marítimo.

No sabía muy bien cómo interpretar la información. Tal como lo decía Ponte, debía de ser una celebridad local. Razón de más para que bajase a tierra.

¿Se va a quedar ahí en el barco? ¿Por qué no baja?

Pregúntaselo tú.

Eh, señor maquinista. ¿Por qué no baja?

Curtis había devuelto a la boca las pepitas de cereza y el tiempo rechinaba entre las muelas.

¿Sabes una cosa, chaval? El día que baje, bajaré descalzo, dijo el señor Gantes desde cubierta. Pisaré los dientes de sierra del bálano de las rocas hasta que me

sangren los pies. Desde O Portiño hasta la Piedra de las Ánimas, con los pies descalzos.

El maquinista del *Chemin Creux* se había quedado tenso, dolorido, como si arrojase por la caracola de la boca un cangrejo ermitaño.

Sólo Corea, saliendo de su asombro con aire simpático, fue capaz de romper el silencio: Me gusta lo que dice. Tiene acción.

¿Qué es lo que tiene acción?, preguntó Gantes.

Ir por las rocas con los pies sangrando.

¿Sabes de qué estoy hablando, chaval?

No soy tan chaval, dijo Corea con aire desafiante. Ya he deshecho unas cuantas camas, y alguna de matrimonio.

No tiene visión histórica, señor Gantes. Es un poco atolondrado, dijo el Maniobrador de Grúas.

Escuche, señor maquinista, dijo Corea, muy interesado de repente en lo que estaba preguntando. ¿Usted conoció al campeón de Galicia? ¿Conoció a Arturo da Silva?

¿Qué quieres saber?

Todo.

Para eso hace falta una vuelta al mundo. Sube.

Ahora no puedo. Tengo cosas que hacer.

Es una lástima. Cuando vuelva serás viejo, chaval.

Entonces mucho va a tardar.

No más de un año.

El Meritorio anota con velocidad taquigráfica en su cuaderno.

¿Qué carga trae, señor?

¿Y éste?

Tito Balboa. Cronista marítimo del vespertino *Expreso*, señor.

¿Cronista marítimo?

En funciones, señor.

Este barco se llama *Chemin Creux*.

Sí, ya lo he anotado. ¿Qué carga lleva?

Carga general.

¿Va en tránsito?

Eso es. En tránsito.

¿Cuándo partirá?

Depende.

¿Depende? Eso no lo puedo poner en el periódico, señor.

El señor Gantes no atendía al interrogatorio. Le prestaba atención al Buzo Fosforescente, que acababa de emerger por las escaleras del muelle de Occidente con una bicicleta. Las ruedas se movían solas en el aire, desprendiendo ráfagas rojiverdes de musgo de Irlanda.

¿Qué clase de pez traes ahí?

¡Señor Gantes! Es una máquina endiablada. Se tira sola al mar. No es como la de Clemente, que se tiraba de exhibición por cinco pesetas. Ésta lo hace a conciencia.

Déjeme dar una vuelta, dijo Corea. Ya verá como la domo.

La bicicleta tiene dueño. ¿Por dónde anda Pinche?

Está por ahí escondido con los golfos entre las pilas de madera de Fabero, dijo Corea. Lo buscan para calentarle las orejas. Él tenía que calentar las tarteras con la comida de los obreros en una obra e hizo una fogata con los tablones de teca. Eso le ocurre porque sólo ve con un ojo. Y eran un montón de tarteras. Las conté. Eran veinticinco tarteras.

Son muchas tarteras. No es fácil calentarlas al mismo tiempo. Hay que saber mucho de fuego, dijo el señor Gantes.

El maquinista miró a Curtis. Los dos pensaban en el tipo de calor específico. Veinticinco tarteras. Todas juntas, allí, como grandes hongos de color teja en el suelo que arde. Buen fuego el de la teca. Fuego exquisito para tarteras obreras.

El constructor es un tipo duro con zapatos blancos, dijo Corea. Un tal Manlle. Viene poco por la obra, lo hace por sorpresa, pero cuando aparece, todo a su alrededor se pone a temblar. Nos trae así. ¡Carajo con Manlle!

Zapatos blancos entre veinticinco tarteras obreras color teja calentando el caldo, las patatas con verdura y tocino, quizá algún guiso. Aquel grito acusatorio que contenía la sentencia: ¿Quién ha encendido el fuego con la teca? ¡Me cago en el palier del mundo! Sé de alguno al que lo voy a colgar de un pontón para que cuando suba la marea los peces le coman los cojones.

¿Y tú qué haces?, preguntó el maquinista Roque Gantes.

Yo soy Autodidacta, respondió con sorna Corea.

Está lleno de peces ballesta, dijo el Buzo Fosforescente. Esto va a ser una invasión. Los otros peces acabarán huyendo. Son como los cerdos. Y descarados. Sin miedo. Se van acercando y tú ya oyes: ¡Oing, oing, oing!

Balboa anotó con velocidad taquigráfica, imaginando ya un titular:

LA INVASIÓN DE LOS PECES BALLESTA

Y después, para no olvidarse, la onomatopeya.

¡Oing!

Ó y los hombres célebres

No creáis, a mí lo de que fuese escritor no me llamaba tanto la atención. Durante algún tiempo un escritor estuvo viviendo en una casa del Souto. Una casita que hacía poco que había quedado deshabitada, cuando murió Hortensia y una sobrina la alquiló, así que todas las cosas estaban aún vivas cuando la ocupó el huésped. Menos el fuego. Al principio había mucha curiosidad. Era al final del verano. El escritor dio algunos paseos. Llevaba una gorra marinera, así que se le distinguía bien. Era muy educado. Hacía una parada en el lavadero, se sentaba y se ponía a indagar con delicadeza en las historias de la vida de las mujeres y preguntaba también por los cuentos que sabían. Cuando al fin se marchaba, las lavanderas se preguntaban qué clase de escritor era ese al que le tenían que contar ellas las historias. Olinda se limitó a decir: Pregunta para saber. Hace bien. Hay quien pregunta para no saber. Lo peor fue lo del fuego. El escritor no conseguía hacer funcionar la cocina de hierro. La casa echaba humo por todas las grietas, por todos los agujeros, excepto por la chimenea. A veces salía a la puerta y se alejaba unos pasos tosiendo, con los ojos llorosos. Su impotencia era observada con pudor, de reajo, desde las otras ventanas. Ni la más furibunda de las ideas resistiría aquel sacrificio. Pobre Anceis, dijo Polca, ¿cuándo va a escribir, si está todo el día peleando con la bilbaína? Y una de las lavanderas dijo: ¿Qué va a escribir un hombre que no sabe encender el fuego? Fue más celebrada la llegada del Hombre del Chapapote. Ése sí que fue un acontecimiento extraordinario. Lo de asfaltar el camino que llevaba a la Gran Avenida. Cuando años más tarde vi la llegada de los americanos a la luna, me acordé de la llegada del Hombre del Chapapote a Castro. Fue todo muy parecido, pero lo de Castro sucedió antes. Llegó metido en una escafandra blanca, con gafas de buzo. Calzaba grandes botas herradas con una plataforma metálica y nosotros, no había más que ver nuestras caras, éramos conscientes de que cada paso que daba era histórico. Se desplazaba muy despacio sobre la grava esparciendo alquitrán con la manguera y el irrigador. Se veía que era competente, bien entrenado, pues apenas manchó la escafandra blanca. Cuando acabó, se quitó uno de los grandes guantes de cuero y fue a chocarle la mano a Polca. Me sentí orgullosa. Que justamente, entre todos en el planeta, el Hombre del Chapapote fuese a saludar a Polca.

Con todo, mi preferido era el Hombre de los Carteles. Primero venía en una bicicleta. El rollo de carteles y el cepillo con mango a la espalda, y el cubo con la cola de pegar colgado del manillar. Cuando traía programas de mano, salía gente de todos los rincones. Eso decía él, con su sonrisa de conejo: ¿Estabais debajo de las piedras, o qué? La verdad es que parecía que allí acudían no solamente los niños vivos sino todos los niños de todos los tiempos. Juro que había muchos que yo no conocía, que nunca había visto. Así se agotaban los programas para el cine Portazgo. Un día que llegué tarde, el Hombre de los Carteles me guiñó un ojo y me dijo: En el reino de los cielos, niña, los últimos serán los primeros. Con su risa de conejo.

Delgadito, un completo espagueti. Tenía la hechura del manillar de la bicicleta. Y entonces desenrolló un cartel, uno de los grandes, de los que pegaba en el muro, y me lo dio. Toma, por ser la hija de Polca. Dile que de parte de Eirís. ¡Un cartel para mí! El Hombre de los Carteles venía los jueves y colocaba el anuncio de la película de la noche del sábado y de la tarde del domingo. Así que yo tenía tiempo para hacer la película en el río.

Polca conocía a gente muy especial. Como el fotógrafo del caballo de madera al que llamaba campeón de Galicia. Un día íbamos por Riazor, cerca del estadio de fútbol, y saludó a un hombre de quien también me dijo que había sido campeón de Galicia. Mira, Ó, Tasende, campeón de Galicia de cross. Ahora es el dueño del estadio de Riazor. ¿No te crees lo que te dice tu padre?, preguntó el hombre sonriendo. Y entonces mostró dos aros enormes con docenas de llaves. Son las llaves de todas las puertas del estadio.

También era amigo del escritor. Le enseñó a encender la cocina de hierro sin que el humo le hiciese llorar. Quitó de la máquina de escribir una hoja en blanco, le prendió fuego con el mechero y la metió por la portezuela del tiro de la chimenea. La hoja subió inflamada y todo el fuego la siguió en esa dirección para no volver. Ahora se oía el sonido seguido del teclear y una lavandera le dijo a Olinda: Está piando feliz. Pobre escritor.

El Buzo Fosforescente

El Buzo Fosforescente y el Maniobrador de Grúas compartían la idea de que los paisajes más fascinantes no estaban a la vista, sino en los fondos marinos, y que no había mayor felicidad para el ser humano que el momento en que se volvía a sentir pez. Era una felicidad corporal. Pero la superficie, dijo el Buzo, tampoco carece de interés.

Observó con atención la cabeza pelada de Miguel, alias Corea, y empezó a distinguir los países en la geografía de los golpes.

A mí me pones ante una esfera como ésta y te voy diciendo aquí no he estado y aquí tampoco, los dos sitios donde no he estado, y acabamos antes. Un compañero de la Mercante, uno con el que coincidí en el *Viking*, tenía la costumbre de escribir su nombre en las puertas de los aseos de los bares portuarios: *Por aquí pasó el Carnocho I*. Iba por la vida con ese alias de monarca de Monte Alto. Si yo hiciese lo mismo, tendría más fama que el capitán Nemo, porque yo, tener mundo, lo que se dice tener mundo, tengo más que Carnocho I. Pero a mí no me va nada la publicidad. Una noche de guardia, en el barco, me leí de un tirón un libro titulado *El hombre invisible*. Ése es el estado ideal. Ni normal, ni anormal. Paranormal. Hace unos años, en Sudáfrica, en Cape Town, iba yo por una larga avenida, muy cansado, y vi con alivio un banco en el que sentarme. Era el banco perfecto, en el lugar apropiado, bajo un árbol, para echar una siesta. Cuando me acerqué, encontré un gran aviso en el respaldo: *Europeans only*. Carajo con el banco. Un banco anormal. Empecé a dar vueltas alrededor. Vueltas paranormales. ¿Debía sentarme o no? ¿Mi culo era europeo? Sólo la gente de color negro parecía normal. Caminaban como si no nos viesen, ni al banco, ni a mí. Ellos, por lo visto, tenían claro dónde no se podían sentar. Di otra vuelta paranormal y descubrí que por detrás del respaldo había una inscripción: *Por aquí pasó Carnocho I*. Sí. Estar, estuve en muchos puertos. Podría contar muchas aventuras, hazañas sexuales y todo eso, pero lo más curioso de todo lo que me ha pasado fue en Corea.

Hay del Norte y del Sur, dijo Corea.

A eso voy. El capitán explicó que la ciudad a la que íbamos, Inchon, pertenecía a la del Sur, pero que el puerto era fronterizo. Estaba justo entre el norte y el sur, en lo que llaman la Línea de Demarcación. Señaló un punto en la cabeza rapada de Miguel y dijo: Aquí, justo aquí, estaría Inchon. Había una línea pintada en el suelo. Yo tenía prisa por airearme. Al desembarcar, el capitán dijo: Tú sigue siempre la línea, no te salgas de la línea bajo ningún concepto. Había soldados a ambos lados de la raya, dos filas enfrentadas. Y yo justo en medio. Se oía el rumiar de las armas cuando están calladas. En el barco alguien había contado que en la guerra de Corea habían muerto más de nueve millones de personas. Muchos muertos de Dios. Nunca habría pensado que fuesen tantos. Estaban aquellas viñetas de *Hazañas bélicas* en las que el héroe era un norteamericano llamado sargento Gorila. Mataba coreanos de cuatro en cuatro a

cada golpe. Pues va a ser que sí, pensé, vaya catástrofe ha hecho el bestia del sargento Gorila. Ahora parecía que me miraban todos los muertos de un lado y de otro. Avancé lentamente por la línea, con vértigo, como si aquella raya fuese la cuerda de un equilibrista. Un movimiento en falso por mi parte y podría estallar la guerra mundial. Así que fue entonces cuando me di cuenta de lo que era el filo de lo invisible. El caso es que llegó un momento en que me quedé rígido. No era capaz de ir hacia delante ni hacia atrás. ¡Qué horror! Cómo me gustaría leer en el suelo: *Por aquí pasó Carnocho I, segundo maquinista*. Pero no había nada. Sólo una línea. Una raya.

Movió como una esfera la cabeza de Miguel: Aquí lo de la raya no se ve con tanto detalle.

El Buzo Fosforescente está muy impresionado con el fusil submarino que Manlle le había comprado a Zonzo en el extranjero: ¡Carajo, esto puede matar a un hombre!

Tu nombre

Lo único que Olinda no había olvidado era mi nombre. Para el nombrado, eso es mucho recordar. Que de todos los nombres, de las miles de palabras, el único sonido que sale de su boca (porque no se queja, no solloza, no maúlla, no gime) sea tu nombre. ¿Qué me estás diciendo? Y te está diciendo tu nombre. Como una figura de piedra que de repente llama por ti. Redondea los labios. Ves tu nombre dibujado. Eso es mucho peso. Es como llevarte encima a ti mismo. No dentro, o alrededor, sino encima de ti. Nada más que tu nombre. Podría decir cualquier cosa. Podría aullar. Vaya si lo entendería yo, que le saliese un aullido allá del fondo. Pero no. Dice el tuyo, mi nombre. Sólo mi nombre. Es lo que echa para fuera. Un pispís, una meada de nada. Unas cagarrutas, unas castañas, huevos de codorniz, unas bolitas cada vez más pequeñas y duras, como pepitas de melocotón, y después ya de guindas, de cerezas. Pepitas de la vida. Dan ganas de plantarlas, a ver si germinan como semillas. Meterlas en un algodón húmedo. Quizá les salga un ojo. Lentejas. Al final, ya sólo una bisutería, unas cagarrutas preciosas, brillantes, como mariquitas. Saliva, no. Lo único que echa por la boca es mi nombre. Come una bicada, eso que el pájaro deposita en el pico de la cría. Y con eso le llega. Se fue marchitando. Encogió. Podría llevarla en brazos como a una criatura. ¡Ea, ea, ea eh! Cuando estés curada, contaremos cerillas. Llenaremos cajas y cajas de cerillas. Me la encontré en la alfombra, tirada, encogida, como un dibujo más en la geometría. Ahora déjame aquí, dijo Olinda, en la alfombra. Voy a dar una vuelta. Eso fue lo último que dijo con sentido, bien hilado. Después, sólo mi nombre. Ó. Decía Ó y yo aprovechaba la O para darle algo. Se mantiene con una bicada. El trazo del cuerpo. El pispís. La bisutería. La semilla. Mi nombre. Un círculo en los labios, un suspiro. Así que fue cierto que ella, lo que era ella, se marchó aquel día en la alfombra.

El precio

Imagina que pierdes un ojo en una de esas peleas, dijo el maquinista Roque Gantes desde cubierta.

Si pierdo un ojo, respondió Corea con ironía, me lo tienen que pagar.

¿A qué viene esa guerra de barrios? ¿Por qué peleáis entre los Diablos Rojos y los Mau Mau?

¿Por qué? Eso no se pregunta.

Tú eres tonto. ¡Es tonto, señores, es tonto!, gritó el Maniobrador de Grúas.

Si pierdo un ojo, continuó Corea, me tienen que apoquinar una pasta. Claro que sí.

Diez mil pesetas, dijo de repente Gabriel.

¿Estás seguro, magistrado?

Corea pensó en la Medusa, con sus medias encarnadas. Y si es un familiar el que hace el daño, digamos, el propio padre, ¿cuánto?

Nada.

Se hablaba mucho del secuestro de un niño en la ciudad. Pepito Mendoza. Había sido una mujer trastornada que quería tener un hijo quien lo robó.

Tú, magistrado, ¿cuánto pagaban por un esclavo?, le preguntó Corea a Gabriel.

Para el algodón, en Virginia y por allá, trescientos sesenta dólares por cabeza.

Pinche se quedó pensativo. En la plaza de los Huevos y en Santa Catarina se cambiaban dólares, libras, pesos, bolívares. A escondidas. Debajo de los huevos.

¿Cuánto son trescientos sesenta dólares?, preguntó Pinche con aire distraído.

Por ti no pagarían trescientos sesenta dólares, dijo Corea, si eso es lo que quieres saber. Además, tienes un ojo bizco. Eso baja el precio. Tú no vales ni para pelear.

Pinche no respondió. Tenía dos ojos. Lo que pasa es que tenía el mal del ojo vago y se lo estaban corrigiendo con un parche. Si lo pillaba el de los zapatos blancos, por haber quemado los tablones de teca para calentar las veinticinco tarteras de los obreros, a lo mejor lo dejaba de verdad sin el ojo sano. Pero no lo iba a pillar. Él, con el ojo vago y todo, veía mucho mejor que Corea. Por eso fue el primero en dar la alarma y echar a correr.

¡Los Mau Mau!

El libro de Elisée

Íbamos a ir a la fiesta el 2 de agosto. Primero, en el tren especial a Betanzos, desde la estación de Coruña, y después en barcas, río Mandeo arriba, hacia el campo de los Caneiros. Llevábamos mucho tiempo con los preparativos. Aquel viaje festivo, aquella romería en barcas entoldadas de laurel, que se balanceaban al ritmo de los acordeones, empujadas por los aires de las gaitas, era como ir al lugar soñado. Tantas vueltas y allí estaba, Libertaria. Un día como aquél valía por un año. Con un poco de suerte, ibas con las manos vacías y volvías abrazado.

Polca se levantó y fue en busca de *El hombre y la tierra*, tomo I, de Elisée Reclus. Cuando Polca tenía ese libro en la mano, se le ponía cara de persona seria. Cara de Elisée Reclus. Y yo no digo que no supiese ser serio sin el libro. Pero en ese caso, como él decía, era una seriedad documentada. Me costó trabajo convencerlo para ir al «médico de los ojos», como él le llamaba al oculista. Se resistía a cualquier derrota física. Después estuvieron horas hablando. El doctor le dijo que tenía presbicia y que por eso se le difuminaban las palabras menudas en el papel. Y entonces Polca le enumeró los siete pecados capitales. Los ministros, dijo, del Gobierno del Carnaval. Por aquel entonces el doctor era un niño, pero recordaba aquellos disfraces por el Cantón. Había sido un Carnaval muy especial, el mejor, después de las elecciones de febrero de 1936. De todos los barrios bajaron comparsas, con sus charangas de música. Quizá era la mirada del niño, que magnificaba el recuerdo. Quizá. Fue el último gran Carnaval. Después vino la guerra, la prohibición.

Sí que los recordaba. Los ministros de la Soberbia, de la Avaricia, de la Lujuria, de la Ira, de la Gula, de la Envidia y de la Pereza. Muy atildados, los pecados, de levita y sombrero de copa, con un gran cigarro y con sus bastones de mando. Y de ganchete, con vestidos charlestón, escotados y muy cortos, de flecos de canutillos y cuentas, fumando en boquilla y el pelo *à la garçonne*, allí venían la virtudes, las chicas de Germinal, que hacia ellas sí que miró el médico de los ojos cuando era niño, hacia la Humildad, la Generosidad, la Castidad, la Paciencia, la Templanza, la Caridad y la Diligencia. Ésta le había parecido especialmente guapa. La Diligencia. Lo que no sabía, dijo Polca, es que hubiese un octavo pecado. La Presbicia.

Polca se ponía las gafas de la Presbicia y, antes de girarse y ponerse de verdad serio, aún tenía aquel detalle que le había enseñado Pepe Pazos —el marinero a quien sorprendió la revolución de octubre de 1917 en San Petersburgo y vio al *Aurora* lanzar cañonazos contra el palacio zarista—, que estaba en Madrid en julio de 1936, ¡un marinero!, y preguntó: ¿Adónde vais?, Al cuartel de la Montaña, ¿A qué?, A tomarlo, Pues vamos allá, Pazos que fue experto en icebergs en los convoyes que bordeaban el Ártico en la Segunda Guerra Mundial, Pazos que pilotó un barco de apoyo en el desembarco de Normandía, pues bien, Pazos, antes de hablar, tenía aquella humilde deferencia que Polca imitaba: ¿Qué te puedo contar yo que sea perdurable?

Había ido Polca por el primer tomo de *El hombre y la tierra*, de Elisée Reclus, porque allí estaba una clave de lo que le quería decir, de lo que significaba aquel viaje río arriba, la fiesta de aquel año. Pero olvidó lo que buscaba, como le pasaba tantas veces, porque se quedó mirando una esfera dibujada que sostenían dos manos. Si miraba por encima de las gafas de la Presbicia, la esfera se difuminaba, se movía borrosa en las manos como un cuerpo extraño. A través de las gafas, se fijaba nítida, en su sitio. No sabía cómo le gustaba verla, si nítida o borrosa.

Ibas a leerme algo, padre, dijo Ó.

En contraste con su ser natural, la seriedad de Polca era muy dramática: Tenéis que marcharos ya, nena. Cuanto antes. Sin demora. Antes de que los años os atrapen y todo siga igual. Aquí todo huele a moho. El aire. El tiempo.

Ella ya sabía lo que le estaba pasando. El río Mandeo, el río de la fiesta, le descendía por el espinazo. Le pasaba igual cuando se ponía a recordar el rótulo hecho en azogue del ateneo El Resplandor en el Abismo, del barrio de A Silva. Aquel sol entre llamas dibujado en esmeril. Lo hicieron añicos y en su lugar los fascistas pusieron un letrero que decía Auxilio de Invierno, y del que alguien una noche arrancó la primera parte y quedó para siempre grabada en la fachada la palabra Invierno. Así, en mayúscula. Pues ahora el río Mandeo venía de regreso. Porque el tren especial nunca llegó a salir. Ni las lanchas. Y ellos no subieron aquel 2 de agosto río arriba hacia el campo de la fiesta, Libertaria por un día, sino que muchos bajarían como cadáveres aquel mismo mes, arrojados a las aguas un tramo más arriba, desde el puente de la Castellana, en la carretera de Coruña a Madrid. Los muertos que quedaban en los pozos del río eran recogidos por los vecinos y enterrados en el territorio del limbo. Son muertos privados de vida y de identidad. Los Desconocidos. En Vilarraso y Aranga y Coirós. Los que iban a ir río arriba, de fiesta, a Libertaria, fueron río abajo. Asesinados. Ninguno de estos crímenes ha sido jamás investigado. El terror de las familias era tal, si es que quedaba familia, que ni se atrevieron a preguntar por los muertos.

Ibas a leerme algo, padre. Estabas hablando de una fiesta río arriba. E ibas a leerme algo.

Yo quería ver un libro de electricidad animal, iba un poco en broma, a ver qué me decía, porque los otros también estaban por allí, a la escucha. Y ella, Minerva, la bibliotecaria a la que Holando llamaba Minerva, me dijo muy seria que había uno titulado *Hipnotismo y magnetismo animal* y yo le conté la historia del pato. El día que mi madre lo agarró y le cortó el pescuezo, porque sólo ella tenía en casa el valor de hacer eso, el sacrificio de un animal para poder comer. Y el ánade hizo tanta fuerza que salió volando. Voló por encima de nosotros sin cabeza. Y mi madre dijo: Eso ha sucedido porque tenía mucha electricidad dentro. Minerva escuchaba con los ojos muy abiertos. Se veía que le impactaba el cuento. Ella tenía un libro encima de la mesa. Si te interesa la naturaleza, me dijo, te recomiendo éste. Y era *El hombre y la tierra*, de Elisée Reclus.

¿Y no me lo puedo llevar?

No. No te lo puedes llevar porque son seis tomos grandes. Y éste es el primero. Empieza por éste. Aquí, en la biblioteca.

Cuando llegó la hora del cierre en Germinal, en la calle Sol, que desemboca en la ensenada del Orzán, tan atrapado estaba Polca en la lectura que decidió hacerse el zorro y marcharse con el libro escondido bajo la chaqueta. Eso fue a finales de junio, en víspera de San Juan. La vio a ella, en las hogueras, y se quedó pálido ante el fuego. Se acercó en varias ocasiones a la biblioteca de Germinal con la intención de devolverlo, pero al llegar a la puerta veía a Minerva y no era capaz de entrar por la culpa y la vergüenza. Él, un operario de jardines, un gaitero de Castro, que tocaba tanto en el homenaje a Sacco y Vanzetti como en la procesión de la Virgen del Carmen, patrona del mar, amparo de los náufragos, él, miembro del ateneo El Resplandor en el Abismo, lector de *Brazo y Cerebro*, y de *La Novela Ideal*, marcharse así con un libro, como un pillo. Pero ya lo había decidido. Sin más tardar, al salir del trabajo, el viernes 17, antes de ir al primer combate de Curtis, entraría en el Centro de Estudios Germinal y lo devolvería. Le presentaría disculpas muy en serio a Minerva. Se ofrecería voluntario para cualquier tarea. Él se daba maña con todos los oficios. Es lo bueno que tiene vivir en la frontera entre el campo y la ciudad. Que sabes herrar un animal y arreglar un motor. Pero ya no pudo ser. Aquel anochecer fue la primera vez que sonaron las sirenas de los barcos por las noticias de la sublevación militar en África y la gente bajaba en riadas hacia el centro de la ciudad. Y él anduvo toda aquella noche con el libro bajo el brazo. Había manifestaciones para pedir que se entregaran armas al pueblo para defender a la República. Y él asistió algo cabizbajo.

No vayas a perder el humor ahora, Polca, le dijo Arturo da Silva. Armas ya no tenemos, ¿qué haremos si pierdes el humor? Anda, reza por nosotros en latín, que llega antes.

No era cosa del humor. Ni de cagarse de miedo ante lo que se venía encima. Cómo explicarle a Arturo que lo que tenía era una culpa muy grande. Culpa con el Hombre y culpa con la Tierra. Una culpa culpable. Y no podía decirlo. No le iba a contar en medio de un golpe militar, con todos ellos en el límite entre la vida y la muerte, no le iba a contar que se había quedado con un tomo de Elisée Reclus. Era una minucia, pero para él era una culpa enorme, que lo tenía abrumado.

Abrió el tomo I y vio la esfera terrestre entre las manos: El hombre es la naturaleza tomando conciencia de sí misma.

Y mira por dónde, fue así como se salvó el tomo primero de *El hombre y la tierra*. El resto ardió. El tipo aquel, el director de la quema, andaba frenético a causa de un Nuevo Testamento. Todo el tiempo machacándonos. El tipo, primero quemaba y después quería alardear de bombero de Cristo. Pero ya no había nada que hacer. Y lo que él no sabía era el daño que me hacía andar removiendo las cenizas, por temor de que apareciese algo, algún hueso, de Elisée Reclus. En eso consiste una guerra. En

que te quedés solamente con un tomo de una enciclopedia y no puedas encontrar a sus hermanos. A veces sueño que la biblioteca está abierta. Que voy a devolverlo y Minerva me dice: Pues ahora, como castigo, tienes que leerme todos los tomos. Y tengo que leerme todos los tomos, y me da tiempo porque no hubo guerra.

Ibas a leerme algo, padre.

Sí, ya, lo estoy buscando.

No sabía si era mejor mirar la esfera con las gafas de la Presbicia o verla borrosa. Ahora tenía problemas con la visión de las manos. Cuando la esfera se ponía, digamos, esférica, las manos temblaban.

Blu, dipinto di blu

Corea desapareció durante un año del muelle de Occidente. Volvió rapado, sin aquel pelo tan vistoso que llevaba como una crin. Muy serio. Más flaco. Todo en él había disminuido, excepto las cejas que proyectaban sombra en los barrancos del rostro, como si por él hubiese pasado el tiempo en una avalancha que le arrasase la vegetación y también la carne de los bancales, y el mecanismo de reír. No, los dientes aún no. Pero parecía que le hubiesen crecido como dólmenes desenterrados. Iba de la mano de María Medusa.

Recordó que cuando los había visto por última vez, entre los tablones, con unas sacas de sal como lecho, ella sentada, acariciando la coronilla de Corea, él recostado, con la cabeza en el regazo de la muchacha, le habían parecido muy hermosos. Nunca antes había sentido el impulso de pintar una escena y en aquella ocasión sintió que eso era lo que estaba haciendo al mirarlos. Las pilas de madera enmarcaban a la pareja y al mismo tiempo filtraban la luz en láminas, como un gran biombo.

Cuando lo tiene muy cerca repara aún mejor en los remiendos de la cara. Al verlos, pensó que él los había pintado antes. Que conocía esos matices de la carne.

Hola, magistrado, le dijo Corea.

Y en él no había nada de amenazador. Su mirada franca no era de venganza. A veces, Chelo trazaba cuadrículas para dibujar el óvalo de un rostro. Así era la cara de Corea. Una serenidad cuadriculada por cicatrices. Se imponía la talla por sí misma, previa al castigo. La Medusa le pasó la mano lisa, blancuzca, por el único mechón de la chola. Una mano fibrosa, de dedos largos y venas muy marcadas, que acariciaba lentamente, como si fuese a permanecer allí.

Tú tenías un tocata, ¿verdad?

Gabriel iba a añadir una ristra de excusas. No era suyo. El tocadiscos era de su madre. Era portátil, sí, pero muy pesado. Si lo sorprendían bajándolo no sabría qué decir. Y el juez. El juez te puede hacer mucho daño, Corea, ¿no te das cuenta? ¿No has tenido suficiente? Pero no dijo nada. Asintió. Sí, tenían un tocata. Chelo, en el Pabellón Chinés, usaba la radiogramola, aquel mueble que para Gabriel, sin saber muy bien por qué, hacía juego con el reloj de pie Grand Mother Circa. El tocadiscos había sido un regalo de Leica a su hermana. El resultado de uno de sus tratos futuristas con el señor Mago de Oz, como le llamaba al dueño de El Hexámetro, en el campo de la publicidad y la decoración de escaparates. En alguna ocasión le había oído a su padre decir que Leica estaba hecho de mercurio. Él pensó que se refería a sus altibajos, pero en realidad hablaba de sus ideas, tan escurridizas como las bolitas de mercurio para un tenedor. Daba la impresión de que el juez observaba a Leica desde siempre y que aun así sería incapaz de identificarlo en una rueda de reconocimiento. Era un ser mutante, en su opinión caprichoso, que hacía trizas su idea de un catálogo de caracteres y conductas. En el Juzgado él tenía claro quién era cada quién al primer *coup d'oeil*, a la primera *olhadela* él ya sabía... Leica llevaba un

tiempo entusiasmado con lo que llamaba la revolución escaparartista, que iba a transformar el rostro de la ciudad, crear un nuevo paisaje, una segunda naturaleza. Ya había abierto paso un pionero, Armando Liñeira, con la idea sensacional de un desfile de modelos en el interior del escaparate de La Palma. Eso era parte del estado de cosas de aquel inicio del verano de 1963 en el que Corea reapareció en el muelle de Occidente y le pidió a Gabriel que bajase el tocadiscos que Leica le había regalado a Chelo y que estaba en su habitación. Podía funcionar a pilas. ¿Por qué no? ¿Por qué no bajarlo? ¿Por qué no darle ese gusto al reaparecido héroe del muelle de Occidente? Incluso lo había llevado el primer domingo a la playa de Santa Cristina. Ese día en que siempre le parecía inminente la llegada de la chavalilla que hablaba la lengua de los chimpancés con un acento extraño, con la piel muy blanca, la cara llena de pecas de un castaño verdoso, muy alta, espigada, pero con los pechos de la infancia, casi planos, en contraste con los grandes pezones rosados.

¿Por qué no lo traes? Y baja algún disco. Aunque sea el *Volare*.

Miró a la Medusa e hizo que ésta sonriese con su media cara: *Nel blu, dipinto di blu*.

Cuando Gabriel y Zonzo volvieron con el aparato de música, señaló el espacio abierto entre los montones de madera, en el lugar donde las cuadrillas habían jugado tantas veces al fútbol. Ésa es la sala de fiestas. El Seixal, el Moderno, el Liceo de Monelos, todo para nosotros dos. Había nubes harapientas, deshilachadas, que avanzaban muy despacio hacia el mar, como si retrocediesen a la búsqueda del tejido perdido en un telar.

Fue la penúltima vez que los vio. Bailaban arrimados. Zonzo, burlón, había escogido a propósito entre los discos de Chelo uno de ópera. Un chillar inquietante de soprano. Fue a ver los créditos en la funda. *Ach, ich fühl's*. Pero a ellos les daba igual. Bailaban, pegados, la canción de su vida. La Medusa giraba de puntillas y los talones le sobresalían de la barca de sus zapatos de tacón bajo, lo que acrecentaba la sensación de un abandono ebrio. Su girar hacía mover el espacio de los tablones montados en forma de jaula. El resto, el mar y el cielo, todo estaba extremadamente tranquilo. El pelo largo, negro y brillante de la Medusa caía como una crin sobre la pálida cabeza rapada al cero de Corea. El cuerpo de Gabriel sintió un tipo de estremecimiento desconocido. Para esa composición era preciso que Corea estuviese besando el lado desfigurado de la mujer.

La última vez que los vio fue unos días después. El Maniobrador de Grúas les dejó, en esa especie de aniversario, jugar un rato con el balón del *Diligent*. En uno de los disparos la bola se coló entre las pilas de madera de exportación. Fue uno a buscarlo. Fue otro. No aparecía. Fueron todos. El Maniobrador empezó a ponerse nervioso. ¿No habría caído al mar? No, no. Imposible. Y entonces salieron de una de las pilas de madera más alejadas, como de una estancia palaciega, Corea y la Medusa. Ella estaba embarazada. En el vientre llevaba el balón del *Diligent*.

Ramón Ponte también se echó a reír. Fue la última carcajada que se oyó aquel

verano de 1963 en el muelle de Occidente. Cuando la Medusa se abrió de piernas y parió el balón, que se fue botando hasta detenerse a los pies del Maniobrador de Grúas.

De repente, apareció un *jeep* policial. Ramón Ponte se fue con el cuero histórico bajo el brazo hacia la cabina. Los guardias les ordenaron a los más jóvenes que se fuesen a casa. El puerto ya no era un sitio para jugar. Que fuesen buscando otro. Pronto llegaría el *Azor*, el yate del Caudillo. Y estos dos, el golfo de la coronilla de caballo y la puta de la media cara, estos dos se vienen con nosotros. A ver, documentación.

Banana split

Cuanto más impuros sean los pensamientos, más larga será la cobra que te salga por la boca. Y en la confesión, desde pequeña, venga a decir que había tenido pensamientos impuros. A Amalia y a mí nos gustaba mucho tocarnos los pechos. En el desván nos probábamos ropa, jugábamos a las modistas, a imitar el vestuario de alguna revista de costura. Y fue entonces cuando empezamos a acariciarnos y a medirnos los pechos. Una vez tuve un pensamiento que me pareció impuro pegándome con Rafa en el río del Laranxeiro. Porque a mí me gustaban las luchas. No se peleaba así como así. Había que provocar la lucha, poner una paja en el hombro y decir: A ver quién es capaz de quitarme esta paja. Y a mí los chavales no me hacían caso, se reían: Qué cabra eres, no seas tan cabra. Alguna vez lo conseguía, hartos ya de que me metiese en medio. Tú eres tonta, dijo Rafa. Me agarraba por las muñecas, había conseguido derribarme y estaba a horcajadas sobre mí, pero yo seguía retorciéndome. Estaba muy colorado. Estate quieta, decía, te voy a tener que atizar. Yo tenía un único pensamiento, que era el de ganar y ponerme yo encima de él hasta que pidiese papas. Porque ésa era la voz de la derrota: pido papas. Y no sé si era pensamiento impuro o no, porque no pensaba nada. Sólo en ganar y en que él pidiese papas. Con Amalia pensaba más. Ahuecábamos las manos y nos acariciábamos los pechos y notábamos cómo crecían. Crecían de un minuto para otro, de un día para otro, de un año para otro. No podían ser pensamientos impuros, ya que eso sólo se daba entre hombres y mujeres, pero algo debía de suceder, porque un día nos creció la lengua como una cobra. Según las historias de Polca, a las cobras, cuando se hacen mayores, les salen alas y echan a volar cantando: *¡Para Babilonia me voy!* Algunas veces, después de cobrar, nos dábamos el capricho de ir a tomar chocolate con churros a Bonilla. Aunque el máximo atrevimiento, la lujuria, el gozo, era ir a tomar un helado banana split al Linar. Eso ya fue más tarde. Yo creo que nos salieron las alas entonces, la temporada del banana split. No parábamos de reír. Era como si nos diesen el preparado de la risa. Voy a subir la escalera, decía Amalia después de tomar el helado. Para ir a los aseos, el Linar tenía una vistosa escalera, de esas que apetece subir y bajar. A cierta altura se bifurcaba, y en el espacio abierto del medio había una gran moldura de concha de vieira. Aquel desplazamiento, el de ir a los aseos, era un paseo artístico. Peldaño a peldaño una iba creciendo. Con quien yo quiera, dijo un día Amalia, al regreso de la escalera, lo voy a hacer todo. ¿Qué dices, mujer? ¿Te has vuelto loca en la escalera? Todos los pensamientos. Todo. Por delante, por detrás. Despacio, al trote. Él, que haga lo que quiera porque yo me lo voy a comer todo. Banana split.

El camarote de Montevideo

Decidió vivir en un exilio sin tener que marcharse de nuevo. Se encamó en la habitación del viejo marinero. Allí escribía aquellas novelas del Oeste que firmaba John Black Eye y daba clases de taquigrafía por el método Martí. Todo se lo pintó Sada, aquel *Bateau Ivre*, el doble que había dado a luz Urbano Lugrís, el hombre partido en dos. En aquellos días, Lugrís pintaba los interiores del yate de Franco. El dictador se había encaprichado con su pintura marina y lo había mandado traer para que le decorase el barco. Tenía, como Hitler, una frustrada afición por las bellas artes. El poder le había permitido superar otras frustraciones. Pero él, Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, nombrado Espada de Dios en el Año Santo del 37, pintaba mal. Muy mal. Y, sobre todo, pintaba mal el mar. Nadie se lo decía a las claras. Todo eran alabanzas para aquellas marinas flácidas. En los escenarios le disimulaban la estatura con tarimas y tacos de madera. Las cámaras tomaban las imágenes en contrapicado para hacer más alto al petiso. Pero él notaba que el mar se le escurría en el pincel sin remedio. Un día se dio cuenta de que nunca sería capaz de pintar un erizo de mar. Quería pintar un bodegón, una naturaleza muerta, pero aquella naturaleza no le salía ni muerta ni viva. Tenía unos de modelo a la vista, bien frescos, traídos a propósito del mar del Orzán, de un intenso bermellón oscuro. Antes que los peces, la caracola y la estrella de mar, decidió pintar un erizo. Le parecía lo más fácil. Una esfera espinosa. Nadie iba a ponerse a contar las espinas. Se cansó de pelear con la forma del erizo, con cada espina. Aquel ser ejercía la fascinación y el engaño. Más que salido del mar, parecía caído del espacio sideral. Llegó un momento en que le era imposible precisar el color. Intentó la solución más simple, una pintura de trazo muy infantil. Pero el resultado fue que no era un erizo. Era una mancha que carecía de toda convicción. Sintió una desagradable impotencia. Tenía en mente las pinturas de Lugrís. Lo mandó llamar. Pintaría por él todo eso y en su barco.

Urbano Lugrís pintaba el yate de Franco. Al acabar la jornada, iba por Casa Enrique y bebía vino Palma del Condado, con la compañía de unas tajadas de lomo de finísimo corte, casi transparentes, que antes de comer elevaba a la condición de alma del cerdo. Después, con una ligera ebriedad de alípede, salía a la calle Compostela, se dirigía a casa, se cambiaba de ropa y, a continuación, vestido de Sada, hacía un recorrido laberíntico hasta llegar a La Rosa Taquigráfica, besaba a Catia Ríos, subía la pequeña escalera de caracol y pasaba al otro mundo, a la hora crepuscular, para pintar la «habitación del viejo marinero», el refugio donde navegaría encamado su amigo Héctor. Sería el hogar de un náufrago encantado.

¿Quién es?

¡Sada, el barco ebrio!

Pintaba en rachas febriles que alternaba con paréntesis de total ensimismamiento en los que parecía atenazado por un silencio mudo. En uno de esos momentos rompió de repente su silencio y le dijo a Héctor: ¿Sabes? Estoy pintando el *Azor* con pinturas

tóxicas, con mucho verde esmeralda de Schweinfurt. A lo mejor hace efecto.

¿Tarda mucho?, preguntó Héctor por seguirle la corriente.

¿Importa el tiempo ahora? ¿No sabes lo que dijo Carrero Blanco, su segundo de a bordo: «El mandato de Franco es vitalicio»? Hay que dejar trabajar al trióxido de arsénico.

No te tortures.

¿Quién me mandaría a mí hacer realismo mágico? ¡Lástima no ser cubista! ¿Sabes lo que me preguntó el Capitellum? Dígame, Lugrís, ¿cómo pinta esos erizos? Eso es lo que me preguntó. Primero les hago un sitio, excelencia, y después van naciendo solos, entre el color piedra y el azul Patinir.

¿Solos?

Con cobaltos y la gracia de Dios, excelencia. Se lo dije con voz impostada, genial, a lo Dalí. Hay que andar con pies de plomo.

Hiciste bien, dijo Ríos. Esta clase de gente es muy susceptible a los pequeños ridículos. Los grandes no los percibe.

Cuando el pintor acabó, Héctor Ríos pensó que habían desaparecido las cuatro paredes. Aquí resistirás como un Nemo, dijo Sada. Y después añadió: Sólo te falta una cama de agua.

¿Estás seguro de que existe esa cama?

Ya existía en el paraíso de los persas. Era de piel de cabra. La llenaban a diario con agua solar.

Por ahí debería ir la ciencia del futuro en este infortunado país, reflexionó Ríos, a quien servía de mucho estímulo el discurso ideográfico de Sada. Una técnica con voluntad de estilo. Secaderos de moho, cajas de luz, camas de agua. Nuestra poética delata, para quien sepa leer, las más hondas carencias materiales. Esa permanente invocación a la luz es el movimiento más elemental, más simple de la naturaleza. La obsesión mística es una consecuencia de la falta de calefacción, del mal comer y del mal dormir.

Dejando aparte ese remoto paraíso, dijo Sada, estoy convencido de que el gran Verne navegaba, por decirlo así, en una de esas camas de agua que inventó el doctor William Hooper el siglo pasado. Es una suposición que encaja bien con las fechas. Siempre he pensado que Hooper era, a su vez, una invención de mi padre. Pero ese fenómeno de la medicina flotante existió de verdad. Confirmado en el consulado británico. Aquí tengo la dirección. The London Waterbed Company, 99 Crawford Street.

Si me consigues una cama de agua, dijo Montevideo, escribiré para ti un atajo al Parnaso, un obituario en vida que hará estremecer de gozo a todos los necrófilos. Serás inmortal por lo menos durante veinticinco años.

En la necrológica no te olvides de incluir ese sublime apodo de *Bateau Ivre*. Aunque yo tenga, por Urbano, nombre de autobús.

Ahora siéntate, descansa un poco, dijo Montevideo.

¿Me vas a torturar?

Sí. Te voy a leer un fragmento de presente recordado.

El cant dels ocells

Era el hombre que quería decir que no. Leica le fue a pedir consejo a Rubén Lires, el violonchelista. Pero se encontró con otro hombre que no se atrevía a llenar las casillas del crucigrama. Estaba allí, absorto, tocando alrededor de sí mismo una pieza de sonámbulo. También sobre él había caído la red. Todo se confabulaba para conformar una realidad grotesca. Por la calle de San Andrés, una cuadrilla de operarios llevaba enroscada la gran alfombra de la iglesia de los Jesuitas, prestada para la Cena de Gala. El arco buscó una clave de dolor y de rabia en las cuerdas, pero el brazo quedó desarmado. Cayó.

Voy a tener que tocar en la Cena de Gala.

Ya se le había pasado el tiempo de las disculpas. Rubén había encontrado en la música la protección, la cápsula submarina. Ahora su maestría había hecho de él un ser vulnerable. Visible. Querría ser un músico de los que van por las aldeas, uno de esos anónimos que se juntaban en La Tacita de Plata a la espera de los pedáneos de las aldeas y de los propietarios de las salas de baile. Querría ser el acordeonista ciego del Papagaio. Querría volver atrás, que todas las notas retornasen a la nada. ¿Quién tendría la bondad maléfica de pensar en él? Todos los años, las autoridades locales le ofrecían al Caudillo la llamada Cena de Gala. Tras el banquete había siempre una sesión de música clásica con grupos de cámara y solistas muy escogidos. ¿En qué momento, por qué, cómo fue articulado su nombre? ¿Quién lo dejó caer, quién lo cazó al vuelo? Percibía todas las alabanzas, los aplausos, como una conspiración. No, no había sabido interpretar. Para él, en aquel mundo, su arte era un delito. Él debería estar en la cárcel. En arresto domiciliario. ¿Quién sería el preboste melómano, el cerdo comedor de flores que había pensado en él? Era una distinción, un honor para un artista local que por primera vez en la gran recepción iba a sustituir a un artista consagrado. Rubén Lires se pasó la noche escribiendo anónimos contra Rubén Lires, el violonchelista. Contra sí mismo. Los fue rompiendo, pues le resultaban, en el afán de precisión que mostraban, algo cómicos, como aquellas confesiones de la infancia para hacer la comunión: He tenido malos pensamientos. Cuenta, cuenta. Rubén Lires, el violonchelista, es un desafecto. Rubén judío. Rubén masón. Rubén comunista. Después tachó y rectificó: Rubén trotskista. Eso no lo van a entender, pon mejor lo de Rubén anarquista. Eso sí que lo entienden, carajo. Rubén Lires es un artista degenerado. Ay, ay. También para la autodelación hacía falta una cierta voluntad de estilo, un toque de distinción. Pero pensó en algo aún más preciso que de verdad pudiese causar un efecto perturbador: A pesar de las apariencias, se trata de un hombre de vida disoluta. Un individuo que no tiene freno moral, entregado a todos los vicios. A su condición de antiespañol y revolucionario se une la de libertino. Nos ha sorprendido mucho ver su nombre incluido en el programa musical de la Cena de Gala de este año. Firmado: Un patriota alerta. Viva Franco y Arriba España. ¿Qué te parece? ¿Crees que funcionará? Sentía el silencio de Leica. En realidad, su amigo

fotógrafo no dice nada porque está padeciendo un calvario semejante. El del hombre que no se atreve a decir que no. El juez de Oklahoma habla con el gobernador, el gobernador con el ministro, el ministro con alguien de la Casa Civil de Su Excelencia. Habrá fotos. Una sesión fotográfica con el Jefe del Estado. Y ¿quién sabe?, quizá el Nuevo Retrato Oficial. Imagina. En todas las paredes de ministerios, miles de despachos, centros oficiales, escuelas, libros. El triunfo. Adivina quién será el fotógrafo. Quién tendrá el honor.

Puedo decir que se ha muerto mi madre. A lo mejor no me preguntan cuándo. Yo digo: Oye, se ha muerto mi madre, no puedo ir a la Cena de Gala. Y ya está. A ella no le va a molestar. Morir, se ha muerto. Y siempre me protegió. Puedo ir a llevarle flores. Ya ves, mamá. Tendría que estar tocando para los gerifaltes esos y en cambio estoy aquí, con los míos.

Rubén estaba abstraído mientras hablaba. No resultaba patético. Al lado del violonchelo, había en él un desvalimiento casi infantil.

Diré que estoy enfermo, dijo de repente el violonchelista, como si al fin encontrase la correcta idea salvadora. La verdad es que no me encuentro muy bien. Se escucharía el crujir de los huesos, el rumiar de las tripas.

Miró al instrumento. También él estaba enfermo. Hoy tenía algo de colmena abandonada por el enjambre. El violonchelo le devolvió entre las cuerdas la mirada del vacío de las abejas.

Además, tengo artrosis, constató con una especie de alegría. Una artrosis que me afecta al brazo izquierdo y a veces me adormece el dedo meñique y el anular. Estos dos.

Creo que esa disculpa no funcionará, Rubén, dijo Leica con escepticismo. En ese momento pensó que debería animarlo, y era una manera de pensar en sí mismo. Aquel dilema que los atormentaba, aunque Rubén desconocía el asunto del Gran Retrato, no era para tanto. Al fin y al cabo, eran dos profesionales que hacían su trabajo. Peor, pensó, eran los científicos que diseñaban armas cada vez más destructivas. ¿Qué iba a hacer Rubén? Tocar el violonchelo. Tocar y ya está.

Así que le dijo: Mira, Rubén, tú piensa que eres como un pájaro que pasaba por allí. Nada tiene que ver con el dictador. Él, el pájaro, canta y ya está. Qué más le da al pájaro cantarle a un santo o a un criminal.

Rubén intentó imaginarse al pájaro. Para él no era una imagen tan simple. Viajaba en el tiempo. Había una historia que lo inspiraba. En el palacio del califa Moctader, de la dinastía de los Omniadas, había un tapiz en el que figuraba un árbol con dieciocho ramas donde se posaban aves hechas con hilos de plata y oro. Pero lo singular de aquel tapiz no era el lujo sino el mecanismo oculto que permitía que, en caso de penetrar la brisa en palacio, los pájaros se agitasen en sus ramas y cantasen. Cerrando los ojos, mientras tocaba el violonchelo, Rubén había entrado muchas veces en aquel lugar como si fuese brisa. Lo que allí medía el tiempo era la clepsidra, un reloj hidráulico en el que las horas estaban representadas por puertas que el agua iba

cerrando.

Pero también era el agua lo que abría las puertas de la clepsidra.

¿Cómo sería el califa Moctader? ¿Sería un asesino que escuchaba a los pájaros?

Podría tocar *El cant dels ocells* de Pau Casals.

Leica, de manera instintiva, siguió desde la ventana la hoz celeste de la calle de Santa Catarina. Más allá de la arquitectura maciza de la sede del emporio Pastor, por encima de la arboleda y de los cuellos industriales de las grúas del muelle de Occidente, estaba el tapiz donde en invierno volaban en nube los estorninos. Esa nube era un dibujo animado, en trama de puntos, que cobraba la forma de un ave formidable. La primera vez que los habían visto, cuando desembarcaron de Cuba en 1933, Leica y Chelo pensaron que aquella exhibición aeronáutica de cientos de estorninos era una especie de azar del destino, irrepetible, que nunca volvería a suceder. No podía ser que tantos pájaros compartiesen una misma voluntad estética, que entendiesen su lugar en la historia de la línea. Fue Mayarí quien les dijo: Lo que hacen es dibujar en puntos un ave gigantesca que espante a las de rapiña.

Pero los estorninos de A Coruña se marchan por Cuaresma, después del Carnaval. Regresaban al norte. Alguien les dijo que eran los mismos que picoteaban migas de pan de los turistas alrededor de las piedras de Stonehenge.

No me van a matar, dijo Rubén. No se van a poner allí a atizarle al músico. ¡No sabrán ni quién es Casals!

Saben, pensó Leica. Claro que saben. Pero no dijo nada. Estaba estudiando el espacio de los estorninos. Si hay una historia de la línea, también hay una historia del vacío. En el cielo se notaba la ausencia de los estorninos, como en una pared permanece la marca de un cuadro.

Lo mejor será no decir de quién es, prosiguió Rubén. Estos días no me sale de la cabeza Manuel Seoane. He tenido una pesadilla. Abría la funda del instrumento y aparecía él. ¿Qué haces aquí?, le pregunté aterrorizado. ¡Sssshh!, me mandó callar. Soy un huido. Protégeme. No entro en la caja del violín. Se le veían los agujeros de las balas, limpios, como hechos con un taladro. No me salían las palabras. No era capaz de decirle que estaba muerto. ¿Me quieres decir algo?, preguntó él. Yo asentí. ¿Algo importante? Volví a asentir. Pero no conseguía hablar. Y entonces él me pasó una hoja de papel pautado y me dijo: Escribe ahí.

Leica conocía muy bien a Manuel Seoane, el violinista. Lo estaba viendo por el visor de su cámara. Le estaba haciendo una foto con su fular recogido por la chaqueta abotonada, como si fuese el germen del artista. El pelo peinado y domado hacia atrás, pero con pentagramas que se salen en un *allegro molto vivace*. Lo habían fusilado en el Campo de la Rata, junto con otros jóvenes soldados leales a la República. Fue una ejecución, la de los ocho soldados, a plena luz del día. Estaban acusados de urdir una rebelión en el cuartel de Atocha. Para el fusilamiento, se convocó a toda la ciudad. La gente tenía que abuchearlos. Sería un gran espectáculo público y un escarmiento decisivo para que aquellos que aún no se habían resignado «mordiesen la pólvora» de

una vez. Pero ellos no iban con la cabeza gacha. Todo el tiempo dando vivas a la República, a la libertad. La multitud que va enmudeciendo. Aquel silencio fue el último gran acto de resistencia.

En su estudio, Leica levantó la aguja sin detener el disco. Así le parecía escuchar aquel fragmento que leyera y relejera en la revista de cine francesa: «Fritz Lang, tras el estreno de *Doctor Mabuse*, fue llamado al Ministerio para hacerse cargo de la cinematografía alemana. Aquella misma noche cogió el tren y huyó a París». Cada tarde, desde Coruña, salía un tren para Irún con conexión a Hendaya, en la frontera francesa. Iba atestado de emigrantes gallegos para trabajar en Francia. Rubén le hizo caso. Se marchaba hoy en ese convoy.

Tienes que marcharte, y marcharte ya, le había dicho Leica de repente. No lo pienses más. Guarda el instrumento y vete en ese tren.

Qué agradable había sido escuchar eso. Escucharse a sí mismo, aunque se lo dijese a otro. Miró a la cámara fotográfica. Sabía lo que la cámara estaba pensando: Tenía envidia del violonchelo que se marchaba en el tren, sentado en su propio asiento.

Leica y Silvia

La cámara. Es ella. Hace muchos años que es ella la que hace las fotos. Es ella la que decide qué gente le gusta retratar o no. Ella escoge. Ella las mueve adrede. Ella hace que se velen. Es cierto que es una buena cámara, aunque la mayoría de las fotos son muy malas. Sin embargo, cuando hace alguna buena, puede decirse que nace una imagen para la humanidad. Pero es cosa suya. ¡Lo que ha pasado esta máquina! No me extraña que sea maniática, caprichosa. No creas. Hubo un tiempo, en su juventud, en que hacía fotos con mucha alegría. Era muy obediente. Captaba luz donde no la había. Además, por mí, hizo muchas cosas que no le gustaban. Suele pasar que la gente hace cosas contra su voluntad y acaba convencida de que no le gustan. Yo a eso no he llegado, pero tengo el problema de no saber decir que no. Y entonces es ella, la cámara, la que va tomando decisiones. Así que ya ves. Si estás tan hermosa, la culpa es suya. De la cámara.

¡Déjate de cuentos!

Es verdad. Hubo una época en que yo quería ser artista, lo de fotógrafo se me quedaba corto. Luis Huici, que era artista y sastre, me dijo un día: Lo importante en la vida y en el arte es no aburrir. Dar o no dar, eso es lo que mide una obra. Aquí es todo un dar.

La primera vez que entró en el taller de Huici, en el Cantón, éste le enseñó la colección de la revista *Alfar*, un empeño transatlántico contra el aburrimiento histórico. Aquel taller era un embarcadero de vanguardias, un puerto en sí mismo. Había novedades que sólo se podían encontrar allí, fuesen libros o telas. Había gente que iba nada más que a tocar. Tocar, por ejemplo, el *Ulysses* de James Joyce, aquel libro del que tanto se hablaba y que llegó a Huici por correo marítimo. Allí estaba, un ser vivo, real, que podías abrir y tocar las palabras con los dedos: *Those girls, those girls, those lovely seaside girls*. Llegaban envíos con publicaciones y manifiestos: era todo un dar. Abrían los paquetes y era raro que no hubiese una especie nueva, una imagen, una forma o una pregunta que antes no existían. Cuando le mostró *Alfar* tenía los ejemplares envueltos en una cinta de color negro animal. El artista y sastre tenía una increíble precisión para los colores. Esa chaqueta color cola de zorro. Ese gabán color pan de borona de Carral. Esa cara que tienes de noche en blanco. Y aquella cinta dijo que era color negro animal. Cada vez que le venía a la cabeza el nombre de Huici, veía unos dedos que desataban la cinta. Además de permitirle ganarse la vida, la sastrería era para Huici una forma práctica de intervenir en la ciudad. La gente era la más activa creadora de paisaje. Tiene la condición de árbol andante, de pieza arquitectónica en mutación. Un hombre o una mujer representan, en sí, una nación nómada. Al andar, escribían, dibujaban, pintaban en la ciudad.

Cada poco tiempo ocurría algo en esa composición. De repente, la idea de cultura nómada dejaba de tener un sentido figurado. Muchas personas, con el signo nómada bien visible, el de las maletas, confluían en el puerto y desaparecían fuera del paisaje.

Ésa era una pregunta de Huici: ¿Cuándo dejaremos de exportar tristeza?

Aunque lo acusaban de esnob, él acostumbraba a hablar de una elegancia popular. La elegancia estaba en la calidad de la persona, no en su estilo, y no necesariamente en el coste de la pieza. A Coruña era una ciudad de costureras. Los barcos que exportaban tristeza también traían novedades. Esas costureras hacían fotos con su imaginación, copiaban o imitaban diseños que veían en las pasarelas de primera de los transatlánticos. Hacían alta costura con tejidos humildes. Huici recorría fascinado los mercados populares y las fiestas. Admiraba a las costureras. Una vez vio pasar a un grupo por el Cantón, cada una con su respectiva Singer portátil en la cabeza. Había mucha gente en el paseo más concurrido de la ciudad, pero por un momento pareció que se formaba un pasillo para que pasasen las mujeres de las máquinas de coser. Hizo muchos esbozos con esa imagen de la que hablaba en un tono de divertido episodio bíblico. ¡El abrirse paso de las costureras!

Ata la cinta de color negro puro, negro animal. Adiós, Huici. Mira a Silvia, la costurera. Tenemos la belleza del rostro. Ahora hay que hacer una sesión en la que salga fuera toda la belleza. Lo que existe pero está escondido.

Esta foto es una maravilla, Silvia. Ahora tenemos que hacer una sesión completa. De cuerpo entero. ¿Qué te parece?

Pero Silvia no era de las que respondían a todas las preguntas. Mantenía intrigantes silencios. Como ahora. Su mirada hablaba. Era una mirada que iba de dentro afuera y de fuera adentro. Una melancolía activa, con curiosidad filmadora.

Haremos unas buenas fotos, dijo Leica. La cámara está enamorada de ti. Esas fotos servirán después para convencer a los anunciantes. Es muy difícil hacer un anuncio con modelos de aquí. Todo viene de fuera. La gente tiene el complejo ese de que todo lo importado es mejor. De que todo lo moderno tiene que venir de fuera. Yo pienso de otra manera. Una revolución óptica, ¿entiendes? La publicidad es una de las cosas que van a cambiar este país. Llevamos años de publicidad triste. De tónicos digestivos, de lociones anticropa, de jarabes reconstituyentes. Pero ahora llega el momento de los electrodomésticos. La idea del trabajo doméstico como un castigo se va a acabar. El hogar como un paraíso. La sonrisa de la mujer cuando abre el frigorífico. Ya sé que exagero. Pero sin exageración no hay publicidad. Ni publicidad, ni arte, ni nada.

Puedes hacerme fotos, dijo ella de repente. Pero no desnuda. Sin ropa no quiero.

Él hizo un gesto de protesta. Iba a explicar algo. Pero, por alguna razón, decidió callar.

Yo soy frágil, dijo Silvia. Sé dónde estoy.

Después lo sorprendió diciendo: No quiero que tu cámara se sienta culpable. Si me desnudo será porque estoy contigo, no para una foto.

Ninguna de las chicas que había llevado al estudio le había hablado nunca así. Alguna se enfadó o, sintiéndose engañada, lo maldijo. Pero hablarle así, no. Jamás.

Tengo que protegerme, porque si no me defiende yo, no lo hará nadie. Sé dónde

estoy. Prefiero no mortificarme.

Bien. Olvida esas fotos desnuda pero no digas eso, lo de que nadie puede protegerte.

No. Quizá llegues a quererme, dijo ella luego, enigmática. Protegerme, no.

Él estaba loco por ella. Nada más verla, se volvió loco. No me extraña. De jovencita, tras salir del hospital, llevaba la máquina de coser portátil en la cabeza. Iba de aldea en aldea por los montes. Con sol y con niebla. Teniendo que buscar abrigo de las lluvias y de las tormentas. Es fácil contarlo, otra cosa es hacerlo. Eso era lo que pasaba con Silvia, pensó Ó. No, no me extraña nada que Leica, el hermano de Chelo Vidal, se quedase prendado. Porque yo dije: si le hace la foto a esa muchacha que pasa, si le hace la foto ahora, ya se le va a quedar ahí, en la cabeza, en el taller de la cabeza, para siempre. A mí me parece que la belleza, si es pequeña, es más belleza. Quizá porque piensas que está a mano. Eso fue lo que le pasó a él, a Leica, que perdió la cabeza por aquella muchachita con unos bucles que le cubrían los hombros como un chal.

Él se volvió loco, sí. Hay cosas que se transmiten entre las mujeres que llevan cosas encima de la cabeza. Y eso fue lo que sucedió, que nos enteramos de que él bebía los vientos por ella. Le hizo unas fotos para unos anuncios publicitarios. Y no fue como otras veces, no. Esta vez él se entregó. La quería más a ella que a aquella apuesta de macho, la que había hecho consigo mismo de darle un revolcón en la cama a cada una que le sirviese de modelo. Pero un día Silvia se fue. No sabemos lo que pasó. Le negaban los papeles por ser hija de quien era, de uno que murió en el monte. Ya de niña le habían enseñado el zurcido invisible y dicen que no había quien hiciese lo que ella era capaz de hacer: reconstruir una pieza vieja. Trabajaba con la memoria de la ropa. En los dobleces, en los escondrijos, en los rincones ocultos de los trajes encontraba los hilos para injertar y renovar el tejido. Podía recomponer hilo a hilo desde el codo muerto de una chaqueta hasta el gastado torzal.

Era delgada, menuda, de grandes ojos. Grandes ojos y grandes dedos. Todo el cuerpo parecía a disposición de los ojos y de los dedos. Los brazos de Silvia eran delgadísimos. Por eso llamaban la atención sus manos, sus dedos alargados, dúctiles, que se movían con la memoria de los movimientos.

Se le presentó un encargo especial. Un encargo muy especial, le habían insistido las monjas del Servicio Doméstico. Tenía que ser de alguien muy importante cuando andaban con tanto secreto. El destino de la pieza era un museo, pero había prisa porque ese alguien tenía interés en que estuviese lista cuanto antes. La madre Asun hizo un gesto con el pulgar, señalando muy seria hacia arriba, pero sin alzar los ojos. Y eso significaba que el destinatario estaba en las alturas, pero no era Dios. No era la estola de Dios ni el alba del Espíritu Santo lo que había que reconstruir con el zurcido invisible. Silvia se entendía muy bien con la madre Asun. Se podría decir que se

entendían con el reverso de las palabras. Fue ella quien le enseñó las primeras puntadas cuando la niña estaba encamada. Peor aún, cuando estaba atada, sujeta a la cama con correas para que no se moviese ni se levantase durante la noche y gran parte del día. Cuando se incorporaba, era para comer y para que le enseñasen a coser, porque algo tendría que hacer cuando fuese una muchacha normal, el día en que la columna al fin se enderezase. Cuando piensa en eso, en el espinazo, siente que se transforma en un carámbano. Durante años tumbada en una cama, en Oza, atada con correas, sin poder andar. Porque el diagnóstico era que había que domar aquel espinazo deforme, impedir que se consumase la curva, la chepa. Pensar que todo aquel sufrimiento de años se habría evitado con un tratamiento con penicilina. También las levantaban, porque había una sala entera, la de las «niñas presas», para comulgar los domingos y festivos. El cura iba acompañado por un acólito que llevaba la bandeja de las sagradas formas. Era el chaval con más encanto que Silvia había visto nunca. Como no había visto muchos, se podría decir que era el chaval más guapo que conseguía imaginar. Y lo que ella sentía, aquel cuerpo desatado para la comunión, era verdadera hambre, un deseo voraz de prolongar el movimiento de la boca y morder aquella mano y coser a besos a aquel chaval que mantenía la mirada a su altura de encamada. Ella sabía que lo que sentía no era cosa de cría. Pero es que ella tampoco tenía la edad que tenía. Su forzada inmovilidad la hacía vivir con tanta intensidad que, cuando por fin se levantó, tambaleándose, buscando en la ventana ese mar que llevaba meses y meses oyendo murmurar, sin un apoyo para no caer, cuando eso sucedió, se dio cuenta de que había vivido ya varias vidas y que ahora tenía que tratar de que regresasen a su cuerpo o, al contrario, ir tras ellas.

El mar entró con tanta fuerza en sus ojos que la hizo llorar. Y de sus adentros le salió un aullido. No un grito humano, sino un aullido del mar. En ese momento pensó que la habían atado no por un erróneo diagnóstico médico, no por la absurda intención de enderezarle el espinazo a la fuerza, sino para mantenerla adrede alejada del mar. Ella no controlaba el llanto. Se había pasado años con los ojos secos. Las lágrimas tenían que ver con una marejadilla del cuerpo. De entre las vidas vividas en la inmovilidad, había escogido una. Sería la mujer del zurcido invisible. Asun le había enseñado ese arte cuando vio que los dedos concentraban todas las habilidades de los otros sentidos. Silvia tenía unos dedos muy largos y delgados. Del tiempo pasado en la cama hospitalaria salió con un cuerpo muy flaco. Sus brazos eran como varas de saúco. Sus manos, en cambio, anduvieron libremente por costuras y bordados. Jugaban el juego de las sombras chinas y las sombras chinas también jugaron con sus manos, alargándolas.

Grandes manos, le había dicho Leica un día, entrelazando sus dedos con los de ella, grandes manos de miniaturista.

Un grupo de notables de la ciudad quería hacerle un regalo extraordinario al dictador. Él, Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire y a quien hoy mismo

los periódicos llaman Espada del Altísimo, tenía, no obstante, una espina clavada en su orgullo. La de no haber entrado de joven en la Escuela de la Armada. Su ambición era ser almirante. Por eso, cuando se hizo con el poder absoluto, su traje preferido, el que vestía en las fechas especiales, era el de gran gala de los marinos, el que se ponían los almirantes en Ferrol sólo en Viernes Santo. Es con ese uniforme con el que se hace un significativo autorretrato, con la Gran Cruz Laureada de San Fernando en el pecho y unos prismáticos en la mano. Los poderes locales ya le habían entregado el señorío de Meirás y él viajó en 1937 a Coruña, en pleno período de guerra, para tomar posesión de la propiedad. Después fue obsequiado con el mejor edificio de la Ciudad Vieja, la Casa Cornide. El hombre más rico de la ciudad, el banquero Barrié, se la vendió por un duro, cinco pesetas. Un trueque muy emotivo, no carente de simbolismo. Franco pagó con una de esas monedas en las que estaba acuñado su rostro circundado por la leyenda «Caudillo de España por la gracia de Dios». El banquero sería agasajado con el título de Conde de las Fuerzas Eléctricas del Noroeste. No, no procedía competir en nuevos valores catastrales. Ahora que se iba acercando la fecha en que se cumplían los veinticinco años de providencial jefatura, el nuevo regalo tenía que ser algo muy simbólico, asombroso, que pudiese sorprender a Franco, que le llegase al corazón. ¿Por qué no algo que fuese más allá del almirantazgo?

La idea surgió en una cena en el Náutico, presidida por el gobernador. Todos están de acuerdo. El gobernador está deseando oír ese «algo» para asumir la propuesta como si fuese propia. Entre los asistentes, Máximo Borrell, el compañero de pesca preferido por Franco, quien ante todos le otorga la categoría de «íntimo amigo», por lo que su opinión tiene el rango de pláacet. La propuesta partió del juez Ricardo Samos, con su saber histórico, bélico, habría que decir, y a quien, por buscarle un paralelismo a las vidas, el gobernador considera íntimo pues es uno de sus compañeros de caza. Samos tiene una información muy importante. Una pista. Había recordado una antigua conversación de marinos en la que estaba presente su padre. Sí, había algo a la altura de lo que demandaba la Historia y que podría conmover a Franco, un desafío nada fácil.

Una capa de majestad, de rey.

Suena bien, dijo el gobernador. Suena de maravilla.

El juez se explicó. En una ocasión se había mandado hacer una capa de gala para el rey Alfonso XIII con motivo de una prevista visita a Galicia, pensada para abrigar el cuerpo real en una exhibición de la Armada en su honor. Pero aquella portentosa ceremonia no llegó a celebrarse. Fue suspendida a causa de la tempestad. El rey no llegó a probarse la capa. Ni siquiera fueron a recogerla. Por esos enredos de la burocracia, nadie quiso hacerse responsable del encargo. Así que el sastre decidió que la usaría él. Era una magnífica capa. Y sigue siéndolo. Porque esa capa existe.

¿Y sólo se la ha puesto el sastre?

Sólo. Se puede decir que fue de prueba.

El juez sacó una nota del bolsillo interior de la americana. Leyó: «Capa de Gala de la Armada para Alfonso XIII. Paño de armur azul marino, cuello de terciopelo azul noche con sutás en hilo dorado, forro encarnado y como cierre un alamar trezado en ochos de cordón de oro. La prenda se encuentra en regular estado de conservación y es recuperable, a pesar del abandono sufrido en los últimos años. El alamar está en parte deshilachado, el sutás de terciopelo totalmente gastado y hay un desgarrón en el armur por la parte del hombro derecho, así como descosidos en las costuras del paño y del forro. Aunque de buena calidad, el terciopelo requiere un tratamiento específico, por encontrarse apelmazado. Para este menester y para que luzca en su esplendor son necesarias labores muy delicadas de zurcido invisible, ya que está totalmente desaconsejado el uso de nuevos materiales que desvirtuarían el valor histórico de la prenda».

Pues no parece tan sin usar, Samos, dijo el gobernador, inquieto.

Es una pieza única. Histórica. No piensen en los rotos, piensen en el significado. La capa hecha para el rey es estrenada en público por Franco. Excelencia, le ofrecemos humildemente esta capa como Majestad del Mar.

¡Con esas palabras! ¡Con esas mismas palabras! Así, sí. Anote esas palabras.

No se me olvidan, dijo Samos.

Pero a mí sí. Que no se nos vaya el santo al cielo.

No, no sirven remiendos. Es una labor muy difícil, muy delicada. De cirujano. Quienes lo pueden hacer, informan al gobernador, son las monjas del Servicio Doméstico. Son ellas las que transmiten el arte del zurcido invisible. Cuando le llevan el encargo a la madre Asun, ella pestañea y tuerce el gesto. Hay que trabajar con hilos minúsculos, aprovechar filamentos del tamaño de las cejas. Ya no tiene ojos ni manos para semejante obra.

¿Quién puede hacerlo con garantías?, pregunta el secretario del gobernador, que no quiere regresar fracasado de tan especial misión. Que pida lo que quiera.

Eso sólo lo puede hacer Silvia.

¿Silvia? Dígame cómo puedo encontrarla.

No. Actuaremos de otra manera, dijo la monja. Yo haré el contacto. También es una persona especial, susceptible. ¿Para quién es el trabajo? Es importante saber quién va a disponer del traje.

El encargo es del gobernador, madre. Un asunto de rango. Es una pieza de museo pero que tiene una urgencia especial. Más no le puedo decir.

Después de hablar con la madre Asun, Silvia dio un largo paseo por el puerto. Era mediodía. Por la Dársena iba el campeón de Galicia con el caballo Carirí. Pensó en Leica y esta vez dijo que sí, que se haría una foto. En el muelle de la Madera, sentada en un tronco de roble, de los destinados a las traviesas del ferrocarril, estaba la Medusa. Parecía el único habitante de una extraña ciudad, la que se dibujaba su espalda, palafítica y deshabitada. No podía dejar de mirarla. Siempre que pasaba por allí ocurría lo mismo. Quedaba hechizada por aquella mujer que sólo llevaba medio

rostro descubierto como si fuese una figura en blanco y negro. Se levantó. También por sus andares parecía que eran dos personas en una, entrelazadas, las que se movían. Una que tiraba de la otra. Una impetuosa y otra cautelosa, de manera que esos andares eran una mezcla de descaro y timidez. O mejor, de arrogancia y miedo.

Se acercó a ella y le pidió un cigarro.

No tengo, dijo Silvia. Es verdad. No fumo.

No te he preguntado si fumabas o no, dijo la Medusa. A mí qué carajo me importa si fumas o no. Ésta es una ciudad de charlatanes. Pides un cigarro y se ponen a contarte su vida.

Tenía un pelo liso, de un negro intenso, que le caía como crin azabache. En el leve ondear que provocaba al hablar, el brillo hacía el efecto de dibujos y parecía brocado. Silvia pagaría para que siguiese hablando así, enfadada con el mundo.

Dame algo, anda.

Se lo dijo cuando Silvia ya rebuscaba en el monedero.

¿Quieres verme la cara? Por dos duros te la dejo ver entera.

Silvia pagó. Y esperó. Pero la Medusa le dijo: Si quieres verla, tienes que descorrerla tú. Silvia estiró el brazo y rozó con los dedos aquel pelo tan liso, pero no lo apartó para ver el rostro oculto.

Atrévete. No soy un monstruo, ¿oyes?

Silvia retiró la mano, dio media vuelta y echó a andar a paso rápido.

Por la tarde, en su habitación alquilada, la visitó una mujer, tal y como había acordado con la madre Asun. Se trataba de una funcionaria que cumplió las instrucciones al pie de la letra. Traía la capa guardada en una funda. Era una prenda de gran valor histórico que urgía restaurar para una importante exposición. Podía decirle el precio. Las condiciones. No habría problema.

Silvia dijo que su trabajo se medía en tiempo. Cuando lo acabase, ya les diría el precio.

Al marcharse, la funcionaria le dijo: ¡Ah, que no se me olvide! Saludos de Rocío.

¿Quién es Rocío?

Una compañera. Me ha dicho que te conocía.

Silvia se encogió de hombros: Pues dale saludos.

Silvia no quería que Leica la acompañase al lugar donde vivía, ni menos que la visitase. Su habitación alquilada, en la Gaiteira, estaba cerca de la antigua estación de tren. Ella no quería tener ningún contacto con los demás huéspedes, ni tampoco dar motivos para hablar. Era toda gente muy callada, y los que no eran viejos parecían tener la voluntad de envejecer antes de tiempo. La casa, la solidez de las sombras, los muebles taciturnos, los somieres murmuradores, la indiscreción histórica de la cisterna del único retrete en un mínimo cuarto de aseo para compartir. Estaba allí de paso y no quería dejar como huella ni el aire que pasase por sus pulmones. Meterlo todo, el aire y la luz, en la maleta, y llevárselos de allí cuando se marchase. Pobre

aire, pobre luz. Su alegría era el ruido de los trenes, al detenerse y arrancar. Cuando cosía, procuraba llevar el compás de las locomotoras con la pequeña Singer. Pero ahora tenía una tarea urgente. Todo el tiempo disponible lo dedicaba al zurcido invisible. A aquel encargo tan especial.

Llamaron al timbre del piso y el sentido de alerta la empujó a ir ella a abrir la puerta principal, pero cuando se asomó al pasillo ya había acudido otra de las huéspedes, la señora Elisa. Era una mujer que despedía un olor permanente a especias. Sus manos estaban siempre teñidas. Su trabajo, interminable, era envolver pizcas de comino, azafrán y pimentón en papelitos en forma de sobres minúsculos y perfectísimos que ella doblaba a una velocidad asombrosa con sus manos menudas y sus dedos gordos como embutidos. El zurcido invisible de Silvia y el trabajo de envoltorio de especias de la señora Elisa se producían a la vez, pero pertenecían a dos hemisferios opuestos del tiempo.

Cuando vio a Leica en el pasillo agradeciéndole cordial a la señora Elisa su amabilidad por haber salido a abrirle, Silvia se sorprendió a sí misma por no sentirse incómoda. Al contrario, hizo algo muy impropio del modelo de conducta que se había impuesto, más aún en aquella casa. Lo abrazó y permitió que él la sostuviese alzada. Estaba radiante.

Es una desobediencia, pero no aguantaba más. ¡Lo hemos conseguido, Silvia! Van a hacer el anuncio con tu foto. ¡En el escaparate de El Hexámetro! El primer anuncio de electrodomésticos con una modelo local. Y de fondo, el faro de Hércules.

Se movió por la habitación como el animador de un espectáculo que encendiese los focos con el gesto de abrir los brazos. Un animador que les arranca paisajes a las paredes. Silvia experimentó aquella conversión del cuarto de alquiler. Lo que estaba detrás de la ventana pasó al interior. La habitación era un vagón de convoy en la estación. Tenía unas ganas locas de que se oyese la máquina de coser. Un aliento de animal y máquina se filtraba por las juntas del frío pavimento de baldosas. La cama no tenía su habitual sonido rencoroso. La cama escuchaba a los cuerpos.

Cuando se levantaron, la estación ya estaba fuera del cuarto, y los mozos de equipaje, el conductor de coche de alquiler, la florista, el vendedor de periódicos y el limpiabotas parecían detenidos en el tiempo. Pintados. Sólo dos personas se movían por la plataforma. Uno llevaba sombrero, y los dos gabardinas ajustadas con cinturón. Uno era gordo y bajo, y el otro más delgado y alto. Para Silvia, tenían el aspecto de una pareja cómica y siniestra. Le pareció que de vez en cuando miraban hacia allí, hacia la ventana. Y quizá era cierto.

¿Y esta capa?, preguntó Leica. La capa real adquirió de repente la condición de una presencia enigmática. Dijo: Parece una pieza con historia.

Es un encargo que me ha llegado a través de las monjas, dijo ella. Un trabajo urgente para un museo. Es todo lo que sé.

Silvia explicó que iba a ser una tarea casi imposible. Sólo servían los hilos de la propia pieza. Una cirugía delicadísima. Más que encontrarlos, tendría que

inventárselos uno por uno para reconstruir la urdimbre.

Voy a tener que dedicarle día y noche.

¿Ahora que eres una estrella de la publicidad? En este país, la historia siempre lo arrasa todo.

Se abrazaron de nuevo. Era cosa de los cuerpos. No es fácil desprenderse de la melancolía de los cuerpos.

Él tenía, sí, algo que contar, pero no era capaz. No había sido capaz de contárselo ni a Curtis, en quien tenía tanta confianza que le había prestado el caballo Carirí para que se ganase la vida. Ni a él ni al violonchelista. En el fondo pensaba: Nadie se dará cuenta. Le haré esa foto a Franco de una vez y ya está. ¿Y la firma? Ese Sebastián Vidal no va a pasar inadvertido. Mejor poner Sebastián V. O, mejor aún, Foto V. y ya está. Sí. Foto V. La gente identificará los retratos en foto con Ángel Jalón y las pinturas con Sotomayor. ¿Quién se va a acordar de Foto V.?

Se quedó atontado cuando ella le dijo: ¿No tienes nada más que contarme, Leica? Supo, como siempre, sobreponerse enseguida al impacto. Exageró la gesticulación y la voz en lo que él llamaba un momento *Mastroianni*.

¿Algo más? Con una buena noticia ya es suficiente. La entrada triunfal en el futuro. Estamos dentro del futuro, dentro del escaparate, Silvia.

Es imposible, pensaba, que ella sepa nada. Es un secreto. Nadie, a no ser mi cuñado, el juez Samos, o el gobernador, nadie más lo sabe. ¿Rocío? No. Rocío no conoce la existencia de Silvia. Nadie ha podido contarle lo de la foto de Franco.

Ella supo que no se lo iba a decir. Tendría que arrancárselo con unas tenazas de dentista. Que no le iba a confesar que hacía tiempo que estaba casado y que no era cierto que aquella mujer que una vez había encontrado en el estudio fuese la arrendataria del local, una antigua amiga, además. Esto último se lo había dicho con un tono de complicidad. Como quien dice: Hay o ha habido algo entre nosotros, pero tú eres mucho más importante. Lo que le dijo, en realidad, en un susurro al oído, fue: Nunca está satisfecha con su foto. Es lo que yo le digo: no es problema mío ni de la cámara. Hay gente que no está satisfecha y confunde al fotógrafo con un esteticista.

Él se cree todo lo que dice, le había comentado Rocío a Silvia el día en que la abordó. Confunde siempre los deseos con las realidades. Vive en una burbuja. Tú no eres la primera, ¿o qué crees? Si se lo preguntas, negará que está casado. Pregúntaselo. Anda, sé valiente. Podría mostrarte carpetas con fotos de todos sus intentos de conquista. Quizá es algo así como una enfermedad profesional. Quizá tenga que enamorarse para hacer buenas fotos. No lo sé. Será verdad. Hace tiempo que yo no salgo bien en ninguna foto.

Mareada, con los sentidos averiados por la irrupción de Rocío, Silvia la escuchó, no obstante, con interés. Que la mujer fuese capaz de exponer aquella idea, la de que la cámara de Leica ya no la quería, la hacía merecedora de ser escuchada.

Pero el tono de Rocío cambió enseguida, tal vez como reacción a la sorprendente calma que observó en el mapa del rostro de Silvia.

Quiero que sepas que no permitiré que lo vuestro salga adelante. Antes te aplastaría. Puedo arruinarte la vida, no sabes hasta qué punto.

Al decirlo, hincó el pulgar en la mesa de mármol de la cafetería Delicias, en Cuatro Caminos, esa misma cafetería que hasta entonces, para Silvia, reflejaba en la gran cristalera el saludo festivo de Leica en una de sus sonrisas *Mastroianni*.

Tengo poder para hacerlo.

¿Estás casado, Leica? ¿Por qué no me lo has dicho? No. Ella no iba a hacer ese interrogatorio. La repentina brusquedad de Rocío la devolvió a su frágil condición. Silvia pensaba muchas veces en el perfil de la Medusa. Ella también sentía en su interior ese desgarrón. Vivía media vida y desde pequeña intuía que a la gente como ella el vivir completo le estaba vedado en esa parte del mundo. Los días de pesadumbre veía la bahía como una charca en la que los mújeles se alimentaban de los sueños que los ojos vertían al mar.

Tengo poder para hacerlo. Aplastarte.

El único poder de Silvia era el zurcido invisible. Incluso sentir amor era un problema. Se dio cuenta de que uno de sus lados, el iluminado, engañaba al otro, el de sombra, desde que había conocido a Leica. Y que ambos lados lo sabían. Aun así habían decidido seguir adelante. Vivir ese instante de verdad. Ir al cabo del faro, follar bajo sus aspas de luz, con la música de la emisora del mar.

No. No iba a utilizar tenazas de dentista para arrancarle una confesión innecesaria.

Cuando Rocío utilizó las palabras para golpearla, en su conciencia de fragilidad también vislumbró la salida. El día que la funcionaria fue a recoger la capa, ella le dijo que no había conseguido acabar, que le faltaba muy poco, pero que ya sabía el precio. Los papeles. Los papeles que un año atrás le habían denegado, seguro que por ser hija de quien era. Ése era el precio del zurcido invisible. Un pasaporte y un permiso de trabajo en el extranjero.

¿Estás preñada?, preguntó la mujer.

Silvia se sintió el personaje de una radionovela que nunca hubiesen emitido. Había miles de mujeres que intentaban marcharse por eso, por estar embarazadas sin haberse casado o por tener hijos de soltera.

Ante su silencio, la funcionaria dijo: No eres la primera embarazada ni la primera que se quiere marchar. En tu caso, añadió, todo van a ser facilidades. Tienes a Rocío de tu parte. Entregada.

Él seguía allí, con su cháchara, con su sueño publicitario.

Cuando el anuncio estuviese listo, la gran fotografía fijada en el panel, irían juntos a ver el escaparate de El Hexámetro y le presentaría al señor Bendai. Así el comerciante, el futuro patrocinador, vería cuánto más hermosa era en la realidad que en fotografía. Y tenía la esperanza, eso no lo dijo, de que tuviese el detalle de un

regalo. ¿Por qué no un televisor?

Ella dijo que sí, que estaba deseando ver el anuncio, aunque le daría vergüenza verse en el escaparate, expuesta ante toda la ciudad. Se imagina a la señora Elisa allí parada y a lo mejor proclamando en voz alta ante los congregados: ¡Yo la conozco! ¡Pero si ésta no tiene frigorífico! Y menos aún aspiradora. Sólo tiene una máquina de coser. Pequeña. De las de llevar en la cabeza.

Rieron. Se imaginaban juntos, de la mano, ante el escaparate de la tienda de electrodomésticos. El señor Bendai los saludaba desde el interior con su emprendedora sonrisa. Ése era el calificativo que Leica le había puesto a la sonrisa del comerciante. Emprendedora. Cada sonrisa era diferente y tenía un adjetivo. El arte del fotógrafo, como gran publicista, sería poner en foto el adjetivo exacto para cada sonrisa.

La sonrisa de Silvia era la de la mujer que anunciaba electrodomésticos. Le gustaba. La sonrisa oculta luciendo en un escaparate. La felicidad al alcance de la mano. El futuro existe y está en el escaparate. De allí irían a París. A vivir una temporada. A respirar un aire distinto.

Pues la tuya es una sonrisa mentirosa, dijo ella.

Mentirosa de verdad.

Fue Silvia la que propuso ir otra vez. Hacer el amor allí, junto al faro de Hércules. En el coche de Leica. En onda corta, la música iba y venía. Los destellos de luz del faro volvían visibles de forma intermitente a las aves marinas, su pairar de corcheas en la noche.

Él no sabía que ya no habría más noches.

Cuando acabes ese trabajo tan especial tenemos que tomar más clases de francés. El extranjero y la florista. Cada vez que veo el disco en el estudio, me muero de risa. ¡Has nacido con acento de florista extranjera!

—Merde.

—Oh!... *et cette petite fleur... bleue?*

—*La petite fleur... bleue: «Ne m'oubliez pas».*

—*C'est merveilleux! On peut tout dire sans parler!*

—Todo.

Ni lo sabía, que había sido la última noche, cuando al día siguiente fue a la sesión fotográfica, la que el dictador ofrecía como bienvenida en el pazo de Meirás. Siguió las instrucciones. Participó en la sesión colectiva y después esperó hasta que lo hicieron pasar al interior.

No se retrase, le dijo un edecán. Tenga todo preparado. Él va a subirse a esa tarima.

Sí, ya tenía pensado el asunto de la altura, dijo él con torpeza.

Pero cuando Franco entró, para la foto definida como «la de estadista con traje civil», Leica no estaba preparado del todo. Al contrario, estaba paralizado, la cabeza vuelta. Desde una esquina del salón, en una percha de pie, lo miraba la capa del rey.

La Historia dramática de la cultura

Gabriel lo vio salir por aquella puerta pintada de verde. Había una para ir a los aseos. Ésa estaba pintada de blanco. Pero la puerta verde sólo se abría para los alumnos de taquigrafía avanzada. Era el Meritorio quien salía. Habló algo con Catia. Después se acercó a Gabriel, que estaba haciendo la práctica de velocidad. Tito Balboa tenía prisa. Estaba exultante. El director del vespertino *Expreso* lo había convocado a su despacho para hablar del reportaje de los extraterrestres del faro de Hércules. Estaba orgulloso de inaugurar un nuevo género en el periodismo gallego. A veces, cuando coincidían en la academia, lo esperaba para ir juntos un trecho. Él lo acompañaba hasta la sede del *Expreso*. Gabriel le envidiaba al Meritorio la propia geografía en la que se movía como si anduviese por una ciudad superpuesta. Su vivir en la pensión Internacional, su puesto de adulto en el comedor del restaurante Tanagra, incluido el derecho a enfriar el caldo del cocido con vino tinto, su misión de recorrer el puerto y ser heraldo de la entrada de los barcos. Balboa le contaba sus proyectos literarios. Tenía una gran novela en la cabeza. Ya tenía lo que necesitaba. Un espacio, una historia que contar y una voz. Todo era importante, todo tenía que estar bien urdido. Pero lo esencial era encontrar esa voz. Decidir quién habla, ésa es la gran decisión. Y por fin había encontrado la voz. Muy particular. Porque la voz protagonizaba la trama y era al mismo tiempo el lugar donde sucedía. Creo que me estoy liando. Alguien que cuenta su vida y que esa vida es una mutación del espacio, una especie de hogar nómada. Un lugar que es un ser vivo. Que permanece igual, pero que cambia cada día.

¿Un barco?, dijo Gabriel.

Casi, casi. Podría ser. No estaría mal. Mi nombre es *Aurora* y éste es mi último viaje... Si hablan los árboles del bosque de Cecebre, ¿por qué no un barco? Había un pesquero del Gran Sol en la playa de Lazareto que estaba para el desguace. Pasó por allí su último patrón, aquel que lo había dejado amarrado un año antes, y subió por curiosidad a cubierta. La embarcación era una ruina, pero cuando el viejo patrón estaba dentro, empezó a balancearse con furia. No le dejó salir de allí.

¿No pudo salir?

No. Lo rescataron con los huesos rotos, como las cuadernas del barco.

Mi nombre es *Santa Cristina*, del transporte marítimo de viajeros por la bahía. Es un día de verano, al atardecer. Estoy cruzando la bahía. Al regreso de la playa, al caer el sol, estaré atestada de bañistas, pero ahora, a la ida, voy casi vacía. En popa, a estribor, apoyado en la baranda y contemplando la ciudad de la que nos alejamos, va un hombre con un traje blanco, de tela ligera, de hechura tan holgada que la brisa forma parte de su cuerpo y de su vestimenta. Al otro lado, a babor, mirando en la misma dirección, hay una mujer con un vestido de gasa de seda azul marino con un estampado de lazos. Con el brazo derecho se ciñe el vestido por la falda, a los muslos,

así que la brisa forma parte más bien de su pelo. Un poco más atrás, sentado, con camiseta de rayas horizontales blancas y azules y pantalón corto, va un chaval de unos ocho años sumido en el temblor de la aguja de un compás. Levanta la vista y le grita a la mujer: ¡Vamos de oeste a este! Sonríe, orgulloso por su informe. Ése es el único momento en que las miradas del hombre y la mujer se cruzan y se mantienen durante un tiempo. También sonríen. Cuando atracó en el embarcadero de piedra, la mujer y el niño bajan primero y avanzan hasta más allá de la rampa enlosada delante de la fila de las policromadas casetas de baño. El hombre camina a distancia. Lleva la chaqueta doblada bajo el brazo, y la camisa blanca, de manga corta, desabrochada en el pecho, le devuelve realidad a su cuerpo. Hay un quiosco de madera con refrescos y helados. Allí alquilan las casetas y la mujer paga, coge la llave y vuelve sobre sus pasos. Es la segunda vez que se cruzan las miradas, el hombre y la mujer, mientras el chaval camina absorto en la aguja del compás. ¡Ahora volvemos hacia el oeste!, le dice a su madre. Todas las casetas están pintadas con rayas verticales. Con los colores que más se repiten en la Galicia náutica. En la que abre la mujer, son blancas y rojas. En la que va a abrir el hombre, verdes y blancas. La marea está baja. La mujer, en bañador, extiende las dos toallas, la suya y la del niño, en la parte del arenal más próxima al embarcadero. El hombre sale de la caseta, mira a su alrededor, coloca la toalla doblada por la mitad en una de las losas y se sienta. No es el único bañista que se queda en la rampa. Allí hay más profundidad y al mismo tiempo el agua parece más limpia, sin arena en suspensión. Hay también más silencio. Casi todos los que se lanzan desde el embarcadero prefieren bucear a bracear en la superficie. La mujer bracea y el hombre se tira desde la rampa y desaparece bajo el agua. El chaval mira el compás, el temblor de la aguja. No entiende muy bien el porqué de ese temblor estando inmóvil. Es un buen compás, de eso no hay duda. Todos se lo dijeron cuando Laura se lo regaló para su Gabinete de Curiosidades. Un compás Stanley London. Podía leerse: *The Road Not Taken*. Será bueno, no lo niega, pero preferiría un compás con una aguja menos inquieta, con menos vida. Incluso si lo deja sobre la arena, la aguja tiembla. Gira el compás hacia un lado y hacia otro. Medio lo entierra en la arena. Es curioso ese afán de la aguja por buscar el norte. Lo deja durante mucho tiempo inmóvil. La aguja ahora oscila con suavidad, flotante. El chaval levanta la vista. No ve a su madre. No tiene miedo. Es muy buena nadadora. Sigue la ruta por la que braceaba, su estela. Espera. Por fin emerge la cabeza de su madre. Al mismo tiempo, muy cerca, otra cabeza. La madre vuelve, nada a braza hacia el este. El hombre, muy despacio, buceando de vez en cuando, regresa en dirección oeste. Por mi parte es hora de regresar a la Dársena. Volveré a por ellos en el último viaje.

En mi caso, la voz será el faro de Hércules, dice Tito Balboa, el Meritorio. Nadie mejor a quien confiarle la voz. Una novela en la que el faro contará las cosas que ha visto. ¡Imagínate todo lo que habrá visto el faro!

Dos mil años, apostilló Gabriel.

Debajo de este faro habrá otro. ¿O tú qué crees? ¿Que antes de los romanos no había faros, ni fareros, ni fareras?

¿Contarás el combate inicial, el de Hércules con el tirano Gerión? De ahí nació la ciudad.

¡Bah! Nada de mitología. El faro describe. Balboa sonrió con picardía: Siempre ha debido de ser un buen sitio para follar. Ahora van las parejas a follar en el coche. También escuchan en la radio emisoras extranjeras. Lo que tiene el faro es que puedes ver sin que te vean.

¿Y tú?, preguntó Gabriel, ¿eso lo has visto tú?

Yo no. Pero el faro sí.

La puerta verde. Por allí entraban y salían los alumnos de taquigrafía avanzada del doctor Montevideo. Además de en Tito, el Meritorio, Gabriel se fijó en un hombre que le recordaba al actor Monty Clift. Por su expresión a la vez sonriente y afligida, escrupulosa, con rizos en el flequillo, y también por las mutaciones en su apariencia. Casi siempre venía muy bien vestido, incluso con elegancia. Pero algunas otras veces presentaba mal aspecto, sin afeitarse, y con la ropa arrugada como si hubiese dormido con ella puesta. Entre los que entraban y salían jamás se encontraba el doctor Montevideo. Nunca lo había visto, pero sabía que no podía ser ninguno de ellos. Cuando Catia le dio el visto bueno, que podía probar, intentarlo, Gabriel casi corrió hacia la puerta verde.

Abrió la puerta verde, avanzó por un pasillo sin ninguna ventana, con la luz encendida, y después subió por unas escaleras de caracol que llevaban a una habitación en el altillo. A la segunda puerta verde, con una ventana de cristal esmerilado. Llamó. Le pareció oír una especie de onomatopeya, una taquigrafía verbal. Empujó la puerta. Se encontró sumergido en una sensación de espacio reducido e infinito al mismo tiempo. Las cuatro paredes eran murales de fondos marinos. Era el estilo inconfundible de Sada, y recordó lo que este pintor, el amigo de su madre, decía sobre el paraíso inquieto, los almeros del mar, los lugares de cría, ya sólo existentes en las profundidades. En aquella ilusión de luminarias, anémonas, estrellas de mar, pólipos, espirógrafos, esponjas, gorgonias, lirios de mar, erizos, medusas, parecía flotar el lecho en el que estaba sentado aquel Poseidón humeante. Gabriel se fijó en una colonia de erizos de mar en un rincón de la habitación. Hacía el efecto de una rueda cromática. En aquel lugar estaban todas las pasiones. Allí distinguió, después de los erizos más claros, de un violeta rosa, el erizo escarlata. El color de las uñas de Catia.

El doctor Montevideo escribía sentado en la cama, con almohadones de respaldo y apoyando los folios sobre un atril de madera. Fumaba un gran cigarro, más sujeto por los dientes que por los labios, lo que permitía ver una dentadura amarillenta, desigual y con muchos cráteres. A su derecha, en la mesilla, una botella de *whisky* y un vaso con el barniz del licor. El resto de la cama estaba lleno de papeles escritos, la

mayoría en notas taquigráficas, aunque también los había mecanografiados y con correcciones a mano. En el lateral de la cama había una caja de cartón forrada con papel de plata que hacía de papelera. Rebosaba de bolas de papel escrito. Algunas habían caído al suelo a la manera de esferas descompuestas.

Los ojos saltones parecían sujetos en órbita por las gafas de gruesa montura. Dejó el cigarro en un plato de cerámica. Sin parar de escribir, sin mirarlo, preguntó: ¿Qué pensarías de quien recita hermosos poemas y canta melancólicas canciones antes de cometer un crimen? ¿Afecta eso a los poemas que recita y a las canciones que canta?

No, creo que no, dijo Gabriel.

¿Crees que no? Piénsalo. Mañana hablamos. ¿Sabes? Un amigo mío, el pintor argonauta, me pide alta literatura. Por ahora estoy en las implicaciones. Tosió. En realidad, yo hago los garabatos y la pobre Catia es quien escribe. Algún día habrá que honrar a las heroínas de la mecanografía. Ahora ayúdame a poner un poco de orden en esta apocalíptica. Devuelve esos planetas a la papelera y después sirve de la botella dos dedos vasodilatadores. Mejor tres.

Gabriel Samos sabría algún tiempo después que aquello que el doctor Montevideo escribía era una *Historia dramática de la cultura*. Muchas veces, cuando llegaba el primero a la academia, encontraba a Catia enfrascada en el trabajo de transcribir a máquina los textos taquigráficos del encamado. A él le gustaba hacer de Mensajero de la Puerta Verde, entre el aula donde gobernaba Catia y el almero del doctor Montevideo. Se sentía muy bien en aquel altillo y, aunque durante gran parte del curso dejó las clases, visitaba de vez en cuando La Rosa Taquigráfica para ver a Catia, desde luego, y para subir las escaleras del camarote, experimentar aquella curiosa ascensión a la profundidad marina. Volvió al verano siguiente, con ansia renovada, a mediados de junio de 1963. A Catia la transcripción de los escritos taquigráficos le ocupaba más tiempo que nunca, tanto que incluso dedicaba parte del horario de las clases a ese trabajo. Ella escribía con una rapidez asombrosa, sin esfuerzo aparente. Sus manos transformaban la maciza Hispano-Olivetti en un artefacto fantástico. Sin embargo, esa temporada el rostro de Catia también había cambiado. Escribía igual o más veloz, pero en un estado de urgencia. Un día Gabriel se acercó para una consulta al rincón donde ella trabajaba. Siguió escribiendo. Le dijo: ¡Un momento! Él miró por mirar. Miró por encima del hombro de ella. Le gustaba ver cómo surgían las palabras. Más que impresas, parecían ser excavadas. Mientras las manos de Catia iban al galope, poseyendo el artefacto mecánico, él repiqueteaba con sus dedos en los muslos al mismo ritmo, como un acto reflejo. Pero ahora los dedos se movían con el nerviosismo de la aguja del compás Stanley. Leyó en la excavación del papel:

¿Quién era aquel jurista alemán que merecía tal homenaje en la España de 1962? Era algo más que un jurista. Había sido considerado el *kronjurist*, el «jurista oficial» del Tercer Reich. El principal artífice...

Dime, Gabriel. ¿Qué quieres?

Las clases de taquigrafía avanzada del doctor Montevideo eran, según decía el abogado Paúl Santos, una cátedra de humanismo. El hombre que se parecía a Monty Clift era desde luego su alumno más atento. Y se sentía, cada vez con menos disimulo, atraído por Catia. Ellos, el Meritorio y Gabriel y los demás alumnos, también eran admiradores, pero ya tenían suficiente con que ella les colocase los codos en ángulo recto. A veces lo hacían a propósito, lo de descolocarse, para que ella les compusiese la postura.

¿Usted de qué trabaja?

De abogado, señor Montevideo. Soy abogado.

¿Abogado, eh? ¡Hombre de leyes! Eso está bien. Un buen abogado tiene que ser un buen escritor. Usar las palabras con la máxima propiedad. Como un médico. El buen médico es el que se va inventando un cuento que convenza al paciente. No digamos el forense. Ése aún tiene que ser más preciso, pues no tiene que convencer al paciente, sino al muerto. De un texto oímos decir como la mejor alabanza: tenía la precisión de un dictamen forense. Hay escritores que tienen ese ideal, el de la precisión forense. Pero yo he conocido forenses, muy competentes en su oficio, insatisfechos con su lenguaje científico y que envidiaban la precisión de la poesía. Mansos prados verdes en los que el fuego se oculta. ¿Qué le parece? *La Canción de opuestos*, del señor Keats, *esos prados dulces donde las llamas se ocultan*, ¿no es un ejemplo de extraordinaria precisión acerca del ser humano? También un buen fiscal tiene que ser un buen escritor. Y un juez. Por supuesto, el juez. Tiene que poner de acuerdo todas las piezas y construir un relato creíble también para el futuro. No poner en ridículo a la justicia. Podría decirse que es pedir demasiado. Pues no.

¿Usted cree?

Para ser justo hoy bastaría con no ser injusto. No es tan difícil como lo pintan. Es suficiente dejar trabajar a la conciencia. La conciencia es la actividad mental de estimar el bien. Xohán Vicente Viqueira, sí señor. Pero aún falta algo muy importante. El informe policial. Podríamos decir que es la materia prima. El punto de partida. El policía que hace el informe, ése sí que tiene que ser un buen escritor. Él es el que investiga. El rebuscador que anda tras el hilo de la historia. El que selecciona las huellas. Todo lo que escribe un policía es literatura comprometida. ¿Qué opina usted, señor Santos?

Sabía que estaba siendo visto por dentro. Él, por su parte, escudriñó tras las gruesas gafas del profesor encamado de La Rosa Taquigráfica como el cadáver que intenta devolverle al forense la mirada curiosa.

Estoy muy de acuerdo, doctor Montevideo.

¿Te puedo ayudar?, dijo Gabriel.

¿Te gustan las novelas del Oeste?

Antes de apoyarse en las teclas, los dedos temblaban como la aguja del compás Stanley. Después ya todo fue correr.

Una «fiesta sagrada»

Madrid, 21 de marzo de 1962

Sucedió en el salón de conferencias del número 1 de la plaza de la Marina Española, sede central del partido único denominado Movimiento Nacional. «Numerosísima concurrencia», dicen las crónicas. Con la presencia de ministros y numerosas personalidades del Régimen, junto con miembros de la judicatura y de la jerarquía eclesiástica, el entonces director del Instituto de Estudios Políticos, Manuel Fraga Iribarne, le entregó la distinción de miembro de honor a Carl Schmitt. Era la primera vez que se concedía dicho galardón en ese centro concebido como una fábrica de ideas de la dictadura. Creado en 1939, después de la victoria franquista y en pleno apogeo de Hitler, el Instituto le dio siempre a Schmitt un trato preferente, de eje intelectual, publicando textos propios y exégesis de sus obras.

¿Quién era aquel jurista alemán que merecía tal homenaje en la España de 1962? Era algo más que un jurista. Había sido considerado el *kronjurist*, el jurista oficial del Tercer Reich. El principal artífice de la arquitectura jurídica del nazismo. El diseñador del permanente «estado de excepción» para quien, reinterpretando a Hobbes, *auctoritas, non veritas, facit legem*, la autoridad, no la verdad, hace las leyes. El teórico del *decisionismo*, una actualización del carácter «providencial» del poder absoluto según la cual el monarca es ahora el Caudillo o Führer. En la práctica, una formulación «futurista» de la tiranía en la sociedad de masas. A diferencia de otras épocas, en las que la marca del tirano era el obscuro desprecio por la ley, la gran operación de ilusionismo histórico de Schmitt es convertir al tirano en Supremo Juez, el Hacedor del Derecho, aquel que con sus pasos va imprimiendo la ley.

Tras la caída del Tercer Reich, Carl Schmitt pasó un breve período de internamiento, entre 1945 y 1947, en el campo de Berlín-Lichterfelde-Süd y en Núremberg, en calidad de testigo-acusado, un proceso del que consiguió zafarse con esa habilidad de escurridizo que caracteriza muchos de sus movimientos históricos. Sobre esa experiencia escribió *Ex captivitate salus*, donde aparece un único simulacro de arrepentimiento, mediante una frase latina: *Non possum scribere contra eum, qui potest proscribere*. No puedo escribir, dice, contra aquellos que pueden proscribirme. Una equívoca exculpación en un maestro de la escritura oblicua. Sorprende ese recurso en un lector de Melville y conocedor de la respuesta del escribiente Bartleby ante el encargo que violenta su conciencia: «Preferiría no hacerlo». Hubo quien tuvo el valor de decir que no. Por ejemplo, en el campo jurista, el valeroso Hans Kelsen, con quien Schmitt había polemizado sobre la democracia parlamentaria y que, proscrito, con el estigma de «enemigo», siguió defendiendo la libertad en el exilio. Hubo quien ejerció al menos la resistencia del silencio ante la aplastante máquina totalitaria. Schmitt, no. Al contrario. Su aportación al ascenso del nazismo fue

entusiasta y sistemática, y lo fue en el período decisivo de consolidación, entre 1933 y 1936. Con anterioridad había contribuido a minar la República de Weimar, postulando un presidencialismo de excepción que prefiguraba las formas modernas de dictadura.

Ya tenía a Donoso Cortés y el brillo del sable en la cabeza.

Schmitt había ingresado en el partido nazi en 1933 de la mano del filósofo Martin Heidegger, pronto nombrado rector de Friburgo, y con quien compartía la voluntad de bajar a la cueva de Platón y apropiarse del proyector de ideas. «¡Quien ame la tempestad y el peligro debe escuchar a Heidegger!», se dijo el 30 de noviembre de 1933 en Tubinga. Ésa era la clase de retórica que excitaba a Schmitt. También se dijo: «Cuando Heidegger habla, desaparece la niebla delante de nuestros ojos». Eso quizá le importaba menos. Parte del hechizo que Schmitt ejerció sobre muchos tiene que ver con sus dotes para el enmascaramiento. No obstante, cuando le convenía, con el viento a favor, abandonaba el estilo críptico y su prosa avanzaba con peligrosa determinación. El 1 de agosto de 1934, el ya catedrático de Berlín escribe en *Deutsche Juristen-Zeitung*, la principal cabecera de ese campo, la más osada formulación jurídica de la tiranía en los tiempos modernos: «El Führer es el único llamado a distinguir entre amigos y enemigos. El Führer se toma en serio las advertencias de la historia alemana, lo que le da el derecho y la fuerza necesarios para instaurar un nuevo Estado y un nuevo orden. El Führer defiende el derecho contra los peores abusos cuando, en el momento de peligro, en virtud de las atribuciones de supremo juez que le competen, crea directamente el Derecho». No se trataba sólo de un regalo instrumental para el futuro de Hitler. El texto servía para justificar, *a posteriori*, las ejecuciones ordenadas por el Führer el 30 de junio de ese año, en la llamada *noche de los cuchillos largos*. Entre los eliminados figuraba una antigua amistad de Schmitt, el canciller Schleicher. Más adelante, igualmente contundentes, sus aportaciones irán orientadas a legitimar la expansión bélica del Tercer Reich. Hay una idea que atraviesa su obra, y es la de la guerra como partera.

«... Y Caín mató a Abel. Así comienza la historia de la humanidad». Ése es el lapidario principio de Schmitt. En una conferencia en la Universidad de Colonia, en 1940, instruye a los estudiantes para que sepan convertir ideas y conceptos en «armas afiladas». Todo su pensamiento está marcado por una impronta bélica. Incluso la «verdadera» política, que considera inseparable de la dialéctica amigo-enemigo. Tampoco sus abundantes imágenes o metáforas de inspiración religiosa son ajenas a la idea de un teocrático totalitarismo que tanto influirá en sus amigos españoles. No por casualidad encontrará las mayores afinidades en algunos de aquellos que propugnaban «la santa intransigencia, la santa coacción y la santa desvergüenza». Schmitt se define como «un Epimeteo cristiano». Epimeteo desoye el consejo de su hermano Prometeo y se casa con Pandora, quien abrirá la jarra o caja de la que saldrán las fuerzas devastadoras. «Yo soy católico no sólo de acuerdo con mi religión», escribe en 1948, «sino también de acuerdo con mi origen histórico, y, si se

puede decir así, de acuerdo con mi raza». La más acabada construcción de su identidad es el carácter de *katechon*. Un concepto extraído de la apocalíptica cristiana, y en concreto de uno de los textos más enigmáticos del Nuevo Testamento, la Segunda Carta a los Tesalonicenses. Hay un poder o persona (*ho katechon*) que frena la llegada del «impío» (*ho anomos*), que lo «mantiene a raya». Aquel que se arroga el papel de *katechon*, y es el caso de Schmitt, estaría cumpliendo una misión providencial, sagrada. Es preciso añadir que en la apocalíptica cristiana hay otra corriente: el disfraz más perfecto, más acabado, del «impío» sería presentarse como *katechon*.

Así que no es casual que, en el homenaje que los jefes franquistas le rinden en marzo de 1962, *don Carlos* invoque a la providencia y defina el acto como una «fiesta sagrada en el crepúsculo de la vida». ¿Qué había sido de él, del *kronjurist*, del cerebro jurista del nazismo, antes de celebrar el crepúsculo en España?

Una falsedad biográfica amable con Carl Schmitt lo sitúa más o menos «fuera de juego» a finales de 1936, después de ser aludido críticamente en una revista de las SS. No obstante, el todopoderoso Göring le presta su apoyo. Continuará siendo catedrático de Derecho en Berlín hasta el final de la guerra. Pero el resto no será en absoluto silencio. Su actividad como propagandista del modelo jurídico nazi será intensa y se extenderá hasta casi el final de la contienda por la Europa dominada o cómplice. En el homenaje de este 1962 hace una velada alusión a su estancia en Madrid veinte años antes, es decir, en 1942, el momento de mayor presión germánica para que España se implique plenamente en la guerra en el bando del Eje. Hay un rastro que lo sitúa entonces como secretario del Instituto Alemán de Cultura en Madrid. «En representación de este Centro y de la Embajada Alemana» (*Arriba*, 22 de abril de 1942), asiste a un cónclave que se inaugura con una disertación del «capo» del derecho fascista italiano, Giuliano Mazzoni. ¿Fuera de juego? En realidad, ¿cuál es la misión «providencial» que lleva a Schmitt a Madrid precisamente en esas fechas?

Siempre, el enemigo.

«Nunca olvido que mis enemigos personales son también los enemigos de España», escribirá a Francisco J. Conde en una carta fechada el 15 de abril de 1950. «Es ésta una coincidencia que eleva mi situación privada a la esfera del espíritu objetivo». Donoso Cortés (1809-1853) es la clave de la temprana relación de Carl Schmitt con España, o mejor sería decir, con su pensamiento más reaccionario. El marqués de Valdegamas había sido un alegre liberal extremeño en su juventud hasta que, en su propia expresión, se hizo «un peregrino de lo Absoluto». Un peregrino tan amargado, y que miraba con tanto asco a la pecadora humanidad, que le llegó a parecer merecedora de los periódicos sacrificios purificadores de la sangre. Una orgía de malhumor reaccionario la de Donoso que escandalizó al mismísimo Menéndez Pelayo, reaccionario, sí, pero más sobrio y que se horroriza ante algunas afirmaciones del marqués. Por ejemplo: «Jesucristo no venció al mundo ni por la santidad de su

doctrina ni por los milagros ni profecías, sino a pesar de esas cosas». Delirante, pensaba el ortodoxo Menéndez Pelayo. Pero los acontecimientos históricos posteriores en España, como la bendición episcopal y papal de la espantosa guerra de 1936 como «Santa Cruzada», llevarían la impronta de ese delirio.

Para Carl Schmitt, el sinarquista Joseph de Maistre, el tradicionalista Louis de Bonald y el fundamentalista católico Donoso Cortés configuran la tríada doctrinal sobre la que levantar «el nuevo orden». La nueva versión del Sacro Imperio. Donoso Cortés había sido el autor del único gran discurso que el integrista absolutista español del siglo XIX consiguió exportar con cierto éxito al resto de Europa. No es de extrañar. El llamado *Discurso sobre la dictadura*, pronunciado el 4 de enero de 1849 en el Congreso de los Diputados, es seguramente una de las intervenciones más escalofriantes que se pronunciaron nunca en una cámara de representación popular. Los bravos y aplausos de la mayoría conservadora forman parte vibrante del discurso. Donoso no duda en asimilar la dictadura a un hecho divino, a una orden de la providencia. Rancio en el contenido, el impacto del discurso, el eco que alcanzó en la Europa conservadora, tiene que ver con su estilo directo y apodíctico y un remate intimidatorio. Es probablemente el primer discurso fascista en el sentido moderno. Ya a principios de los años veinte había encandilado a Carl Schmitt, nacido en 1888 en Plettenberg, Westfalia, en un ambiente católico muy conservador. En 1929, el profesor y jurista alemán comparece por vez primera en Madrid para pronunciar una conferencia. ¿De qué habla? ¡Viene a redescubrir a Donoso Cortés a los españoles! Ya se sabe: «Se trata de escoger entre la dictadura que viene de abajo y la dictadura que viene de arriba: yo escojo la que viene de arriba, porque viene de regiones más limpias y serenas; se trata de escoger, por último, entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable: yo escojo la dictadura del sable, porque es más noble (*¡bravo, bravo!*)». El interés por la historia de España tendrá desde entonces otros referentes nada casuales, como la expulsión de los judíos en el período de los Reyes Católicos.

He aquí el curioso círculo que traza la historia. El *decisionismo* y la filotiranía moderna según Schmitt, el demiurgo en el que se inspiran los juristas del franquismo para presentar el ilegítimo Régimen como una *creatio a Deo* («Franco, Caudillo de España por la gracia de Dios»), está a su vez inspirado en el ideario enloquecido de un reaccionario español de la primera mitad del siglo XIX. Además de la comunidad de ideas, en él encontró Schmitt el rasgo principal que debe caracterizar a un *führer*, *duce* o caudillo: «La ferocidad del discurso». Liberal en sus años mozos, la crítica de Donoso al liberalismo llegará a expresarse con una ferocidad extrema, esa que le lleva a equiparar la dictadura con la forma de gobierno que corresponde a la ley divina y natural.

Pero hay un aspecto del liberalismo político que concentra todo su desprecio, toda su repulsión. El liberalismo es... frívolo. ¡Frívolo! ¡Dios, qué asco! He ahí una huella de Donoso en Schmitt y que éste subraya muy pronto en su crítica al sistema liberal y a las democracias parlamentarias. La frivolidad. He ahí el terrible pecado, equivalente

al relativismo en religión, según el *Syllabus*. Un híbrido de Donoso y Schmitt, Eugenio Montes, primero mascarón de proa intelectual contra la Segunda República y luego botafumeiro de la dictadura del caudillo Franco, publicará en 1934 el *Discurso a la catolicidad española*, tan celebrado por toda la derecha, en el que deja claro que no cabe concesión alguna en la forma de gobierno: «Todo relativismo, por el hecho de serlo, ya es anticatólico. Convertir la relatividad en norma ideal o hábito de conducta equivale a entregarle el alma al demonio». ¿Por qué toda la ira totalitaria se concita en esa idea cascabelera de «frivolidad» hasta convertirla en el peor de los insultos? La «frivolidad» liberal pretende que la política sea un campo neutro, tratando de evitar la confrontación. Pero la política «en serio», para los Donoso de ayer y de hoy, es eso precisamente: la confrontación con el enemigo. Y si no hay enemigo a la vista, hay que buscarlo. Ya aparecerá.

«Es una coincidencia significativa que el impulso sincero de investigación me haya conducido siempre a España», dice *don Carlos* el 21 de marzo de 1962 ante las élites del franquismo. Y habla, cómo no, de la guerra: «Veo en esta coincidencia casi providencial una prueba más de que la guerra de Liberación Nacional de España es una piedra de toque». Los presentes comparten muchos sobreentendidos. En realidad, este reconocimiento no es un hecho excepcional. En 1952, la revista *Arbor*, dependiente del Consejo de Investigaciones Científicas, y uno de los medios más relevantes de expresión de la intelectualidad franquista, publica la exégesis *Carl Schmitt en Compostela*, escrita por el romanista Álvaro d'Ors, miembro destacado del Opus Dei y catedrático en la facultad de Derecho de Santiago. Será también aquí, en 1960, donde la editora Porto y Cía. publique la versión española de *Ex captivitate salus (Experiencias de 1945-47)*. El libro es recibido y comentado con ciertos honores. La obra fue traducida al castellano por su única hija, Ánima, casada con un catedrático de Historia del Derecho, Alfonso Otero, a quien había conocido en Alemania.

Esta edición española incluye como novedad un interesante prólogo que Schmitt escribió en Casalonga, una casa de campo en las afueras de Santiago, en el verano de 1958. Trece años después del hundimiento del Tercer Reich, no hay en ese prólogo ni una nota, ni una gota de arrepentimiento ni una alusión a los horrores de la guerra y a la política de exterminación racial conocida como Holocausto. El único campo de concentración del que se habla es aquel en el que el autor estuvo internado un breve período de tiempo después de la guerra y el único lamento es el que denuncia la «criminalización» de la Alemania vencida. Ahora, a principios de la década de los sesenta, en las veladas compostelanas, Carl Schmitt, tan crítico siempre con la democracia norteamericana, empieza a mostrar un inusitado interés por un político llamado Barry Goldwater, antiguo colaborador de McCarthy en la llamada «caza de brujas» y senador por Arizona. Atención a Goldwater, les dice *don Carlos* a sus amigos españoles. Goldwater lidera un ultraconservadurismo que quiere conquistar el futuro.

Volvamos a Madrid, a la plaza de la Marina, en 1962. Manuel Fraga Iribarne elogia el pensamiento de Carl Schmitt, «hoy más vigente que nunca», y expone una síntesis perfecta: «La política como decisión, la vuelta del poder personalizado, la concepción antiformalista de la Constitución, la superación del concepto de legalidad... son cotas ganadas de las que no se puede volver atrás». Todo el discurso del director del Instituto y de la ceremonia, él mismo investido de la condición de jurista, es una apología del *kronjurist*, del maestro *don Carlos*.

«La ley es algo así como un cañón de largo alcance», había escrito Manuel Fraga en la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, en 1944. Ahora, el jurista con visión de artillero, en vísperas de ser nombrado ministro de Información de la dictadura, coloca la condecoración en la solapa de su «venerado maestro» Carl Schmitt. Y subraya emocionado que éste es «un momento culminante de su carrera». Tras la salva de aplausos, habla *don Carlos*. El hombre de la sombra se convierte en centro. Tiene setenta y cuatro años, se conserva bien, robusto, y sabe que el uso solemne del lenguaje lo va a hacer crecer en estatura ante una audiencia entregada. Hacer notar el «poder presencial» que le atribuyó su antiguo amigo y camarada, el escritor Ernst Jünger. Él sí que parece plenamente consciente de lo que está viviendo. El hecho insólito en el orbe de que se esté homenajeando y condecorando al principal jurista del Tercer Reich.

Al fin va a transgredir en público la consigna que se marcó después del hundimiento nazi: refugiarse en la cripta del silencio. En España encuentra su refugio intelectual y, en gran manera, vivo y triunfante, su modelo de Estado. El escenario donde ejemplificar la derrota de la democracia parlamentaria. Incluso puede gozar, como cuando se encuentra con reaccionarios cultos como D'Ors, con la retórica propia de un reducto imaginario del Sacro Imperio. Al igual que al anfitrión, no se le escuchará ni una sola palabra de autocrítica, ni un asomo de duda o incertidumbre. Será él quien haga su mejor elogio. A diferencia de su fogoso predecesor, de quien se dirá que «pierde al jinete» en sus discursos, él habla con calma, realza las escogidas palabras para que aflore ese «poder presencial» del que hablaba Jünger. Habla con ademán litúrgico. ¿Qué ha dicho? «Una fiesta sagrada». Sí, Carl Schmitt, *don Carlos*, proclama que este reencuentro con sus amigos españoles es «una fiesta sagrada en el crepúsculo de la vida». En ese momento, justo en ese momento, y según el testimonio extasiado del escritor falangista Jesús Fueyo, «se fue la luz».

La prensa de la época destacó el acontecimiento. Se habló en grandes caracteres del homenaje a Carl Schmitt. Distintos medios reprodujeron una entrevista, publicada inicialmente en *Arriba*, «por su gran interés», seguro eufemismo de lo que se conocía como «de obligada inserción». «Es posible que todos los países europeos tengan que acreditarse ante España», decía Schmitt. Pero en ningún medio, en ningún periódico, se informó del apagón. Nadie contó entonces que, cuando el jerarca se disponía a prender la insignia en el pecho de *don Carlos*, el salón de actos de la sede del Movimiento Nacional se quedó a oscuras. Completamente a oscuras.

(De *Historia dramática de la cultura*,
 inédito de Héctor Ríos.)

El escritor compulsivo

Enseguida llenaba los cuadernos. No sólo le gustaba escribir, sino que tenía una pasión caligráfica que más tarde compartiría con la taquigráfica, después de pasar por el método Martí, versión del doctor Montevideo, en la academia de Catia. Anotaba lo que pensaba. Anotaba lo que iba a decir. Tanto Chelo como el juez, por diferentes motivos, estaban orgullosos de esa precoz vocación de escritor. Chelo situaba el comienzo en aquellas primeras lecciones para conjurar los miedos del habla por medio de un dominio gráfico, por lo que llamaba «la sinceridad de la mano». Se sentía muy satisfecha, íntimamente orgullosa, con las dotes de observación que la escritura de Gabriel revelaba, pues no podía dejar de verlo como un chaval. El juez Samos había olvidado aquellos años de desesperación, aquella infancia tan complicada de un Gabriel frágil, siempre a punto de quebrarse por algún lado, como una figura del Nacimiento. Incluso un día había utilizado, de manera no muy consciente, la palabra *defectuoso*. Eso fue en una época en la que el tartamudeo de Gabriel parecía agravarse. «Defectuoso», rezongó, «un hijo defectuoso». Buscando una palabra que sonase neutra, un «término eximente», justificaría más tarde, acabó por encontrar una que, aun pronunciada en voz baja, hizo el ruido de quien tropieza con una lata en plena noche.

Estás pensando en ti, le dijo Chelo. No estás pensando en él, estás pensando en ti.

Había algo de horror en el fondo de la expresión de la mujer. Había empezado a hablar también en un susurro, con un tono fastidiado, como si recogiese del suelo la palabra *defectuoso* y tratase de repararla.

¿Qué quieres decir?

Ya sabes lo que quiero decir. Estás pensando en el qué dirán. ¿Sabéis que al juez le ha salido un hijo tartamudo, que al hijo de Samos se le traba la lengua? Eso es lo que estás pensando.

Eso también. Pero sobre todo en lo que estoy pensando es que si es tartamudo no podrá ser juez. ¿No lo sabías? Pues en la vida hay muchas cosas que no se puede ser si uno tartajea. No se puede ser ministro, ni general, ni obispo... No, no se puede. No puedes dirigir un ejército, ni decir misa, ni dictar sentencia. Lo más importante que se puede ser en la vida no se puede hacer. ¿A que no has pensado en ello? No se puede ser notario, ni secretario municipal, ni policía, ni locutor de radio. No, no podría cantar la lotería. Ni un gol podría cantar.

De repente, se encontraba a gusto en ese camino de lo grotesco. Hablaba de la lengua, del trabarse de la lengua, y la suya gozaba al recorrer por fin una vereda sombría.

Ni delincuente se puede ser. No puedes ir a atracar un banco y que se te trabe la lengua.

Dejó de hablar porque vio el rostro descompuesto de Chelo. Una cara cubista, a punto de hacerse añicos. Era muy raro verla llorar, que desbordase emociones.

Incluso él le había dado vueltas a eso, a su calidad flemática. Una tranquilidad que en algunos momentos lo perturbaba por inalterable. Le parecía que contemplaba el mundo enmarcado en un cuadro y que eso le permitía andar con curiosidad, pero también excesivamente dueña de sí misma. Su calma oriental en el Pabellón Chinés, donde los únicos instantes dramáticos provenían de los surcos del disco de vinilo, como aquella soprano austríaca que cantaba el mal de amores de Pamina, *Ach, ich fühl's*, una tristeza que penetraba insumisa en el escritorio, que se hacía oír, que le impedía atender otra cosa, por más que el volumen estuviese bajo allí donde nacía, junto al pintar sosegado de Chelo. Por lo menos ésa era la impresión que daba cuando ella creía estar a solas y era observada sin darse cuenta, con aquel desplazarse dulce, hipnótico del pincel. Tal vez todo el dramatismo que salía de los surcos de vinilo iba en busca de él. Una cuestión personal de la soprano austríaca, con sus sobreagudos. Le confortaban más los graves. En realidad, sabe que su inquietud es proporcional a la atracción que siente por esa música. Ahora que lo piensa, es la que realmente le gusta, aunque nunca llegó a sentir pasión. Además de Chelo, ha conocido a gente que la tenía, sí. La pasión operística. También era cosa del mar. Hubo una época en que actuaban las grandes compañías, en tránsito hacia América. Ahora los barcos ya no transportaban bel canto. En fin. Ésa era una visión melancólica del problema. Había descuido, sí. Había que reconocer que en eso, en lo de la cultura musical, la ciudad había ido a menos. Él ya lo había comentado varias veces ante las autoridades. No hay que confiar sólo en la fuerza y en la propaganda. El vacío cultural es peligroso, etcétera, etcétera. Pero, claro, hay cada tarugo que... Eso no lo dijo, se lo guardó para sí. Por ejemplo, lo que le habían contado del alcalde. Un representante de Amigos de la Ópera fue a solicitar ayuda para un festival y el alcalde le respondió con una pregunta intimidatoria: ¿Cuántos amigos son ustedes? Los metemos en un autobús y... a la Scala de Milán.

En fin.

El rostro de Chelo se recompone, pero ya es otro. Su mirada tiene la dureza sin contemplaciones de quien consigue frenar un derrumbamiento, y ya no hay derrumbe, lo que hace que Ricardo dé por definitivamente acabado su discurso. Todo cambia en él. Manifiesta la mayor de las incomodidades, la de quien ha perdido el dominio de sí mismo.

Perdona. Hablaba medio en broma. No tiene tanta importancia.

Claro que no la tiene. Deja de pensar en lo que puede ser o no ser, y piensa en lo que es. Deja de verlo como una maldición.

Ricardo Samos calló por un momento. El tiempo que se tarda en lanzar una moneda al aire y recogerla en la palma de la mano.

Yo lo veo así. No lo puedo evitar. Como una maldición. Quiero que mi hijo sea juez algún día. Tengo derecho a quererlo. Y quiero que sea el mejor. Sí, tenías razón. ¿Sabes lo que andan diciendo por ahí? ¿Lo que se puede leer en las miradas de los

que preguntan Qué tal lo de tu hijo?, ¿Tiene arreglo?, ¿Sabes lo del orador Diógenes? Y la andanada de chistes. Cuando el juez consiguió dictar sentencia, el acusado ya estaba en libertad, etcétera. Toda la ciudad haciendo chistes.

¿Toda la ciudad?

Sí. Todos los que nos importan.

Había sido sincero. En muchas de sus conferencias aparecía como un valedor del concepto de la *dignitas non moritur*. Tener dignidad equivalía, en esa visión tradicional, a ostentar un poder y transmitirlo. No se iba a poner ahora a disertar sobre eso, sobre la coincidencia de fondo entre la teología política medieval y su pensamiento, que era el pensamiento victorioso, y que hacía de esa ley no escrita una ley vigente. Esa vieja idea de que «la dignidad no muere», que se hereda, como una justificación del privilegio, de la «corporación por sucesión». Pero no. No parecía el momento de explicarle a Chelo lo que sentía y pensaba, ni seguramente habría por qué explicarlo.

Será juez o no, dijo Chelo. Pero no me vuelvas a hablar de maldición.

Ricardo Samos tomó nota. No, no volvería a utilizar esa palabra. Además, los problemas de Gabriel con el habla entraron enseguida en una fase diferente. En apariencia, de rápida mejoría.

En una visita a Madrid, el abuelo Samos, que por aquel entonces ocupaba despacho de alto cargo jurídico en la Armada, había intentado convencer al juez de que el problema de Gabriel era, en realidad, la manifestación vacilante de un chaval sensible y superdotado. Ricardo no le hizo mucho caso. No consideraba a su padre competente en esa materia y, sobre todo, la idea de superdotado no le encajaba con lo de trabarse al hablar, con semejante inseguridad en la expresión, con aquel miedo atroz a las palabras.

Fue oyendo lo mismo de otras personas a las que tenía en alta consideración, como el también magistrado Gueldo, el fiscal Fasco, el catedrático Sulfe o el propio padre Munio, lo que le hizo sustituir sus anteriores miedos por esa nueva idea de que se acabaría produciendo una metamorfosis en Gabriel de la que surgiría toda su competencia.

Lo que le preocupaba a Chelo, que había asumido la labor de buscar y consultar a especialistas, era lo poco que se sabía de los problemas del habla. El vacío pedagógico. La falta de tratamientos. Y lo que le resultaba aún más escandaloso: la poca importancia que se les daba, en relación con los sufrimientos de los que los padecían.

A lo largo de esa búsqueda de años llegó a la conclusión de que aquella idea de pintar *souvenirs* en las manos de Gabriel no era tan desatinada, y mucho menos la de que él trabajase con la caligrafía y el dibujo. También era importante que llegase a divertirse con las palabras. Había llorado de risa aquel día que llegó a casa y vio acercarse a Gabriel a todo correr desde el reloj de pared gritando la fórmula de la aspirina: ¡Ácido acetilsalicílico!

Gabriel mejoraba, sí. Pasaba temporadas de silencio en las que se metía en sí mismo, en un estado de vigilia en que parecía estar rumiando todo el lenguaje.

Le gustaba leer, escribía algo por su cuenta y ponía todo el tesón en los ejercicios del habla. Eso estaba fuera de duda. Eso era la mejor señal. En el colegio las calificaciones eran brillantes. Podía permanecer días en un silencio casi total. Así se ahorra las risotadas y las burlas. Los profesores, sabedores de ello, no insistían mucho en hacerlo hablar. Algunos intentos habían tenido éxito. Otros habían acabado en siniestro total. Gabriel atrancado en una sílaba durante minutos. El rostro congestionado. La mirada perdida.

Hasta que se produjo un cambio rotundo. Un giro milagroso. Fue cuando rompió a escribir. De forma compulsiva. Coincidió con el verano en que pidió ir a clases de mecanografía. Contó maravillado la habilidad de un aprendiz, poco mayor que él, que cubría la información portuaria para el vespertino *Expreso*. Sabía escribir a máquina con todos los dedos y sin mirar, a gran velocidad. Y lo que era aún más interesante. Estaba aprendiendo taquigrafía. También él podría dar ese paso. Conseguir la técnica que permite transcribir el habla con su ritmo natural.

Eso es magnífico, Gabriel, dijo Chelo. Estaba entusiasmada: Es una idea fantástica. Es como dibujar las palabras.

¿Cómo ha sido lo de esa amistad?, preguntó su padre.

En el puerto. El Meritorio anda siempre por el puerto. Todo el mundo lo llama así, el Meritorio. Apunta el nombre de los barcos, de dónde vienen, su nuevo destino y la carga que llevan. A veces hace entrevistas. El otro día llegó un barco del Gran Sol que traía dentro otro barco más pequeño, un velero que encontraron a la deriva y sin tripulante. Dentro estaba la documentación de un holandés que vivía en los Estados Unidos. Era fotógrafo y artista.

¿Por qué se sabe que era artista?

Porque lo ponía en los papeles. Tenía el mismo nombre que el tío. Bastian. Es una historia curiosa. Estuve mirando los papeles con el Meritorio y hablaban de que el viaje, el viaje que él hacía, era una obra de arte titulada *In search of the Miraculous*.

Estás hablando muy bien, hijo, dijo Samos radiante.

Chelo le envió con la mirada un mensaje de prudencia a su marido. Cambió de tema.

Vas a ir a esa academia, Gabriel. Es una idea fantástica. Y vamos a poner en marcha esa máquina inmortal sin estrenar. La adormilada Hispano-Olivetti de tu padre, en la que pensaba continuar la obra de Cicerón.

Eso lo estoy haciendo a mano, dijo Samos siguiendo con la broma. Como escriben los clásicos. ¿Cómo se llama esa academia, Gabriel?

La Rosa Taquigráfica. Sólo hay una profesora.

¿Sólo una profesora?

Sí. He estado allí para probar con el Meritorio. Y ella me colocó los dedos en la

máquina para enseñarme a arrancar. Se llama Catia. Catia es quien te coloca los dedos en la máquina para arrancar. Cada dedo tiene sus teclas. Y los pulgares son los que marcan el espacio.

Oía las instrucciones de Catia hablándole por detrás, cerca de la nuca, como una brisa: Los hombros y la cabeza erguidos. Los codos cerca del cuerpo, así, con los brazos buscando el ángulo recto.

He estado practicando, dijo él sonriente con los ojos cerrados e hincando los dedos en un teclado imaginario. Ya sé encontrar en el aire las letras de memoria.

La Hispano-Olivetti de hierro, sobre su carro de ruedas, pasó a ocupar un lugar central en la recámara. La máquina, la acción que permitía, su sonido constructivo, implicaba a todo aquel espacio. Era lo más parecido a hacer libros. Había pasado el tiempo de la caligrafía, de las imitaciones de estilo, de la itálica o de la inglesa, o aquel entretenimiento de historiar las letras capitales a la luz verdeamarilla de la tulipa, aunque, cuando su padre tenía visita en el escritorio, y si no debía retirarse, Gabriel volvía a la escritura a mano. Y aprovechaba casi siempre para escribir alguna postal fechada en 1913, dirigida a Santiago Casares al Sanatorium de Durtol contándole cómo estaba superando sus problemas con una técnica infalible, la de fundir escritura y habla.

El Gabinete de Curiosidades, no obstante, pasó a un segundo plano. Ahora, al margen de su valor, de su significado, eran más bien restos arqueológicos de sí mismo. La máquina era una pieza demasiado grande, había superado la escala y en su avanzar lo arrancó definitivamente de la infancia, atravesó veloz la adolescencia, hasta alcanzar las puertas de otro tiempo. El de una grafía secreta, personal.

Llegó un momento en que Neves, preocupada, decidió hablar con Chelo. Gabriel tenía bolas de papel en los bolsillos del gabán, de la chaqueta, de los pantalones. Antes ordenaba sus cuadernos. Ahora no sólo llenaba cuadernos escolares sino de diferentes tamaños. Eso podía no tener importancia. Pero a veces, por la mañana, su habitación aparecía alfombrada de hojas sueltas escritas, si es que se podía decir así, con aquellos signos raros, cuando no de montones de bolas de papel también escrito, formas esféricas que desbordaban la papelera. Gabriel salía a toda prisa por la mañana. Si acudió a ella, si fue a hablar con Chelo, no era por meterse donde no la llamaban. No era una metomentodo. Además, aunque quisiese, no entendía nada. Eran ininteligibles. Garabatos. Ella le iba con aquel cuento porque le parecía que Gabriel se pasaba muchas noches sin dormir. Cuando ella se levantaba temprano, veía la ranura de luz por debajo de la puerta. Toda la noche haciendo garabatos, taquigrafía o como lo llamasen no podía ser bueno.

¿Qué escribes?, le preguntó su madre aquella noche. Sonriente, como por casualidad. Sin querer importunarlo, sin sombra de sospecha. (De pequeño, se abre la puerta y es ella con un sombrero de fieltro negro tocado con un velo de tul blanco que

casi le cubre los ojos, se agacha con los brazos abiertos y él no sabe si quedarse quieto o echar a correr hacia ella, que se agacha y abre los brazos: *doucement, doucement*; ahora es él quien lleva un velo invisible.)

Tiene un momento de desconcierto. ¿Por qué viene justo ahora a preguntarle? No puede leerle lo que está escribiendo.

Mi padre entró en casa indignado. Cuando llegó, por nuestra puerta salía la Medusa con un gran pez, un atún azul, encima de la cabeza.

—No lo entiendo, Chelo. Meterla en casa. ¡A esa meretriz!

Meretriz. Buscar en el diccionario cuanto antes. Meretriz: Prostituta, mujer que comercia con el sexo.

—Hazme un favor. Tus modelos, que entren y salgan por la puerta de servicio. Para eso está. Soy juez. Tengo que guardar unas formas.

—Es una mujer. Una persona.

—Lo que es ya se le ve. ¿Sabías que estuvo presa por abortar? La muy burra casi se mata con una aguja de calcetar. La dejaron en la puerta de la Casa de Socorro. Corría la sangre por la Palloza.

—Sí. Corría la sangre. Y después, por si era poco castigo, aún fue a la cárcel.

—Menos tiempo del que debía. Tuvo suerte. El doctor que la atendió hizo un informe poco preciso. Ya sabes lo que pienso. Se puede ser compasivo con el delincuente, pero nunca con la mujer que aborta.

—¿Tú sabes por qué lleva media cara tapada?

¿Qué escribes, Gabriel?

Todo.

La novela del faro

Señor Montevideo...

Olvida lo que he dicho. Aquella broma del escritor novato fue un poco cruel. Siempre se hace. Es como un tic.

En realidad, Tito Balboa, el Meritorio, no tenía presente aquella broma, ni le había afectado. Ya la había escuchado en más ocasiones. Quizá a Santos, aquel que resultó ser policía, pues tal vez a él le había afectado. Pensase lo que pensase el doctor, el policía aquel le tenía veneración. A Catia también, ¿quién no se la tenía? Pero mucho admiraba al doctor Montevideo. Y si no, disimulaba mucho. Lo escuchaba fascinado. Y tomaba nota de todo. Hacía cada uno de los ejercicios. El doctor estaba convencido de que era para pillarlo en algún renuncio, de que estaba acumulando pruebas, espiando, para luego denunciarlo. La mayoría de las veces conseguía dominarse. Alguna que otra, procedía a dictar con excitación, improvisando un texto de apariencia delirante hasta quedar exhausto: Los círculos concéntricos salen de la mano vacía, van por una vereda de luciérnagas, son las gotas de lluvia en el pentagrama del mirlo, corcheas atrapadas en la tela de araña de Virginia Woolf que cubre el cuadro negro de Malevich donde todos los colores esperan su día. Punto.

El resultado era un batiburrillo gráfico en los cuadernos de los alumnos. El sentido perdido de los signos.

Dígame, Balboa, ¿qué ha escrito?

Sólo me ha dado tiempo a poner: Concéntricas luciérnagas esperan su día.

Perfecto. ¡Eso es dadaísmo, pura vanguardia!

¿Gabriel?

Nada, señor Montevideo.

Estás empezando. No intentes entenderlo todo. Deja libre el oído, que se entienda con la mano. Hasta llegar a la «trazabilidad irreprochable», que decía don Alfredo Nadal de Mariezcurrena. ¿Y usted, abogado?

Gotas de lluvia en un cuadrado negro.

Más calmado, el doctor Montevideo buscaba frases sencillas y cerradas entre los folios de su material que cubrían la cama. Harapos de taquigrafía humanística.

Anoten esto de Éluard: Hay otros mundos, pero están todos en éste. De Jules Renard: La verdad es de pequeño tamaño. A ver si me identifican esta otra: La cola de la ballena es más hermosa que el brazo de un hada.

¡Eso es de Melville, señor!

Exacto, Balboa.

En otro de los folios encontró algo que lo dejó meditabundo y decidió no leer. Después:

Adiós, libro mío: la nave, creo que lo sabes, no la atrasa un solo pasajero.

Eso es de Marco Valerio Marcial, dice Santos de inmediato. El poeta está a punto

de regresar a BÍlbilis, su ciudad natal, en Hispania, tras décadas de ausencia.

El doctor Montevideo lo mira con el asombro satírico de sus ojos saltones.

Muy bien, abogado, muy bien.

Pocos días después, una vez acabada la clase, Santos le dijo:

Doctor, me he atrevido a traerle unos poemas.

¿Quién los ha escrito?

¿Escribirlos? Los he escrito yo, señor Montevideo.

¿Por qué?

Lo que era una ironía, una burla histórica transmitida entre poetas, se convirtió en ese momento en una pregunta implacable, propia de lo que en la formalidad policial se denominaba «apertura de diligencias». Por cierto, uno de los mandamientos enunciados por el doctor Montevideo. Toda obra literaria debe tener el propósito consciente de una apertura de diligencias.

¿Por qué? Dígame por qué ha escrito esos poemas.

Fue una situación violenta. Los ojos saltones a punto de salirse como bolas de gaucho a la caza de un avestruz.

La cara de Santos ardía de vergüenza. Se le notaban las marcas de esos porqués como latigazos en las mejillas.

Responda. Hace poemas. Poemas en este tiempo. ¿No tiene nada que decir sobre el porqué?

Bien. Para mí fue sólo como un ejercicio.

¿Un ejercicio? ¿Respiratorio? ¿Mecanográfico?

No son míos. Ésa es la verdad. Son copias de anónimos que han llegado a mis manos. ¿Por qué? No sé por qué.

Los ojos de Montevideo se asentaron un poco en sus órbitas. Tenía esos arranques, a los que trataba de imprimir una voluntad de estilo, pero no estaba dotado orgánicamente para el abuso, para mantener una maliciosa presión sobre nadie: Entonces disculpe. En realidad, estaba muy interesado en aquellos poemas. ¿Anónimos? Déjelos por ahí. Tal vez son jirones de la dramática historia.

A Tito Balboa le costó mucho confesarle al doctor Montevideo que iba a abandonar su proyecto de escribir una novela sobre la vida del faro de Hércules. En cierta forma, él había ayudado a que naciese la idea de la *Autobiografía de un faro*. Y tenían unos días señalados en los que Balboa acudía en solitario para anotar taquigráficamente (perdón por lo de *mente*, señor Montevideo), para anotar en taquigrafía, información sobre la historia oculta de la ciudad: aquello que el faro podía ver en la noche. En fin. Se olvidaba de sus sueños literarios para dedicarse en cuerpo y alma al periodismo. ¿A quién le iba a interesar la historia de un faro contada por sí mismo, aquella teoría de la subjetividad del paisaje, las cicatrices de la historia en el territorio, en los cuerpos y en las palabras? Una novela así acabaría enterrada en este culo del mundo. Tal vez más adelante. Iba cargado de argumentos. Ante él se

abría un horizonte de oportunidades profesionales. Subirse al caballo cuando pasa ante uno, no dejar pasar el sol por la puerta, etcétera, etcétera. Cuando estuvo en el camarote, a solas con él, se lió con los proverbios del sol y del carro.

¿Así que suplementos festivos?, le preguntó al Meritorio. ¿Entrevistarás a las reinas de las fiestas?

Sí. Creo que es una de las cosas que hay que hacer.

Y al alcalde. Y a la presidenta de las amas de casa. Y al de la cámara agraria. Al cura párroco, etcétera.

Sí, así es. Así son los suplementos.

Y a los anunciantes.

Sí, la norma es entrevistar a los que ponen anuncios.

¿Y tú cobras algo por eso?

Sí, señor Montevideo. Me dan una propina por cada suplemento.

¿Un escrúpulo? ¿Te dan un escrúpulo?

¿Qué quiere decir con un escrúpulo?

¿Eres tú quien cobra los anuncios?

No. Ese trabajo lo hacen personas con más experiencia.

Deberías recaudar tú la publicidad.

El Meritorio no sabía si le estaba hablando en serio, pero decidió contestar con sinceridad.

A eso es a lo que aspiro, señor Montevideo.

Muy bien, muchacho. Pues adelante. Quizá encuentres una reina de las fiestas que al mismo tiempo sea hija del alcalde y sobrina del mayor anunciante. Pon lista de bodas en los grandes almacenes Barros o en El Pote. Yo te mandaré un ejemplar de la ley de divorcio en Uruguay.

También escribiré una columna puramente literaria, señor Montevideo.

¿Puramente? Pásame el rascador.

Los adverbios en *-mente* le producían el efecto de un escozor en la espalda. Pedir el rascador de boj era su manera más radical de corregir, de expresar el daño que le causaban los estropicios en el estilo. Estaba dolido, triste.

Disculpe. Una columna de tema libre.

Tú procura no abusar del Espasa.

Le traeré lo que escriba por si quiere echarle una bendición.

No. Si vuelves por aquí, trae tabaco y *whisky* de importación.

Balboa recuerda la primera vez que le mostró confianza y lo mandó con un encargo: Anda, vete al mercado de Santa Lucía y hazme el milagro de Caná, pero en *whisky*. Le dio un billete azul. Era tan raro, de tanto valor, que le pareció de otro país.

Cuando ya se iba, con la cabeza gacha y un andar arrastrado: ¡Que no te líen! Las necrológicas son mejor negocio. Hay que pagar en *cash*. Ya puede hundirse el mundo, que sólo una buena esquela detiene una rotativa. Si hay que sachar fiestas, sacha fiestas. Pero a la primera oportunidad, chaval, pon un pie en la barca

tipográfica de Caronte. Dedícate a las necrológicas. Ése es el futuro.

Necrológicas no tenemos, doctor Montevideo. No hemos conseguido entrar en ese mercado.

Pues entonces el *Expreso* tiene poco futuro. Sin esquelas a popa, un periódico no puede ir avante.

Ó y los animales

Los cabellos caen, caen por separado, de uno en uno, pero después tienden a juntarse, forman una madeja ondulante en el agua y a veces son la urdimbre que atasca las cañerías. Mamá Olinda comentó un día que, en los cuentos de antes, los cabellos sueltos se iban volviendo serpientes de agua. Ella lo dejaba caer: He oído que. Y a lo mejor no insistía más en el asunto, que quedaba flotando en el agua, arrastrado como una hoja caída. Porque ésa es otra, que a mí las hojas me parecen más grandes de lo que son cuando flotan en el agua, son balsas en las que a veces van pequeñas ranas o mariquitas, esas que llaman bichitos de Dios. Qué serenas, qué atentas van las mariquitas en sus embarcaciones improvisadas. Y lo mismo pasa con los grandes. Que no se inquietan. El caballo que se llevó el río Mandeo al bajar la marea llegó hasta el océano y lo pescaron unos de Malpica, que exclamaron con razón: ¡Lo que da el mar de sí, Virgen Santa, sin echar ni una palada de estiércol! Trajeron al caballo pinto hasta la Dársena de A Coruña, muy formal en la proa. Qué linda la crin de los caballos. Y Tosca. Qué guapos son los animales. Yo digo que no hay ningún animal feo. A ti te han echado un conjuro, me dice Ana. Y cuando me lo dice, hago lo que tanto le gusta, lo que tanto le hace reír, deajo que por el cuerpo abierto me salga la voz de Polca en latín: *Lavabo inter innocentes manus meas*^[21]. Todos son guapos. A ver, piensa en un animal y dime uno que no sea guapo. ¿La rata? Tú mírala bien. Mira al otro lado del río. No te dejes llevar por la palabra. Lo que te da asco es la palabra. Además, dijo Polca que gracias a ellas, a las de río, se descubrió la aspirina. Mientras que los otros animales morían durante las pestes, las ratas se libraban, estaban lustrosas porque roían las raíces de los sauces. El médico de los ojos, el doctor Abril, me dijo que los animales invisibles, las bacterias y éstos, aún son más hermosos. Como pinturas modernas. Claro, pensé, es que también ellas, las bacterias, son modernas. El escarabajo de la patata también es moderno. Y bonito. Pero como es moderno, no hay manera de matarlo a mano. Hay que utilizar armamento moderno. Y Polca dice que acabarán matándolo todo, que es peor el remedio que la enfermedad. Que con el veneno también mueren los caracoles y las babosas. Polca no quiere pasar por donde mueren los caracoles. Nosotros debemos de resultarles muy raros a los otros animales. Se nota en cómo nos miran. Cuando yo era pequeña le dije a Polca que le tenía miedo al lobo y él se rió: Pues imagínate el miedo del lobo si se encuentra conmigo. ¡El miedo que les tiene el lobo a los cojos! ¡Y a los feos! Él dice eso por burlón. Polca no es tan feo. A los animales antiguos se les nota mucho que son antiguos porque han dado la vuelta en el tiempo y parece que vienen del futuro. Como el pulpo o la navaja. Como los caracoles y las babosas. Como las lampreas. O las anguilas. A lo mejor se convierten en anguilas, los cabellos digo. Eso sí que no me extrañaría. Porque las anguilas tienen algo nuestro. En ese vivir en la lama, en su ansia de comer, en ese escabullirse cuando las persiguen. Además, saben

moverse por tierra. De noche las anguilas andan por ahí, por los prados, y se meten tierra adentro. A mí no me extraña. Con la humedad que hay, a veces da lo mismo estar dentro del agua que fuera. La niebla puedes meterla en talegas, como si fuese polvo de harina. Es que la gente se mueve despacio por la atmósfera, no sólo porque se te mete en los huesos y te deja el cuerpo tieso, sino porque tienes que abrirte paso en la bruma, como los buzos con sus escafandras, tienes que atravesar una cortina tras otra. Todo va muy lento y a veces las palabras, las frases, quedan estampadas en el aire como cuando escribes en el vaho de un cristal. Así llegas a saber cosas que no eran para ti. Como sucedía con las cartas olvidadas en los bolsillos de los pantalones que se traen para lavar.

El arquitecto portugués

Leer era como mirar por el ojo de una cerradura de mucha alcurnia. El mirar no se preguntaba si estaba bien o mal. El mirar era glotón. De entrada aparecía un personaje enigmático. ¿Cómo sería aquel Meritíssimo?

Meritíssimo Senhor Juiz

Meu caro Dr. Azevedo da Acosta:

He ahí lo bien que se saben tratar, lo alto que se ponen unos a otros. Imagina que a Polca le llegase una carta así: *Meritíssimo Senhor Enterrador*. Aún iba a pensar que venía del otro mundo. Si empiezas así, de esa manera, seguro que no vas a escribir cualquier cosa. Algo tendrás que contar.

Es para mí de gran interés conocer su opinión relativa a la obra del arquitecto portugués António Soares, radicado en la ciudad de Oporto. Tengo idea de que está considerado como una gran promesa por sus proyectos de casas-barco y que incluso empieza ya a tener un cierto ascendiente en países extranjeros, especialmente en Francia y Holanda. Le pido la máxima discreción en el caso probable de que recabe alguna información complementaria. Personas del mundo de la construcción, a los que aprecio, están estudiando la posibilidad de contratar sus servicios, pero desean que esta primera exploración sea confidencial y que no llegue a oídos del citado arquitecto. Antes de contactar con él y dar un paso en falso, mis amigos desean contar con la opinión de una persona de criterio y rigor excepcionales, con la seguridad de que se lo sabrán agradecer debidamente. Siempre a su disposición.

Dios lo guarde muchos años. ^[22]

Y a continuación figuraba el nombre, escrito a máquina, de Ricardo Samos Pego-Mandivi.

Eso es lo que las cartas tienen de distinto a los cabellos. Los cabellos se buscan unos a otros y reconstruyen los mechones en el río. Pero las cartas, si van al agua, se deshacen en poco tiempo. Aunque es verdad que hay algunas cartas que si las pones a secar se quedan tiesas, como supervivientes aplastados y tratados por un escayolista. Estas cartas resistentes se ayudan unas a otras. Se arriman, se pegan para evitar ser roídas, machacadas, consumidas, quemadas. Están enteras. Vivas. Una protege a otra. Ésta, la que firma el juez Ricardo Samos, se ve que es copia sobre papel carbón. Protegida por la otra, metida en un sobre doblado. En el sello, de un escudo, se ve un caballo blanco con un jinete de piel oscura, vestido de rojo y un pañuelo a la cabeza. En el sello pone: *Correios de Portugal*. Al pie de los caballos: *Timor, 1963*.

Si vienen a mí, por algo será. Un desprecio no leerlas.

Excmo. señor magistrado

Estimado Dr. Samos:

Al recibir su carta busqué con la mayor rapidez información sobre el arquitecto António Soares. Las investigaciones fueron llevadas a cabo por personas de mi total confianza, además de, como es evidente, haber realizado yo mismo un gran número de indagaciones. El resultado no puede ser más sorprendente. No sólo no hemos encontrado a ningún arquitecto así llamado, sino que también estoy en condiciones de asegurarle que tampoco lo hay en el distrito de Oporto. Habrá con toda seguridad algún error en la identificación. Todas las investigaciones han tenido un resultado negativo, en el sentido de no haber noticia de tal personaje ni como arquitecto ni en ninguna otra actividad destacada. Hemos encontrado a un panadero con ese nombre, pero es un hombre con los hábitos propios del oficio, dormir de día y trabajar de noche, y que, según tuvo la reticente amabilidad de confesar, sólo viajó a Galicia en una ocasión y no ha vuelto, ni piensa hacerlo. Interrogado sobre los motivos, se limitó a decir que era, en su opinión, «tierra peligrosa», como España en general. Sin más explicaciones, pues era muy parco en el habla y muy desconfiado en los silencios. Si le cuento este último episodio es por su curiosidad en lo que dice respecto a los prejuicios.

Con Dios y por muchos años.

P. S.: ¿Cómo van sus estudios sobre las relaciones entre el pensamiento de José Donoso Cortés y nuestro António Sardinha?

P. S. (y 2): Ahora me acuerdo de una curiosa circunstancia. El nombre del arquitecto coincide con el de un escultor de Oporto del siglo pasado, António Soares dos Reis, quien por cierto fue premiado en la exposición de Madrid de 1870 por su obra *El desterrado*.

Se las devolvería al juez. Eran suyas. Estaban en uno de los bolsillos, el de cremallera, de un pantalón de pana verde de cazador. No era frecuente encontrar algo así. Siempre se revisa la ropa. Por si va algún billete. Lo único que se escapa es algún patacón, que son como crías de piojo. Vete tú a saber por qué llevaba allí las cartas, la copia de la suya y la del juez de Oporto. Al principio se preguntaba cómo sería éste, el Meritísimo. Pero después se puso a pensar en el arquitecto portugués y en las casas-barco. Hasta entonces, aquellas cartas sólo habían sido leídas por los dos jueces amigos. Si ahora le llegaban a ella por algo sería. Ella también participaba del secreto de aquel hombre invisible, del arquitecto portugués. Contempló la película de agua. ¿Cómo sería ese tal António Soares?

No. No se las daría al juez. A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Ni siquiera habló del hallazgo con Neves, la criada, cuando fue con la ropa limpia. Esperó a estar a solas con la pintora. Posó en el Pabellón Chinés, como cada jueves y tal como habían acordado. Le parecía que el retrato avanzaba muy lentamente. Ese día, las dos, la pintora y la modelo, se miraban de vez en cuando pero sin hablarse. Flotaba en el aire una voz de mujer. Chelo había puesto de nuevo aquel disco con esa cantante de ópera que estiraba el tiempo con su voz. Ése sí que era un cuerpo abierto,

pensó Ó. Era sedante, decía la pintora, aunque a ella le causaba el efecto contrario. La ponía en guardia, la excitaba, incluso había momentos en que le resultaba angustiada. Aquella voz salía del fuego y se metía en las brasas. Le recordaba a las mariposas nocturnas alrededor de la lámpara, y cuando el disco llegaba al final, le parecía oír y oler, atónita, un chamuscar de alas. Las alas ardían mal. Aquel día tenía las cartas entre sus manos y sentía como si estuviese abrazando gente. La fuerza de aquel canto, sin entender lo que decía, excepto palabras sueltas, pavesas fugadas de una severa reprensión, era enredarlo todo. Meterse en la vida de uno, en la vida de todos los que andaban por allí. El porvenir era un misterio, pero aquella fulgurante melancolía extendía el misterio al pasado. Cuando estuvieron mirando las postales y Ó escogió de entre todas ellas, sin dudar, con la alegría de quien encuentra el cuadro de su vida, aquel retrato, el de la novia del abanico de flores que lleva a hombros al mozo de chaqueta roja con copa de vino. El vino tinto es una prolongación del brazo del novio, y del brindis sale un ángel, también tinto.

No me extraña, le había dicho la pintora. Chagall. Yo también lo escogería. Tiene que ver con la felicidad. Es muy difícil pintar la felicidad.

A diferencia de las primeras sesiones, Chelo Vidal le dedicaba más tiempo de atención a la figura que iba surgiendo en el cuadro que a Ó. Por allí andaba, por el aire, aquella otra mujer. Tener una voz así, pensó Ó, tenía que ser un trabajo. Era un prodigio, claro, pero también una preocupación. Cada sonido, cada palabra, cada queja, cada sollozo o risa, eran dignos de ser guardados en un cofre.

Ya tiene ojos, dijo Chelo. Ya tiene mirada.

Habló de ella, de la mujer del retrato de Ó, en tercera persona. La lavandera se acercó, reacia. Sabía que se encontraría con otra existencia y la duda que tenía era si sería una antigua o una nueva Ó. Si sería la mujer del cuadro que se había ido por su cuenta, inquieta, hacia la felicidad. Esa tontería de que se te va el espíritu en el retrato. No, el miedo que tenía ella era el contrario. Era el miedo a la desilusión. Ella quería que fuese una nueva Ó. Que tuviese ánimo, aliento. Que la del retrato fuese mejor.

Por fin, se miraron. Chelo se apartó, se acercó al tocadiscos, como si quisiese dejarlas a solas.

Tenía arranque. A Ó le gustaba la de la pintura. En realidad, las dos Ó que había en el cuadro, pues estaba la que lavaba y su imagen reflejada en el río. Era y no era la misma. La arrodillada para lavar miraba a la otra con sonriente curiosidad. Se diría que se estaba riendo de ella. Y la otra, más que en la superficie del agua, miraba el fondo, pálida, con una sonrisa melancólica. A Ó le gustó, sí, el retrato. Y supo, gracias a él, que ella era la nueva. A ella, a la tercera, la que estaba fuera del cuadro, también la había pintado Chelo. Era ella la que tenía que salir en busca de la inquieta felicidad.

¿Qué te parece?

Son feas. Feíllas.

¿Feíllas?

Chelo la miró sorprendida: A mí no me parecen feíllas.

Es que están muy bien pintadas.

¿Sinceras?

Sinceras del todo.

Ahora eran cuatro mirándose. Reconociéndose. Intentaban prolongar el tiempo. El remate del retrato no necesitaría más de una sesión. Y ese día también sería el de la despedida de la lavandera. Así lo habían acordado. Ya era hora de que aquella máquina de lavar, que una sábana blanca cubría en el cuarto de servicio de la cocina, empezase a funcionar. Ó sabía por Neves que la habían comprado hacía meses, con los otros electrodomésticos. Era algo que ella ya tenía previsto. Que más temprano que tarde se acabaría el trabajo de lavar para las casas de los señores. En casi todas habían entrado las modernas lavadoras. De hecho ella, Ó, la hija de Olinda, era una de las últimas lavanderas de Coruña. Como Amalia, desde que se había abierto Leyma, la Central Lechera, era una de las últimas lecheras. Ó ya se daba cuenta, que empezaban a fijarse en ella cuando llevaba la carga de ropa. Hasta hace poco, no. Aunque llevase un atado enorme en la cabeza, grande como un aerostático, pues aun así no miraban mucho para ella. Sin embargo, últimamente le habían hecho varias fotos yendo por la calle. Y en grupo, con la otra lavandera, Ana, y con la lechera, Amalia, que era quien decía: ¡Aún vamos a salir en las postales típicas!

No. Ella no iba a esperar a que la despidiesen. Sabía por Neves que Chelo Vidal había dicho que aquella máquina era sólo para casos de apuro. Mientras Ó quisiese, tendría trabajo en aquella casa. Ó lo había entendido. Neves, la criada, era una buena paloma mensajera.

Ó lo sabía todo, o casi todo. La red de confidencias, esa emisora de boca en boca de las mujeres que llevan cosas encima de la cabeza. Incluso sabía el precio, a cuánto equivalía ella, el atado, el río, las hierbas aromáticas, el sol del blanquear, todo eso, a cuánto estaba en el mercado de las máquinas. Ó conocía muy bien el cielo, pero no vivía en las nubes. Ella tenía su arranque. Y pasó por El Hexámetro para ver las máquinas de lavar. Había una muy especial, que tenía un ojo de buey parecido al de los barcos. Por aquel círculo oscuro ella podía ver todo el pasado, la máquina aquella, ¿cómo se decía?, iba a desaguar. Las miraba con simpatía, eran máquinas que tenían que ver con ella, un río movido por la electricidad. Recordó la fe de Polca en la electricidad. A ella había querido llamarla Electra. ¿Por los griegos? No, por la Nueva Electra Coruñesa, que había fundado Pepe Miñones, el republicano que... Y Olinda dijo que el cura se negaría, que la partida de bautismo era obligatoria, y que al perder la guerra, también se habían perdido esas palabras, esos nombres, esa electricidad. Eso no se lo dijo. Sólo le dijo: La niña se va a llamar Ó, la Virgen de la Expectación.

¿Expectación?

Expectación.

Pues entonces Expectación.

Ahora que había surgido la lavandera del cuadro y su imagen en el río, Ó notó cómo de ella se desprendía toda la tristeza. Se había marcado el retrato, la terminación, como un plazo. Ese verano trabajaría duro. Lavaría lo de la casa de Samos, lo de la clínica del doctor Abril y esa ocupación temporal que le había salido. Lo de las sábanas del hotel de los Espejos. Era sólo por unas semanas, mientras instalaban toda la maquinaria. Pero le ayudaría a juntar unos ahorros para el viaje. Porque Polca y Amalia tenían razón. Ella no se iba a quedar de postal típica.

Yo también tengo algo para usted, señora.

Le entregó las cartas.

Estaban en el pantalón de caza, el de pana verde, dijo en bajo. En el bolsillo de cremallera.

No dio más explicaciones, ni Chelo se las pidió. Al marcharse, detrás de la puerta, oyó el desdoblar urgente de los papeles. Antes de entregar la ropa, por el camino, había escuchado algunas voces. Una decía: Entre parientes no metas los dientes. Era la voz de Polca. Le gustó más otra: A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Ésa también era de Polca.

Fue por el Cantón. Se paró en el semáforo del Banco Pastor. El tiempo que estuvo esperando miró hacia la mesa de la terraza del café Galicia donde el juez estaba sentado en compañía de otros hombres. Era una situación que se repetía. La primera vez que pasó esperaba un pequeño gesto, un mínimo saludo. En ese momento, ella era la persona más visible de toda la ciudad. Llevaba un lote de ropa, una enorme esfera, encima de la cabeza. Pero el juez no la vio. Tanto daba. ¿Cuáles serían las casas-barco?

El hotel de los Espejos

¿El hotel de los Espejos? Ó había estado preguntando y la gente que pasaba no sabía, aunque algunos la miraban de manera oblicua, como si llevase un reclamo de neón rosado encima de la cabeza. Tenía que haber una confusión con la dirección. Entonces se atrevió a empujar aquella puerta, la del neón de La Boîte de Pandora. Había unas escaleras muy empinadas, un túnel en penumbra que descendía hacia el sótano. Sintió el impulso de volver afuera, pero la música subía los peldaños y le ofrecía la mano para ayudarla. Los instrumentos conversaban, se contaban alegrías y penas, atraían y acompañaban sus pasos. Era al atardecer. Cuando pisó el último escalón, hubo un repentino movimiento de sombras y sintió la grima de una garra en el hombro. Se quedó tiesa, muda. Los músicos tocaron aún por un tiempo, como si no se pudiesen desprender de repente de las notas. Le habían parecido muchos, apiñados en el fondo oscuro, alrededor de la gran dentadura del teclado del piano. Ella miró de reojo y se encontró con las luces minúsculas de los ojos del papagayo que se le había posado en el hombro. En realidad eran cuatro, los músicos, y el que se acercó primero tenía un círculo en los labios. La marca de la boca de la trompeta. Ella lo miró fascinada. Le hizo olvidar la presencia furtiva del ave. El trompetista cogió el papagayo y lo posó en un columpio. Y ella se dio cuenta, al irse desvelando la espesura de la oscuridad, de que eran muchas las aves de colores que había en el local. Y que la pared del fondo era de agua. De un agua que iba cambiando de color.

El trompetista parecía estar observándola por la marca concéntrica de los labios. Para que no se deshiciese aquel círculo, Ó echó a correr escaleras arriba.

Por fin dio con la entrada que buscaba, por otro lateral del edificio. No tenía rótulo exterior, ni siquiera la pequeña chapa azul que indicaba un hospedaje. Hacía poco que la fonda había sido renovada y ya desde el vestíbulo tenía esa altivez de los establecimientos decrépitos a los que de repente les crecen arañas de cristal en las lámparas y en las paredes les salen espejos. El mostrador de la recepción tenía una manifiesta voluntad de mueble bar, con una barra para apoyar los brazos forrada con escay rojo. Y al principio a Ó le pareció que la corbata del recepcionista era del mismo material. Un hombre plantado allí, junto a los muebles y la lámpara de araña. Ella ya se imaginó que aquélla era una casa en la que paraban lo que Polca llamaba «mujeres con programa», porque él para eso era muy medido. Polca era amigo de las mujeres. Se habían reído de él porque un día le llamó *corazón* a Olinda en público. Ya voy, corazón. Y desde entonces fue como un segundo apodo: Polca, Corazón. Sí, él se encontraba más a gusto con las mujeres. Cuando se puso a trabajar de enterrador hacía aquella broma de pasar por delante de la taberna A Pena do Cuco, atestada de hombres, muchos jugando a las cartas, y gritar con retranca desde la puerta: ¡No le dais un duro de ganancia al enterrador! Muchas veces iba al río a ayudar a Olinda a acarrear la ropa. Y a Ó, cuando aquélla murió. Se metía muy a gusto en la conversación. Y tenía aquello de jugar con las palabras y hacer reír y pensar, como si

fuese un cura cómico: El que esté libre de piedra que tire el primer pecado.

Amalia, sin más, le dijo: Eso es una casa de citas, niña, un hotel por horas, un sitio para follar. A ella qué más le daba. A ella le era lo mismo lavar esa ropa u otra. Era por un tiempo. Mientras arreglaba los papeles, puesto que estaba decidida a marcharse. Qué más daba. Aún mejor. Nada de piezas pequeñas, que dan tanto la lata. Todo ropa de cama. De esas camas de gente desconocida con citas secretas. Le inspirarían en qué pensar mientras las lavaba. Había una habitación especial. Una habitación llena de espejos. Incluso el techo era de espejo. La señora que la guiaba, la que vivía allí y que era una figura extraña, no sabía si huésped o gobernanta, le explicó por lo bajo, como si no quisiese que la oyesen las imágenes de los espejos, que ésa era la *suite* que usaba el señor Manlle para deshacer la cama con sus amiguitas. Deshacer la cama. Amiguitas. Le hizo gracia esa manera de decirlo. Ó giró sobre sí misma y su imagen se multiplicó por las paredes.

Deshacer aquí la cama entre dos es como si la deshiciesen veinte. Veinte veces.

Sí. Da más gusto.

¿Quién es ese Manlle?

Ahora era Samantha, la mujer de la boa de plumas, la que recorría sus imágenes multiplicadas en los espejos. Tan habladora, parecía tener que pensarse mucho la respuesta a esa pregunta.

¿No sabes quién es Manlle? Mejor que no lo sepas. Es el dueño de esto y de mucho más.

Cerró la puerta de la *suite* de los espejos.

Ven, ven a mi habitación, dijo con sigilo.

Era una habitación pequeña, atestada de cosas. Una mezcla extraña de lujo y de ocasión. Las paredes cubiertas por fotografías y retratos con la presencia inconfundible de la mujer de la boa. Aquí no hay espejos, sino otra clase de multiplicación hecha con pedazos de tiempo. Cada uno tiene su aire y lo conserva siempre, pensó Ó, pero era sorprendente lo que aquella mujer se parecía a sí misma. Cambiaba la edad, los vestuarios, los peinados. Había una constante en casi todas, y era su envergadura. Muy robusta. Sin embargo, en una de las fotos de mayor tamaño aparecía consumida, con una extraordinaria delgadez. Y lo curioso es que era más ella que nunca. Por aquella mirada.

La mirada que sostenía ahora mismo. Dura y asombrada a un tiempo.

Ese Manlle es un bandido, dijo. De la piel de Judas. Se da aires de caballero, pero es de los que muerden sin ladrar. Nunca estará satisfecho, ese cerdo. Tiene a todo el mundo comprado, con la boca tapada. Pero yo lo tengo todo aquí, niña. En esta cabecita. Ojalá me funcionase el resto como la cabeza. ¿Sabes cómo empezó? No. Qué vas a saber.

Cualquiera que mirase a Ó de frente sentiría ganas de guardar cosas en aquellos ojos tan abiertos.

Empezó con el wolframio. ¿Sabes lo que es el wolframio? No lo sabes. ¡Qué vas

a saber!

Ó asintió. Nunca lo había visto en realidad. No podía hablar de su aspecto ni de su color. Pero lo sabía todo sobre el wolframio. Había tres bocas de mina de wolframio en la pierna derecha de Polca. Dos en la parte del tobillo y una tercera en la rodilla. Había trabajado forzado, como preso, en las minas del río Deza. Lo hirieron en un intento de fuga. El suministro de aquel mineral abundante en Galicia era decisivo para las fábricas de armamento de la Alemania nazi. Las cicatrices de Polca cambiaban de color con las estaciones. En el verano eran rosadas. En invierno se volvían de un violeta oscuro. Entonces era cuando más cojeaba. Lo habían curado de mala manera. Polca decía que las hormigas habían tenido tiempo de meterse dentro.

¿Y usted por qué vive aquí?, se atrevió a preguntar Ó.

Vivo aquí porque esto es mío, nena. Pero ahora pretende echarme. Dejarme en la calle como a una mendiga. ¿Qué hago, dormir en los portales? Porque él saca papeles de donde no los había. Él sabe moverse y a mí, allí adonde voy, por los despachos y oficinas, me miran como a un espantajo, yo bien que me doy cuenta. Él se está quedando con todo. Él, que se está haciendo de oro con lo que antes era la Academia de Baile. Porque yo lo he tenido todo, niña. Casi todo. Mucho. Algo. Algo he tenido. ¿Tú no has oído hablar de mí, niña? ¿No has oído hablar de la Academia de Baile? Mira ese retrato. No es el de un espantajo, ¿a que no? El pelo *à la garçonne*. Tenías que verme bailar el charlestón, el fox-trot, el cuplé. Y todo lo que hiciese falta. Yo siempre a la moda. A mí siempre me ha gustado la vida, nena, con lo perra que es. También he hecho de las mías. Pero no voy al confesionario. Hay que tener un poco, un poquito de vergüenza.

Señaló otro retrato en la pared, el de una mujer muy delgada, vestida con traje andaluz: Ésta, por ejemplo, era una mujer valiente. Se llamaba Flora. Me llevaba la contraria, casi siempre con razón, pues yo soy muy mandona, nena. Le quedaba mejor el traje de bailaor. También en eso acertaba. Flora desapareció durante los primeros días de la guerra. No he vuelto a saber nada de ella. Supongo que si pudo, murió matando.

A las otras les ha ido mejor. Incluso en la guerra. Ahí tienes a María Belida. Parecía la más tímida, delicada como el pelo de un huevo. Por aquel entonces era muy devota, supongo que ahora también, una cosa no tiene que ver con la otra, y hay algunas místicas que las tendrías que ver cuando se lanzan. Ésas sí que vuelven loco a un hombre. María Belida es el amor de Manlle. Aún canta de vez en cuando, pero su trabajo es estar en una ventana, en un piso de lujo, eso sí, mirando barcos. Las patrulleras de Aduanas, claro está. Ella lo único que tiene que hacer es cantar por teléfono. Han salido, papá. Han entrado, papá. Por eso nunca pillan a las embarcaciones del contrabando. Hay un mercante que anda siempre en el límite de las aguas fronterizas. Ellos lo llaman la *mamma*. Lleva el vientre cargado de tabaco. Es el que abastece. Sabe más Manlle del tráfico portuario que el jefe de Aduanas y

toda la policía junta.

¿Sabes por qué sé tantas cosas? Porque yo también soy una *mamma*. Se colocó la boa con un gesto artístico, se acarició los senos y se echó a reír a carcajadas: Ya he sido más *mamma* de lo que soy. Este barco sí que ha andado mucho por el límite de las aguas. Y hay cosas que sólo se les cuentan a las madres malas.

Ó sentía curiosidad por una de las fotos, más pequeña y más gastada por el tiempo que las otras, con el borde dentado, la de la mujer con el colchón encima de la cabeza.

Ésa era Milagres. La cocinera y la que ahuecaba la lana. Volvió a reír con júbilo: ¡La que ahuecaba la lana! Debes de conocer a su hijo. Es un fotógrafo ambulante, grande como una torre, le llaman Hércules y anda con un caballo pinto de madera.

Sí que lo conocía. Claro que Ó lo conocía. Siempre le preguntaba por Polca. Una vez se cruzaron el fotógrafo con el caballo y ella con la burrita. ¿Cómo se llama? Tosca. Y el caballo, ¿cómo se llama? Carirí. Aún harían buena pareja, Tosca y Carirí.

A su hijo lo vi yo nacer. Curtis ya era una torre cuando nació. Iba para campeón de Galicia.

Cada vez que iba al hotel de los Espejos se veía con la Vieja de la Boa de Plumas. Sabía cosas que nadie sabía. A veces lo que le contaba le daba miedo. Ó salía del hotel con esa sensación excitante y peligrosa de haber oído de más. Encima de la cabeza llevaba el gran atado de ropa y además el peso de las confidencias de Samantha.

¿De niña ya se llamaba así, Samantha?

Fumaba en una larga boquilla un tabaco muy aromático. Ó se fue dando cuenta de que cuando salían episodios espinosos, Samantha formaba una nube.

Yo nunca he sido niña. No he tenido tiempo de ser niña. Cuando yo nací no había infancia.

En estas ocasiones, el humo salía a chorro por el escape de la boca, una contractura, una mueca de dolor que el maquillaje multiplicaba por tres. Ó llegó a esa conclusión. Que en aquella mujer todo se multiplicaba por tres a causa de sus máscaras superpuestas. Pero no como farsa, sino como realidad. Cuando alegre, muy alegre. Cuando lúgubre, tres veces oscura.

Tuve que huir de la infancia. De ahí esta robustez. Tuve que crecer enseguida. ¿A ti no te maltrataron de pequeña?

¿Quién?

Tres veces, el horror.

Hizo otra nube de humo. Su cara había adquirido la albura de la nieve.

No voy a permitir que abusen ahora, de vieja.

Volvió con el asunto de Manlle. Había hecho sus primeras pesetas con el wolframio, como transportista para embarcarlo en el puerto desde las minas de Carballo y de Silleda. Cuando empezó la guerra mundial y los nazis redoblaron su esfuerzo bélico, el wolframio se convirtió en un mineral precioso. Cualquier lanzado,

con cuatro ruedas, hacía dinero a espuertas. Él buscó vehículos donde no los había. Consiguió algunos de los requisados en la guerra de aquí. De organismos oficiales. Militares. A escondidas. Él servía también de tapadera para otros. E hizo muchos contactos. Donde menos te lo piensas, ése tiene enchufes. Pero también es un derrochón. Tiene esa cosa infantil del goloso al que nada satisface. Al principio me cayó simpático por eso. Siendo pobre de cuna, tan desprendido. E hicimos tratos. Yo no soy la paz del mundo, no soy pan de comer, pero tengo palabra. Él es falso, de la piel de Judas. Cuando se quedó con la Academia de Baile, juró que todos los que estaban allí tendrían trabajo en su negocio y a mí me aseguró la *suite* de los espejos para toda la vida. Y yo me fié. ¡Me salió el tiro por la culata!

Milagres, la mujer del colchón, la madre de Hércules, se marchó por fin a América cuando su hijo bajó del monte, que andaba huido desde la guerra. Se marchó con un hombre que había sido arponero en uno de los balleneros de Cee. El arponero, por lo visto, tenía una bondad de cetáceo. Se fueron a Brasil. Dicen que han abierto una cantina en el puerto de Recife a la que llaman El Vientre de la Ballena. Y no me extraña. Él le regalaba a Milagres esas cosas que se encuentran en el vientre de las ballenas.

¿Qué cosas?, le preguntó Ó incrédula a la señora de la boa de plumas.

En el vientre de una ballena puede aparecer de todo, respondió ella. Ya San Gonzalo entró en una ballena y salió con una imagen de Nuestra Señora. Así que imagina en estos tiempos. De todo. ¡De todo!

¿Como qué, por ejemplo?, replicó Ó.

Él le regaló una muñeca preciosa a la que le crecía el pelo porque era natural.

¿Y qué más?

Pues, por ejemplo, un revólver, dijo Samantha dándole una vuelta a la boa de plumas.

¿Le regaló un revólver y una muñeca?

No. A ella le regaló la muñeca con cara de porcelana y cuerpo de piel de cabritilla. El revólver fue para mí, niña. ¿Quieres verlo?

¡Ay, no, por Dios! Sí, déjeme verlo.

Ya tenía ganas Ó de ver con qué se matan los hombres.

Lo llaman *bulldog*.

Y así era aquel revólver. Chato y fiero.

Ese irse-la-luz

18 de julio de 1963

El juez lo volvió a contar aquella noche en el gran salón del hotel Finis Terrae. Se celebraba el banquete del 18 de julio, día del Movimiento Nacional, declarado festivo en conmemoración de la fecha del inicio del golpe militar contra la República. Asistían todas las autoridades provinciales y locales y las jerarquías del partido y sindicato únicos, ataviados con sus uniformes, insignias y medallas. También, selectos representantes de lo que en la jerga oficial se denominaba «los estamentos y las fuerzas vivas» de la ciudad. Ese año se retrasaba la llegada de Franco, pero en la gala se contaba con la presencia de algunos jefes destacados desde la capital para preparar la estancia estival del Caudillo, familia y séquito. El gran salón, con una entreplanta a la manera de una amplia balconada interior, tenía en un lateral grandes ventanas con vistas al puerto, pero de noche y en esa ocasión dominaban la escenografía las majestuosas lámparas de araña y el omnipresente mármol, macizo en las columnas y escaleras y reluciente en los revestimientos de las paredes, con pastiches de festón y madreselvas. Los invitados ocupaban toda la planta principal y la disposición de las mesas estaba trazada con una exacta y compacta geometría jerárquica. A pesar de la consistencia arquitectónica y la tendencia a una uniformidad de estilo en los invitados sólo alterada por la anécdota audaz de algunas prendas femeninas, este año de 1963 había un rumor contenido, bajo el tintinear de los cubiertos, que tenía que ver con ese retraso de las vacaciones del Jefe del Estado y con los acontecimientos de primavera.

Se sentía un poco inquieto. A su lado, el asiento estaba vacío. Consultaba la hora de vez en cuando. Pero la inquietud de Samos no era por la tardanza de su mujer, Chelo, por la que le habían preguntado los invitados más próximos, la mayoría magistrados y fiscales, y a los que ya les había aclarado que llegaría un poco tarde debido a un compromiso inaplazable. Pensó en dar una explicación más precisa, la de que iba a despedirse de un grupo de profesores y estudiantes de Arquitectura portugueses que estaban estudiando las casas-barco coruñesas. Pero no dijo nada. Ya se imaginaba el común rictus sarcástico: ¿Qué es eso de las casas-barco? Por mucho que intentaba relegarlo, encontraba un sabor amargo en la expresión «arquitecto portugués». Por otro lado, y a pesar del entusiasmo que había intentado transmitirle Chelo, aún no acababa de entender el interés tan especial de aquellas casas-barco. De la arquitectura racionalista, de la influencia de Le Corbusier. Días atrás había hecho algo insólito en él. Pedirle a Chelo que le hiciese una guía personal de casas-barco. Sus casas-barco preferidas. No le interesaba demasiado la arquitectura moderna. Puestos a admirar, dijo adrede, a él le gustaba lo que tenía vocación de permanencia y también de magnificencia, fuese la catedral de Santiago, con su fachada barroca, o el

edificio del Banco Pastor en Coruña, con su fachada neobarroca. Estas casas que tanto seducían a Chelo y por lo visto a algunos ilustres visitantes le parecían simples y prácticas. Habían sido inspiradas por ese famoso Le Corbusier. Bien. ¿Y qué más? No creía que pasasen a la historia por esos balcones curvos que recordaban el puente de un barco. Ni por la ventana continua, síntesis de las artes y el modulator. ¿El modulator? La medida universal y armónica que parte de las dimensiones de la figura humana. Pero aun así le pidió ese mapa señalizado con las casas racionalistas porque lo que quería era observar su reacción. Su reacción fue también inesperada, mucho mejor, más tranquilizadora de lo que podría esperar: ¿No quieres que haga de guía personal? Podemos ir a verlas juntos. Y añadió Chelo sonriente: Te explicaré sobre el terreno los cinco puntos de Le Corbusier. Interiormente se alegró mucho con aquella respuesta. Llevaba tiempo torturándose con la sospecha de la infidelidad. Sería magnífico, por supuesto, que lo acompañase. Dar esos largos paseos juntos de los que tanto hablaban y que siempre iban postergando. Pero alegó que en este caso tenía mucha curiosidad por ir solo y sacar sus propias conclusiones sin su influencia.

Te resistes a cualquier intento de seducción arquitectónica, dijo Chelo.

No, no creo.

Lo voy a intentar por escrito. Junto con el mapa te haré unas anotaciones. Lo mejor es que empieces por el Atalaya, de Tenreiro, en los jardines del Relleno. O quizá por Pardo Bazán. Allí hay varias casas-barco. La mejor es Pardo Bazán 6. Tiene una fachada que sugiere una proa. Seguro que la has visto.

Uno pasa por la calle y no ve muchas cosas que tengan interés.

Claro. A veces llevamos la mirada un poco prisionera.

Chelo escribía mientras decía en voz baja: Pardo Bazán 6. Arquitecto Xosé Caridad Mateo.

Caridad Mateo, repitió él. El hijo del general Caridad Pita.

Sí, uno de sus hijos, dijo ella.

Mantienen el tono, pero esa normalidad al hablar de la familia Caridad era un hecho excepcional. Una simulación de normalidad. No se hablaba en la ciudad, en su ambiente, ni siquiera en la intimidad, del general Caridad Pita ni de sus hijos. Sería una anomalía. Era uno de los nombres tabú entre los vencedores, incluso para maldecirlo o denigrarlo. El general Caridad era la máxima autoridad militar en el momento del golpe, se mantuvo leal al Gobierno constituido y ante el pelotón de fusilamiento lanzó un viva a la República. No, no era normal hablar del general Caridad. Ni de su hijo arquitecto, que estuvo preso y luego se marchó al exilio. Ni del otro más joven, que huyó en barco. Desaparecieron, se evaporaron. Ex hombres.

Tengo entendido que el arquitecto está en México, dijo el juez. En realidad, la información era segura. Se la había dado el inspector Ren. Pero eso no lo comentó. Se limitó a añadir: Habrá que ir a ver Pardo Bazán 6.

Tenía talento. Mucho. ¿Lo llegaste a conocer?

No, dijo Samos. A él no.

Nunca volvieron a hablar de ese asunto. Para él, al fin y al cabo, había resultado una conversación tranquilizadora. La aparición de aquel nombre desaparecido del censo fue una manera más de espantar recelos por su parte. Los edificios estaban allí, en el libro de la ciudad, con sus estilos, su historia y gente que los estudiaba. Normal que también tuviesen sus fantasmas, después de lo sucedido.

Chelo no se merecía ese estado de sospecha, de celos, que lo roía por dentro desde hacía años sin decirlo. No podría decir con exactitud cuándo la relación entre ambos dejó de tener que ver con los sentimientos. Su equilibrio matrimonial era una apariencia sostenida por interés y comodidad. No resultaba problemática porque los dos mantenían las buenas formas y se respetaban los espacios como se respetan los muebles. O las dos hojas de una tijera. Había sido el padre Munio quien hiciera la comparación del matrimonio con una tijera. Una hoja no hace nada sin la otra. Quizá el principal causante del alejamiento había sido él. Eso es lo que había empezado a considerar después de tantos años. No le había prestado la debida atención cuando murió su padre, el indiano Mayarí. ¿Una depresión? No entendía. Morir era ley de vida, ¿o no? No había sabido estar a la altura en el caso de Gabriel. Ahora se daba cuenta de que su desazón no sólo tenía que ver con sus problemas de habla, aquel desesperante tartamudear, sino con cualquier otro signo de debilidad o imperfección. Aunque nunca lo reconocería, pues consideraba que la sinceridad del patriarca producía en los hogares un efecto contraproducente, y cualquier concesión freudiana le causaba una comezón, algo podía haber de verdad en la teoría sugerida en alguna ocasión por Chelo de que descargaba en la figura de Gabriel frustraciones propias. Su talante serio había derivado en una variante de melancolía taciturna. Se enojaba con facilidad, sobre todo en el Palacio de Justicia, tanto en el despacho como en la sala. Donde antes se sentía fuerte y firme, ahora caía con frecuencia en esa clase de debilidad que eran las actitudes despóticas. Su preocupación, la obsesión con el «arquitecto portugués», había amenazado con estropear la *entente* diplomática del hogar. Metido en la Cripta, azuzado por las lecturas del hombre de la palabra de fuego, recaía en un escabroso fanatismo. Cuando recibió la respuesta de su colega el Meritísimo, había estado a punto de reventarle el pecho de la ira. El arquitecto portugués no existía. ¿Quién era el otro hombre? Después consiguió dominarse y entrar en una fase de frío cálculo. Llegó a diseñar el uso más sórdido posible de sus poderes como juez para el caso en que se viese obligado a salvar el honor. Desgranó la ley y todas las sentencias. Él podía hacer que Chelo Vidal fuese a la cárcel, podía convertirla en una apestada social. Pero lo que tramaba, la venganza que más le satisfacía, era la de perdonarla y mantenerla, confesa, en casa. Verla enloquecer de culpabilidad. Un día la encontró limpiándole el polvo con una bayeta a sus discos de ópera. El dedo con la capucha de terciopelo iba recorriendo en círculo, muy despacito, los surcos del vinilo. El dedo como una aguja de un aparato corporal. La mirada completamente abstraída. Bien. Pues así la querría ver todo el tiempo. Y más el día que había encontrado, en el doble fondo del arcón de madera, el revólver estilo

Getúlio Vargas, de cachas nacaradas, arma ideal para el desenlace digamos artístico de la historia. Todo aquello había sido un impulso. Se calmó el día en que, de manera inesperada, ella misma habló del arquitecto portugués. Sin que él le preguntase, Chelo deshizo con toda sencillez aquella madeja en la que él mismo se había enredado. Se acercó al escritorio. Guapa, como siempre. Venía limpiándose los restos de color con un paño. Él mantuvo la expresión hosca de los últimos tiempos. Chelo le dijo: Ricardo, esta mañana ha llamado el arquitecto portugués. ¿Te acuerdas? Aquel al que guíé con los alumnos de las casas-barco.

Sí. ¿Y qué?

Vuelve desde Holanda.

¿Desde Holanda?

Sí, vive y trabaja en Holanda. Imparte un seminario en Lisboa. Viene con esos alumnos. Ya te lo comenté.

Sí. Era posible que ya lo hubiese comentado. Pero él llevaba una temporada que no la quería oír.

Lo que hoy le preocupa no tiene nada que ver con Chelo. Es la puesta en marcha del Tribunal de Orden Público, de nueva creación. Samos fue uno de los asesores. No el principal, pero algo aportó, dados sus conocimientos en legislación especial de derecho político. Y acaba de declararse, por una duración de dos años, el estado de excepción. Había escrito un artículo firmado como Syllabus, con una cita de Schmitt: «El estado de excepción es al Derecho lo que un milagro a la Teología». Lo que este tribunal va a suponer es que la excepción ya no será patrimonio militar, ese lastre en la imagen del Régimen como un estado de guerra. Con el nuevo tribunal, la excepción, el enjuiciamiento del enemigo, pasará al ámbito civil. Y Ricardo Samos tiene fundadas esperanzas en que la creación de este tribunal le permita un ascenso, ocupar al fin una alta responsabilidad. Pero está preocupado. La condena a muerte y ejecución del opositor Julián Grimau por supuestos delitos cometidos más de un cuarto de siglo antes, en tiempos de guerra, acordada por un tribunal militar, estuvo acompañada de la irregularidad de retrasar la puesta en marcha del nuevo tribunal y requirió una artimaña jurídica. Sólo unos pocos estaban al tanto, claro. Y él entre ellos, entre esos pocos. Ahora ya no sabía qué pensar. Él aspiraba a ser un gran jurista, pero esa chapuza... Ojalá el Supremo. Sí, el Supremo. Ése era su lugar.

El censor Dez llegó con algo de retraso y se sentó junto a él. Dez sí que tenía claro su destino. Después del verano ocuparía por fin una plaza en Madrid. Estaba hartado, dijo riendo, de su trabajo de censor, andar con el lápiz rojo detrás de los poetas. Ahora había conseguido estar en primera línea. En el Ministerio de Información. En lugar de cortar, alargaría. Desde ahí sí que tenía asegurada su publicación.

¿No nos dirá que va a dejar la poesía?, preguntó el fiscal Fasco. Ese poemario que nos ha prometido, el de *El momento de la verdad*, ¿qué va a ser de él?

Pues va a esperar a que madure el reloj, dijo Dez, desviando la conversación. Voy a publicar algo diferente. Le va a sorprender, estoy seguro. Y murmuró enigmático:

Yo mismo me sorprendí cuando saqué eso de dentro.

Al juez también le había salido de dentro. No sabía muy bien la razón ni en qué momento y por qué impulso había surgido el relato, pero lo cierto es que volvió a contar el acto de homenaje al jurista Schmitt en Madrid, hacía poco más de un año, al que había tenido la suerte de asistir, invitado como uno de sus discípulos españoles.

Lo animaron a seguir. Algunos no lo habían oído antes y además sentían mucho interés por *don Carlos*, un mito para los juristas y jueces en ejercicio, una figura tan influyente como misteriosa.

Como le había sucedido en la tertulia de la Cripta, el primer efecto que provocaba el remate de la crónica, la frase de *don Carlos*, «ésta es una fiesta sagrada en el crepúsculo de la vida», seguida de un repentino irse-la-luz, un apagón total que sumergió en la oscuridad el salón de la sede del Movimiento Nacional, el primer efecto, comprobó Samos una vez más, era de un impacto garantizado. Un estado de asombro, de meditabundo silencio. Y eso que era un colofón, Samos lo sabía bien, que se prestaba a la risotada espontánea. Pero los oyentes dudaban entre reír, porque la escena era realmente cómica, o mantener una cautelosa espera, porque los protagonistas no eran realmente graciosos. Samos, el único testigo entre los presentes, empleaba entonces toda su elocuencia para convertir aquel colofón en una especie de apoteosis del poder presencial de *don Carlos*. Un colofón místico.

Él había estado allí y podía contarle entre los actos memorables a los que había tenido la fortuna de asistir. Magnífico el maestro de ceremonias, y no lo digo porque ahora haya ascendido a ministro. ¡Ya verán qué ministro! Un cañón de largo alcance. ¿Han visto cómo se comía a la prensa internacional? Y algo muy importante para la nueva situación. Un hombre que sabe de leyes. Tiene nuestra formación. Esto último lo dijo con la seguridad de que era algo que iba a agradar a los comensales que tenía alrededor: había sido un alarde oratorio. Volver a las raíces. Como se había dicho de Donoso, un hombre con la palabra de fuego.

Estaban sirviendo el primer plato tras unos entrantes. El juez consultó el reloj. Chelo estaría a punto de llegar. El fiscal Fasco alzó la copa de vino e hizo un brindis. ¡De hoy en un año! Después se dirigió al juez: ¡Ese irse-la-luz! Debió de ser un momento especial. ¿No sintieron ningún temor?

En el gran salón del hotel no llegó a irse la luz, pero el fiscal Fasco y el juez Samos no pudieron evitar el estremecimiento de que en sus bocas, y contra su voluntad, en aquel momento estaba operando una incontrolable versión de ley de la causalidad. La nube de pasquines que caían desde el balcón interior de la entreplanta provocó un instante de penumbra al cubrir las lámparas de araña. No, más que nube, la forma era la de una bandada de aves blancas, planeando dulcemente. Por un lado, la bandada de pasquines hizo callar a todos los comensales, atónitos, con la cabeza levantada. Por otro, su sonido, el de los pasquines, tenía más que ver con la idea de la música que con el ruido, pues su caer era a cámara lenta, otoñal.

Rostros de asombro, de pasmo, de enojo. Definitivamente, pasquines en blanco.

No, no están en blanco del todo, dice con voz intrigante el fiscal Fasco, que soba y escudriña el papel. ¡Están en braille! Mira a su alrededor, a sus compañeros comensales, y después se levanta y se dirige a la mesa presidencial. Repite, con la irritación de quien se enfrenta a un desmandado absurdo: ¡En braille!

Todos hacen lo mismo. Soban los panfletos una y otra vez. Sí, tiene relieves, tiene perforaciones.

El lenguaje de los ciegos. Ciegos, ciegos, ciegos. Wells, Wells, Wells. El juez bebió un sorbo de agua. Este sabor del agua. Lástima de un poco de azúcar. Sí, por allí andaba el grandullón de los orines, con su uniforme de gala, una autoridad. Ellos no habían leído a Wells. No habían leído aquel relato del país de los ciegos, el del hombre que caía en un lugar donde la facultad de ver era considerada anormal. Mierda. ¿A qué venía pensar en Wells por este escándalo, con este acto de subversión? Había días en que se enfadaba con su propia memoria, esa manía de la mente de andar a lo suyo.

Después de la primera reacción de algazara, de gestualidad prebélica, los comensales de la fiesta del Movimiento fueron volviendo a la formación estipulada y el gobernador tomó la palabra en tono de arenga. Mientras tanto, agentes de paisano iban recogiendo todos y cada uno de los pasquines en blanco.

Chelo corría por la calle Tabernas con todas sus fuerzas. Sabía que no aguantaría la persecución durante mucho tiempo. Pero sabía también que había un recurso. Un refugio. La iglesia de Santiago. La conocía muy bien. Había ido allí muchas veces como guía. Y muchas también a intercambiar mensajes ocultos en misales. Sabía de un lugar, una cavidad bajo el altar de la Virgen de la Leche, que le había mostrado un restaurador amigo y que no conocían ni los curas. El tiempo necesario para dejar pasar el peligro más inminente. Saldría por la mañana, con la primera misa.

Lástima el chal. Necesitaba tiempo. Tenía que meditar. Una simple pieza de ropa podía cambiarlo todo. Era una situación que ahora le parecía ridícula, pero es la mala suerte lo que define lo ridículo. Aquella bicha. Ya ella, cuando entró en el hotel por recepción, recibida con sonrisas, también por los policías, ya ella había visto el peligro en aquella mujer sentada sola en el bar. Leyendo un periódico. Una mujer robusta. Con mucha delantera, a punto de reventarle las costuras. Le recordó a la gerifalte de la Sección Femenina de la que Sada se burlaba a causa de sus andares: ¡Ahí va el Movimiento Nacional! Pero no era ella. Le resultaba desconocida. Siguió adelante. Consultó su reloj de pulsera. Enseguida llegaría el turno de intervenir el gobernador y jefe provincial. El mejor momento. Se dirigió a la entreplanta como quien va a gozar con las vistas del puerto. Apoyó el paquete de pasquines en una esquina oscura de la balaustrada. Había un tiempo, un mecanismo de retardo para que aquel montón se precipitase en el vacío. Pero en el momento del preparativo, sintió la sombra detrás de su cuerpo. Venía a por ella. No pudo capturarla. Pero la sombra consiguió arrancarle el chal.

El inspector Mancorvo se acercó al juez con mucha discreción. Le dijo: No se levante ahora, Samos. Pero antes de marcharse no deje de hablar con nosotros. Lo esperamos a la salida.

Y allí estaban. Mancorvo y Ren y una tercera persona, una mujer desconocida, en traje de chaqueta. Alta y fuerte.

Tenemos un problema serio, juez, dijo Ren.

Se dirigieron hacia el fondo. Sí, había una magnífica vista de la bahía. Los movimientos de luces verdes y rojas. Su reflejo vibrátil en las aguas. Los focos de las grúas. Ren sacó algo de debajo de la chaqueta.

¿Reconoce esto?

Iba a tocarlo, podía decir: azul noche con dibujos de terciopelo negro. Pero no dijo nada. Sólo asintió.

La denuncia

Emprendo este poema con el anhelo de que la felicidad de expresión apure el barco rumbo a Saint-Pierre et Miquelon. Estaba practicando la manera de escribir sin mirar los dedos. Copiaba un poema del libro anónimo. Aquel que había llegado a mi nombre, en un sobre sin remite. A la comisaría llegan muchos anónimos. Sobre todo denuncias. La gente se sorprendería de la cantidad de anónimos que circulan. Incluso en algunas de las denuncias se aprecia el esmero que alguna gente pone en la caligrafía. Cómo la denuncia anónima, que está escrita y reescrita hasta lograr una letra bonita, elegante. Tal vez quien la escribe así lo hace con la ilusión de que la denuncia será más efectiva. Algunos de los poemas del libro anónimo eran, de hecho, denuncias. Ciertas, contra la historia, pero no tramitables por mi parte. Eran buenos poemas. Con todo, los que más me atraían eran los que hablaban de las navegaciones por los mares de pesca del bacalao, por Terranova y Nueva Escocia, y aún más arriba, en las proximidades de Groenlandia y el Ártico. Así que ahora mis dedos iban alegres al trote, empujados por la añoranza del abrazo didáctico de Catia, la profesora de la academia de mecanografía, cuando los frenó una alarma. Sin mirar, sé reconocer a un fascista por la forma de abrir la puerta, porque yo trabajo entre fascistas. Enseguida supe también que quien entraba traía una hoguera en su interior. La brisa del mar hace que en Coruña el verano sea fresco, pero, de repente, como activada por el movimiento del carro de la Hispano-Olivetti, la temperatura subió varios grados. Conocía a aquel hombre y era un hombre frío. Ahora ansiaba, realmente ardía por encontrar a su mujer. Investido de autoridad, como si llevase la toga puesta, no era capaz, a pesar del control de las palabras, de apagar el incendio que éstas extendían por su rostro hasta destellar en sus ojos. ¿Amor? El color es rojo, ya lo sé, pero yo diría que en ese fuego podía más la mezcla con otra clase de combustible. Cuando él mismo me habló del «orgullo herido» y de «cuestión de honor», por la forma de decirlo me di cuenta de que tenía un rescoldo de ceniza y brasa en la boca.

En aquella época, cuando ninguna mujer de su clase huía, el caso me pareció apasionante, un extraño regalo de asombro envuelto en sorpresa. Uno de esos momentos en que uno tiene la excitante sensación de que la placa es una licencia de caza para piezas vedadas. Y a medida que él desgranaba algunos detalles, eso sí, con mucha usura, sentí que me estaba traspasando varios grados de su rubor. Pero no tardaría en dudar. Él tenía un problema. Yo tenía un rescoldo prestado entre manos.

Paúl Santos se asomó a la ventana. El año pasado, cuando se incorporó a la comisaría, por estas fechas, pudo ver al fondo, más allá de los cuellos basculantes de las grúas, atracado junto al Club Náutico, la presencia maciza del *Azor*. Era el barco de recreo de Franco. A veces, el Jefe del Estado aparecía en él, en una ruta de pesca por el Cantábrico. Aunque el barco llegaba casi siempre antes, la víspera, y el dictador viajaba por carretera desde Madrid. En sus ejercicios de fisonomía, Santos

encontraba una correspondencia total, incluso excesiva, caricaturesca, entre el Caudillo y su barco. Era una embarcación achatada, de perfil simple y navegar pesado. Cualquier bou de los que salían hacia el Gran Sol tenía un singular más elegante. La estampa más acabada del *Azor* fue el día en que apareció en la bahía llevando a remolque un cetáceo rematado a tiros de metralleta. Santos observó en el azogue del mar de la Dársena, en los colores duros del anochecer, una violenta tensión del lenguaje, pues lo que resultaba apropiado para aquel acto era el verbo *abatir*. La condición del *Azor* no era propiamente la de una máquina acuática sino una apisonadora de agua. Como barco, empezando por el nombre, era una paradoja. Una realidad ridícula. Santos sabía que ese pensamiento, aunque nunca lo había expresado, lo situaba de por sí en tierra peligrosa. Porque lo que ocurría de verdad era que el *Azor* tenía una presencia imponente, intimidatoria. Aquel barco feo, chato, dominaba el paisaje del puerto. Determinaba el tiempo. Cambiaba las medidas. Amedrentaba el espacio.

La mente de Santos había vivido un proceso semejante al de su aprendizaje para escribir sin mirar hacia los dedos. Un pensamiento llevaba a otro y esos dos a un tercero que en principio le producía un estremecimiento (una voz que le decía: pensarás en lo peor), como cuando se quedó atrapado por la cintura en una expedición de espeleólogo aficionado por un pasadizo poco explorado de la cueva del Rey Cintolo, en Mondoñedo. Una vez superado el trance notaba que estaba en un espacio más amplio. Eso era lo que le permitía, por ejemplo, ignorar ahora mismo incluso la idea del *Azor* y fijarse en el movimiento de las grúas portuarias que cargaban troncos de árboles en el muelle de Occidente. Antes de encontrar la línea de descenso se balanceaban en el cielo. Y él pensó que era de ahí, de esa memoria sacudida, descortezada, de donde venía la frescura del aire.

No. Ese año aún no había llegado el barco. Pasaba algo y aún no se sabía muy bien el qué. En la ciudad se había producido aquel extraño suceso, el del incidente justo la noche del 18 de julio en el gran hotel donde estaban reunidas las autoridades y todos los convocados por el Movimiento Nacional, en la fecha en que se celebraba la sublevación que puso fin a la República y dio lugar a la dictadura. Paúl Santos no necesitaba echar cuentas. Ya habían pasado veintisiete años desde el comienzo de la guerra. Él había nacido casi a los nueve meses de aquel 18 de julio. La guerra de las guerras. La guerra omnipresente. Una guerra que había resultado pegajosa como un componente más del aire, ajena al tiempo. No quería pensar en ella. Ella andaba por ahí, tan campante, pensando por todos.

Tenía que pensar en cosas concretas. En su labor de policía científico. Un aventajado detective de la Criminal. Con dos casos importantes entre manos. De diferente envergadura, pero que afectaban a los mismísimos cimientos de la ciudad. Por un lado, Manlle. La organización de Manlle. Había avanzado mucho, con golpes de suerte, y estaba a punto de tener todos los elementos probatorios para poner al descubierto aquel imperio delictivo. Y ahora esta especie de lotería. Encontrar a una

mujer de la alta sociedad, una belleza de conducta ejemplar, que acababa de abandonar a su marido, un juez con una prometedora carrera por delante, bien relacionado, influyente, y de quien se comentaba con insistencia que muy pronto sería llamado a más altas funciones. A ver, piensa, Paúl Santos. ¿Por qué el juez Samos llamó a tu despacho? Podía haberme convocado al Juzgado y yo habría ido a todo correr. Tratar el asunto de otra manera. Pero no. Llamó aquí y acaba de presentar una denuncia contra su hermosa mujer por abandono del domicilio conyugal y sospechas fundadas de delito de adulterio.

Si lo hizo así ha sido por indicación del Superior. Una prueba de confianza, ¿no? A ver, Santos, piensa. Concreta.

Paúl Santos se levanta y se dirige hacia un estante donde tiene sus libros de consulta. Lee con atención los artículos que pueden referirse al caso Chelo Vidal, con las pertinentes anotaciones del Civitas. Nunca había imaginado que su corazón latiría a causa del Código Penal.

«La conducta adúltera consiste en la unión carnal entre los dos correos que puede expresarse por los términos *yacer, acceso carnal, cópula, cohabitar, hacer vida en común, vida íntima, vida marital*. Es indispensable que el yacer conste o se deduzca de los hechos probados, pero siendo difícil de sorprender en su material ejecución completa, su existencia cabe deducirla de los hechos, en base a síntomas como permanecer dieciocho días en un hotel...»

¿Dieciocho días?

¿Por qué dieciocho días?

Aquella ley absurda ponía, no obstante, la imaginación a prueba. Las penas eran severas, de prisión, y afectaban sólo a la mujer. Según la ley, bastaría para la condena que fuese sorprendida una vez con el otro «correo» en el lecho. «Cometen adulterio la mujer casada que yace con hombre que no sea su marido y el que yace con ella sabiendo que es casada, aunque después se declare nulo el matrimonio». Pero ahora Paúl Santos estaba pensando en otra cosa y no en el juez ni en su mujer. Dieciocho días en la habitación de un hotel con la Rosa Taquigráfica. Santos trató de impulsar el mecanismo de la imaginación, pero no conseguía pasar del primer día. Con eso ya era feliz. Volvió a la máquina. Pulsó varias teclas. La palabra *cohabitar*. La palabra *correo*. La palabra *lecho*. Las varillas chocaron impidiendo que el carro de la máquina avanzase. Empezó otra vez. Los brazos en ángulo recto. El nervio óptico conectado a los dedos, pero sin mirarlos. Así. Otra vez. *Emprendo este poema con el anhelo de que la felicidad de expresión apure el barco rumbo a Saint-Pierre et Miquelon.*

El cuaderno

Si quiere, puede estar presente, señor Samos.

No. Mejor hablen ustedes a solas con él.

Gabriel no hablaba. Leía en su cuaderno. Nada más decirle adiós a la Dársena, o pasar la ría en la barca de las Xubias, o cruzar el puente del Pasaje, o adentrarse en las casas-barco, o ir en el tranvía a Sada, o en el tren de Betanzos, e incluso alguna vez (¡No puede ser!, murmuró el inspector jefe Ren), una vez sucedió en el segundo piso del trolebús, en uno de aquellos trolebuses rojos que habían llegado de Londres, en la Línea 2, Porta Real-Os Castros, también allí sucedió, también allí hicieron el amor o algo parecido, la mano de él debajo de la falda de ella.

¡No puede ser!

Sí, había sido así, protegida, velada por esta ciudad de Meo de Niebla, de Meo de Moscas, del Viento del Lado del Hambre, del Viento de las Viudas, del Cercado de la Noche, del Cielo de Concha, del Cielo de Toldo, la Zarza del Cielo, la Oza de la Tronada, el trueno y el relámpago, ciudad de un cielo carnal, voluptuoso, promiscuo.

Entre el trueno y el relámpago, en la escampada, gracias al relato de Gabriel, todos empezaron a ver secuencias de Chelo Vidal besando y amando al arquitecto portugués. O a quien fuese. Y en el relato de Gabriel, del carabina, había un gozo, una demora, que producía en los oyentes el efecto de una ventosa en la sien.

Todo lo que contaba Gabriel estaba escrito en notas taquigráficas o con una caligrafía que era imposible de descifrar para un observador. Pero Santos no miraba hacia aquel extraño cuaderno, sino hacia la ventana, que era un cuadro en movimiento de barcos y grúas. En su interior todo estaba también en movimiento. Pocas veces había sentido una excitación semejante producida por el lenguaje.

¿Bajo el mar también?

Sí. Permanecían allí dos, tres, incluso cuatro minutos, y después salían levantando un sifón de agua. Y en Carnaval, cuando no había nadie, se envolvían en algas y rodaban así por la arena.

Cuando se volvió, Ren hacía anillos con el humo del cigarro y Mancorvo seguía su trayectoria hacia el techo. La mesa central estaba desocupada, totalmente limpia, excepto el cuaderno de notas de Gabriel, lo que lo convertía en una especie de artefacto. Los ojos, los músculos del rostro y la posición del cuerpo expresan la primera reacción crítica ante un texto. El trazo de la boca, por ejemplo, equivale a un dictamen. Al principio, ambos se sentían satisfechos. Compartían el estupor, pero un estupor victorioso. Ren, con sus signos de humo, aparentaba saborear aquel sorprendente relato como un triunfo. Poseer esa clase de información sobre la vida no sólo otorga poder para disponer de ella, sino que permite el acceso a una clase singular de gozo: la autopsia del gozo ajeno.

Ya está. ¿De cuántos encuentros hablamos?

Cuando se cruzaron las miradas, el rostro de Ren parecía albergar ahora un

pensamiento complejo, después de lanzar tantos aros de humo al aire. Pero lo que dijo, con una clara pretensión universal, fue: ¡Qué cosas!

Mancorvo le dio un codazo: ¡Menos mal que el juez no ha entrado! Pero Ren no le siguió la gracia. Estaba llegando a la misma conclusión que Santos. El muchachito había urdido una trama. Un cuento pegado a la realidad. Les estaba tomando el pelo.

Fue Santos quien tomó la iniciativa: Dinos la verdad, Gabriel. Todo lo que has escrito es mentira, ¿a que sí?

Todo, dijo Gabriel con rotundidad.

¿Qué es Durtol, Gabriel?

Un sanatorio.

¿Has estado allí? ¿Por qué escribes desde Durtol? ¿Qué pasa en Durtol, Gabriel?

Vamos a dejarlo, concluyó Santos.

¡*Katechon!*, dijo Ren con resentimiento: Miró para el cuaderno ininteligible de Gabriel: Ya estás iniciado en garabatos, ¿eh?

La carga de la sospecha

¿Judit?

Por poder, claro que podían preguntar por cualquiera. Pero van a preguntar por alguien que no existe. Mira que hay nombres por aquí, todo a la redonda. Hay quien tiene tres o cuatro nombres. Pero Judit, excepto la de la Biblia, no se me ocurría ninguna. Y si se me ocurriese, no se lo diría.

Policía, había dicho el más flaco con desgana. Ya que es policía, pensé, debería echarle algo de arte. Por lo menos mostrar una placa dorada, como hacen los americanos en las películas. No hay ni estilo ni nada. El flaco parecía tener un mondadientes invisible en la boca. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, con brillantina, y venía hecho un figurín. Quizá por eso andaba con desgana. El suelo asfaltado hacía poco, con el chapapote fresco. El día crepuscular, amenazando agua. El ladrar de los perros. Nada más llegar el coche, moviéndose despacio, con esa velocidad funeraria, todos los perros se pusieron a ladrar. Eso no les debió de gustar nada. Tantos perros ladrando. ¿Quién hace callar a los perros? El otro era grueso, robusto, con traje y sombrero cenicientos. Ése estaba un poco más atrás, apoyado en el capó. ¿Qué mirará? No hacía más que mirar hacia la carga que yo llevaba en la cabeza.

Judit. ¿Nunca has oído hablar de una tal Judit?

Iba a decirles lo de la Biblia, pero yo a éstos ya los veía venir, eran capaces de pillar ese cabo y liarla. Una lavandera que habla de la Biblia. ¿Y qué más sabes de la Judit esa que sale en la Biblia?

No. Nunca.

El que miraba tanto hacia el atado bien me podía decir que lo apoyase en el capó. Ellos de brazos cruzados y yo con aquel peso encima de la cabeza.

¿Esa ropa es de la mujer del juez?, preguntó de repente el grueso del sombrero color ceniza.

Ahí sí que dudé. Ahí se le notó el oficio al grandullón. Había dentro de mí una voz que me decía que los mandase con viento fresco, que les fuesen a preguntar a ellos, al juez y a la pintora. Pero Armonía me frenó. Armonía me dijo: Déjalo correr y no metas el bulto en esta historia.

La ropa es de la mujer del juez y del juez. Y de su hijo también. Es la ropa de toda la casa.

A ver. Ponlo aquí, en el capó.

Eso no me gustó. Yo que estaba esperando que me dijese que lo apoyase allí, porque el suelo de chapapote parecía el del infierno, y ahora que me lo dice, me da un repelús.

Ponlo aquí.

Palpó el lote, el bulto de ropa. Y después metió la mano por arriba, por un hueco de las ataduras, y se puso a hurgar entre la ropa. Sacó los papeles y el otro dejó de

rumiar con el mondadientes invisible en la boca y fue todo diligente a escudriñar el hallazgo, tras amenazar: ¡Si te mueves, te dejo en el sitio!

Son revistas de moda, dije. Atrasadas.

Iba a decirles que las leía en el excusado. Sentada. Que era un momento muy tranquilo del día para mí. Pero Armonía me dijo: Eso no se lo digas. Tú sí sí. Tú no no.

Estuvieron mirando y remirando.

¡Traje de vinilo naranja! ¿Tú no te irás a poner esto?, dijo burlándose el grandullón.

No, no digas nada.

Sacudieron las revistas, por si caía algo, supongo. Y fue ese movimiento, ese agitar de hojas, a la espera de que cayese algo al suelo, lo que me recordó aquel día en que Olinda apoyó el lote junto a la fuente de Santa Catarina y apareció un hombre con un paño blanco, una envoltura enorme, y dijo: Se le ha caído esto, señora. Y ella dijo: Gracias, señor. Y yo pensé: Pero si no se le ha caído nada. Pero Olinda lo guardó enseguida, lo que fuese, en el atado.

¿Cuánto tiempo llevas de lavandera para la mujer del juez?

Una docena de años, más o menos. Empecé con mi madre.

¿Dónde está tu madre?

Mi madre ha muerto. Y yo lo voy a dejar.

¿Por qué lo vas a dejar? ¿Ha pasado algo?

Que han comprado una máquina. El tiempo de las lavanderas ya ha pasado.

¿Y tu padre?, preguntó el figurín. ¿Vive tu padre?

Vive, sí. Es el enterrador.

Muy bien, dijo Armonía. Eso impone un respeto. Ahora mira hacia el cielo. Para que ellos se den cuenta de que va a llover.

¿Qué sabes del arquitecto portugués?, volvió a preguntar Sombrero Ceniciento.

Ahora sí que dudé. Judit. El arquitecto portugués. El sombrero ceniciento. La boca del mondadientes invisible. La voz de la osadía me dijo: Hazte la loca. Esta gente no quiere tratos con chalados. Es algo de lo que se apartan, de lo que no quieren saber. Se ponen nerviosos con los locos. Esta mujer, dirán, no está bien de la cabeza. Parece una endemoniada, de esas que iban a curarse a la Virgen de Pastoriza y cuando llegaban ante la iglesia sentían tal revoltijo en el cuerpo que escupían ochavos de hierro que se clavaban en la puerta. Hazte la espiritada. Escupe clavos de hierro, echa fuego por la boca.

Dime tú algo, Armonía. Y Armonía me dice que tengo que ser lista. Más lista que ellos. Y ellos saben quién está loco y quién se lo hace. Te llevarán a comisaría y te harán una ficha. Y si estás fichada, no tendrás certificado de buena conducta. Y si no tienes ese certificado, ya no te podrás ir a ninguna parte. Ellos andan buscando, pero no saben muy bien el qué. Lo mismo que a ti se lo han preguntado a las otras mujeres que llevan cosas encima de la cabeza. A las mujeres que aparecían en los cuadros.

Bien se ve que están desorientados. Y que les incomoda la orquesta de los perros.

¿Qué sabes del arquitecto portugués?, preguntó Ren.

Y Ó respondió de inmediato, sin pensarlo: Dígame, señor, ¿cómo es un arquitecto portugués?

Anda, vete, dijo Ren. Antes de que llueva.

No sé qué pasa hoy, no sé qué me ven en la cara. Ahí viene otro coche que se para. Más pequeño, eso sí. Un *coupé*.

Buenos días. Soy policía. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

Éste por lo menos se molesta en enseñar la placa. Guapo, con un aire algo triste, demasiado para mi gusto. Desorientado. Como si buscase a uno con capa en Santiago.

No se preocupe. Soy Paúl Santos, de la Brigada de Investigación Criminal.

¿De la Criminal?

Pues era como para estar tranquila.

Usted lava para la señora Vidal, ¿no es así?

Así es, señor.

¿Cuándo fue la última vez que la vio?

Éste sabía preguntar.

Hace mucho. Yo trato con la criada.

Pero hay un retrato de usted en la sala de la pintora. Un retrato aún fresco, como quien dice, recién hecho.

Las piernas. Ten cuidado con las piernas. ¿Qué le digo, Armonía?

Estaba tan fea, señor. ¡Me da tanta vergüenza!

¿Le dice algo el nombre de Judit?

¿Judit?

Judit

Ahora todo empieza a encajar, dijo Mancorvo.

Actuaba como analista y como memoria de Ren cuando éste estaba ofuscado y sumido en una especie de nicho cronológico. El subinspector era un extraño secundario. Alto y delgado, con el rostro aquilino, pelo peinado hacia atrás con fijador de brillantina, muy atildado en el vestir, con gemelos en los puños de la camisa y pasador a juego en la corbata, su presencia contrastaba con la rudeza de Ren. No había más que fijarse en los dobleces de los pañuelos del bolsillo de la chaqueta, de una immaculada perfección triangular en el caso de Mancorvo, como si fuese una condecoración, y descuidados en el del Jefe Ren.

Paúl Santos tenía registrada otra disonancia. Las manos de Mancorvo eran finas, las mantenía bien visibles, los codos apoyados en la mesa, y movía los dedos en una constante manicura, como si estuviese limando y puliendo las uñas. El gesto característico del Jefe Ren es cavar con las uñas de una mano en las hendiduras de las de la otra. Raramente se desprendía del sombrero y, cuando lo hacía, durante algún tiempo le quedaba en la frente un surco colorado, como si lo llevase fijado con una rosca.

Juntos componían una especie de ser gateado, alterno.

Un ser temible, pensó Santos.

Mancorvo, por la manera de hablar, parecía también ser más inteligente que Ren. Pero Santos sabía que había que relativizar todas esas impresiones. Igual que su carácter, la de Mancorvo era una inteligencia complementaria. Dependiente. Carecía de iniciativa. En las partes más delicadas del relato buscaba el asentimiento del inspector. Entonces se revelaba como un relamido lacayo ante un rudo caporal, que satisfacía la demanda con un ahorrador medio gruñido. De vez en cuando, interrumpía con un estribillo de nostálgico resentimiento:

Así que era ella. Tenía que ser ella.

Hubo un momento en que figuró entre las sospechosas, dijo Mancorvo en su papel de portavoz. Sin embargo, también fue la primera que descartamos. Se investigó, pero llegamos a la conclusión de que era una hipótesis absurda. Lo mismo sucedió con otras mujeres de parecida posición. Seguimos pistas por donde ustedes ni se imaginan, por donde la mierda es oro. Cuanto más arriba, más excitante es la oscuridad. También en el delito hay clases, para qué nos vamos a engañar. Se está bien por las alturas, en vez de tratar con la gentuza. Pero de Judit, nada. Nada. Llegó un momento en que pensamos que Judit no existía en realidad. Que era una invención del enemigo. Esa idea de la infiltrada, del topo perfecto. Una leyenda creada en el exilio tanto para consumo de los opositores como para hacernos perder el tiempo y ponernos nerviosos.

Mancorvo no estaba improvisando. Iba consultando notas en cuartillas, algunas escritas a máquina en un papel azul claro.

En 1936 ella se encuentra en Francia, con una beca de ampliación de estudios en Bellas Artes. Al contrario que otros becarios, que deciden seguir en el extranjero y participan de la propaganda republicana, ella retorna a principios de 1937. Desembarca en este puerto, en Coruña. Ahora tenemos razones para sospechar que fue en ese momento cuando la entrenaron y le organizaron los contactos. Judit nació entonces. Fue pensada a largo plazo. Muy bien pensada. Lista como una ardilla roja. En 1939, justo tras la victoria de abril en la guerra, viaja en una expedición de mujeres carlistas, organizada por una aristócrata gallega, para el llamado Auxilio Social en Barcelona.

¿Cuándo empiezan ustedes a sospechar que Chelo Vidal, esa mujer que se incorpora a una expedición tradicionalista a Barcelona, es la Judit republicana?

Se escucha el carraspeo de Ren. Con los brazos cruzados, se apoya en la mesa y oculta la línea de Mancorvo. Mira de frente a Santos. Parece sorprendido de que se emplee con él, allí, precisamente en la comisaría, ese celo profesional.

Poco después, responde Ren. En el año cuarenta, cuando me incorporo a determinados servicios especiales, que ahora no viene al caso mencionar. Acabó la guerra en España, pero empezó la mundial. Oficialmente no estábamos en guerra, pero eso era sólo una apariencia. No será necesario que se lo explique, ¿verdad?

Hizo una pausa. Inspiró. Santos tampoco dejaba de mirarlo. Parecía calcular la cantidad de aire que Ren consumía y bombeaba.

Yo conocía a Ricardo Samos, continuó el Jefe Ren. Hasta entonces, desde que ella había regresado de la expedición a la Barcelona de postguerra, mantenían un noviazgo formal, pero ella iba aplazando la fecha para casarse. Era muy joven, etcétera. Samos entró a formar parte de un grupo que iba a hacer un periplo de formación a Italia y Alemania, pasando por París, que ya estaba ocupada. Son los buenos tiempos del Eje. Y entonces es ella la que le pide que se casen. Y quiere ir en ese viaje. Sería la luna de miel. Yo no comenté nada con Samos, pero anoté ese detalle. Al final llegó la orden de que no viajasen mujeres en esa expedición.

¿Y usted anotó eso?

En la cabeza. Esas cosas se anotan en la cabeza.

Ya.

El juez está muy afectado, dijo el Superior. Se le ve totalmente desorientado.

El juez es tonto, dijo Ren de repente. Había un inusitado rencor en el modo de referirse a Samos. Paúl Santos pensó que la oculta glándula del resentimiento le funcionaba muy bien y tal vez lo hacía más inteligente.

Siempre ha sido algo tonto, siguió diciendo Ren. Estamos en confianza, ¿no es así? Lo conozco muy bien. Llevo años aguantando sus discursos. Sus conferencias en Coímbra, sus paseos con D'Ors por Santiago, las excursiones por Galicia con ese tal Schmitt para ver sepulturas, las hazañas de caza con el ministro. Me sé todo eso de memoria. Y mientras tanto, pasaba lo que pasaba. ¡Me cago en las teclas de una Remington! Se le veía la cornamenta, incluso cuando llevaba el sombrero canela.

Ahora es fácil decirlo, pero usted estaba allí, dijo Santos con un tono incisivo. Usted frecuentaba esa casa.

El bufido de Ren llenó el despacho del Superior. Apenas disimula el esfuerzo que hace por soportar a su colega de la Criminal: Mire, científico, yo ya sabía que no podía ser. Aquella mujer no encajaba. O encajaba demasiado. ¡Me cago en la vista! No había más que verla para darse cuenta de que ella era Judit. Esa manera de estar y no estar. Su presencia... vaporosa. Tan diplomática siempre. ¡Me cago en el pluscuamperfecto! Ahora que lo pienso, es como si llevase una estrella en la frente: ¡Judit soy yo, idiota!

Tengo curiosidad por saber qué decían los informes, comentó Paúl Santos. Miró hacia el Superior: En realidad, señor, seguimos sin saber verdaderamente por qué Chelo Vidal tiene que ser Judit.

Ren dio un puñetazo en la mesa: ¡Porque lo es!

Cuando hay una gota de sangre nuestro deber es analizarla, dijo Santos. Se recreaba en aquel ejemplo, pero es que le gustaba. Si la analizamos, puede ser de una persona o puede ser de un pato.

Le voy a decir una cosa, rezongó Ren. No tengo ni puta idea de cómo es una puta gota de sangre de pato.

Mancorvo captó el gesto del Superior y tomó el relevo en tono neutral. Ante la nueva situación, muchas sospechas se convertían en indicios para considerar que Chelo Vidal era, en efecto, Judit. ¿Informes? ¡Había papeles para ahogarse en ellos! Y andarán por ahí.

Yo he buscado sin encontrar gran cosa. Me resulta curioso. No hay ningún expediente Judit.

Mancorvo miró al Superior y luego a Ren.

A estas alturas deberías saber...

Santos reparó en el consciente tuteo con que lo trataba ahora el miembro de la Brigada de Investigación Político-Social.

Deberías saber que hay cosas que nos están reservadas. Trabajamos por la seguridad del Estado. Hay papeles para ahogarnos en ellos. Andarán por ahí. No son cosa tuya.

Estamos hablando de hace más de veinte años, intervino Ren, más calmado y sardónico. Eran otros tiempos, señor Incógnito.

Ahora era él quien manejaba papeles. Abrió una carpeta y sacó otro mazo de cuartillas de color azul escritas a máquina. Aquí figuran informes desde 1937. Algunos ya no se leen muy bien. En muchos casos, copias en carbón de los enviados a petición del fiscal de los tribunales militares, en procesos sumarísimos por las fugas clandestinas en barco. En Coruña había una organización, una red secreta urdida a partir del sindicato Despertar Marítimo. Hay que reconocerle el mérito. No era un juego. La ciudad vivía en estado de guerra. La población con antecedentes republicanos fue... neutralizada. Y aun así, la red funcionaba. En dos años

organizaron unas veinte fugas masivas, en bous de pesca. La mayoría hacia Francia. ¿Cómo era posible?

Paúl Santos hizo ademán de consultar las cuartillas de papel azul, pero Ren se le adelantó blandiendo el mazo: En muchos de los informes se habla de una mujer desconocida, enigmática. Siempre vestida de negro. Los interrogados la llaman unas veces Carmen, otras Lucía, otras Dolores, pero por la descripción la mujer parece ser siempre la misma. Incluso enviaron agentes de investigación y vigilancia de Burgos, de la Brigada de Servicios Especiales. Y parece que llegan a una conclusión: Esa mujer que trabaja para el Despertar Marítimo, más que una invención, puede ser una especie de... personaje de novela. Un mito en el que los propios detenidos e interrogados creían y que se transmitían entre sí.

¿Qué pasa con esa mujer?, pregunta Santos. ¿Desaparece para siempre?

Ren calla. Parece estar atravesando la historia con un taladro.

A principios de los cuarenta, como ya ha dicho el Jefe Ren, reaparece, explica Mancorvo. Se multiplicaron los sabotajes a los transportes de wolframio hacia Alemania. Vino un grupo especial de contraespionaje germano, aquí consiguieron cazar a un tipo que les estaba haciendo mucho daño, un hombre de mil caras que resultó ser alemán, opositor a Hitler. Pero el contacto principal de esta espía se les escurrió de las manos. A ellos y a nosotros. Ellos sí que creían en la existencia de Judit. Eran competentes. Muy competentes.

Miró a Ren, luego al Superior. Ensimismados. Estaba haciendo el trabajo de recordar por ellos.

Hay un asunto histórico que no se le escapará, compañero científico. El Tercer Reich apoyó la causa de la España nacional. Y no con migajas. Gran parte del armamento llegó por mar. Entró por estos puertos. Incluso la aviación, desmontada. ¿Sabe que la principal emisora de radio, la Radio Nacional de España, estaba aquí, en Coruña, en el monte de Santa Margarida? Fue un regalo especial, muy importante, del Führer al Caudillo. Cuando llegó el momento, la guerra mundial, como puede imaginar, hubo que corresponder. Aquí se prestaron servicios muy especiales.

Lo del wolframio no es ningún secreto histórico, dijo Santos. Ni lo de la emisora.

Esa emisora cumplía otros servicios, además de los radiofónicos. El litoral gallego, tan intrincado, era utilizado como una base fundamental para el control del tráfico marítimo y aéreo entre continentes. También para refugio y reparación, en especial de los submarinos que atacaban a los convoyes aliados en el Atlántico.

Era de imaginar.

Y quien habla de refugio, habla de más cosas. Cosas fundamentales, ¿no es así? Abastecimiento, reparaciones... Incluso cosas menores como las diversiones. Los hombres, los oficiales, tenían que divertirse, ¿o no?

Como clase de historia ya es suficiente, Mancorvo, intervino Ren. ¿Qué más hay que contar?

Bien. Pues llegó un momento, dijo Mancorvo, en que cada submarino y cada

barco parecían tener una diana invisible. Siempre los localizaban. Por mucho camuflaje que hubiese.

Judit.

Sí, los mensajes interceptados hablaban de Judit. Sucedió otra cosa. Cuando hay colaboración, hay negocios comunes. Empresas comunes. El año 1942, por ejemplo, fue un buen año.

Ren volvió a refunfuñar.

Pues esas personas también recibían señales de estar... localizadas. Más cosas. Digamos... huidas y entradas incomprensibles. Gente que se nos va de las manos de una forma inexplicable. Imagine un cordón total de seguridad. Había demasiada información.

Pero una sola Judit no daba para tanto, observó Santos. Por muy hábil y activa que fuese, esa Chelo no podía tener el don de la ubicuidad. Por lo que yo sé, se dedicaba a pintar en su casa.

Hay nudos. Mucha información dispersa que confluye en un nudo, como las órbitas astrales de una esfera armilar. El nudo tiene que estar en un lugar imposible. Judit era un nudo, la esfera.

¿Quiere decir que ella sólo tenía que estar ahí? Estarse quieta esperando.

Algo así.

Gracias, Mancorvo, interrumpió de repente el Superior. Ya estamos perfectamente situados en la historia. Ya no nos movemos con fantasmagorías.

Había permanecido callado casi todo el tiempo. Santos pensaba de él que, en presencia de Ren, era un personaje secundario. Pero ahora parecía investido de su cargo. Su tono era el de quien tomaba la iniciativa.

Hay que encontrar a Chelo Vidal, dijo. Y encontrarla ya.

Estudió a todos los presentes a cámara lenta: Nos va a todos la cabeza en el asunto.

Se levantó, dirigiéndose a la ventana. Estaba en camisa e hizo pinza con las manos en los tirantes. Esos días del verano de 1963, cuando Franco retrasó sus vacaciones sin motivo conocido, todos los que miraban por la ventana parecían tratar de adivinar la llegada del *Azor*, el yate del Jefe del Estado.

Ésta es una situación muy delicada, dijo el Superior, hablando de espaldas en voz baja. Se volvió hacia los presentes y el dictamen fue más firme: Muy, muy delicada.

No puede aparecer como un caso político, dijo. Es más. No puede aparecer de ninguna manera. No puede trascender nada. Nada de nada. Ninguna filtración. Ya he hablado con Censura, por la información periodística. No se va a decir nada del incidente del 18 de julio. La conmemoración, como siempre, ha sido un éxito y una muestra del entusiasmo popular. Eso es lo que dirán los periódicos. Pero los censores no pueden poner un bozal en cada boca.

Los rumores son como la crecida de un río, dijo Santos. No se pueden frenar.

Ren rezongó, intrigante: Claro que hay una manera de frenar los rumores. Crear

otros.

La mejor manera de atajar un rumor es que no exista caso, dijo el Superior en un tono menos enigmático. Actuar rápido. Encontrar el paradero de Chelo Vidal. Y no ponerse nerviosos. ¿De acuerdo, Ren?

Por supuesto, jefe. Nos ha tocado a nosotros y hay que joderse. Para que luego hablen de la vida tranquila de provincias.

La directriz es ésta, dijo el Superior con énfasis. No hay caso político. Imaginen el escándalo en el interior y no digamos en el exterior. La mujer de un juez, de un magistrado y destacado jurista del Régimen, resulta ser una especie de heroína de la resistencia. Un mito clandestino, ya desde los tiempos de su juventud. La película que haría felices a todos nuestros enemigos. El ridículo en el exterior. La rechifla mundial.

Paúl Santos estaba pensando en eso, en la idea de un ridículo internacional, cuando el Superior pasó de repente a hablar de una manera oblicua, entre luz y sombra, se entendía y no se entendía lo que estaba diciendo. Santos tardó algún tiempo en reaccionar porque tenía que dejar trabajar al Espíritu de la Contradicción.

Señores, este asunto no se nos va a ir de las manos. De eso me encargaré yo, por la cuenta que me trae. Todos. Es decir, todos, señor Santos, tenemos que poner algo de nuestra parte.

Por supuesto, señor, dijo al fin Santos. Cuente conmigo.

No podemos andar por ahí dando palos de ciego, ¿verdad?, dijo el Superior.

No, claro.

Ya llevamos años de sobra ciegos con el caso Judit. Tenemos que encontrar a Chelo Vidal sin escándalo, sin poner la ciudad patas arriba.

Para intentar entender el sentido de la intervención del Superior, Santos decidió mirar, como en un espejo, la cara de Ren. Su expresión era de calma. De sorna.

Hay una persona que se ha ofrecido a colaborar, dijo el Superior. No fuimos nosotros tras él, ha sido él quien se presentó. Es un servicio del que en esta ocasión, por más que nos duela, no podemos prescindir. Sé que alguno de ustedes, en especial el señor Paúl Santos, desde la Brigada de Investigación Criminal, viene trabajando con admirable coraje, con pasos de gran inteligencia, sigilosos, para desentrañar la red delictiva que según numerosos indicios dirige este señor Manlle.

Paúl Santos permanecía estático. Asombrado ante lo que ya intuía. Pero sus manos tomaron una decisión. Se pusieron a escribir, a registrar con trazos taquigráficos lo que el Superior decía.

¿Qué está haciendo?

Tomo nota, Superior.

Pues anote en la cabeza. Es suficiente.

El rostro del Superior ardía. Sus ojos echaban fuego. El Jefe Ren se crecía. Consumía y bombeaba gran parte del aire del despacho. Le sonrió a Santos.

Escuche. Vamos a encontrar esa bomba de relojería que es la mujer de Samos. El resto me importa un carajo. El contrabando, las casas de putas, las compras de terreno con intimidación, el negocio del oro, la receptación de cosas robadas. Le voy a decir lo que hay: todo eso importa ahora un carajo en comparación con ella. Con Judit. ¿Entiende? Todos. Desde el más alto, todos quieren la cabeza de Judit. Han llamado de Gobernación, van a venir de la Brigada Especial... ¿Qué les importan a ellos sus progresos con Manlle? Manlle va a seguir estando ahí. Forma parte del paisaje. Lo que no puede ser es que aparezca el *Azor* por el horizonte y que esa mujer ande suelta.

Usted sabe el trabajo que nos ha costado llegar a donde estamos ahora y en la más absoluta discreción, señor, dijo Santos en tono de reproche. Lo tenemos todo. La trama del imperio y los testigos, por vez primera, para desmontarlo. Déjeme a mí intentar ahora llegar hasta Judit.

No hay tiempo, Santos. Ya está hecho el trato. El Caudillo no puede retrasar más sus vacaciones. Ya hay suficientes rumores. Nosotros estamos en un lado y entramos en el otro por los seres anfibios. Manlle es anfibio. Así que usted lo va a dejar una temporada tranquilo. Y él nos va a echar una mano.

Estaba en su despacho. Había tomado la decisión de intentar reconstruirlo todo a máquina. Necesitaba verlo en tipos parecidos a los de imprenta para darse cuenta de que todo lo escuchado respondía a la realidad. Entró Pazos, el hombre que él recuperara, el inspector de la Criminal al que había conseguido rescatar del pozo del escepticismo. Tiró la chaqueta sobre una silla como quien tira su última esperanza. La última piel.

Ya no tenemos testigo secreto. La Boa ha muerto.

¿Qué dices?

Sí, el testigo número uno. La encontraron con un disparo en la cabeza y un pequeño revólver, un *bulldog*, en la mano. Un agujero en la sien. Una cloaca más en la historia. Aparente suicidio. Y una mierda.

¿Suicidio? Esa mujer no se mataría nunca.

Santos se marchó murmurando: Ni por el premio de la inmortalidad se mataría.

El vientre de la ballena

Sada al doctor Montevideo, acerca de los barcos: Pensar que puedo hacerlos navegar hasta aquí y no puedo partir en ellos. De repente, su mirada se iluminó con la luz de San Telmo. Montevideo supo que el pintor acababa de descubrir cómo introducirse en el mural y tal vez marcharse para siempre. Palpó la pared y dijo sorprendido: Es sólo una fina membrana.

La Rosa Taquigráfica

Él llevaba mucho tiempo pensando en aquel momento. No se sentía nada seguro. Estaba acostumbrado a observar a la gente, a vigilarla, a acechar los mínimos detalles. Un cabello. Las huellas que pueden dejar los labios o los dedos. A leer las grafías que imprimen los cuerpos en un espacio. La extraordinaria información que puede contener un cubo lleno de basura. Algún día lo pensó. Escribir poemas en los que cada uno tratase de un cubo de basura. Sería a un tiempo biografía y geografía. Era de las tareas que más le atraían en su trabajo. No se lo iba a confesar a nadie. A ella, sí. A ella se lo diría más adelante. Cómo el hecho de vaciar un cubo de basura sobre una gran mesa, el de colocar y agrupar familias de desperdicios, era una manera de construir un lugar poético, una ficción auténtica, apasionante. Catia era una mujer inteligente. Iba a interesarle. Seguro. En realidad, su oficio de policía era como el de un historiador. Y la búsqueda de las huellas, como ese rebuscar en un cubo de basura, no dejaba de ser un trabajo de arqueología. Esa posición le daba una seguridad respecto del otro, del observado, seguido o vigilado. Del, por así decirlo, biografiado. Con Catia tenía la impresión contraria. Era él quien se sentía estudiado. Estaba bajo su control, empezando por su posición en la clase de mecanografía rápida. Ella, desde la altura, era quien daba instrucciones que afectaban a todo su cuerpo, quien lo dirigía con los hilos invisibles de las palabras para conseguir el objetivo de que los dedos siguiesen la velocidad de los ojos. Pero no era sólo durante ese tiempo de autómatas que compartía sentado en fila con otros alumnos. Cuando se levantaba, ante aquella mujer, más joven y de menor estatura que él, le parecía que el mandato continuaba. No le funcionaban las técnicas de autocontrol. Al contrario, la voluntad de neutralizar la espontánea alegría de sus músculos cuando, por ejemplo, ella se acercaba para aconsejarle sobre la posición de los codos, tenía por efecto contradictorio una extremada rigidez. Y lo mismo al hablar. Era como una balanza desequilibrada. Por eso, cuando por fin dio el paso de proponer a Catia el citarse una tarde de domingo, después de que ella aceptase por dos veces sus invitaciones a tomar un café en el Borrazás durante el descanso de las clases, y cuando Catia le dijo que sí, que de acuerdo, que allí estaría pasado mañana, en el Playa Club, a las cinco de la tarde, a él se le atascó la máquina porque pulsó varias teclas a un tiempo.

¿Eres policía?

Sí.

¿Y por qué lo ocultaste en la inscripción?

Tengo mis razones. El secreto, un cierto secreto, es una herramienta de trabajo. Más importante que un arma.

¿Y ahora por qué me lo dices? Mejor que siguyes con el secreto.

En este momento no soy ni abogado ni policía. Tampoco un delincuente. Sólo soy un tipo que está nervioso en una cita con una mujer que le gusta.

No tengo por costumbre estropear las citas, dijo Catia, pero ésta para mí sólo tenía un sentido aclaratorio. No veo a un policía, ni a un abogado, ni a un delincuente. Veo a alguien que oculta quién es.

Mira, Catia, la policía tiene que existir. Ponle el nombre que quieras. Se trata de proteger a la gente. Y en mi caso requiere cierto secreto. No puedo ir con un cartel que diga: «¡Viva la gente!».

Aquí se trata de lo contrario, dijo Catia. No me hables como si estuviésemos en un país normal. Soy yo quien tiene que hablar con cautela.

Y así lo hacía, en voz baja, con precaución, pero lo que decía sonaba muy fuerte, increíblemente fuerte, tal vez por inaudito en aquel lugar y tiempo, y parecía propagarse hasta donde llegaba la vista, que era muy lejos. Hasta el faro. Dijo: Hay una violencia que está por todas partes y es el miedo que metéis. No, no me hables como si estuviésemos en un país normal. Aquí gobierna... Iba a decir: Aquí gobierna un dictador. Pero fue más allá. Había algo en aquel tipo, Paúl Santos, que la animó a ser temeraria: Aquí gobierna el peor de los criminales.

¿Quieres que lo detenga y que lo ponga a disposición de la Justicia?, preguntó Santos, con voz de detective cinematográfico. Fue una reacción rápida, espontánea. Y consiguió que Catia aceptase la ironía. Que sonriese un segundo.

Sí, dijo ella.

Lo intentaré.

Pero para Catia ya se había acabado el espacio de humor posible aquel día.

¿Qué piensas de mi tío?

Que es un gran tipo. Un talento extraordinario.

Desperdiciado, ¿verdad?

No, yo no he dicho eso.

Yo sí. ¿Sabías que Héctor Ríos, el doctor Montevideo, iba a ser fiscal de la República?

No. Se nota que sabe de leyes, eso sí.

De hecho, era fiscal cuando empezó la guerra. Había aprobado las oposiciones. Estaba en expectativa de destino. Una carrera brillante, un futuro prometedor. Era un apasionado de la literatura y siempre tuvo esa mirada para leer los textos jurídicos, incluso los más caóticos y plúmbeos, como una parte de la literatura. Como él dice, literatura con...

Implicaciones.

Sí, con implicaciones, continuó Catia. Héctor Ríos ni siquiera estuvo en la guerra. Cuando empezó, él acababa de llegar de Madrid. Había venido de vacaciones, tras los exámenes para fiscal. Los primeros días de la guerra estuvo escondido. Pasó de la playa, del sol de la playa, a un agujero. Después consiguió escapar por Portugal. A muchos huidos los detenía la policía de Salazar y eran devueltos a la frontera. Él llegó a Lisboa y embarcó para América. Al principio estuvo en Buenos Aires. Colaboró en un diario llamado *Crítica*. El propietario se llamaba Natalio Botana.

Muchos de sus héroes en las novelas del Oeste se llaman así, Botana. Habla de los dos, de Botana y de su caballo Romántico. Cuando yo le mecanografiaba las novelas, siempre pensaba que eran dos personajes inventados, Botana y su caballo. Pero mira por dónde, no hace mucho, pasándole a limpio un capítulo sobre el exilio de ese libro que lo tiene tan absorbido, la *Historia dramática de la cultura*, supe que Botana y Romántico existieron. Fueron ellos los que salvaron a los refugiados del *Massilia*. Ese barco atestado de españoles y judíos perseguidos había salido de Burdeos en octubre de 1939. Llegó a Buenos Aires, pero en Argentina tampoco soplaban vientos favorables en aquel momento. El *Massilia* se quedó en el puerto, lleno de gente hambrienta, tratado como un buque fantasma por las autoridades. Fue entonces cuando apareció el caballo. El caballo de Natalio Botana, Romántico, tuvo el valor de ganar la carrera más importante en el Hipódromo de Buenos Aires, y lo primero que hizo Botana fue declarar que el importe del premio era para los refugiados del *Massilia*. Y eso tuvo el efecto fulgurante de que todo el mundo mirase hacia el barco. Gracias a un caballo, el barco se convirtió en un símbolo.

¡Por ahí va Romántico!, exclamó Santos.

Sí, es lo que dice cuando tiene un arranque de optimismo.

Vivió varios años entre Buenos Aires, Mar del Plata y Montevideo. Después le entró la idea de volver. Indagó. No había ningún proceso abierto contra él. Ninguna causa. No había ningún motivo para no volver. Desde luego, no podría ejercer de fiscal, pero no tenía por qué ser molestado si ejercía una actividad privada. Eso le aseguraron los diplomáticos españoles. Pero fue un engaño. Estoy hablando de hace seis años, de 1957. Todo fue un engaño. Nada más llegar, ya estaban detrás de él. Y entonces fue cuando se le presentó alguien, un tipo que decía ser funcionario. Él podía conseguir que lo dejaran en paz. Había una manera: pagar dinero. ¿Cuánto? Todo lo que tuviese. Sabían lo que había traído de ahorros. Estaban bien informados. Antes siquiera de que se le ocurriese la idea de una denuncia, el tipo se adelantó: ¿No estará pensando en denunciar, verdad? Y él mismo le enseñó una denuncia. La que él tenía preparada contra Héctor Ríos. Mi tío se quedó atónito. Allí estaba todo registrado. Todos sus pasos desde un año antes de la República, desde su participación en la Federación Universitaria Española. Incluso un cursillo de esperanto que había dado en una biblioteca libertaria. Eso también lo tenían anotado. Era una pesadilla terrible, como si lo hubiese estado siguiendo una cámara toda la vida. Y el extorsionador le habló entonces de la Ley de Responsabilidades Políticas. Podía ser juzgado no sólo por vínculos republicanos. Podía ser juzgado, dieciocho años después del fin de la guerra, incluso por lo que no había hecho. Por el delito de *pasividad*. Él estaba dispuesto a resistir, pero al día siguiente vinieron los dos policías de la brigada política a hacer un registro. Lo revolvieron todo y le retiraron el pasaporte. Por la tarde regresó el tipo aquel. Ese día yo estaba presente. Volvió a insistir en que todo tenía arreglo. Recuerdo aquel gesto. Estaba de pie, golpeó unas teclas como por descuido y dijo: Los carros no andan si no se untan. Eso fue lo que

dijo. Luego dejó caer algo sobre mí y la academia. Creo que eso fue lo que rindió a Montevideo. Yo entonces no supe que había pagado. Él se metió en ese cuarto, en el camarote, como en un segundo exilio. Y empezó a escribir sin parar. Desde entonces no ha dejado de escribir. Esa parte ya la sabes.

Sí, esa parte ya la sabía. Que escribía novelas del Far West para ganar unas perras, y además aquella obra que le ocupaba la cabeza día y noche, la *Historia dramática de la cultura*. Lo estaba oyendo, preguntándole en una pausa durante una clase de taquigrafía avanzada según el método Martí: ¿Usted se considera valiente, señor Santos? Creo que sí, respondió Santos después de reflexionar un poco sobre el sentido de la pregunta. Y entonces fue cuando Montevideo dijo aquello: Yo sólo lo soy un poco cuando escribo.

Ahora volvía el eco de la pregunta: ¿Se considera valiente, señor Santos?

La parte final de la historia que le estaba contando Catia ya la sospechaba desde la incursión en aquel museo de los horrores que era la casa de Ren. Pero Santos no se atrevió a decirle: Ya sé.

Dijo: Lo que me cuentas es repulsivo. Las cosas cambiarán, Catia. La historia hará justicia. También con el doctor Montevideo.

Lástima de historia, pensó Paúl Santos. Él también tenía una cuenta pendiente con la historia. Iba a comentarle algo a Catia sobre el misterio de su biografía, pero su mirada científica era obstinada. Ahora insistía en los colores. En los distintos tonos granates de los labios, las uñas y el vestido de punto de lana.

Tengo que marcharme, dijo ella levantándose de repente.

El vestido de punto de lana era de color cereza y llevaba un cinto de color negro.

Paúl Santos se levantó también. Iba a protestar, pero se lo pensó mejor y dijo: Te acompaño.

No. Hoy prefiero ir sola.

Aquel adverbio, aquel *hoy*, le pareció un rastro digno de analizar. Un adverbio para estudiar con lupa.

Pero, antes de irse, el habla de Catia se volvió de nuevo hacia él con un enérgico ritmo mecanográfico: ¿Sabes algo de dos tipos de traje ceniciento que me siguieron por la calle? ¿Sabes por qué hacían fotos?

Paúl Santos sintió los avisos químicos de un peligro inminente, pero no tenía respuesta. Dejó de ver el color cereza y la miró a los ojos para negar con la cabeza. Un fracaso científico.

El «museo» de Ren

Las contraventanas estaban cerradas, y la oscuridad era espesa y húmeda, una condición que parecía de la casa, una oscuridad incorporada, infiltrada en la construcción, donde lo extraño hubiera sido la claridad. Pero Santos notó, como imaginaba en la mirada del topo, el olor de los contornos, independientemente de la posición de las ventanas o de las lámparas.

Movió muy despacio la linterna, sintiéndola en el pulso. De niño, le gustaba pensar que era la luz la que se desplazaba utilizando su mano. Aquella linterna había sido su compañera, su arma, una prolongación de su cuerpo. Supo que podría confiar en Catherine Laboure cuando una noche lo sorprendieron en la Sala de Partos Secretos y no le retiraron la linterna.

La sala de Ren parecía toda ella un museo histórico. Al primer vistazo, Santos no reparó en que casi todo lo que allí se exhibía era de una historia muy reciente. A la luz de la linterna las cosas expresaban una muda extrañeza, un desamparo. Incluso las espadas.

¿Espadas? Sí, espadas. Espadas con empuñadura y guarda de orfebrería, y casi todas las hojas con algún motivo ornamental o simbólico. Colocadas sobre terciopelo, con una etiqueta identificativa sujeta por un cordón, eran espadas desprovistas de su condición de arma blanca. Parecían tener miedo. Santos agarró una que le estaba pidiendo la mano por la forma redonda de la empuñadura. Espada de Venerable Maestro, rezaba la etiqueta. Tocó con la punta el letrero de la más repujada: Espada de Soberano Gran Inspector General (33°).

Todos los objetos que encontró de entrada pertenecían a la masonería. Incluso había un mallete de logia y la regla de 24 pulgadas. El mallete era parecido al que había visto en el escritorio del despacho del juez, en el Juzgado, y que él identificó sin más con un mazo de magistrado. Ahora entendía el significado de una frase de Ricardo Samos: Tiene más historia de lo que parece.

La linterna se adelantó con excitación. La luz olfateaba grandes sorpresas. Una vitrina guardaba en serie histórica viñetas y sellos de logias masónicas gallegas y portuguesas, las de los llamados *pedreiros livres*. La linterna se demoró sorprendida en un par de guantes blancos. No un par exactamente. Eran del mismo color, pero de diferente tamaño, como si uno de los guantes fuese para mano de mujer. Al lado, un broche con una hoja de acacia.

La linterna iba de sorpresa en sorpresa, viajando en la historia por los objetos. Las viñetas de cajas de fósforos de la Primera República. El paisano con gorro frigio que dice: «No me llame Baltasar; soy Ciudadano». Las madonas republicanas Libertad, Igualdad y Fraternidad representadas con alas, con un erotismo difuso en la oscuridad. Las mismas o parecidas, con una sensualidad modernista, que aparecen en la revista ilustrada de la masonería coruñesa que ahora enfoca la linterna: *Brisas y Tormentas*, nº 1, Año 1, A Coruña, 15 de abril de 1900. Paúl Santos orienta el foco

con la mano izquierda y pasa la palma de la derecha por encima. Es cierto que en la visión secreta las cosas emiten lo que dicen. Brisas y tormentas. Delantales, cuellos con motivos bordados en dorado. Uno de estos últimos, con un triángulo y, en medio, en hilo rojo, el número 33. Una banda de seda azul con vetas blancas en la que se podrían contar los años como en los anillos de un tronco de madera. En el extremo, una joya de grado en forma de llave. La etiqueta decía: Banda de Maestro Secreto. Santos retuvo el foco de la linterna durante mucho tiempo en aquella enigmática llave con la letra Z repujada. Era un apasionado de las llaves, de las cerraduras. De todo lo que giraba alrededor de esa invención. En el hospicio del Hospital de la Caridad nadie se llegó a explicar cómo aquel chaval había conseguido entrar en la Sala de Partos Secretos, donde sólo tres personas tenían acceso a la vez. El director médico, la madre Laboure y la mujer que iba a parir. Y esta última entraba por una puerta exterior. No llegaba nunca a ver ni a ser vista fuera de aquella especie de cámara oscura donde daba a luz. Él había entrado allí. No se sabe cómo hizo. Lo encontraron en medio de la sala, a oscuras, pero con la linterna encendida, el foco metido en la boca y las mejillas haciendo de rosada tulipa.

Ahora está sumergido con la linterna, con esa luz que es su fetiche, en otro lugar secreto, en lo que parece un gabinete de reflexión. Hay un reloj de arena. La parte de arriba del reloj está vacía. La inferior, llena de arena. Santos hace lo que cualquiera haría, de la infancia a la vejez. Darle la vuelta al reloj. Y se pone en marcha el tiempo. De repente, tiene conciencia de que aquel objeto tan sencillo, tan antiguo, en el que nunca había reparado, contiene el cielo y la tierra. De que está midiendo su vida. De ti depende que los símbolos cobren un sentido. Y este reloj lo tiene. No, no lo tiene. No va a dejar que lo atrapen los símbolos.

Debajo de la escalera había una puerta pequeña pintada de negro y con la leyenda VITRIOL en letras blancas. Se acordó de que era una antigua divisa de los Rosacruces, utilizada también por los alquimistas. Debía ese conocimiento al propio estudio, no al adoctrinamiento al que había sido sometido, a pesar de estar orientado a la criminología y no al combate contra la subversión propio de la Brigada de Investigación Político-Social. Aun así, la exigencia de pruebas de adhesión era continua y desde siempre supo que debía mostrarse incondicional, sin sombra de sospecha. He ahí otra insistente instrucción, repetida a golpe de martillo en la sien: no había lugar para los desafectos, pero tampoco para los indiferentes. Los fríos. A Paúl Santos, en aquel momento en que lo escuchó por vez primera, sin calefacción, el calificativo le pareció terrible. Ser un frío sería como llevar el frío dentro. Estar a gusto con el puto frío. La escuela perfecta de adhesión a la dictadura había sido, en su caso, el seminario de Santiago. Uno de los lugares más fríos del mundo, un frío físico que se metía detrás de los ojos. Había que combatir el frío. El Régimen de Franco y la Iglesia estaban unidos, y eso era la síntesis de todo, «como el cuerpo al alma», prolongación de la sacrosanta unión del Trono y del Altar, glosada en libro célebre por el arzobispo Rafael de Vélez, fundador del propio seminario y autor del no menos

célebre opúsculo *Preservativo contra la irreligión*. Santos recordaba el retrato de Vélez en el oscuro pasillo central del seminario. Lo habían pintado sosteniendo ese libro que le diera tanta fama, el título bien destacado pero en versión abreviada, *Preservativo*. Recordaba también las nerviosas risas furtivas que provocaba la visión de aquel título en aquellos muchachitos que acababan de descubrir la cómica traición que tantas veces perpetran las palabras por donde menos se espera. En cuanto a la misión histórica, aún le habían explicado que el espíritu de reconquista y cruzada debía ser permanente. Como timbre de gloria, se les recordaba a los novicios que la única vez que los seminaristas de Santiago habían salido en manifestación política fue con la bandera tradicionalista y para golpear con ella la espalda de los *negros*, como se les llamaba a los liberales del siglo XIX. Y fue el seminario el que publicó el primer panegírico de Franco en plena guerra, la alabanza de un movimiento que sus protagonistas no dudaban en definir como fascista, empezando por el autor de la obra, el sacerdote Manuel Silva, y que daba minuciosa cuenta de cómo se había tramado la conspiración golpista, de sus preparativos en los cuarteles, de cómo eran burlados los inspectores y militares demócratas, de cómo toda esa maquinaria se puso en marcha incluso antes de las elecciones, cuando se intuyó la derrota de la derecha, y describía con triunfal fervor los sangrientos hechos ocurridos, el rosario de crímenes y la cacería humana en marcha, a la manera de necesarios sacrificios rituales, con el objetivo no sólo de acabar con aquella República sino con toda cuanta herejía atravesase los siglos, todo lo que no se ajustase al imperio medieval del Altar y el Trono. Y fue así que el Año Santo Compostelano, que había coincidido con 1936, se prolongó por vez primera en la historia otro año más, para que Franco fuese recibido como Caudillo en la catedral, saludando brazo en alto, conducido al altar bajo palio y nombrado Espada de Dios.

Le dio la vuelta al reloj de arena. La tierra y el cielo, el cielo y la tierra. La cabeza empezaba a funcionarle demasiado rápido. Santos había dejado el seminario, pero no por rebelión ni por pérdida de fe. Había sido por la risa. Por aquella risa clandestina que era incapaz de retener. Un día abrió la ventana de su habitación, en el último piso del seminario, con vistas al verde poniente del monte Pedroso, y escuchó las risas. Las otras risas. Nada clandestinas. Como provocadas por cosquillas del sol. Y supo que nunca resistiría esas risas de mujer. Por muchas veces que leyese el *Preservativo* del arzobispo Vélez, no las resistiría. Así que fue a A Coruña, al hospicio del Hospital de la Caridad, habló con la madre Catherine Laboure, su protectora, que estaba bebiendo café caliente, negro, sin azúcar, que estaba fumando un Celtas, a falta del suministro de Gauloises, maldito atraso del *Romeo*, y que estaba rodeada de niños, un imán para todos los que tenían problemas, todos los que se sentían malqueridos, por su cuerpo, por alguna parte de su cuerpo, o por los demás, todos allí, y él también, un mozo hecho y derecho, el primero con su problema. Que le daba la risa. Aquella risa.

La risa no le hacía mal a nadie. Tampoco a Dios.

¿Y qué hago?

Deja el seminario, dijo ella. Tienes que dejarlo ya. Tú no sirves para cura. Si matas la risa, enfermarás del intestino. Te ayudaré a salir adelante.

Sí, pero ¿qué hago?

En pocos días había pasado de ser aspirante a emisario de Dios a encontrarse completamente perdido en el vacío.

¿Querías luchar contra el mal? Pues lucha contra el mal sin más historias.

Dio una calada de tabaco y luego la compensó con un trago de café muy caliente, humeante. Estaba chalada, pero Paúl Santos sabía por experiencia que casi siempre tenía razón. Era una chalada valiente en aquel espacio de doma. Una cosa es el Espíritu Santo, había dicho con sorna el capellán refiriéndose a ella, y otra el Espíritu de la Contradicción. Pero ella ya había pasado de largo. Tenía esas dos defensas. La de estar chalada y la de no parar quieta.

Si yo pudiese elegir, dijo la madre Laboure, sería detective. Estudiaría Derecho y luego Criminología. Lucharía contra el crimen de verdad. Sí. Eso es lo que yo sería. Y no *hermanita* de la Caridad.

Ahora fue ella quien lanzó una carcajada al ver la expresión de Paúl. Y después añadió con voz ronca y en un tono de suspense: En vez de limpiar mocos estaría limpiando las alcantarillas.

En la formación recibida había un inevitable apartado sobre la guerra subversiva. La información sobre el enemigo, que trabajaba mano a mano en el interior y en el exterior, exiliados y clandestinos, era poco científica. Perteneían al mal. Eran la Anti-España. Había que saber lo que hacían, paso a paso, cómo respiraban... Pero no se trataba de profundizar en su pensamiento. Saber lo suficiente para capturarlos. Odarlos. Eso era todo.

Pero la mente científica de Santos no podía dejar de encontrar obstáculos. Le pasó como con las risas desde la ventana del seminario. Que no pudo dejar de verlos.

Ahora se había quedado atascado en la r de VITRIOL.

De un rincón de la memoria consiguió extraer las tres primeras siglas: *Visita Interiora Terrae*. Pero ahí se quedó atascado. No, la preparación no había sido científica, determinó Santos. El estudio de la masonería, por ejemplo, en la práctica se reducía al conocimiento de las leyes especiales, de la labor del Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo, y al estudio de los artículos y un libro firmados por un nombre que resultaba enigmático, el de Jakin Boor, aunque enseguida le avisarían de que era un seudónimo de Franco, del mismísimo Caudillo de España. Ese secreto a voces inmunizaba aquel bodrio ante cualquier duda u observación que pudiese entenderse como crítica. Por esa tendencia innata que tenía Paúl Santos a crecerse cuando se encontraba ante una maraña, se quedó con lo que le pareció el *leitmotiv*: «La masonería no descansa nunca». Algo consiguió Boor: El interés de Paúl Santos por esos conspiradores que nunca desfallecían. El Espíritu de la Contradicción acude a ti, le decía con ironía una voz que podía ser la ronca de

Catherine Laboure. Una especie de asamblea suprema de la masonería internacional se reunía «todos los días laborables en Ginebra». Y desde allí «inflúan en la marcha del mundo y hacían acatar sus órdenes a la mayoría del universo». Lo dirigían todo, desde los gobiernos liberales y la Liga de Derechos Humanos a los PEN Clubs. Cuando el profesor pidió un resumen de aquel volumen que iba aumentando de grosor según se leía, Santos tuvo el detalle chalado de levantar la mano y responder: «La masonería no descansa nunca».

Todos esperaban la continuación. También el profesor Novás, que hizo un gesto para que desarrollase esa tesis. Santos era además conocido por su seriedad expositiva. Pero algo, una especie de filamento, lo que Laboure llamaba «la raíz de un cabello», le hacía cosquillas en el pensamiento.

¿Y bien?,apuró el profesor de formación doctrinal.

Como bien dice nuestro experto, Jakin Boor, la masonería no descansa, señor Novás.

Nunca pensó que iba a obtener tanto éxito en una clase de iniciación para futuros policías y a cuenta de aquel incansable Boor. En tan breve intervención, Santos había empleado un tono serio, sentencioso, aforístico, incluso con un rictus grave en la expresión. Una de las alabanzas a Franco más comunes, en referencia a su entrega, era la de que el Caudillo «no descansa nunca». En metáfora repetida por los medios de propaganda: «La lucecilla de El Pardo no se apaga nunca». Repetida en la prensa como un rasgo legendario, a cada momento y por cualquier motivo, aquella lucecilla siempre encendida en el palacio de El Pardo era parte del paisaje español. ¿Existía esa lucecilla? Santos vio que del interior de Franco salía cada noche en albornoz verde un tipo de pobladas cejas que se ponía a escribir sin descanso a la luz de la célebre lámpara. Tenía agujereada la punta de la zapatilla derecha y por ahí asomaba un dedo en forma de garra con el que se rascaba el maléolo interior izquierdo, la única compensación a su desvelo. Ese hombre era Jakin Boor. Y lo que vio Santos parecía una figura con rasgos diabólicos. Aparte de las imágenes de la infancia, siempre tuvo dificultades para representarse cómo sería el demonio. No le ayudó el estudio de la iconografía en el seminario, ni siquiera la lectura de la *Historia del diablo* de Vicente Risco. Tras tanta erudición, y si no entendió mal, lo más parecido al demonio según Risco era un catedrático de Santiago. Era consciente de que esa visión, la de Boor como auténtico camuflaje del demonio, estaba seguramente alimentada por la convicción de que el *tratado* sobre la masonería aumentaba en grosor por la noche y suponía un desafío a su control mental. Tenía que dejar de pensar en cosas estrafalarias, como la halitosis de Boor, pues aparecían claras en esa visión o reconstrucción mental del personaje, e incluso lo podía ver haciendo pausas en la escritura para proyectar su aliento en un espejo e intentar olerse. Huele a sí mismo. Eran momentos que Santos tenía perfectamente localizados en el texto. Por ejemplo, cuando distinguía grados de perversidad. Aun tratándola como enemiga,

sobre la masonería internacional escribía con la retórica del docto, del pretendido experto, pero cuando descendía a España era como si Boor tuviese que estar atento para aplastar a alguno de los temerarios insectos que iban a chocar con la lámpara de El Pardo. Tratándose de España, todo lo que no fuese católico y absolutista, todo eran desperdicios. «El desecho de la sociedad». Al masticar esas palabras, Paúl Santos sentía fermentar algo en la boca. El Espíritu de la Contradicción. No sabía por qué aquel *desecho* tenía una amargura que le sabía bien, que era como la cáscara del limón. En la época del hospicio, los domingos, cuando los dejaban salir de paseo, a veces iban por las terrazas de los soportales de la Mariña, las animadas terrazas que miraban al mar, a la hora del vermú en la ciudad transatlántica. Aprovechaban el momento en que los clientes se levantaban y los camareros aún no habían recogido, la mesa vacía, los vasos vacíos, pero allí estaba la cáscara de limón con algo de sabor a Cinzano. Y, a veces, qué milagro, también dejaban la aceituna. Santos memorizó algunas frases como ésa, la de *desecho*, pero sólo podía repetirlas forzando la visión de Boor. Y fue algo que por instinto decidió evitar. La mente científica no era incompatible con la conciencia del maléfico. Lo inquietaba la presencia de Boor. Si quería ser policía, aunque fuese como criminólogo, como «policía científico», tenía que jurar los principios del Movimiento Nacional y declarar su «adhesión incondicional» a Franco. Y era lo que iba a hacer. Con eso no se jugaba. Lo sabía bien. Pero él había llegado a una conclusión científica inconfesable, de la que se sentía muy orgulloso. Siendo Jakin Boor un seudónimo de Franco, la incógnita no era quién estaba detrás de la personalidad de Franco, sino quién estaba detrás de Jakin Boor. La culpa era del libro. Un mal libro. Tenerlo que estudiar. Cada vez más grueso y vacío en la noche. Un autor muy citado, aunque poco leído, era Marcelino Menéndez Pelayo. Una de sus más famosas citas, «España, martillo de herejes...», encabezaba uno de los libros de texto. Santos encontró un día la indicación de que esa frase procedía de la obra *Historia de los heterodoxos españoles*. El título despertó su curiosidad. El Espíritu de la Contradicción. No le fue fácil encontrarla. Y eso acentuó su interés. Cuando por fin la tuvo en sus manos y empezó a leerla, sintió un barullo mental que incluso se trasladaba al resto del organismo. Cada vida en la que avanzaba le parecía más fascinante. Era una historia, por así decirlo, salida de la Sala de Partos Secretos. De España. Vidas ocultas, mutiladas, perseguidas, quemadas, expulsadas. «Y aunque no sean muchos los librepensadores españoles, bien puede afirmarse de ellos que son de la peor casta de impíos que se conocen en el mundo», escribía Menéndez Pelayo. Y, no obstante, aquel hombre, sin pretenderlo, incluso con la intención de la condena eterna, de decapitarlos, había realizado aquella monumental paradoja, la inusitada ciaboga de rescatar para la memoria la estirpe de los librepensadores. Así que hubo muchas noches en que la lámpara de Santos permaneció encendida, visitada por las falenas y las paulillas. Y no pudo dejar de sonreír al llegar a un punto: «En este libro he ido quitando las espinas: no será maravilla que de su contacto se me haya pegado alguna aspereza».

La masonería no descansa, señor Novás.

Descanse usted un poco, Santos.

El problema de Santos, como ocurría con otras frases que le gustaban, es que pasaba a usarla como comodín en circunstancias muy diferentes, hasta que se convirtió en una réplica que tuvo que guardar en el mismo escondrijo que la «manguera de Dios» cuando fue advertido con severidad por un superior.

Hasta mucho tiempo después. Hasta que se cruzó en su vida el inspector Ren, no volvió a repetir aquella frase en broma: «La masonería no descansa nunca».

Abrió. De entrada, la linterna enfocó la calavera. Era de pasta y con una lámpara dentro, como un *souvenir* de cementerio. La luz dio un brinco. Colgado, un esqueleto, éste auténtico, que los huesos no engañan. Sobre una banqueta de madera, que hacía las veces de mesita, había azufre y sal. Había también en la rústica mesa un folio de papel. Santos enfocó y leyó. Era un cuestionario.

¿Qué le debe el hombre a Dios?

¿Qué le debe el hombre a sí mismo?

¿Qué le debe a la sociedad?

Santos se esforzaba siempre por mantener la cabeza fría. La principal arma de un investigador era el control mental. La mente tenía que mantenerse en estado permanente de servicio. Imaginaba situaciones de máximo nerviosismo ambiental, y cómo él debería reaccionar ante ellas. El sentido práctico de la madre Laboure se resumía en el chiste de la mujer que, ante un incendio, rezaba por la intervención del Altísimo, y una vecina le decía: «Dile a Dios que, si baja, que traiga una manguera de bombero». Una vez, al poco de ingresar, lo contó en el seminario menor, una mañana de sábado al final de unos ejercicios espirituales en los que el capellán había propuesto como motivo de reflexión «el sentido de la plegaria en la sociedad actual». Y a él le salió con espontaneidad el chiste de la manguera de Dios, pensando que así respondía de forma original a la sugerencia. Aquellas caras de estupefacción no se le olvidarían jamás. Fue como si estuviesen escuchando a Lutero clavar de nuevo las noventa y cinco proposiciones en la puerta de madera de la iglesia de Todos los Santos de Wittenberg. Aquel hecho anecdótico representó para él una experiencia importante. Entendió de manera cabal el significado de la inscripción *Initium sapientiae timor Domini*. Tenía que saber callar o camuflarse en las palabras del superior. Sí, el temor de Dios era el principio de toda sabiduría. Pero también tenía que habilitar un escondrijo en la cabeza para guardar el chiste de la manguera de Dios. Si no encontraba ese escondrijo, entonces sí, perdería el control mental.

En el suelo, repartidas un poco al azar, como si huyesen de un billar, la linterna distinguió unas bolas blancas y negras. Santos iba a coger una. Por lo menos se llevaría eso de recuerdo. Una bola negra.

En ese momento escuchó los ruidos. El abrir y cerrar de la puerta principal y los pasos en la sala. Quien se movía, lo hacía con desenvoltura, aunque el andar y la

manera de relacionarse con los muebles eran propios de un hombre rudo y de peso. Lo más seguro es que fuese Ren, el dueño de la casa. El que había convertido su guarida en un peculiar museo del expolio. Así que en aquel oscuro aposento, simulacro de la Cámara de Reflexión, Santos vivía a su manera la experiencia de un neófito, pues, al tiempo que interpretaba los movimientos del exterior (quienquiera que fuese disponía de un mazo de papeles, pasaba hojas con cierta urgencia), no dejaba de pensar en los interrogantes, ¿Qué le debe el hombre...?, como un golpe de ola en las sienas, sin encontrar una respuesta ni para salir del paso.

El visitante debía de tener prisa. Oyó remover papeles y abrir y cerrar las puertas de un armario. Después, un silencio. Paúl Santos contuvo el aliento. Sabía interpretar esa clase de silencios. Son los del hombre que olfatea. Que presiente. Y espera que algo cruja. Eso también hay que calcularlo. Hay un tiempo. ¿Estaría Ren escuchando el reloj de arena? Ya había caído el último grano. El cielo estaba en la tierra. Ren cerró la puerta de la casa. Santos permaneció inmóvil. Ren volvió a abrir, buscando sorprender. No, no había nadie. Falsa alarma. Se fue. Los objetos del «museo» de Ren estaban identificados con letreritos. Había un sobre en el que ponía *Fotos recuperadas*. Lo abrió. Había tres copias en papel y los negativos. El revelado era muy prometedor. Mostraban hogueras humeantes en un escenario que de inmediato reconoció, la Dársena y la plaza de María Pita. En todas aparecía un grupo haciendo el saludo fascista. Era incapaz de distinguir lo que había ardidó: sólo rescoldos en el suelo. Continuó con la exploración. En un rincón había banderas, retazos de estandartes y algunos rótulos artísticos grabados a esmeril en cristal. En uno de ellos la linterna siguió la línea de una ola y encontró la dorna que la cabalgaba. Deletreó: «El Despertar Marítimo». Y en letras más pequeñas, en otro de ellos: «Sindicato de la Flota Pesquera». Leyó en los estandartes, todos de asociaciones obreras. Llevaban cintas de colores y bordadas letras y a veces motivos alusivos al oficio. Le recordaban a los que llevaban las cofradías en las procesiones. Sindicato de carpinteros La Emancipación, sindicato de albañiles La Aurora Social, sindicato de tipógrafos, sindicato La Luz o sindicato de panaderos La Nueva Unión. Además, había otros símbolos más pequeños y modestos, en forma de banderolas colgadas de la pared, como el sindicato de barberos La Fraternal, el sindicato de rederas El Progreso del Puerto. En el caso del Sindicato de Agua, Gas y Electricidad le llamó la atención que en el mismo colgador había un guante de boxeador. Sólo uno. Algunos cuadros de motivos marinos. Uno que representaba a Hércules venciendo al tirano Gerión. Trofeos de sociedades deportivas. Un abecedario completo de mayúsculas y minúsculas de madera de quince cíceros, de la Imprenta Obrera, calle del Socorro.

Y después libros y folletos, colocados no en un orden bibliotecario sino como el muestrario de una requisa. En los huecos, entre los libros, había viñetas, sellos, algunos titulares compuestos en plomo de linotipia y elementos tipográficos como un juego de orlas. A la luz de la linterna eran como restos arqueológicos alternando con antiguos pergaminos.

Hay un folleto que atrae la atención del foco. En la portada figura un grupo de hombres y mujeres bañistas de cuerpo desnudo y con algas por encima como un vestido natural. Lo abrió por el medio y acercó el foco de la linterna. Había una pregunta: *O homem é carnívoro? Não*^[23]. Y a continuación figuran treinta y cinco platos de comida vegetariana para siete días de la semana. Miró uno al azar. Jueves, arroz con manzana. Cerró los ojos. Sintió en el paladar los dos sabores. Pensó en una tabardilla, en una manzana canela. Lo necesitaba. Ya llevaba allí tiempo suficiente como para escuchar el hablar de las cosas, el tremebundo rumor de las cosas prisioneras, y le entraron ganas de fruta. El botín de guerra, clasificado en expositores, en el que no faltaba un diente de oro. Estaba allí, y en su menudencia de grano de maíz sugería haberse desprendido de una frase brillante, abortada en el aire. Con todo, las más expresivas eran las alianzas. Componían una fraternidad de círculos, diferentes en el diámetro y en el grosor del anillo, pero con ese natural sentido complementario que tienen las figuras circulares cuando las colocas o las dibujas juntas. Una de ellas, una de las alianzas, que por el tamaño debía de pertenecer a una mujer, estaba identificada con una fecha. En el «museo» de Ren se repetía mucho ese 18 de agosto de 1936. Era el primer 18, después del 18 de julio. Santos conocía la importancia de las fechas en la historia del crimen. Fechas que se identifican como la huella del calibre en el proyectil. El efecto imitación. Ese eco de la fecha que resuena en alguna de las cavidades mentales. Pero él no había aplicado nunca ese criterio elemental de la criminología al calendario. Las estaciones tenían importancia. Los repentinos cambios climáticos. El cielo de plomo. Acababa de investigar una serie de suicidios en la parroquia. La misma semana, a la misma hora del alba, gente colgada de la misma clase de árboles, manzanos. Sí, el peso del cielo. Pero, a partir de ahora, también tenía que estudiar la historia de los días.

La obstinada linterna, perseverando como un círculo más alrededor de los círculos. El foco despertaba las cosas. Era una pala de luz que las desenterraba. Durante años, ¿cuántos ojos habrían visto aquello guiados por el Coleccionista? De repente, sintió una sensación que se había prohibido. El miedo. Había decidido prohibirse el miedo igual que otros se prohíben el tabaco o el alcohol. Ahora sentía miedo. Un miedo que no tenía una localización exacta en su cuerpo. Que no afectaba a su sistema respiratorio, ni a sus glándulas sudoríparas, ni a su locomoción. Que no le pertenecía, pero que se posaba en él. Era un miedo que se oía como un bisbisear. Que provenía de la confianza de las cosas. De la experiencia de las cosas. El miedo a la posibilidad de ser borrado. El miedo a la desaparición. La linterna le tomó la delantera al pensamiento. Ahora, en una especie de archivador, como los usados en las notarías para guardar las escrituras de terrenos, un rótulo lacónico: «Puente de la Castellana, río Mandeo». Al cogerlo, cedió la tapa y del interior cayeron fotografías que ahora parecían flotar en la mesa. Aquel río. Se podía decir que aquel río era el más alegre de toda Galicia. Llevaba el mar hasta la montaña. Era el curso de la fiesta de los Caneiros. Santos lo conocía. En una ocasión participó en la jira con un grupo

de compañeros de Derecho que eran de Betanzos. Regresó tan impresionado que se fue a ver a Catherine Laboure para contárselo. A ella le gustaba la música. Aquel río tenía un ser de gramófono. El singular de las barcas era un surco de canción. Claro que aquél no era sitio para ella. ¿Una monja en los Caneiros?, dijo ella. Con la mala suerte que dan las monjas en las barcas. Le gustaban esos cuentos, hablarle de cómo la gente holgaba y se divertía. Escuchándolos, Catherine fumaba como un carretero. No hacía mucho, al acercarse el verano, había pensado en Catia y en los Caneiros. Río arriba, los rayos entre los sauces. En el crepúsculo, el sol como un chamizo en las aguas. El rozarse de las barcas, de los cuerpos que llevaban el gozo del día en el ondular de las faldas y en el flamear de las camisas. Y lo que ahora veía Santos eran muertos. Los cuerpos arrojados al río desde la carretera de Castilla. Entre las fotos que veía flotar en la mesa, el rostro de una mujer. Un pequeño retrato en el que el recorte de los bordes hacía algo de juego con la sonrisa y los dientes. Por detrás una inscripción con caligrafía rotunda: «La maestra de Monelos». Nunca había llegado a semejante estado de confusión. Pensó en un interminable debate, uno de los pocos posibles, en la facultad de Derecho. El de la Tabla de Carnéades. Dos náufragos con una sola tabla. No socorrer al otro no es un crimen si sólo hay una tabla para salvarse. Con vehemencia defendió la posición contraria. Era un crimen. No hablaba de códigos. Hablaba de conciencia. Era en la frontera donde se medía la humanidad o la inhumanidad.

Parte de la teoría de la Tabla de Carnéades es que siempre habrá alguien que sostenga, en teoría, lo que usted dice, comentó con cierta sorna el Catedrático de la Pápula en la Nariz. Ya veríamos lo que hacía usted con la Tabla de Carnéades en el mar.

No conseguía verse a sí mismo abandonando o deshaciéndose de otro náufrago. Así que no entendió su propio acto cuando dejó la foto de la Mujer de los Rizos, depositó de nuevo el montón en el interior y volvió a hundir el archivador en las sombras.

La mente buscó una coartada. No estaba en el mar con un madero y otro náufrago. Eso ya había pasado. Ya se habían ahogado. Ahora estaban en otra cosa. En el estante de los libros le llamó la atención que hubiese varias Biblias, diferentes ediciones, la mayoría antiguas y en varios tomos. Hojeó uno de los volúmenes en los que reparó la linterna, tal vez por las letras doradas del lomo. Era el *Apparatus Biblicus* de Bernardo Lamy. Contenía hermosas ilustraciones de animales y plantas. Había otro libro en aquel estante, *Ulysses*, como un extraño al abrigo de las Sagradas Escrituras. Fue esa extrañeza lo que le hizo cogerlo en sus manos. Abrió al azar. Tenía el ex libris. La marca de unos bordes con motivos geométricos. Huici. El libro estaba escrito en inglés. Lo hojeó. Intentó traducir algo de lo que le resultase más fácil, pero los ojos se posaron en una especie de cantar.

Diddlediddle dumdum

Diddlediddle...

La linterna se orientó hacia el escritorio. Con urgencia. Se dirigió a un pisapapeles muy artístico. Una forma ovoide. Muy pulida. Una cabeza de mujer negra, en madera de ébano. Hermosa. ¿De dónde habría salido? Estaba transcurriendo demasiado tiempo. No tuvo que rebuscar. Sobre el vade, una carpeta de cartón azul con una etiqueta blanca y un nombre: Judit. La abrió, aunque sabía que no hacía falta. Por el peso sabía que estaba vacía.

La niebla azul

Ahí viene. Un coche se acerca despacio por la explanada de Aduanas. Hace muy poco, ayudado por dos remolcadores, el carguero *Chemin Creux* empezó las maniobras de desatraque. La niebla le da color a la noche y hace que las máquinas de tierra y mar operen con una cautela animal.

Manlle sale de su vehículo y se acerca a la ventana semiabierta del Opel donde están Ren, Mancorvo, Santos y el juez Samos. Busca adrede la mirada de ese nuevo rompelotas de la Criminal, Paúl Santos dicen que se llama, sentado detrás, con el juez, pero con quien habla es con el jefe de la Brigada de Investigación Político-Social. Un viejo conocido. Ahí viene. Ahí la tienen. Ése es el coche. Yo me voy, ya he cumplido, señores. Saludó tocando el ala del sombrero con un gesto burlón: Tengo mucha faena esta noche.

Bajan dos mujeres. Una de ellas, Chelo. La otra, más alta, con un andar algo tieso. Un sombrero con velo.

Sí, ahí están, dice Ren. Ella es el arquitecto portugués.

El juez, incrédulo: ¿Qué arquitecto? Es una mujer.

Mancorvo, rápido: ¡No debajo de las faldas!

Usted tranquilo, juez. No se mueva. No se precipite.

Iban del brazo, como amigas en un paseo, pero ahora se separan. Las dos apuran el paso por el pavimento de losas. Hay una inquietud, un desconcierto en sus movimientos cuando reparan en que el *Chemin Creux* está siendo desplazado del muelle. Los remolcadores llevan los focos encendidos y los potentes motores bufan en la noche. Pero el carguero tiene algo de buque fantasma arrastrado al ralentí. La pareja de mujeres se va acercando al borde de losas del muelle. De repente, por popa aparece una sombra que dispara intermitencias con una pequeña linterna.

La pareja se mira. Da la vuelta. Se apresura en dirección al coche. El conductor estaba atento a lo que sucedía porque mantenía el motor en marcha, aunque con las luces apagadas. Giró y se desplazó lentamente al encuentro de las fugitivas.

¡Vamos allá!, dice Santos.

El juez se abalanza a la puerta. Tropieza y cae dando tumbos. Grita: ¡Chelo!

El nombre de la mujer es el primer grito que estalla en la noche. Una llamada imperiosa y angustiada al tiempo. Pero nadie se vuelve. Esa intervención acelera todos los movimientos. Sólo él se queda ahora parado, petrificado sobre las losas. El trágico equilibrio de un hombre ebrio.

¡Alto!, grita Santos. ¡Policía!

Ren sale del coche, pero su manera de actuar resulta curiosa. Hace un ademán hacia la oscuridad, por la parte del Náutico y de la Casa de Prácticos, de donde van saliendo guardias emboscados. Es una orden de calma, de que no intervengan.

Santos repite la orden de alto. Calcula las distancias. Si no se detienen, y no parecen tener esa intención, no va a poder alcanzarlos antes de que suban al coche.

Mira para atrás. A ver, Santos, ¿qué sucede? Es el único que corre detrás de los perseguidos. Deberías parar y pensar. Eso es lo que hace. Se para. Su jadeo al respirar tiene más que ver con la repentina agitación de su mente que con el esfuerzo. Mientras Chelo Vidal y el otro fugitivo suben al coche, Paúl Santos vuelve atrás la vista. Mancorvo no ha salido. Continúa al volante. El juez fuera, petrificado con el fular blanco como una soga luminosa al cuello. Ren que lo mira de frente, a él, a Paúl Santos, y que asiente burlón cuando éste hace señal de que el coche se mueva, de que lo sigan. En efecto, Ren sube al vehículo. El de los fugitivos ya ha cobrado velocidad. Se aleja rápido, las ruedas chirriando al tomar las curvas entre las grúas, en dirección a la salida del este.

Habrá que perseguirlos.

El coche en que van Ren y Mancorvo, y que ha dejado atrás al juez, se aproxima a él. Santos guarda el arma y se dispone a subir. No va a poder. Cuando está a su altura, Mancorvo baja el cristal de la ventanilla. Le dice: ¡Ahora nos toca a nosotros, científico! Y acelera. Lo dejan en tierra. En medio de la niebla azul.

Tiene su despacho abierto. Está adormilado, de bruces sobre la mesa. La noche también está adormilada en las persianas, en el mar indirecto y en el collage de sombras de la ciudad, más allá de la ventana. Al fin los oye llegar. El saludo de los agentes de guardia. La petición de un cigarro. Le parece oírlo todo. Incluso el sonido del humo. Por eso, cuando Mancorvo empieza a escribir a máquina y va comentando con Ren los términos del informe, las voces y el sonido de las teclas retumban en su cabeza.

Así supo que:

El conductor del vehículo objeto del seguimiento efectuó una maniobra temeraria a la altura de la Cuesta de Herves, volcó en una curva y se precipitó por la ladera. Como resultado del siniestro, fallecieron dos de los ocupantes: una mujer identificada como Consuelo Vidal Míguez y un hombre, el conductor, cuyos datos aún se desconocen. Una tercera persona, también sin identificar, consiguió darse a la fuga, probablemente malherida, a juzgar por algunos rastros encontrados.

Añadir:

Por indicación superior y hasta nueva orden no se facilitará ninguna información pública de este suceso y se evitará su difusión por cualquier medio, lo que se notificará a la delegación de Censura a los efectos oportunos.

Se oía todo. Al secar el sudor, el pañuelo de Mancorvo hacía el sonido de un filo de papel, y el de Ren, el crepitar de élitros en la trampa luminosa para insectos.

¿Por dónde andará el científico?

Por ahí andará. Tiene la puerta abierta.

Hay que darle tiempo, dijo Ren. Ya irá sabiendo que los pájaros no maman.

La detención

Es una mañana de calor. Santos, el policía, se dirige a la academia de La Rosa Taquigráfica y la encuentra cerrada. Algunos alumnos andan alrededor desconcertados. Es la primera vez que sucede. Cerrado por defunción. Ése es el cartel que todos echan de menos. Pero de repente se abre la puerta, sin cartel, y sale el doctor Montevideo. Es él quien abre. El encamado. Algo extraordinario ha tenido que ocurrir, sea terrible o sobrenatural. El hombre exiliado en su habitación desde que regresó del otro exilio, hace ya diez años. Contemplan su espectro. Quizá es sólo corcho y está vacío por detrás. Se verá cuando se dé la vuelta para cerrar con llave. Pero no. Al contrario, tiene mucho cuerpo y no es astral. Un cuerpo, la memoria de un cuerpo, que lleva puesto el gabán y la memoria del gabán. Cuando se metió en casa con la intención de no volver a salir era invierno, y eso le ayudó, se internó como un pastor que conduce un rebaño de hojas secas. Ahora, el gabán de paño azul marino le daba el aire de un navegante que desciende de la casa-barco en otro hemisferio, en otra estación. Mira la placa: La Rosa Taquigráfica, 2º piso. Pasa como una bayeta la manga sobre el bronce. El mejor brillante contra el óxido, para limpiar metales, es y será siempre *Amor*. Abrillantador *Amor*. Eso era el recuerdo de un anuncio que tenía desde la infancia. El otro, importante para él por algún motivo que había ido quedando oculto, era la definición del cemento *Portland*. La relación entre la poesía y la publicidad es una paradoja. El verso envejece enseguida cuando cobra la forma de anuncio, pero el lema publicitario subsiste si se enuncia como poema. Por ejemplo. No, no era el momento de abrir ese tipo de diligencias. Pasó la manga del gabán, una bayeta marina. Dijo: Vuelvan a la selva, muchachos. Se suspenden las clases.

¿Por qué, señor Montevideo?

El doctor apartó la mirada de la placa. El lugar de su reflejo lo ocupó el policía Paúl Santos. Mudo, atónito, de repente consciente por completo de todo el desenlace.

¿Qué sucede, señor Montevideo?, preguntó el Meritorio.

Nada que puedas publicar, respondió Héctor Ríos. Un hombre ha bajado al infierno.

Dicho eso, echó a andar y cruzó a toda prisa el paso de peatones. Era una calle llana, pero él pisaba con los ojos cada escalón como en una escalera cuesta arriba.

¿Le pasa algo a la señorita Catia?, preguntó aún, en voz alta, el Meritorio. A estas alturas ya intuía que el hecho de preguntar podía no sólo conducir a una verdad sino agravarla.

La han detenido esta noche. Se la han llevado, Balboa.

El Meritorio recuperó una pregunta que tenía olvidada: ¿Por qué?

Alegan que a un detenido le han encontrado una foto de ella. Registraron su casa y dicen que apareció una foto de Catia y por detrás el nombre de Judit. Una chapuza. Después vinieron aquí y lo pusieron todo patas arriba. Incluso me deshicieron el

colchón y se incautaron de los papeles. ¡La *Historia dramática de la cultura!* ¡A ver qué decía! Les dije que lo había hecho yo. Ni me escucharon. A mí no me querían para nada. Ni de detenido. Creo que me consideraron demasiado viejo. Había uno que lo único que hacía era mirarme la dentadura. Le dije que tenía una nueva, pero que se la había prestado a un amigo que trabajaba como vendedor de automóviles de segunda mano.

El dedo indicador atravesó la calle: Si quieres saber más, pregúntale al señor... abogado. El Meritorio dirigió ahora la mirada hacia Paúl Santos. Éste estaba mecanografiando para sus adentros, tenía un problema, le había dado a dos teclas a la vez y las varillas de las letras tropezaban una con la otra.

El parto de Popsy

Él estaba viendo la televisión, Pinche. Como los señores se habían ido de viaje, él a cuerpo de rey. Todo lo que tenía que hacer era mantener la casa caliente. Ésa fue la orden. Encendía las chimeneas y después se sentaba a ver la televisión. Lo del caballo aquel que hablaba. Black Beauty. Así lo entendía todo a los pocos meses. Hablaba inglés perfecto, como el caballo aquel. Así cualquiera. Pero yo, todo el resto por hacer. Los perros. Cuidar de los perros. Además de ver el caballo en televisión, se podía preocupar por los perros. Él decía que sí, pero cualquiera se fía de Pinche por lo que se refiere a los perros. Para él, el único animal que merece atención es Black Beauty. Así que mejor olvidarse de Pinche. A mí me gustan los animales. Cuando le dije a la señora que mi madre había tenido una burra para llevar la ropa y que se llamaba Tosca, casi se echa a llorar de emoción.

¡Tosca!

Sí, señora. Tosca.

Lo que yo quería era que a mí ella me hablase en inglés, porque no me coincidía el horario para que Black Beauty me enseñase, pero lo que ella quería era que yo le hablase en castellano. Porque era actriz y siempre había tenido aquella querencia de algún día hablar español. A veces, cuando Pinche y yo hablábamos gallego, ella se quedaba pendiente, con cara de aquí hay truco, porque pensaba que la estábamos fastidiando a propósito con un idioma secreto inventado entre los dos. Ella no sabía que existía esta lengua. De Catalonia sí que sabía. Y del Basque Country. Yo ya le dije que era una lengua de pobres, que era normal que no supiese. Pero que no era una cosa de nosotros dos para fastidiarla a ella. Lo que pasaba es que yo a Pinche no le podía hablar el *spanish* porque me daba la risa. ¿El español? No, el español no me daba risa, lo que me daba risa era hablárselo a Pinche y aún más que Pinche me lo hablase a mí. ¿Y a ella? Hablárselo a ella, no. No me daba la risa. ¿Por qué me iba a dar la risa? Pues mire, señora, por la mañana usted me habla a mí en inglés y por la tarde yo hablo español. Pensé que era un buen acuerdo, porque ella casi siempre se marchaba por las tardes. Pero desde entonces ya casi no salía por las tardes. Cuando hacía bueno, nos sentábamos fuera, venga a hablar por los codos. Si yo cobrase por hablar, me haría rica. Porque después, por la mañana, cuando era ella la que me tenía que hablar inglés, estaba más bien silenciosa. Yo no digo que fuese por ahorrar palabras, por guardárselas para sí. Para ella sería mejor que yo hablase bien el inglés, así no haríamos el ridículo, como cuando me dijo *clean the corner* (clin-de-cona, clin-de-cona)^[24] y yo, de entrada, me puse toda colorada y no me entró el arranque de milagro porque pensé: Limpia tú la tuya. Y ella venga a disculparse, que qué me pasaba, si me había ofendido en algo. Después nos reímos mucho, cuando me aclaré. Y lo de ir por el *gâteau*, lo mismo. ¿Adónde tenía que ir por el dichoso gato? Bah, tonterías. Con el paso del tiempo, haces chistes de los apuros. A las palabras les gusta

jugar con nosotros y cuanto más serios nos ven, más juegan. Yo ya sabía que si ella hablaba poco no era por ahorrarse las palabras. En sus tiempos debió de tener arranque. Había sido actriz. Una vez pusieron por televisión una película en la que había trabajado ella. Una película de cine de una docena de años atrás. Estábamos allí los cuatro, ella y su marido, Pinche y yo, y al principio era muy divertido. La película estaba muy bien. Pero la cosa se fue enfriando como si la luz fuese disminuyendo en la pantalla. Ella no, no hablaba mucho por las mañanas. Andaba alrededor de los teléfonos, cavilosa, y cuando sonaba uno era como si cantase el cuco tras un largo invierno. Podía pasarse horas hablando por teléfono.

Él era de muy pocas palabras. Había sido piloto. Eso contó un día. Que había sido piloto de guerra. Y después de aviones comerciales.

Ellos habían insistido mucho en que no dejásemos a la perra sola. Pero yo no iba a andar todo el día de asistenta de la perra y Pinche de mayordomo.

Así que él, Pinche, estaba viendo la televisión. Sentado en el sofá orejero. El fuego encendido en todas las chimeneas. Como un lord, hablando inglés con el caballo Black Beauty. Y yo bajé a buscarlo a todo correr porque, a pesar de todo, un hombre es un hombre.

¿Dónde está?

En la cama.

¿En qué cama?

En la de la señora. Con seis cachorros.

Había aguantado el parto. Al principio, nerviosísima porque se había subido a la cama. Era algo impensable allí de donde yo venía. Que una perra pariese en la cama, encima de una colcha de raso rosa. Una cama de agua, además. Marca Zodiac. Yo no se lo creí cuando me lo dijo, la *lady*, lo de que era una cama de agua. Me dijo que la probase y no paró hasta que lo hice. Era verdad. Qué extrañeza, al principio. Después era como estar echada en el río. Lo bien que el agua hacía sitio. Cerrar los ojos y flotar. Pero ahora Popsy estaba allí, tumbada, sus ojos mirando para mí. Qué importaba la cama, el raso rosa. Tuve plena conciencia de que todo transcurriría igual si yo no estuviese, menos una cosa. La mirada. Su mirada se posó en la mía, luz sobre luz y sombra sobre sombra. Hay muchas miradas que se cruzan en la vida. Tu mirada también se va haciendo con la de los que te miran. Al final del día has sido crédula, desnuda, santa, violada, asesinada, beso, espina, arpía, querida, amazona, reconocida, invisible. Una de las veces que llevé a Pinche por lo del ojo vago, el médico de la vista me explicó, mejor dicho, me contó, porque él hablaba así, como un cuento, que dentro de cada retina del ojo hay millones de bastones menudos que son los que captan la luz. Pues las miradas, cada una de las muchas que nos cruzamos en la vida, tendrán sus respectivos bastones. Aquella mirada de la perra pariendo fue algo diferente. Un regalo que requería todos los bastones. Porque no se cruzó, sino que se posó. Me dejó su mirada. Aquello tan hermoso, tuvo la confianza de dejármelo.

Bajé a buscar la ayuda de Pinche porque ella cerró los ojos. Era su primer parto.

Ya había parido seis crías y tuve miedo de que con el esfuerzo se le fuese la vida. Eso lo había visto yo de niña. Una gata muerta y las crías mamando. Dicen que las paridas dan leche aún un día después de morir. Popsy estaba como acabada. Cuando volvimos, ya había revivido algo. Allí estaba, sobre la colcha de raso rosa, lamiendo a las crías.

Pinche estaba fastidiado.

¡Estos listillos fueron a escoger justo el *week-end*! El muerto, para nosotros. Habrá que ir a por un saco.

¿Un saco? ¿Para qué quieres el saco?

¿Para qué carajo voy a querer el saco? Cuanto antes acaben en el río, mejor. Mejor que no se encariñe con las crías. Mejor cuanto antes.

Lo miré con la mirada prestada. La del regalo.

No, Pinche. Se acabó lo de tirar los perros al río.

Pues para mí, mejor. ¿O crees que me gusta andar ahogando perros? Por mí la dejamos estar donde está.

Encendió el fuego en la chimenea de la habitación. Se le fue pasando el enfado. Después se acercó a la camada y dijo como una letanía: perro, perro, perra, perro, perro y perra. ¡Qué educación! ¿Sabes qué vamos a hacer? Voy a bajar a la bodega y a abrir una de esas botellas de vino francés que valen una fortuna.

Yo iba a protestar, pero me acordé de lo que decía Polca: La materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma.

El jugador de la suerte

Era la primera vez que Alberte Pementa jugaba a apostar, pero cuando se sentó tenía la impresión de que aquella partida con Raúl Cotón estaba prevista desde hacía años. Se había creado una extraña expectación en la taberna de Brandariz. Fiz, el mozo, colocó el mantel como si fuese para una autopsia y trajo los naipes con el cuidado con que se posa un arma. Porque jugaba Cotón y el asunto salía a hecatombe por partida.

Estos naipes tienen un morse en el revés, dijo irónico Pementa.

A mí me valen, dijo Cotón.

Pues entonces a mí también.

Cerrad la puerta. Y pónganse cómodos. Estamos al margen de la ley, señores. Y trae el cantor, ordenó Cotón a Fiz.

¿Un pájaro? ¡Hombre, no!

No protestes. Hay que ponerle hora.

Ahí tienes el reloj de pared.

Trae el pájaro. ¡El pájaro, ése es el tiempo!

Fiz regresó con una jaula y un estornino dentro. La puso en un lateral de la mesa.

¿Cómo se llama?, preguntó Pementa por el pájaro.

Fígaro.

El otro también se llamaba Fígaro, observó Cotón.

Sí, el otro también. Pero el otro murió. Ahumado, en la jaula.

Cotón dejó de barajar el taco de naipes y miró de frente a Pementa. Le ofreció un cigarrillo.

Mejor será que fumes. ¿Ya conoces la condición?

¿Qué condición?

No nos movemos de aquí hasta que se muera el pájaro.

Alberte Pementa era un hombre de suerte. Siempre tenía suerte. Aquella noche que llegó a la taberna de Brandariz, abrió la puerta y nada más entrar miró al suelo y encontró un billete de quinientas pesetas. Un billete azul. Mucho dinero para los tiempos que corrían. Había gente que no conocía ese color de billete. Era noche de sábado y la taberna estaba atestada de hombres, casi todos obreros de la construcción divirtiéndose tras una semana de trabajo en la ciudad. El humo de los Celtas les daba una consistencia tramada a las conversaciones. Aunque también se distinguía alguna humareda con más floreo, la de quien se estaba echando un Tip Top portugués. Cada uno a lo suyo, nadie se fijó en él. Hasta que se agachó y se levantó con el billete aquel en la mano como una oriflama. La primera mirada de felicitación dejó paso a un común resentimiento. ¿Por qué fue Pementa quien lo encontró nada más entrar por la puerta? ¿Por qué?

Las cosas miran hacia uno, intentó justificar Pementa. No es uno el que mira

hacia las cosas.

La salida de Pementa fue comentada como una ocurrencia, aunque no exenta de presunción. A aquellas horas, y después de varias rondas, la gente era muy sensible a los signos. ¿Qué tenía él de especial para que los billetes lo mirasen?

Lo que tiene este hombre es suerte, dijo Fiz. Y ya está.

Todos entendieron que Pementa tenía mucha suerte, sí. Pero la suerte había que repartirla. La suerte no podía discriminar de tal manera, hacerles ese feo a los que ya llevaban tiempo allí. Sobre todo a los que eran del lugar. ¿De dónde venía Pementa? De otra aldea, a caballo. Llegar y besar el santo.

Alguien echará en falta ese billete, supongo.

Quien hizo esta última consideración fue Raúl Cotón, quien azuzó con su mirada al resto.

Todo el mundo revisó sus bolsillos y carteras, pero nadie reclamó el billete. Resentida o no, la gente era sincera.

Pues yo digo que ese billete es tan tuyo como mío, insistió Cotón. Pementa entendió. Tenía el caballo fuera, a la puerta, atado a la argolla, y sólo había parado a echar un trago para espantar el relente de la noche. Con mucho gusto, iba a compartir su suerte con todos los presentes e incluso a brindar con los difuntos de la parroquia. Hubo un murmullo de aprobación. Éste sí que es un caballero, un príncipe de las tabernas. Pero Cotón rompió la unanimidad. Lo que estaba en discusión no era el billete, un factor accidental, sino la posesión de la suerte, invocada, ahora sí, con mayúsculas, pues Cotón, con la elevación ronca, poderosa, aguardentosa de la voz, le dio rango de virgen o diosa, una Nuestra Señora de la Suerte, por cuyo favor había que decidir allí, esa noche, y no otra.

A Pementa le pareció divertido jugar por la suerte. No era supersticioso.

¿Alguna vez has tenido mala suerte?, preguntó Cotón, que parecía hablar no por la boca sino por la cicatriz que tenía en el centro de la mejilla.

Campo por mi estrella. Tras de lo que no corro, no me cansa.

Pues yo siego el aire con mi hoz. Estoy cansado de pisar mierda y voy a cambiar el paso. Venga cartas. Voy a cantar la muerte del tres, Pementa.

¿Está claro, no?, preguntó Cotón, algo desafiante, al público de Brandariz. Jugaron, y Pementa no hizo otra cosa que perder.

Primero lo que tenía a mano, el dinero. Después el caballo, que estaba a la puerta. El cinturón. Las botas de montar. Y luego empezó con la hacienda. La herencia de su madre. Los adornos, con el collar de sapo y los pendientes de filigrana, el cabezal de la cama, de castaño, labrado con rosáceas. Al final, el baúl. ¿Vas a apostar el baúl? Aún queda algo. El San Antonio de Padua. ¿Cómo vas a apostar el San Antonio? El santo más querido, el casamentero, el que cuida del ganado.

Te merecías morir de un tiro, se oyó a un parroquiano. ¡Apostar el San Antonio!

Los de fuera dan tabaco, dijo Cotón.

El hombre de la suerte también perdió el San Antonio. Estaba avergonzado. No

sólo por lo que dirían los vivos, sino por la censura de los muertos. Ya era suficiente. Lo había perdido todo.

El turno del baile.

¿Qué?

Aún te queda dar la vez en el baile.

No es una vaca, no la puedo apostar.

Sólo quiero que me la cedas en el baile.

Pementa sabía muy bien qué significaba eso. Llevaba meses bailando con una chica en el rincón de los comprometidos. Allí no había obligación de ceder el baile. Aquello era un coto vedado. En el resto del salón, sí. Por muy a gusto que estuviese la pareja, en el resto del salón la petición de un mozo del lugar para ocupar el puesto del agarrado en el baile debía ser atendida sin contemplaciones. Y esa ronda no se detiene hasta el momento en que una pareja formaliza su relación. Deja claro que van en serio. Ese espacio de seriedad es el rincón de los novios. La exigencia de ceder el baile es una regla arbitraria, irritante muchas veces, pero que da lugar a sorpresas y a un continuo trajín, por lo que el barullo, la animación, es mucho mayor, ya que en el territorio de los que «ya se hablan» reina más bien la seguridad del silencio. Los más ardientes aprietan y se arriman, intentan acercarse al fuego sin quemarse, y si nos fijamos se dedican a buscar nuevas simetrías que revelan una voluntad de permuta. Hay un momento al final de la pieza en el que se puede apreciar cómo la pareja fogosa ha intercambiado rasgos del cuerpo y del rostro, de tal manera, por ejemplo, que siendo de diferente medida tienen, de repente, la misma estatura. Ese intercambio es beneficioso. Los dos están más hermosos después de bailar. Pero hay otros que coincidiendo con la formalidad del noviazgo se enfrían como bronce en el molde de la estatua. Bailan cada pieza con una corrección que las iguala a todas, un bolero con un pasodoble, y parece que están ejecutando un complementario trabajo doméstico. Alberte Pementa y su novia no eran de éstos, sino de los primeros. El «ya se hablan» podía entenderse en sentido más amplio. Porque el hablarse tenía también una correspondencia con el conocimiento corporal. O estaban prometidos o a punto de prometerse. Y eso tenía que ver no sólo con el compromiso verbal, sino con la promesa de los cuerpos y su progresivo avance.

¿Vas a apostar tu turno?

Tú cállate, dijo Cotón. Es el derecho de baile.

Se merecía una patada en los cojones, dijo ahora el paisano.

Y entonces a Pementa sólo le quedaba una cosa. La suerte.

Estaba a punto de agotarse el tiempo. El pájaro de la jaula daba señales de ahogo entre tanto humo. El límite de la duración de la partida era su muerte. Y el pájaro parecía saberlo. Posado en el balancín, pero inmóvil, tenía un rictus grave, de animal de fábula.

Ya no tengo nada más, dijo Pementa. Ni el caballo. Tendré que ir a pie.

Claro que tienes, dijo Cotón con la misma voz, la misma ansia que en la primera

partida.

¿Qué es lo que tengo?

La suerte.

Vete a dormir, Cotón, dijo un vecino pensando que le hacía un favor. Ya lo has ganado todo. No peses con la romana del diablo.

Vete tú a ver si llueve, Calamidad.

Se jugaron la suerte. Cotón se concentró más que nunca. Tenía una noche magnífica. Partida tras partida había derrotado a Pementa. Y ahora le iba a arrebatarse la suerte.

Desde la primera carta se vio que había cambiado el viento. La suerte quería a Pementa o no quería a Cotón, vete tú a saber.

Y por eso fue por lo que Alberte Pementa se marchó. Por la vergüenza de apostar el amor y quedarse con la suerte. No sé lo que pasó aquel día, la bruma que se le metió en la cabeza. Pero incluso sus compañeros se apartaron de él. Mire si era un hombre de suerte que antes de embarcar, aquí, en A Coruña, en Santa Catarina, encontró en el suelo mil pesetas. Había gente a montones, algunos que se dedican a eso, a afanar, a ver lo que cae, pero Pementa encontró el dinero nada más llegar. Iba con la cabeza gacha, eso sí, con el alma por el suelo. Eso le ayudó.

Y Adela, la adivina de Santa Catarina, con su venda negra en los ojos, dijo: ¡Ese hombre, que no embarque! No debía marcharse de una ciudad quien encuentra billetes por el suelo. Pero Alberte Pementa pensó de otra manera. Pensó lo contrario. Pensó que tenía que marcharse cuanto antes.

No te creo nada, dijo Ó. Y Pementa le susurró al oído: Así fue, nena.

Los disfraces

Él quería que supiésemos. Era costumbre rezar, incluso las interminables letanías del rosario. Y aunque, cuando nos preguntaban, nosotros decíamos que sí, que rezábamos el rosario en casa, la única letanía era la de Polca, que nos leía la geografía del libro de Elisée y después yo un fragmento de *El hombre invisible*. A él este último le hacía mucha gracia. A veces le lloraban los ojos de tanto reír. Olinda decía refiriéndose al libro de los cantos quemados: El pobre nunca pensó que iba a encontrar alguien tan agradecido, porque mira que el libro es triste. Polca también tenía aquellos recortes de periódico con los principales inventos de la humanidad. Eran pedazos amarillentos. Tan viejos que por aquel entonces yo pensaba que los inventos eran la cosa más antigua. Desde luego, para Polca, después de la aspirina, lo más importante era la electricidad. Su ilusión era que Pinche se hiciese electricista. O pintor. Por el vestir.

En la construcción, los que tienen más estilo son los pintores. Por las camisas. Los pintores son los que llevan las camisas con más garbo. Son los únicos obreros que entran a comprar en la Camisería Inglesa. Tienen ese valor. Como los músicos. El albañil es más humilde. Y el fontanero también. Pero un pintor coruñés, al acabar la jornada, se cambia en la obra y va por la calle hecho un Valentino.

La temporada que Pinche trabajó de hombre anuncio en el museo de Sherlock Holmes le mandamos una foto para que viese el estilo detective. Estaba perfecto, con su gorra y la capa a juego. Con la lupa en una mano y la pipa en la otra. También le mandamos la foto de Beefeater, el verano que trabajó de guardia en la prisión de la Torre de Londres. Muy elegante, con su vestido Tudor. Aprovechaba todos los turnos, así que por algún tiempo hizo de verdugo para los turistas, pero yo no quise mandarle la foto a Polca. Ver a su hijo con aquel enorme machete de doble filo, simulando cortar cabezas.

Tú eres boba, dijo Pinche. Si a nuestro padre lo que más le gusta del mundo es la carnavalada.

En esta foto sales de verdugo.

Sí. Pero de verdugo inglés. ¡Mira qué machete! ¡Qué civilización!

Era cierto lo que decía Pinche. Recuerdo que Francisco desaparecía del todo cuando llegaba el Carnaval, era como si cambiase de piel y sólo existiera Polca. Por aquel entonces estaba prohibido andar disfrazado por la calle. Lo que pasa es que tendrían que poner un policía en cada puerta. Llegaba un momento en que lo ponían en cada bocacalle, para obstaculizar el paso al centro, sobre todo a los hombres que bajaban de monumentos, de mujer fatal.

Los estoy viendo. A las monumentales. Es muy temprano. Voy con Amalia por la calle de la Torre. De repente, de las esquinas empiezan a salir los hombres vestidos de mujeres. Hay alguno impresionante. Marineros de San Amaro y de las Lapas vestidos de reinas de la noche. El pecho de lobo entre los peñascos de las tetas. Lo que les

gusta el carmín. Y las medias de red. Y los zapatos de tacón de aguja. ¡Mi madre! No mires, Amalia, no mires.

¡Eh, Ó! Mira, mira, mira, mira. ¿Aquella que lleva una flor en el pelo no es tu padre?

Justo tenía que fijarse en él. Había docenas de hombres vestidos de mujer monumental y va ella, la muy aguda, la despabilada, y ve a Polca, con su vestido estampado y casi sin vuelo, de minifalda, que se le ve todo el paquete, una braga de encaje con el bulto aquel, qué horror, para eso mejor que fuese con tutú.

¡Allí, allí! La que va de inocente. ¡Está de miedo!

No se callaba, qué va. Se volvió hacia mí y le sacó un defecto: Tiene piernas de palillo.

Piernas de palillo y cojo. Aún le parecía un mérito descubrirlo.

Venga, vamos, dije.

¿Qué pasa, Ó? Estás colorada. Ay, qué colorada estás. Venga, tenemos que saludarlos. No nos vamos a marchar sin decirle hola a tu padre. ¡Polca, señor Francia, señor Francisco!

¿Por qué no te callas?, murmuré, cada vez más enfadada.

Y entonces él hizo un ademán de ajustar el relleno del sostén y se dirigió hacia nosotras. Pero a mí me ignoró, como si no me viese. Le dijo a Amalia: Señorita, ¿a qué viene este escándalo? No seré la Bella Otero, pero es la primera vez que me llaman señor. Quizá las ganas de hombre le hacen ver visiones.

Desaparecía tres días con sus noches. Primero iba por libre, de mujer monumental, decía él, por Monte Alto, y después se unía a la comparsa que salía desde Castro el Miércoles de Ceniza para enterrar el Carnaval. Ahí iba ya de obispo o de cardenal. Un año lo tiraron al río de Monelos, al Meco. Yo entonces no entendía muy bien lo que había pasado, pero sé que varios llegaron heridos por los golpes de los guardias de tricornio. Huyeron a toda mecha. Después vinieron a detenerlos. Iban a tomarles declaración en el cuartelillo. Y empezaron por él, por Polca. Porque los guardias se acordaban. Porque tenía la importancia esa de tener Antecedentes. Que yo de niña no sabía muy bien lo que significaba. Lo oía en casa, eso de que no le daban trabajo por los Antecedentes. Y yo confundía los Antecedentes con la idea de los Antepasados. ¿Cómo serían aquellos Antepasados que seguían causando complicaciones? ¿Serían hombres vestidos de hembras monumentales? ¿Serían ya sacerdotes de Carnaval?

Estaban con los caballos. Porque los llevaron allí, a la cuadra de las bestias, en el sótano del cuartel de la Guardia Civil. Y Polca le llamó comandante a un cabo que no protestó por el repentino ascenso, y explicó: Señor comandante, no hace falta que nos interroguen convenientemente.

El cabo miró con suspicacia a aquel tipo estafalario, con alba de cura por encima de la ropa de obrero. Tenía ironía. Estaba parodiando la fórmula que siempre se utilizaba en los informes policiales y en las notas de prensa: «Convenientemente

interrogados».

No hace falta que nos interroguen convenientemente, señor comandante, porque toda la culpa es mía. Ellos se limitaban a seguir mi responso, mi *Kyrie, eleison*.

Me gustan los valientes, así que voy a tener una consideración especial contigo, le dijo el cabo. Lo llevó ante un armario colgado de la pared y lo abrió tirando del pomo con la punta del fusil.

Estaba lleno de látigos. Diferentes tamaños y hechuras. Uno de ellos acabado en bolas de hierro.

Domine, non sum dignus, murmuró Polca.

Entre nosotros, dijo el cabo, hay que tener cojones para hacer lo que has hecho. Tirar al río un muñeco del Generalísimo. Y aún por encima echarle unos latinajos.

Era por Carnaval.

Da igual. Señaló el armario con los látigos: Puedes escoger. Te lo mereces.

En palabras de Polca: Y ahí se le vio que, en el fondo, era un fascista muy liberal.

¡Qué cabrón, qué cerdo!, dice Ó cuando recuerda aquella historia. Encima le hizo escoger el látigo. Mira a Pinche y su foto de verdugo en la Torre de Londres, dispuesto a cortarle el cuello a un turista: ¿Sabes lo que te digo? Mándasela. Aún se va a reír. Él le saca punta a todo.

La tragafuegos de Camden Town

Había mujeres que llevaban el fuego encima de la cabeza, cigarreras y cerilleras que a veces se ponían así el candil por jugar a las ánimas, en la noche de invierno, camino de la fábrica, o quizá no sólo por jugar, como esta muchacha de cresta verde que está lanzando fuego por la boca en Camden Town, eso después de hacer malabarismos con antorchas mientras sostenía en equilibrio otra gran tea apoyada en la frente, entre las cejas, las llamas hacia el cielo, esto es lo que yo llamo arte, nada de paripé, apostar la cabeza, como cuando se cayó Pinito del Oro, la trapecista, en el Circo Price, instalado en la explanada de Riazor, resbaló del cielo y no había red, sólo los brazos del hombre para frenar su caída, siento que se haya caído, claro, pero ya que se cayó, sentí no estar yo también allí, no se hablaba de otra cosa, parecía que todo el mundo había estado allí, aquella noche, para ver caer a Pinito del Oro, yo el mal sueño de caer no lo tengo, dicen que es una pesadilla muy corriente, pero al fuego sí que le tengo miedo, ésa es para mí una forma de miedo, como le pasó a María de las Conchas, la de los rubios y largos tirabuzones, eso lo contó Polca una noche que hubo un naufragio y que los del vecindario fueron a apañar lo que el mar había arrastrado, los regalos de la tragedia, y entre lo que encontraron había unas garrafas que supusieron de algún provecho, quizá licores, pero cuando llegaron a casa de María alguien abrió uno de esos envases que derramó sin querer junto al lar y el líquido ardió en grandes llamaradas que formaron una lengua de fuego hacia la muchacha y en plena noche ella echó a correr rumbo al mar, María de las Conchas, la de los hermosos tirabuzones ardiendo en pleno temporal, ésa era para mí la imagen del miedo, y otra la de la zorra de la Morraza que sabe volar y que cuando aúlla lanza fuego por la boca, éstos serían cuentos o no, pero lo que no era cuento fue aquel fuego que quemó los libros de la ciudad, eso sí que es miedo, el fuego que sale de la boca del odio, y la Muchacha de la Cresta Verde se dirige ahora hacia mí lanzando llamaradas por la boca como si me estuviese leyendo el pensamiento y yo no me puedo marchar, ahora no voy a escapar, después de haberle visto todo el espectáculo, aunque la gente anda a lo suyo, nadie se para, van a pensar que es una cosa preparada, ella dando vueltas a mi alrededor escupiendo fuego y yo hechizada como una idiota, porque además se pone a llover y es un fuego de colores, de arco iris, van a pensar que soy un reclamo, o su madre que está intentando convencerla de algo, de que vuelva a casa, o al revés, lo que pasa ahora es que el fuego desaparece de repente y ella, la Muchacha de la Cresta Verde, se queda mirándome fijamente, con la boca muy apretada, de morros, diría yo, claro que tenía razón, ya iba siendo hora de soltar la gallina, desde el principio tenía pensado darle una moneda, que se la merece, que nadie se merece menos ser pobre que los que alegran las calles tristes, los músicos en los pasillos del metro, les dan una seguridad a los solitarios, incluso deberían cobrar un sueldo del Ayuntamiento, digo yo, en vez de andar los guardias todo el día detrás de ellos, que hay que tener permiso para cantar o lanzar fuego por la boca, para no

hacer nada, no, no hay que tener permiso, ni para hacer mal, tampoco hay que pagar licencia, el caso es que ya me voy a ir, voy a soltar una libra en el plato que la Muchacha de la Cresta Verde dejó en el suelo, echarla despacio, que vea que es una libra y no un chelín, que note que yo le reconozco su mérito, lanzar fuego de esa manera, cómo tendrá la lengua, los dientes, los labios la pobre, cualquier día una ráfaga de viento ruin, el viento insaciable, el viento de sombra, niña, que es el peor, yo he estudiado mucho los aires, y que de repente revira el fuego contra ti, las pestañas, la cresta, que antes no me gustaba esa cresta verde y ahora ya le veo una gracia, algo que te hace ser diferente en la noche, un ser antiguo, una sacerdotisa ambulante, y va ella y se acerca, como si me estuviese leyendo el pensamiento, despacito, la boca cerrada, eso sí, lo que le ríen son los ojos, y yo ya he soltado la moneda, esas cosas siempre dan confianza, no estar allí, en el espectáculo, de gorra, que ya se quejaba el Mariscal Saltimbanqui, cuando estuvo en Castro con su *troupe*, que el arte es un oficio de riesgo, y así andaba él, como si tuviese dos cuerpos, uno que se valía por sí mismo y otro tieso, por culpa de la columna, que eso fue lo que le contó a Polca, la confianza de cruzarse dos cojos, dos clásicos, le dijo, aunque su arte de obrero sepulcral enterrador tiene futuro y el nuestro es incierto, ese cacharro, la televisión, acabará con nosotros, pero no es un quejica, que no pensase tal cosa, que él por nada del mundo, mientras el cuerpo resistiese, dejaría aquel mester artístico, sublime, de aguantar a la contorsionista, la Bàmbola se llamaba, sostenerla con el arnés que él se ajustaba en los hombros y en la cabeza y que aseguraba una barra con una pequeña plataforma en lo alto, mínimo punto de apoyo para que ella hiciese sus piruetas de mujer elástica, era increíble la danza en el aire, el único hombre que he conocido que llevase algo encima de la cabeza, a la contorsionista, con aquel pelo precioso, larguísimo, que un día vino a lavárselo al río, se lo secaba mientras lo alisaba con el peine, yo nunca había visto un pelo igual, que se podía vestir con él de túnica, pero después, por la noche, durante la función, lo llevaba sujeto en cola de caballo y llegó un momento, el momento decisivo, con toque de corneta y redoble de tamboril, en que la Bàmbola ató la cola a la barra y empezó a girar en carrusel, vertiginosamente, Benxamín, el Mariscal del Deza, impertérrito, con su gabán napoleónico y la banda tricolor, que así era como se habían conocido, la Bàmbola, que necesitaba un hombre ancho porque el suyo, su hombre, o sea, el ventrílocuo O'Mero, era estrecho de hombros, un intelectual, aunque desde fuera ayudaba a hacer el número pícaro, cuando con la vara señalaba la anatomía de la contorsionista vestida en traje de baño, subida a una banqueta alta, y preguntaba ¿Dónde tienen más pelo las mujeres? ¿En la cabeza?, y el público reía y gritaba ¡Más abajo, más abajo!, y ese número les trajo algunos problemas, pues en una ocasión acabaron en un calabozo y Benxamín tapó a la contorsionista, mientras dormía en el banco, con su gabán de mariscal, y el carcelero le dijo que a todo Napoleón le llegaba su Waterpolo, y él le comentó a la Bàmbola algo en francés, que es la ventaja de andar por los caminos, que las lenguas se le van arrimando a uno, en concreto le dijo *Il est très dur*

de tête, antes de que el carcelero reaccionase con el típico Tú a mí háblame en cristiano, que vas a llevarte una buena etcétera, no sabía el muy idiota lo feliz que se sentía protegiendo a tan bella mujer, sí, la vida de titiritero era muy sacrificada, y entonces surgió la oportunidad de ir al Circo de Portugal, acogidos por un director que era hombre de trato exquisito, un domador de elefantes, más en concreto elefantas, pues sólo tenía hembras, aunque a una la llamaba Dumbo, que trataba muy bien a todo el mundo, como a elefantas, y realmente hacían un número muy artístico, aunque algo confuso en los motivos históricos, y en el que el centro del decorado era una gran ballena, y él, presentado como el caballero Donnaiolo, tenía que luchar para conseguir entrar por la boca de la ballena, lo que lo llevaba a enfrentarse con varios peligros, pues de esa boca salía, por ejemplo, un arquero samurái gritando en español internacional un Detente cabrón, boludo, pendejo, que te pongo los huevos de corbata, lo que causaba mucho impacto entre los niños portugueses, y que le disparaba una flecha que se le clavaba en el pecho y que él se arrancaba con sus propias manos, entonces aplausos, y después salía un león, viejo, manso y algo ciego, al que Benxamín asustaba poniéndole ante el hocico la cabeza de un ratón vivo, más aplausos, y así hasta el momento magnífico en que Donnaiolo entraba por fin dentro de la ballena y salía con la contorsionista la Bàmbola en brazos, ovación, para después colocarse la plataforma sujeta con los arneses, ella trepaba hasta la parte giratoria y empezaban las contorsiones, pero no, no había ninguna otra relación entre ellos, una era la Bàmbola y otro Benxamín, el Mariscal, Donnaiolo, llámame como quieras, incluso a veces ella hacía una cabriola en el aire y se dejaba caer a horcajadas, montada de amazona en el cuello del hombre, y Polca le dijo que eso debía de ser como cohabitar, y Benxamín respondió con un murmullo que era más, mucho más que cohabitar, otra cosa era que ella tuviese por compañero a O'Mero, el ventrílocuo, que también salía del interior de la ballena del Circo de Portugal, dijo con cierta resignación Benxamín, salían él y el muñeco, ¡Ma-no-lo Pin-zón!, que ya por la manera de decirlo se veía que el muñeco tenía su papel en el reparto, un chulo aquel muñeco, sentenció Benxamín, un auténtico chulo, que nada más subir al escenario se encaraba con el público y soltaba un: ¡Púmbale! El que tenga gallinas, que las cuide del coyote.

Sí, mujer, ya sé que te has guardado el fuego en la boca. A tu fuego no le tengo miedo. ¡Si tú supieses lo que yo llevo dentro!

La felicidad de la expresión

Londres, 10 de enero de 1968

Yo también sé ser mala. Lo que pasa es que con la ropa no se puede disimular. Con el peso de la ropa no puedes estafar. Si la llevo húmeda, peor para mí. Más peso. Dicen que con las máquinas de lavar dura menos, la ropa. Vete tú a saber. Más delicadas serán las manos, sin comparación. Las dos cosas. Las manos tienen que batir la ropa contra el lavadero. De un lado y de otro. Y después torcerla. Torcerla y retorcerla.

La ropa tiene los ojos de los gusanos. Porque yo se lo oí decir a él, al médico de los ojos, lo de que los gusanos, como las lombrices, no ven, pero sienten la luz y la sombra. Olinda lavaba las batas, las sábanas, las toallas, la ropa de la clínica. Pinche veía mal de un ojo, que no es que tuviese mal de ojo, sino que veía mal de un ojo. ¿Por qué sabíamos que era sólo de un ojo? Porque cuando miraba por el ojo de la cerradura, veía bien. Fue él mismo quien nos lo dijo. Que veía mejor cuando miraba por la cerradura.

¿Por qué cerraduras andas mirando tú?, preguntó Olinda.

¿Qué más da, mujer?, dijo Polca. Lo importante es... el diagnóstico.

Se quedó tan contento con encontrar esa palabra que miró sonriente para mí y la repitió como si me la diese de regalo: Eso es, el diagnóstico.

Pues Olinda se lo comentó al doctor de los ojos, y allá fui yo con él, con Pinche. Y me hizo mucha gracia cuando dijo que lo que tenía era un ojo vago. El derecho ve menos que el izquierdo. ¿Por qué?, le pregunté. Pues, de entrada, porque no quiere. Por eso decimos que es un ojo vago. Daba gusto hablar con él. Los médicos casi nunca explican nada. Detectan el mal, te dan el armamento, pero nunca sabes muy bien contra quién disparas en tu propio cuerpo. Éste, el doctor Abril, lo explicaba todo muy bien y yo lo entendía a la primera. Debe de ser porque los dos trabajamos con la luz. Porque eso sí que no lo hacen las máquinas, lo del clareo, lo de orientar la ropa hacia el sol. Retirarla a todo correr cuando llueve y volverla a extender cuando escampa. Hay días de sol perezoso, y después viene el claro, el sol que se abre paso entre las nubes, que es como un gran perdón. Las lombrices sólo tienen la luz y tienen la sombra. Ése es el primer ver. El ver de la piel. Y nosotros algo así somos, con perdón. A mí que me den el sol. Parece que lo perdona todo, el sol.

Un ojo vago, dijo el doctor Abril.

Pinche no decía nada. Escuchaba compungido. Algo de culpa tenía, si tenía un ojo vago.

¿Y qué vamos a hacer?, pregunté.

Pues vamos a hacerlo trabajar. Eso es lo que se hace con los ojos vagos.

A mí siempre me habían parecido ojos iguales. Los de Pinche y los de cualquiera,

excepto los de Miraceu, que cada ojo iba a lo suyo. Pero en la consulta me fui dando cuenta de que no sólo los ojos, sino las dos mitades de la cara eran muy diferentes. Por eso Pinche tenía cosas muy contradictorias. Podía ser el más valiente y el más cobarde. El más alegre y el más melancólico. El más bueno y el más malo. A lo mejor era todo por culpa del ojo.

Lo que vamos a hacer, dijo el doctor Abril, es poner un parche en el ojo que ve bien. Y dejar sólo el ojo vago. Ya sé, ya sé que parece injusto. Lo es. Privamos a un ojo del placer de ver, precisamente a aquel que más quiere ver. Pero así es la vida. Será por poco tiempo.

A lo mejor por eso no nos encontramos, el poeta amigo del señor Sada y yo. Por culpa de un ojo vago.

Hubo un ojo que no luchó por él. Quizá fue por eso.

¿Qué miras?, pregunta Pementa.

Nada.

Me puse colorada. Eso fue en el Troubadour, cuando salimos de copas Glenda, Pementa y yo. Era la primera vez. Pementa había entrado en el hospital de celador. Venía de Epsom, de trabajar durante años en uno de los hospitales psiquiátricos.

Tuve mucha suerte, me contó. Nada más llegar, encontré ese trabajo. Me dieron vivienda y todo. Casi no salí de allí. Salía yo menos que los locos. ¿Para qué? Había una buena biblioteca, con libros incluso en castellano y portugués. Yo, que nunca había leído, leí como un loco. Allí me enseñaron mucho. Los locos. Idiomas. A jugar al ajedrez. A no volverme loco. Una vez fui a la carrera de caballos con un grupo de internos. Me dijo un doctor: Señor Pementa, han aceptado nuestra petición para invitar al Derby a un grupo de internos, ¿podría usted acompañarlos? Iba, íbamos muy elegantes. Ellas, con pamelas y sombreros extraordinarios. Con vestidos que parecían injertos de arte en el paisaje. Ellos también con su traje, con el traje de su vida. Llevaban años preparándose para ese momento. Enseguida atraieron las miradas y las cámaras, porque allí tan protagonistas son los caballos como los sombreros. Y nuestro grupo era el más vistoso, la aristocracia de Epsom. Fue una suerte encontrar ese trabajo. Pero después vino aquella loca, aquella loca de verdad, aquella gobernanta, y cerró los psiquiátricos de Epsom. No voy a decir que aquello fuese el paraíso, pero yo tuve mucha suerte.

Estábamos en el Troubadour y Glenda se levantó para pedir otras cervezas.

¿Por qué me miras así?, me preguntó Pementa.

Te miro con los dos ojos. Con el vago y con el otro.

También ahora he tenido suerte. No me apetecía venir a Londres, a un hospital general. Estos hospitales no son como un psiquiátrico. Son mucho más complicados. Más raros. Puede pasar cualquier cosa. Los psiquiátricos son mucho más tranquilos. Hay mucha educación, mucha cultura. Aquí hay mucho estrés, mucho accidente, mucha sirena por la noche.

El arranque. Antes de que Glenda volviese, tenía que dejar hablar al arranque.

Te miro con los dos ojos. Para que no te me escapes.

Qué suerte, dijo Pementa. Venir ahora a parar justo a este hospital.

Fue una noche muy dura. Pementa dormía en el hospital, en una habitación de celador. No, hoy no tenía obligación de ir de noche. Así que dejé hablar al arranque y dije que por qué no venía a dormir a casa. Mañana ya iríamos juntos al hospital. Glenda protestó. De ninguna manera. Su casa estaba mucho más cerca. Y además, cuando acordamos salir, ella ya le había dicho a Pementa, ¿verdad, Pementa?, que había sitio en su apartamento. La realidad tomaba partido a favor de Glenda. Su casa estaba a la mitad de distancia. Menos de la mitad. Ahí, a un paso. Pementa en el medio. Cada una tirándole de un brazo, sin tocarle. Tienes razón, Glenda. ¡Me voy con vosotras! Una noche es una noche. Glenda, amiga del alma, compañera de gospel los domingos por la mañana en Willesden Green, estoy tan bien contigo, *take my hand, precious lord, lead me home*. Ella que me atraviesa con la mirada, que me maldice en silencio: mala pécora, insolente. Ella que me mataría.

Las dos durmiendo juntas en la cama. Pementa, en el sofá. Al principio, Glenda y yo dándonos la espalda. Cada una abrazada a su pedazo de oscuridad. Un resentimiento acostado entre los dos. Los silbidos del dormir de Pementa, qué suerte, como un barco a vapor alejándose en la noche. Así que me di la vuelta y busqué el cuerpo de Glenda. Se apartó, pero ya no tenía mucho adónde ir. Fui arrimándome muy despacito.

¿Qué quieres?

Se había vuelto de repente. Jadeando. La rabia en el aliento. Me podría ahogar si quisiese. Ella era aún más fuerte que yo. En la vida era un ser reposado, sensual. Sí, había sido ella quien le enseñó a gozar de los sonidos, de los colores, de las posturas del cuerpo. Un segundo arranque en su vida. Despertar lo dormido. También ella, por su parte, la hacía reír. Porque todas aquellas mantras, yantras, asanas y la kundalini, la corriente que te atraviesa, no es que no funcionasen sino que, al contrario, tenían un efecto excesivo. Era el suyo un cuerpo feliz en demasía. Un territorio de cosquillas, también en los ojos, en el pensar. Así Glenda recibía mucho más de lo que había sembrado.

Con razón, ahora estaría furiosa. Vete tú a saber cómo podía haber una mujer furiosa dentro de la plácida Glenda.

Murmuré: Tengo una idea.

¿Quieres dejarme dormir en paz?

En bajito: Escucha, Glenda, podemos compartirlo.

¿Qué dices? ¡Tú estás loca!

Musitando: Un día para ti, y otro para mí.

Sabía que se iba a reír. Cuando se reía, todo el cuerpo se agitaba. Sin parar. Todas las canciones, los espirituales, que regresaban al cuerpo.

Take my hand, precious lord, lead me home.

Y por fin llegó el domingo aquel de invierno, de mucho frío, cuando decidimos ir

a los jardines de Kew y vimos una rosa en aquella época, una rosa blanca, igualita a las que había en el camino de Castro a Elviña. Estaba allí, una rosa blanca, menuda, casi a ras del suelo, abriéndose como un recuerdo en la tierra agrietada por la helada. *Snowdon*, decía el letrero. Fue ese día, por la flor, cuando me acordé de aquel piropro que un desconocido le había dicho a Amalia y que nos había dejado trastornadas.

¡Eres de una belleza intolerable!

Aunque ella tuvo arranque para responderle: ¡Y eso que no me has visto bien!

Y era cierto que iba más o menos ciego, con el buen ojo que parecía tener, porque no se le ocurrió volverse. Era una de esas personas que le tienen miedo a la suerte.

Qué suerte, pensé ante la solitaria flor de invierno.

Qué suerte traer los zapatos de tacón de aguja que me martirizan, que me desollan la piel, que me tienen los dedos helados. No me los quitaré ni cuando esté desnuda, hasta que se desprendan ellos de placer.

Qué suerte que todos los cafés cerrasen de repente para nosotros. Hace un momento lo habría dado todo por un té calentito con una nube, eso es suerte, pero ya no digo nada porque nos estamos abrazando y besando, allí, junto al iceberg, y todo se está moviendo, en el centro del mundo hay un gozo, qué bueno para la circulación, y este aire tan caliente que se sube a la cabeza, calor de castañas asadas en su propio erizo.

Qué suerte el vagón del metro vacío en aquel primer trecho, el vagón nupcial, de domingo por la tarde, balanceándose, llevándonos de recodo en recodo.

Qué suerte haber guardado el fuego dentro de la boca. El fuego que me dio la muchacha de Camden Town.

Qué suerte cuando abrimos la puerta roja. Qué suerte cuando subíamos las escaleras. Qué suerte cuando estábamos en la habitación, abrazados ante la ventana. Qué suerte que alguien te lleve del frío al calor. Al otro lado del viento, pero dentro del viento.

Desde la ventana vemos los pequeños jardines arbolados. No podemos pisar ninguno de ellos. Nuestra llave es de un piso. Pero ahora podemos recorrerlos todos, saltar los setos, ir y venir con el viento. Los cuadros están bien, aunque no hay nada como una ventana. Las ventanas son mejores para enmarcar un abrazo. Todo lo que vemos pertenece al abrazo. También el ferrocarril, la valla publicitaria, las alambradas erizadas, que sirven de metemiedos, la bolsa de plástico, empujada, sube, sube, pero vuelve a aterrizar, con nostalgia del peso, como si estuviese buscando lo que había llevado dentro.

El viento es el mismo, pero cada árbol tiene el suyo. Se mueven en direcciones distintas, a veces opuestas. Mira. También pasa con las ramas del mismo árbol, que se agitan diferente, como si le arrancasen retazos al viento. El abedul es el que más se agita, el que más se abraza. A ese arce aún le quedan algunas hojas. Ése es otro misterio. En casi todos los árboles hay unas cuantas hojas que no caen. ¿Que no? Ya lo verás. Y con la lluvia pasa igual. Quiero decir que la lluvia es la misma, pero cada

árbol y cada arbusto tienen la suya. El grosor y el brillo de las gotas son muy distintos. Fíjate cómo quedan colgadas las gotas de lluvia después de llover. Cómo se posan en las ramas, en los brotes, en las puntas de los brotes. Se colocan como las notas en una partitura. No sólo los árboles. Cada casa tiene su lluvia. Cada ventana. Esta ventana.

Qué suerte.

Qué suerte el viento.

Qué suerte la lluvia. Las notas resbalando por la ventana.

Qué suerte tienes, me decían, por haber encontrado un compañero como Pementa.

Qué suerte, murmuraba Pementa cuando encontraba mi lunar en la espalda. Qué suerte. Balanceándonos, haciendo la barca en la cama de agua, encontraba el lunar en la espalda, el círculo de sus labios alrededor, una ventosa, la lengua susurrando, escribiendo. Qué suerte. Era un murmullo que yo oía por la piel, que resonaba en la bóveda del pecho a caballo del corazón, que trepaba por la garganta, que me salía como una endrina. El lunar negro que se abre, Snowdon, la rosa de Kew, la rosa blanca en el camino de Elviña, las katiuskas azules, los zapatos de tacón de aguja, a quien yo quiera, todo, todo el vaivén en la cama de agua, el lunar negro, la rosa blanca.

Qué suerte.

El condecorado

Estaba abriendo la puerta de servicio del piso de la Mariña cuando alguien se le adelantó y abrió de repente desde dentro. Esa pesadilla que tenía a veces. Gabriel sólo la había visto una vez. Podían ser de la misma edad. Pero él era el hijo y ella la mujer del padre. El pelo, el cabello, en campana, alisado, cobrizo, a juego con la campana de la falda. Con mechaz doradas, quizá una prolongación de las letras grabadas en la invitación de la boda a la que él no asistió. Gabriel, el Raro, envió un telegrama frío e irreprochable. *Katechon*, pensó él ahora. Que mantiene a raya a los años, aunque estén ahí, dando vueltas alrededor de uno, en un carrusel invisible. No, él, Ricardo, no está. No para. Tenía una ocupación inaplazable, y después una importante comida con la directiva de la Academia de Ciencias Políticas y Morales que, como deberías saber y no lo sabes, está de visita, esa deferencia que han tenido con él, cosa insólita. A pesar de que vivimos en Madrid. La sesión se va a celebrar aquí, en verano. Van a venir a homenajearlo a provincias. Imagínate cómo está, después de recibir la medalla de Raimundo de Peñafort.

Y, además de condecorado... ¿qué tal está?

No debió hacer esa pregunta que ella esperaba para responder con uno de esos fatídicos moquetes que se dan en el forzado abrazo del *ring*.

Con el espíritu de un chaval. Como un roble. Viviendo una nueva primavera.

Cualquiera de esas cosas.

Insoportable, dijo ella con una sonrisa triunfante, como si hablase de un niño pequeño. No para.

Sí, en aquel contacto ella le estaba zurrando bien con el revés de la lengua. Estar, él estaba allí, buscando el pecado, la mácula de la historia, pero lo iba a pagar caro, por lo que a ella le correspondía.

Ahí va otro moquete.

Está de maravilla. Se levanta todos los días muy temprano, aún de noche, hace sus flexiones sobre la piel de oso, ya sabes, trabaja en el gabinete y después va a la primera misa. No quiere saber nada de siesta. Antes de comer da una cabezadita, unos minutos, eso que él llama el sueño del carnero.

Está esperando que le pregunte si quiere pasar. ¿Quieres pasar? Pero no. Le dice: Siento mucho no invitarte a entrar, pero es que me marchaba justo ahora. Y la próxima vez no vengas como un maquis. Llama primero a la puerta principal.

Alzó el dedo índice, uno de esos movimientos de apariencia espontánea que van dirigidos simbólicamente al ojo del contrario: ¡Tengo prisa! Ricardo y yo vamos a comer con la comisión de honor de la Academia de Ciencias Políticas y Morales. El reconocimiento a toda una vida de entrega al Derecho y a la Justicia. Un trabajo obstinado, discreto, riguroso, siempre apolítico y neutral. El de un ejemplar servidor del Estado. Le daré tus recuerdos.

Purple rain

En La Boîte de Pandora. Alrededor del acuario, gente que apuesta. Pelean dragones gemelos. Grandes fauces de peces pequeños. Se destrozan en segundos. El presentador va introduciendo nuevos combates con la seriedad de un crupier que reparte cartas. Zonzo ofrece la bebida de la casa. Purple rain. Ella está allí, cantando fados. Ésa es la razón de haber venido, de dejarme caer después de tanto tiempo. El efecto de su voz: un pincel que recorre la mano pintando el paisaje de un *souvenir*, el andar sobre hierba menuda en lo alto del acantilado.

¿Así que eres juez?, preguntó Zonzo.

Sí. Ése es mi trabajo.

Es un buen trabajo. El de hacer justicia y todo eso. Pero hay que ser más duros. El mundo está echado a perder. No hay principios morales. No hay autoridad.

¿Cómo murió Manlle?

No lo sé. No conozco los detalles. Parece que murió a su manera. Despacio.

No es muy normal morir con un arpón.

¿Por qué no? Estaba en el mar.

Gabriel Samos pensó que la cosa quedaría ahí. Se acordaba de Zonzo. Podía cerrarse en sí mismo como un molusco. No tenía sentido insistir.

No debió ir él, dijo Zonzo por sorpresa. Pero ya sabes cómo era. No, no lo sabes. ¿Qué vas a saber? Quería estar en todas partes, quería hacerlo todo. ¿Qué hacía él por la playa, al raque, a causa de un cargamento desaparecido? Alguien se había quedado con los fardos, sí, ¿y qué? Yo digo lo que se dijo. ¿Te acuerdas de aquella Biblia llena de billetes que te enseñé? ¿Recuerdas? Una vez fue con la Biblia a comprar una mujer. En la Gare Central de Bruselas. Una mujer que traían del este. ¿Para qué tenía que ir él a ese negocio? Pues fue. A la mujer le faltaba un dedo del pie. Se dio cuenta más tarde. Quiso ir a probarla, a una fonda. A su edad, lo quería hacer todo él. Y vio que le faltaba un dedo. Debería haberlo dejado pasar. Es una marca de esclavitud que a veces les hacen a las mujeres que están en venta. Y entonces volvió a la Gare Central, quiso deshacer el trato, que le devolviesen la Biblia con los billetes. Que él había comprado la mujer entera. Lo quería hacer todo. Y acabó con un arpón en el pecho. Vete tú a saber quién fue.

Tu madre cada vez canta mejor.

Viene de vez en cuando.

Recuerdo que siempre estaba en la ventana.

Sigue en la ventana. Mirando los barcos.

¿Las patrulleras de Aduanas?

No. Con ironía: Los veleros.

La Coccinella septempunctata

Teatro Nacional de Gennevilliers. Primavera de 1994

Había pasado toda la noche en vela. Tenía el cartel de la obra metido en la cabeza. Y leyó los recortes con las críticas tan favorables, alguna entusiasta. La mujer de la voz ronca encarnaba al rey Lear. Tres horas en el escenario, seis días a la semana. En el fondo, agradeció no haber conseguido entrada para las primeras representaciones. Aprovecharía para ver otras cosas en París, sin el sofoco del calor. Recordaba un mes de agosto en el que había conseguido sobrevivir en el Jardín Botánico y en el cementerio de Père-Lachaise. Aún ahora le parecía ver la memoria acrílica de aquellos pasos de turista, pegajosos en las aceras. Pero sobre todo agradeció el aplazamiento como una especie de duelo. Sacó de la maleta los testimonios más comprometidos: los libros con los cantos quemados, con esa viveza de los supervivientes. Después, la copia de un documento con las listas de las obras incautadas y encarceladas. Los libros difuntos. Algunas postales desde el Sanatorium de Durtol. Una lupa. Las obras que traía no las había escogido por su valor literario ni bibliográfico. Se dejó llevar por el deseo de la mano. Los primeros libros que él había leído de entre los que tenían las marcas del fuego. El inicio de su instrucción secreta. Pensaba contarle la historia de la resistencia de los libros de Panadeiras 12. Muchos habían caído. Pero algunos sobrevivieron al fuego, a la humedad del calabozo, a los ladrones del Palacio de Justicia. Los libros que llevaba tenían otra cosa en común: la estilosa firma de Santiago Casares, como un retrato caligráfico elegante y dandi. Una firma antropomórfica.

Visitó la Rue Vaugirard y buscó con la vista el sexto piso del número 168. Estuvo tentado de subir y preguntar quién vivía en el *palomar*, en la buhardilla que fue el primer hogar del exilio. Pero refrenó su instinto detectivesco. Después, a mediodía, cogió un taxi y decidió ir a la Rue Asseline.

Cometió un error.

Pasó por delante de la casa. Le pareció escuchar el sonido de un informativo en la televisión. Pero desde la calle no se veía nada. Había una ventana con una cortina de encaje, reforzada por otra de paño oscuro. Podría llamar a la puerta, pero no llevaba consigo los libros. Aquélla había sido una incursión furtiva, la urgencia de pasar por la Rue Asseline, de ver cuanto antes la última salida de Panadeiras 12, adonde había llevado el pasadizo dramático de la historia. Y lo había dejado todo en la habitación del hotel. Sería absurdo presentarse allí y balbucir un relato sin nada en que apoyarlo. ¿Qué pensaría ella? Sospecharía de alguien que se presenta así, levantando semejante polvareda. Un juez, hijo de un juez franquista, que viene a hablar de los libros supervivientes. Quizá no. Quizá sabe apreciar esas sorpresas de la vida. Alguien que a los veintiocho años fue la Princesa Muerta en el *Orfeo* de Jean Cocteau y que a los

setenta y dos es capaz de ser el rey Lear tiene que ser muy valiente.

Entró en una casa de comidas portuguesa que hacía esquina. La mayoría de los clientes eran obreros de la construcción o mecánicos, se veía en la ropa de trabajo. Le apetecía comer en un sitio así, con el vino servido en jarra, sin embotellar, y con mantel de hule en la mesa. Se sentó junto a una ventana. Y entonces la vio. La vio venir en dirección al local portugués. El error que cometió fue no dejar de mirar. Porque la mayoría de los obreros también miraron hacia ella cuando entró. Algunos la conocerían. En todo caso, no había en ella ningún detalle que llamase la atención, excepto ella misma. Vestía unos botines, unos pantalones y un jersey de colores oscuros, de azul a negro. El pelo muy corto, con canas. Apareció con discreción, pero sus ojos entraron en escena. Era una presencia de mujer en la que la cuestión de estar o no estar sola sobraba. Era una mirada libre, asilvestrada.

Por eso Gabriel Samos cometió el error de mirarla con insistencia. No con intención, sino sin darse cuenta. Ella sí, ella se dio cuenta. Hubo un momento en que le devolvió la mirada con seriedad, mientras encendía un cigarro, quizá para no tener que interpelar a aquel mirón. Y entonces él se avergonzó. En vez de dar un paso adelante, trató de disimular. Sin decir nada, sin mover ninguna pieza, abrió la fosa del intruso.

El Teatro Nacional de Gennevilliers tiene todo el aforo vendido para esa noche y la siguiente. Se representa *La tragedia del rey Lear*. Una mujer, María Casares, hace del legendario rey. Los comentarios críticos están siendo muy elogiosos. Hablan de su energía, de su voz ronca, de su rostro labrado en la intemperie del escenario. Ya había actuado en *El sueño de una noche de verano* y en *Macbeth*. Lear había estado esperándola. Y ahora ella es Lear. El rey llevaba el nombre del dios del mar de los antiguos bretones. María pensaba mucho en términos de naturaleza para un carácter. El mar era fuerte y melancólico, impulsivo y dulce, brutal y amoroso. Para ella, el ideal de la belleza madura era tener el rostro curtido de las gentes del mar de los Finisterres atlánticos. Ya que no podía ser en Galicia, lamentaba no poder vivir en la Bretaña. Pero el teatro era un Finisterre, un venteado cantil. Pasados los setenta años, la talla de su rostro era por fin la de una vieja curtida por el mar.

Entre los libros que la familia se había llevado en el último traslado de Coruña a Madrid, y que la acompañaron al exilio, los volúmenes de las obras de Shakespeare, de Valle-Inclán, de Manuel Curros Enríquez. Éste era el poeta más querido por su padre. Hay un recuerdo que la acompaña a todas partes. No es un espectro que la persigue, sino un lugar hecho de voz al que ella vuelve si lo necesita. La sensación es cálida y extraña. Un exilio dentro de un exilio. Para que se duerma, el padre le recita *Melodía galega*. Le recita unos fragmentos de *Aires d'a miña terra*, unos versos que sabe de memoria, y que no parecen proceder de la misma memoria que juega con los puntos de coturno operísticos, sino de otro rincón, de una profunda cueva.

¿Va otra bicada?

¡Va!

Así le llama a cada estrofa de la melodía, como a la cantidad de comida que el pájaro lleva en el pico para las crías. Desde entonces María piensa que son los versos los que lo recuerdan a él, a Santiago, susurrándoselos junto a su cama, al anochecer. De niña, en la vida de su padre se sucedían períodos de actividad frenética y brutales desfondamientos causados por la enfermedad. Los versos de la *Melodía* equivalen para ella a los rasgos de un rostro que se va configurando mientras se recitan. Esos rasgos contienen el misterio de la vida: lo escondido detrás de los ojos. Como cuando fue a verlo con su madre a la cárcel Modelo de Madrid. Ella tenía ocho años. Él está detenido por formar parte del gobierno clandestino republicano en la época de la dictadura de Berenguer que la monarquía había amparado. Ella lo mira con espanto. Lo que ve es «el fantasma de su padre». Un pellejo abatido por la tisis y el presidio. Todo ha cambiado. Nada hay allí de su cálido hogar. Lo único que se mantiene es lo que está escondido detrás de los ojos. Por eso la melodía no hace el efecto de acunarla, sino que la despierta más, la acompaña en la vigilia. Ahora la melodía recuerda por ella. En cada lugar donde está, donde la necesita. En el *palomar* de la Rue Vaugirard. En La Vergne, la casa de Charente. En la Rue Asseline. En todas las giras artísticas, en todas las soledades que siguen a los éxitos artísticos. Tiene fotos, postales, cartas, pequeños objetos personales que guarda como reliquias o talismanes. Pero nada parecido a esos versos salvados del despojo, de la quema. Algo que ningún tirano o gobernador esbirro puede imaginar. La melodía protegida por la humedad de la boca o, como decía su padre, Santiago, alojada en una esquina del arca occipital. La melodía que habla de la sirena (que tiene el canto), de la serpiente (que tiene el aliento), de Dios (que tiene el infierno).

Ti tés d'abondo
C'o que tés escondido
N-eses teus ollos.^[25]

Shakespeare tuvo la suerte de hacer aquel viaje de Coruña a Madrid cuando al padre lo nombraron ministro. Así salvó la vida. Luego los acompañó en el exilio. Ahora estaba en la estantería principal del apartamento de la Rue Asseline. Necesitaba tener siempre a la altura de la vista, a mano, esos libros. Le gustaba cómo pesaban. Ese peso de las losas, de arcas. Contenían a todos los demás. A todos los libros difuntos de Panadeiras 12. Cuando aceptó representar a Lear, cumplidos ya los setenta años, volvió a leer la obra en uno de los volúmenes rescatados. Fue recorriendo cada línea con el dedo. En Madrid su padre había tenido una secretaria que leía así los libros que amaba, escarbando las palabras con su larga uña esmaltada. El dedo que iba siguiendo el surco de las palabras, como si además de leer con los ojos, leyese también con el tacto. Le había oído a su padre hablar de un amigo comandante que aprendió braille para poder leer en la oscuridad, durante las noches de guerra. Cuando le propusieron encarnar al rey Lear, sintió una confusa alegría. El

mismo sentimiento que le provocaban las tormentas del final del verano, cuando las vigas y los jabalcones del cielo de París ya no podían más. Por fin llegaban las nubes del Atlántico con el mar dentro. Era ella, atención París, que venía con la tormenta en la cabeza. La perturbadora alegría del primer trueno tras la sequía. Habían pasado cincuenta y siete años desde su salida de Madrid hacia el exilio. Lo primero que hizo fue bajar el volumen del estante y leer de nuevo, apoyando los ojos en el raíl del dedo índice, en la larga uña, aquella historia «sucedida en aquellos remotos y oscuros tiempos en que el amor desfallecía, la amistad valía muy poco y los hermanos luchaban entre ellos...». Ahora el dedo se detiene y repica mientras el ceño se pliega y la voz del cuerpo abierto murmura la ironía del narrador que atraviesa los siglos: «Existen serias dudas sobre la veracidad histórica de esta leyenda. Las bajas pasiones que en ella se desatan están absolutamente erradicadas de la humanidad». El dedo se detiene. Sabio William. El mordisco de la ironía. El narrador, con su desmentido, nos pone a todos en guardia. ¿Las bajas pasiones extirpadas de la humanidad? Sí, hombre, sí. María está viendo los rostros del público, ahora sí determinados a creer en la veracidad de la historia y seguros de que allí se va a decir algo que tiene que ver con nuestro tiempo.

¿El público? Ella siempre escoge un rostro. La marca, la llama.

Gabriel está convencido de que lo está mirando. Hay actores que tienen ese método. Que buscan una referencia, un rostro entre el público al que dirigirse. Pero ¿por qué él, justamente él? Está en la tercera fila. Se siente tentado de desviar la mirada. Quizá es una falsa impresión. Quizá la mirada de María Casares tiene adrede esa precisión difusa. Quizá tiene esa capacidad de abarcar al mismo tiempo a todos y cada uno de los rostros del público. Sí, será eso. No. Lo está mirando a él, cuando mira al público. Ahora ya no hay duda. Tiene el paquete sobre los muslos, bajo el gabán doblado. Lo nota. Es un pequeño envoltorio con tres libros y los folios del informe del inspector de Archivos de la Zona Noroeste de 1955, un funcionario que parece puntilloso pero que esconde su nombre. Sólo falta que se agiten, que humeen como un rescoldo. Por la noche, en el hotel, lo estuvo repasando todo. Para la simbólica devolución.

Ella, Lear, lo mira fijamente: «Tú eres el propio ser. El hombre puro no es más que un pobre animal, desnudo y en pie como tú. ¡Fuera harapos! Ven, desnúdame».

Aquella noche, al salir del teatro de Gennevilliers, a María Casares le entregaron algunas cartas y notas de espectadores. Y también un paquete. Podría decir que tuvo un presentimiento, pero no le dio tiempo a darle forma. Lo primero que vio, en letras grandes, fue el remite. Panadeiras 12. Y un dibujo de la *Coccinella septempunctata* a modo de sello.

El trabajador de la eternidad

¡Tiene visita, Francisco!, dijo Afrodita desde la puerta. Ella y el celador conducían una cama con ruedas que colocaron en la mitad libre de la habitación. Polca lo veía todo en grandes manchas que tendían a una claridad difusa, justo la idea contraria que siempre tuvo de la ceguera, la de la entrada en una penumbra cada vez más oscura y sin retorno. Lo que percibió de su nuevo compañero de hospital era una cabeza blanca y nada más. Después Afrodita, como él llamaba a la enfermera, aquella mujer que tenía la belleza de ser alegre y amable, corrió una cortina entre las dos camas, buscando el efecto de crear dos compartimentos en la habitación.

Es una autoridad, le dijo por lo bajo la enfermera a Polca. Un juez. También le ha dado un infarto. Viene de Cuidados Intensivos. Pronto nos lo llevaremos a una habitación individual. Es de los que tienen vara alta. Viene enchufado por el dedo de Dios.

Polca se quedó callado después de esa confidencia, pero cuando la enfermera se despidió, le dijo en voz alta: ¡Si hace falta un enterrador, ya sabéis dónde estoy, guapa! ¡Un trabajador para la eternidad!

Se quedó con la duda de si el gesto que hizo la enfermera desde la puerta era de despedida u otro tipo de mensaje. Le pareció, eso sí, que sonreía.

¿Por qué ha dicho eso?

A Polca le sorprendió que el hombre de detrás de la cortina se pusiese enseguida a hablar. De hecho, él había caído en un sopor de media tarde. Estaba intentando coser los jirones de manchas blancas y grises. Tener en orden aquellos jirones para cuando llegase su hija. Tanto tiempo sin contarle que había ido perdiendo la vista. Que ya no podía leer. Enterrar, tampoco enterraba ya. O, por lo menos, no era él quien cavaba y echaba las paladas de tierra o sellaba los nichos. Cuando se lo pedían, sí que tocaba la gaita. Una marcha. *A nai*, o la del *Antiguo Reino de Galicia*, o la de *San Benito*, o la de *Laiño*, esa que tanto le gustaba, pues siempre sonaba bien, fuese para cuna o ataúd. Por la noche, escuchaba la radio. Era lo que más le gustaba. Mover el dial y oír las emisoras en lenguas extranjeras. Lo bien que suenan todas las palabras cuando no se entienden. La electricidad animal. Ya casi no podía leer, pero a veces abría el zurrón y tenía los libros en sus manos. También sentía su electricidad. Se acordaba de Joan Sert, el compañero de presidio, el arquitecto catalán que había huido con un pasaporte portugués y que había estudiado braille para poder leer por la noche. Ahora él imitaba ese movimiento. No sabía braille, pero se lo podía imaginar. Los dedos seguían un relieve, una geografía en el papel. Sentía la excitación, el erizarse de las palabras bajo la yema de los dedos. Podía decir de corrido todo el libro del hombre invisible.

¿Decir qué?

Lo de trabajar para la eternidad.

Soy sepulturero, señor.

Eso es de Shakespeare, sentenció el juez. ¡Lo sabe cualquiera!

La materia que ni se crea ni se destruye, sólo se transforma.

¡Eso es una tontería!

Aquella reacción fue como decretar un silencio y Polca acató la orden casi con agrado. Tenía mucho que hacer, de que ocuparse, como para dedicarse a bajarle los humos a un hombre airado. Él, en el camino de vuelta, en el repaso de la vida, estaba discutiendo con el cura. Puestos a recordar, era el único episodio histórico del que había salido triunfal. Tenía que convencerlo de que él, Polca, podía ser enterrador. De que lo iba a hacer bien. No lo querían en las obras, ni en la Central Lechera, ni en la Coca-Cola. Un cojo que se hace viejo y con los Antecedentes auestas. Ahí sí que podía decirse que el sol le había pasado por la puerta. El hormiguero le iba subiendo por las piernas, ocupando todo el cuerpo, sobre todo en invierno. Olinda, venga a acarrear lotes de ropa. Él tenía que llevar algo de dinero a casa. Estaba cojo, había sido una víctima. Pero no tenía la condición de tal. Ex combatientes eran los vencedores. Él era sólo uno que había estado preso, uno que Algo Haría. Los que le imputaban esa oscura identidad, Algo Haría, no tenían ni idea de lo que realmente había hecho. Del secreto que compartía con Olinda. No podían ni imaginar que ambos hubiesen sido capaces de ayudar a descarrilar convoyes cargados de wolframio, de hundir barcos con el mineral destinado a las fábricas de armamento nazi. Algo haría. Claro que hice. Más de lo que piensan. Ahora tenía que convencer al cura de que él servía para el trabajo de enterrador. Estaba en esa parte de su memoria. El cura disculpándose, eso era un paso histórico, disculpándose por lo de Ó, por obligarla a contar una por una las 666 castañas, el número del demonio. Que él era irritable y algo calvo, decía el cura, pero no tanto como el profeta vengativo del que hablaba la Biblia. Cuando se pusieron a discutir lo de la boda de Caná. Lo del primer milagro de Cristo. Lo del vino. Se sabía el Evangelio de memoria, palabra por palabra, como la santa misa en latín. Porque a él siempre le había interesado mucho ese capítulo. Ahí había algo muy seductor. Un misterio. Era tan atrayente lo que se decía como lo que se callaba. Cristo no quería hacer su primer milagro. Pero tuvo que comprometerse. Fue un asunto de familia, un empeño de su madre, de María, para salvar la honra de los parientes. ¿A ti qué más te da?, le decía su madre a Jesús. Sácanos de este apuro. Una boda sin vino, ¿dónde se ha visto? ¡Qué dirá la gente! Estos tacaños, que cuentan las habas, que no le dan ni los huesos al perro. María tenía razón. Ella conocía el percal. Pero yo creo que Cristo siempre estuvo un poco resentido con su madre por tener que hacer aquella cacicada de transformar en vino el agua.

Un refunfuñar atravesó la cortina del hombre oculto. El hombre oculto daba por interrumpido el silencio. Era un refunfuñar conciliador.

Eso que dijo antes fue, claro está, un brindis por Shakespeare. Lo celebro. En alguna parte tenía que estar la cultura. Yo me preguntaba dónde y aquí está, en el hospital. En Cuidados Intensivos.

El corazón bombeando de nuevo. En algunos infartados, le había dicho Afrodita,

se produce esa reacción exultante. Una falsa sensación de poder. El cuerpo regado, pletórico. Gente reservada que de repente suelta la lengua. Sí, de repente, aquel protestón se había vuelto efusivo. Extremadamente amable. Qué maravilla, dijo el hombre oculto, encontrarse con alguien que conoce de verdad las Sagradas Escrituras.

A él se le ha soltado y a mí se me ha trabado un poco, le había dicho Polca a la enfermera. Tenías que verme en mis buenos tiempos. *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis...*

Usted pasaría por un buen Santo Padre, señor Francisco.

Polca, guapa. De joven todos me llamaban Polca. Y de Papa ya hice. En Carnaval. No soy mártir de milagro.

A eso se quería referir ella, de alguna manera. Los médicos estaban asombrados de lo que encontraron en su corazón. En el corazón de Polca. No era un caso de esos de recuperación exultante. Iba despacio. Despacito. Lo increíble era que hubiese resistido hasta ahora. Además, tenía otras complicaciones. Él ya sabía que tenía otras complicaciones. Lo de su corazón, no obstante, era sorprendente. Un caso clínico.

Yo no quiero ser ningún caso, dijo desconfiado. ¿Qué le pasa a mi corazón?

Su corazón es un libro, dijo Afrodita. Antes de éste, ha tenido dos infartos. Se ve en las cicatrices. Los doctores no se explican cómo ha salido adelante sin atención médica. ¿Usted no se acuerda? Tuvo que sentir cómo se le iba el hilo de la vida.

Alguna vez sí que se me olvidó respirar, sí.

¿Y qué hizo entonces?

Tirar del aliento. Tuve que tirar del aliento. Y sacarme las herraduras de la muerte.

¿Así que eso estaba escrito en el corazón? Cuando lo de los libros, sintió durante días el brazo derecho dormido. Estaba desgano, renitente. Se acordó de lo que decía Holando, siempre jugando con las palabras. Decía que trabajo venía de *tripalium*, del instrumento que se utilizaba para sujetar los caballos cuando se herraban. Él había sentido entonces ese tormento. Pero ¿quién iba a distinguir lo que pasaba en el cuerpo y fuera del cuerpo? Él no se quejaba nunca. Igual que tenía mucho miedo a tener miedo, la posibilidad de quejarse le producía tanta desazón que le hacía reír. Había oído hablar de la tiroides, de la glándula que hace o no crecer. Quizá a él le hacía reír. Aquella vez, sí, se había olvidado de respirar. Se dio cuenta a tiempo. La piel ya le había cambiado de color. Y todo a su alrededor había cobrado una iluminación de arbol, a punto de apagarse. La otra situación en que se olvidó de respirar fue cuando lo de las hormigas. Tenía mucha fiebre. Estaba convencido de estar bajo tierra. Las hormigas entraban por las heridas de las balas, pero también por todos los otros orificios del cuerpo. Alguna vez había tenido la pesadilla de que le entraban insectos en el cuerpo. Las primeras en acudir eran las moscas de la muerte, a poner huevos de los que salían larvas, etcétera. El cuerpo era un lugar de conquista. Pero en otra ocasión, las hormigas entraban muy laboriosas, cargadas de semillas, de

briznas, de migas de pan. Una hormiga traía una gota de sangre de pato. Otra, la cabeza de una cerilla con anilina encarnada. Y venían grupos con cosas aún más grandes. Con un grillo que insistían en meterle por la boca. Con fragmentos de la novela del hombre invisible. Su cuerpo iba a ser un depósito. Vaya, hombre. Hasta que se acordó de respirar. ¿Así que todo eso estaba escrito en el corazón?

Y dale. Era insistente. Polca le dejó hablar.

Hay quien se queda solamente con la imagen del gran genio de la comedia y la tragedia, o con la manera en que desbrava las pasiones, pero a mí me fascina como cronista del poder en acción. Cada frase tiene por sí misma un poder decisorio. Debo reconocer que, incluso en lo referido a la reflexión sobre el poder, el admirado Maquiavelo se queda como un abogado de pleitos pobres ante la regia musculatura de su amigo.

Yo enterré más libros de los que he leído, dijo finalmente Polca, sin asomo de ironía. Enigmático.

¿Libros? Extraña clase de enterrador es usted.

Ahora había una evidente agitación en el hablar del hombre de detrás de la cortina.

Sí, señor. Ésa fue la primera vez que hice de enterrador. Mi escuela, por decirlo así. Enterré libros. La mayor parte eran libros muertos. Quemados hasta su cerne. Llevaban ya dos días ardiendo. Pero alguno aún estaba vivo. Aún bullía. Le echabas tierra encima y, al poco, brotaban puntas de hojas retorcidas como abrojos. Una lástima. Y mire que allí, los de aquella faena, éramos jornaleros, la mayoría gente con ninguna o muy poca escuela. Fue entonces la primera vez que alguno de ellos abrió un libro. Sí, señor, fue algo horroroso, *una gota de sangre de pato*.

Y le salió aquel estribillo de cuando estaba incomodado, el tic de tenerle miedo al miedo, aquella frase que se había convertido para él, a lo largo de su vida, en la expresión de lo indescriptible.

Sí, señor, *una gota de sangre de pato*.

El enfermo oculto, el hombre de detrás de la cortina, se quedó un rato callado, pero no exactamente en silencio. Hacía ruido con el cuerpo, en un lenguaje de malestar. Parecía que estaba intentando ponerse en pie. Ambos habían pasado por Urgencias, donde el tiempo se distanciaba de los cuerpos, después por la Unidad de Cuidados Intensivos, donde el tiempo se movía alrededor, flotante, los aparatos clínicos emitiendo sonidos submarinos. Ahora el tiempo era un tiempo de suero, que retornaba a su cuerpo gota a gota. Hablaba muy seguido, a borbotones. Con ese estribillo delirante de la sangre de pato. Quiso ridiculizarlo a cuenta de Shakespeare. No obstante, salió airoso. Era un hombre poco ordinario. Del pueblo, pensó el juez, pero no vulgar.

¿Qué libros, qué libros eran esos que enterró?

De todo. Había de todo. Fue cuando empezó la guerra. Aquí mismo, en esta

ciudad. A mucha gente le parece raro. Yo hay cosas que ya no cuento. Para no pasar por loco. A éste le falta un tornillo, eso dicen. Sí, señor, *una gota de sangre de pato*. Incluso había un libro en el escudo de la ciudad. ¿Sabe? El escudo de la ciudad es el faro. Pues encima del faro había un libro. Ese libro también lo quitaron y ya no ha vuelto. Ya no ha vuelto al escudo. Como si ardiesen también en la piedra, en el bronce. Usted tampoco es joven. Usted también oiría hablar de esto. De que quemaron los libros.

No, mintió el juez. Yo por aquel entonces no estaba aquí. Escuche. A mí me interesan mucho los libros. Y cuando digo mucho, no se imagina cuánto. Le juro que ya hay pocas cosas en la vida que me interesen más que los libros. Quizá usted me pueda ayudar.

Ya le he dicho que no soy hombre de libros.

Hábleme de los que enterró. Tiene que acordarse de algunos títulos. Haga un esfuerzo. Recuerde.

Recuerda, sí. Las letras componiendo aquella sámara de pino pairando sobre las cenizas. Aquel trozo. Aquella oblea. *Una gota de sangre de pato*. El escalofrío. Las uñas, los huesos, las vísceras de los libros. Un olor inconfundible que no se va de la nariz.

Ardieron montones de libros. Bibliotecas enteras. Las mejores. Las de los ateneos. La de Germinal. La de Casares Quiroga. ¿Usted oiría hablar del señor Casares? Incluso quisieron arrancar la hoja de su nacimiento del registro civil. A muchas personas les pasó lo que al libro del escudo. Que las borrarón.

Escuche lo que le pregunto. ¿Qué libros eran aquellos que se retorcían cuando los estaban enterrando? Los libros que le llamaron la atención.

Polca podía sentir en la nariz el olor a humo de aquel día. Eirís tenía razón. Era como estar en la boca del infierno. La biblioteca de Germinal ardió entera. Era muy buena, la de Germinal. Porque había cosas de mucha cultura, pero también prácticas. Debería explicárselo al hombre de detrás de la cortina, pero empezaba a no gustarle la manera que tenía de preguntar. Aquella impaciencia. Él, Polca, estaba cavando en el tiempo, rastrillando montones de tiempo. Estaba recordando y sintiendo a la vez. No quería perder ese compás. En Germinal había libros para los oficios, para modernizarse en una profesión. La mayoría de los que entraban allí eran trabajadores. En esta ciudad la elegancia y la cultura eran un estilo popular. Por lo general, la gente de dinero era muy zafia. No, Olinda, tranquila, eso no se lo voy a decir. Hay que ser prudente, tienes razón. Nunca sabe uno con quién está hablando.

Sí, señor, la materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma. Eso me lo enseñó a mí un joven boxeador llamado Arturo da Silva. Se ganaba la vida como fontanero. A mí esa idea me hizo mucho bien, me fue muy útil. Una cosa tan sencilla, cuánta verdad contiene. ¿No le parece?

La primera vez que entré en Germinal, Holando me dijo que para pedir un libro

tenía que dirigirme a Minerva. ¿Minerva? Sí, la bibliotecaria. A veces andaba con esas fantasías líricas para esconder la timidez. Ésa es Afrodita, esa otra Atenea. Y acababan riéndose de mí, que si me faltaba un hervor, etcétera. Llámala Minerva, insistió Holando. Allá me fui yo, con mi papelito. Disculpa, Minerva... Y ahora, pensé, ella me va a mirar con sorna, y a decir en alto, con voz ronca, porque tenía la voz algo ronca: ¿A ti también te falta un hervor? Pero no dijo nada. Leyó el papelito: *Galvani y la electricidad animal*. Holando y los demás se echaron a reír. Menudo chiste. ¿Y qué? Podía leer otra cosa. Pero me llamó la atención ése. No sé por qué. O sí. Una vez, de niño, vi cómo mi madre le cortaba el pescuezo a un pato. Ella era la que tenía valor para hacer eso, para matar los animales con sus manos. Mi padre era fuerte como un roble, pero no era capaz de hacerlo. No era capaz de matar un ratón. Es más. Una vez se encontró con un ratón en la escalera y lanzó tal grito que el animal murió del susto. Así que ahí está mi madre, remangada, sujetando el pato. Le corta el pescuezo. Algo pasa que el animal se suelta y se echa a volar por encima de nosotros sin cabeza. Mi madre me explicó: Tenía dentro mucha electricidad. Le estoy contando la historia a Minerva y ella parece muy afectada. No se debería matar a los animales para comer, dice. Eso pienso yo. Eso pensamos. El otro día leímos los diez mandamientos del naturismo. ¿Que quién los leyó? Holando. Holando es el que sabe. Se acerca Holando. Y se pone a hablar con Minerva, encantado, claro. Ella estaba trabajando en un nuevo diccionario. Un diccionario de valor de uso, dijo. Iba a hacerlo por familias de palabras. Qué bonito, pensé. Familias de palabras. Holando fue uno de los primeros que mataron los fascistas. Lo mataron con el campeón de Galicia. Fueron a por los mejores.

Abrevie. ¿Los libros? ¿Qué fue de los libros?

Qué cosa fantástica es la electricidad. Usted tiene electricidad. Un árbol tiene electricidad. Cuando la vida se agota, es que la electricidad se va por la toma de tierra. También ardería ese libro, el de *Galvani y la electricidad animal*. Yo aún lo busqué, entre la carne muerta.

¿La carne?

Los restos. Los despojos de los libros. Desprendían un olor a carne muerta.

Los habría encuadernados en cuero. Sería por el cuero.

Sería. Fue ahí mismo. A poca distancia. En la Dársena y en la plaza de María Pita. Muchos libros acarrearón para quemar. Las hogueras ardieron durante dos días enteros. Y coincidió que yo trabajaba de operario en los jardines y me metieron en la cuadrilla que iba a recoger las cenizas. Eso fue en verano. El mes de agosto. El 19 de agosto. Hay cosas que no se olvidan. Aún me temblequea el cuerpo con aquel demonio de camión, aún me parece que no se me ha pasado del todo aquel castañetear de dientes. Estaba el suelo cubierto de cenizas, pero también había unos cuantos a medio quemar. El camión tuvo que hacer varios viajes. Los fuimos a enterrar a un vertedero que había detrás de San Amaro, en el Campo de la Rata. Trabajábamos con rastrillos y era como arañar la piel, abrir las carnes. Hubo gente

que vomitó, que echó las tripas. Después de tapparlos, bajo los pies, yo notaba cómo bullían. Eché tierra, y terrones, apreté todo lo que pude, pero aun así, debajo de los zapatones, notaba los huesos. A mí, después de aquello, me despidieron. Dicen que estaba en una lista por ser del sindicato. La cosa no acabó ahí. Aún me vinieron a prender medio año más tarde. Yo ya me había casado y mi mujer estaba a punto de dar a luz. ¡Aquello era un belén!

Polca esperaba que el otro se riese de la ironía. El relato ya era lo suficientemente triste. Pero aquel hombre no tenía mucho humor. Carraspeó y preguntó: ¿No había ningún libro del Nuevo Testamento? Eso no se olvida así como así.

Era como pisar huesos, sí. El caso es que a mí después me llevaron preso. ¿Sabe por qué? Por tocar. Le parecerá poco serio. Pues no. Fue así, por tocar música. Apareció una denuncia de que yo iba a tocar en una excursión del sindicato. Los ateneos habían organizado un tren especial para ir a la fiesta de los Caneiros de Betanzos. A la fiesta río arriba. Tocaba para el sindicato, pero también había tocado para la fiesta del Carmen. Mire, hay una pieza que vale igual para una boda, un bautizo, un funeral, una marcha del sindicato o la procesión. Pero ese tren nunca salió. Si hubiera salido, habría ido vacío. ¿Entiende? Igual que si hubieran ido pidiendo el billete. En poco tiempo los prendieron a todos. Y a los que no huyeron, los mataron. Yo aún tuve suerte. Primero estuve preso y luego me mandaron a penar a un campo de trabajo, a una mina de wolframio. Era un esclavo, pero eso no era lo peor. ¿Sabe qué era lo peor? Que cuando arrancabas aquel mineral sabías que era para cebar al monstruo. ¿Entiende lo que quiero decir? ¿Lo entiende o no?

Disculpe, dijo el hombre de detrás de la cortina. Su relato tiene mucho interés. Estaba pensando en los libros. En el día que enterraron los libros. Usted dijo que algunos aún estaban vivos.

Una manera de hablar. Las cenizas eran cenizas. Pero había algunos que estaban casi enteros.

Por decirlo así, pedían una mano.

Sí. Puede decirse así.

Entonces usted se llevó alguno.

Te podían matar por hacer eso.

Aun así, se los llevó. Usted se llevó alguno de esos libros. Había uno. Unas Sagradas Escrituras dedicadas a Antonio de la Trava, el Valiente de Finisterre.

¿El Valiente de Finisterre? No, no me llevé ningún libro.

No lo podía evitar. Sentía piedad. Lo estoy viendo. Usted es una buena persona. Sintió piedad de ese libro y lo escondió. Se lo metió debajo de la camisa. ¿Fue así o no?

No hice nada. No me llevé nada. Los enterré todos. También los de las hojas retorcidas.

Seguro que se guardó alguno. Seguro que lo conserva. Confíe en mí. Puedo pagarle una fortuna por ese libro.

Polca tanteó por la pared, buscando el interruptor. Encontró la pera del timbre y llamó con insistencia.

A ver, señor Francisco. ¿Qué quiere ahora?

Afrodita, ¿cuándo se come aquí?

Aún no te he contado lo mejor, hija. ¿Sabes lo que pasó después? Él pareció tranquilizarse cuando entró la enfermera. Enseguida vinieron con el reparto de la comida. Había merluza con guisantes y patatas. Y luego un yogur. Ya sabes lo que pienso yo del yogur, pues aun así me lo comí. Porque él no comió nada. Estaba a lo suyo. Cavilando. Yo bien que oía el sonido de sus cavilaciones. Te juro que se oía el conspirar dentro de su cabeza como esos silbidos de las máquinas clínicas. Vaya si conozco ese ruido. Es el chirriar de la gente atravesada.

Allá él si no comía. Yo ya puedo estar a la muerte que no dejo los guisantes en el plato. Que aproveche, dije. Y me fui quedando dormido. Era una manera de acabar la historia. Pero cuando desperté, él estaba allí. No en su cama. Estaba allí, levantado. Agarrado a los hierros del pie de la cama. Mirándome fijamente. Alto y robusto. Todo trajeado.

¿Trajeado?

Bah. Se puso una bata muy señorial, con cuello de terciopelo, por los hombros, por encima del pijama. ¡Carajo! Parecía el general Primo de Rivera. Los ojos con la luz de aquel que hacía de Drácula, que hasta quemó la pantalla del cine Hércules, dejó dos agujeros como quemaduras de cigarro. Lo primero que hice fue cerrar los ojos. Más que nada por calmar el corazón. Ojos que no ven, corazón que no siente. Tenía que pensar. Y pensé que a ese hombre lo conocía de algo. No era de nuestra clase. No había intemperie en la piel de su cara ni en la de sus manos. Pero él volvió con su retórica.

Puedo ofrecerle una fortuna por ese libro.

Te juro que tenía la misma luz de ojos que aquel del cine, Bela Lugosi. Se estaba convirtiendo en una pesadilla.

No tiene por qué preocuparse de nada. Nadie lo sabrá. Le haré una copia exacta, un facsímil. Para usted será como tener el original. Y además, un montón de dinero. Lo que me pida.

Déjeme pensarlo, dije. Creí que eso lo calmaría, pero todo lo contrario. Aquel hombre era un caballo. Desde luego, no nos había tratado el mismo médico. Se acercó, ahora emocionado, y me cogió de las manos. Era una mirada, cómo te diría, eucarística.

Entonces, ¿tiene el libro del Valiente de Finisterre?

Yo le dije: Sí, señor. Ése sí que lo tengo.

¿El Nuevo Testamento, el de Borrow?, insistió él.

El mismo. Ese mismo.

¡Me lo tiene que vender!

Ya hablaremos.

¿Hablaremos?

Hablaremos. Ahora necesito dormir.

¿Qué le iba a decir, Ó? Estaba loco. Me hacía daño mirarlo. Me rompía la cabeza. La verdad, dijo Ó. Podías decirle la verdad. Y salías del apuro. Que tenías el otro libro, el de Eliseo, como tú dices.

No. Eso no se lo podía decir.

¿Por qué, padre? ¿Por qué no se lo ibas a decir?

Eso es cosa mía. El libro de Eliseo Reclus tengo que devolverlo.

Ó ya había hablado de eso con él hacía mucho tiempo. Entonces se convirtió en depositaria de un secreto, pero no podía imaginar que él aún cargase con semejante culpa.

¿A quién se lo vas a devolver, padre? Ese libro es tuyo. Es más tuyo que de nadie.

Alguien andará por ahí. Alguien tendrá la llave. Quizá aquella Minerva. Las mujeres viven más que los hombres. Y son más detallistas al guardar.

Si ese tipo está tan loco, a lo mejor aún vuelve a marearte. Le hubieses dicho lo de *El hombre invisible*. Una verdad.

¿Para qué? La verdad no la quería oír. Me mataría allí mismo. Yo ya me di cuenta de que era capaz de hacer cualquier barbaridad por un libro. Incluso por las Sagradas Escrituras, fíjate, era capaz de matar.

Las picotas

Sentado en la terraza del café Dársena, las cosas entran y salen de su vaso lleno de ámbar y piedras de hielo. Por ejemplo, está convencido de que la nube de estorninos que dibujan un ave protectora en el cielo, un ave en trama de puntos de viñeta pop, no estaba antes. Decide contarlos. A ojo, cien mil. Tampoco estaba antes el títere que se pone a su altura, a la altura de sus ojos.

Leica se remueve en la silla. Es un hombre que no quiere saber nada de nadie que no sean las personas que entran y salen de su vaso. Ya no discute con los clientes. Hoy mismo ha estado simpático. Una mujer que vino al estudio. El timbre lo ponía nervioso, le provocaba una perturbación especial, primero se inquietaba, ¿quién será?, ¿por qué la gente sigue queriendo retratarse?

¿Qué quiere?

Vengo a hacerme un retrato.

¿Por qué?

Eso. ¿Por qué? ¿No veían venir la catástrofe? ¿No eran conscientes de la fealdad estructural del mundo? No. ¡Eran optimistas! Lo suficientemente optimistas como para hacerse un retrato inmortal.

Pero él había ido cambiando. Pasó años horribles intentando deshacerse de sí mismo. Decía que tenía miedo de su propio cuerpo, y que por eso no se atrevía a un acto de destrucción. A saber, pensaba Leica, cómo responderá esa bestia. Tanto que lo odiaba, tan harto que estaba de él, de esa carcasa que lo aguantaba, y tanto miedo que le tenía. Imaginaba la nariz como un caño de sangre vertiendo. Qué forma ridícula de morir, vaciarse como un tonel. La pesadilla de pisar la propia sangre e ir por ahí, como un espectro, dejando huellas de aspecto acrílico en las aceras. Pero él se consumía por no ser. De vez en cuando, algún estudioso de la cultura local hablaba de un existencialismo coruñés. A Coruña, a pesar de los tiempos de persecución, mantuvo el pulso internacional, la sístole y la diástole de las vanguardias, etcétera, etcétera, y cuando tenía que haber existencialismo, pues hubo existencialismo. Y entre ellos, el fotógrafo Leica, nuestro Robert Doisneau, nuestro Henri Cartier-Bresson. ¡Qué vergüenza! Ni siquiera se habían preocupado de saber si estaba vivo, si de verdad había existido alguna vez. Sólo el egoísmo de las células, la obstinación irracional de los órganos, el funcionamiento contumaz del sistema respiratorio, explicaban su presencia inoportuna en este mundo.

¿Por qué el qué?, respondió la mujer. Su tono de voz le hacía juego con los ojos y su mirada era más bien divertida.

¿Por qué quiere retratarse?

Leica casi siempre conseguía su propósito. Que la persona interesada en retratarse lanzase una mirada inquieta al estudio, asaltada por la idea de que quizá se había metido en la tapadera de un psicópata asesino. Aquel viejo telón de fondo con el motivo del faro había ido adquiriendo tonalidades sombrías, llenándose de

nubarrones. Allí había una tormenta atrapada. Y después aquel aeroplano de madera. El asiento tenía todo el aspecto de no servir para sentarse, sino para denunciar la ausencia de los niños que allí se habían sentado. Y todas las herramientas. Las cámaras.

Estoy acatarrada. Debo de tener la nariz como un pimiento. Eso tiene arreglo, ¿verdad?

No hace falta. Usted tiene una nariz...

La miró. Estaba asustado con algo que ocurría en su boca.

Griega, dijo finalmente. Clásica.

¿Como la de esas estatuas que no tienen nariz?

Rieron. Y él volvió a respirar. Antes, en cualquier otra ocasión, se habría puesto furioso ante la insinuación de retocar una foto. En ese caso, trataba a los clientes sin contemplaciones. Si quiere salir guapa, gritaba indignado, vaya usted a un cirujano... ¡o a Foto Mago! Pero ahora, era cierto, algo le sucedía en la boca.

Disculpe. Será mejor que hagamos ese retrato cuanto antes, dijo con una repentina premura. Tengo que salir. Tengo que fotografiar una boda.

¿Una boda?

¿Por qué se reía? Todo le parecía divertido. Debía de tener alrededor de cincuenta años, aunque era difícil saberlo. El pelo rizado, cuerpo de nadadora. Era lo que el pintor Sada llamaba una edad náutica. Contracorriente. Eres tú quien avanza en el tiempo, no él en ti.

¿Una boda a estas horas?

Y aun más tarde. Ahora la gente se casa de noche.

Y con alevosía.

Él se echó a reír con la salida de la mujer. La boca. ¿Qué le pasaba en la boca? Tragó saliva. Tenía un sabor extraño, de hierba. Reparó en que llevaba mucho tiempo sin hablar.

Le pidió que se colocase en la tarima, con el fondo del faro de Hércules. Había una mesita con una planta, una begonia que también, de forma milagrosa, avanzaba en el tiempo y no al revés. Ella, como por instinto, buscó la proximidad de la planta. Ahora él estaba preocupándose del rostro. De la luz en el rostro. Ya no estaba pendiente del cuerpo de la nadadora. Ya se había olvidado de la broma: iba a preguntarle si era una de las Esther Williams del Club del Mar. Veía su cara fuera del agua. Sus rizos entrelazados con las algas.

Era de una belleza intolerable. ¿Cuándo y dónde había leído eso? Pensaba que el alcohol era como una lejía para la memoria. Que lo iría borrando todo. La imaginación. Los sueños. La cultura. Las tonterías.

La boca. Eso era. Algo en la boca que le sabía a alga. ¡Bah!

¿Para qué quiere hacerse un retrato de éstos? Yo no trabajo a color, ¿sabe? Pinto la foto. Después no me venga con que no le gusta.

Ella calló durante un tiempo y lo miró fijamente. Era la retratada la que estaba

estudiando las faltas de luz en el rostro del retratista.

Hace muchos años que paso por aquí. Siempre he pensado que un día tenía que hacerme un retrato. Uno de esos retratos pintados. Hoy me ha ocurrido algo extraño. Pensé que el estudio estaría cerrado. Que usted ya no existía.

¿Y dices que pasas por aquí todos los días?

Todos los días. Soy la de la frutería. Usted venía antes a por picotas. Hace años, al principio del verano, siempre compraba un cucurucho de picotas.

Es que son un poco más duras que las cerezas. Por eso me gustan. Porque son un poco más duras que las cerezas.

Claro.

Y no tienen rabo.

No.

¿Por qué no tienen rabo las picotas?

Ya se lo he explicado mil veces, señor Leica.

¿Ya me lo ha explicado?

Sí. Cada vez que compraba un cucurucho de picotas. No tienen rabo porque se sueltan de él al cogerlas en el árbol. Como los lagartos.

Él se movía, inquieto, mirando a todas partes, intentando encontrar un recuerdo, pero sin dejar de mirarla a ella.

¡La memoria! Mi memoria, como la picota, no tiene rabo. ¡Un momento!

Ahora acertó con la iluminación necesaria. Había una falta de luz muy leve. Allí estaba, en el antiguo colgador, el cuerpo que la tenía. Que la había guardado.

Ponte esto, por favor.

Y ella se colocó el chal azul noche sobre los hombros. Apoyó los brazos en un movimiento a un tiempo de sujeción y protección. Detrás de ella se puso en acción la atrapada tormenta.

¿Todos los días?

Antes. Casi todos.

Sentado en la terraza del café bar Dársena. Mira hacia la cámara. No soporta la mirada de la cámara porque le dice las verdades. Es consciente de que las mejores fotografías fueron decisión de ella. Para oír mejor a la cámara tiene que tomarla entre sus manos. Parece que está fotografiando barcos, pero no. Está oyendo a la cámara. Y a ver lo que dice, de qué le habla.

¿Cómo dejaste escapar aquellas fotos?

No empieces otra vez. ¿Qué iba a hacer?

Las fotos de los amigos muertos. Tenías que guardar aquella película como en un peto de ánimas.

Tú ya sabes cómo fue. Andaban detrás de las otras fotos y estaban mezcladas con éstas. Estaban las fotos de los amigos, el día del Ara Solis, y también las de la quema de libros. Estaban en el mismo rollo. Era demasiada presión. Andar con ellas era como tener una bala en la sien.

Él fija los ojos en el vaso. Ve el reflejo del títere.

¿Quiere que le cuente un chiste, señor?

No.

Iba a decir: No me gustan los chistes ni los chistosos. Aborrezco los chistes y a los chistosos. Calló. Podría hablar, pero había renunciado por completo al arte de la conversación. No le pareció razonable darle una explicación a un chisgarabís. Por otra parte, le daba pereza levantar la vista para observar al portador. De tener que hablar, mejor con el títere.

¿No ha visto pasar por aquí un boomerang, señor?

No. Hoy no.

Gracias, señor, dijo el muñeco. ¿Sabe que tiene la farmacia abierta? *Y el peso de la daga silenciosa*^[26].

Se miró la bragueta. Era cierto. Estaba desabrochada.

Gracias. Muchas gracias.

De nada, señor. Aquí Pinzón, para servirle.

Se marchó. Ahora lo sentía. Realmente era un títere interesante. Agudo. Y nada pesado. Volvió al vaso. Quién sabe. Tal vez, si lo siguiese, llegaría a una ciudad más allá del mar. Andarían y andarían por las calles hasta que, de repente, el títere lo movería a él. Sería él quien estaría sostenido por hilos. Detenidos ante un edificio en el que figura un rótulo de la tienda Invisible Remedy. Le diría: Ahora, Leica, levanta la cabeza. Mira allí, en el tercer piso, en aquella ventana. Es ella.

¡No puede ser! ¡No veo nada!

No me seas pendejo, boludo, pánfilo, Leica. ¡Es ella!

Sentado en la terraza del café bar Dársena, los ojos metidos en el vaso de ámbar. Fotos líquidas. Quien pasa ahora es Curtis con el caballo Carirí. A Leica le resultan conocidos, pero no sabe muy bien por qué. Deben de venir de la parte de la Torre, del faro de Hércules. A veces piensa que esa gente que baja de Monte Alto son seres anfibios y aéreos. Se detienen. El fotógrafo ambulante lo saluda con afecto. Qué bien esos seres que saludan con alegría y pasan de largo. Dejan una estela en el ámbar y ya está. Adiós, amigo. Adiós, caballo. Adiós.

A ti, sí

Hoy no nos leerá un fragmento de *El hombre invisible*, como hace casi todas las noches. Hoy llegará tarde. Vete tú a saber a qué hora llegará. Después de los entierros los hombres suelen invitarlo. Y él tiene que ir. Dice que es parte del oficio, lo de brindar por las almas. Darles un último empujón.

Él tiene su propio brindis de taberna: La materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma. Lo dice siempre, con sentimiento, y los familiares del difunto lo agradecen mucho porque suena convincente. Científico. Como un Mandamiento. ¿Echamos otro trago?

Eso es lo que dice también cuando Olinda le reprende por beber demasiado.

¡Cómo vienes!

Dice: La materia no se crea ni se destruye, Corazón, sólo se transforma.

Cuando Polca bebe de más, después de un entierro, le hace himnos a todo. Eso se nota, lo de venir borracho, en la manera de abrir la puerta. Hoy tenemos, como diría él, una prueba científica, porque al abrir la puerta, que es de doble hoja, golpeó la parte de arriba contra la pared. Y él siempre dice que hay que abrir la puerta despacio para que la hoja de arriba no golpee la pared, que estropea la pintura. Pinche lo hace sufrir cada vez que golpea al entrar. Así que cuando es él quien abre la puerta y se va de un golpe, Olinda y yo ya sabemos que Polca, para disimular, se va a poner a dar vivas, viva la electricidad, viva el pan de Carballo, vivan las hojas de bacalao y la coliflor, viva el silbato del paraguero del universo, y cosas así, y después a cantar que *o pousar da avelaíña é moi bonito pousar*. Hace un alto en nuestra habitación, con la esperanza de que Olinda se vuelva a dormir y se olvide de su hombre invisible. Se sienta junto a mi cama y me susurra el estribillo: *até que atopa unha flor nunca se quer apousar*^[27].

Canta la de las hojas de otoño.

Ya no son horas de cantar, grita Olinda desde la cama.

Le gusta mucho esa canción. Me gusta que me la cante. *Somos dos hojas de otoño*.

Estamos fuera de hora, hija. Luego me hace una de sus preguntas científicas: ¿Por qué cambian las hojas de color?

Para ahorrar luz.

¿Y para qué?

Para vivir más. Con el otoño la luz disminuye y las hojas cambian de color para aprovecharla mejor.

Lo que él quería era que supiésemos. Lo que yo quería era que siguiese hablando. Por lo que decía y para ver cómo se le movía la nuez de la garganta.

Lleva días sin afeitarse. Ya se han recogido a dormir todas las tinieblas, así que la luz de la lámpara de la mesilla se esmera en su rostro. Se ve mejor que de día. Polca

es tan delgado que en vez de papada tiene una cavidad que aboveda la gruta en la que actúa con vida propia su admirable nuez de Adán. La barba parece algo antiguo. Raíces que se expulsan, entre hendiduras de piedra. Un trabajoso renacer de matorral rozado entre peñascos, tallos con espinas de colores que antes no se distinguían en su rostro barbinegro.

Aquel día venía cansado.

Cavé la fosa y me vi en lo alto de una palmera. Volví a tener vértigo. Qué extraña es la memoria del cuerpo.

¿Qué hacías en lo alto de la palmera?

Podaba y subía. Es en el único lugar del mundo donde, cuando cortas, subes.

¿Podaste palmeras?

Podé. De joven podé las palmeras de los jardines del Relleno.

¿Ya eran muy altas?

Ya tenían una elevación. Y yo las hice más altas.

¿Las hiciste tú?

Claro. Las palmeras se hacen. Como hacer una escalera en el cielo.

Callé, porque en la respuesta irónica de Polca había un tono herido, como si la poda hubiese afectado a su cuerpo. Lo imaginé trepando por los viejos cortes de la palmera para llegar hasta las ramas que había que serrar.

Podar una palmera alta es algo muy diferente de podar otro árbol. Es como cortar alas. Toda la hoja vibra cuando la sierras. No son hojas propiamente. Son espinazos. Son esqueletos.

También los ojos brillantes ocupaban huecos. El rostro de Polca era un roquedal habitado. No una redondez, sino una formación de losas y antas, con cuevas en las que bullían seres de piel reluciente y muy expresivos. Lo miraba con la cara apoyada en la almohada mientras Pinche ya había caído en un profundo sueño, acunado por la voz manantial de Polca, y me pareció que su nuez era un péndulo que le movía los labios y que el aroma de sus palabras le pronunciaba los ojos, que eran al tiempo sus ojos y sus recuerdos, en donde se veía lo que él contaba. Ese mecanismo de Polca, puesto en marcha, iba en dirección contraria a la noche. Podía resistirla. Sabiéndolo, Olinda lo volvió a llamar, para que fuese a dormir.

¿Como esqueletos?

Como espinazos de peces grandes. De pez espada.

Con la cara recostada, y entre la niebla de la somnolencia, lo estaba viendo allí arriba, en lo alto de la palmera, serrando esqueletos de pez espada. Él mismo tiene la forma de un espinazo. Nunca ha tenido mucha carne, Polca. Tenía un amigo, Celeiro, ciento veinte kilos «solamente de esqueleto», que le dijo cuando estaba en las últimas: A ti la muerte no te quiere, Polca, porque no llevas nada que roer.

Ahora Polca está acostado y ella, Ó, de pie, junto a la cama. Polca tiene frío en los pies y calor en el resto. Los huesos de las costillas se le van haciendo cada vez más

visibles, incluso bajo la sábana. Un cuerpo armado por una hoja de palmera. Los seres que habitan entre las losas del rostro de Polca parece que esta noche se van a tranquilizar. Excepto los ojos. Los ojos están muy abiertos y miran hacia ella con sorpresa. De repente pestañea, como si intentase despejar una niebla. Ó no quiere dejar de hablar, mantiene el rumor de su voz. Quizá la está viendo desde lo alto de una palmera serrando espinazos de pez espada. Sierra y sube, sierra y sube.

Antes de dormirse, Ó había escuchado la voz de Olinda llamando otra vez a Polca: ¡Mucha liebre debió de comer tu madre cuando estaba preñada!

Era verdad. Él dormía con los ojos abiertos.

Ó despierta sobresaltada. Está sudando. La sensación de que el escay pegajoso que cubre la silla del hospital se le ha trasplantado a la piel. Fueron unos minutos los que se quedó dormida, pero vio que bajaba una escalera en brazos de Polca y que subía otra con él en sus brazos.

¿Y qué haces en ese hospital?

Soy la encargada de la lavandería, Polca.

¿Mandas en ti?

En mí y en las lavadoras, dijo irónica Ó. Soy la jefa de las máquinas de lavar.

Eso está bien. Las máquinas de lavar te echaron de aquí y ahora tú le das a los botones. ¡Que trabajen las máquinas, carajo!

Antes de ir a Londres trabajé en la casa de la que te hablé. En Sussex, en el país del hombre invisible.

Y no lo viste, claro, dijo Polca.

No. La que se volvió invisible fui yo.

Decías que estabas contenta. Escribías y decías que estabas contenta. Todo eran risas.

¿Qué iba a decir? Cuando escribo no me salen las penas. Los demás me veían, la señora y el señor Sutherland, Pinche, la perra Popsy. Pero yo no. Eran muy amables conmigo, pero yo no me veía. Tanta paz estaba acabando conmigo. Así que decidí marcharme de aquella casa.

Yo siempre he dicho que el campo está bien para ir de excursión, comentó Polca. De *piquenique*, como dicen en Portugal.

Al que le va bien es a Pinche. Al principio se vino conmigo para Londres, pero no se acostumbró. Incluso estuvo una temporada trabajando de hombre anuncio. Vestía de Sherlock Holmes. Anunciaba el museo del detective. También durante una temporada hizo de verdugo para los turistas. La foto aquella...

No le quedaba muy bien el traje, observó Polca. No se le veía mucho estilo con el hacha.

No. Volvió a Sussex, al remoto Chichester. Allí le va de maravilla. El señor Sutherland, el marido de Lena, el que fue piloto de aviación, sólo vive para las fucias. Es un obtentor. Hace mezclas y consigue nuevos colores. Incluso consiguió

una tan blanca, casi albina, que la llamó *Miss Griffin*. Lástima que el hombre invisible no encontrase a la mujer invisible. Otra sería su suerte. El señor Sutherland casi no dice ni una palabra, pero con las flores habla sin parar. Se lleva muy bien con Pinche. Él dice que tiene el dedo verde, que tiene mucha maña con las plantas. Que con el tiempo será el mejor con las fucsias.

No se dedicará sólo a las fucsias, Pinche.

Tiene un amor que va en bicicleta.

¡La mujer bicicleta!, exclamó Polca. Ya me parecía a mí.

Era verdad, pensó Ó. Se fueron enamorando de tanto cruzarse. Todos los días se cruzaban sin hablarse. Empezaron a entenderse con la caligrafía de las bicicletas. Una vez ella hizo un giro inesperado de 180° y se lo encontró de frente. Y así. El día más importante fue el día en que el viento quería tirarlos y no lo consiguió. Él la miró con admiración. Mayor que él. Tal vez el doble de su edad. Hasta entonces, había visto pocas mujeres en bicicleta. La primera se llamaba doña Herminia, pero decían que estaba loca. Ahora pensaba que quizá no fuese así, que era ella quien pedaleaba contra la locura. Se enamoró de la ciclista que resistía el viento. Fueron prolongando los paseos. Cuando él pensaba que ella ya se iba, aún hacía otro fraseo en la carretera. Él sería feliz así, trazando curvas alrededor de ella. Cuando se lo contó a Ó, ella se echó a reír: ¡Es mucho mayor que tú! Te refieres a la bicicleta, claro, dijo él. Le guiñó un ojo. Y se fue.

No te lo había contado, le dijo Ó a Polca, pero antes de encontrar el trabajo del hospital fui camarera en una cafetería. Ahí no me fue muy bien. Tuve una discusión, por eso no te lo conté. El dueño estaba todo el tiempo fastidiándome. Uno de esos que hacen mal lo suyo, pero están pendientes de lo que hacen los demás. Salí detrás de unos que se habían olvidado de pagar. Y al volver, aun por encima, me llamó la atención, que por qué había salido del café sin avisarle. Y entonces lo agarré por el cuello y lo levanté a pulso y me dijo una cosa que nunca me habían dicho: *You are a half man!*

Tú eres medio hombre. Eso fue lo que me dijo, contó Ó.

¿Y tú qué hiciste?

Yo le dije: ¡De medio, nada!

Muy bien dicho, sentenció Polca.

Estás en casa. Vas a estar mejor que en el hospital. Él calla. Sabe lo que significa. Va a estar mejor, sí, mientras dure. Pero tampoco tiene arreglo. Lo que le asombra es la cama.

¿Y esta cama?

Es ortopédica, dijo Ó. Se puede subir y bajar. Tiene un motor.

¡A ver, dale! ¡Qué maravilla! ¿Y aún sube más? Dale más alto. Después, preocupado: Esto habrá costado mucho, ¿no?

Es por la Seguridad Social.

Será, dijo él desconfiado. Pues hay que aprovecharla. Dale un poco para abajo y para arriba.

Y así, cuando venía alguna visita, Polca mandaba que lo subiesen hasta arriba del todo y desde allí saludaba, desde lo alto, con aquel ademán de ministro del Carnaval:

Sursum corda!

Un día, con la cama elevada, le dice que no ve.

¿Y qué vas a ver, papá?

Yo pensaba que desde aquí vería mejor. Pero no veo nada. Ni lo de aquí ni lo de allá. Algo de niebla, sí.

¿Niebla?

Llovizna. Más bien llovizna. Como la televisión sin señal, ¿te acuerdas de los puntitos? Mucho me peleé con esa televisión que me mandaste. No era por mí. Yo ya me había acostumbrado a los puntitos. Pero quería tenerla lista para cuando vosotros vinieseis. Até la antena en lo alto del eucalipto. Pero los eucaliptos crecen muy rápido y el tronco casi se tragó la antena. Era como una rama de metal allá en lo alto. Cuando se posaban los cuervos en ella, líneas quebradas. Cuando los estorninos, puntitos negros.

Ahora ¿qué ves, repadre? ¿Líneas o puntos negros?

Nada. No tiene calidad.

Ella le enseña cosas. Es el libro de Elisée. ¿No lo ves?

Trae, déjame tocar. ¡Qué bien hechos están los libros, carajo! Tardaron en encontrar la manera. Pero ahora ya son de la naturaleza, como injertos de las manos.

¿Y mis manos?

No veo ningunas manos, hija.

Le acarició la mejilla: Y si te toco, ¿las sientes?

Él calló. Pero todo en su cara concertó un sutil movimiento.

Y a mí, padre. ¿A mí no me ves?

A ti, sí, hija. A ti, sí.

Algo especial

El juez había tenido una recaída muy grave. Gabriel fue con Sofía al piso de la Marina, con la intención de recoger algunas de sus cosas. Hacía mucho tiempo que no entraba allí. Le sorprendió la suspensión de la atmósfera, el acechar de las cosas. La atención espectral de las begonias, que habían extendido por la penumbra sus formas vegetales, y de ahí ese olor a marchito de las sombras. Puso en marcha el Grand Mother Circa. El latido de la casa. Era un tiempo que no partía, un presente que recordaba. Gabriel abrió las contraventanas. La luz fue a por ellos. Los acarició. Siguieron su cálido mandato. La sensación no de que hacían el amor, sino de que el amor los hacía a ellos.

Sonó el timbre de la puerta principal. Insistente. Porfiando. Enérgico. Era un viejo que se parecía más que nunca al inspector Ren, con su maleta de suministrador de Biblias.

¿Está el señor Samos?

No. No está.

Reconoció aquella reacción del grueso cuerpo malhumorado, a punto de reventar las costuras de su traje ceniciento. También la voz, esa manera de hablar a golpes: ¿Tú eres su hijo? Sí, claro. Claro que eres su hijo. Gabriel. ¡Katechon! En fin. ¿Cómo va el juez?

Gabriel se sorprendió de su propia voz: Pase, señor Ren. El juez insistió en que dejara lo que trajera.

¿Eso dijo?

Con mucho interés.

A Ren se le veía dudoso. Él sabía de la antigua discordia entre padre e hijo. Miró hacia la maleta de remaches metálicos: Traigo algo muy especial para el juez.

La voz de Gabriel siguió adelante y él la dejó ir: Lo sé. Eso espera. Eso esperamos. Algo especial.

Lo invitó a pasar al escritorio. Repetir los hábitos de los viejos tiempos. Posó la maleta en la mesa de caoba, sobre el vade, y la abrió muy despacio, como si se le fuese a escapar algo. Gabriel Samos pensó en el efecto que podría tener un puñado de *Coccinella septempunctata*, transportando en las alas sus siete puntitos negros. Hacía tiempo que no notaba el tic de la mano. Aquel abrir y cerrar.

Aquí está. La cara de Ren estaba congestionada. Sus mejillas encendidas.

Es el libro de Borrow. El Nuevo Testamento. Mire, mire la firma. La dedicatoria a pluma. Sería pluma de ganso salvaje.

A Antonio de la Trava, el Valiente de Finisterre.

¡Mire, fíjese! Fíjese en la fecha. Madrid, 1837.

¿Tiene mucho valor?, preguntó Gabriel Samos con aparente frialdad.

¿Mucho valor, dice? No sabe el trabajo que puede dar una cosa así. Su padre lleva toda la vida detrás de este libro. Pero yo ya le dije: Los libros, hay que esperar por

ellos.

La pápula, la erupción de la nariz, también estaba encendida.

Como este otro. Vea, en inglés. Una primera edición. *Ulysses*. Mire, yo no soy un experto, no soy un gran experto, pero tengo una idea aproximada de lo que valen las cosas. Y éste vale mucho.

¡Qué extraño!

¿El qué?

Encontrarlo ahora. Aquí.

¿De qué se extraña, señor Samos? Aquí siempre ha habido gente de mucha cultura. Y buenas bibliotecas. Aquí hasta los obreros tenían bibliotecas. No, señor Samos, esto no era el culo del mundo.

Al principio, Gabriel pensó que hablaba con cierta mofa. Ese tratamiento de señor a alguien más joven. Esa alabanza de las bibliotecas obreras destruidas. Después se dio cuenta de que no. De que estaba hablando en serio.

No es fácil encontrar lo que uno quiere. Y yo ya no estoy para mucho rebuscar. Si ahora me he movido ha sido por su padre. Me llamó desde el hospital, cuando lo ingresaron la primera vez. Estaba excitado. Muy excitado. Tenía una pista. Así que el viejo Ren tuvo que ponerse otra vez en movimiento.

Blandió el *Ulysses*: Por lo visto, medio mundo enloquecería por este carajo de libro. Sólo tiene un pequeño defecto, aparte de que no se entiende. Le falta una guarda.

Gabriel pasó las hojas con ansia. Dijo en bajo: Tal vez tenía el ex libris de alguien.

Ren sudaba. Se quitó el sombrero y lo dejó encima de la pequeña maleta. Se pasó el pañuelo por la cabeza roma. Respiró hondo por la nariz. Parecía estar olfateando algún olor nuevo en la casa. Un olor que venía cosido al de las plantas.

¿Tal vez tenía un ex libris? No lo sé ni me importa.

Tendría más valor, dijo Gabriel.

¿Más valor? Difícil. ¿Qué carajo importa la propiedad? Son piezas de valor incalculable. Murmuró la palabra otra vez como un eco: Incalculable.

¿Cuánto de incalculable, Ren?

Ren se secó las manos con el pañuelo y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, colgando. Dijo: Ya sabe que estos bienes son muy difíciles de valorar. Hay cosas que no tienen precio. Su padre pagaría bien. Muy bien. En este caso, yo diría que sería espléndido.

¿Cuánto?, repitió Gabriel.

Nota del autor

Con respecto a la versión original en gallego, y en colaboración con la traductora, el autor introdujo algunas leves variaciones textuales, breves recortes o mínimas extensiones, con un objetivo de precisión.

Se publicaron adelantos de esta obra en la revista portuguesa *Periférica* (primavera, 2005), en la revista gallega *Caña* (verano, 2005), en *Eñe*, revista de La Fábrica (otoño, 2005), en el diario *El País* (2.4.06). *Os libros arden mal* entró en el Registro de Propiedad Intelectual con el número C-141-06 a las 13.45 del día 31 de marzo de 2006.

Parte de los poemas de *Poeta en Nueva York*, obra póstuma de Federico García Lorca, fueron publicados por la *Revista de Occidente*, en enero de 1931. Entre ellos, «Nueva York (Oficina y denuncia)», que comienza con los versos *Debajo de las multiplicaciones / hay una gota de sangre de pato*. Es la revista, tan influyente en el pensamiento libre, la que arde en la quema del 19 de agosto de 1936, y de la que consigue huir en sámara de papel la *gota de sangre de pato*.

El mapa de la ciudad portuaria está fechado en 1946 y lleva la firma de M. Bello. Hay que subrayar que se trata de un mapa del recuerdo, de una evocación trazada a mano. Eso explica que aparezcan espacios del presente y del pasado, y lugares del tiempo de la República como la biblioteca de Germinal o el ateneo El Resplandor en el Abismo. En el mapa figura como coordenada de longitud oeste 43° 30', que toma como referencia el arco de Madrid. En arco Greenwich la longitud oeste es 8° 23' 46,5".

La fotografía de la quema de libros en la Dársena de A Coruña fue tomada de la revista *Monte Alto*, del número publicado en junio de 1996 en memoria de Ánxel Casal, editor asesinado por los fascistas el mismo día de la quema, 19 de agosto de 1936, fecha también del asesinato de Federico García Lorca. La fotografía había sido reproducida en *El franquismo en Galicia*, de Carlos Fernández y publicada por *La Voz de Galicia*.

El capítulo titulado «El libro de Elisée» apareció en castellano, en traducción del autor, en la obra *Memoria del futuro (1931-2006)*, publicado por Visor con motivo del 75 aniversario de la proclamación de la Segunda República Española.

Mi agradecimiento:

Al personal de las bibliotecas públicas de A Coruña y del Archivo del Reino de Galicia. A Xan Carlos Agra, Xesús Alonso Montero, Cleudene Aragão, Mimina Arias, Pedro y Pepe Barrós, Manuel Bermúdez *Chao*, Vicente Boquete *Tito*, Fermín Bouza, Manuel Bragado, Euan Cameron, Picco Carillo, Esther Casal, Xosé Castro, Xosé Chao Rego, Ramón Chao, Cheni, Antonio Conde, Juan Cruz, Antón de Santiago, Isaac Díaz Pardo, Pilar Diz, Antón Doiro, Jonathan Dunne, Amaya Elezcano, Xaime Enríquez, Guillermo Escrigas, Manuel Espiña, María Estrela Fernández y familia del inolado librero coruñés Eirís, Carlos Fernández, Benito Ferreiro (fillo), Henrique Harguindey, Juantxu Herguera, Xosé A. Gaciño, Víctor García de la Concha, Beatriz Gómez Amigo, Benito González, Josep Maria Joan Rosa, Luis Lamela, Xurxo Lobato, Antón López, Lola de *Lume*, Xesús González Gómez, el sastre Sr. Iglesias, Alberte Maceda, Santiago Macías, Bernardo Máiz, Danilo Manera, Xosé Luís Martínez, Carlos Martínez-Buján, Xosé Mato, Serge Mestre, Xulio Montero, César A. Molina, Enrique Molist, Eirín Moure, Serafín Mourelle, Xosé Manuel Muñiz, Antón Patiño, Dionisio Pereira, Nonito Pereira, Carlos Pereira Martínez, Xulio Prada, Miguelanxo Prado, Xesús María Reiríz, Manuel Rodríguez, Ana Romero, Andrés Salgueiro, Carme Salorio, Manuel Sánchez Salorio, Sito Sedes, Felipe Senén, Xavier Seoane, Xurxo Souto, Celia Torres Bouzas, Dolores Torres París, Olivia Tudela, Alberto Valín, Elvira Varela, Ánxel Vázquez de la Cruz, Mari Vega, Graça Videira, Dolores Vilavedra, Manuel Vilariño, Elke Wehr, Manuel Zamora.

A Iria, Gastón, Miguelón, César Carlos Morán, el grupo Jarbanzo Negro y Rómulo Sanjurjo.

A Pedro de Llano.

A mis tíos Pepita, Francisco y Manola.

A Paco, Sabela y Felicitas.

A Sol y a Martiño.

A Isa.



MANUEL RIVAS. Nacido en A Coruña en 1957, Manuel Rivas es periodista, novelista, ensayista y poeta.

Su carrera como periodista se inició muy tempranamente, a los 15 años, como meritorio en *El Ideal Gallego*. Estudió Ciencias de la Información en Madrid. Fue subdirector de *Diario de Galicia*. Es y ha sido colaborador en diversos medios de comunicación gallegos y españoles; *El País*, *El Ideal Gallego*, *Diario de Galicia* y *La voz de Galicia*.

Como periodista se ha mantenido siempre comprometido con los problemas sociales y ecológicos. Fue socio fundador de Greenpeace. Su actividad en este sentido adquirió una importancia fundamental con el reciente desastre ecológico provocado por el hundimiento del Prestige.

Considerada la voz más sobresaliente de la literatura gallega contemporánea, Manuel Rivas se ha convertido también en una rara excepción dentro del panorama de la literatura mundial. Por su manejo del lenguaje, su autenticidad, la ternura de sus historias, la profunda resonancia poética de su palabra, sus libros han ido ganando adeptos no sólo en el continente europeo, sino en el americano. Su obra literaria está escrita originalmente en gallego. Manuel Rivas ha revolucionado la literatura gallega y ha fundado diversas revistas literarias.

Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine con gran éxito como: *La lengua de las mariposas*, relato incluido en su novela *¿Qué me quieres, amor?*, que fue dirigida por José Luis Cuerda o *El lápiz del carpintero*, dirigida por Antón Reixa, que fue

seleccionada para presentarse en los premios Goya de la Academia española de cine.

Notas

[1] «Yo soy aquel oculto y gran cabo que vosotros llamáis de las tormentas». (N. de la T.) <<

[2] «De aquellos puntos / que hacen ahora / de afuera adentro / de adentro afuera». (N. de la T.) <<

[3] «Cabellos que van hacia el mar / donde las nubes tienen su claro palomar». (N. de la T.) <<

[4] Pequeña construcción que se encuentra en los caminos, generalmente de piedra, con una representación de las ánimas del purgatorio y el motivo recurrente de las llamas. (N. de la T.)<<

[5] Luis Terranova juega aquí con la homofonía que en gallego se da entre «doncela»: doncella, y «doncela»: julia, pez de gran colorido. (N. de la T.)<<

[6] *Liña*, «línea» en gallego. Juego de palabras con la semejanza fonética de *liña* y *niña*, y con las connotaciones de delgadez de la primera. (N. de la T.) <<

[7]*Pombo*, en gallego «palomo». Juego de palabras evocando el calificativo de «torcaz» a partir de la similitud fonética con «mordaz». (N. de la T.)<<

[8] Literalmente, «No te tengo miedo, búho [...] Búho, no te tengo miedo». Versos pertenecientes a un cantar popular gallego. (N. de la T.)<<

[9] Manzanos, roble, melocotonero, níspero, fresno, sauce... (N. de la T.)<<

[10] En gallego, «padre padre». (N. de la T.)<<

[11] Se trata de un fragmento de la *Oda Marítima* de Álvaro de Campos, heterónimo de Fernando Pessoa: «Y yo que amo la civilización moderna, yo que beso con el alma las máquinas, / yo el ingeniero, yo el civilizado, yo el educado en el extranjero, / sólo quisiera tener a la vista veleros y barcos de madera, / y no saber de otra vida marítima que la antigua vida de los mares». (N. de la T.)<<

[12] Como «cueva del Rey Cintolo» se conoce la cueva más grande de Galicia, situada en el municipio de Mondoñedo. Cintolo es un típico protagonista de las leyendas populares gallegas, y su historia reúne los elementos habituales de ciudades encantadas, tesoros escondidos y princesas casaderas. (N. de la T.)<<

[13] «Por Dios, Lucía Sánchez, Doña Lucía, / si yo pudiese joderos, vaya si os jodería». (N. de la T.)<<

[14] «Con rudo rechinar de muelas...» (N. de la T.)<<

[15] «Ofreciéndome, decía: / —¿Me quiere acompañar? Sin ganas / se come esto. —
¿Y qué es eso? / —Un poco de carne humana». (N. de la T.)<<

[16] En gallego es una forma abreviada, coloquial, que se podría traducir como *A mí me ha desamparado*. (N. de la T.)<<

[17] «Una ventana manuelina que deja ver el galeón, con la leyenda —*Si más mundo hubiera allá llegara*— encima, dos medallones con Vasco de Gama y Camoens». (N. de la T.)<<

[18] Romería que desde tiempos ancestrales se celebra el 23 de junio en el santuario de Nosa Señora do Corpiño (Santa Baia de Losón, Lalín, Pontevedra), donde acudían personas que padecían todo tipo de trastornos mentales, para expulsar los demonios que supuestamente les causaban esos males. *Las rosareiras* (vendedoras de rosarios) ayudaban al exorcismo con sus invocaciones. (N. de la T.)<<

[19] Así se conoce a la bruja que en el aquelarre le besa el culo al demonio. Por extensión, sinónimo de cualquier bruja. (N. de la T.)<<

[20] Glosa de la famosa cantiga medieval del poeta Mendiño que, puesta en boca de una mujer anónima, empieza así: *Sediam'eu na ermida de San Simón / e cercaronm'as ondas, que grandes son* («Estando yo en la ermita de San Simón / me rodearon las olas, tan grandes que son»). (N. de la T.)<<

[21] «Lavaré mis manos entre los inocentes». (N. de la T.)<<

[22] Esta carta, y la siguiente, figuran en portugués en el original. (N. de la T.)<<

[23] «¿Es el hombre carnívoro? No». En portugués en el original. (N. de la T.)<<

[24] Juego de malentendidos por similitud entre la pronunciación de la palabra inglesa *corner* (esquina) y la gallega *cona* (coño). (N. de la T.)<<

[25] «Tú ya tienes bastante / con lo que tienes escondido / en tus ojos». (N. de la T.)<<

[26] En castellano en el original. (N. de la T.)<<

[27] «El posarse de la mariposa de la noche es un hermoso posar, / hasta que encuentra una flor, nunca se quiere posar». (N. de la T.)<<